LIBANIO

CARTAS

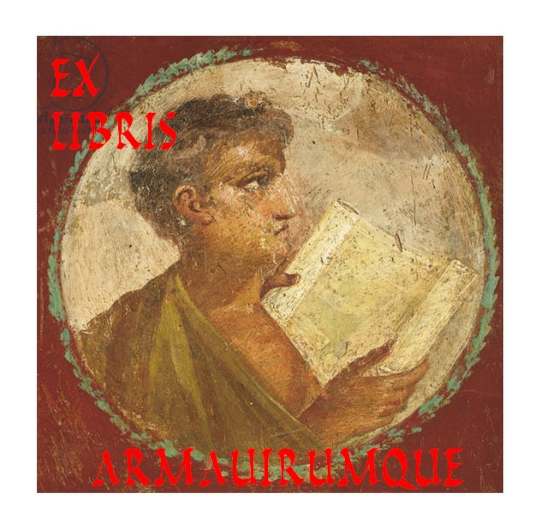
LIBROS I-V

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ÁNGEL GONZÁLEZ GÁLVEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 336



Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por David Hernández de la Fuente.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2005.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 19057-2005.

ISBN 84-249-2763-X. Obra completa.
ISBN 84 249-2764-8. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2005.

Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

Presentamos en este volumen los primeros cinco libros de la correspondencia de Libanio, posiblemente la más importante aportación literaria del rétor de Antioquía. Si sus discursos y declamaciones adolecen de un excesivo formalismo y de un apego casi servil a las reglas de escuela, en las cartas, por el contrario, el autor se expresa más libremente, con las únicas ataduras que imponen la prudencia y las convenciones del género epistolar. A diferencia del discurso, destinado a un público amplio, las epístolas son escritos de carácter privado y, si bien es cierto que el autor las escribe sabiendo que en un futuro pueden publicarse, siempre cabe la posibilidad de esconderlas en un cajón y ocultarlas si no es recomendable su difusión.

Las cartas que aparecen en el presente libro corresponden a una etapa histórica bien definida. Salvo las dieciocho primeras, de datación muy diversa, las restantes pertenecen al período que va desde el 355 hasta el 361, es decir, el final del reinado de Constancio. No debemos olvidar que en el 355 Juliano fue nombrado César con el encargo de pacificar las Galias y que a fines del 359 tiene lugar su sublevación en París, por lo que el Imperio entra en una etapa sombría, toda vez que la guerra civil parece inevitable.

Estos seis años fueron realmente importantes en la vida de Libanio[1], pues se corresponden con la vuelta definitiva de nuestro sofista a su patria después de su larga ausencia. En el año 336 marchó Libanio a Atenas para completar sus estudios de retórica, pues en Antioquía no había por aquel tiempo sofistas de prestigio que pudieran instruirlo. Tras terminar sus estudios logró un nombramiento oficial para enseñar en Constantinopla, pero su rivalidad con otros sofistas de la ciudad provocó a la postre su expulsión en el 342. Siguieron cinco años de feliz estancia en Nicomedia, ciudad en la que hizo numerosos amigos. Sin embargo, el Emperador le obligó a retornar a la odiada capital del Bósforo, iniciándose así una nueva etapa sombría de la que Libanio trató de salir por todos los medios.

Gracias a la intervención de Daciano, senador de Constantinopla y consejero de Constancio II, Libanio consiguió en el 353 permiso para trasladarse temporalmente a Antioquía por motivos de salud. Al año siguiente regresaría, pero esta vez para quedarse definitivamente. Nos enteramos por su correspondencia de que lo de su enfermedad no fue más que una estratagema, pues su verdadera intención era alejarse de la odiada capital. No obstante, el regreso fue decepcionante, ya que su maestro Zenobio, que había prometido cederle su plaza como sofista titular de Antioquía, se arre-

[1] Para más detalles sobre la biografía de Libanio, véase la introducción general al autor en el vol. 290 de esta colección y A. López Eire, *Semblanza de Libanio,* México, 1996, págs. 7-84. También son recomendables las introducciones a las distintas ediciones de las obras de Libanio, especialmente la de P. Petit y J. Martin en la colección Budé y la de Norman en Loeb Classical Library, así como las monografías de Sievers *(Das Leben des Libanius,* Berlín, 1868) y B. Schouler *(La tradition hellénique chez Libanios,* París, 1984). Por supuesto, es imprescindible la *Autobiografía* del propio Libanio, traducida en el citado volumen 290 de la BCG.

pintió de su decisión y nuestro orador se vio obligado a improvisar una escuela privada. En la *Carta* 405 nos explica que contaba entonces con diecisiete estudiantes, muchos de ellos procedentes de su escuela de Constantinopla. La presencia de Libanio en la ciudad provocó la reacción envidiosa de sus rivales, especialmente Acacio. Un joven del entorno de éste llegó a acusar a Libanio de practicar la magia negra, si bien la acusación no prosperó. La correspondencia de estos primeros años tras el regreso refleja a la perfección los problemas profesionales del sofista.

La rivalidad con los otros profesores de la ciudad no fue el único problema al que tuvo que enfrentarse nuestro orador. Como nos cuenta en su *Autobiografía (Disc.* I 96), su llegada a Antioquía se produjo en un momento político especialmente delicado. El enfrentamiento del césar Galo con la curia de la ciudad había alcanzado su cenit y consecuencia de ello fue una revuelta popular que causó el asesinato del gobernador de Siria, Teófilo, a quien el César responsabilizó de la hambruna que azotaba a la ciudad. Por suerte para Libanio, dos hechos despejaron su camino: la caída en desgracia de Galo y la muerte de Zenobio. Lo primero significó la desaparición de un monarca al que se había enfrentado abiertamente Fasganio[2], el tío de Libanio, y lo segundo dejaba vacante la cátedra por la que había abandonado su puesto en Constantinopla.

Los años que siguieron fueron de prosperidad y felicidad en el plano profesional. Gracias a su excelente relación con los altos funcionarios de la administración, especialmente el prefecto de Oriente, Estrategio Musoniano y su sucesor, Hermógenes 3, su posición en la capital siria se consolidó definitivamente y logró desvincularse definitiva-

[2] Véase al respecto la *Carta* 283.

mente de su puesto en Constantinopla, al tiempo que recibía el ansiado nombramiento como sofista de su ciudad natal. Por el contrario, desde el punto de vista personal fueron años desastrosos. Por una parte, se hace realidad el dolor de cabeza que fingió para lograr su traslado desde Constantinopla, lo cual le obliga a vivir asistido continuamente por médicos. Y lo peor de todo fue la muerte de sus familiares y amigos. Primero el terrible terremoto que asoló Nicomedia el año 358 y que acabó con la vida de numerosos amigos, sobre todo su queridísimo Aristéneto. Por si fuera poco, no mucho tiempo después, en el 358/9, mueren su madre y su adorado tío Fasganio. Estas pérdidas afectaron mucho a nuestro sofista y le sumieron en un estado de desesperación profundo que se refleja perfectamente en sus epístolas.

I. LA CORRESPONDENCIA DE LIBANIO

1. *La correspondencia en el s. IV d. C.*

Libanio, en la Antigüedad Tardía, en el siglo IV de nuestra era, escribe cartas (algunas de ellas inimitables) porque ésta es una época de cartas, propicia para las cartas. Las escribe, en efecto, en un mundo de largas calzadas, esparcidas a los cuatro vientos, que, como una tela de araña, recorren de norte a sur y de este a oeste el amplio Imperio Romano, en un mundo en el que hasta los decretos y los edictos recorren las vías romanas redactados en forma de carta, en un mundo en el que las nuevas ideas del Cristianismo van volando envueltas en cartas con las que se quiere informar y confortar en la nueva fe cristiana y aleccionar y dar órdenes y administrar comunidades, en un mundo en el que la reducida en tamaño pero independiente y autárcica *pólis* griega, provista de su ágora para darse las noticias bo-

ca a boca unos ciudadanos a otros y de su *Pníx* para celebrar en ella las asambleas en las que recomendar al pueblo reunido la más deseable política a seguir, ya no existe[3].

¿Por qué escribía cartas una persona tan ocupada como Libanio, que destinaba buena parte de su tiempo a las clases de retórica, con frecuencia hasta altas horas de la tarde, y que tenía que dedicar el tiempo restante a su hacienda y a sus obligaciones como personaje público de su ciudad? ¿Por qué esa febril actividad epistolar que se refleja en el enorme corpus de cartas que nos ha legado, uno de los más voluminosos de la Antigüedad? ¿Qué sentido tenía dedicar tantos esfuerzos a la correspondencia, en una época en la que el intercambio epistolar no era, ni mucho menos, tan sencillo como en nuestros días? En primer lugar, aunque existía un servicio de correos imperial, la posta pública o *cursus publicus,* y numerosos funcionarios (los *agentes in rebus)* encargados de su funcionamiento, sólo los altos cargos de la administración pública y del clero cristiano tenían derecho a su uso y disfrute. Tan sólo ocasionalmente, cuando algún *agens in rebus* amigo suyo quería hacerle un favor personal, podía Libanio utilizar este servicio. En las demás ocasiones tenía que esperar a que alguien conocido viajara a la ciudad de destino para enviar la carta deseada o las escribía a toda prisa cuando se enteraba de que un amigo iba a emprender un viaje a tal o cual ciudad. Además, como leemos en la *Carta* 347, no siempre había copistas suficientes para dar abasto al trabajo existente. ¿Por qué, pues, esa manía de escribir cartas con tanta frecuencia?

Cuando uno ha leído las cartas de Libanio llega a la conclusión de que no existe una respuesta única y sencilla a

---

[3] A. LÓPEZ EIRE, *Semblanza de Libanio,* pág. 14.

esta pregunta. Muy al contrario, hay casi tantas motivaciones como cartas escritas[4]. La primera impresión es que Libanio (y este rasgo lo comparte con otros autores de cartas de la época, como Gregorio Nacianceno, Basilio de Cesarea, Símaco y otros) buscaba con la correspondencia aumentar su propio prestigio personal y el de su causa: la defensa de la retórica y del paganismo. Ninguna persona que en el s. IV pretendiera ser famosa e influyente podía sustraerse a esta importantísima actividad. Está claro que todo sofista deseaba contar en sus aulas con los hijos de las personas más poderosas e influyentes, y la pérdida de un joven rico y de padres importantes constituía para el profesor un perjuicio de primer orden, especialmente si el joven iba a la escuela de un sofista rival. También está claro que los hijos de las personas influyentes buscaban el éxito profesional tras los estudios y, por encima de todo, ser llamados para ocupar un cargo en la administración imperial que, al tiempo de abrir el camino a un *cursus honorum* que acabara en la prefectura o el consulado, les eximiera de las obligaciones que sujetaban a las curias municipales a los hombres de fortuna.

En este contexto, mantener activa una red de contactos en las altas esferas del Imperio era para Libanio una prioridad absoluta. Así es como entre los destinatarios del Antioqueno veremos desfilar a senadores influyentes, gobernadores provinciales, *comites* de las más diversas especies, *praepositi*, jefes militares o *duces*, vicarios, prefectos y hasta al césar Juliano. Con algunos mantuvo una relación pu-

---

[4] Véase P.-L. MALOSSE, *Lettres pour toutes circonstances*, París, Les Belles Lettres, 2004, donde se incluye un estudio y una traducción del pequeño tratado falsamente atribuido a Libanio sobre los géneros epistolares. En dicho tratado se hace una clasificación de los tipos de cartas y se distinguen nada menos que cuarenta y uno.

ramente formal y con otros todo parece indicar que tuvo una verdadera amistad[5]. Algunos de ellos eran antiguos discípulos y, por tanto, estaban dispuestos a complacer a su maestro en lo que fuera preciso. Por consiguiente, el prestigio de nuestro sofista, o de cualquier otro sofista, era directamente proporcional a su capacidad para recomendar con eficacia ante los poderosos.

Sin embargo, por mucho que las cartas de recomendación constituyan una parte sustancial de la correspondencia de Libanio, también encontramos una considerable cantidad de correo de carácter personal. Libanio había hecho numerosos amigos en sus viajes y estaba obligado a mantener contacto con ellos. Dentro de la correspondencia privada encontramos las cartas más hermosas que escribiera el antioqueno, como por ejemplo las que dirigió a Aristéneto para consolarle por la muerte de su esposa o las que remitió a su primo Espectato[6]. En numerosas ocasiones tuvo que hacer frente nuestro sofista a compromisos que solía saldar con breves notas que no pocas veces causaron la ira del destinatario. En efecto, recibir un breve billete en lugar de una extensa misiva se consideraba poco menos que una muestra de desprecio. Todo el mundo quería presumir de haber recibido una hermosa carta del insigne sofista, pero éste no siempre tenía tiempo para satisfacer a todos.

Otra de las razones que motivaban el quehacer epistolar de Libanio era de índole profesional. El profesor debía man-

[5] Por ejemplo, el descaro con que se dirige al prefecto de Ilírico, Anatolio 3, en la *Carta* 19 sólo se explica por la amistad que debió de unir a ambos.

[6] Véanse mis artículos «Comunicación, retórica y arte en las epístolas de Libanio» (en el núm. 4 de la revista *LOGO)* y «La correspondencia de Libanio con su primo Espectato» (de próxima aparición en la revista *Tópoi).*

tener a los padres al corriente de la evolución de sus hijos y salir al paso de rumores negativos cuando éstos se produjesen. El sofista es el último responsable del buen nombre de su escuela, y era precisamente esta buena fama la que le podía atraer alumnos de todo el Imperio. Cualquier alumno de buena cuna era bienvenido. En algunas cartas vemos cómo el sofista tranquiliza a padres que han llevado a sus hijos a su escuela procedentes de las aulas de sus rivales. Así, en la *Carta* 248 le explica a Ifícrates cómo su intención es completamente honesta para con los hijos de Cesario II, que venían de estudiar con un sofista rival:

> Porque, si los considerase enemigos míos, les habría cerrado la puerta; al haberlos aceptado como amigos, me causaría un daño a mí mismo si no les hiciese todo el bien que esté en mis manos. También habría sido ridículo Diomedes si, habiéndose apoderado de los caballos de Eneas, los hubiese echado a perder en lugar de cuidarlos, negándose, entre otras cosas, a suministrarles forraje bajo la acusación de que anteriormente pertenecían a Eneas. Sin duda habría exclamado Zeus, que se preocupaba por estos caballos, dado que pertenecían a su propia estirpe: «¡Oh hijo de Tideo!, estás arruinando lo que te pertenece si te despreocupas de ellos, porque son tuyos, te transportan y es a ti, no al hijo de Anquises, a quien traen la corona cuando obtienen la victoria».

Sin duda, la correspondencia ocupaba en la vida de Libanio un lugar tan importante como sus clases o la composición de discursos, que al fin y al cabo era lo que se esperaba de un sofista profesional. Por eso recibía del Estado una paga y la anhelada exención de las cargas curiales. Sin embargo, las dificultades que encontraba nuestro orador eran mucho más complejas que la citada ausencia de un servicio de correos tal y como lo entendemos hoy en día. Las

distancias eran mucho más difíciles de salvar que en nuestros tiempos, de manera que entre un escrito y su respuesta podían transcurrir meses. En ocasiones se pierden cartas, como leemos en la 160, otras veces desaparecen misteriosamente las personas que se esperaba utilizar para la respuesta, como vemos en las *Cartas* 88 y 94 dirigidas a Leoncio. El emisario de éste pone en manos de Libanio una carta suya. Así es que el sofista se pone a trabajar para responder de inmediato y busca al emisario para que la entregue a la vuelta, pero, por más que lo busca, parece que se lo ha tragado la tierra. Al instante sospecha Libanio que todo es obra de sus rivales, que se han propuesto desacreditar al sofista ante Leoncio. Más tarde nos enteramos de que el emisario se había marchado a Fenicia sin avisar, resolviéndose así el equívoco.

Libanio debía salvar otra dificultad cuando el destinatario carecía de residencia fija, como es el caso de los altos cargos que viajaban continuamente o gente que, como Jámblico, se encontraba permanentemente de viaje. En la *Carta* 360 leemos:

> Yo, que creía al principio que te apresurabas hacia Italia, te envié allí una carta. Proclo fue su portador. Un poco más tarde me enteré de que estabas en Atenas y me propuse mandarte una carta allí, pero entonces me escribiste desde Macedonia. De nuevo escribes desde Atenas. ¿Qué se puede hacer con alguien que emprende tantos vuelos?

La carta es un documento muy peculiar; está a medio camino entre el documento privado, en el que se transmiten estados de ánimo e ideas, y el documento público, y al mismo tiempo es una obra de arte. El autor las confiaba al destinatario sabiendo que en cualquier momento podían ser da das a conocer, pues no tenía gracia poseer una carta de tan

eminente sofista y no presumir de ello ante los amigos. Además, una lectura anónima no salvaguardaba el secreto, pues el estilo y la letra eran fácilmente reconocibles. Por tal motivo, algunas cartas y discursos quedaban para siempre escondidos entre las pertenencias privadas del autor y el destinatario (como veremos más adelante, el autor guardaba copias de las misivas), y en momentos de peligro eran simplemente destruidos. El grado de formalismo y el tono declamatorio se acentuaban a medida que era menor la confianza en el destinatario. Por ejemplo, cuando Libanio recomendaba a alguien ante un funcionario o un senador influyente, se confiaba la exposición del caso particular al portador si el destinatario era un contacto habitual del sofista. En esos casos, Libanio se conformaba con mostrar en la carta su confianza en que el favor sería concedido. Sin embargo, si la benevolencia del destinatario no estaba ganada de antemano, el rétor se veía obligado a desplegar sus dotes y poner en juego sus recursos oratorios para lograr el fin perseguido.

Sin embargo, la epístola también es una obra de arte, y como tal está sujeta a las convenciones del género: concisión, estilo llano, empleo de frases ingeniosas, entimemas sencillos y lenguaje alusivo. Precisamente es éste uno de los aspectos más enojosos de las epístolas para el lector moderno, pues muchas veces termina la lectura de la carta y no sabemos exactamente qué se traían entre manos el autor y el destinatario. Sin embargo, nos queda la satisfacción de leer pequeñas joyas como el bonito billete que es la *Carta* 7:

> Tú hablaste mal de mí y yo bien de ti. Mas nadie nos hará caso, ni a ti ni a mí.

2. *El corpus epistolar*

Las epístolas de Libanio, además de su valor literario, poseen un indiscutible valor prosopográfico. De hecho, si le echamos una ojeada a la *PLRE*[7] apreciaremos que las epístolas libanianas nos aportan una información básica sobre los funcionarios y demás personajes de su época. Las 1544 cartas conservadas, aparte de las *pseudepigraphae* y la correspondencia con Basilio de Cesarea, incluyen valiosa información sobre numerosos personajes tanto en el ámbito privado como en el público. En muchos casos la información contenida en las epístolas complementa lo que sabemos a través de inscripciones, citas literarias o el *Codex Theodosianus*.

Sin embargo, como se comprueba de inmediato en la lectura de las cartas, no siempre estamos en condiciones de identificar de forma precisa las personas y situaciones que aparecen en la correspondencia. Muchas son las dificultades que encontramos en la tarea. La primera es que las cartas no aparecen fechadas en la tradición manuscrita, y ni siquiera se encuentran ordenadas. Hasta el trabajo de O. Seeck[8], la otra gran obra prosopográfica, esta vez centrada exclusivamente en las epístolas de Libanio, no se supo que existía cierto orden, si bien un poco trastocado, en la correspondencia libaniana tal y como nos la han transmitido los manuscritos. Ni siquiera Sievers[9] en su magnífico libro ni Wolf

---

[7] Con estas siglas nos referiremos en lo sucesivo a la valiosa obra de A. H. M. Jones, J. R. Martindale, J. Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire. Vol. I A.D. 260-395*, Cambridge, 1971.

[8] O. Seeck, *Die Briefe des Libanius*, 1906 (reimpr. Hildesheim, 1966).

[9] G. R. Sievers, *Das Leben des Libanius*, Berlín, 1868 y J.-C. Wolf, *Libanii epistulae cum versione Zambecarinii et notis Wolfii*, Amsterdam, 1738.

en su edición y traducción latina de las cartas percibieron la existencia de este orden.

Seeck se dio cuenta de que podían percibirse paquetes de cartas llevadas por un mismo portador y dirigidas a un itinerario preciso. Aunque a menudo el portador no es citado nominalmente, sin embargo podemos agruparlas por el itinerario. Así, si un viajero lleva cartas desde Antioquía hasta Constantinopla, no tiene nada de extraño que en el camino deje cartas en Tarso, Ancira y Nicomedia. De paso, el portador encontrará residencia gratis y todo tipo de agasajos en la casa del destinatario. A veces ocurren coincidencias que pueden inducirnos a error, como en el caso de las *Cartas* 201-202 y 204. El portador de todas ellas es un Leoncio, pero se trata de una simple coincidencia en el nombre, pues el portador de las *Cartas* 201-202 es distinto del Leoncio de la *Carta* 204. Como señala Seeck, este nombre era muy corriente y en el propio círculo de amigos de Libanio había varias personas que lo llevaban.

Seeck llega a la conclusión de que, salvo escasas excepciones, la numeración correlativa de muchas cartas se corresponden con epístolas enviadas en un mismo viaje por la misma persona. Sin embargo, hay aparentes incoherencias, como sucede en la *Carta* 154 destinada a Modesto, donde Libanio presenta a los mismos jóvenes que recomienda en la *Carta* 161, dirigida en este caso a Urbano, rompiéndose así el aparente orden cronológico del conjunto. Sin embargo, es posible que se escribieran al mismo tiempo y fueran enviadas en momentos diferentes. El mayor desorden se encuentra en las primeras 18 epístolas, que corresponden manifiestamente a años distintos.

No es difícil imaginar a Libanio llevando un registro de las cartas que iba escribiendo con la intención de publicarlas en un futuro. Ello explicaría la disposición de las cartas tal y

como nos han llegado. En la *Carta* 88, por ejemplo, se ofrece a Leoncio para enviarle una copia de una carta que se había perdido, lo cual no sería posible si nuestro sofista no guardase copias de su correspondencia.

Así pues, Seeck establece la existencia de dos *corpora* bien definidos: un primer corpus formado por seis libros y tres *additamenta*. Las dieciocho primeras epístolas, como se ha dicho, constituyen un grupo heterogéneo de epístolas desclasificadas. Esta distribución nos ofrece un panorama curioso, ya que entre los seis primeros libros y el primer y tercer apéndice (años 355-365), y los otros dos añadidos (años 388-393) existe una laguna de veintitrés años que tal vez se explique por la adversa situación política durante el reinado de Valente y los primeros años de Teodosio. A la muerte de Juliano es posible que a nuestro sofista no le pareciese prudente guardar copia de las cartas enviadas. De este modo, la composición de las epístolas mantendría un curioso paralelismo con la de su *Autobiografía*.

Aunque las distintas subdivisiones guardan, con escasas excepciones, un orden cronológico, dichas secciones no aparecen en absoluto ordenadas. Si tomamos el primer bloque cronológico (los seis primeros libros y el primer y tercer añadido), el orden correcto sería el siguiente:

a. Libro V *(Cartas* 390-493), de la primavera del 355 a la primavera del 356.
b. Libro VI *(Cartas* 494-607)[10], del verano del 356 al verano del 357.

---

[10] Como veremos más adelante, las 18 primeras cartas, así como las *cartas* 608-614 y las dos últimas, 1543-4, son epístolas de relleno que en su origen pudieron quedar sueltas, por lo que su datación es en muchos casos desconocida. En el corpus epistolar aparecen como simple relleno entre determinadas secciones de la correspondencia.

c. Libro IV *(Cartas* 311-389), del verano del 357 al invierno del 358/9.
d. Libro I *(Cartas* 19-96), del verano del 358 al invierno del 359/60.
e. Libro II *(Cartas* 97-202), del invierno del 359/60 a la primavera del 360.
f. Libro III *(Cartas* 203-310), de la primavera del 360 a la primavera del 361.
g. *Additamentum* I *(Cartas* 615-839), del verano del 361 a la primavera del 363.
h. *Additamentum* III *(Cartas* 1112-1542), de la primavera del 363 al verano del 365.

En lo que respecta al *additamentum* II, Seeck lo divide en dos bloques. El primer grupo *(Cartas* 840-914) pertenece al año 388[11], si bien se aprecia un gran desorden cronológico. El segundo grupo *(Cartas* 915-1111) contiene cartas que van desde mediados del 390 hasta el verano u otoño del 393, fecha presumible de la muerte de Libanio. Es evidente que en los añadidos el desorden de las cartas es mucho mayor, hecho que avala la teoría de que el propio Libanio preparó los seis primeros libros para su publicación. Según Seeck, Libanio llevó a cabo esta publicación en el año 362 para conmemorar el acceso de Juliano al poder absoluto. Contra esta suposición se manifestaron Silomon y Foerster[12], argumentando que, de haber sido así, no tendría sentido que en el 364 Aristófanes de Corinto le pidiera copias de su correspondencia con Juliano. Es evidente que, de existir

[11] A este período corresponde también la *Carta* 18, que no se conserva en los principales manuscritos. Por otro lado, Foerster fecha las *Cartas* 1016 y 1017 en ese mismo año 388.

[12] H. Silomon, *De Libanii epistularum libris I-VI,* tesis doct. Gotinga, 1909 y R. Foerster, *Libanii opera. Vol. IX,* págs. 49-52.

la publicación, dicha petición no tendría sentido. Sin embargo, en su *Disc.* XIII 52, del año 362 precisamente, presume nuestro sofista de que la afinidad entre su estilo epistolar y el del nuevo Augusto era conocida por el público. También en la *Carta* 773 le dice Libanio a Entrequio que su deseo de recibir cartas suyas se explica por su afán por ganar fama eterna:

> Si buscas recibir mis cartas en la idea de que en ellas tendrás un monumento inmortal, estás aspirando a un pago exiguo por grandes servicios.

¿Significa esto que las cartas de Libanio eran publicadas? De ser así, tendría mucho sentido que hubiese editado los seis primeros libros durante el reinado de Juliano. Sin embargo, no necesariamente debemos inferir de lo dicho en la *Carta* 773 que se publicasen *stricto sensu,* sino que el contenido de las epístolas se conocía perfectamente en los círculos literarios y culturales. En la correspondencia de Libanio apreciamos cómo la recepción de una carta importante daba lugar a una reunión de emergencia para su lectura. A veces se interrumpía el desarrollo de las reuniones porque llegaba carta de alguien importante. En cuanto a lo que se dice en el *Disc.* XIII, no sería la primera muestra de presunción de nuestro sofista.

A nuestro parecer, Norman y Silomon han establecido un cuadro muy aproximado cómo llegó a formarse el corpus epistolar libaniano. A la muerte del sofista, un amigo o admirador emprendió la publicación de la correspondencia, encontrándose con un registro de seis libros preparado por el propio autor. Dicho registro fue comenzado en el año 355, cuando ya había conseguido la cátedra de Antioquía. El desorden cronológico de los libros fue alterado deliberada-

mente por el propio Libanio, que consideró más apropiado comenzar el primer libro con la *Carta* 19 en la que se expresa con un descaro y una libertad de palabra impropia de un sofista ante el prefecto Anatolio. Las cartas de dicho libro corresponden a una época en que ya se ha consolidado su posición en la ciudad y su disputa con los sofistas rivales ha terminado con su completa victoria. Empezar por el libro V, que es el primero cronológicamente, habría supuesto poner al comienzo las cartas de una época aún insegura, en la que el sofista luchaba a brazo partido por triunfar en su patria.

Los tres apéndices proceden asimismo de registros del propio Libanio, pero en este caso el sofista no se habría preocupado tanto por revisar el orden cronológico. Parece, pues, probable que Libanio tuviese preparados los seis primeros libros para su publicación y que la repentina muerte de Juliano en el 363 diera al traste con su propósito. Cuestión aparte son las cartas que aparecen desordenadas (las diecisiete primeras y las *Cartas* 608-614) y que en gran medida corresponden a los años de silencio epistolar. Según Seeck, el editor habría recabado dichas cartas de los contactos de Libanio, pero parece poco probable, pues entre otras cosas, la *Carta* 13 iba dirigida a Juliano, que había muerto muchos años antes. Además, parece sospechoso que fueran tan pocas las cartas recopiladas a propósito de alguien tan activo como Libanio. La explicación más plausible es que se trate de cartas dispersas en la casa de Libanio que el editor colocó como relleno al principio y entre el libro VI y el primer apéndice.

3. *Lengua y estilo*

Es un hecho que Libanio se siente ante todo un heredero de la tradición clásica y pagana y esta circunstancia condi-

ciona definitivamente su forma de escribir[13]. El rétor antioqueno parece no haber aceptado el predominio de Roma, el latín y el cristianismo, y este rechazo se manifiesta en un aticismo puro y a veces exagerado. Rara vez aparece en su obra referencia alguna a las controversias cristianas y nunca se utiliza un término no clásico para referirse a los cargos de la administración imperial. En su obra no cabe lo que no esté perfectamente atestiguado en sus admirados autores clásicos: Platón, Eurípides, Homero, Isócrates, Tucídides y Demóstenes le marcan siempre el camino a seguir[14]. Su modelo indiscutible era otro aticista del s. II: Elio Aristides. En las epístolas de Libanio siguen gozando de buena salud las construcciones de participio y de infinitivo, aunque ya en su época debieron de dar muestras de debilidad. Este estilo ático aparece a menudo aderezado con citas y paráfrasis de los clásicos, utilizadas siempre con habilidad para ilustrar circunstancias actuales.

Si bien son numerosos los tratados que nos ha legado la Antigüedad sobre la composición de discursos, los estudios sobre el estilo epistolar se reducen casi a una breve referencia de Demetrio en *Sobre el estilo* 223-235. En dicho tratado se recomienda para la epístola la brevedad y un estilo mixto entre el simple y el gracioso. Así pues, para este autor dos son los rasgos definitorios del estilo epistolar: la concisión y el encanto *(cháris),* rasgos ambos que encontramos en las epístolas de Libanio, si bien es cierto que el encanto y la brevedad pueden ceder su lugar a un tono más retórico

---

[13] Para la lengua y estilo de Libanio, véase A. López Eire, *Ático, koiné y aticismo. Estudios sobre Aristófanes y Libanio,* Murcia, 1991.

[14] Véanse para más detalles el amplio estudio de Bernard Schouler *(La tradition hellénique...)* y A. López Eire, «Las citas homéricas en las epístolas de Libanio» (artículo incluido en el citado libro *Semblanza de Libanio).*

y formal cuando el destinatario es una persona poco conocida o por la que el sofista siente un gran respeto. Pero en las cartas más íntimas vemos el verdadero carácter de Libanio. La carta es, como defiende Demetrio, «el retrato de su propia alma». No obstante, se aprecia que el humor de nuestro autor va decreciendo con los años, de modo que en sus epístolas tardías vemos un Libanio menos propenso a las bromas y con un humor más propio de su edad.

En los parágrafos 46-50 del citado tratado epistolar del Pseudo Libanio encontramos indicaciones que ilustran a la perfección cuál es el patrón que debe seguir un buen escritor de epístolas. En primer lugar se recomienda un estilo aticista, si bien no se debe llevar el refinamiento del estilo más allá de lo conveniente. Un buen compositor de epístolas no debe dejarse arrastrar a un estilo elevado. Luego, citando a Filóstrato de Lemnos, sentencia que el estilo epistolar debe ser más aticista que el lenguaje corriente, pero más corriente que la lengua literaria ática. El estilo epistolar no debe ser ni demasiado elevado ni demasiado bajo. Hay que adornar la epístola con la claridad, la concisión mesurada y un vocabulario arcaico. No se debe arruinar la claridad en aras de la concisión ni tampoco extenderse en demasía en busca de una mayor claridad; se debe en todo momento perseguir el equilibrio, imitando la precisión de los buenos arqueros. Por otra parte, se recomienda aderezar la carta con la evocación de historias, mitos y la inclusión de proverbios adecuados[15].

---

[15] Un excelente estudio de los refranes utilizados por Libanio en su correspondencia lo tenemos en E. Salzmann, *Sprichwörter und sprichwörtliche Redensarten bei Libanios,* tesis doct. Tubinga, 1910. Buena parte de los proverbios figuran en las colecciones Atos y Parisina de Zenobio, traducidas al español por R. M.ª Mariño Sánchez-Elvira y F. García Romero en el vol. 272 de esta colección.

II. TRANSMISIÓN MANUSCRITA. EDICIONES Y TRADUCCIONES

Son más de 250 los manuscritos que contienen cartas de Libanio, pero sólo tres de ellos merecen una especial atención, pues contienen juntos 1541 de las 1544 que suman las epístolas de autoría indiscutida del Antioqueno[16]. El más importante de todos por su antigüedad y número de epístolas es el *Vaticanus gr.* 83 (V), pues incluye 1566 cartas y, excluyendo repeticiones y cartas espurias, contiene 1528 del total de las genuinas. Sin embargo, el manuscrito tuvo una historia accidentada, ya que fue redactado en el s. XI, pero sufrió graves daños que arruinaron prácticamente la mitad del texto original (V_{I}). En el s. XII fue completada la parte dañada por una segunda mano (V_{II}) que sustituyó las partes perdidas a partir de un manuscrito afín. Dicha mano trató de armonizar en la medida de lo posible las dos secciones. Más tarde, en el s. XIV una tercera mano (V_{III}) realizó actualizaciones e incluyó añadidos, lo que explica que algunas cartas estén repetidas.

Los otros dos manuscritos, el *Vaticanus gr.* 85 (Va), del s. XI, y el *Leidensis Vossianus gr.* 77 (Vo), de los siglos XII ó XIII, están emparentados y contienen un número menor de cartas. El primero ha perdido el comienzo y el final, de manera que la primera carta es la 95 y la última la 1005. El segundo tiene la laguna en el centro, pues le faltan las *Cartas* 411-498. En conjunto abarcan hasta la *Carta* 1112, pues V es el único manuscrito que contiene el grupo de cartas 1113-

[16] Las epístolas que no aparecen en estos manuscritos son la 18, que sólo figura en el *Baroccianus gr. 50* (Ba), del s. XI, y las dos últimas, 1543 y 1544, que se encuentran en el *Laurentianus IV 14* (La), del s. X.

1542. No obstante, a pesar de incluir menos cartas, Va y Vo nos preservan con mayor fidelidad la estructura del *corpus* original.

A pesar de que las epístolas de Libanio fueron consideradas en época bizantina el modelo perfecto del género epistolar y fueron muy conocidas, el número de ediciones y traducciones modernas es claramente inferior a su mérito. La primera edición digna de mención de las epístolas es la ya citada de Wolf, que contiene una traducción latina. Hemos de esperar a la segunda mitad del s. XIX para encontrar un renacimiento del interés por Libanio, y fruto de ello son estudios de enorme interés, como los citados libros de Sievers o Salzmann y, algo más tarde, el primer gran estudio de las cartas de Libanio, *Die Briefe des Libanius* de Otto Seeck, obra de obligada referencia para todo estudioso de la correspondencia libaniana. Fruto de este renovado interés por el rétor antioqueno nace la que, hasta la fecha, es indiscutiblemente la edición básica de las epístolas, la faraónica edición teubneriana *Libanii opera* de Richardus Foerster[17]. La edición de Foerster, además de un completo aparato crítico y de unas valiosas notas, nos ofrece la numeración de la edición de Wolf y la de los manuscritos.

La edición teubneriana de Foerster allanó el camino a los estudios de Libanio, y fruto de ello han sido numerosos artículos y monografías, pero muy pocas ediciones y traducciones de las cartas. Cabe destacar la edición y comentario en lengua flamenca de las cartas dirigidas a Temistio a cargo de Bouchery[18]. Sin embargo, todavía no existe una tra-

---

[17] R. FOERSTER, *Libanii opera. Vol. X-XI,* Teubner, Leipzig, 1921 y 1922 respectivamente. El primer volumen contiene las *cartas* 1-839 y el segundo las *cartas* 840-1544, así como los fragmentos, las cartas espurias y la correspondencia con Basilio de Cesarea.

[18] H. F. BOUCHERY, *Themistius in Libanius' Brieven,* Amberes, 1936.

ducción completa de las epístolas en lengua moderna, sino sólo selecciones y traducciones aisladas. La primera traducción moderna de las cartas es la excelente selección de 84 cartas que llevaron a cabo en 1980 Fatouros y Krischer[19]. Dicha selección nos ofrece una buena traducción alemana y el texto griego establecido por Foerster. Además de ser una selección muy acertada de las mejores cartas, posee una valiosa introducción y amplias notas. En lengua inglesa sólo tenemos una edición del texto griego con traducción, la que llevó a cabo A. F. Norman para la col. Loeb Classical Library[20]. Se trata de una acertada selección de cartas muy bien traducidas y precedidas de una excelente introducción. El texto griego, salvo detalles, es el de R. Foerster. En francés tenemos una gran cantidad de cartas de ámbito escolar traducidas y comentadas por Festugière y la reciente traducción de 98 cartas llevada a cabo por Bernardette Cabouret[21]. Aunque no figura el texto griego, este libro contiene cartas interesantes que no aparecen en las otras selecciones y las notas son claras y muy útiles. En español contamos con las traducciones de algunas cartas en los artículos del profesor A. López Eire[22].

---

[19] G. Fatouros, T. Krischer, *Libanios. Briefe,* Múnich, 1980.

[20] A. F. Norman, *Libanius. Autobiography and Selected Letters. Vol I-II,* Cambridge Mass.-Londres, 1992.

[21] A. Festugière, *Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie,* Paris, 1959 y B. Cabouret, *Libanios. Lettres aux hommes de son temps,* París, Les Belles Lettres, 2000. Resulta curioso cómo omite Festugière la traducción de pasajes especialmente difíciles en las cartas. Sin embargo, tiene el mérito de ordenar y comentar acertadamente la correspondencia escolar de nuestro sofista.

[22] Entre otras, tenemos traducidas al español la *Carta* 3 en «Una carta muy breve de Libanio (Lib. *Ep.* 3)» (artículo incluido en *Semblanza de Libanio)* y la *Carta* 636 (en «Una carta muy larga de Libanio: Lib. Ep. 636F», en J. A. López Férez (ed.), *De Homero a Libanio,* Madrid, 1995,

III. NUESTRA EDICIÓN

Con este libro se inicia la que pretende ser la primera traducción completa de las epístolas de Libanio a una lengua moderna. La empresa es compleja tanto por la dificultad del estilo de Libanio como por el hecho de que para más de la mitad de las cartas no existe traducción actual. El ya citado problema prosopográfico y la amplitud del corpus epistolar suponen una dificultad añadida.

Nuestro objetivo, quede bien claro, no es otro que ofrecer al lector español una traducción fiable acompañada de las notas indispensables para hacer comprensible la lectura. Hemos evitado en lo posible entrar en cuestiones filológicas y en debates que sólo interesan al lector especializado, pues ya por sí misma la traducción exige un gran esfuerzo editorial. Por ese motivo hemos optado por incluir al final del libro un índice prosopográfico que permita simplificar las notas y las referencias cruzadas, lo cual hubiera complicado enormemente la identificación de las personas citadas. Téngase en cuenta que sólo en las primeras 493 cartas que incluimos en el presente volumen aparecen nada menos que 405 personas diferentes. En los casos de homonimia —por ejemplo, hay diez Eusebio diferentes— el lector puede identificar en cada caso al personaje, ya que en cada entrada incluimos el número de la carta o de las cartas en que aparece cada uno. También por el mismo motivo hemos reducido en lo posible la identificación de las abundantes citas literarias

págs. 365-379). También han sido traducidas las *Cartas* 35 y 369 por J. García Blanco y P. Jiménez en el tercer volumen de las obras de Juliano (BCG 47).

que aparecen en las epístolas. El lector especializado puede recurrir a la magnífica edición de Foerster para más detalles.

El lector apreciará que cuando en las notas citamos a un personaje poco conocido al lado figura un número romano o arábigo. Entiéndase que en el primer caso nos estamos remitiendo a la identificación de O. Seeck *(op. cit.)* y en el segundo a la de la *PLRE*. Dado que ésta última es más asequible para el lector español, hemos optado por darle preferencia, de modo que sólo nos referiremos a la identificación de Seeck cuando el personaje no aparezca en la *PLRE*.

La edición que seguimos en la traducción es, cómo no, la teubneriana de Foerster. Las escasas divergencias que hemos tenido con dicha edición la explicamos en la correspondiente nota.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Ediciones y traducciones*

H. F. Bouchery, *Themistius in Libanius' Brieven,* Amberes, 1936.

B. Cabouret, *Libanios. Lettres aux hommes de son temps,* París, Les Belles Lettres, 2000.

G. Fatouros, T. Krischer, *Libanios. Briefe,* Múnich, 1980.

R. Foerster, *Libanii opera. Vol. X,* Teubner, Leipzig, 1921.

—, *Libanii opera. Vol. XI,* Teubner, Leipzig, 1922.

A. F. Norman, *Libanius. Autobiography and Selected Letters. Vol I-II,* Cambridge Mass.-Londres, 1992.

J.-C. Wolf, *Libanii epistulae cum versione Zambecarinii et notis Wolfii,* Amsterdam, 1738.

2. *Obras prosopográficas*

A. H. M. Jones, J. R. Martindale, J. Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire. Vol. I A.D. 260-395,* Cambridge, 1971.

P. Petit, *Les fonctionnaires dans l'œuvre de Libanius,* París, 1994.

O. Seeck, *Die Briefe des Libanius,* Leipzig, 1906 (reimpr. Hildesheim, 1966).

3. *Estudios, artículos y monografías*

G. W. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire,* Oxford, 1969.

P. Brown, *The World of Late Antiquity = El mundo en la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma* [trad. A. Piñero], Madrid, 1989 (reimpr. 1991).

R. Cadiou, «Le problème des relations scolaires entre St. Basile et Libanios», *Revue des Études Grecques* 79 (1966), 89-98.

A. Chastagnol, «Remarques sur les sénateurs orientaux au IVe siècle», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 24 (1976), 341-356.

M. Clauss, *Der Magister officiorum in der Spätantike (4.-6. Jahrhundert). Das Amt und seine Einfluss auf die kaiserliche Politik,* Múnich, 1980.

L. Cracco Ruggini, *Simboli di battaglia ideologica nel tardo ellenismo,* Pisa, 1972.

G. Dagron, *Naissance d'une capitale: Constantinople et ses institutions de 330 à 451,* París, 1974.

G. de Bonfils, *Il Comes et quaestor nell'età della dinastia costantiniana,* Nápoles, Univ. di Bari, 1981.

G. Downey, *A Study of the Comites Orientis and the Consulares Syriae,* Princeton, 1939.

—, «The Olympic Games of Antioch in the Fourth Century A.D.», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 70 (1939), 428-438.

G. Fatouros, «Julian and Christus: Gegenapologetik bei Libanios?», *Historia* 45 (1996), 114-122.

G. Fatouros, T. Krischer, *Libanios. Wege der Forschung,* Darmstadt, 1983.

G. Fatouros, T. Krischer, D. Najock, *Concordantiae in Libanium, I: Epistulae, 1: A-K; 2: Λ-Ω,* Hildesheim, 1987.

A. Festugière, *Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie,* París, 1959

A. Garzya, «L'epistolografia letteraria tardoantica», en M. Mazza, Cl. Guiufridda (eds.), *Le transformazioni della cultura nella Tarde Antichità,* Atti del Convegno a Catania, Università

degil studi, 27 sett.-2 ott., 1982, I-II, Catania, 1985, págs. 347-373.

A. GIARDINA, *Aspetti della burocrazia nel basso impero,* Roma, 1977.

A. GONZÁLEZ, «Comunicación, retórica y arte en las epístolas de Libanio», *LOGO* 4 (2003), 59-76.

H. GRÉGOIRE, «Le préfet du prétoire Fl. Eutolmius Tatianus», *Anatolian Studies in Honour of W. Ramsay* (1923), 151-154.

—, «Auxentius comes et mechanicus», *Byzantion* 4 (1928), 465-468.

H. HÜBNER, *Der Praefectus Aegypti von Diokletian bis zum Ende der römischen Herrschaft,* Múnich, 1952.

A. H. M. JONES, *The Later Roman Empire (3 vols.),* Oxford, 1964.

G. A. KENNEDY, *Greek Rhetoric under Christian Emperors,* Princeton, 1983.

J. W. H. G. LIEBESCHUETZ, «The Syriarch in the Fourth Century», *Historia* 8 (1959), 113-126.

—, «Money Economy and Taxation in Kind in Syria in the Fourth Century A.D.», *Reinisches Museum* 104 (1961), 255-256.

—, *Antioch, City and Imperial Administration in the Later Roman Empire,* Oxford, 1972.

A. LÓPEZ EIRE, «Koiné y aticismo: nuevas perspectivas», en *Actes del Xè Simposi de la Secció Catalana de la S.E.E.C.* (1990), 39-50.

—, *Ático, koiné y aticismo. Estudios sobre Aristófanes y Libanio,* Murcia, 1991.

—, «Una carta muy larga de Libanio: Lib. Ep. 636F», en J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.), *De Homero a Libanio,* Madrid, 1995, págs. 365-379.

—, *Semblanza de Libanio,* México, 1996.

—, *Poéticas y retóricas griegas,* Madrid, 2002.

P.-L. MALOSSE, *Lettres pour toutes circonstances,* París, Les Belles Lettres, 2004.

L. MALUNOWICZ, «Epistulae consolatoriae graecae», *Eos* 54 (1964), 245-269.

R. M.ª Mariño Sánchez-Elvira, F. García Romero, *Proverbios griegos. Menandro: Sentencias,* Madrid, Gredos, 1999.

J. Matthews, *Western Aristocracies and Imperial Court, A.D. 364-425,* Oxford, 1975.

A. F. Norman, «The Family of Argyrius», *Journal of Hellenic Studies* 74 (1954), 44-48.

—, «The Ilyrian Prefecture of Anatolius», *Rheinisches Museum für Philologie,* 100 (1957), 253-259.

—, «Notes on some Consulares of Syria», *Byzantinische Zeitschrift* (1958), 73-77.

J. R. Palanque, *Essai sur la préfecture du prétoire du Bas-Empire,* París, 1933.

L. Petit, *Essai sur la vie et la correspondence de Libanius,* París, 1866.

P. Petit, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IVe siècle après J. C.,* París, 1955.

—, *Les étudiants de Libanius,* París, 1957.

—, «Les senateurs de Constantinople dans l'œuvre de Libanius», *L'Antiquité classique* 26 (1957), 347-383.

J. Ritoré Ponce, *Temistio. Discursos políticos,* Madrid, Gredos, 2000.

E. Salzmann, *Sprichwörter und sprichwörtliche Redensarten bei Libanios,* tesis doct. Tubinga, 1910.

H. Schenkl, «Zur Biographie des Rhetors Himerios», *Rheinisches Museum für Philologie* 72 (1917), 34-40.

B. Schouler, *La tradition hellénique chez Libanios,* París, 1984.

—, «Dépasser le père», *Revue des Études Grecques* 93 (1984), 1-24.

H. Silomon, *De Libanii epistularum libris I-VI,* tesis doct. Gotinga, 1909.

G. R. Sievers, *Das Leben des Libanius,* Berlín, 1868.

E. Suárez de la Torre, «Un motivo epistolar en Libanio», *Durius* VI (1978), 117-141.

P. Wolf, *Vom Schulwesen der Spätantike. Studien zu Libanius,* Baden-Baden, 1952.

ABREVIATURAS

PLRE	A. H. M. JONES, J. R. MARTINDALE, J. MORRIS, *The Prosopography of the Later Roman Empire. Vol. I A.D. 260-395,* Cambridge, 1971.
SEECK	O. SEECK, *Die Briefe des Libanius,* Leipzig, 1906 (reimpr. Hildesheim, 1966).
BCG	Biblioteca Clásica Gredos.
NORMAN	A. F. NORMAN, *Libanius. Autobiography and Selected Letters. Vol I-II,* Cambridge Mass.-Londres, 1992.
SALZMANN	E. SALZMANN, *Sprichwörter und sprichwörtliche Redensarten bei Libanios,* tesis doct. Tubinga, 1910.

CARTAS SUELTAS

1

A Clearco (372/3 - 382/4)[1]

Al escribir esta carta tenía la intención de pedirte que le echases una mano al virtuoso, aunque pobre, Faustino, y pensaba que estas mismas credenciales, su carácter y su pobreza, serían suficientes para lograr tu ayuda. Pero hete aquí que Celso se presentó y, nada más enterarse de lo que me proponía hacer, me dijo que hacía ya tiempo que te habías ocupado de ayudarle, pero que no habías podido lograr nada de lo que te proponías. Yo, si fuera otro quien me ofreciera 2
una excusa como ésa, me daría por satisfecho y aceptaría que, pese a tu empeño, no fuiste capaz de hacerme el favor. Pero ojalá nunca se acostumbre Clearco a oponer esa clase de excusas, pues tal proceder es indigno y motivo de reproche; como si no bastara un solo gesto de tu cabeza para que se cumpla tu voluntad.

---

[1] Entre paréntesis dejamos constancia del año en que se escribió cada carta. Seguimos la datación de la edición de FOERSTER.

2

A Elébico (383 ó 387)

El fiel Florenciano no me ha traído cartas tuyas. Pero me juró que yo disfrutaba de tu afecto y me ha convencido para que te escriba primero. Y como no puse en duda lo que me decía y me causaba maravilla que la breve conversación de aquella tarde la tomases como el principio de una amistad, te he escrito para darte las gracias por ese afecto que me profesas y para pedirte que me escribas. Pero si no puedes por la enorme cantidad de asuntos que te tienen ocupado, con todo, ya es para mí importante el solo hecho de gozar de tu aprecio.

3

A Clearco (372/3 - 382/4?)

También ahora acude Olimpio[2] a refugiarse en ti, que tantas veces lo has socorrido, esperando, en virtud de los beneficios que ya ha obtenido, tenerte como aliado para prosperar.

[2] Las dos cartas van dirigidas a Clearco 1 a favor de Olimpio 11, hijo de Olimpio 4, quien fue alumno de Libanio (cf. *Carta* 539), posiblemente durante su etapa como profesor en Nicomedia. Véase el pormenorizado comentario de esta carta en A. López Eire, *Semblanza de Libanio,* México, 1996, págs. 281-302.

4

A Clearco (372/3 - 382/4?)

Este que ves es el hijo de Olimpio, que tantas enseñanzas recibió de mí y que por sí mismo tiene conocimientos nada escasos con vistas al oficio de *agente*[3]. Deseoso de obtener tu amistad y ansioso por ganársela a través de mí, que os quiero a los dos, acude a tu presencia con esta carta mía, en la que deposita las esperanzas de su anhelo.

5

A Paulino (382/4?)

Talasio[4] es, después de un dios, el responsable de que no haya perecido ahogado en la procelosa tormenta de mis males. Por tanto, creo que también le debes estar agradecido por sus desvelos para conmigo y que con sumo gusto también deberías pagarle tu deuda. Y bien; te es posible pagarle 2
si velas por la ley y haces que de nuevo sea dueño de unas tierras de las que se ha visto despojado por un hombre de lo más descarado. Es hermoso que quien comete una injusticia aprenda que es posible que, aun estando tú ausente, harás que Talasio alcance sus justas pretensiones.

---

[3] Se trata del cargo de *agens in rebus* (en gr. *stratiōtēs),* una de cuyas funciones principales era la de ejercer de correo imperial.

[4] Posiblemente se trata de Talasio 4, en cuya defensa escribió Libanio su *Disc.* XLII. Sus propiedades estaban en Samosata. No obstante, también puede ser Talasio 2.

6

A Temistio[5] (fecha desconocida)

Leoncio deseaba que te enterases por mí de que goza de nuestro aprecio. Y, en efecto, afirmo que lo apreciamos y con justicia, porque es noble, inteligente y piensa que merece ser estimado por honrar a quienes conviene.

7

A Aristéneto (fecha desconocida)

Tú hablaste mal de mí y yo bien de ti. Mas nadie nos hará caso, ni a ti ni a mí.

8

A Italiciano (365?)

También somos humanos y en nada mejores que nuestros semejantes. Por consiguiente, no ultrajes las estatuas de los dioses hasta el punto de olvidarte de la mesura cada vez que me elogias, ni tampoco creas que ya no te quiero porque no te lleguen con frecuencia cartas de nuestra parte. Pues la culpa de ello la tienen mis muchas ocupaciones y piensa que es posible que un hombre pueda sentir afecto por otro aunque no le envíe cartas, ya que también tú me querías el

[5] Primera carta del epistolario destinada al filósofo Temistio, de cuyas obras ya tenemos traducción española en el vol. 273 de esta colección.

tiempo durante el cual no me escribías; y aunque no me hubieses mandado esta carta de ahora, aun así me habrías seguido queriendo. Y eso a pesar de que, por más que en 2
ella exponías hermosas razones y hacías bonitas promesas, ningún acto acompañaba a tus palabras. Mas no considero este hecho como señal de que no me tienes afecto, sino que me convenzo a mí mismo de que, por mucho que lo desees, no has tenido posibilidad de cumplirlo. Pues creo que es preferible tener esta creencia que buscar por donde sea excusas para hacerte reproches.

9

A Marciniano (392?)

Me avergüenza pedirte un favor a pesar de no haberte beneficiado nunca en nada y de no tener siquiera la esperanza de hacerlo. Pero, con todo, puesto que el motivo de mi inquietud es un hijo[6], me es necesario pedírtelo. Así que ten a bien perdonarme. Te ruego encarecidamente que nos con- 2
cedas oír algo bueno acerca de Romano, que es por quien me intereso. Y ello sucedería si gozara de tu benevolencia, pues, si la obtuviera, tendría en breve cuanto corresponde a quien lleva largo tiempo ejerciendo como abogado. Otro favor te pido: si me vas a conceder esta merced, te ruego que me escribas para decírmelo.

---

[6] Se trata de su alumno y recomendado, Romano, no del hijo de Libanio, Cimón. Sobre la costumbre de Libanio de llamar hijos *(paîdes)* a sus estudiantes, léase P. Petit, *Les étudiants de Libanius*, París, 1956, págs. 33-34.

10

A Heladio (353 ó 354)

Me haces injusticia cuando llamas fraude a la incapacidad. Pues lo primero corresponde a quienes merecen odio y lo segundo a quienes merecen compasión. Pero tú mezclas lo que no se puede asociar: la desgracia y la maldad. Reconozco que estoy prendado de Bérito[7] por muchas razones y de Atenas por todas, pero no puedo ir a ninguna de las dos. Tengo entendido que Hera fue encadenada y que no pudo moverse hasta que vino a liberarla el inventor de sus ataduras[8].

11

A Araxio (356 ó 353/4)

Cuando eras gobernador de Palestina no descuidabas escribirme, pero ahora que estás al frente de muchas provincias[9] te has olvidado de hacerlo. De modo que, cuando estabas lejos, te acordabas de los amigos, pero ahora que te has establecido cerca de nosotros te vuelves olvidadizo.
2 ¿Cómo te comportarás entonces si aumenta tu poder y ves a

[7] La actual Beirut, famosa en tiempos de Libanio por sus escuelas de derecho.

[8] *Il.* V 393 ss. Esta epístola data de la época en que Libanio trataba de conseguir un destino oficial en Antioquía por razones médicas. Como se deduce de su *Autobiografía (Disc.* I 94 ss.) y de lo dicho en cartas como la 430 y 473, la enfermedad de Libanio era más fingida que real.

[9] Araxio fue nombrado *vicarius Asiae.*

tus amigos? ¿No es evidente que, incluso, añadirás el desprecio si, en respuesta a tu comportamiento, se generaliza la indiferencia hacia ti? Pero a pesar de todo nos gustaría verte colmado de más honores todavía, aun cuando nos detuvieras y azotaras.

12

A Heorcio (post. 380)

No conoces, querido Heorcio, ni la cantidad ni la gravedad de las enfermedades que se han abatido sobre mí, ni tienes idea del tiempo que he pasado enfermo, pues de lo contrario jamás me habrías lanzado esos reproches habiéndote olvidado de compartir mi dolor. Pero lo cierto es que la ignorancia, por donde quiera que lo mires, es dañina para los mortales y, en este caso concreto, te ha impulsado a verter acusaciones sobre mí en vez de darme ánimos. Pero no te reprocho que no estés al tanto de nuestras dificultades. Sin 2
embargo, tal vez argumentaría alguien como tú, siempre dispuesto a hacer reproches, que las desconocías por no preguntar, y que no me preguntas porque me aborreces. Y así, al echarte en cara tu arrogancia, tú mismo te verías envuelto en cargos mayores. Pero no voy a hacer eso, pues no me parece justo mancillar una firme amistad con una calumnia. Muy al contrario, cada vez que se presenta una situación así, busco una causa lo más razonable posible que explique los hechos; y así es como hago en mi interior la defensa de mis amigos. Tú, en cambio, no haces buen uso de 3
tus facultades oratorias cuando arguyes que son otros los autores de la acusación, pues a éstos te los has inventado en tu carta. Porque, ¿qué te ha pasado que no los reducías al si-

lencio, sino que les hacías caso? En cuanto a lo que dices de mi arrogancia, da gracias a Heracles, protector de las desgracias, si no te llevas tu merecido. Ya he castigado mediante un discurso [10] a una ciudad entera por haber dicho eso.

13

A Juliano (363 ó 353/4)

Por la pena que nos ha causado la noticia de tu enfermedad[11], también hemos caído enfermos. Porque ¿qué cosa habría más dulce para nosotros que verte restablecido de nuevo? Tal vez sería adecuado que Seleuco nos notificara
2 también cómo has salido de la crisis. Por eso precisamente creo que hay que considerar afortunado a Entrequio, pues verá Bitinia en el mejor momento. Y el mejor momento será
3 cuando tu cuerpo disfrute también de salud. Dándote las gracias por apreciar a este hombre, te pedimos que añadas a éste otro favor: que lo llames a tu presencia.

---

[10] El *Disc.* II, titulado *A quienes lo llamaron insolente,* cuya traducción se incluye en el tomo II de los *Discursos* de LIBANIO publicado en esta misma colección. Dicho discurso está datado con seguridad en 380-381, lo que ofrece un claro *terminus post quem* para esta epístola. Sin embargo, sigue abierto el debate sobre si la *Carta* 12 forma parte de un conjunto indisoluble *(Cartas* 10-16) y deben ser datadas todas en el mismo año (353-4), tesis de SEECK (pág. 467) que defiende ardorosamente J. Martin, o bien hay que situarla en torno al 380, fecha de composición del *Disc.* II, tesis iniciada por G. R. SIEVERS *(Das Leben des Libanius,* pág. 149, n. 85) y que cuenta entre sus defensores a Foerster y a A. F. Norman. Véase un resumen de la cuestión en J. MARTIN, *Libanios. Discours II-X,* París, 1988, págs. 11-13.

[11] El propio JULIANO habla de esta enfermedad en su *Carta a Temistio* 259d, donde se cita a Araxio, el destinatario de la *Carta* 11.

14

A Prisciano (353)

Dionisio no pisoteó su juramento, sino que regresa a tu lado con mi carta, que fue exactamente lo que juró que haría. Cuando llamas afortunada a nuestra ciudad[12], en la que te ha dado pavor establecerte, te burlas porque puedes. Porque si en realidad creyeras que es así, ¿qué te ha pasado para que, teniendo ocasión de compartir mi felicidad, no hayas querido hacerlo? Si desconoces los riesgos que corremos, 2
cometes una injusticia, pues las ignoras por desidia, viviendo tan cerca como vives. Pero si estás enterado y me consideras dichoso a pesar de mis desgracias, demuestras ser el más temerario de los hombres. Pero si tienes por propio 3
el modo de proceder de Dinias[13], juzgas con sensatez. Ni siquiera yo mismo lo considero ajeno, pero verás mi diligencia en la carta que te enviaremos para salir en defensa de este anciano.

---

[12] En el 353 Libanio se encontraba de nuevo en Constantinopla, donde lo pasó muy mal. Fue el Emperador quien le forzó a abandonar su puesto en su querida Nicomedia en el año 349, y nuestro sofista hizo todo lo posible para conseguir el traslado a Antioquía (véase la introducción y *Disc.* I 74 ss.).

[13] Véase Demóstenes, *Contra Leptines* 145-151. En el discurso de Demóstenes, Dinias aparece como uno de los oradores que defienden la propuesta de ley de Leptines, que pretendía poner fin a las distinciones otorgadas a cuantos habían realizado un servicio destacable en Atenas, por considerar abusivo su número. Así pues, Libanio, considerando razonable la reserva de Prisciano a hacer con él una excepción, le pone en un compromiso comparando la desidia de su destinatario con el interés que él mismo pone en defensa del portador de la misiva.

15

A Zenobio (352 ó 354)

He tomado la determinación de castigar el silencio con el silencio. Y, con todo, sé muy bien que el castigo es más leve de lo que merece la ofensa. Porque no es lo mismo que yo me vea privado de tus cartas, que lo que tú te pierdes por no recibir regularmente las mías, sino que el daño que voy a sufrir por mi castigo es tanto mayor cuanto más hermosas son tus epístolas que las mías.

16

A Talasio (352 ó 353)

Nobles eran las cualidades de las que te sabía dueño cuando te encontrabas aquí con nosotros, pero las que ahora oigo mencionar se acercan a las de un filósofo: libertad de expresar los pensamientos, un carácter enemigo de la maldad, amor por la gente honrada, valentía a la hora de beneficiar a unos y de mandar a paseo a otros. Pero lo más importante de todo es que el oro, que tiene el mayor poder entre
2 los mortales, ha sido derrotado víctima de tu desprecio. Con sólo oír a Gorgonio decir que te admira, me he quedado maravillado, ya que, si no fuera su espíritu afín al tuyo, no se
3 habría comportado así. Por tanto, consigue para nosotros, por intercesión suya, aquel asunto por el que también le pregunto: mi regreso. Pues ardo en deseos de comprobar en persona lo que oigo que me dicen[14].

[14] Talasio 1 era entonces el prefecto del pretorio por Oriente en tiempos del césar Galo, cuya residencia se encontraba en Antioquía, a donde deseaba regresar Libanio.

17

A Florencio (365)

La persona que lleva esta carta que tienes en tus manos es quien te ha escrito en realidad, pues es muy justo considerar su autor a quien me ha convencido para tener tal osadía. Porque yo me encontraba atenazado por la vacilación, pero Taciano, irresistible, me ha colocado la mano sobre el papel y me ha asegurado que no me arrepentiría de escribirte. Por todo lo dicho, tú serás quien deba mostrarme si ha sido mejor dejarse persuadir y escribirte, que no haber tenido tanto atrevimiento.

18

A Caliopio (388)

¿Cuál de los dioses o de los démones logró que Taciano, a quien admiramos por los cuatro costados, se apaciguase con nosotros? Dímelo tú, Caliopio. Pues estás perfectamente enterado de lo que ocurrió con él. Y si no deseas hablar, forzoso es que yo oficie de adivino. No estoy en condicio- 2
nes de averiguar de qué dios se trata, como cuando Homero supo que fue Atenea quien acudió de parte de Hera a Aquiles y que la diosa pudo contener su cólera[15]. Pero al hombre gracias al cual los dioses llevaron a cabo esta acción, a él sí que lo he encontrado cabalmente. Se trata de un conciuda- 3
dano mío, de una de las principales familias de la ciudad,

[15] Como puede verse al comienzo de la *Ilíada* (I 194 ss.).

que ha bebido de la misma crátera que yo en el jardín de las Musas[16]. En un principio ejerció la abogacía, pero ahora redacta rescriptos en el palacio de los dos emperadores, tanto del padre como del hijo[17], y ha cometido una ofensa muy grave. Pues probablemente no sea afrenta baladí el no haberse vanagloriado poco por el hecho de que la destreza oratoria de Taciano pusiera más de relieve la tuya. Y lo que era más terrible: que contaba con la ayuda de Temistio. En todo caso, puso de manifiesto su arte retórica cuando nos llenaba de reproches y su humanidad cuando prometió que nos echaría una mano.

---

[16] Caliopio 3 también era antioqueno y, como Libanio, fue discípulo de Zenobio.

[17] Teodosio y Arcadio.

LIBRO I

19

A Anatolio[18] (358/9)

Leí a los amigos aquella extensa carta, pues así me lo ordenaste y no podía yo dejar de obedecer a tan alta autoridad. Así pues, la lectura les hacía reír en la medida en que 2
tú querías (y vaya si querías que lo hicieran a menudo). Cuando dejé de leer, uno de los oyentes me preguntó si por ventura yo era amigo o enemigo tuyo. Como le respondiera que era amigo, y mucho, del noble Anatolio, me dijo: «Pues sábete bien que te estás portando como su enemigo cuando enseñas esa carta que más te valdría tener bien escondida». Y le dio un calificativo a tu escrito. ¿Quieres saber cuál? No te preocupes, pues no te diré aquello cuya sola mención me disgustó oír. Así es que, olvidando aquel asunto, debemos 3

[18] En esta extensa carta, dirigida al prefecto del pretorio por Ilírico, Anatolio 3, Libanio responde con amargura a una crítica que hizo el Prefecto al poco entusiasmo mostrado por Libanio en la composición de un encomio en honor a su primo Espectato. La razón verdadera del enfado la conocemos por la *Carta* 80: Libanio no había escrito al Prefecto cuando éste se hallaba enfermo.

examinar las causas, y tendrás que conformarte si quedas como un calumniador, que yo me aguantaré si se prueba que
4 soy un malvado. Decías que Espectato, que tan grandes méritos tiene, se ha quedado pequeñito en un discurso mío. Sin embargo, él mismo encontraba gran placer en el encomio que recibió de nuestra parte. Por consiguiente, si él se muestra benévolo con nosotros, es mentira lo que tú dices, y si acontece que él no tiene ni idea del arte retórica, entonces atrévete a afirmarlo y yo quedaré como un completo inepto.
5 Examínalo de la manera siguiente para que des la impresión de ser coherente contigo mismo, puesto que afirmas que el mismo a quien acusaste de empequeñecer lo grande, enaltece lo insignificante gracias al vigor de su verbo. Te aconsejo que les hagas la guerra a los designios de los bárbaros, mas
6 no a ti mismo. En efecto, haces bien al sentir celos de aquellos a quienes celebramos (el deseo de elogios es signo de una naturaleza en absoluto perversa), ya que a menudo los celos son importantes para la práctica de la virtud. Sin embargo, te estás comportando arteramente, y no con nobleza, cuando censuras el hecho de que alguien sea enaltecido con discursos, en lugar de manifestar públicamente tu alabanza.
7 Y me echas en cara que elogie a muchos, pero yo a ti te acuso de censurar a todo el mundo. No cabe duda de que ambos pecamos de falta de juicio, pero mi postura al menos tiene algo de humanidad. Mejor dicho, no hay nadie a quien yo haya elogiado atribuyéndole cualidades inexistentes, como las plumas ajenas que, según la fábula, se puso el grajo. Más bien escucha con qué normas me rijo cuando escribo un en-
8 comio. Si alguien controla el ansia de ganar dinero, pero se deja dominar por los placeres, lo primero será motivo de elogio, y lo segundo permanecerá oculto en el silencio. Pues de igual modo, si abordase el encomio de una tierra, actuaría la siguiente forma: en el caso de que tuviera que

elogiar Citera (es ésta una isla que está próxima al Pelopo-
neso), al componer el discurso iría explicando que es una
región de pastos y variados vinos, con unos magníficos
puertos y orgullosa de sus bosques, pero no la elogiaría por
su producción de trigo, pues mentiría, ya que ni siquiera
quien hiciese el encomio del Ática podría decir algo así,
mas nada nos impide elogiarla por aquellos motivos que es
lícito. Admiro a Aquiles porque hería a los troyanos. Admi- 9
ro a Palamedes por su sabiduría. Pero quien piense que hay
que censurarlos porque estas dos cualidades no adornaban
indistintamente a uno y otro, comete una injusticia. Mira; si 10
yo compusiera un discurso en tu honor, porque me lo hubie-
ras pedido y convencido para que te lo escribiese, ¿piensas
acaso que los motivos de elogio acudirían de todas partes al
compositor? Tal vez tú pienses que es así, pero la realidad
no es tal. Si bien es cierto que podría decir de ti que posees
dedicación, capacidad para mantenerte en vela y trabajar,
rectitud de juicio, previsión de futuro, espíritu ecuánime,
agudeza de entendimiento, elocuencia arrolladora y otras
muchas virtudes, sin embargo no podría afirmar que eres al-
to y guapo, ya que tu cuerpo no posee esas cualidades. Si 11
hiciera mención del dinero, afirmaría que te has abstenido
por completo de robar, pero no me atrevería a sostener que
no has sido recompensado por tu virtud, pues el Emperador
te ha hecho regalos y, gracias al largo tiempo que llevas en
el cargo, tus mansiones parecen ciudades, no porque hayas
perjudicado a nadie, sino que has aceptado lo que te han
ofrecido. Pero no hay duda de que serías más virtuoso si no
hubieses aceptado nada de nadie, pues mucho más ilustre
que las columnas que te regala el Emperador es la posesión
de la fama que aporta la pobreza. En verdad, también es 12
prueba de tu carácter agrio y en absoluto afable aquella oca-
sión en que hiciste crueles reproches a Severo porque —di-

jiste— pidió un cargo militar en vez de dedicarse a la filosofía[19]. Porque si, habiéndose aplicado a la filosofía, se hubiese cambiado de chaqueta y hubiera traficado con el título de filósofo, con razón habría merecido tu odio. Pero si, en realidad, lo que pasa es que considera la filosofía como un estudio superior a sus posibilidades y busca una salida, ¿por qué va a ser un desatino que no se dedique a filosofar? ¿Es que acaso tú le haces daño a alguien por dedicarte más a
13 gobernar que a filosofar? Ya que insistes en insultarnos porque te hablábamos de honor, sabe que no estás enterado de todo. Se trata de lo siguiente. Para mí la retórica es dignidad más que suficiente, y gracias a ella jamás me consideré más humilde que vosotros, cuyo brillo alegan en sus juramentos vuestros aduladores. Para quien tiene modestas necesidades, los humildes recursos que proporciona la misma retórica
14 son más que suficientes para vivir. Por tanto, ¿cuál era mi intención al escribirte? Isócrates recomienda poner a prueba a los amigos cuando aún no se ha presentado la necesidad, con el objeto de no sufrir daño si la fortuna no nos acompaña, y afirma que, aunque no tengamos necesidad, hay que
15 fingir que la tenemos. Algo así era también lo que yo pretendía: te hacía una petición aunque no me hacía falta. Así pues, tú no me la concedías, pero yo me reía y, sin sufrir
16 perjuicio alguno, descubría tu verdadera manera de ser. A no dudarlo, no eres desidioso en todo, sino que, si se trata de alguien de tu familia, eres diligente como nadie y ninguno de tus allegados se queda en simple particular. Luego valoras la virtud en los demás y, si alguien carente de ella ob-

[19] Nótese cómo JULIANO *(Carta a Temistio* 265b y ss.) y LIBANIO *(Carta* 793) le hacen a Temistio la misma recomendación: dedicarse a la vida contemplativa, mucho más reconfortante que la vida pública. Evidentemente, tal apreciación no ha de tomarse como una confidencia de un amigo, sino como una forma más o menos cortés de rechazar la petición de un cargo.

tiene un mando, vociferas más que quienes sufren la amputación de un miembro. Pero tu familia te es tan querida, que cualquier pariente tiene que alcanzar el cargo sin que se le haga prueba alguna. Ése es el pretexto que esgrimes para descuidar tus obligaciones para con los amigos. Y si alguien te acusa, te quitas de encima el reproche oponiendo esta excusa. ¿Qué? ¿Te parece que también yo sé disparar dardos o 17
crees que sólo sirvo para recibirlos? Más bien da la impresión de que, si bien me has herido, también tú has sido alcanzado. Y si lo que me dijiste era en broma, tampoco lo que yo digo va en serio. Es justo que, si encuentras placer 18
en esta carta, le des las gracias al portador, y que, si sufres sus mordeduras, le apliques el castigo correspondiente. Pues, aunque había tomado la determinación de no hacer nada, me ha obligado con toda insistencia a escribirte este Januario, un hombre respetable en todos los aspectos en su ciudad, que nunca ha causado aflicción a nadie que no lo mereciera, que otorga favores sólo cuando en ellos interviene la justicia, que sabe mantener su puesto en la misión que se le ha asignado, que de cuantos le apremian sólo asiste a los que se lo merecen, parco en el hablar, diestro en la acción y, por regla general, no presta atención a los beneficios que se presentan. Este hombre es adecuado para las mayores empresas, pero se contenta con lo que tiene y sabe mantener la moderación en asuntos incompatibles con la probidad. Sólo temo una cosa: que le pongas faltas porque me ha ayudado en todo.

20

A Aristéneto (357/8)

¿Es ésa la norma que tienen los que gobiernan: no escribir a los amigos, precisamente porque gobiernan? Si es cier-

to que esta ley existe y está escrita, ampárate en ella y no me escribas. Mas si no te lo impide ley alguna, ¿cómo se explica tu silencio? ¡Habla! Más bien creo que tengo descubierta la causa: pienso que te ha sobrepasado la enorme cantidad de tareas que tienes, de forma que la preocupación por los asuntos del Estado no permite que te ocupes de los ami-
2 gos. Me resulta mucho más agradable convencerme a mí mismo de que ésta es la explicación, que pensar que es porque te has olvidado de tus amistades por culpa del cargo. Precisamente, la noticia que llega a mis oídos es que el poder te ha vuelto más moderado y que la única diferencia que hay entre el Aristéneto de ahora y el de antes es que estás más ocupado. Dicen que tu carácter sigue siendo el mismo y
3 hasta hay quienes afirman que es incluso mejor. No dudo que Januario te llevará la noticia de que estamos mal de salud, a no ser que opte por engañarte para no afligirte, pues siempre andamos revueltos en algún oleaje. Éste es el castigo que pagamos a Zeus Filio por haber tenido más en esti-
4 ma otra cosa que los amigos[20]. Pero puedo hablarte de Januario explicándote cómo en una difícil gestión se mostró virtuoso. Y sólo a él le dio todo el mundo su aprobación, tanto quienes consiguieron rápidamente lo que pedían, como los que tardaron; tan grande era el encanto que mezclaba con sus aplazamientos. Por tanto, su marcha colma de aflicción a los mejores, porque cuando estaba aquí nunca causó
5 daño a nadie. Cuando yo le rogaba un favor, tan lejos estaba

[20] Como bien señalan Fatouros y Krischer (*Briefe*, pág. 269), no está claro lo que quiere decir Libanio con esta frase. Me parece plausible su suposición de que Libanio se refiera a su marcha a Antioquía dejando a sus amigos de Nicomedia y Constantinopla. Precisamente, Libanio no volvió a ver con vida a Aristéneto, quien pereció en el terremoto del 24 de agosto del 358. La presente fue la última carta que le escribió estando vivo, y es posible que no llegara a leerla.

de no hacerme caso, que si dejaba de pedírselo, decía que mi omisión era una afrenta y me lo echaba en cara. Considerando tu bien y el mío como propio, iba corriendo a informarme de lo que se enteraba, dando a conocer por su rostro el placer que sentía en ello. Podría decirte más cosas si no lo conocieras, pero ahora ya conoces a este hombre.

21

A Aristéneto (358)

Antes sentía admiración por el poderosísimo Hermógenes[21] porque, según tenía entendido, se interesaba por la filosofía, pero ahora también siento afecto por su persona, ya que reconoce cuántos y de qué naturaleza son tus méritos. En efecto, afirma que eres una buena persona, le da mucha importancia a relacionarse contigo y tiene por penoso no estar a tu lado. Según los demás, hay que felicitarte a ti por 2
ello, pero yo os felicito a ambos: a ti porque tienes a tu disposición un poder tan grande, pero a él porque será celebrado por su buen juicio al haber elegido el amigo que le convenía. Así es que, como eres su amigo, no debes mostrarte 3
remiso a la hora de serle útil con tus consejos en la medida de tus posibilidades. Precisamente ahora tienes la ocasión de impedir que un amigo cometa un error con otro amigo que padece injusticia. Pues al noble Nicencio, a quien nos cubrías de elogios en tus cartas —precisamente fue aquella carta

[21] Hermógenes 3 era en esta fecha prefecto del pretorio por Oriente, mientras que Aristéneto 1 era vicario de la recién creada diócesis de *Pietas*. El objeto de la misiva es que Aristéneto intercediera ante Hermógenes para que no aplicara la multa que éste había impuesto al gobernador de Siria *(consularis Syriae)*, Nicencio 1, por haber descuidado sus deberes de aprovisionamiento del ejército.

la que hizo nacer nuestra amistad por él—, a este hombre, digo, gracias al cual la justicia habita entre nosotros, la violencia está desterrada y nuestra ciudad es una fiesta, aunque esperaba recibir felicitaciones, ha recaído sobre él un castigo que no sólo lo llena de angustia por el daño que sufre —pues, a pesar de haber desempeñado tantas magistraturas entre nosotros, Nicencio es pobre—, sino que además tiene una consecuencia más amarga que ese perjuicio: la infamia. Porque la condena recibida es un castigo que lleva implícita
4 la pena por maldad. Por tanto, que Hermógenes imponga un castigo a quienes sean culpables, que yo seré el primero en alabar su justa cólera. Y si aplaca su ira contra los que son tales, también yo cesaré en mis elogios. Pero el caso que nos ocupa no es sino desvarío y obra de un fraude, no de la na-
5 turaleza de Hermógenes. Escucha. Hay junto al Éufrates un campamento llamado Calínico, lugar donde fue asesinado Calínico y el nombre del sofista ha quedado como denominación para ese lugar[22] (numerosos ejemplos de este tipo nos han llegado desde antaño, tanto en la tierra como en
6 el mar). Efectivamente, este territorio tiene acantonado un ejército que debe ser abastecido por nosotros, que no llevamos los víveres allí, sino a otro lugar, y es costumbre que sea el gobernador de los pueblos en torno al Éufrates el encargado de llevarlos de ese punto hasta Calínico. Nicencio, después de haber cumplido con sus propias obligaciones, sufre las consecuencias de los yerros de otros, como lo que
7 ocurrió en Áulide[23]. Posiblemente, ni siquiera yo mismo te

---

[22] Como señala Cabouret (pág. 64), la explicación que ofrece Libanio sobre el origen de la denominación de este puesto fronterizo del Éufrates parece una invención. Juliano pasó por este puesto en su campaña del 363, según nos cuenta Amiano Marcelino (XXIII 3, 7).

[23] Comparación con el sacrificio de Ifigenia, que expió con su sangre la falta de su padre, Agamenón.

lo he contado mal, pero, si se me ha escapado algún detalle, el propio Nicencio te instruirá convenientemente. Tú encárgate de ayudar a los dos gobernantes: a uno, el menos poderoso, apartándolo de un daño injusto, y al otro, el más poderoso, haciéndole deponer una cólera en absoluto justificada. Y si cambiar de opinión le parece una conducta in- 8
fantil, que piense que es una bajeza cambiar a peor, pero que es algo positivo si nos libra del mal, especialmente cuando, al mismo tiempo, podría mantener la multa y absolverlo de toda imputación. Que haga que se pague el dinero, 9
pero que lo paguen quienes han abandonado su puesto y, además, le han engañado, ya que le decían lo que no era cierto para lograr su propio beneficio. Y como 10

grande es la cólera de los prefectos, vástagos de Zeus[24],

que no actúen con impunidad los que defraudan, para que, imponiéndose la verdad, nadie sea castigado injustamente. Cuando anule su propia decisión, que se acuerde del rey de Creta, el hijo de Zeus, el cual, entrando en la cueva por primera vez en nueve años, no se avergonzó de derogar una ley que él mismo había establecido y que convenía que fuese anulada[25].

22

A Aujencio (358)

Aunque tenía la intención de reprocharte que te solazaras en el campo y creía que no tenías argumento alguno que

---

[24] Paráfrasis de *Il.* II 196.

[25] Minos consultaba a su padre, Zeus, dentro de una cueva sobre su labor legislativa. Cf. PLATÓN, *Leyes* 624a-b; *Minos* 319d-e, y HOMERO, *Od.* XIX 179.

justificase tu escapada hacia ese lugar, cuando he tomado en mis manos el fruto y he visto qué clase de dones producen los árboles allí donde tú estás, he cambiado de opinión y me asombra que puedas separarte, ni siquiera un breve momen-
2 to, de una tierra de tal clase. Es posible que así fuera el huerto que, de acuerdo con la fama, producía manzanas de oro, que no eran tales, pues no es ésa la naturaleza de los frutos, pero que por su hermosura se ganaron la fama de estar hechas de oro. Y si tales eran los frutos que te ha dado el verano, tu descripción incluso los superaba. En tal medida
3 estaba tu carta impregnada de su plenitud. Sigue, pues, venerando a los dioses guardianes de la agricultura, pero conviene que no te esfuerces demasiado por dedicarles monumentos. Que tus exvotos no sean de esos que fabrica el arte de los orfebres, sino que sean honrados los dioses con los mismos frutos que ellos nos dieron. Pues bien sé que les agradan mucho más los racimos colgados de los árboles, que las estatuas recubiertas de oro.

23

A Demetrio (358/9)

No sin haberlo calculado se presentó el propio muchacho[26] en nuestra casa, sino que sabía que su tío siente afecto por mí y que éste goza de mi mayor estima. Y al llegar ha encontrado lo que esperaba. Si también halló destreza oratoria, no lo sé, pero lo que sí ha encontrado es una benevolencia tan grande como la que tú, de haber estado en mi lugar,

[26] Un sobrino de nombre desconocido de Demetrio 2, rico curial de Tarso y destinatario de la carta. Dicho sobrino estudiaba en la escuela de Libanio.

le habrías dispensado si se hubiese presentado en tu casa. En cuanto a la retórica, se aplica como si se hubiera dedica- 2
do a ella desde hace mucho tiempo, y ahora que se dedica de verdad, vive en la penuria y en términos que no corresponden a un pariente vuestro. Si fuera el caso que os escaseara el dinero, asunto mío sería echarle una mano. Pero, ya que las cosas os van bien y sois ricos, pero pensáis que la necesidad ayuda a que los jóvenes estudien, me permito aconsejaros que le enviéis dinero por vuestra cuenta o que, en caso contrario, me deis permiso para socorrerlo, ya que no sólo la molicie es un estorbo para los estudios, sino también convivir con el hambre.

24

A Genesio (358/9)

¿Cómo no iba yo a contemplar con placer a un joven que es hijo de una noble madre y sobrino de un varón salvador de ciudades y amigo nuestro[27]; un joven que ha emprendido una honrosa huida de vuestro lado, la única que es forzoso elogiar? Porque abandonar la ciudad de uno para aprender el arte oratoria también es hermoso para la propia patria, a la cual el ausentado podrá engrandecer gracias a sus discursos. Mas, igual que nos colmas de elogios por los 2
cuidados que ha encontrado al llegar aquí, convence a su madre para que solucione su falta de medios, pues no podréis ser exigentes el día que le pidáis que rinda cuentas si descuidáis vuestras obligaciones.

[27] Demetrio 2.

25

A Higiino[28] (358/9)

No he echado en el olvido los pactos que sellamos con
respecto a la correspondencia, pero mis males sin medida
2 me han impedido cumplir lo pactado. En primer lugar, la
cabeza me ha dejado completamente abatido tras haber sufrido numerosos mareos, de forma que ni los médicos ni yo
teníamos motivos para ser optimistas. A continuación, el
mal se extendió de allí hasta el vientre, como si se precipitara una cascada hacia abajo, y no aparecía remedio alguno
que lo contuviera. Y pese a que estos males eran terribles,
vino a sumarse la que llaman «calamidad lemnia»[29], o, mejor dicho, me he quedado corto cuando he comparado la ca-
3 lamidad lemnia con la destrucción de Nicomedia[30]. Habiendo pasado el verano de esta guisa, hemos aliviado el cuerpo
bebiendo un fármaco y nos hemos puesto a escribirte para
explicarte las razones de nuestro silencio, no para pedirte
que salgas de tu casa y te pongas en camino hacia la nuestra, pues cuando uno anima a otro para que le ayude, lo hace
porque ya de hecho lo ha declarado culpable del delito de
4 indolencia. En tu caso no sólo estoy seguro de que no te

---

[28] Este destinatario a veces es llamado Higino.

[29] Nos cuenta HERÓDOTO (VI 138) que los pelasgos raptaron a unas mujeres atenienses y que ellas educaron a los hijos que les nacieron en el odio a todo lo concerniente a sus captores, de modo que los pelasgos acabaron asesinándolos por temor a una venganza futura. Desde entonces se denominó «lemnio» a todo crimen abominable.

[30] Referencia al terrible terremoto que arrasó Nicomedia en el año 358. Libanio dedicó a esta catástrofe una monodia, el *Disc.* LXI (cf. *Carta* 33).

muestras indolente, sino que, incluso, moverías a otros a in-
teresarse por nuestra salud, posiblemente porque también
has hallado en nosotros algo que merezca tu simpatía, pero
sobre todo porque pones mucho cuidado en que se vea que
sigues el ejemplo de tu padre. Pues él sentía sumo placer en 5
encontrarse conmigo y en compartir discursos y libros.
También él fue quien dio lugar a que nuestra fama se in-
crementase. Y si estuviera vivo, ahora él solo valdría para
mí por muchos hombres[31]. Teniendo esto en cuenta, tratas 6
de demostrarme que, si es cierto que Dulcicio está muerto,
no lo está el celo de vuestra casa hacia mi persona. Por ello, 7
como dicho celo sigue vivo, siempre me ofrecerás tu ayuda.
En cuanto a tus primos, sábete que por todo lo demás reci-
ben elogios, y muchos, pero que causan enojo a sus vecinos
por un solo defecto: que siempre componen sus discursos
dando grandes voces y, como no dejan dormir a los que vi-
ven cerca, a unos ya los han echado y al resto les han col-
mado la paciencia.

26

A Acacio (358/9)

También soy yo de aquellos que han quedado sepultados bajo aquella ola tremenda[32]. Pues Aristéneto yace bajo tierra y ¡oh Zeus! el segundo mazazo ha venido a destruirnos, pues no ha perdonado la divinidad la vida de Hierocles. Por tal motivo, hemos guardado silencio y lo seguiremos guardando. Al menos sólo en público, pues los que vienen a

[31] Cf. *Il.* XI 514. Homero aplica este epíteto al médico Macaón, lo que significa que Dulcicio I era médico, como su hijo Higino.

[32] El citado terremoto.

2 vernos no reciben de nosotros peor trato que antes. Siento gran regocijo al ver cómo tu hijo y tu yerno[33] se dedican con gran ahínco y buen ánimo a la retórica y apremian a su maestro sin necesidad de que les estimule. Así, cuando les escribas, te basta con el principio de aquel verso que dice:

¡Seguid así, hijos queridos![34].

Confío en que también Filóxeno se comporte como corresponde a su parentesco.

27

A Macedonio (358/9)

No has recorrido el camino por un propósito baladí, sino por ver a un hombre por el que tendrías por bueno cruzar un océano. Que tenías el propósito de mencionarnos elogiosamente en todas partes no lo ignoraba, ya que, si bien a la gente le resulta agradabilísimo que otros les dirijan elogios,
2 a ti te gusta más dedicármelos a mí. Pero a las personas con las que dices haber conversado probablemente las podrías convencer para que odiasen a los aduladores, mas nunca los persuadirás para que me quieran, pues no tengo ni idea de
3 esa práctica y hay otros que sobresalen en ella. Con respecto a Pancracio, nunca lo he visto, pero lo tengo por buena persona y espero que me escriba antes, ya que para él no hay nada vergonzoso en hacerlo, aunque tal vez sí para mí, no vaya a dar la impresión de que con mi carta le pido alumnos con la excusa de entablar conversación con él.

---

[33] Ticiano (cf. *Carta* 44) y Calicio respectivamente. Calicio es hijo de Hierocles 3.

[34] *Il.* X 192. Cf. *infra*, *Carta* 148.

28

A Policronio (359/360)

¿Qué excusa tienes para justificar tu silencio? ¿La lentitud de tu inteligencia? ¿Y quién más agudo que tú? ¿Acaso incapacidad para expresarte, tú, que con tanta claridad nos informas de los asuntos más importantes? Luego, ¿de dónde procede tu silencio? No hablas. Entonces me oirás. Como nos has recortado el salario[35], sientes vergüenza, y como, habiendo separado la cebada del trigo, has perjudicado a los caballos, no sabes qué decir en tu defensa. Sin embargo, te 2
libero de tu miedo diciéndote lo de Aquiles:

no eres tú quien me está afligiendo, sino Agamenón[36].

Así es que cobra ánimos y escribe.

29

A Parnasio (358/9)

No es una bajeza que yo dedique mi vida a la retórica, pero tú te descubres a ti mismo cuando escribes con tal gracia una carta tras otra[37].

---

[35] Sobre este recorte del salario decretado por el prefecto Elpidio 4, cf. *Carta* 740. Parte del salario del sofista era pagado en especie. Véase al respecto W. LIEBESCHUETZ, «Money Economy and Taxation in Kind in Syria in the Fourth Century A.D.», *Rheinisches Museum* 104 (1961), 255-256.

[36] Cf. *Il.* I 335.

[37] Falta el final de esta carta enviada al prefecto de Egipto, Parnasio 1.

30

A Demetrio (358/9)

Era conveniente que también con un homenaje así fuera honrado por ti el hermano y por mí el amigo[38]. Pero no es sorprendente que te resulte odioso el período de tiempo que siguió a su muerte. Pues hasta las tareas que no son demasiado dolorosas son difíciles para quienes se encuentran en
2 una situación como la tuya. Así es que ahora que te has desprendido de la encina[39] y te aferras a la vida, pues así lo das a entender tú mismo, te seguiré, imitándote en una cosa y declarándome vencido en la otra. Porque, al recibir tus cartas llenas de miel, con la presente trato de hacer justicia a tus epístolas, pero, aunque busco de qué manera podría corresponder a este don tuyo, no he hallado otra cosa que limitarme a colmar de elogios dicho regalo. Porque no de otro modo se puede denominar tu estilo ático, sino simplemente comparándolo con el producto que en el monte Himeto elaboran las abejas. Pero, a pesar de ser tan sublime, no puede

[38] Hierocles 3, hermano de Demetrio 2 y Juliano 14, muerto en torno al año 358, como se vio en la *Carta* 26.

[39] Este refrán se aplica a quienes han pasado a una vida mejor, igual que los hombres cambiaron el consumo de bellotas por los frutos de la agricultura. Recogido en el *Epítome* de ZENOBIO *(PII* 40 y *AV* 51). En adelante tomaremos como referencia de los numerosos refranes que cita Libanio en sus epístolas dos fuentes: la edición en esta misma colección de la mencionada obra de Zenobio *(Proverbios griegos,* BCG núm. 272, edición a cargo de R. M.ª MARIÑO SÁNCHEZ-ELVIRA y F. GARCÍA ROMERO), y el clásico libro de SALZMANN *(Sprichwörter und sprichwörtliche Redensarten bei Libanios,* Tesis doct. Tubinga, 1910).

superar el placer que nos has hecho saborear por el mismo hecho de que nos escribieras.

31

A Anatolio[40] (362?)

Puesto que, mientras ejercías como gobernador, fuiste como Radamantis para los gálatas, también ahora que has sido cesado en tu cargo te sigues preocupando por ellos. Por eso, cuando vienen aquí, encuentran alojamiento en tu casa y tú los beneficias dentro de tus posibilidades. Si no fuera así, forzoso sería que te odiasen y tú fueses odiado por ellos.
Pero el hecho de que, aunque nos envías a los hijos de otros, 2
no te decidas a enviarnos a los tuyos[41] —pues más vale decirlo así— lo atribuyo a que no has podido. Pues así es como lo has decidido, aunque mucho deseabas mandármelos.
Y me da la impresión de que también lo desean los mucha- 3
chos. Lo evidencian sus cartas y el que animen a otros a desembarcar en nuestra escuela, porque, sin duda, están convencidos de que es bueno para ellos lo que recomiendan a otros.

[40] No se sabe con seguridad quién es el destinatario de esta carta. Los candidatos mejor situados parecen ser Anatolio 4, gobernador de Galacia antes del año 361 (cf. *Carta* 674) y Máximo 19, quien en el 362 ejercía ese cargo, por lo que, de inclinarnos por esta identificación, es forzoso datar la epístola más tarde, pues el destinatario es evidente que ya ha dejado el puesto.

[41] Apolinario 2 y Gemelo 2, si admitimos que el destinatario es Anatolio 4.

32

A Adamancio (358/9)

Aunque no he tenido en mis manos cartas tuyas, me hago a la idea de que las he recibido. Porque, al deponer la injusta cólera que tenías contra tu hijo y elogiar aquellos actos que hasta ahora le censurabas, ponías de manifiesto que, aunque con sumo gusto nos hubieras escrito, no te atrevías a hacerlo[42]. Así es que, buen amigo, cobra ánimos y ten la
2 bondad de escribir. La culpa la tienen aquellos antipáticos que te han enviado misivas que tanto te han influido. Mejor dicho, también a ellos los exculpa el haber sido engañados por otros. Porque no nos pasa inadvertida la fuente del frau-
3 de, y más hay que tenerles lástima que odio. Pero si presto atención a la naturaleza de tu hijo y a cómo se complace con el trabajo, puedo recitar aquel proverbio que dice:

Al instante se ven con claridad los retoños que han de ser [fecundos.

4 Y más te contaría si no supiera que mi elogio procedería de alguien dominado por la pasión, motivo por el cual hasta la verdad más grande arrastra consigo la incredulidad.

---

[42] Es obvio que ésta es la primera carta que escribe Libanio a Adamancio I, cuyo deseo era que su hijo, Anatolio V, estudiara con otro sofista. Sin embargo, el joven se decantó por Libanio, lo que provocó la ira del padre, alimentada por la maledicencia de los sofistas de la competencia (*vid. Carta* 41).

33

A Demetrio (358/9)

He compuesto un discurso fúnebre[43] por esa misma ciudad que con tanto placer contemplé y que, mal de mi grado, abandoné, pues, aunque estaba instalado en mi patria, la echaba de menos. Y antes que la ciudad, lloré la muerte del noble Aristéneto, que pereció con ella bajo sus ruinas. Pien- 2
so que ninguno de estos dos cantos fúnebres son obra mía y que ambos hay que atribuírselos a Tristeza. Porque cuando ya había perdido yo el juicio y hacía temer a mis familiares y amigos que no pudiera soportar esta desgracia, entonces ella, tomándome de la mano, escribió lo que le vino en gana. Los amigos a los que mostré uno y otro discurso eran 3
cuatro en total, ya que no estaba yo para recitales. Además de mi tío[44], Prisciano el rétor; después de éste, el noble Filocles y Eusebio, que tanto empeño ha puesto en amarnos. Sabino se hallaba entonces en el campo. Ellos fueron los 4
únicos a quienes se los leí y no hubo nadie a quien no informaran de que iban a escucharme recitarlos. Así es que, al punto, me encontré en un gran compromiso, ya que otros me pedían que se los leyera o que reconociera que obraba injustamente. De modo que puse en circulación el libro, y los que lo recibían se lo dejaron a unos pocos que no lo habían escuchado. Ojalá también tú puedas encontrarte con el libro a solas, si lo deseas, o en compañía de otros, si así lo

[43] El *Disc.* LXI, la monodia por Nicomedia. El *thrênos* que compuso en homenaje a su amigo Aristéneto no se ha conservado.

[44] Su adorado tío Fasganio, que morirá poco después, como leemos en *Disc.* I 117 y *Cartas* 96 y 283.

5 decidieras. Me da la impresión de que tú mismo has compuesto también algún discurso similar para tu hermano[45], pues no sería propio de tu elocuencia enterrar a ese hombre sin decir palabra. Por tanto, envíamelo considerando que, después de aquel terremoto, yo mismo no siento repugnancia por dedicarme continuamente a los discursos fúnebres. Me asombro de que disfrutando de esta clase de racimos tengáis la osadía de darle a la presente estación el nombre de invierno[46].

34

A Jámblico (359)

No sólo no me molestan las exhortaciones que me haces, sino que hasta me alegro de que me las hagas, porque así se me hace patente que también tú te estás ocupando del
2 asunto. Tu tío[47] y yo te aplaudimos por haber tomado las precauciones necesarias para que no te dieran gato por liebre[48]. Aquí hemos examinado la cuestión demasiado tarde,

---

[45] Hierocles 3, como se vio en la *Carta* 30 (Cf. la *Carta* 341). Demetrio era rétor, como Libanio.

[46] Como señala Norman (pág. 477), tal vez la carta de Demetrio viniera acompañada de regalos del campo.

[47] Sópatro 2, filósofo de Apamea que se entrevistó con Juliano en Hierápolis en el 363, como sabemos por el propio Emperador (véase su *Carta* 98, traducida en el vol. 47 de esta colección).

[48] Lit. «de caballos a burros», refrán que se aplica a quienes van de lo más importante a lo menos digno. Véanse Zenobio, *PII* 33 y Salzmann, 76. También es citado este proverbio *infra, Carta* 71 y en el *Disc.* LXII 61. En este contexto es una clara alusión a la tentativa de Temistio para que Jámblico se incorporase al Senado de Constantinopla.

ya que creo que nos viene de camino desde donde tú estás[49] algún desenlace y confiamos en poder darle un final feliz por intercesión de los gobernadores. A Modesto[50], quien por 3
la noche tenía la intención de partir rápidamente para Cilicia, le he llevado por la tarde una carta en la que he detallado la lista de regalos que te mando. No faltaba Olimpio. Modesto decía que con gusto se llevaría todo lo demás, porque no pesaba, pero el aceite se negaba a llevarlo. Pero, como nosotros no cejábamos en nuestro empeño, subió con la idea de investigar la mejor manera posible de hacer las cosas y, como suele ocurrir en los alborotos que se forman cuando uno emprende un viaje, el asunto se quedó sin decidir. Por tanto, sólo quedaba esperar. Por otro lado, tú no 4
puedes quedarte ahí esperando, sino que tienes que venir aquí para hacer frente a la exacción que te reclaman desde Tracia[51] y para abandonar definitivamente el Senado, que de cierto puede aportar alguna utilidad a una persona anónima, pero no daría mayor renombre a quienes, como a ti, ya les viene de familia.

35

A Juliano[52] (358/9)

Ojalá tu cuerpo siga gozando de salud, como me anuncias en tu carta, y que un dios envíe remedio para tu aflic-

---

[49] Jámblico ha emprendido un largo viaje y cuando se escribe la carta se encuentra en Cilicia.

[50] Entonces conde por Oriente *(comes Orientis),* cargo que estaba por encima del gobernador y por debajo del prefecto.

[51] Es decir, la reclamación que le hacen para que ingrese en el Senado de Constantinopla.

[52] Dirigida al entonces césar Juliano tras el terremoto de Nicomedia.

ción. Mejor dicho, tu dolor sólo necesita en parte a un dios, ya que, por lo demás, Vos sois dueño de ponerle cura. Porque la ciudad puede ser reconstruida si así lo deseáis, pero el consuelo por el desánimo que nos embarga a causa de los
2 muertos sólo puede venirnos de algún lugar del cielo. Yo felicito a la ciudad de Nicomedes, aunque está arrasada; pues si bien es cierto que mejor sería que permaneciese intacta, a pesar de todo, una vez destruida, la colman de honores tus lágrimas. Y este hecho no vale menos que los cantos de duelo que, según fama, suscitaron las Musas sobre el cadáver de Aquiles, ni que la lluvia de sangre que lloró Zeus cuando era inminente la muerte de Sarpedón[53] pues así que-
3 ría homenajear a su hijo más querido. Así es que Vos os ocuparéis de que la antigua ciudad vuelva a nacer. En cuanto a Elpidio, ya antes era virtuoso, pero ahora el progreso de su carácter merece admiración. Y, en este caso, no sólo es cierto aquel verso de Sófocles,

sabios se vuelven los tiranos con el trato de los sabios[54],

sino que hasta la propia sabiduría del Emperador podría
4 conducir a la virtud a cuantos tuvieran trato con él. ¡Qué beneficio tan enorme has hecho a esta persona al demostrarle que no es mayor tu riqueza que tu valía! Porque, si bien eres más joven que Elpidio, has resultado ser su maestro, aunque es mayor que tú, en esas nobles virtudes: moderación, buena disposición a favorecer a los amigos, a alegrarse cuando se hace algo por ellos, a tratar con afabilidad a los desconocidos y a conservar la amistad del recién llegado.

---

[53] Las referencias se encuentran, respectivamente, en *Od.* XXIV 60-62 e *Il.* XVI 459-61.

[54] Verso del *Áyax locro,* fr. 14 *(vid.* el vol. 62 de esta colección, pág. 38).

Porque todos los que se han acercado a él y le han dirigido
la palabra se han maravillado con este hombre y al momen-
to se han hecho sus amigos. Además, han reconocido la im-
pronta de tu carácter en las tareas que le has confiado. Él y 5
yo hemos tenido frecuentes conversaciones y todas han ver-
sado sobre ti y la forma de ser que tienes, así como la acti-
tud que adoptas frente a los importantes asuntos de los que
te ocupas. Y tan de cerca seguía yo lo que haces cuando él
me lo contaba, que diríase que hablaba contigo como si es-
tuvieras aquí presente. Y lo más glorioso que veía era que 6
subyugabas a los bárbaros y narrabas tus victorias en una
obra histórica, de modo que una misma persona era al mis-
mo tiempo narrador y general[55]. Porque Aquiles necesitaba
a un Homero y Alejandro muchos titanes[56], pero tus trofeos
pasarán a la historia gracias al testimonio de quien los eri-
gió. Has aventajado a los sofistas no sólo porque les has im-
puesto el trabajo de narrar tus gestas, sino también la tarea
de competir con el relato que has escrito sobre ellas. Por 7
consiguiente, suma a tus trofeos el hecho de que Pompeyano
consiga que se haga justicia con él y considera que ésta
no es una batalla sin importancia. Este hombre es aquel al
que un día tuviste el placer de ver en Bitinia en una embaja-
da de nuestra ciudad[57] y, cuando te enteraste de cuántas

[55] Juliano escribió un informe de su brillante victoria en la batalla de Estrasburgo *(Argentoratum)*. Cf. *Disc.* XIII 25 y nuestra nota *ad loc.* en el vol. 293 de esta colección.

[56] Pasaje de extraño sentido y probablemente corrupto. Es posible que algún copista se inclinase por la *lectio facilior* y cambiase *titēnōn,* un infrecuente participio de aoristo de *titaínō,* «esforzarse», por el sustantivo «titanes». Así pues, a mi juicio, sería más plausible la lectura *pollôn titēnántōn,* es decir: «Alejandro tuvo necesidad de muchos autores que hubieron de esforzarse al máximo», pero no hay pruebas de que sea así.

[57] Sobre la embajada de Pompeyano II en el 355, *vid. infra, Cartas* 441 y 444-449.

propiedades había sido privado, le hiciste concebir esperanzas de recuperar lo que es suyo. ¡Acuérdate de estas promesas, hazme el favor, oh César!

36

A Demetrio (358/9)

En algún pasaje dice Píndaro[58] que es guardián de las manzanas de oro, pero que sus dueñas son las Musas, que las reparten unas veces a unos, y otras a otros. A mí mismo me parece que desvarío, pero tú opinas que las obras que produzco son áureas. Y ahora, tomando como punto de partida los discursos fúnebres que he compuesto, nos incluyes en la lista de los poetas trágicos. Ten cuidado, no vaya a ser que no te lo consienta Sófocles o cualquier otro de cuantos
2 compartieron este género con él. Pero, ya que no puedo hacer nada para que dejes de desear mis obras, aquí te envío estas composiciones mías que me pides, en las cuales he disertado sobre el salario, hago un encomio de Estrategio[59] y especialmente el certamen. También te llega un cuarto discurso, el elogio de nuestra ciudad, que ésta tuvo ocasión de escuchar en los Juegos Olímpicos en la extensión que la

---

[58] Fr. 288.

[59] Sobre el encomio escrito por Libanio en honor de su amigo el prefecto Estrategio Musoniano, *vid. Disc.* I 111-3 y la *Cartas* 338 y 345. Antes de la fecha de esta carta sólo conservamos tres discursos, el *Disc.* XI, citado a continuación, la *Monodia por Nicomedia (Disc.* LXI) y el LIX, el elogio de los emperadores Constancio y Constante (del que acaba de aparecer una magnífica edición en la colección Budé a cargo de P.-L. MALOSSE), de modo que los tres discursos mencionados en esta carta se han perdido.

costumbre permite[60]. En cuanto a la fiesta, era un acontecimiento tan engorroso, que la mayoría buscaba refugio en las ciudades para ahorrárselo.

37

A Modesto (359/360)

En cuanto he podido romper mis ataduras, esto es, los estudiantes, mi arte y las fatigas de la enseñanza, me he presentado en compañía de estas excelentes personas que están arrestadas[61]. Tan grande es el temor que nos ha sacudido a la ciudad y a mí. Porque la familia de éstos es la flor de la ciudad. Sin embargo, reflexionando sobre quién era el que 2
los llamaba y ante quién iban a presentarse, nos convencíamos de que los estaba acogiendo un puerto, no una costa llena de escollos. De modo que respirábamos tranquilos y nos decíamos unos a otros: «¿Qué mal podría sobrevenirnos del excelente Modesto?». Estamos convencidos de que eres noble por tu conducta en general, especialmente en este mismo proceso del que las desgracias presentes forman parte. Pues te has encargado de un asunto que, de caer en ma- 3
nos de un gobernador de esos que sienten no sé qué deleite en actuar de mala fe, se habría mandado erigir una gran pi-

[60] Sería el *Disc.* XI o *Antiochikós,* pronunciado con motivo de los Juegos Olímpicos de Antioquía del año 356. El testimonio de esta epístola es fundamental para datar dicho discurso (véase nuestra introducción al *Disc.* XI en el número 292 de esta colección).

[61] Libanio asume la defensa de algunos curiales acusados de alta traición en el proceso de Escitópolis del año 359. Algunas personas relevantes habían consultado el oráculo de Abidos de Egipto sobre la sucesión del Emperador. El *comes* Modesto fue el encargado de presidir el tribunal. Cf. AMIANO MARCELINO, XIX 12, 6 ss.

ra. Pero tú, en cambio, has hecho que el temido oleaje se tornara bonanza, concediéndoles a unos un aplazamiento y absolviendo a otros por completo, sin permitir que por ello se celebrase una orgía a costa del expolio de los huérfanos.
4 Tú también has vertido lágrimas por el arresto de la hermana de esos a los que ahora tienes ahí y suplicaste a los dioses que regresara sana y salva a nosotros; tal vez no fracasarás en tu empeño. Vuélvete también para ellos un Hermíone[62] y concédele rango de ley a la decisión que has tomado. Porque educamos a los demás con ejemplos ajenos y, si tú si-
5 gues el tuyo propio, todo nos irá como la seda. En cuanto a mí, muchas son las razones por las que me importan estos hombres, y no tendré excusa si no hago por ellos cualquier cosa. Pues hemos heredado nuestra amistad de nuestros padres y las obligaciones entre nosotros se han hecho mayores. Por ejemplo, yo, que hace muchos años era compañero de clase de Antíoco, ahora instruyo en mi templo de las Musas al único hijo que él tiene. También en mi juventud fui compañero de Arsenio, aunque yo era algo mayor que él, y cuando se ha hecho un hombre lo tengo por uno de mis más íntimos por la virtud de su carácter. Y lo que para los demás
6 es secreto, a él se lo puedo confiar. Por otra parte, en lo que respecta al tercero, ¿qué cosa más grande podría decir que el hecho de que no deshonra a tales hermanos? Porque, si bien posee un humilde patrimonio, no siente cuidado por no tener mucho, sino que venera la vida sencilla y se esfuerza
7 por ser fiel a sus amigos. Por tanto, envíanos indemnes a estos amigos lo antes posible, ¡oh vástago de la diosa Justi-

[62] Se trata del templo de Deméter y Perséfone en Hermíone, famoso por ser lugar de refugio. Este refrán aparece en el epítome de Zenobio *(PII* 22), quien lo atribuye a Aristófanes. Nueva referencia en la *Carta* 701.

cia!, protegiéndolos en todo, especialmente para que no los entreguen a los perros.

38

A Modesto (358/9)

¿No podría ser también una señal de tu afición por la retórica el que la lectura de una carta te haya aliviado de tus fatigas? Veo que otros, cuando el camino se hace largo, recobran fuerzas con baños, untándose aceite y bebiendo. Pero en tu caso, en vez de estos refrigerios, recurres a las epístolas, aunque sean tan breves como la mía; incluso
añadiría que no muy buena. ¿Qué habrías hecho entonces si 2
hubiese sido larga y de calidad? La concisión de mi carta no se debe a indolencia por mi parte, sino a que la compuse así adrede, consciente de que los asuntos de Estado requieren tu
atención. Pero sé que Rómulo[63] merece honores, no que se 3
le castigue. Ya se le ha exigido más de la mitad de sus bienes y la carrera tiene visos de llegar hasta el final. Y aunque Nebridio[64] siempre estuvo resuelto a poner fin a esta situación, se ha quedado sólo en los deseos, pero no ha
podido llevarlos a la práctica. Por el contrario, tus órdenes, 4
según parece, pueden hacer posible cualquier cosa. Pues, ya que tú mismo actúas mejor de lo que se espera de ti, también tus servidores, que están atentos a tu ejemplo, sienten el vehemente deseo de dirigir todos sus asuntos con rectitud. Sabe que Olimpio sigue siendo el mismo con respecto a ti y que está muy lejos de haber cambiado.

---

[63] Curial de Antioquía, desconocido por lo demás.

[64] Nebridio 1 fue el predecesor de Modesto en el cargo de *comes Orientis*.

39

A Urbano (358/9)

Haces bien escribiendo ahora y, si me hubieses escrito antes, también entonces habrías actuado bien. Porque, si hace tiempo que te tengo afecto —y tú no lo ignoras—, ¿qué sentido habría tenido vacilar cuando uno va a darle una alegría a un amigo? Si no tienes perdón alguno cuando guardas silencio, es de todo punto necesario que nos hables
2 de ti. Por consiguiente, anímate a escribir y ayuda al noble Modesto a soportar las tareas compartiendo con él las fatigas[65], sin olvidar que también compartirás las alabanzas.

40

A Temistio (358/9)

No te felicito tanto por el hecho de que rijas los destinos de la ciudad[66], cuanto a la ciudad misma por haberte confiado las riendas. Pues a ti no te hace ninguna falta el poder, pero sí necesita la ciudad un buen auriga. ¿Quién es para ella más valioso que tú, gracias al cual ha crecido en importancia por sus ciudadanos, los que unen la virtud a su riqueza y quienes no poseen riquezas, pero sí una naturaleza mucho

[65] Urbano 3 es asesor del *comes* Modesto.

[66] Se refiere al nombramiento de Temistio como procónsul de Constantinopla en el año 358/9. En el 384, Teodosio le confió la prefectura de la ciudad, lo que evidencia la tolerancia de estos emperadores cristianos hacia una destacada figura del paganismo como Temistio.

más valiosa que el dinero[67]? Te pido, hombre divino, que 2
prefieras completar el Senado con esta clase de pobres pero que, si alguien tuviera intención de exigirles su contribución, tú se lo impidas para que compartir vuestra gloria no les suponga motivo de desgracias. Por tanto, el resto de la 3
gente dialogará con aquellos por cuya intercesión piensan que obtendrán justicia, pero tú debes salvar a un amigo tuyo y mío que, excepto su buen nombre, no tiene nada. Se trata de Juliano, hermano de Hierocles también por su carácter, no sólo por su sangre. Al ver que él os escribía, me sonreía 4
en mi interior considerando que ya podía al instante sentirse completamente libre de su penuria. Luego tuve que tragarme la risa porque, al parecer, os parecía probado que poseía dinero un hombre que, aun teniendo la ocasión de hacerse rico de modo injusto, no le pareció conveniente[68]. Pero cuando llegó una carta en la que, además, se le exigía el pago del dinero, entonces no me entró risa, sino que me exasperé y me pareció que debía buscar refugio en la dulzura de Hermógenes[69]. Y así lo hicimos. Éste, cuando se enteró de 5
lo que ocurría, lo liberó de aquellos que tiraban de él, precisamente por las mismas razones por las que el apremio habría llegado al mismo desenlace de todas formas: porque no era posible sacarle nada. Así es que él lo salvó de este 6
peligro. Pero persiste aún una atadura que, si no la rompes, tendríamos planteado un enigma, el del amigo que es prisionero y libre a la vez. Pero tú resolverás el enigma conso-

[67] Constancio encargó a Temistio que incrementara el número de senadores de la ciudad.

[68] Juliano 14 había ejercido el cargo de gobernador de Frigia antes de la fecha de la carta.

[69] Amiano Marcelino (XIX 12, 6) se refiere también al carácter apacible del Prefecto.

lidando la primera resolución[70] con una segunda y socorriendo a un hombre ilustre que tiene contraída una serie de deudas. Yo conozco este secreto y él no se avergüenza por
7 ello. Si tú proclamas que no tiene fondos, tal vez nadie se atreva a contradecirte. Pero si hay alguien tan perverso que no esté de acuerdo contigo, envíalo a Frigia y verás como regresa a ti convencido de que Juliano es pobre.

41

A Adamancio (358/9)

Habría sido de no poca utilidad para tu hijo que permaneciera a su lado el pedagogo, porque ése, y no otro, es el nombre que le cuadra, ya que sabe perfectamente cómo protegerlo y es el único que logró esquivar el mal entre todo tipo de corrupciones. Pero, puesto que había que purificar tu espíritu del tremendo engaño en que te habían hecho incurrir aquellos cuyo único oficio es el de difundir tales infamias en lugar de componer discursos, te he enviado a Eumacio para que sea tu médico, a cuyas espaldas nadie podría hacer el vago y a quien no se podría persuadir de otra cosa
2 que no sea la verdad. Yo tenía la intención de llevar a los tribunales a los autores de aquella «honesta» carta, pero me contuve por no involucrarte en un escándalo y, al mismo tiempo, me parecía que, en lugar de visitar el tribunal, ya estaban pagando un castigo en sus hijos. Pues para quienes están en sus cabales, hasta la muerte es más llevadera que esta
3 desgracia. Pero deja que sigan maldiciéndome y que sigan

[70] En la correspondencia de Libanio apreciamos con frecuencia cómo la resolución del Emperador o de los prefectos podía quedar bloqueada en los engranajes de la maquinaria burocrática.

haciéndose daño a sí mismos. Limítate a enviarnos de vuelta lo antes posible al protector de Anatolio y búscate una excusa que te sirva ante él mismo cuando con hechos refute a los calumniadores.

42

A Ifícrates (358/9)

Pregunté a qué se dedicaba nuestro noble Ifícrates y me contestaron que no le hacía daño a persona alguna, pero sí a las fieras, y mucho, y que por los mismos motivos que a ellas las afliges, a Ártemis la llenas de satisfacción, pues no ignoramos con qué deleites cuentan los poetas que se solaza
la diosa. Pregunté de nuevo si ante sus amigos hacía Ifícra- 2
tes mención de mí como uno de ellos, y me enteré de que en las reuniones, aunque siempre toma la palabra para decir al-
go, no me menciona. Por tanto, buscando la razón por la 3
que, habiendo difundido por todo el mundo civilizado tantos elogios, has llegado al punto de ignorar mi existencia, he descubierto que entonces te engañaste con respecto a mí por culpa de tu juventud y confundías al grajo con un cisne, pero que la vejez te ha enseñado ahora a considerar al grajo lo que es: un grajo. Por el contrario, nosotros te tenemos, tanto antes como ahora, por un cisne.

43

A Leoncio (358/9)

Sé perfectamente que escribirte ahora lleva implícita la acusación de no haberlo hecho antes. Porque, si ahora actúo

justamente escribiéndote, cometía una falta cuando no lo hacía. Mas, convencido de que más vale tarde que nunca, declaro que eres un compañero de clase que se ha olvidado de su colega. ¿O es que me equivoco en mis suposiciones y te muestras reacio porque te acuerdas de mí precisamente ahora cuando tus polluelos se marchan a estudiar con otros?
2 Pero, admirable amigo, no conviertas esta circunstancia en un impedimento; no consideres que mi posición es tan precaria, ni tampoco que yo te he causado el daño que otros te han infligido. Pues es posible que tus hijos emprendan el vuelo a otro lugar y que nosotros sigamos teniendo trato, ya que al noble Filagrio[71] sigo considerando y lo llamo mi amigo, pese a que sobre sus hijos ha tomado una decisión que ojalá nunca tenga que lamentar.

44

A Acacio (358/9)

No sólo me alegro de que goces de salud, sino también de que tu hijo Ticiano sienta más amor por el trabajo que otros por la indolencia. Si él sigue las clases de un sofista mejor que el que tú tuviste en tus tiempos, no lo sé. Pero cuando le dices que tiene que superar la destreza de su padre, supongo que poco después pretenderás que le salgan
2 alas al chico. Y no te quepa duda de que más fácil le sería

---

[71] Filagrio III (cf. *Carta* 89), otro amigo de Armenia, cuyos hijos estudiaban posiblemente con Acacio 6 (no confundir con el destinatario de la carta siguiente, Acacio 7), el enconado rival de Libanio en sus inicios como profesor en Antioquía (Véase *Disc.* I 90-91). Libanio se tomaba muy a mal que los amigos llevasen a sus hijos a las escuelas de sus rivales, no sólo por el perjuicio económico, sino sobre todo por la pérdida del prestigio que significaba no tener en clase a los hijos de personas ilustres.

lograr alas como Perseo, que aventajar en retórica a su padre, igual que tampoco Perseo superó a Zeus[72]. No es ésta una falta de tu hijo, a no ser que quieras ponerle un pleito a Hilas porque, siendo hijo de Heracles, no pudo hacerle sombra a su padre. Hasta adivino los argumentos que te opon- 3
drá: «He regresado lleno de excelencia, aunque no igual a ti, padre. Si alguno de aquellos que tienen barbas espesas y ocupan cátedras ha superado tu elocuencia, castígame por esta derrota. Pero si comparto esta inferioridad con cuantos hoy se dedican a la retórica, no me acuses sólo a mí entre la muchedumbre de tus vencidos». Si esto es lo que te dice, 4
«¿qué responderemos o cómo nos expresaremos?», como diría Demóstenes, a quien sueles imitar. Por consiguiente, mira lo que vas a responderle. En lo que respecta a Marcelo, estoy convencido de que es el mejor pedagogo del mundo, ya que tú lo elogiabas y he descubierto con el tiempo que ha dado pruebas de que no son inmerecidas las alabanzas, pues actúa como si fuera la sombra de tu hijo; no hay un solo momento en que no esté acompañándole. Sin embargo, ten- 5
go la impresión de que, aunque Marcelo no estuviera a su lado, Ticiano se comportaría exactamente del mismo modo que cuando él lo acompaña, pues no puedo distinguir al joven que actúa porque otro le obliga, del que sigue sus propios impulsos. Este pedagogo animaría a estudiar hasta al más vago, mientras que a tu hijo, en vez de un pedagogo, le hubiera bastado su amor por la retórica. Por tanto, deja que 6
Marcelo siga desempeñando su papel, porque, si bien no tendrá que llamarle al orden, sí podrá elogiarle, cosa más dulce que la miel para quien se esfuerza. En cuanto a mí, he 7

[72] B. SCHOULER («Dépasser le père», *Revue des Études Grecques* 93 (1984), 1-24) ha estudiado en profundidad el tópico de la superación de los padres por sus hijos en la obra de Libanio.

cazado en la residencia de Hermógenes[73] una carta tuya de la manera que sigue. Entré en la mansión y me situé a la derecha de él, que estaba leyendo la misiva y andaba por el final. Por consiguiente, no podía ver quién era el autor, ya que el nombre quedaba oculto por la otra mano. Pero me fijé en el tipo de escritura y conjeturé que procedía de tu puño
8 y letra. El Prefecto decidió volver a disfrutar de la epístola y así fue como apareció tu nombre. Me hizo compartir la lectura, con la que se mezclaba mi asombro. Cuando la dimos por terminada, Hermógenes pasó a recitar un extenso discurso, o mejor, habría que decir breve, pues cuando se trata de enumerar tus virtudes hasta una eternidad dura un suspiro. Explicaba el principio de vuestra amistad, cómo fue en aumento y todo lo demás que tú motivas que se diga de ti. También refería cuánto pesar le había producido tu enfer-
9 medad y cómo te había visitado cuantas veces pudo. Esto es lo que él decía y yo escuchaba, y ambos nos complacíamos mutuamente: él a mí a través de su relato y yo a él por el placer con que acogía su narración.

45

A Ecdicio (358/9)

Me da la sensación de que es tu hermana, la madre de Filóxeno, la que te presiona para que me presiones a mí. También hace lo mismo con mi tío[74] por medio de su esposa. De modo que viene y me exhorta a llevar a cabo lo que tú me escribes, para que el jovencito se haga orador en
2 nuestra escuela. Así es que dile a la madre de Filoxeno que,

[73] Hermógenes 3, el prefecto.

[74] Fasganio.

si un dios se lo concede, su hijo será lo suficientemente bueno como para satisfacer su anhelo, porque hay en él un ánimo que lo desea y una naturaleza capaz.

46

A Modesto (358/9)

Estoy disfrutando con esa especie de calumnia y si, te-
niendo incluso en tu poder un número superior de cartas, si-
gues diciendo que no tienes ninguna, aún más intenso será
mi disfrute, pues eso significaría que adoras la mentira y
que niegas haber recibido correspondencia mía por el an-
sia que tienes de que te llegue. De igual modo que, ensal- 2
zando una sola carta recibida como si se tratase de mu-
chas, dejarías claro que no te hacen falta mis misivas, así,
ahora que andas acusándome ante todos de que no te llega
ni una a pesar de te llegan en abundancia, estás proclaman-
do que no hay cantidad que pueda aplacar esta sed tuya.
Pues estoy en condiciones de afirmar que nuestras golondri-
nas[75] son más numerosas que las tuyas. A no ser que ale-
gues en tu favor que quien ha podido enviar tres en el esca-
so tiempo libre que le deja su cargo ha superado las cinco de
quien consagra su vida exclusivamente al oficio de escribir.
En lo que a mí respecta, aunque ya antes sentía odio por el 3
Persa —pues es obvio que adora sufrir desgracias, ya que en
su intento de hacernos daño lo sufrirá él a continuación—,
en las circunstancias actuales lo considero más hostil, tanto

[75] Encontramos la misma metáfora en la *Carta* 185 (438d) de Juliano al filósofo Jámblico. Todas las referencias a la correspondencia del emperador Juliano se basan en la traducción del profesor BLANCO en esta colección (BCG núm. 47).

por hacer recaer sobre tus espaldas estas fatigas como por habernos privado durante un tiempo tan largo de tu agrada-
4 bilísimo trato[76]. Sin embargo, pese a que estás lejos, nos regocijas el ánimo al darnos motivos para ser optimistas, pues has conseguido aterrar al enemigo con sólo unos pocos efectivos. Así es que, aunque más tarde, te veré más respetado aún, cuando recibas aclamaciones como pago a tus muchas correrías. Entonces, precisamente entonces, habrás de acordarte con placer de los sinsabores que estás sufriendo en estos momentos.

47

A Demetrio (358/9)

Cuando alguien que sea mi enemigo emita esa clase de juicios sobre nosotros, considera entonces que debo mostrarme orgulloso teniendo en cuenta que me habría impuesto con el vigor de mi elocuencia incluso a quien me odia. Pues veo que hasta Demóstenes declara haber presentado las mejores propuestas posibles porque ni siquiera sus enemigos se atreven a calumniarlas. Por el contrario, un amigo que elogia a un amigo es un Astidamante[77] que se cubre de flores a
2 sí mismo. Yo no podría decir que no he disfrutado con los

[76] El *comes Orientis*, Domicio Modesto, participó en la defensa de la frontera oriental frente a la ofensiva del rey persa Sapor, que culminó el año 359 con la conquista de Amida. A este desastroso suceso dedicó Amiano Marcelino buena parte del libro XIX de su obra histórica.

[77] El trágico Astidamante trató de escribir la dedicatoria a su estatua, que le habían erigido los atenienses. Cf. *Carta* 314, JULIANO, *Cartas* 32 y 82, FILEMÓN, fr. 190 y ZENOBIO, *PV* 100.

términos que has empleado en tu carta[78], pero disfruto por tenerte como amigo, no por que hables así de mí. Te enviaremos de mis obras lo que me pidas para no disgustarte, porque, si no fuera por este motivo, no te las enviaríamos, para no parecer que nos elogiamos a nosotros mismos.

48

A Florencio (358/9)

Ojalá te sucedan bienes sin medida en pago a tu afecto
por nosotros, pero cuando me haces semejantes encargos
pones de manifiesto que te has olvidado por completo de mi
estado físico. Pues yo soy el mismo a quien le cuesta cierto
trabajo introducirse en el ágora. Porque lo que para los de-
más es causa de deleite, para mí es el «delicioso recodo[79]»
por culpa de mi debilidad. Por tanto, podría hacerte la pro- 2
mesa de visitarte, pero no tengo la posibilidad de cumplirla,
no más que atravesar el piélago sin nave. No se trata de
que no pueda acudir corriendo a Iliria o a Tracia[80], sino que
ni siquiera podríais imponeros a la necesidad si, instalán-
doos en Cilicia, pretendierais ponerme en marcha. También 3

---

[78] Hago una corrección al original. Me parece extraño el texto que ofrecen los manuscritos, *egṑ dè mnēsthênai mèn autôn hoîs epéstalkas ouk àn phaíēn;* me parece más acorde con el sentido *egṑ dè mḕ hēsthênai mèn autôn hoîs epéstalkas ouk àn phaíēn.*

[79] Encontramos este proverbio en PLATÓN *(Fedro* 257d). Se refiere al largo recodo del Nilo, que Libanio, por supuesto, no podría recorrer por culpa de su enfermedad.

[80] Florencio es *magister officiorum* de Constancio y pide a Libanio que se una a la corte, que viaja hacia la frontera oriental, a fin de pronunciar un panegírico delante del Emperador.

Espectato[81], que estaba al tanto, te convenció para que in-
formaras al Emperador sobre esta circunstancia nuestra y
nos dieras a conocer lo que se había dicho, a fin de que no
pareciera que yo había echado en olvido todo y mi estado
físico cargara con la culpa de que nada se hubiera llevado a
4 la práctica. Por ello, deja que Espectato no pare de bromear
mientras mis amigos se preocupan en serio, que yo, sin mo-
verme de aquí, no descuidaré la composición del encomio.
Si alguna vez apareciera por aquí nuestro noble Emperador,
posiblemente no le veré sin tomar la palabra.

49

A Modesto (359)

Me entero de que nuestros temores han alcanzado su
clímax, que el Persa ha logrado tender puentes y que en sus
manos está cruzarlos[82]. Espero que esta situación haga au-
mentar tu cautela y que la turbación no embote tu capacidad
de previsión. Porque eso es precisamente lo que te permitirá
adelantarte a los hechos, toda vez que es forzoso que el en-
2 tendimiento se nuble en situaciones agitadas. Que levante tu
ánimo en primer lugar la idea de que no es ésta la primera
vez que osa efectuar este ataque, sino que en todo momento,
desde que nos hace la guerra, ha tratado de cruzar y siem-
pre, tras el descalabro, se ha maldecido a sí mismo por sus
3 vanas esperanzas. En segundo lugar, piensa que no es regla
universal que la victoria acompañe a los que son más nume-

---

[81] Primo de Libanio y portador de la misiva. Sobre la figura de Espectato 1, véase A. González Gálvez «La correspondencia de Libanio con su primo Espectato», de próxima aparición en la revista *Tópoi*.

[82] La carta se envía a comienzos de la citada campaña persa del 359.

rosos, sino que más bien en la mayoría de los casos sucede que las multitudes son derrotadas por la inteligencia. Porque si lo que es más también fuera más fuerte, el antepasado de éste[83] debería haberse apoderado de la Hélade. Y sabes muy bien que movilizó su ejército con este deseo, pero que, cuando escapaba de allí, sólo anhelaba salvar la vida. Pues no era lo mismo excavar túneles en los montes que domeñar
el valor de los hombres. Así es que no te quepa duda de que 4
se reunirá y pedirá consejo a sus generales, quienes le harán comprender que tal vez le iría mejor si se dedicase a cazar ciervos. Porque si se decide a cruzar el Tigris, nada podrá contra las murallas, y no conseguirá devastar la tierra ni sacar provecho de ella, dado que ya está saqueada. En cuanto a las ciudades que hay cerca del Éufrates, continuará perseverando en su empeño de conquistarlas, pero nunca le veremos conseguirlo, pues la Fortuna del Emperador las protege como una muralla. Así es como debemos esperar que 5
resulte todo esto. Con respecto a tus asuntos personales[84], que tenían necesidad de las cartas de Hermógenes, no los hemos descuidado, sino que nosotros, los ratones, trataremos de seros de utilidad a los leones, más que vosotros los leones a nosotros[85].

50

A Demetrio (358/9)

Domno me entrega tres dones encantadores, como las propias tres diosas[86], pues me da la oportunidad de escribir-

[83] El rey Jerjes, que invadió Grecia en el año 480 a. C.
[84] Cf. *Cartas* 55 y 58. Hermógenes 3 es el prefecto.
[85] Cita de la famosa fábula 150 de Esopo.
[86] Es decir, las tres Gracias.

te, me trae tu epístola y, como siempre, añade a tus cartas
2 algún relato sobre ti[87]. En cuanto a nosotros, también al
principio le excusamos del agravio que se iba a producir por
la boda que iba a celebrarse y ahora hemos logrado dejarle
más tranquilo al respecto después de haber hecho ver al no-
ble Aujencio que sería doloroso para nosotros que a Domno
se le obligara de alguna forma[88]. Y ojalá los dioses le sean
propicios, pues ni rehuyó hacernos un favor ni nos lo con-
3 cedió de mala gana. Ahora ya hemos hablado también con
el noble Eutalio, aunque no nos ha dejado extendernos por
la rapidez con la que nos ha hecho el favor. Incluso podría
haber obligado a ese buen anciano a hacerlo de inmediato,
pues el servicio nos vendría del dios del matrimonio que
4 mezcló nuestros linajes. Así es que hasta ese nivel de segu-
ridad llegan los asuntos de Domno. Que éste es extraordina-
rio y el más dulce retoño de vuestra tierra lo sabía desde que
era joven, y ahora, con el largo tiempo transcurrido, lo he
podido corroborar. Y para que este regalo no se me pierda
rápidamente, hago lo posible por almacenarlo y ordeno a
5 mis servidores que me lo ahorren[89]. Y así, aunque la comida
fue agradable, él encontró aún más dulce aquel momento de
tu carta en el que llegas a comparar con un centauro a un
argivo que no es argivo[90], como si estuvieras reprochando a
los primeros que le pusieron el nombre el que no hubieran
sabido idear una hermosa denominación para un hermoso

[87] Domno 1 era *agens in rebus* y, por lo tanto, estaba vinculado al servicio de correos imperial.

[88] Aujencio II estaba empeñado en que su hijo Domno aceptara un matrimonio no deseado. Finalmente se casó con la hija de Celso 2.

[89] Es decir, ordenó que le sirvieran despacio para gozar más tiempo de su compañía.

[90] En el *Orestes* de Eurípides (v. 904) se alude así a un advenedizo que se coló sin ser argivo en la asamblea que decidía el destino de Orestes y Electra, con el propósito de lograr su condena a muerte.

producto. El áureo Heródoto[91], en mi opinión, lanzándose a la empresa con un celo infinito, no habría rehusado atribuir significados a las palabras para que se piense que sabe mucho. Conoces perfectamente a este hombre. Tú, por el con- 6
trario, has hecho bien al haber tenido miedo de causar desagrado. Pues el nombre es largo y de las cinco sílabas que tiene, la segunda letra de cada una es una «alfa», de modo que es comprensible que el que la pronuncia esboce una sonrisa; ése es el efecto que sufre la boca al pronunciarlo. Con todo, quien alude a las mil medidas de Euneo, tal vez 7
también podría mencionar los trescientos mil medimnos de Leucón[92].

51

A Olimpio (359)

Hiciste bien al absolvernos de culpa en la propia acusación. Pues cuando dijiste que no te asombrabas de que, malvado como soy con mis amigos, no les escribiera, puedes acusarme de perverso, pero en ese caso ya no podrías hacerme reproches por no recibir mis cartas. Pues obrar mal era la falta de Euribates, de Autólico el robo, de Melicides[93] la locura, y la mía, si es que soy un malvado, la de tratar injustamente a mis amigos. Por tanto, cuando me dejes libre 2

---

[91] Seeck indentifica con Acacio 6 a este amigo aludido como el historiador de Halicarnaso.

[92] Euneo es el hijo de Jasón, que había aportado vino de Lemnos a Troya en *Il.* VII 467-471. Libanio se queja de que no hagan nada con respecto a la deuda que tiene contraída con él un tal Leucón o alguien a quien esconde bajo ese nombre. Para Silomon, la *Carta* 57 *(vid. infra)* sería el final de ésta.

[93] Los tres son personajes proverbiales.

de mi perversidad —pues dominas el arte de sanar las almas no menos que los cuerpos[94]—, acúsame entonces por mi silencio. Pues en verdad sería terrible que yo hiciera algo así si fuese un hombre recto. Pero mientras nos veas llenos de maldad, soporta las consecuencias de ésta.

52

A Clearco (359)

Según parece, continuamente nos surgen problemas por el carácter de Severo[95] y nunca acabarás de recibir cartas nuestras para tratar sobre el asunto. Pues este hombre es sencillamente una hidra, y, aunque le cortes la cabeza, has de combatir con otra y, por más que la venzas, tendrás que
2 vértelas con una tercera. Me da la impresión de que, aun pereciendo, antes exhortaría a sus herederos a acordarse de Cleobulo y de que no le faltarían medios, pues también ahora Alejandro pone el grito en el cielo y aquél ya se ha puesto en movimiento. Así es que uno cosió los zapatos y otros se
3 los calzó. Necesitaríamos, por tanto, las riquezas de Giges si tuviésemos que dar a cada uno lo que pretende conseguir, porque siempre habrá alguien que desee seguir sus pasos. Ahora es Alejandro el que le exige dinero, pero poco después Antípatro buscará lo mismo y también Parmenión. Y Cleobulo, el maestro, sólo tiene lo suficiente para no verse obligado a hacer nada indecoroso, pero su fortuna no le lle-
4 ga para soportar alegremente multas injustas. Por consi-

---

[94] Olimpio 4 es médico.

[95] Severo VIII y Alejandro V perseguían por deudas a Cleobulo 1, poeta egipcio protegido de Libanio. Tuvo que escribir en su defensa varias cartas (núms. 52, 67-69 y 90-91, todas del año 359).

guiente, a Severo, que ha olvidado por completo los acuerdos a los que llegó con nosotros, recuérdale dichos pactos mientras le haces ver que podría ir a la cárcel con toda justicia si no respeta lo prometido. Porque es insólito que la gente de aquí esté convencida por obra nuestra de que posees un corazón que venera la justicia y poder suficiente para garantizarla, mientras que tú te despreocupas de tus amigos, que son tratados injustamente, y que, invocado en calidad de aliado nuestro como Heracles, luego se descubra que tu ayuda es de madera de higuera[96].

53

A Modesto (359)

Aquel Domno, cuya condena aplazaste tras haberle animado a que buscase refugio en la dulzura del Emperador para conseguir su anulación, ha hecho lo que le dijiste y ha logrado su compasión, pero necesita de ti que le hagas firme el perdón. Así es que, siendo fiel a tu propia ley y, si lo de- 2
seas, a la de Zeus —la de que el fraude esté siempre ausente en las promesas— haz que Domno conserve su heredad, de la que espera obtener los medios para subsistir.

---

[96] Es decir, quebradiza (cf. *infra, Carta* 228). Encontramos esta expresión en ARISTÓFANES, *Pluto,* v. 946 y en la *Carta* 125 de SINESIO DE CIRENE *(vid.* la nota *ad loc.* del profesor GARCÍA ROMERO en el vol. 205 de la BCG).

54

A Modesto (359)

Yo puedo testificarte personalmente las desgracias de Marciano. Este hombre, después de recorrer sano y salvo la mayor parte del mundo[97], fue a lisiarse la pierna precisamente a las puertas de su propia ciudad. De manera que algunos médicos, desesperados, han emprendido la huida, y otros, los que han tenido la osadía de tratar su caso, aún no pueden mostrarse animosos. Pero más doloroso que su desgracia es para él tener que estar en cama cuando tú lo llamas. Porque para Marciano, cuando se trata de prestarte un servicio, cualquier esfuerzo, sea el que sea, es más dulce
2 que el más bello de los sueños. Pero tú no te crees que sea verosímil que le haya sucedido esto, porque lo que no deseabas que sucediera crees que no ha acontecido. Sin embargo, sabe bien que este hombre lo está pasando realmente mal y que será difícil que vuelva a andar bien.

55

A Modesto (359)

Demasiado tarde se presenta ante ti Paladio, y por eso ha padecido fatigas innumerables por bagatelas. Como te explicará el propio Paladio, también yo he compartido el es-
2 fuerzo con él. La razón del retraso no ha sido que el bueno

[97] Como proponen los autores de la *PLRE,* Marciano 3 era probablemente *agens in rebus,* es decir, funcionario de la posta pública, de ahí sus frecuentes viajes.

de Hermógenes no haya querido complacerte[98]. Él conoce
tu carácter, elogia tu forma de gobernar, no ignora tu pobre-
za y, con muy buena intuición, considera que eres uno de
los que le suplican que se os aumente el salario actual, pues
yo estoy en el secreto de que le hacías esta petición. Sin 3
embargo, en mi opinión, al principio le inquietaban ciertos
rescriptos del Emperador en los que se prohibía disponer de
la anona. Y cuando tomó la resolución de, a pesar de todo,
atreverse a contravenir las órdenes para hacerte el favor, la
enorme mole de asuntos que le ocupaban le hacían retrasar-
se. Porque iba diciendo continuamente que te lo iba a otor-
gar y no había momento en que no dijera lo mismo: «se lo
voy a conceder». Por eso, piensa que ya lo tienes aprobado
y que te lo dará tan pronto como sea posible.

56

A Urbano (359)

No he dudado en escribirte por mediación de un hombre[99] que está siendo procesado, y aun añadiría que lo hago en su defensa. Porque si a mí me hubiera parecido que es

[98] Sobre la petición de Modesto al Prefecto, véase la *Carta* 49.

[99] Según P. Petit *(Les fonctionnaires dans l'oeuvre de Libanius,* París, 1994, pág. 261), se trata de Paladio VII, de la carta anterior. No parece razonable que el portador sea el mismo, pues en la carta anterior, dirigida directamente al *comes,* Libanio no dice palabra alguna en defensa del portador y se reserva su petición para esta misiva dirigida a su asesor. La única explicación sería que la inocencia de Paladio fuera más que dudosa y el sofista no se atreviera a mencionar el asunto directamente a Modesto. En todo caso, la identificación del portador de esta carta es dudosa.

culpable, también lo habría apartado de mi lado. Pero, dado que a ti te compete decir lo que es justo, el que te ha entre-
2 gado la carta no ha agraviado al juez. Porque si el juez se exige a sí mismo el deber de socorrer a la justicia, ¿qué hay de malo en escuchar justas razones por boca de un tercero? Pues tomará la misma resolución que hubiese tomado de no haber existido la carta y, además, ganará fama de haber honrado a un amigo.

57

A Demetrio[100] (359)

Pero el isleño[101] ha cumplido lo prometido actuando como debía y ahora hay perdón para Leucón. Pero si, presentándose la ocasión, no enviase nada, entonces deliberaremos sobre si le concedemos un segundo perdón.

58

A Modesto (359)

Cualquier trabajo en beneficio tuyo me es grato, ya que, aunque el objeto de nuestro esfuerzo sea una insignificancia, el simple hecho de trabajar para ti me compensa. Tú, por el contrario, te haces cargo de tareas ingentes sobre asuntos muy relevantes, soportando por un tiempo tan prolongado

---

[100] ¿Es esta carta el final de la 50?

[101] *I.e.*, Euneo. Cf. *supra, Carta* 50, de la que probablemente ésta sea el final.

un calor tan agobiante[102], yendo de arriba para abajo, tomando resoluciones y llevándolas a la práctica, evitando con ello que una espantosa ola sepulte la tierra entera. Pero 2
ahora ves cómo lo peor se pierde bajo tierra, lo mejor se aproxima y está cerca la coronación del atleta.

59

A Acacio (359)

Extraño tipo de robo es éste en el que primero se avisa de que se va a robar aquello de lo que uno va a ser privado y luego se intenta el robo. Tú, que me estás saqueando a plena luz del día, me adviertes de que me robas, y para que no dé la impresión de que la injuria es abusiva me la haces saber con una timidez fingida. A Ticiano no lo retendría yo a mi 2
lado con menos placer que el que tú sientes al llamarlo. Así es que, a pesar de todo, te lo mando, puesto que todo lo que ordenes ha de cumplirse. Confío en que el muchacho lleve a cabo aquello para lo que ha sido llamado. Pues dices que estás enfermo, falto de compañía y buscas consuelo en él. Sin 3
duda aligerará tu sufrimiento, no sólo con el placer de volverle a ver —pues es innegable que este sentimiento es normal con los hijos— sino porque te llevará también cierto vigor retórico que tú sembraste y nosotros nos hemos encargado de alimentar. Pero acuérdate del pacto que hemos 4
firmado sobre el tiempo que ha de permanecer ahí y devuélvenos al potrillo antes de que acabe el buen tiempo. De todas formas, por tu propio dolor sabrás perdonarme, porque si tú añoras a tu hijo, también nosotros lo añoramos, pues ambos lo hemos criado.

---

102 Alusión a la campaña persa. Según SEECK (pág. 356), las palabras finales concuerdan con el optimismo que se produjo tras la tenaz resistencia de Amida al asedio de Sapor.

60

A Acacio[103] (359)

Acoge también a Filóxeno, que se ha revelado en todos los aspectos digno de vuestro parentesco, pues ha realizado muchos esfuerzos y porque considera no menos importante gozar de buena fama por su forma de comportarse que por
2 su elocuencia. Cuando tenías la intención de enviárnoslo, a estos elogios añadías que en caso de pelea aportaría una contribución decisiva[104]. Sin embargo, aunque confirmó los restantes elogios, sólo en esto te ha puesto por embustero, porque aprecia más la paz que los débiles. Así es que ahora te corresponde a ti pedirle cuentas a causa de ello o admirarlo también por esta virtud.

61

A Florencio[105] (359/60)

Cuando llegó tu carta en la que reclamabas a tu lado a quien más quiero, a Prisciano, se produjo en la ciudad un

---

[103] Aprovechando la carta anterior, Libanio le envía también otra a su pariente Filoxeno 2, para que pase el verano con él.

[104] Las luchas de los estudiantes en defensa de su profesor eran habituales, como muchas veces testimonia el propio Libanio. En su *Autobiografía* presume de haberse mantenido al margen de estos conflictos, aunque fue víctima de ellos cuando llegó a Atenas como estudiante.

[105] Se inicia con ésta una serie de *Cartas* (61-65) cuyo portador es Prisciano 1. El emperador Constancio viaja hacia Constantinopla y el nuevo *magister officiorum,* Florencio 3, llama a Prisciano con la intención de confiarle un alto puesto, el de gobernador de la provincia de Eufratense. Libanio puso en marcha todos los recursos a su alcance para garantizar un buen puesto a su compatriota y colega.

gran alboroto, porque se entendía que habías superado sus expectativas. De modo que la gente se congregaba a su alrededor para felicitar a este hombre y cada cual se proclamaba adivino de la dignidad que iba a serle otorgada. En 2
cuanto a mí, lo sucedido me lo esperaba completamente, pues sé que eres generoso y no es de admirarse que quien es así actúe de ese modo. Por tanto, aunque yo, como los demás, felicitaba al convocado, pensaba que habría que felicitarte tanto a ti —pues eres a la vez el consejero y el que ha aceptado la propuesta—, como a nuestra ciudad. Porque 3
abrir el acceso al poder a quienes se lo merecen comporta no menos motivos de alabanza para aquellos que los han guiado que para quien recibe el honor. También Jasón, cuando hizo embarcar a Heracles en la nave Argo, cobró fama de inteligente. ¿Y quién no habría felicitado a Heracles por su poder para salvaguardar a los demás y a Jasón por haber percibido claramente en compañía de quién debía emprender la navegación? También en el momento presente 4
ese Heracles nuestro cumplirá cualquier clase de empresa que le encomendéis, motivo por el que merecerá todo tipo de alabanzas que compartirán tanto Florencio —en su calidad de autor del proyecto y porque supo preferir las acciones a las palabras—, como el Emperador, sustentador del mundo civilizado, por haberle hecho caso. También a nues- 5
tra comunidad le ha alcanzado la gloria, porque si bien Prisciano nació en otro lugar[106], aquello por lo que es comúnmente admirado[107] lo adquirió en nuestra ciudad, que lo acogió cuando era un enamorado de la retórica y lo convirtió en un orador consumado. Una misma cratera teníamos

---

[106] Beirut, como se nos dice en la *Carta* 468.

[107] *Scil.* sus conocimientos de oratoria. Prisciano estudió en Antioquía y fue, como puede entenderse, compañero de estudios de Libanio.

6 aquí y ambos bebimos juntos de ella. Por esa razón él com-
partía mis deseos cuando tomaba la palabra en las reuniones
de amigos y yo saltaba de alegría cuando él ganaba los plei-
tos, que llevaba con tanta integridad, que sus movimientos
7 de cabeza eran ley para los jueces. Y no le basta medir sus
palabras sólo cuando defiende una causa, sino que en cual-
quier circunstancia y lugar, y sobre cualquier tema, cuando
toma la palabra diríase que tiene muy meditado lo que dice.
Así es como, a su juicio, no hay ocasión en que uno deba
8 descuidar su lenguaje. Sin embargo, la lozanía de su verbo
la supera la belleza de su carácter, pues ahora está llegando
a la edad de la canicie, pero antes de hacerse un hombre ya
daba muestras de poseer la sabiduría de un anciano en todos
los aspectos, especialmente en el control de su lenguaje,
como aconseja Anacarsis[108]. Y en la actualidad no más que
a las estatuas se le escaparía a él una sola sílaba de las
9 que es justo callar. Pero sin duda te parecerá que me estoy
extendiendo inútilmente ante ti, que has llamado a este
hombre porque ya conoces todo esto. Sin embargo, te he
expuesto lo dicho no para instruirte sobre su carácter, sino
para mostrarte cómo la que lo ha criado merece compartir
10 los honores que de ti recibe y recibirá su pupilo. Por consi-
guiente, actúa pensando que todos nosotros somos especta-
dores de tus acciones y, con la idea de agradar a nuestra
comunidad a través de este orador, haz que cambie de cate-
goría haciendo que ocupe un cargo que sea adecuado para ti
11 y para él, y no dejes de socorrer a las personas nobles. Sólo
en ese punto podrías superar a cuantos han administrado an-
tes que tú la misma parcela de poder que ahora ostentas.
Pues el nombre del cargo es el mismo e idéntico el poder,
pero mientras que tus antecesores concentraron sus energías

---

[108] Cf. Diógenes Laercio, I 104.

en las cuestiones pecuniarias, tú debes mostrarte ufano de haberte rodeado sólo de hombres que de algún modo eran virtuosos. Será hermoso que en el futuro se celebre de ellos la riqueza y de ti tu buen juicio.

62

A Temistio (359/60)

Se me ha presentado uno con la noticia de que has dejado escapar una palabra demasiado vil sobre mí, pero no le he dado crédito. Nuevamente, otro me traía el mismo recado, pero yo seguía en mis trece. Un tercero incluso sostenía que, en su deseo de salir en mi defensa, libró un combate contigo. También creía yo que éste estaba ofuscado por la ira, y su presunción por el asunto de la disputa le restaba cualquier credibilidad a lo que decía de tu difamación. ¿Pues quién es tan osado como para sostenerle la mirada a
Zeus? Aparte de esto, tampoco es verosímil que, mientras 2
beneficias a tus anteriores enemigos, perjudiques a quien tenías en la vanguardia de tus amigos, especialmente cuando poco me distingo de un muerto después de las desgracias de
mis seres queridos. Válgate como prueba de que no hice ca- 3
so a ninguno de ellos el mismo hecho de que te escriba, ya que no me habría parecido adecuado molestarte si te hubieras convertido en un hombre distinto. En efecto, en lo demás creo que no has cambiado nada, pero sí pienso que me estás quitando la mayor parte del favor que me habías otor-
gado. Pues tú, que tenías en tus manos la facultad de pri- 4
varme de mi patria, me hiciste el favor de permitirme que me quedase en ella, pero ahora has hecho todo lo posible para que permanezca a vuestro lado el más preciado bien de

cuantos disponía yo aquí; así es como tu favor ha quedado
reducido casi a la nada. Pues Prisciano lo es todo para mí y
vale tanto como todos mis allegados juntos. Y tú lo sabías
perfectamente, por informe de los mensajeros cuando no es-
5 tabas aquí y por propia experiencia cuando viniste. Así es
que, habiendo proyectado llevártelo contigo hacia allí, razo-
naste en tu interior más o menos como sigue: «Hay que en-
tregarle aquel gran orador a la Gran Ciudad[109]. Pero orde-
narle así, sin más, que venga a toda prisa es un poco torpe y
violento. Así es que hay que usar alguna artimaña. ¿Pero
cuál? ¡Ya está! Hagamos que forme parte del personal del
Emperador y ya lo tenemos cazado. Recorrerá el camino
que conduce al ilustre Senado y de ese modo tendrá Temis-
6 tio lo que pertenece a fulano». ¡Pues tenlo ahí y que te
aproveche! Cuida de que tenga la dignidad que se merece y
que las armas no deshonren al soldado. Pues él no desea en
absoluto progresar, sino que le basta con seguir siendo
honesto, pero no os convendría a Vos que se pensara que no
7 sabéis lo que le corresponde. Por consiguiente, si su primer
encuentro con el Emperador tiene lugar estando Vos en la
ciudad, deberéis ocuparos de todo personalmente. Pero si
pasa por vuestro territorio en su viaje a la corte[110], deberéis
darle cartas de presentación, pues éstas tienen no menos
8 fuerza que vuestra presencia. En cuanto a mí, si alguien de-
sease hacerme ir hacia allí, ¡impedídselo, por los dioses!
Pues mi cuerpo no está en condiciones de viajar y mi mente
está llena de pereza, por cuya causa he ido a caer en el ex-

[109] Constantinopla, la patria de Temistio.

[110] Si al llegar Prisciano a Constantinopla aún no hubiera llegado el Emperador, era deber suyo salir a su encuentro en Ilírico.

tremo mal de la amada de Apolo, que prefirió a un mortal antes que a un dios, a Idas por Apolo[111].

63

A Albanio (359/60)

Si bien es cierto que no gozas de todo lo que deseas, al menos sí de la mitad. Porque enamorado como estás de nuestra ciudad, posees una porción no pequeña al tener contigo al noble Prisciano, a quien importaban tus fatigas y escuchabas cuando hacía propuestas de debate, y que, cuando hacías el elogio de Modesto[112], contribuyó a darle fama a tu
discurso. Por tanto, págale ahora sus palabras de elogio con 2
las tuyas e instruye a nuestra amadísima Ancira sobre la identidad de este hombre, su elocuencia y la índole de su carácter. En todos los aspectos es una suerte para ellos tener
ahí a un hombre que sabe hablar así. Creo que de nuevo te 3
aplicarás intensamente a tus amores[113] si te enteras de la causa de su viaje. Se ha apoderado del Emperador el deseo irrefrenable de su verbo. Y la victoria en esos certámenes es importante y constituye el comienzo de mayores éxitos.

[111] Alusión a la leyenda de Marpesa, que prefirió los amores de un mortal, Idas, a las pretensiones del dios Apolo. De igual modo, Libanio prefiere estar en Antioquía antes que en Constantinopla.

[112] Se trata del *comes* Modesto 2. Albanio fue alumno de Libanio en Antioquía. Cuando se envía esta carta, evidentemente ya ha regresado a su Ancira natal.

[113] Como señala acertadamente Festugière *(Antioche païenne...*, págs. 154-155), el término *tôn paidikôn* no ha de entenderse en el sentido platónico, es decir, el joven amado por el anciano, como lo fue Alcibiades de Sócrates, sino en un sentido metafórico. Parece evidente que el objeto del amor de Albanio es la retórica. Un uso similar de los términos clásicos eróticos aplicados al oficio retórico lo hallamos en la *Carta* 795.

4 Considerando lo cual, que no se crea que la retórica está desprestigiada, pues aún es un arma poderosa para quienes la dominan de verdad. Y a cuantos la desprecian se les puede decir:

Mi vigor aún está intacto[114].

64

A Espectato (359/60)

Dice Tucídides[115] que un motivo de reproche se puede borrar con un favor cuando al final uno se comporta con buenas intenciones con aquel a quien antes se había agraviado. De igual modo, al principio nos insultabas cuando te hacías el olvidadizo con nosotros. Luego, pretendiendo curar el mal con otro mal, volvías a la carga al prepararme, para mi desgracia, un camino más acerbo para mí que el *bára-*
2 *tro*[116]. Así es que, mientras tenía en mis manos todos estos reproches y les daba a estas acciones tuyas el nombre de odio hacia mí, me llegó el favor que anulaba mis acusaciones y me impulsaba a colmarte de elogios. Por eso firmo la paz contigo y declaro que no sólo sabes burlarte, sino también contribuir con tu esfuerzo a ayudar a los amigos.
3 ¿Quieres saber qué nos ha pasado para estar tan contentos? Pues que Prisciano ha sido honrado al fin con un cargo que bien le convenía. El proemio lo entonó bellamente Florencio al convocar antes a los capaces de hablar que a los capaces

---

[114] *Il.* V 254 y *Od.* XXI 426.

[115] I 42, 3.

[116] Pozo situado al oeste de la Acrópolis de Atenas donde se arrojaban los condenados a muerte.

de pagar[117]. Pues así como los trofeos adornan a quienes se dedican al oficio de las armas, a quien tiene una posición como la suya lo glorifica el hecho de llevar al poder a los que van a hacer buen uso de él. No importa la empresa que aborde Prisciano, siempre sabrá justificarse de la mejor manera ante quien ha delegado en él, porque en toda acción
hará uso de su prudencia. Así es que él le estará agradecido 4
cada vez que se comporte como un hombre en lo que se le ordene, pero en este momento nuestra ciudad y yo os damos las gracias a él y a ti, pues no se nos escapa que Teseo[118] ha participado de este trabajo. Sin embargo, haz que se pueda sumar al elogio por el nombramiento el buen resultado del oficio para el que ha sido convocado.

65

A Olimpio (359/60)

Me embarga no sé qué mezcla de placer y su contrario, pues que prospere la buena fortuna de Prisciano es para mí motivo de fiesta, pero el que me tenga que separar de quien imita con respecto a mí el amor de mi tío[119], eso no es tarea
ligera para nosotros. Pero no sólo debía estar al lado del 2
Emperador el más excelso de los oradores, sino también el médico más capaz. Por esa razón hace tiempo que Olim-
pio[120] está cerca de él y ahora se presenta el orador. Tú 3
harás que esa ciudad extraña no sea peor que su patria si

[117] Véase la *Carta* 61 a Florencio. La compra de cargos públicos era una práctica extendida.

[118] *Scil.* Espectato.

[119] Naturalmente, se trata de Fasganio.

[120] Olimpio 4 es médico.

haces que comparta contigo los amigos que tienes, pues no sin esfuerzo has logrado consolidarte ahí, y él no tardará en hacerlo gracias a tu influencia. En tu caso, nadie te preparó de antemano un puerto de esa clase, pero él, gracias a tus esfuerzos, podrá ponerse la corona de la victoria sin haber mordido el polvo.

66

A Temistio (359/60)

Cuando aún les estaba yo diciendo a mis amigos: «¿Qué significa esto? ¿No escribe Temistio?», se presentó Evagrio y me preguntó si había recibido carta tuya. Según parece, había enviado a alguien para que me la entregara, pero antes de recibirla me encontraba yo en el ágora. Así es que me volví sobre mis pasos y pude tener en mi poder la amada epístola en la que me explicabas lo que ya sabía desde mucho tiempo atrás: que nuevamente estabas al lado del Empe-
2 rador. Esto es lo único que tú me decías, pero por rumores me he enterado de esto y de más cosas; de cómo recibes aún más honores que antes y compartes mesa con él, lo que evidencia el grado de intimidad que has alcanzado; de cómo todo cuanto le solicitabas partía de tu preocupación por tus amigos y mejoraban su posición todos aquellos a quienes mencionabas, y de cómo el que concedía sentía un placer
3 mayor que el que recibía. Por tanto, también me llenaba de placer imaginándome que era yo mismo quien me presentaba ahí, compartía tu fortuna y gozaba del mismo favor que tú. ¡Ojalá nunca dejes de continuar esta justa carrera, ni el
4 Emperador deje de honrarte! Me parece que ha quedado bien explicado que no debe juzgarse a partir de las cartas

cuál es tu actitud con respecto a mí, mas ¿cómo podrías justificar el hecho de que no me hayan llegado los discursos que pronunciaste, a pesar de las promesas que me hiciste de que me los enviarías al instante? Siempre es momento oportuno para recibirlos, y no menos ahora que, si bien nos hemos quedado sin habla por la muerte de nuestros compañeros[121], al menos aún nos queda la facultad de escuchar. Por 5
todo ello, cumple con tu promesa y, si has compuesto alguno más después de aquellos, no te abstengas de mandármelo. Envíame además la canción del poeta que ha glorificado tu estatua, o mejor dicho, del poeta cuyo poema ha honrado el bronce que se ha amoldado a tu figura[122]. Pues gracias a tu carta dirigida a Eudemón conocemos la garra, mas nos falta el león[123]. Meterio era uno de los que nos traían noti- 6
cias tuyas, misión que comparte con otros, pero lo que le hacía superior al resto de los mensajeros era el placer con que nos lo contaba todo y que la alegría casi le hiciera bailar de gozo.

67

A Clearco[124] (359)

No nos cuesta trabajo alguno escribir sobre lo mismo ni hacer las mismas peticiones, pero es posible que no te con-

[121] A raíz del terremoto de Nicomedia del 358.

[122] Constancio mandó erigir una estatua de bronce en honor a Temistio como agradecimiento por su *Disc.* II. La estatua ya estaba terminada en el año 356, como nos dice el propio filósofo en su *Disc.* IV 54b.

[123] *Vid.* este proverbio en Salzmann, 78.

[124] Nueva carta a Clearco a propósito de la persecución que sufre Cleobulo 1 por parte de Severo VIII y Alejandro V. Las dos siguientes, así como la *Carta* 91, tratan del mismo problema.

venga oír hablar continuamente de la misma cuestión. Pues que sigamos necesitando tu ayuda, por decirlo suavemente,
2 pone en evidencia tu buena voluntad. ¿De dónde vamos a sacar argumentos para consolarnos por los agravios que nos causa Severo? ¿Diremos acaso que Clearco ha quedado privado de su poder? Pero si lo más seguro es que éste haya aumentado, si es que Fortuna ha obrado justamente. ¿Acaso objetaremos que se lo impide una montaña de asuntos? ¿Y qué cantidad abrumadora es ésa, si a ti sería difícil abaste-
3 certe de trabajo? ¿Qué nos queda, pues? ¿Acaso no fue de enorme utilidad que comenzaras a defendernos? Sin embargo, tampoco puede decirse tanto. Por consiguiente, ¿qué te ha ocurrido para no haber consolidado ese proverbio que dice:

comenzaré por un buen principio y acabaré con un final [mejor[125],

sino que tu actuación preliminar fue brillante, pero, con el paso del tiempo, Severo tuvo motivos para cobrar ánimos y lo que entonces parecía el final se convirtió en el principio
4 de los problemas? Así es que, teniendo en cuenta que Cleobulo es víctima de ultraje y tú de desprecio, tómate cumplida venganza por ambos. Y el castigo más grande para Severo es no poder apoderarse de lo ajeno.

68

A Temistio (359)

Las afrentas que ha sufrido mi maestro Cleobulo, amigo tuyo y mío, y a manos de quiénes, él mismo te las ha hecho

[125] Cf. Salzmann, 65.

saber en las cartas que te ha escrito. Pero no te las escribía
con mucho ánimo, sino que cierto temor le invadía el espíri-
tu y a menudo se apartaba del papel. Investigando yo de 2
dónde procedía este sentimiento, como le recordara vuestra
antigua amistad y los derechos inherentes a ésta, él me con-
testaba que los conocía perfectamente, pero que le invadía
cierta pereza por el tiempo que llevabas ausente[126], en vir-
tud de lo cual creía que vuestra relación anterior había per-
dido intensidad. Alegaba que por tal razón vacilaba. Yo me 3
echaba a reír a causa de su timidez y porque, a pesar de
haber tenido trato contigo durante tanto tiempo, se ha equi-
vocado hasta el punto de creer que te enojarías si Cleobulo
no llegase a ser capaz de abandonar sus propias ocupaciones
para no dejarte ni a sol ni a sombra. Tampoco nos irritamos 4
con él porque, aunque vive cerca de nosotros, prefiere gozar
de su soledad antes que relacionarse conmigo. Pues este
hombre tiene concedido el privilegio de que nadie le repro-
che su negligencia en esta cuestión. Por la misma razón que
honramos a Palamedes[127], evitamos a quien tanto aprecia
los bienes de Cleobulo. Por consiguiente, también tú, bur- 5
lándote del que arrastra a Cleobulo a estas preocupaciones y
considerando tu enemigo al maldito Severo, convéncele de
que, aunque estemos establecidos lejos de allí, tenemos po-
der para rechazarlo de cerca. Pues si bien es verdad que tie-
nes encomendadas tareas sin cuento —ya que numerosos
son los asuntos de la ciudad y tú eres su guardián—, consi-
dera que también ésta es una de las intervenciones que la

[126] Corrijo la lectura que ofrece Foerster *(epidēmían)* por la variante que ofrece el manuscrito *Sinaítico (apodēmían)*.

[127] Palamedes, primo de los Atridas, pereció víctima de las intrigas de Ulises. Es paradigma de hombre justo que sufre las asechanzas de los malos. En la *Apología de Sócrates* (41b), el filósofo ateniense cita a Palamedes y a Áyax como prototipo de personas condenadas injustamente.

benefician: impedir que los malvados saquen provecho de su natural maldad.

69

A Higiino (359)

Nada extraño hay en consultar con un médico un caso de insomnio, explicándole las dificultades que le causa a uno su enfermedad y pidiéndole que ponga en práctica un
2 remedio que le ponga fin. Sabe, pues, que nuestro noble Cleobulo sufre terriblemente de insomnio y que la culpa no la tiene una fiebre, ni cefaleas, ni llagas que le provoquen turbación, sino que es Severo el que con sus mordiscos saca a nuestro camarada de la cama, a pesar de que está tan lejos.
3 Extraña especie de chinche es ésta. Sin embargo, es posible que hasta para esta clase de insomnio tengas remedio, ya que por mediación del noble Temistio puedes lograr que Severo deje de morderle.

70

A Temistio (359)

Cuando me dirigía a ti con la idea de solicitarte un servicio para los demás, pensaba que les hacía con ello un favor, pero en el caso de Olimpio, si haces por él algo que valga su agradecimiento, estoy convencido de que recibirás de él un favor aún mayor que el que tú le hagas. Pues así es este hombre que ha traído la prosperidad a Macedonia[128] a

[128] De aquí se desprende que Olimpio 3 accedió al puesto de gobernador de Macedonia a una temprana edad. La presente carta de Libanio pre-

pesar de que hace poco que ha dejado de ser un chaval y que, después de eso, ha evitado hacerse con el cargo de gobernador con más fervor que otros ponen en conseguirlo. Con tanto celo se ha entregado a la defensa de la justicia, 2
que todo el que sufre un agravio busca refugio en él, mientras que, por el contrario, le teme quien ha transgredido las leyes. El único afán de nuestros gobernadores es lograr su aprobación. Él y yo hemos heredado nuestra amistad de 3
nuestros padres, de forma que él hace cualquier cosa por mí y a cambio recibe de mi parte el elogio por su celo, ya que en absoluto podría yo corresponderle a su mismo nivel. Así es que debes recompensarme a este varón, o mejor dicho, devuélvele en mi nombre una pequeña porción de los servicios que me ha prestado. Olimpio ha sido trasladado a vues- 4
tro Senado desde el que es mayor (y debes perdonarme si llamo mayor al Senado de los romanos cuando el vuestro te cuenta a ti entre sus miembros). Por tanto, haz que reciba de vosotros la misma consideración que le tenían ellos. ¿A qué me refiero? A los romanos les bastaba con que su nombre estuviera inscrito en sus listas. Corrijo. No le concedáis este 5
privilegio, pero tampoco le busquéis cargas superiores a su capacidad. Pues si hacéis un examen de cuáles son los mejores, Olimpio será el primero, pero si lo hacéis sobre lo que cada uno debe aportar, veréis que es el último de todos. Podrías conocer con facilidad la justa medida de su hacienda si preguntas a los que tienen la misión de averiguar este tipo de cosas. Así pues, debes prestar mucha atención para no 6
causarle un perjuicio cuando llegue el momento de hacer contribuciones monetarias y, lo que es más importante aún,

tende obtener de Temistio, cuya principal tarea entonces era aumentar el número de senadores en Constantinopla, que conserve parte de la inmunidad fiscal de que gozaba Olimpio en el Senado de Roma y el privilegio de no tener que acudir personalmente a las sesiones.

cuídate de no hacerle salir de aquí cuando convoquéis a los
7 senadores. Pues su madre, que vive aún, está en sus manos. Precisamente está viva por ese motivo, porque puede verle, pues no podría soportar que le mencionasen siquiera que su hijo tuviera que ausentarse y se moriría si algo así llegara a suceder. Y tú no permitirías que sucediera una catástrofe
8 como ésta. Por tanto, convenciéndote de que nos ayudarás y, al mismo tiempo, actuarás como corresponde a la filosofía, concédenos que su dispensa permanezca inalterada.

71

A Florencio (359)

Hombre virtuoso es este que te entrega mi carta, pues ha tomado a su cargo sin ánimo de lucro tareas de las que se podrían haber sacado pingües beneficios. Le he llamado como aliado mío en numerosos menesteres y en ninguno de
2 ellos lo he hallado desidioso. Yo le aconsejé que hiciera lo contrario de lo que dice el refrán: que se bajara de los asnos para montar caballos[129]. Tú eres dueño de hacer que este hombre cabalgue lo antes posible. Cuando pruebes a tratarlo dirás de mí que no sé elogiar a los malos.

72

A Florencio (359)

Numerosas palabras de elogio oirás pronunciar a mucha gente sobre este Partenio que tienes ante ti. Estos informes

[129] Cf. *supra, Carta* 34.

no te permitirán mostrarte incrédulo ni negarte a hacerle un beneficio a este varón. Sin embargo, no he decidido añadir esta carta porque pensara que aquellas razones no fueran a ser suficientes, sino porque sería vergonzoso para mí ser el único que guardara silencio sobre él. ¿Cómo no iba a ser un ultraje el que, aunque hacía votos para que se presentase una ocasión como ésta para interceder por él, no la aprove-
chase cuando ya se ha presentado? Pues tengo interés por 2
Partenio no sólo por mis deberes hacia mi paisano, sino
porque es lo más selecto de mis amistades. Su tío era Euse- 3
bio y, como es natural, todo lo que yo hago por su sobrino me lo agradece como si lo hiciera por él. Pero es que, aun dejando aparte estas consideraciones, merece mi solicitud simplemente por su carácter. Es capaz de ayudar a un amigo aunque se tenga que meter en el fuego, pero cuando el amigo va por mal camino se opone, porque no sabe comportarse lisonjeramente, pero sí sabe reprender con plena libertad. Por su inteligencia es capaz de evitar riesgos injustos, pero, gracias a su natural alegre, sabe hacer que una reunión sea más dulce. En cuanto al dinero, se esfuerza más por entre-
garlo que por tomarlo. Y quede claro que soy testigo de este 4
proceder, pues he tenido ocasión de comprobarlo en la prác-
tica en su comportamiento conmigo. Así es que esto es lo 5
que podría decir de él. Creo que si estuviera al mando de las ciudades conservaría esta misma solicitud y cerraría la boca
a aquellos que se complacen en criticar a los demás. Por eso 6
hago lo único que está en mis manos: elevar la súplica de que Partenio ocupe el lugar que le corresponde con arreglo a la trayectoria de sus antepasados. No obstante, quienes tienen la potestad de actuar son los que podrían hacer que mi súplica se hiciera realidad.

73

A Eusebio (359)

Cuantas más cosas averiguo de Partenio, tanto más que antes le aprecio. Pues si entonces lo conocía como conciudadano y pariente de un amigo mío, ahora, cuando ha sido sometido a la prueba de ciertos menesteres, me ha demostrado que tiene un espíritu tan noble que, con toda razón, me haría acreedor a la censura si no condescendiera con él en
2 todo lo que sea menester. Y aunque podría conseguir de mí lo que quisiese, prefirió llevarte una carta mía, pues está convencido de que tú sabes prestar ayuda con determinación y de que yo me encuentro entre tus amigos más íntimos.
3 Con esta opinión me parecía que te honraba más a ti que a mí, ya que, cada vez que un padre recibe atenciones de un hijo[130], resulta que al primero se le felicita y al segundo se le colma de elogios, a uno por participar de lo que establece
4 la ley y al otro por consolidarla. Tú, por el contrario, si eres juzgado con arreglo a los servicios que me prestabas cuando venías aquí, podrías ser considerado como un devoto de tu padre, pero lo que hiciste después, cuando te marchaste de mi lado, no se corresponde con tu actitud anterior. Pues por aquel entonces acudías con frecuencia a mi casa y no podías soportar el que no nos encontrásemos. Sin embargo, ahora tengo miedo no sea que alguien te pida cuentas por tu silen-
5 cio. Mas no por ello resultaré ser para ti un juez severo. Si te muestras a Partenio cual solías hacer antes, habrás cumplido

[130] Eusebio 15 fue discípulo de Libanio. Como se aprecia en numerosas ocasiones, la relación profesor-alumno es concebida como una relación parental.

con la norma. Pero si te muestras mucho mejor que antes, demostrarás con tu mayor celo el provecho de esta carta.

74

A Espectato (359)

Que cuando te pido el favor de que te des prisa para socorrer a un amigo estoy llamando a la tortuga a una carrera de velocidad, lo sé claramente. Ya que, si ves a Partenio y recibes las cartas, le pondrás cara de alegrarte de verle y de recibir las misivas, le dirás lo que convenga al momento, le exhortarás a que se anime a hablar, y le dirás que lo más difícil es cosa baladí y que no habrá nada que deje de cumplirse. Mas cuando se presente el momento de actuar, abandonando el puesto y arrojando al suelo las promesas, mirarás a la víctima de tus engaños con una sonrisa radiante. Porque has inventado esta insólita excusa: la de sonreír en
defensa de los demás. Y aunque sé todo esto, aun así te es- 2
cribo. Porque, o bien darás vivo testimonio de que es verdad lo que dicen mis cartas si te comportas con arreglo a tu disposición natural, o bien, si te sobrepones a ella, alegrarás al que pones por embustero precisamente por refutar la carta que te escribo.

75

A Eumolpio[131] (359)

Te escribo esta primera carta sobre un bello asunto, si es que la amistad es algo hermoso, y desearía convencerte. Pe-

[131] Este Eumolpio es el mismo a quien dirige Libanio su *Disc.* XL.

ro si no lo voy a conseguir, al menos no sería para mí ver-
2 gonzoso haberlo intentado antes. Llegaste a hacerte amigo íntimo de Partenio, y vuestra amistad se hizo tan profunda que mutuamente os poníais por delante de vuestros familiares. Pero este vínculo lo rompió cierta sospecha que se presentó de repente y te pareció que Partenio había beneficiado
3 a ese hombre a quien a duras penas podías soportar. Negando la acusación, según me dice, y considerando este reproche como improcedente, jura que es inocente de cualquier acusación, y yo le creo. Pues, ¿cómo va a ser natural que quien es capaz de hacer cualquier cosa para reconciliarse
4 contigo quiera desprenderse de lo que ya tiene? Y aun en el caso de que te hubiera causado un hondo pesar, suficiente castigo es el que ya ha sufrido. Si bien es cierto que en el momento de la injuria es más agradable imponer un castigo que soportarla con mansedumbre, mayor es el placer posterior cada vez que alguien es elogiado por haberla soportado. Además, es posible que precisamente el perdón del castigo
5 sea el rasgo más característico de un heleno. Por otro lado, considera que este varón, abordando a muchos, reconocerá que desea apasionadamente tu amistad, pero que tú desprecias la suya, y que sus palabras darán fe de su moderación y
6 de vuestra, por así decirlo, belicosidad. Así es que mira no sea que por darle satisfacción a tu cólera les des a muchos la oportunidad para considerar que la postura de Partenio es moderada y para reprobar la vuestra. Muy al contrario, reflexionando que a tu disposición natural le cuadra un cambio de esta índole y respetándome a mí, que soy tu pariente y de más edad, juzga más sólidos que una acusación nada clara cuantas satisfacciones te dio Partenio a la vista de todo el mundo. Regresa al estado anterior a la sospecha y demuéstrale a todo el mundo que no ha sido castigado por llevar encima tan sólo mi carta en vez de muchas.

76

A Aecio[132] (359)

Yo jamás te aconsejé que abandonaras patria, casa, fa-
milia y esperanzas, ni tampoco le aconsejaría jamás algo pa-
recido a un conciudadano que tiene a su disposición una
ciudad tan importante. Pero ya que apareció un consejero[133] 2
más persuasivo que yo y existe algo que merece más tu res-
peto que tu propia patria, no digo que elogie tu decisión, pe-
ro suplico que todo tenga un final feliz, pues también ello
sería un don de Fortuna[134].

77

A Temistio (359)

El poeta Andrónico se ha ganado en las ciudades que hay hasta la frontera de los etíopes la fama que es natural que despierte un hombre que tan dulce miel destila. Y eso que el dolor por su madre y por su ciudad le impidió mostrar todos los ornatos de su alma. A pesar de todo, con las bellezas que pudo dar a conocr permitió a la gente conjetu-

[132] Aecio 1, de origen antioqueno, decidió abandonar su patria para ir a Constantinopla en busca de mayor fortuna. El portador de esta carta y de las siguientes es el poeta Andrónico 5, de origen egipcio, que salió absuelto del proceso de Escitópolis (*vid.* Seeck, pág. 358).

[133] Tal vez se refiera a Temistio, quien por entonces se encargaba de ampliar el Senado de Constantinopla. Aecio posiblemente llegó a ser senador de esta ciudad.

[134] Divinidad que tenía un santuario en Antioquía. Cf. *infra, Carta* 88.

2 rar cómo serían las que no se le mostraron. Pero no más nos deleitaba aquí con sus versos que con los elogios que empleaba cuando se refería a tu persona, diciendo que el Emperador te honraba en la medida en que podía, pero que nunca encontraba nada que se acercase a tus merecimientos.
3 Y cuando yo le recomendaba que no rechazase los cargos que se le ofrecían alegando que se podía compaginar el gobierno con la poesía, él me respondía: «Yo soy quien a Temistio como discípulo me he de entregar, pues lo tengo por más bello que sobre muchos mandar.»

78

A Higino (359)

Al decir yo que escribiría al filósofo[135], me dice: «¿Es que al médico no le vas a escribir?». Andrónico añadió que tú me querías, aunque ya conozco perfectamente tu afecto. Pues así como los padres aman a sus hijos porque los han engendrado, de igual modo los salvadores aman a quienes
2 han salvado, porque les han preservado la vida. Entre nosotros se te recordará mientras siga habiendo enfermos: pues no es posible que en una ciudad tan grande falten quienes padezcan alguna enfermedad. Y cuando los médicos entran en casa del enfermo, tu nombre entra al mismo tiempo, tanto si ellos pueden socorrerlos, como si no pueden. Pues se comenta cómo el mal se habría acortado si tú te hubieras encargado del enfermo, o bien cómo no habría sucedido es-
3 to o aquello si tú te hubieses ocupado del caso. Con frecuencia repetimos esa cantinela precisamente ahora que mi

[135] Temistio, como hemos visto en la carta anterior.

tío ha salido de una fiebre altísima[136] y no puede valerse de
su cuerpo para trasladarse. En cuanto a mí, que conozco los 4
remedios por medio de los cuales conseguiste ponernos en pie, me estoy peleando con los médicos de aquí.

79

A Meterio y Alcimo (359)

No os escribo a menudo. ¿Y sobre qué podría escribiros? ¿Acerca de mis últimas desgracias? Pero si bastante tendríais con soportar las vuestras[137]. ¿Acaso sobre cómo debemos ser fuertes? A mí precisamente no me es posible decir tanto. ¿O bien debo referirme a cómo tenéis que venir a visitarnos? Pero si no es posible persuadiros por mucho
que os llame. Así es que más vale no escribir a quienes es- 2
tán en esta situación, que hacerlo.

80

A Anatolio (359)

Es costumbre tuya maltratar a los sofistas[138], y antigua, según parece. De modo que también la Pitia debía sufrir es-

---

[136] Fasganio moría en otoño de ese año 359; *vid. Disc.* I 117.

[137] Meterio y Alcimo son bitinios, así es que lo más seguro es que se refiera Libanio al terremoto que asoló Nicomedia en el año 358. Aunque la epístola se dirija a ambos a la vez, Meterio y Alcimo no tenían parentesco alguno, sólo eran amigos.

[138] Después del tono medio en broma medio en serio de la *Carta* 19, la relación entre nuestro sofista y el Prefecto debieron de resentirse, de ahí que Libanio responda a Anatolio en el mismo tono reprobatorio. Que Libanio se permita estas libertades con una persona tan poderosa, demuestra el grado de familiaridad que ambos tenían.

ta afrenta[139] para que tus actos estuvieran de acuerdo con tu nueva dignidad. En respuesta, tanto los sofistas como la Pitia te dicen: «¡Ojalá no dejes de ultrajar lo que merece la
2 pena honrar!» Y yo, que creía que era apreciado por ti, te mandaba cartas y pedía recibir buen trato sin pedirte nada que estuviera por encima de tus posibilidades, sino sólo esa clase de favores que diariamente y en gran cantidad ibas esparciendo a diestro y siniestro, tanto a quienes lo merecían como a los que no. Pero puesto que, en lugar de socorrernos, nos enviaste un escrito lleno de burlas, he creído que ha llegado el momento de no volver a escribir ni para pedirte
3 un favor ni para ningún otro menester. Cuando te repusiste de tu enfermedad, me alegré no menos que el propio enfermo, pero es posible contentarse sin necesidad de escribir. No porque uno no escriba no puede ponerse contento de todos modos, sino que, así como entre los que te escribieron para testimoniarte que se alegraban tal vez pudieras hallar a quien no se alegró en absoluto, también era posible congra-
4 tularse en silencio. Pero a ti te hacía falta un adulador, no alguien que se llenara de alborozo por amistad. Y cuando me dices que no sabes por qué dejé de escribirte, sumas una segunda injuria a la anterior, porque al principio consideraste que mi petición de entonces no merecía tu consideración y porque en esta ocasión ni te has enterado de que me has
5 despreciado por completo. Te ha ocurrido algo en absoluto ajeno a tu poder, porque vosotros, los que habéis alcanzado una fortuna ilustre ni siquiera pensáis que ofendéis a los que ultrajáis, pues consideráis que lo natural es que vosotros nos injuriéis y que nosotros agachemos la cabeza en cualquier
6 circunstancia. ¿Ves cómo más te habría valido no haber agi-

[139] Como indica Norman, se refiere Libanio a las célebres máximas del oráculo de Delfos: «conócete a ti mismo» y «nada en demasía».

tado el anágiro[140]? Pero lo cierto es que, en tu deseo de romper mi silencio, has desatado mi elocuencia contra ti mismo, y sabes bien lo que has hecho, sobre todo porque no eres un ingenuo, sino que al propio Odiseo no le cedes terreno en el arte de trenzar dolos. Por haberle enviado dinero 7
a Optato recibes nuestro aplauso, pero no apruebo el hecho de que, con la esperanza de hacerle orador gracias al dinero, le enviaras cien estateras pese a que podías haberle mandado mil. Pues si el dinero que mandaste no tiene poco poder, mayor habría sido tu ayuda con una cantidad superior. A pesar de esa exigua cantidad, se aloja en nuestra casa y el gasto continúa según lo previsto.

81

A Anatolio (359)

Tú me exhortabas a que me expresara con total franqueza asegurándome que tolerarías cualquier cosa que fuera dicha por mí, pero Esquilo me disuade cuando dice que no deben los que son inferiores hablar con demasiada osadía[141]. Pero es que también Eurípides[142] dice que los que respiran con soberbia, refiriéndose claramente a vosotros, llevan muy a mal que los más débiles pronuncien palabras

---

[140] Cf. Dioscórides, III 150. El anágiro es un arbusto muy oloroso. Este refrán se aplica a quienes remueven algo para propio perjuicio (*vid.* Zenobio, *PII* 55 y *AV* 34).

[141] Cf. Esquilo, *Suplicantes* v. 203. Anatolio ha debido de responder a la carta anterior y le ha animado a escribir con total libertad. Y vaya si Libanio le tomó la palabra, pues en esta carta encontramos duros insultos, si bien Anatolio, persona sin duda de gran sentido del humor, debió de tomárselos a broma.

[142] En *Andrómaca* v. 188.

más altaneras de lo que les corresponde. Con todo, ya que deseas fervientemente que te conteste, os daré satisfacción a ti y a los dos poetas; a ellos no diciéndolo todo y a ti no
2 ocultándotelo todo. Por tanto, en primer lugar diré sobre la extensión de las cartas aquello de que tú estás enojado por la concisión de las mías y yo por la excesiva longitud de las tuyas. Para mi falta me sirve de estímulo el ejemplo de Esparta —de hecho tú has dado a la mía el epíteto de lacónica—, pero dime quiénes te han inspirado tu garrulería. Claro que no podrás presentar otro modelo que aquel confuso charlatán que vertía lágrimas en la asamblea de los aqueos[143].
3 Estoy totalmente convencido de que estás próximo a acabar tu mandato, pues me resulta evidente que la pena te ha hecho enloquecer y que me escribías semejantes disparates bajo el efecto de tu desvarío. Mientras no esperabas el final de tu cargo, te conducías moderadamente. Pero esta carta de ahora la escribiste sin duda alguna en una noche de insomnio, pues no podías dormir temblando de miedo ante la idea
4 de perder este privilegio. En cuanto a Juliano[144], no era de los primeros alumnos de mi clase, pero podría haber llegado a serlo de no haber sido porque su primera instrucción la pasó en una ciudad aficionada a los bailes[145] y luego se marchó de nuestro lado lo más rápido que pudo, pues no estaba mal dotado para la oratoria. Posiblemente hasta renegó de la mayor parte de los conocimientos que traía cuando llegó allí para unirse a ti, pues

[143] Tersites, el vil charlatán que lloró cuando Ulises le golpeó en la espalda con el cetro real cuando zahería con sus palabras a Agamenón. Cf. *Il* II 246-266.

[144] Juliano 9 estudió con Libanio en Antioquía, pero abandonó sus estudios para entrar al servicio de Anatolio 3 como *agens in rebus*.

[145] Alude a Constantinopla.

de los buenos cosas buenas...[146],

y lo que sigue lo omito por consideración hacia ti. Me da la 5
impresión de que lo que le estimuló para convertirse en *agente* fue que viera a aquel cónsul[147] que andaba por los aires, hablaba a grandes voces y despreciaba a los dioses, mientras que por un lado hostigaba a los demás y por otro se echaba a los pies de gente de condición más baja que los esclavos que poseía. Por eso quedó enamorado del poder que 6
descubrió que tú venerabas. Así es que no te asombres de que, en el caso de que te mantengas en tu posición de poder por mediación de aquéllos, Optato siga el ejemplo de Juliano.

82

A Ambrosio (359)

Te pido que de buen grado me concedas un favor. Pues cuando a vosotros los jovencitos os son confiadas las magistraturas os deleitáis con la idea de que tenéis en vuestras manos hacerles favores a los más viejos. También a los profesores les causa cierto placer el hecho de necesitar a sus alumnos y a éstos poder hacer a su antojo algo en beneficio de sus profesores. De tal manera, Cleobulo, el maestro, me 2
encarga que lleve a cabo lo que tengo en mis manos hacer

[146] Cita de los v. 35-36 de Teognis: «Pues de los buenos aprenderás cosas buenas, pero si te mezclas con los malos echarás a perder incluso la sensatez que tengas».

[147] Daciano 1, que era cristiano. Ésa es la razón por la que Libanio habla de él con cierto desprecio, a pesar de tener con él una deuda de agradecimiento por ayudarle a obtener permiso imperial para instalarse en Antioquía dejando su cátedra de Constantinopla.

ante ti, y yo te pido lo que puedes cumplir por medio de tu cargo. Antífilo se encuentra entre tus principales asesores y es pariente de Cleobulo. Su forma de ser, como si de una carta de presentación se tratara, me lo recomendó a mí. Pues no sabe lo que es adquirir ganancias con audacias que no convienen, y esto es lo que puede testificar Cleobulo. Yo,
3 haciendo caso de él, te lo recomiendo también. El favor que te pido es que lo mires con consideración, ya que no se aprovechará para sacar beneficio, sino para aconsejarte resueltamente sobre los asuntos que te agobien y para prestarte con buen ánimo los servicios que tengas a bien ordenarle.

83

A Atarbio (359)

Si hubiera tenido la posibilidad de acompañar a Sabino en su viaje, habría hablado contigo personalmente en lugar de escribirte (tan grande es mi empeño por sustraer a este hombre del oleaje[148]). Pero ya que por numerosas razones me veo obligado a quedarme, no dejé pasar la otra forma de
2 navegar[149], sino que te escribo. Y sería mi deseo que tú, por consideración a la justicia y a nosotros, te mantuvieras firme frente a la dificultad del momento presente e hicieras saber a la gente que no está en sus manos despedazar a los gober-
3 nadores cuando salen del cargo. Así es que estoy de acuerdo

---

[148] Sabino 5 tuvo serios problemas al acabar su mandato como gobernador de Siria. Con esta carta trata Libanio de ganar para su causa al influyente Atarbio.

[149] Es decir, la única forma de comunicación a falta del contacto directo. La expresión *deúteros ploûs* está sacada de Platón, que la usa con frecuencia *(Fedón* 99d; *Filebo* 19c; *Político* 300c; *Carta* VII 337e, entre otros). Cf. también SALZMANN, 55.

con él en que podría conseguir cualquier cosa de ti, pero tú puedes decidir entre dejarme como un fanfarrón por mi promesa, o no.

84

A Magno (359)

Macedonio, que ha vivido no poco tiempo con nosotros, es uno de nuestros mejores amigos. Podría ganarse la amistad de alguien sólo con encontrarse con él y conversar un poco. Tan grande es el encanto que tiene por su carácter.
Así es que si marchara a tu presencia para ser juzgado, sería 2
un completo insensato si me atreviera a escribirte, pues sé que jamás tendrás mayor consideración por el escrito de un amigo que por las leyes. Pero, dado que sólo está ansioso por que lo conozcas, con plena confianza te pido este favor. Porque así como no sabes complacer en todo, de igual manera no evitas por completo hacer favores.

85

A Florencio (359)

Mientras tu afecto hacia nosotros siga creciendo, también será mayor mi obligación de escribirte sobre los amigos. Este Macedonio que tienes ante ti hace tiempo que recibe nuestra admiración, tanto por su moderación y prudencia como por su espíritu leal. El único reproche que puedo hacerle es que, después de recorrer a saltos los jardines de las Musas, se haya escapado para dedicarse a ese género de vida en el que ahora se encuentra. Pues si con este ofi-

2 cio se puede hacer fortuna, de aquél se obtiene buena fama. Sus esperanzas, por tanto, están puestas en el dinero, pero dinero aún no tiene. Pero podría conseguirlo si tú quisieras. En absoluto es justo desdeñar a este hombre, incluso aunque haya desertado de la tribuna y a pesar de los motivos por los que la ha despreciado.

86

A Temistio (359)

Tal vez no sólo te dedicas con gran empeño a llenar de senadores el Senado, sino que ya hasta los pescas durmiendo[150]. Pues Celso es el mejor de nuestros conciudadanos y merece oír también ese apelativo de boca de los ciudadanos de allí, después de ti, naturalmente; un hombre bueno se en-
2 camina sin ser invitado a una asamblea de buenos[151]. Y eso que lo hemos intentado todo para que este hombre se ponga al frente de los asuntos de nuestra ciudad. Mas él respondía siempre que debía aspirar a ocupar el lugar que le pareciera
3 bien a Temistio. Y no se me escapa el subterfugio. Pues los demás, ansiosos por el «Bósforo rico en peces», acuden allí a la carrera, pero a él le importa un ardite el cargo, sino que piensa que si llega a ser conciudadano vuestro tendrá la ocasión de vivir contigo. Y ello significa vivir en la filosofía. No poco ha aprendido de este saber en Sición, pero espera
4 alcanzar el pleno conocimiento contigo. Por tanto, mi vida será mucho peor ahora que ya no está el que tanto me ayudaba. Soportaba mejor mis problemas dándoselos a conocer,

[150] La expresión proverbial *heúdonti kýrtos* la encontramos también en PLATÓN *(Leyes* VII 823e). *Vid.* SALZMANN, 57.

[151] Otra cita célebre de PLATÓN, *Banquete* 174b.

pero al no tenerle cerca me quedaré afligido. Así es que reciba Celso alguna compensación y que mis asuntos vayan por donde decida la fortuna. Sea como fuere, de sus éxitos obtendrán consuelo mis desdichas. Ahora le retenemos su madre, yo y muchos otros, pensando que es posible que siga deleitándonos y que antes de que llegue el invierno se marche contigo, pero su nombramiento se ha adelantado a su llegada a vuestra ciudad. Ahora harás lo de costumbre para cuidar de que su dispendio sea moderado[152], pues nos parecía que sería más agradable que marchara a tu lado ya como ciudadano vuestro que con la intención de serlo.

87

A Domnio (359)

Silvano, el alumno tuyo, está inscrito en el cuerpo de abogados, pues lo ha admitido de buen grado Modesto. Por tanto, desplegará sus conocimientos de leyes cuando pleitee, pero la virtud de su carácter hace tiempo que ya nos la ha mostrado. Me parece que precisamente por ese motivo ha llegado a ser alumno tuyo, pues ha heredado no pocos rasgos de tu forma de ser, por la que recibes más elogios que por tu conocimiento del derecho. Como siente afecto por ti, 2
como es natural en un discípulo, también me aprecia a mí, porque sabe que al hacerlo te da una alegría.

[152] Como señala Cabouret *(op. cit.* pág. 81), el gasto se refiere a la pretura que debe ejercer Celso 3 para acceder al Senado de Constantinopla y obtener la ciudadanía de esa ciudad. Según parece, Temistio podía hacer que Celso cumpliera los trámites en ausencia de éste, de manera que, al llegar a la ciudad, ya gozara de la ciudadanía plena, que es a lo que se refiere nuestro sofista al final de la carta.

88

A Leoncio (359)

También recibí tu carta anterior[153], y no podrías imaginarte con cuánto placer. Lo más dulce de ella era que, habiendo oído que yo te iba a escribir, aunque no tenías todavía mi carta, actuaste como habrías hecho de haberla te-
2 nido en tus manos. Sin embargo, el que me entregó la carta, tras habérmela dado en el ágora y haberme dicho que al momento se presentaría en la curia, donde doy mis clases —pues el templo de Fortuna, noble Leoncio, está privado de todo su esplendor y de los rebaños que un día apacentaba, lo que me hace derramar lágrimas cada vez que paso cerca— en efecto, tras decirme que se presentaría y haber mostrado cierto interés, ya no volvió a encontrarse conmigo, como si

[153] Esta carta está vinculada con la *Carta* 94, también dirigida a Leoncio 9 y ambas se hacen eco de un divertido equívoco. Un primer emisario aparece en Antioquía con una carta de Leoncio y desaparece antes de tomar la respuesta de Libanio, lo que despierta las sospechas de nuestro sofista. Entonces éste envía la respuesta con Eumacio, pedagogo de Anatolio V. Llega un segundo emisario con la segunda carta de Leoncio en la que se dice que no ha obtenido respuesta a su primera misiva (de ahí la expresión con que comienza esta carta). Libanio se sorprende, ya que recibe la contestación de su conciudadano Ifícrates a cartas llevadas por el pedagogo Eumacio, portador de tres misivas enviadas a Armenia (son las *Cartas* 41, 42 y 43). Le pregunta Libanio a Ifícrates si el joven Anatolio sigue teniendo a su pedagogo y no ha muerto, a lo que Ifícrates responde que sí, por lo que Libanio escribe la presente para pedir explicaciones sobre la carta desaparecida. En la *Carta* 94 se desvela el misterio del portador de la primera carta de Leoncio: no aparecía porque se había marchado a Fenicia. Como la respuesta ya había sido mandada, Libanio trata de despacharle con las manos vacías, pero ante su insistencia le encomienda la citada *Carta* 94.

hubiese sido arrebatado por el viento. Lo primero que pensé 3
fue que había sido raptado por la fuerza, pero lo que pasaba realmente era que, aunque estaba en la ciudad, me evitaba, pues oí decir al que me entregó tu segunda carta que, efectivamente, se encontraba aquí. Es posible que se juntara con una asociación de aduladores a los que causa regocijo que no reciba nadie cartas mías. Si se hubiera encontrado con ellos antes que conmigo, a buen seguro les habría complaci-
do no entregándome siquiera tu carta. Pero me ha extrañado 4
que en la epístola que me has escrito ahora no dieras señales de haber recibido mi carta. Por más vueltas que le doy al asunto, no acierto a encontrar la causa. Pues el hecho de que Eumacio haya llegado a vuestra ciudad se demuestra por la carta que ha llegado aquí de parte de Ifícrates, y si ha llegado a tu ciudad, creo que no tiene sentido que no tengas la carta. Ifícrates insistía con muchas y nobles razones en su defensa y no dejaba de mencionar que había que escribirle. De modo que le pregunté muchas veces al joven que él cuidaba[154], si es que su pedagogo había muerto, pues me parecía a mí que, de estar vivo, no habría cometido esa falta. Como me respondiera que está vivo, no dejo de estar apura-
do. Explícame pues si la has recibido o no, pues me alegraré 5
si es así, pero si no, haré lo necesario para enviarte una copia de la anterior.

89

A Filagrio (359)

Con sumo gusto he admitido a tus hijos. ¿Y cómo no iba a aceptar a los que considero también como míos? Sobre tu

[154] Se trata, claro está, de Anatolio V, alumno armenio de Libanio, de quien Eumacio era pedagogo.

anterior decisión[155] más vale callar que, por buscar una defensa, no poder ofrecer un argumento sólido. Y aunque seas el sofista más diestro, tres por cuatro son doce, por más que
2 Filagrio trate de decir otra cosa. Sin embargo, lo que sé que he sufrido por culpa de tu decisión, te lo explicaré y no se lo ocultaré a un amigo. Jamás he perseguido a los estudiantes que se han ido de mi escuela, porque tampoco he visto jamás que las fuentes hayan ido a buscar a los sedientos, sino que pensaba que a cuantos se acercan hay que testimoniarles nuestra benevolencia y menospreciar el propio desprecio
3 de quienes menosprecian. Precisamente, por eso mismo me ha sobrevenido la fama de ser demasiado orgulloso, porque jamás he soportado una conducta rastrera. No obstante, cuando tus hijos se fueron a la escuela de otro, reconozco que me sentí herido en mi interior y deseé que tu decisión fuera anulada, aunque eran más numerosos los que censuraban tu resolución que cuantos consideraban este hecho como señal
4 de mi incapacidad. Así es que ahora, cuando has reflexionado que tal vez no es mejor perseverar en tus decisiones de entonces, no pienses que has de exhortarme para que me preocupe por tus hijos, a no ser que debas hacerte las mismas exhortaciones a ti mismo. Pues, sin tener en cuenta las demás consideraciones, sólo el aspecto físico de los mucha-
5 chos me recuerda a su padre y me lo representan aquí. Además, Eutiquio es tu amigo y pariente nuestro, y si no le complaciese le estaría injuriando. Cuando me trajo a tus hijos y a su propio hermano, me demostró que no quiere
6 más al suyo que a éstos. Por tal motivo, también la costum-

[155] Filagrio había llevado a sus hijos a estudiar con el rival de Libanio, como se vio en la *Carta* 43.

bre del verano deja de tener vigor sólo con ellos[156], para que Eutiquio se regocije y tú recibas lo que te corresponde.

90

A Clearco (359)

Mira, también se presenta ante ti Zoilo prestando a su señor servicios dignos de la mayor consideración, enviado como mensajero por la necesidad de los problemas que nos acucian. Pues nos parecía que debíamos prescindir de su servicio aquí para que pudiera poner en orden los asuntos de allí. Con todo, temo que, igual que las otras muchas cartas 2
que te hemos enviado, Zoilo se haya presentado para nada. Así es como nos has rechazado. Pero ya que la presencia del muchacho podría ser una prueba más exacta de tu disposición hacia nosotros, acude a tu presencia para enterarse de si el noble Clearco ha cambiado su forma de ser y Diomedes se nos ha vuelto de Regio[157].

91

A Temistio (359)

¡Por los dioses y la filosofía, concédele un poco de tu ayuda al maestro Cleobulo! No sólo pide lo justo, sino tam-

---

[156] Es decir, Libanio aprovechará las vacaciones para darles clases particulares a los tres a fin de que puedan recuperar el tiempo perdido.

[157] Según nos relata Tucídides (VI 44, 3), los atenienses pidieron a los habitantes de Regio que, en su condición de antigua colonia de Calcis y amigos tradicionales de Atenas, les ayudasen en su expedición de apoyo a Leontino, a lo que los reginos se negaron alegando su deseo de mantenerse neutrales en el conflicto.

bién que tengas establecida la costumbre de hacerte acompañar de gente justa. Basta con que hagas una señal de asentimiento y veremos cómo se vuelven más moderados quie-
2 nes ahora lo ultrajan. En efecto, Alejandro y Severo son sencillamente la yunta de Cróbilo[158], y aseguran que antes dejarán de respirar que de causarle daño. Pero si se dan cuenta de que Temistio no lo consentirá, aunque no por su voluntad pero sí al menos por la fuerza, tal vez se hagan me-
3 jores. Se te ha enviado a Zoilo para instruirte por si necesitas alguna aclaración y para recordarte mi encargo si tu inquietud por otros muchos asuntos te apartase de preocuparte
4 por este problema. Te escribía estas líneas estando ya Cleobulo al límite de sus fuerzas. Languidece en su desánimo porque dos cántaros[159] se le caen encima. Así es que, si se hace algo rápidamente, lo normal es que pueda soportar su carga y que tú te ganes la fama de haber salvado a un amigo.

92

A Parnasio (359)

No soportaré la comparación, pues no se parece a tu caso. Me has recordado a esos que poseen muy poco y se las ingenian como pueden para dar menos y recibir más de los ricos. El flujo de cartas que tú posees no es inferior al que
2 tenemos nosotros, a quienes acusas de tener más. Por tanto,

---

[158] Aplícase este proverbio a la gente que no tiene medida en su maldad. Era Cróbilo un proxeneta que utilizó a dos cortesanas (de ahí lo de «yunta») para corromper y robar a los jóvenes. Cf. ZENOBIO, *PIV* 69 y *AII* 26. Con respecto a la persecución de Cleobulo 1 por parte de Alejandro 9 y Severo VIII, *vid. supra Cartas* 52 y 67-69.

[159] *Vid.* SALZMANN, pág. 85.

mientras poseas igual riqueza, no te inscribas en la categoría de los pobres, sino que, si recibes la misma cantidad que envías, no consideres que se te agravia en nada.

93

A Cratino (359)

Ni Helena, cuando reconoció al padre de Telémaco por el aspecto de su hijo, ni Menelao, al coincidir con su mujer y decir acerca de sus manos, pies, ojos y restantes partes del cuerpo lo que se dice en el pasaje, insultan al propio muchacho ni a su padre. Al contrario, me parece a mí que no habría sentido Odiseo menos placer al oír esas palabras que eso de

saqueó la sacra ciudad de Troya[160].

Tal vez sepas que también otro poeta[161] cifraba parte de la
felicidad en semejarse los hijos a sus progenitores. ¿En qué 2
estabas pensando cuando me censurabas por mi comentario sobre su nariz? Pues yo te escribía sobre ello pensando que te daría motivos de regocijo. Sin embargo, te ha dado la im-
presión de que soy torpe e ignorante. Así es que mira si va a 3
ser buena idea que algo de esta falta de educación pase a tu hijo. Como tengo la tendencia a compartir de buen grado lo que poseo, que el noble Cratino analice si no resultará un perjuicio recibir para quien recibe.

[160] Las citas homéricas corresponden respectivamente a *Od.* IV 141 ss. y I 2.

[161] Hesíodo, *Trabajos y días*, v. 235.

94

A Leoncio[162] (359)

Éste que me había entregado la segunda carta se había marchado a Fenicia, pues he comprendido lo sucedido ahora que ha vuelto de nuevo, por más que entonces me asombraba de que no se acercara a mí. Al pedirme la carta, le dije que hacía tiempo había sido enviada y que no le daría ninguna, pues ya tenía suficiente con haber disfrutado de su es-
2 tancia en Fenicia. Pero como me insistía y me pedía no padecer un castigo tan grande, le entregué la presente por considerar que había mejorado por la aflicción que le causaba no recibirla.

95

A Panniquio (359)

Culpo a mi trabajo con los muchachos del hecho de no haber tenido ocasión de intimar contigo a pesar de haber coincidido aquí. Es posible que tampoco a ti te hubiese resultado odioso verme y conversar conmigo antes de haber accedido a tu cargo de gobernador, pero te lo impidieron, pienso yo, las incontables preocupaciones que tenías por culpa del cargo antes de tener que visitar las ciudades acom-
2 pañando al Prefecto[163]. Así pues, tiene sentido que, lamentándonos por no haber tenido antes trato contigo, hagamos

[162] Cf. *supra, Carta* 88.
[163] Hermógenes 3.

ahora uso de la segunda navegación[164] y, aunque hemos
perdido la ocasión de un viento propicio, regresemos a los
remos y escribamos. Tanto confío en que hallaré en ti un 3
amigo que disfrutará con mis cartas y se apresurará a imi-
tarnos, que, como si fuéramos viejos amigos, no dudaré en
pedirte un favor incluso en esta primera misiva. Porque co-
metería una injusticia si no te escribiera lo que no me aver-
gonzaría decirte si estuvieras delante de mí. Que Pelagio, en 4
virtud de su linaje y su restante gloria, es de los más ilustres
de cuantos viven en la provincia de Eufratense, pienso que
el propio Éufrates, si cobrase voz, podría atestiguarlo. Fue
compañero mío de estudios y nos caíamos muy bien. Pero
más elogios recibía de mí su carácter, pues no negaré que
consideraba que también me adornaba a mí mismo el com-
placerme públicamente por la naturaleza de una persona así.
Y a fe mía que aumentaba su encanto su benignidad, que no 5
menos que yo han tenido ocasión de conocer todos los si-
rios, por cuya tierra ha pasado —y ha pasado por la mayor
parte— cada vez que formó parte de embajadas y se ganó
con su forma de ser la mejor fama para su linaje. De manera
que, a mi modo de ver, se habría ganado la corona sin lugar
a dudas en regímenes democráticos por haber llevado a ca-
bo con éxito estas misiones. Y he aquí lo más importante, 6
pues no he visto reunirse sagacidad y dulzura tan grande
en ninguna otra persona. Sin embargo, ¿cómo la tranquili-
dad no va a ser reflexionar con agudeza? Pero lo más agudo
con toda probabilidad también es turbulento. No obstante,
éste, que posee ambas facultades, las ha mezclado y ha lo-
grado que convivan en armonía la tranquilidad de su espíri-
tu con la anticipación. De ahí que no le ceda terreno a nadie
en hallar lo conveniente, pero al mismo tiempo es en todo

[164] Sobre la expresión, véase la *Carta* 83.

punto superior en la otra virtud, ya que reconoce como nadie el momento adecuado para hablar y para callar, sabe elogiar a un buen gobernador y censurar al que no lo es, al tiempo que conserva sus posesiones familiares sin causar
7 merma a las de sus vecinos. Tú mismo podrías decirles a otros eso mismo y más, puesto que el piloto conoce sin duda al marinero, así como el corifeo a los coreutas. Por tanto, sé que por su solicitud harás de él un coreuta de tal calidad, haciéndoles así un favor a los buenos —pues a todos les preocupa este hombre—, y enseñando a tus súbditos que todo aquel que persiga la virtud estará en tu casa por delante
8 de quienes no la desean. En cuanto a mí, no podré corresponder a tu merced con hechos, pues mi vigor no radica en las obras, pero no cesaré de expresar con palabras lo que merecen tus actos. Explicaré[165] cómo tu fortuna es digna de aquellos trabajos y de tu elocuencia. Cuando saliste del templo de las Musas y entraste en la curia, te destacaste y sacaste a relucir el rétor que tenías dentro de ti, y de la curia accedes al cargo de gobernador, siendo Justicia tu asistente.
9 Nosotros, en efecto, nos acordamos de ti y hacemos los mismos votos que tú. No dejes de acordarte de tu antepasado Minos[166] —aunque más bien creo que no pasa un momento sin que lo recuerdes—, lo que explica que las circunstancias actuales estén enderezadas y nosotros podamos

[165] En esta epístola fusiona Foerster las *Cartas* 93 y 94 de la edición de Wolf. En este punto, Silomon leyó *Érōti,* el supuesto destinatario de una nueva misiva (Eros 2, según los autores de la *PLRE),* lectura que sigue Wolf. Sin embargo, Foerster postula *erô dè* («explicaré») y considera que hay una sola carta, la dirigida a Panniquio. A mi juicio, ya se aprecia un cambio de tono desde el inicio del parágrafo 8, donde es posible que comience una nueva carta, pero coincido con Foerster en que no debe suponerse un destinatario llamado Eros.

[166] El destinatario de esta segunda parte sería, pues, cretense.

hacer un elogio de ti en los términos precisos que deseábamos.

96

A Modesto (359)

Ojalá estés haciendo lo de costumbre, esto es, consolidar el vigor de las leyes, preservar la seguridad de las ciudades, odiar a los calumniadores y socorrer a los agraviados[167]. En cuanto a nosotros, como es nuestro habitual discurso, nos afligen los mismos males. Y si crees que siempre exagero la realidad, en esto no te miento: la muerte de mi tío ha traído la ruina a nuestra casa. Ha muerto ¡oh dioses!, ha muerto 2
Fasganio, el mejor en todo, a quien tú respetabas más que a nadie, que sentía por ti mayor admiración que ninguno y por cuya salud te preocupaste extraordinariamente cuando se hallaba enfermo. Suplicaría a los dioses recorrer de inme- 3
diato a su lado el mismo camino y, puesto que soy presa de la pena y las lágrimas, dirijo la mirada a un solo consuelo: tú y tu poder. De todo ello disfrutamos ahora que estás ausente, pero en mayor medida gozaremos cuando vengas aquí.

---

[167] En estas fechas, el *comes* Modesto se encontraba presidiendo los juicios de Escitópolis, por alta traición.

LIBRO II

97

A Florencio (359/60)

Con la misma expresión, pero no con la misma intención, te enviamos cartas a favor de sus portadores, pues en algunos casos te escribimos por no poder evitar la presión, así que no me preocupa si no les resultara de ello ningún provecho a mis recomendados. Pero con respecto a aquellos por quienes te escribo de todo corazón, incluso sumamos a las cartas nuestras súplicas y, si sacan algún beneficio de tu influencia, nuestra será la ganancia. Entre estos últimos se 2
encuentra Mícalo, a quien tienes ante ti, o más bien, se diría que es el primero de los que yo incluyo en tal grupo. Nacidos ambos de padres que eran amigos entre sí, nosotros heredamos esa bella amistad y, tras haberse tomado muchas molestias por mí Olimpio, que ama a su hermano Mícalo más que a un hijo, sería una vergüenza que ni siquiera con una carta contribuyera con algo para el camino, y no porque piense que el carácter de Mícalo o la carta de Olimpio no sean suficientes para animarte a que te hagas su aliado. Pues, 3
aunque son muchas las cosas que te valen el elogio de los

virtuosos, lo que más admiración despierta es el que pongas a tus antiguas amistades por delante de quienes suelen adular a los poderosos. Mas, a pesar de saber esto, y sabiendo además que no vacilarás en hacer lo que sea para que todo le vaya bien a Mícalo, le he secundado en esta petición para que parte de la razón de su éxito se atribuya a mi epístola.
4 Lo más importante de tu favor consiste en que se cumpla con rapidez, gracias a la cual el servicio más insignificante con frecuencia parece mucho mayor. Pues hubiera sido muy conveniente que, aun quedándose Mícalo en casa, recibiera alguno de los honores que cuadran a gente como él, pero ya que, en tu deseo de que las fatigas precedan a los honores, has decretado que debe ponerse en camino, con todo se presenta ante ti. Pero no te demores, pues si estuviera de vuelta rápidamente, pensará que ni siquiera se ha movido de su
5 ciudad. Considéralo todo en su conjunto: su edad, el hecho de que aún no se haya casado, la vejez de su madre y su deseo de verle, y la voluntad de Olimpio y cómo hace votos no
6 para que él, sino su hermano, sea llamado pronto padre. Por tanto, noble amigo, colabora para que su familia se propague, pues tarea mía será adornar convenientemente a la novia[168], y tuya devolvernos rápidamente al jovencito colmado de honores. Pues disertaré como merezca el novio, aunque no me lo permita mi dolor de cabeza.

98

A Espectato (359/60)

Si supiera la gente cuál es tu disposición hacia nosotros, no me pedirían que te enviase cartas para recomendarlos, si-

[168] Con un discurso, naturalmente.

no que, aunque yo les rogara que te las hicieran llegar, me pedirían que mejor no las escribiera, en la idea de que ello acabaría por causarles un perjuicio. Pero lo cierto es que no saben otras muchas cosas y el poco valor que concedes a mis intereses. Podría haberle explicado la verdad a Mícalo y 2
no haber escrito nada, pero avergonzado más por ti, que me desprecias por completo, que por mí mismo, que soy rechazado, permití que persistiera la ignorancia de Mícalo sobre el particular, porque consideraba que el tiempo que durase el engaño lo llevaría ganado. Pero ese tiempo será el que dure su viaje. En cuanto llegue y te entregue la carta descubrirá la realidad. Y en verdad sé bien lo siguiente: que si por 3
intercesión nuestra no le vas a prestar atención, será otra necesidad la que te obligue a no negarle nada. Y llamo «necesidad» no a su moderación o a que tengas que optar entre la fama de honrar a los que son de tal clase o la de estar dominado por el mal, pues este temor hay muchos a quienes les importa un bledo, sino que conoces a su hermano, ese que sabe expresarse con destreza y es hábil en la práctica. Y sabes que lo mismo puede agradecer un favor que aplicar un castigo. Sé que temerás sus truenos y que por conseguir para 4
ti la bonanza pedirás ser el valedor absoluto de Mícalo.

99

A Temistio (359/60)

Ahora sería el momento de que gracias a tu intervención quedara satisfecho el empeño de Olimpio, que nos llegaran de allí cartas tuyas que nos anunciaran que todo está hecho y que tú recibieras las nuestras encomiando tu interés. Sin embargo, ya ves, otra vez te escribo sobre lo mismo. ¿Y 2

cuál es la causa? Pues ni tú eres perezoso cuando los amigos están en apuros, ni te falta poder, ni tampoco podrías alegar que temes el proverbio que dice que es una insensatez hacer
3 el bien a los miserables[169]. Pues Olimpio no es precisamente de ésos, sino que es noble como nadie, no sólo para recordar un favor, sino también para esperar el momento oportuno para devolver el beneficio y apresurarse a corresponder con mayor esplendor. Así es que cúmplase ahora, ya que antes
4 no fue así. Dos maestros de los hechos tienes a tu disposición: aquella carta[170] en la que te detallaba de quiénes procedía y cómo ganasteis a ese varón, y la otra[171] en la que te he dado razón de cómo es víctima de una injusticia y por
5 qué debes impedirla. Pero si no tienes la carta ni te acuerdas de su contenido, ahí tienes al hermano de Olimpio[172]. Cuando hayas conocido los pormenores de sus labios, fortalecerás la causa de la justicia.

100

A Modesto (359/60)

Sin duda *esta penalidad vino a parar en un bien*[173] gracias a que la técnica del piloto se sobrepuso a los vientos fe-
2 roces. Por eso, ten ánimo y enderézanos la ciudad de Ale-

[169] Cf. SALZMANN, 68.

[170] La 70. Olimpio 3 fue reclutado por Temistio para el Senado de Constantinopla, a pesar de no ser un hombre muy rico. Se le reclamó el desempeño de una *liturgia* que no le correspondía por una confusión de su nombre con el de Olimpio 7. *Vid. infra, Cartas* 251 y 252.

[171] La 252.

[172] Mícalo, como hemos visto en las dos cartas anteriores.

[173] *Od.* XXII 5.

jandro[174], que se apresura a su perdición, para que sus ciudadanos se salven y los oradores tengan motivo para pronunciar encendidos discursos en tu elogio. Así deberíais te- 3
ner poder para llevar de nuevo a la luz a los que se han ido, pues mi tío[175] sería sin duda el primero a quien resucitarías.

101

A Modesto (359/60)

Aquellos que piden un favor por vez primera creen que deben recibirlo precisamente por eso mismo, porque es la primera vez que piden, e invocan en su auxilio cierto proverbio que se refiere al primer favor[176]. Yo, por el contrario, 2
creo que es una razón de peso para conseguir ahora mi propósito el haber recibido muchos favores antes. Pues cuando no se ha concedido nunca antes nada, si no se atiende la petición se podría alegar que el solicitante no merecía recibirla. Sin embargo, cuando se beneficia a alguien en múltiples ocasiones, acto seguido no es posible despreciarlo, pues de lo contrario es forzoso que se le acuse de haber desperdiciado los anteriores servicios en quien no era virtuoso. ¿Y qué 3
es lo que te pedimos? Procuraré que no me censures por hacer un preámbulo extenso por una insignificancia, ya que lo que me vas a conceder no es importante por su naturaleza, pero sí lo es por el placer que sentirán sus beneficiarios. Analízalo, pues. Resulta que Zenobio fue mi maestro, que 4

---

[174] Modesto 2 estuvo en Alejandría para preparar la defensa frente a un posible ataque de los persas.

[175] Fasganio, que murió ese año, como ya se vio en la *Carta* 96.

[176] Cf. SALZMANN, 66. La expresión «un favor engendra otro favor» aparece en SÓFOCLES, *Áyax* v. 522.

vivió entre nosotros, aunque era de Elusa. Era primo del renombrado Argirio y padre de la elocuencia que hoy hay en nosotros, si es que hay alguna. Así pues, yo le prestaba mis cuidados no sólo mientras vivía, sino también después de muerto, pues intentaba, en la medida de mis fuerzas, prestar-
5 le mi auxilio a través de sus parientes. También ahora se presenta una ocasión que requiere ayuda, pero tú eres quien puede hacer que sea posible. Este que está ante ti, pariente y homónimo suyo[177], presta servicio como guardián de la paz[178] y, a pesar de que ha velado diligentemente por la seguridad de la ciudad, alguien la ha emprendido con él y le ha expulsado del cuerpo. En cuanto al cómo, ya no diré pa-
6 labra, pues tú mismo puedes verlo. Así es que te pido que quien lo ha expulsado injustamente padezca lo mismo pero justamente, a fin de que yo pueda prestarle un justo servicio a mi maestro muerto y que los más poderosos no les causen
7 la ruina a sus parientes. Sé que Zenobio tendrá mejor reputación que antes si recupera su puesto por decisión tuya.

102

A Urbano (359/60)

Al invocar tu ayuda para que socorras a los que han sufrido injusticia te estoy invitando a que continúes tu trayec-

[177] Zenobio II. Libanio no especifica qué filiación unía a ambos. La epístola siguiente se refiere al mismo caso de este Zenobio.

[178] Parece que una de las misiones de las curias municipales consistía en asignar el cargo de *eirḗnēs phýlax,* con atribuciones policiales de la que no se nos ofrecen detalles. Por lo que leemos, el ejercicio de esta función era ventajosa, pues posiblemente llevaba aparejada la exención de otras obligaciones litúrgicas. Véase J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch. City and Imperial Administration in the Later Roman Empire,* Oxford, 1972, págs. 122-123.

toria. Este Zenobio que tienes ante ti ha sufrido una afrenta, pues, aunque ha velado escrupulosamente por el orden en Elusa, ha sido apartado de su puesto por obra de un hombre que sabe lo que significa negociar con este tipo de cosas. Pero tú no nos menosprecies ni a este que está sufriendo 2
menoscabo, ni a mí, que soy objeto de burla, pues se sabe que estoy afligido por él y tengo influencia ante ti. Y si le restituyes su puesto, arréglatelas también para que su jefe esté más manso, ya sea dialogando personalmente con él si está contigo, ya sea escribiéndole si es que está ausente. Pues más vale no conseguir nada que lograrlo a costa de ganarse el odio.

103

A Leoncio (359/60)

Sin lugar a dudas perteneces a esa áurea estirpe, pues en tus cartas viertes oro en torno a las broncíneas palabras de tus amigos, como en el episodio homérico[179] del orfebre que realiza una operación semejante con la vaca destinada al sacrificio. Pues no eran de oro los cuernos, pero al recibir el oro gracias al arte de Laerces, a los espectadores les parecía toda ella dorada. También tú, aunque nuestras palabras dis- 2
taban mucho de ser de oro, oro viertes sobre ellas cuando comparas con Afrodita frases que yo equiparo a Tersites. Y 3
no dudes que, como Teseo, te atreves a enfrentarte por amistad a un asunto no exento de peligro. Pues es evidente que

[179] *Od.* III v. 425 ss.

cuando emites aquel juicio favorable a pesar de que yo ya
había tomado esa resolución sobre mi propio escrito, estás
tratando de engañar a quienes están convencidos de lo con-
trario. Y ya sabes lo que opina Solón sobre los embaucado-
4 res[180]. Y lo cierto es que yo considero más digna de crédito
tu amistad que tus elogios hacia mi persona, porque si bien
5 éstos son más dulces, más noble es aquélla. Así es que abs-
tente por completo de magnificar o, si es que tu amor por mí
te empuja a las exageraciones y no podrías dejar de hablar,
conténtate al menos con hacer uso de las hipérboles sólo con
nosotros, pues nunca podrías tomarnos el pelo. Pero cuando
intercambies impresiones con los demás, respeta la mesura.
Así te harás un favor a ti mismo y no te verás expuesto a
que se te aplique la ley.

104

A Leteo (359/60)

Cuando formabas parte de la reunión que se había con-
gregado para tratar cuestiones de la máxima importancia
con respecto a uno de nuestros amigos, decías que en nues-
tra ciudad había un sobrino tuyo[181] y que deseabas escribirle
a aquel amigo y a mí sobre él, pero no has hecho ninguna de
2 las dos cosas. A pesar de ello, nosotros te escribimos y te
enviamos a su pedagogo, que no me deja extenderme mucho

[180] Según la ley ateniense, un heraldo lanzaba en la asamblea maldiciones contra los que engañan en la Asamblea aprovechando el uso de la palabra. Cf. Demóstenes, *Contra Aristócrates* 97 y la nota *ad loc.* del profesor López Eire en el número 87 de la *BCG*.

[181] Leteo IV. Cf. la *Carta* 285.

en mi carta, pues si hiciera numerosos elogios del muchacho le preguntarías si ello es cierto, y más vale que sea él quien te haga el informe sobre el particular.

105

A Modesto (359/60)

No evito a mis amigos cuando están en apuros, que es lo que suele hacer la mayoría, e incluso presté mi auxilio a muchos que no eran amigos míos en momentos de turbación, hasta el punto de que este hecho constituyó el principio de mi amistad con ellos. Pierio es amigo mío desde anti- 2
guo y ahora goza de toda mi consideración, aunque reciba más acusaciones. Pues considero que más crédito que quienes lo calumnian con denuedo merece el tiempo transcurrido, en el curso del cual —que mucho ha sido— ha puesto de relieve que está más ansioso por obtener gloria que dinero.
Así pues, si una persona que ha sido acusada y ha resultado 3
absuelta es malvada porque consigue escapar de la acusación, también yo soy un malvado por ayudarle a escapar. Pero si otras veces ha ocurrido que uno, pese a ser el demandado, logró salir libre y el demandante recibió el castigo, nada terrible hay en cerrar filas en torno a los amigos cuando se les acusa, seguros de que, si los jueces son justos,
tendrán ocasión de anular las acusaciones. Aunque tú pidie- 4
ses en su conjunto a los que ocupan las magistraturas que se mostrasen honestos para así tener fama de ser de los buenos el mejor, los pérfidos se apresuran a hacer lo contrario, pues creen que sólo podrán disimular sus propias faltas si también los demás tienen motivos para avergonzarse.

106

A Leoncio (357/8)

Vuestro gobernador[182] es camarada mío y tengo la firme creencia de que su gobierno os reportará ventajas a vosotros y fama tanto a él como a mí. Por tanto, los restantes beneficios los compartirás con los demás, pero les llevarás ventaja cada vez que te busque por tu elocuencia. Pues lo que él ama tú lo tienes: las fuentes de tu destreza. Y lo que tú necesitas lo tiene él: buen juicio acompañado de su buen criterio
2 en las audiciones. Aprovecha, pues, el viento favorable y despliega las velas de la nave o, si lo deseas, las alas del cisne.

107

A Filagrio (357/8)

El cuerno de Amaltea[183] se ha presentado ante vosotros: Euterio, que es bueno en todos los aspectos. Pues lo que tú, si fueses gobernador, habrías hecho de Armenia, eso debe esperarse que haga de ella este hombre en quien se reúnen elocuencia, dulzura de carácter, ejercicio de la justicia y deseo de gloria, virtudes por las cuales me parece que el Emperador le ha confiado el gobierno de las ciudades, en cuya
2 buena administración radica la seguridad del Imperio. Como

[182] Euterio 2, nuevo gobernador de Armenia y portador de esta carta y de la siguiente. Leoncio 9 es orador.

[183] Es decir, el cuerno de la abundancia. Amaltea es la cabra que alimentó a Zeus en su infancia.

me preguntase qué es lo más admirable que vería en vuestra tierra, le contesté que a Filagrio y expliqué lo que sabía de ti; mejor dicho, sólo una pequeña parte de lo que sé, pues contarlo todo sería un enorme trabajo y haría falta mucho tiempo. Sin embargo, también tú considera que has contem- 3
plado lo más hermoso de la Gran Ciudad[184]. Y si él, en su deseo de magnificar su esplendor, asegura que hay muchos mejores que él, no olvides que muchos le ganan en riqueza, pero en lo que se refiere a la belleza del espíritu, es él quien se alza con la victoria.

108

A Modesto (359/60)

Eudemón se merece todo lo que corresponde a los hijos de los helenos, y que es amigo nuestro y se alegra por tu buena fortuna, lo sabes y podrías decírselo a otros. Siendo así, es más que evidente que con sumo gusto también tú le harías un beneficio a este varón. Es fácil para ti ocuparte del 2
asunto tras tu viaje a Egipto, pues en Pelusio tiene a su anciano padre y un linaje que no cede a nadie en alcurnia. Sin embargo, su fortuna no es muy cuantiosa debido a su modestia. Si quisieras recibirlos dando la orden de convocar a 3
los parientes de Eudemón, nos contentarías a nosotros y a ellos; a nosotros por el honor que nos habrías hecho y a ellos porque considerarían un fundado motivo para sentirse seguros el que no los hayas ignorado con tu silencio. Pues si ahora sus enemigos traman en su contra insidias aún más terribles, verán cómo dichos enemigos se vuelven más moderados cuando hagas ese gesto. Podría decir aún más, pero tú 4

[184] Euterio 2 era de Constantinopla.

no lo consientes, pues cuando es preciso socorrer a nuestros compañeros de las Musas, cual es Eudemón, no sabes contemporizar.

109

A Demetrio (359/60)

Cuando me diste órdenes me colmaste de gusto, pero me causaste espanto cuando manifestaste tu temor a molestarme, pues era como si no te dieras cuenta de cuál es mi dis-
2 posición hacia tu casa. Paradójicamente, tratando de evitar que me afligiera me has causado un verdadero disgusto. Y por no habérmelo solicitado antes, en el momento adecuado, ahora te ves en la obligación de defenderte de la acusación que se te hace por tu petición. Porque, si me lo pides, estoy dispuesto a intentarlo, aunque, como dice el proverbio, «me llegue el agua al cuello»[185]. Si quieres que vuele, no podré desarrollar alas, pero me atribularé por no tener esa facultad y maldeciré estos tiempos actuales que no permiten que el
3 mundo vea otro Dédalo. En cuanto al asunto que es preciso que se te cumpla, es muy fácil por su misma naturaleza, pero ese hombre[186] es amigo de los aplazamientos, así es que, con todo, no hay que mostrarse indeciso.

[185] Lit. «aunque entre agua». Se aplica el proverbio a quienes están dispuestos a hacer algo a toda costa, a perseverar en el empeño aunque entre agua en el barco y éste amenace con hundirse. Cf. ZENOBIO, *PVI* 24.

[186] Se trata del prefecto Hermógenes 3, a quien corresponde resolver la petición de Demetrio 2. Cf. la *Carta* 138.

110

A Modesto (359/60)

Le he entregado esta carta a Eupitio, no con el temor de que te hayas apartado del recto juicio ni de que él se revele como un malvado, como si te estuviera exhortando a prestarle especial atención o te pidiera que lo dejases libre una vez demostrada su culpa. Muy al contrario, te diré lo que me
pasa en situaciones como la presente. Cada vez que me doy 2
cuenta de que un conspirador se abalanza como un torrente invernal contra alguien moderado, me duele el alma, incluso lloro y me entrego completamente a la tarea de ayudarle en lo que pueda. Y lo que está en mi poder es enviar cartas, que
es lo que ahora estoy haciendo. Me dirijo a un gobernador 3
honesto para decirle que Eupitio, juzgando tal vez con razón a Metrodoro como un pícaro, se lanzó contra éste, pero él a su vez fue arrastrado a esta acusación injustamente, por simple venganza, sin que pueda demostrar su inocencia,
como esperaba. Y he aquí la prueba. En efecto, en cierta 4
ocasión mencionó Metrodoro las, creo yo, acusaciones ya probadas contra su persona y la ira que como consecuencia de ello nació contra Eupitio. Entonces le imputó un hecho tan grave como ése, que habría aparecido al principio entre
sus acusaciones si no hubiera sido pura invención. Sin em- 5
bargo, por estas insidias el demandante se llevará su merecido y el demandado quedará a salvo, lo sé bien. Con respecto a la forma de ser del que se encarga de presentar a ambos [187], siempre la he elogiado y tampoco podría explicar cómo me

[187] Eusebio IX. Coincido con Foerster en que el portador no es Eupitio y en que, por supuesto, Eusebio no está muerto, como supone Seeck (pág. 363).

6 ha llenado ahora de admiración. Tras acercarse a mí, no con la intención de quitarse de encima a los que tenía a su cargo, sino para darme cuentas personalmente, me pidió que añadiera en mi carta alguna reseña más positiva sobre él, «para estar más confiado», me dijo. «¿Y qué es lo que te turba?», pregunté. «Nada —contestó—, pero con todo para mí es muy importante asegurarme de que el noble Modesto me
7 mire con benevolencia». Esto es lo que me ha persuadido a hacerte mención de Eusebio y, creo yo, también a ti te convencerá para que mires con mansedumbre a quien sigue siendo el hombre sencillo de siempre.

111

A Arquelao[188] (359/60)

Te estamos agradecidos y te pedimos otro favor. Pues sentiste un gran placer al ver a este Ciríaco que se te presenta, le ayudaste en todo y no te mostraste remiso a la hora de complacerle. Me honrabas por un doble motivo: por hacerle
2 el favor y por decir que lo hacías por mi causa. Por consiguiente, compórtate en esta segunda ocasión igual con nosotros, o más bien incluso mejor que antes, para que hasta el proverbio[189] también te esté agradecido porque consolidas su validez. Pues no tiene nada de extraordinario que el noble Arquelao se ponga al lado de los justos después de haber seguido desde hace tanto tiempo ese camino.

---

[188] Posiblemente es el mismo a quien menciona Libanio en *Disc.* II 9.

[189] Sobre el refrán «Las segundas ocasiones son mejores» *(tà deútera beltíō),* véase el artículo de A. López Eire, «Tà deútera beltíō», *Habis* 25 (1994), 323-346. Este refrán es citado muy a menudo en la obra de Libanio (cf. *infra, Cartas* 185, 225 y 443 entre otras).

112

A Temistio[190] (359/60)

Con insistencia me exhortó este Doroteo a escribirles a muchos de nuestros contactos creyendo que recibiría numerosos beneficios si tanteaba a muchos hombres, pues uno tal vez se mostraría afable, otro animoso, otro valiente, otro poderoso y así se aseguraría el dulce panal de su deseo. Yo le 2
advertía que tal vez no sería adecuado escribir a muchos, sino sólo a uno en quien se concentrasen todas esas virtudes. ¿Pues qué cosa existe más afable que Temistio? ¿Quién honra de igual modo a los tindáridas[191] por su preocupación por los extranjeros? ¿Quién posee un celo tan grande? ¿Qué empresa de las que se propuso no llegó a buen puerto? En 3
cuanto él oyó tu nombre, brincando y sonriendo dijo que lo deseaba ardientemente, pero que entendía que la demanda estaba por encima de sus posibilidades, motivo por el que no me lo había pedido. Sin embargo, sabe bien que Doroteo 4
se merece este servicio y otro incluso mayor. Pues a mi en-

---

[190] Esta epístola inicia una serie de cuatro (112-115) que fueron enviadas por Libanio a Constantinopla. El portador es Obodiano, hijo de Argirio, que viaja a la capital para pedir permiso al Emperador para residir de nuevo en su ciudad natal, Antioquía, tras el desempeño de su cargo. Su hijo, llamado como su abuelo, se encuentra preparando la organización de los Juegos Olímpicos de Antioquía. Podemos leer un detallado estudio de la familia de Argirio en el artículo de A. F. NORMAN, «The Family of Argyrius», *Journal of Hellenic Studies* 74 (1954), 44-48.

[191] Los tindáridas son Cástor y Pólux, los Dioscuros, protectores de los navegantes. El símbolo de los Dioscuros fue utilizado en la batalla religiosa e ideológica librada entre paganos y cristianos. *Vid.* L. CRACCO RUGGINI, *Simboli di battaglia ideologica nel tardo ellenismo,* Pisa, 1972, págs. 89-96.

tender sólo hay una cosa que está por encima de tu influen-
cia: la voluntad de los dioses. Sin embargo, es de suponer
que él los hallaría bien dispuestos hacia su persona gracias a
5 su virtuoso comportamiento con los amigos. En efecto, la
casa de Argirio, a quien tú testimonias tu afecto y cuya ad-
miración recibes, nos la ha conservado sana y salva tras
haber sido sometido a todo tipo de pruebas y haber derrota-
do con su firmeza la inhumana crueldad de Fálaris[192], por
estimar que la muerte, si le sobrevenía, era preferible a per-
6 judicar a un camarada. La realidad es que está vivo gracias a
Fortuna, pero cuando se abatían sobre él los golpes como
copos de nieve y le laceraban los hombros, tanto él como los
que asistían al lamentable espectáculo no esperaban sino
que quedase inerte sobre el suelo. Así es que, tras considerar
qué fama tan grande ganaron algunos de los antiguos por
haberse enfrentado a esta clase de peligros —pues este hom-
bre es de los que comparten nuestra formación—, no quiso
perder al compañero con una palabra falaz, sino que, negán-
dose con justicia, lo libró del filo de las espadas y él mismo
7 ofreció su cuerpo como tributo a la amistad. Ahora, cada
vez que te alegres de ver a Obodiano, debes asociarlo a Do-
roteo en la idea de que lo tienes gracias a él, que ha demos-
trado poseer las cualidades de un filósofo aunque lleva un

---

[192] Se trata del proceso de Escitópolis, en el que Obodiano fue juzgado y absuelto, gracias a la resistencia de Doroteo, que, pese a la tortura, no declaró contra éste. Fálaris es el tirano de Agrigento del s. VI a. C., célebre por su crueldad. Se dice que encerraba a sus víctimas en un toro de bronce hueco bajo el cual aplicaba fuego. Los gritos de dolor de las víctimas se asemejaban al mugido del animal representado (cf. DIODORO SÍCULO, IX 20). A su defensa dedicó LUCIANO DE SAMOSATA dos discursos, *Fálaris* I y II. Como es evidente, Fálaris designa aquí al cruel Pablo «Cadena», *notarius* de Constancio, promotor del proceso, que pagó sus crímenes tras el proceso de Calcedonia, en el que se le condenó a morir en la hoguera (curiosa semejanza con las víctimas de Fálaris).

género de vida distinto. Por tanto, ¿cómo sería este hombre si se dedicara a la filosofía? Porque de hecho ya es celebrado como benefactor de la ciudad. Y ahora cualquier cosa que obtenga por mediación tuya, la habrá conseguido la ciudad entera. Podría decir infinidad de elogios más sobre él, 8
entre otros el gran placer que siente oyendo discursos y cómo no es un crítico desdeñable. Mas no querría decir bagatelas cuando se trata de asuntos de mayor trascendencia, sobre todo cuando tú me vas a enviar cartas sobre ellos.

113

A Florencio (359/60)

Muchas eran las razones que persuadían o, mejor dicho, obligaban a quedarse en casa al hijo de Argirio, pues le gusta más que se le llame así que como realmente se llama. En primer lugar su padre, que ha llegado, como sabes, a una edad tan avanzada y le hace temer al hijo por él, como es natural que se tema por un talóforo[193]. Luego su hijo, que todavía está desempeñando unas liturgias y está a punto de abordar otras, pues si bien está saliendo ahora de la del mantenimiento de las carreras de carros, ya tiene la mirada puesta en las cacerías de fieras salvajes. Corrijo; el muchacho[194] 2
se limita a echarles una ojeada a los registros, prestando sólo su cuerpo al hábito que distingue al corego, pero las preocupaciones, las deliberaciones, el trabajo y las prisas, todo ello recae sobre las espaldas de Obodiano, ya que la colaboración del abuelo no pasa de regocijarse por lo que se hace,

[193] Un talóforo es un viejo portador de una rama de olivo, *vid.* ARISTÓFANES, *Avispas* v. 544.

[194] El hijo de Obodiano es el titular de la liturgia.

3 pero su edad le excusa de compartir el trabajo. Además, si su cuerpo pudiera aportar su propia opinión, tendría que quedarse quieto, pues existe el temor de que, si se mete en este tipo de ajetreos, se vuelva a abrir la antigua herida que por ahora no le molesta. Sin embargo, todas estas obligaciones las apartó un único factor: el noble Florencio, el amigo
4 de la virtud. Así es que, después de haber roto sus cadenas, este hombre se apresura a presentarse ante ti porque piensa que no tiene sentido que, cuando ocupaban el cargo que tú ostentas ahora personas que no tenían relación alguna con nosotros, embajadores de nuestras principales familias fueran a presentarse ante ellos, pero que sería terrible que actuásemos con menos diligencia cuando es un conciudadano nuestro —pues creo que aceptarás de buen grado este título— el que está al frente de la organización de los asuntos de pala-
5 cio. Por tanto, se presenta ante ti alguien que nos honra a ti y a mí. Así es que te corresponde enaltecerlo a él y a la ciudad con este servicio, así como convencerle de que razonaría incorrectamente si jurase que no es cierto lo que digo.

114

A Daciano (359/60)

No puede negarse que aquélla[195] es mayor que nuestra ciudad, mucho más grande, y que la aventaja más por su belleza que por sus dimensiones, así como que no sólo nos aventaja a nosotros, sino a todas las ciudades por los dones del mar. Sin embargo, no te ocultaré lo que nos ha sucedido.

[195] Libanio se refiere a las dos ciudades comparadas, Antioquía y Constantinopla, mediante los demostrativos «ésta» (Antioquía, la más cercana) y «aquélla» (Constantinopla, la lejana).

Entre nosotros corría cierto rumor según el cual el dios que 2
es veloz por sus alas y poderoso por sus dardos te había obligado a inclinarte por ésta más que por aquélla. El mismo efecto causa en los cuerpos humanos, pues a menudo se deja pasar un rostro claro y de nariz recta y nos entregamos a uno negro y de nariz chata, pues Eros es más voluptuoso, creo
yo, en las extravagancias. También aquí creemos que ésta es 3
la amada por ti —di lo que te venga en gana— y que aquélla, de nariz recta y regia, aunque no te has despreocupado de ella, no tiene para ti un esplendor tan grande. Y entérate
de que este rumor no es infundado. Si alguien, entre dos 4
mujeres, complaciera más a una que a otra, ¿de cuál de las dos dirías que se ha preocupado más? ¿No es evidente que su deseo sería mayor por aquella en la que hubiera realizado
un mayor dispendio? «A mí —diría la ciudad— me has 5
adornado con numerosas viviendas, como si de collares se tratase, con gran cantidad de termas, unas dentro del casco urbano y otras justo delante de las puertas; has plantado jardines y construido salas de reuniones, remedio para solazar el ánimo. Y de todas partes me rodean estas sirvientas, heredades campestres que también participan de esta belleza. ¿Es que te has vuelto a otro lugar para realizar gastos de esta
envergadura?» Si la ciudad te dice esto, si te lo dice el em- 6
bajador —y seguro que te lo dirá, ya que así se lo ha encomendado la ciudad—, ¿qué responderás? Tal vez no te faltarán palabras, pues te sobran recursos para salir de los apuros. Pero nuestra misión no es escuchar el discurso que quieras pronunciar, sino ver cumplido lo que necesitamos.
Considera que la embajada persigue estos dos objetivos: 7
primero que se nos devuelva al Salvador[196] que se ha hecho

[196] El emperador Constancio II. El «Néstor» es el propio Daciano, destinatario de la epístola y consejero imperial.

grande entre nosotros, y luego al Néstor del Emperador. Así es que no nos arruines las brillantes promesas de Obodiano, que partió tras haber asegurado que te convencería completamente.
8 Pero cada vez que hagas el elogio de este hombre entre la gente de allí, también adornarás al Senado con su inteligencia, pues es indudable que un hombre resulta más bello por su alma que por su físico. En cuanto a ti, pon a tus incontables favores el colofón concediéndole el que pueda anunciarnos: «¡Cómo le hablé!, ¡cómo le persuadí! Este
9 hombre nos es muy cercano.» Y nosotros, cuando tengamos en nuestras manos al homónimo de Calíope[197], pues el ave de Zeus nunca abandonaría a Zeus, le testimoniaremos nuestro afecto porque te ha puesto a ti por delante de su patria, pero le acusaremos de no haber regresado y no haberte traído de vuelta hacia aquí a pesar de la gran destreza oratoria que atesora. Sin embargo, le levantaremos el castigo si así lo ordenas tú.

115

A Espectato (359/60)

Entre otros muchos testimonios de su consideración que me dio nuestro tío, debo destacar que, cuando estaba a punto de morir, me nombró heredero suyo porque pensaba que así me estaba honrando, cuando en realidad sólo me estaba ex-
2 poniendo al comienzo de una guerra[198]. Sin embargo, tam-

---

[197] Caliopio 2.

[198] Al morir Fasganio sin herederos, sus sobrinos Libanio y Espectato heredaron parte de su fortuna. Sin embargo, ambos estaban exentos de cargas curiales, Libanio por su condición de profesor y Espectato por ejercer un cargo público. Esta circunstancia provocó la reacción de los curia-

bién eres uno de los que van a recibir su herencia y de los que ya han padecido las hostilidades. De manera que, si alguien hubiera tenido en sus manos anunciarle lo que iba a acontecer, ni a mí me hubiera hecho señor de sus tierras ni a ti dueño de su casa cuando muera su mujer, consciente de que más valor tiene para nosotros la tranquilidad que el dinero. Pues ése que ha recibido de su propio padre una in- 3
mensa fortuna y considera espantoso no hacerse con todo, carga sobre nuestro tío una montaña de deudas que antes no aparecían por ninguna parte y ahora brotan del suelo. Es 4
muy sencillo para quien no está en absoluto preocupado por su buen nombre conseguir abundantes documentos que le permitan sacar beneficio a despecho de la justicia. Pues los falsificadores de documentos son más numerosos aquí que los pintores. Haciendo uso de sus servicios, trata de demostrar a la fuerza que su padre había prestado dinero a nuestro tío e inventa no sé qué contratos que, según argumentaba, habían quedado en el olvido aunque su madre lo había oído y lo mantenía en su memoria, y que, en consecuencia, por eso son traídos ahora a colación. Esto significa que yo me quede sin las tierras y tú sin la casa. Luego, dirigiéndose a 5
ti, se mostrará humilde y asegurará que ha renunciado a todo, y sostendrá que te está ayudando y que no busca ninguna otra cosa. Hasta meterá por medio a los dioses, a los que se esfuerza por consumir a diario. Mas tú tienes ocasión de 6
comportarte como un hombre de bien, de no dejarte embaucar y de no traicionarte a ti mismo, a mí y los deseos del difunto. Para lograrlo hay muchas vías y será preciso estar ojo avizor, no sea que sus documentos tengan más fuerza que las leyes del Emperador.

---

les de Antioquía, que tenían que hacerse cargo de las obligaciones de uno de sus miembros más ricos.

116

A Espectato (359/60)

Entre tus ayudantes se encuentra un hermano de Hesiquio, y al propio Hesiquio, ese amigo nuestro que se te presenta, no le da poca importancia. Por tal motivo está legitimado para pedir un favor y recibirlo. Además, entra en casa
2 de tu madre con no menos confianza que tú. Un día estaba yo sentado y conversaba con ella. Él pedía que te llegasen cartas de parte de tu madre hablando en favor de su hermano. Pero como ella alegase que después de las desgracias[199] todavía no te había enviado ninguna misiva y que ya no estaba en condiciones de hacerlo, él se quedó desanimado. Por eso tu madre, para curar su abatimiento, me anima a escribirte, diciéndote el motivo por el cual no te había escrito ella personalmente, pues consideraba que el que tú conocieras la razón de su silencio tenía el mismo valor que si te escribie-
3 ra. Por tanto, esfuérzate por beneficiar a este hombre. Si lo deseas, poder no te falta.

117

A Domnino[200] (359/60)

Tomó Peonio la decisión de dedicarse también a los estudios de derecho, y no sólo no se le impedí, sino que hasta

[199] Según Seeck *(op. cit.,* pág. 363), se alude aquí a la muerte del tío y de la madre de Libanio, pues no olvidemos que Basiana, madre de Espectato, era tía política de nuestro autor.

[200] Como señala Seeck y aceptan los autores de la *PLRE*, Domnino es una variante de Domnio, por lo que debemos entender que el destinatario es Domnio 1, profesor de leyes en Bérito.

le indiqué con quién podía estudiar leyes. Pues era mi deber corresponderle por su bondad, en virtud de la cual nunca me causó disgustos, ni pequeños ni mayores, y sí en cambio me dio muchas satisfacciones, pequeñas y mayores. Creo 2
que también él me ha hecho un gran honor al marcharse sólo después de haberme hecho partícipe de su decisión. Pues los estudiantes que trataron de hacerlo a mis espaldas cometían una gran impiedad al temer de mí que se lo impidiese si me lo hubiesen dicho antes. Él, por el contrario, ansioso en parte por estar a la altura de su padre y de su abuelo, y en parte también porque conoce nuestra naturaleza, nos ha comunicado lo que iba a hacer y por eso se ha pertrechado con cartas nuestras. Así pues, debes considerarle no sólo un 3
discípulo nuestro, sino también un amigo, y hacer ver claramente a todos los de tu entorno que Peonio goza de tu predilección.

118

A Eucrostio (357)

Un hijo de este Boeto, cuyo nombre también es Boeto, se preocupa por nuestros asuntos y por su padre a través de nosotros, que estamos dispuestos a serles de utilidad en lo que esté en nuestras manos, pues me sentiría avergonzado si él resultara ser más útil a mis intereses que yo a los suyos y si otro tuviera que encargarse de darle las gracias en mi lugar al anciano. Por tanto, es ahora precisamente cuando ese 2
hombre que tienes ante ti precisa de mi mano, o más bien de mi palabra, pues confía en que no será desdeñado si lleva consigo una carta nuestra. Y tal vez no le falte razón, pues no son muchos lo que tienen más influencia contigo que yo.

3 Las injusticias que sufre por culpa de un fulano te las contará él mismo. Así es que, ya sea un simple arbitraje o un pleito lo que se precise, demuestra que Boeto no tendrá en Fenicia menos consideración que el Fenicio[201]. Con un mismo gesto me concederás a mí una gracia y se pensará que no has olvidado a Zenobio, de quien este hombre es pariente.

119

A Gayano (357)

El hecho de que, en virtud del vigor de tu elocuencia, puedas llevar a juicio a cualquiera, y jamás hayas calumniado a nadie en el tribunal por dinero, pero que me hagas eso mismo a mí sin que te paguen, ¿cómo hay que considerarlo?
2 Te demostraré, poco a poco y desde el principio, que no tuviste razón en censurarme por lo que dije. Llegaste aquí para ayudar a un varón fenicio que era gobernador de Fenicia, un hombre inteligente que sabía perfectamente a qué torrente de elocuencia debía acudir. En cuanto a mí, que deseaba ardientemente verte, sentí gran placer cuando te vi y, tras dialogar brevemente contigo, pues tenías prisa por ir a al-
3 morzar, me marché. Al día siguiente el tribunal te retenía a ti, a mí la escuela. Tras haber reducido la duración de la clase todo lo que podía, me dirigí a la carrera hasta vuestras salas sediento de escucharte, abriéndome paso a gritos por entre la multitud. A pesar de mis esfuerzos, no me fue posible oírte en vivo, pues ya habías terminado tu intervención, pero sí escuché los muchos y hermosos encomios que hacían de ti. Oradores elogiaban a un orador, ya que con tu amplia

[201] Como se dice a continuación, se trata de Zenobio, maestro fenicio de Libanio.

victoria no dejabas que la envidia aflorase. El día siguiente 4
me presenté de nuevo, esta vez desde el amanecer, pero el
gobernador aún no se había aplicado al trabajo y los jóvenes
me reclamaban. Tú pleiteaste y nuevamente me tuve que
enterar sólo de oídas de que interviniste. Y yo me dolía en el
alma y maldecía a gritos a la necesidad. ¿Para qué hay que 5
extenderse? Conseguiste el voto favorable del juez antes de
lo que yo deseaba. Pero a pesar de todo, para los demás yo
me contaba entre los asistentes, como aquellos a quienes
aconteció que marcharon a Élide y no visitaron la estatua de
Zeus, pero por vergüenza afirman que la vieron. Éste es, en 6
efecto, el sentimiento que también me embargaba cuando en
torno a Eubulo se congregó una multitud, entre la que nos
encontrábamos también tú y yo, y se pronunciaron ciertos
encomios hacia tu persona y la gente me miraba para saber
si era de la misma opinión y había visto al orador. Yo oculté
mi desdicha, así es que afirmé ante la gente que me había
encontrado entre los asistentes, pero a ti te dije la verdad al
oído —que no te había podido escuchar—, evidenciando así
que tenía que darte explicaciones por ello. En ese momento 7
no te mostraste disgustado o al menos no diste señales de
ello, pero cuando te marchaste ibas diciendo por ahí que era
un insulto —pues no me pasó desapercibido lo que dijiste.
¿Y dónde está el insulto, si ni elogiar es insultar ni tampoco
lo es reconocer una desgracia? Sin embargo, no pasamos 8
juntos todo el tiempo que debíamos, y eso es lo que me re-
prochas. El perjuicio es común, pero para ti es mejor censu-
rarme por mi falta de tiempo y para mí echarte en cara la tu-
ya, y que así nos hagamos mutuos reproches. No obstante, 9
¡oh excelente y noble vástago de Demóstenes!, no juzgues
por esto la amistad, sino por el afecto nada más. Pues hay
mucha gente que comparte mesa a diario, aunque con gusto
se beberían mutuamente la sangre del otro. Tú deja que los 10

demás sean como los abidenos[202] y conserva inalterado tu carácter. Demuestra que no has cambiado no permitiendo que este Boeto que te presento tenga numerosas carencias. Éste es pariente del gran Zenobio, amigo nuestro y anciano, como puedes ver. Además, es víctima de un agravio.

120

A Macedonio (359/60)

Ojalá vuestra boda se lleve a cabo con arreglo al designio de Zeus protector del matrimonio y de la hija de Zeus, a cuyo cargo están las nupcias[203], pues ellos son los que conceden la dicha a la pareja. En lo que a nosotros respecta, aún no es el momento adecuado para realizar esta clase de viajes. Sin duda, no sólo participaríamos en el banquete, sino que también lo haríamos en los cantos, ya que es un amigo quien entrega a su sobrina y un amigo quien desposa a la
2 muchacha. Pero, como te decía, podemos tomar parte en el acontecimiento dándoos mis mejores deseos desde lejos, pues sólo hasta ese punto me es posible llegar.

121

A Acacio (359/60)

Me mentiste[204], pero tu hijo ha mejorado gracias a tu engaño. Para esta clase de embustes vemos que hay lugar

---

[202] Refrán que se aplica a quienes acusan en falso. Cf. ZENOBIO, *PI* 1.

[203] Afrodita. Cf. *Il.* V 429.

[204] Se refiere al acuerdo adoptado en la *Carta* 59 entre Libanio y Acacio 7 sobre el tiempo que debía durar la licencia que el maestro había con-

hasta en la ciudad de Platón[205]. Yo siempre ardía en deseos 2 de ver a Ticiano, pero jamás tuve el convencimiento de que, por estar en casa de su padre y por oír sus palabras, estuviera echándose a perder, como tampoco lo pensaría si Macaón[206] estuviera con su padre. Si dijese que el alma del 3 muchacho se ha vuelto áurea tras haber recibido tan bellas enseñanzas, cubriría de gloria al propio oro, y aun al colofonio, si lo deseas. Me imagino cómo fue la cosecha durante 4 las cálidas brisas estivales, puesto que en medio del calor sofocante es costumbre que se lean tantos libros. No pondría en duda su número, siendo tú quien me hacía la lista de ellos. Y a fe mía que he encontrado a Ticiano mucho más diestro en la composición de discursos, que el joven produce llenos de nobleza, aunque habrá quienes los califique como mediocres, la minoría por ignorancia y la mayoría, creo yo, por envidia.

122

A Nicencio (359/60)

En tu carta me rogabas que me acordase de ti. Entonces, ¿por qué no me pedías también que me acordase de mí mismo? Si te parece que lo segundo es extraño, piensa igual de lo primero. Pues en lo que a mí respecta, cuando me olvide de mí mismo, entonces será cuando me olvide también de ti, que con tus numerosas y excelsas gestas has grabado

---

cedido a Ticiano para permanecer junto a su padre, que por entonces se encontraba enfermo.

[205] Para la mentira como remedio terapéutico, véase Platón, *República* III 389a.

[206] El médico de los aqueos en la *Ilíada*.

en nuestras almas un recuerdo indeleble que ni siquiera un
2 tirano que lo ordenase tendría poder para desarraigar. También cuando no tenías noticias de nosotros gozabas de nuestra admiración, pues no consideraste nunca que una parte del gobierno consistía en ultrajar a los súbditos, ni los destrozabas con las exacciones, ni se te pueden achacar llantos, prisión y lágrimas, sino coros, festines, celebraciones públicas, delicias no vistas, honores para las autoridades, placeres para el pueblo y cantos de elogio de todos, que te recompensan individualmente con la música que cada uno sabe. Se ha dado el caso de alguno que, habiendo sufrido en su propia casa la aspereza de sus propios progenitores, halló más dul-
3 ce a su gobernador. De esto nos acordamos, esto es lo que deseamos y no dejamos de esperar que siga siendo así. Y quien piense que aquella plácida época se ha producido simplemente por obra de Fortuna, sepa que te está glorificando, no censurando, a no ser que deba considerarse para Telémaco un baldón el que Atenea le acompañase en su travesía enderezando todos sus asuntos.

123

A Eustacio[207] (359/60)

Quienes sostienen que carezco en grado sumo de elocuencia, coinciden conmigo y te llevan la contraria a ti. Pues jamás me consideré un hombre retórico, mas tú nunca dejas-
2 te de llamarme así. Si es verdad que eres un hombre divino —así lo afirman los dioses—, y ésos se enfrentan a tu opi-

---

[207] Se inicia una serie de cuatro cartas (123-126) dirigidas a Capadocia y Constantinopla, de las que es portador un tal Poliano. Eustacio 1 es un filósofo neoplatónico, discípulo de Jámblico.

nión, analiza de qué clase de gente podría tratarse[208]. Lo que me asombra de ellos es que crean que mi arte tal vez floreció en el pasado, pero que ahora, por culpa de la vejez, está apagada. Sin embargo, ellos mismos, que están ensoberbecidos por una insignificancia absoluta, no piensan que se están aprovechando de un azar que dentro de muy poco se escapará volando de su lado. Pero nada de lo que esta gente 3
diga o haga tiene poder para corroerme el ánimo. Y si me causaren pesar, tendría una buena fuente de consuelo, ya que estas lenguas miserables ya se han aplicado a atacar a muchos que son mejores que yo; me refiero a ti, a tu maestro, al de éste e incluso al maestro de éste. Así es que tú, 4
como si fueras el más ilustre de los filósofos, haz votos a Justicia para que les haga cambiar su forma de ser, mientras que yo, cual si fuera el más torpe de los ignorantes, me encargo de suplicar a la misma diosa que les conserve intacto su carácter.

124

A Florencio (359/60)

Ya regresó a nuestro lado Poliano y nos anunció el trato recibido, y tanto él como yo te estábamos agradecidos por los beneficios que recibió. Ahora vuelve a toda prisa a tu lado y ha mostrado mucho interés por llevarte cartas mías, no porque él no sea ya para ti tan importante como para tener que mencionar a otro para cobrar ánimos, sino porque sabe que su llegada será más dulce si te lleva cartas de mi parte. Además, tenía miedo de que le pidieras explicaciones por no traerlas consigo. Así es que le he entregado de buena gana la 2

[208] Velada alusión a los cristianos.

carta por ambos motivos, porque con ello te procuro placer a ti y porque salvo a nuestro compañero de un perjuicio.

125

A Prisciano (359/60)

Al enterarme de que te dirigías nada menos que al Istro, donde el Emperador, con sólo mostrar sus armas, aplastó el orgullo de los escitas[209], decidí no escribirte, pues no había
2 quien pudiera llevarte la carta allí. Más tarde se nos comunicó la doble noticia de que regresabas a la Gran Urbe[210] y que recibías ese cargo[211] que ya no es insignificante, especialmente porque eres tú quien lo ostenta. Es posible que a Aquiles le resaltara su belleza la armadura y que ésta precisara del arte de Hefesto. Pero sabe bien que, aunque el hijo de Tetis llevara la más vulgar de las armaduras, no por ello parecería inferior, pero, por el contrario, él sí la haría lucir
3 más bella. Por consiguiente, al enterarnos de a qué dignidad fuiste elevado, continuamente nos asalta la creencia de que ya te pones en marcha hacia aquí, que nos queda poco para verte y que no hacen falta cartas. Pero como te demoras, nos
4 obligas de nuevo a escribirte. Así es que muéstratenos ¡por Zeus!, o al menos, si te quedas ahí, declara que crees que tienes cosas mejores en que ocuparte y muestra tu afecto a Poliano, entre otras razones por esta carta.

---

[209] Se trata de la campaña del año 358 llevada a cabo por Constancio en el Istro (actual Danubio) contra los cuados y los sármatas. Cf. Amiano Marcelino, XVII 12-13 y XIX 11. Es característico de Libanio citar a los pueblos de su época por su gentilicio clásico.

[210] Constantinopla.

[211] Posiblemente el de gobernador de Eufratense. Florencio 3, el valedor de Prisciano 1, es uno de los íntimos de Constancio.

126

A Evagrio[212] (359/60)

Mi tío adquirió honradamente su finca de Ceces y yo la conservé con arreglo a la justicia y gracias a tu ayuda, motivo por el cual no hay momento en el que no te ensalcemos, especialmente porque te alineaste a nuestro lado espontáneamente. Pues bien, ahora los que trabajan en ella vienen a 2
mí aterrados y me dan cuenta de ciertas amenazas, entre las cuales la de que rendirán cuentas por haber delinquido contra la propiedad del Emperador al habernos hecho dueños de su tierra. Yo soy de la opinión de que los campesinos no han 3
escuchado nada de esto, pero que esperan que sea así. No tiene nada de asombroso que personas que se aplican al arado y a los bueyes finjan espantos que no les afectan y crean que ha acontecido lo que nunca sucederá. Pues tal es el efecto de labrar la tierra: provoca la ingenuidad. Mas tú, si- 4
guiendo tu propio modelo y conservando la amistad que has iniciado, enséñales a los que están asustados que, si algún otro osa perturbarlos, tú le declararás la guerra.

127

A Acacio (359/60)

Los dioses con cuya asistencia compusiste tu poema —pues eres sin duda el único que tiene ambas facultades, la

[212] Libanio dirige esta carta a Evagrio 5, *comes rei privatae,* para que se ponga de su parte en el pleito que sostiene por la herencia de su tío Fasganio, de la que se trata en la *Carta* 115.

de ser buen poeta y un sólido orador— son los que, a mi jui-
cio, han infundido a Hermógenes buena voluntad para libe-
2 rarte de tus temores. Y eso a pesar de que el mismo día reci-
bió tu carta y fue relevado de su prefectura. Con todo, aun
apurando el fondo de la tinaja[213], no descuidó del todo tus
intereses, sino que compartía tus gemidos y, considerando que
era él quien recibía el favor que nos hacía y afirmando
que cerraría su mandato con un noble acto, dio la orden
3 de que se llevara a efecto lo que solicitábamos. No obstante,
Andrónico me anunció que no tendrás escapatoria, sino que,
aunque con una dignidad más importante, será absolutamen-
te forzoso que cruces el Bósforo[214]. Pues aquel hombre di-
vino, cuyo nombre, imitando el ejemplo de Cimón[215], diste
tú a tu hijo, le había explicado al Emperador lo que sabía de
ti y que éste era quien te convocaba. Así es que tendrás que
meditar sobre las esperanzas que te vienen de allí y sobre las
4 ventajas de la tranquilidad. Prisciano también me dio esta
noticia. Andrónico leyó las composiciones de Ticiano[216],
pero Prisciano, que por entonces estaba muy ocupado, me
las pide ahora. Se las daremos sin ignorar la epístola en la
que discutes con tu hijo sobre el tono de la voz, los cambios
de timbre, las pausas para respirar y el resto de los recursos
5 que ayudan al discurso. Me da la impresión de que estos
consejos no sólo harán mejorar al jovencito, sino también a

---

[213] Hesíodo, *Trabajos y días* v. 368-369. Recogido en Salzmann, 58.

[214] Para presentarse en Constantinopla. Acacio 7 era de Cilicia, posiblemente de Tarso.

[215] Según Norman, Acacio le puso a su hijo en nombre de Ticiano por el famoso prefecto de Roma Fabio Ticiano *(Titianus* 6 en la *PLRE)*. Cimón llamó a uno de sus hijos Lacedemonio por su amistad con el pueblo espartano. Cf. Plutarco, *Cimón* 16 y *Pericles* 29, 1-2.

[216] Naturalmente, se trata del hijo de Acacio y alumno de Libanio.

mí, el viejo, a quien ya en alguna ocasión alguien le soltó la burla de que tenía más de actor que de orador.

128

A Demetrio (359/60)

El mismo uso que hago de los presentes que me enviaste se lo daré al comienzo de tu carta. Pues debes compartir conmigo no sólo los productos de tu mercado y de tu tierra, sino también los de tu mente. Por tanto, también yo mismo 2
les doy las gracias a las Horas por todo lo demás y en especial porque, al traernos las procesiones festivas, te dan a ti pretexto para enviarnos tus escritos, más dulces, creo yo, que las fiestas en sí. Recibí la carta cuando era escuchado 3
por mis alumnos y me disgusté con uno que me entretenía más de la cuenta, arrastrado como estaba por tu epístola, pues no sabía exactamente lo que decía y estaba ansioso por abrirla. Cuando por fin me dejó y descubrí tu encomio de las 4
Horas y el encanto que se desparramaba línea tras línea, mandé a paseo el discurso que iba a pronunciar e hice partícipes de la epístola a mis compañeros, a quienes su lectura dio plena satisfacción[217]. Así fue como a los regalos se añadió el cese del esfuerzo que me apremiaba entonces.

[217] Libanio estaba componiendo un pequeño discurso para pronunciar en una reunión privada con sus amigos, pero la carta le ahorró el trabajo, ya que su lectura sustituyó la del discurso, por lo que es de suponer que era larga.

129

A Adamancio (359/60)

¿Qué miedo es ése? ¿De dónde esa creencia de que tu hijo se echará a perder a pesar de que todo el mundo lo elogia, en especial Eumacio, que no sabe engañar, y yo, que adoro la verdad? Al menos mi costumbre es la de nunca decirles a los padres que sus hijos son agudos si en verdad son más grises de la cuenta, como tampoco diría de los que velan que son indolentes.
2 lan que son indolentes. Así es que, teniendo como tienes un hijo que da lugar a que se diga siempre algo mejor sobre él, no des crédito ni satisfacción a los calumniadores prestando atención a lo que dicen. Pues si comprenden que no te van a
3 persuadir, cesarán en sus mentiras. Tu deseo de que Anatolio se convierta en un diestro orador no es mayor que el mío. Porque no es a ti, sino a mí, a quien los armenios hacen esta exigencia.

130

A Euterio (359/60)

Creo que ya es conocido tuyo el bueno de Artemio[218], dado que tiene cualidades para atraer la atención sobre su persona y tú eres un diestro cazador de hombres honestos. Por eso, si aún no se ha producido ese encuentro, que se produzca ahora, que yo, el mediador, no soy tal vez inexper-
2 to en hacer que armonicen personas como vosotros. Muchos

[218] Artemio I es el portador de esta carta, así como de la anterior.

factores hacen de Artemio un hombre notable: su ilustre linaje, el vigor de su elocuencia, la moderación de su carácter, su costumbre de amar a los gobernadores cuando están
presentes y de elogiarlos cuando se han marchado. Por si 3
fuera poco, se dedica a esa tarea que tú pides como requisito, pues ha preferido nuestro oficio[219], hasta el punto de que no podrás decir que lo ejerces más de lo que descubrirás en
él. Así pues, entrégate a ti mismo como pago por sus servi- 4
cios hacia nosotros. Si toma confianza te dará la impresión de que se ha vuelto más tímido aún. Sea como sea, si te causa enojo al menos te llevarás mi gratitud. Pero seguro que no te lo causará.

131

A Filagrio (359/60)

Tras ver, después de mucho tiempo, a Dositeo totalmente pálido, le pregunté si estaba así por una enfermedad. Respondió a mi pregunta diciéndome que no era por eso, sino por exceso de trabajo, pues se había encerrado para escribir. Por eso le cubrí de elogios y me alegré por ti, ya que ni siquiera tu criado es vago. Pregúntale, pues, por tus hijos, pues

no habrá de mentirte[220].

[219] Es decir, los estudios de retórica, no el paganismo. En la *Carta* 245 se nos informa de que Euterio 2 había logrado su puesto de gobernador gracias a su destreza oratoria, lo que hace suponer que su oficio era el de abogado.

[220] *Od.* III 20.

132

A Eutocio (359/60)

Eudemón el egipcio, que vive entre vosotros y que por doquier ha sido profeta de su fama, no es motivo mayor de orgullo para Egipto que para vuestra ciudad[221]. Pues a Egipto debe su conocimiento del arte poética y haberse consolidado como poeta, pero el conocimiento del arte de los rétores y haberse convertido en orador os lo debe a vosotros.
2 Por tanto, es forzoso que sienta afecto por la ciudad que lo ha instruido y es normal que colaboréis en lo demás con el hombre a quien habéis entregado la retórica. Creo que al escribirte me estoy dirigiendo a la ciudad entera, ya que la sostienes con tus beneficios y ella no lo ignora, sino que lo
3 reconoce con placer. Pues bien, haz que la ciudad conceda por mediación tuya un favor a Eudemón. ¿De qué favor se trata? El Emperador honra a nuestro maestro con un salario imperial. En nuestro deseo de que el pago de éste se haga en metálico[222], recurrimos a ti tras haber llegado a la conclusión de que esta situación requiere la liberalidad de Eutocio.
4 Así es que sigue tu propio ejemplo y actúa lo más rápido que puedas para que todo nos salga bien, y recibe, en vez de dinero, el elogio de un hombre que sabe hacer uso de la palabra.

[221] Elusa, donde residía el poeta egipcio Eudemón 3.

[222] Por el procedimiento conocido como *adaeratio*.

133

A Eustolio (359/60)

Que un amigo ayude a un amigo,

dice el refrán[223]. Y para nosotros eres no sólo un amigo, sino el más seguro de nuestros amigos, hasta el punto de no escatimar tu buen ánimo en aquellas cuestiones en las que consideras que alguno de nuestros intereses pueda prosperar. Por tanto, acógenos a Mócimo con benevolencia y vuél- 2
venos oro la paja; si el asunto es fácil, precisamente por eso mismo, porque es fácil, pero si es laborioso, porque sabes soportar los esfuerzos.

134

A Eustolio (¿Sópatro?[224]) (359/60)

Si me haces esta merced no sólo te habré de comparar a un pariente, sino también a un amigo. Y tengo por más grande lo segundo que lo primero, pues veo que también en nuestros tiempos muchos otros tratan de repetir los actos de los hijos de Edipo, y el parentesco no les supone traba algu-

[223] Cf. *Cartas* 1456 y 1503 y PLATÓN, *República* II 362d. Recogido en SALZMANN, 69.

[224] En la edición de Foerster aparece como destinatario el mismo de la epístola anterior *(tôi autôi),* pero, como bien señala SEECK (pág. 365), no tiene sentido que Libanio mandase dos recomendaciones a la misma persona en un solo envío. Posiblemente iba dirigida a Sópatro 2, su mejor amigo en Apamea.

2 na. En cuanto a mí, yo te aprecio por otros motivos, pero en especial porque, aunque llevas un género de vida opuesto, manifiestas la agudeza del espíritu de tu padre, de la que te vienen también tus dotes para el mando. A Mócimo le animábamos para que tuviera confianza, en la idea de que le concederás aquello por lo que se presenta ante ti y porque no pasarás por alto que el producto de nuestra tierra se ha perdido. No ignoras que, sea cual fuere la ganancia que obtengamos, ésta entra también en tu propia casa.

135

A Marcelino (359/60)

Yo personalmente me encargaba de pedir a los demás que colaborasen con Mócimo en el asunto por el que se presenta ahí, pero en tu caso tu propio hijo, como es natural, se encargará de pedirte por nosotros que no pases por alto nada que pueda ayudarle, para que, cuando se convierta en un miembro de mi clase, me halle más dócil por el recuerdo de
2 este favor. Por tanto, enséñale a tu hijo la carta y observa su ardor.

136

A Prisciano (359/60)

Por muchas razones tengo a Mócimo en la máxima consideración, pues es camarada nuestro desde niño y era de los que no vacilaban cuando mi tío le encomendaba algo. Ahora
2 colabora tú con nosotros exactamente igual que con él. Un pariente suyo, de nombre Maras, que presta servicio conti-

go, se dedica a la taquigrafía, y su mano le ha hecho digno de consideración. Desearía que esta persona aprovechase la ocasión que le brinda tu cargo para obtener un ascenso. En 3
cuanto a nosotros, desde el momento en que te marchaste

ensombrecidos quedamos por bruma y nubes[225].

Quienes no desean errar su camino precisan una luz brillante.

137

A Hipatio (358)

No tienes que excusarte por escribirme. Muy al contrario: si no lo hicieras, entonces sí tendrías motivos para pedirme perdón. Pues ni tú dedicaste tus esfuerzos a la retórica ni yo me esforcé por ti[226] para que guardases silencio, sino que fueron las esperanzas de que hicieras uso de la palabra las que me animaron a soportar aquellas fatigas. Así es que 2
debes utilizar esta habilidad en cualquier circunstancia, pero sobre todo en tu correspondencia. Pues lo haces muy bien y lo harás aún mejor si no dejas de practicarlo. Me parece a 3
mí que confirmas esa frase, que yo repetía a menudo, de que eres hijo mío, no simplemente un discípulo. Seguramente haces caso de Solón[227] y mantienes a tu padre después de haber terminado tus estudios. Concédeme a mí también esa 4
gracia. Acude a toda prisa a nuestro lado, no pensando que vas a perder el tiempo, sino que nos vas a dar una alegría durante toda tu estancia con nosotros. Ya enmendarás de pa-

[225] *Od.* XI 15.
[226] Está claro que Hipatio 1 fue discípulo de Libanio.
[227] Cf. Plutarco, *Solón* 22, 1.

5 so los entuertos que precisen de tu mando. A Baquio, si lo tomas por amigo, no tendrás un concepto erróneo de él. Así es que ven aquí por causa de este amigo y aún más por la de otro también, pues no desearía que Evágoras te ganase la partida por su amor hacia ti, ya que él, tras escapar de las manos de su padre, ha venido hacia aquí desde Cilicia en tu busca y tú que, en cambio, estás libre, no te animas a venir desde Berea.

138

A Demetrio (359/60)

La cuestión está como sigue: Hermógenes[228] tiene cerradas las puertas no por crueldad, sino por desidia. Al final también hizo extensiva a mí esta actitud, aunque al principio
2 solíamos estar con él. Por tanto, les entrego el escrito a los que habían sido designados para la embajada, pues ellos po-
3 dían entrar en virtud de su condición de embajadores[229]. Entonces no obtuviste menos de lo que crees, excepto en lo que respecta a que recibiste igual trato que los que te son in-
4 feriores. En efecto, Argirio recibe de su propio hijo[230] las cartas y, aunque aseguraba que las tenía, cuando debía entregarlas las buscaba pero no podía darlas, sino que los esclavos echaban la culpa a otros esclavos y libres, y, a su vez,

[228] A propósito de este favor que tiene que hacerle el prefecto Hermógenes 3 a Demetrio, cf. *Carta* 109. La presente carta está sin duda corrupta, y algunos fragmentos no son coherentes con el conjunto.

[229] Hermógenes, que se encuentra en Antioquía, no permite el acceso de los principales ciudadanos a su residencia, tal vez por exceso de trabajo o por lo crítico de la situación (no olvidemos que la frontera persa atravesaba un momento de grave crisis).

[230] Obodiano. Cf. *Cartas* 112-114.

los libres culpaban a esclavos y todos entre sí. Se produjo estrépito y alboroto, pero las cartas seguían sin aparecer. ¿Cómo crees que me sentí de ofendido en el alma? Ciertamente no me pareció adecuado pedir perdón mientras la herida siguiera abierta, pero decidí aplicarme a la curación y recurrí a la mano de Hermógenes. Y eso que ya ha dejado el cargo.

Tú, en cambio, me enviaste el fruto de Fenicia, más dulce que la miel que también me mandaste, y aunque al verlo lo desdeñé, al probarlo me causó maravilla. Porque mucho más dulces que estos frutos son los escritos de Celso que me has enviado.

139

A Aquilio (359/60)

Si vas diciendo que tu única carta son muchas y que no es ésta la única que he recibido, eres honesto en la mentira, ya que reconoces cuál era tu obligación. En cuanto a noso- 2
tros, ahora estamos intensamente dedicados a tu hijo, aunque creemos que es preciso que también tú contribuyas a su educación. Es el mejor de la clase, en parte debido posiblemente a sus cualidades naturales, pero no menos influye su pedagogo mezclando ruegos con amenazas, estimulándolo y acompañándolo en las fatigas, un hombre que por complacerte consiente en tener un rango inferior al que le corres-
ponde. Con respecto a lo que me comunicas en favor de Al- 3
banio[231], no sólo me resulta sumamente agradable, sino que ni siquiera me lo esperaba. Pues en lo que a mí respecta te-

[231] Hijo de Agesilao y, probablemente, sobrino de Aquilio II. Fue alumno de Libanio y es el destinatario de la carta siguiente.

nía el temor de que hubiese elegido el silencio, pero cobré nuevos ánimos al saber que desea tomar la palabra.

140

A Albanio (359/60)

Ahora es cuando de verdad me has pagado el salario. No se trata de oro ni de plata, que es lo que la mayoría suele pagar y lo que deleita al vulgo, sino aquello por lo que incluso renuncié a mi herencia: me estoy refiriendo a la fama.
2 Y ésta me la has dado al demostrar que tal vez no soy solamente un luchador, sino también un excelente profesor de gimnasia. Sabes que quienes no tienen la osadía de censurar nuestro vigor tratan de causarnos daño con ese bulo[232], pero
3 los has dejado callados con tu forma de hablar. Así pues, que tu carrera sea sólida y escoge el camino que creas más conveniente. Piensa que, sea cual sea tu elección, debes tener presente la retórica, pues ningún género de vida recibe baldón alguno de ésta. Por tanto, considera que es tu padre quien te está haciendo esta petición y que, aunque está bajo
4 tierra, no deja de participar de esta alegría. En cuanto a nuestro Prefecto[233], también se ha educado en la casa de Hermes, y a los que toman la palabra en su presencia les

[232] Es decir, que no es buen maestro. Como señalan Fatouros y Krischer *(Briefe...,* págs. 488-489), Libanio estaba muy preocupado por demostrar que no sólo era un buen orador, sino también un buen profesor, y la mejor prueba era el éxito posterior de sus alumnos. Muestra de dicha preocupación es la composición de su *Disc.* LXII, cuyo objeto es hacer patente su competencia en este terreno y acallar las críticas de sus adversarios.

[233] Posiblemente se trata del prefecto Hermógenes 3, que poseía una gran cultura literaria. Incluso es posible que Libanio haga un juego de palabras calificándolo de «retoño de Hermes», pues eso es lo que significa el nombre de Hermógenes.

menciona su propia formación y reconoce que éste es el único placer que le subyuga. Si tienes inteligencia, podrías aprovechar la presente ocasión.

141

A Marcelino (359/60)

Sin duda, hermosa es mi parte de la herencia[234], de manera que la recibo y no me la arrebatarán ni destreza oratoria ni falsificación de cartas. Me complace que me traigas a la memoria a mi tío, no menos que el que hayas elegido quererme, pues será para mí la semilla que hará que también otros se animen a amarme gracias a su afinidad contigo. Por 2
mi parte, aunque he hurgado en mi memoria, no encontré que te haya favorecido en nada. A pesar de ello, me das ocasión para afirmar que sí tengo motivos y que me darás otros para hacerlo. Así que me limitaré a rogar que se cumplan tus deseos, pues hasta ahí llega mi poder. En cuanto a los rega- 3
los, ¿cómo no iban a procurarme placer si proceden de un noble varón y fiel amigo?

142

A Prisciano[235] (359/60)

Me preguntabas si espero que estés preparado para sobreponerte a las circunstancias. Claro que lo espero. En se-

---

[234] Se trata de la finca que Libanio heredó a la muerte de su tío Fasganio, como se vio en las *Cartas* 115 y 126.

[235] Es ésta la primera de un grupo de cartas (142-6) dirigidas al gobernador de Eufratense, que se encuentra inmerso en la defensa de las frontera mesopotámica, que sufría continuos ataques del rey Sapor II.

gundo lugar, deseabas saber si calculo que la situación actual te hará ganar renombre entre los poderosos. Hay esperanzas, pues lo que llevas a cabo no permanece en el silencio, y la admiración acompaña a las noticias que nos llegan.
2 Por ejemplo, el rumor que nos viene ahora es tan magnífico que no hubo quien no prorrumpiera en gritos de aprobación al oírlo. Se cuenta, en efecto, que cierta persona que ha sido derrotada por primera vez se encuentra ahora entre tus servidores, aunque en todos los años anteriores se impuso a todo el mundo.
3 Llevarás a cabo muchas obras de tal envergadura y la voz de Fama las transportará por doquier. Como es natural, el Emperador se complacerá por ello y te llegarán recompensas.

143

A Prisciano (359/60)

Estoy convencido de que tus ocupaciones no son muchas, pues de lo contrario no habrías tenido mucho tiempo libre para la correspondencia. Lo conjeturo del hecho de que la belleza de tu epístola no es propia de un gobernador que
2 visita ciudades, sino de un hombre que cuida su estilo. Pero si lo que digo es falso y muchas son tus ocupaciones, y aun así puedes dar abasto a ambas tareas, entonces me parece que alguna de las Musas convive contigo al lado de Justicia y que por la diestra te asiste una y la otra por la izquierda.
3 Pero si buscas el dardo de Ábaris[236] o la cítara de Orfeo, ni

[236] Cf. Herodoto, IV 36. Ábaris era un rey (o dios) hiperbóreo que recorrió el mundo sin probar bocado con la flecha áurea de Apolo en la mano. Ésta fue la que utilizó el dios délfico para matar a los Cíclopes y tenía la facultad de dotar al portador de la facultad de volar.

busques la cítara, pues con tu lengua posees el poder de ésta, ni el dardo, porque ya tienes la cítara. La pobreza es, en 4
este momento, compartida por todo el mundo, de modo que no escribes a gente próspera en defensa de menesterosos, sino que si fueras nuestro gobernador, lanzarías la siguiente queja:

¡Que perezcas de mala muerte por incontables motivos, que presta vuelves Iros a los Calias![237] *[guerra,*

144

A Prisciano (359/60)

Tengo interés por los hijos de Hestieo, tanto por sus tíos, que fueron condiscípulos míos, como por su abuelo, quien me tenía por uno de sus hijos. El propio Hestieo no estaba íntimamente vinculado a mí, pero merece mis elogios. Y lo más importante, de entre mis alumnos estos jovencitos se han esforzado por ganarse mi respeto con su elocuencia. Sa- 2
bes cuántas olas ha atravesado su madre sin apenas levantar la cabeza para respirar y cómo ha evitado el peligro pero ha acrecentado la pobreza que antes la atenazaba. Hay en Cirro 3
también un tal Maras, más pobre que anciano, y eso que es muy provecto el hombre. Estos muchachos piden que Maras no se les consuma por completo. Éste es mi deseo, pero en tus manos está. A esta ayuda le conferirá dignidad una antigua misiva del Emperador reforzada con otra de Teófilo.

---

[237] Inspirado en Aristófanes, *Nubes* v. 6 ss. Iro es el mendigo de la *Odisea* y Calias es el famoso rico ateniense.

145

A Prisciano (359/60)

El padre de Macario, nuestro discípulo, es Macario, y éste es un miembro de tu falange[238]. A él cada uno de los gobernadores le ha distinguido con un presente, pero el verdadero regalo sería tiempo para poder ver a su hijo, un hijo
2 amigo de Mnemosine. Por tanto, añade a estos muchos regalos el que tú serías el primero en concederle.

146

A Prisciano (359/60)

También Crises es digno de que se le tenga en cuenta tanto por su forma de ser como por sus parientes. Pues su carácter es pacífico y sus primos son amigos tuyos y míos, y de los principales de la ciudad. Me refiero al noble Leteo y a Cinegio, que merece escuchar el mismo epíteto. Ante ellos se avergüenza Crises, si es que soporta algo indigno a pesar
2 de ser tú el gobernador. Por consiguiente, entérate del ultraje al que está sometido y ponle fin.

[238] Los autores de la *PLRE* suponen que Macario 2 era un *officialis* de la plantilla de Prisciano, dado que necesita su permiso para ir a Antioquía.

147

A Ecdicio (359/60)

Ahí tienes a Filóxeno[239], con su estatura, su figura, su voz, su timidez y su capacidad para buscar y conseguir discursos. En cuanto a ti, cuando persuades a los jóvenes para 2
que vengan corriendo a nuestra escuela, actúas como si los animaras a acudir a la carrera a tu lado. Pues sabes que si me mostrase brillante, también tú participarás de esta fama y que, en el caso de que se piense que no soy malo enseñando, nuevamente habrías obtenido los mismos beneficios si hubieses elegido enseñar, pues la gente no ignora nuestra común educación en Atenas. Por tanto, no tiene nada de asom- 3
broso que de hecho hayas escogido nuestro partido, pues desde que eras joven la vida es para ti dedicarte a aumentar el patrimonio de tus amigos. Así es que reconocer en tus cartas lo que estás haciendo[240] no debe atribuirse a que seas cobarde, sino que es obra de tu afecto, que vuelve más audaces incluso a los más tímidos.

148

A Acacio (359/60)

Al regresar Filóxeno más diestro no sólo puso en marcha a su hermano, sino que también se animó un primo su-

[239] No creo necesaria la inserción del adjetivo *lamprós* que propone Reiske y asume Foerster. Filóxeno 2 es probablemente sobrino de Ecdicio (*Ecdicius Olimpus* 3 en la *PLRE*).

[240] Es decir, reconocer que ha elegido a Libanio como maestro de su sobrino.

yo[241], pues ya sabes a quién me refiero y no deseas que, sa-
2 biéndolo, lo mencione. ¿O más bien habría que decir que era por causa de este segundo por lo que tanto Filoxeno como su hermano debían seguir tus clases, en la idea de que en nuestra escuela no hay ni la cantidad ni la calidad de enseñanza que hay en la tuya? Sin embargo, aquí Ticiano progresa en la retórica, pero veo que el tesoro que deja en ca-
3 sa[242] es más hermoso. No obstante, dile a la madre de estos dos jovencitos que también aquí existe un verano y que entonces sopla una brisa moderada.

149

A Prisciano (359/60)

De casa a casa[243]; Mícalo va de la de Olimpio a la tuya, de la casa de un hermano a la de otro que no lo es menos. Me da la impresión de que ha despreciado la riqueza de los peonios[244] y la molicie acompañada de injusticia creyendo que estar contigo será más dulce que las riquezas que pudie-
2 ran valerle sus viajes por el mar. En efecto, eso es lo que le ha persuadido para que prefiera tu poder. Así es que encárgate de encontrar medios para que se enriquezca. Porque a ti

[241] Ticiano, hijo de Acacio 7.

[242] *I.e.*, su padre Acacio, que era colega de Libanio, como se vio en la *Carta* 127.

[243] Píndaro, *Olímpica* VII 4. Cf. Salzmann, 62.

[244] En realidad, se refiere a Panonia, donde se encontraba la corte, a la que los autores clasicistas identificaban con la fértil Peonia homérica. Cf. la nota de Norman *ad loc.* y Dión Casio, XLIX, 36. En las *Cartas* 97-99 vemos a Mícalo viajando a la corte imperial para obtener un puesto en la administración; ahora prueba suerte con Prisciano 1, que entonces era gobernador de Eufratense.

te conviene regresar con las manos vacías, pero a él con las manos llenas. En cuanto a los argumentos que esgrimiste en 3
tu carta acerca de la pobreza para hacer ver que la que hay allí es mayor que la de aquí, eran más retóricos que ciertos. Es verdad que los que recurren a la mendicidad entre nosotros son una parte modesta de la ciudad, pero si los que están al borde de la ruina son por ello potentados, creo que nos hace falta un Edipo[245].

150

A Andrónico[246] (359/60)

La mesura es lo mejor, dijo alguien y el dicho se convirtió en monumento para el dios pitio[247]. En tu caso, haces bien porque engrandeces las ciudades, especialmente cuando aumentas el número de sus curiales. Sin embargo, si alguien es convocado a una curia más importante y en lugar de fenicio se vuelve algo más venerable, no lo prives de su suerte ni ames a tus súbditos hasta el extremo de odiar a tu propia ciudad. Por tanto, que también Fraterno quede exone- 2
rado de las liturgias de Fenicia, pues al punto tendrá que gastar su dinero en la Gran Urbe. Todavía no he visto a este varón, pero lo considero ya íntimo mío, pues está a punto de emparentar con mi amigo y alumno Apringio, que durante el tiempo de su instrucción me dejó impresionado por su mo-

---

245 Como es sabido, Edipo fue el único capaz de adivinar el enigma de la Esfinge de Tebas.

246 Con esta carta pretende Libanio que el gobernador de Fenicia, Andrónico 3, exonere de las cargas curiales de su ciudad a Fraterno, que fue convocado para formar parte del Senado de Constantinopla.

247 *Nada en demasía (mēdèn ágan)* es la máxima exhibida en el templo de Apolo en Delfos. Cf. PLATÓN, *Protágoras* 343a-c.

deración y su afán de aprender retórica, y a nuestra ciudad
3 por el esplendor de sus prestaciones públicas[248]. Si no le echo una mano a este jovencito cometería a todas luces una tropelía, y le traicionaré si Fraterno se lleva la impresión de que no merece estima alguna. Y es que parecerá un don nadie si, ocupando tú el puesto de gobernador y teniendo yo la oportunidad de persuadirte, va a sufrir daño quien va a entregarle su hija, ya que se creerá que Apringio es menospreciado por mí, porque jamás se pensará que fuiste tú quien no
4 me concediste un favor. Así es que otórgaselo, ¡oh el más querido de mis camaradas! —pues sientes más placer oyendo este título que el de gobernador—; con una misma acción honra a la justicia, socorre a tu ciudad natal[249] y no deshonres a este hombre.

151

A Andrónico (358/61)

Creo que cuando hayas escuchado sus justos argumentos también tú decretarás la absolución de los portadores de esta carta, pues a mí me parecieron contundentes y a ti no te van a parecer endebles. Me da la impresión de que, aunque no hubieran dispuesto de ninguna de estas pruebas con vistas al juicio, este único recurso es suficiente para prestarles ayuda, pues es de absoluta necesidad que queden absueltos quienes
2 piensas que merecen tu consideración. Pues entre los abo-

[248] Dentro de los servicios que los ricos debían prestar en beneficio de la comunidad, Libanio reserva el término clásico *khorēgía* a las más costosas y prestigiosas: la organización de juegos y espectáculos. Véase P. Petit, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IVe siècle après J.-C.*, París, 1955, pág. 49.

[249] Queda claro que Andrónico era constantinopolitano.

gados unos tienen adquirido el poder de la elocuencia, otros experiencia en leyes, pero en ellos coexisten ambas destrezas. Por otro lado, muchos son los elogios que tú les has dirigido, y más aún los que ellos te han dedicado. Ahora te piden este favor, pero tal vez ellos te concederán otro, por todo lo cual Hermias y Egersio tenían razones para estar
animosos. En cuanto a lo de animarme a mí a sumarme a su 3
causa no era porque necesitasen mi alianza, sino porque deseaban honrarme haciéndome participar en esta empresa.

152

A Prisciano (359/60)

Teódoto y Carisio son hermanos y su arte es idéntica. Añadiré que también lo es su propósito: dejar constancia escrita de los contratos privados para evitar que por afán de
lucro se atente contra la verdad. A Teódoto, igual que noso- 2
tros, hace tiempo lo conoces y lo aprecias. En cuanto a Carisio, que vive en nuestra ciudad, sin duda ya lo han elogiado ahora en tu presencia. Pero uno ha muerto y el otro está en un apuro por tener que socorrer a los hijos de su hermano. Así es que el tío[250] te suplica por mediación nuestra que sal-
ves al que conoces. Pero el noble Prisciano concederá esta 3
gracia haciéndonos caso y teniendo consideración de Teódoto. Así pues, harás a los hijos más llevadera su orfandad y considerarás dignos de tu preocupación a los parientes que éste tiene en Cirro.

---

[250] El tío es Teódoto II, que tiene que hacerse cargo de los hijos de su hermano muerto.

153

A Andrónico (358/61)

Pienso que hay que socorrer a quienes son desdichados contra todo merecimiento, y en mi opinión debo hacer lo que esté en mi mano si con ello agrado a Zeus. Pero en el caso presente veo que los que recurren a mí para que los represente, y cualquiera que sea amigo suyo, tienen adquirido ante mí un doble derecho, porque, además del que es común
2 a todos, tienen el que les aporta la retórica. En efecto, Marón se encuentra entre los que son celebrados por su elocuencia en nuestra ciudad. Es natural de Paneas e hijo de Leoncio el menesteroso, que no es pobre de familia, sino que ha llegado a ese estado en razón de su moderación y por
3 los perjuicios sufridos. Mientras estaba en condiciones de gastar su dinero a eso se dedicaba. Mas, una vez agotados todos sus bienes, emprende el camino del exilio y, cuando ya está desesperado de tanto huir, regresa, pero nuevamente
4 se le vuelve la huida más soportable que su casa. ¡Ea, noble amigo!, pon fin a su destierro mostrando a quienes lo agravian que antes esta clase de atropellos estaban permitidos, pero que ahora la pobreza acompañada de justicia tiene más poder que los prebostes.

154

A Modesto (358/61)

De mis potrillos, que te he confiado tras sacarlos de los prados de las Musas, ves que unos han sido convocados por

ti, pero también que otros no lo han sido. A los primeros los felicito por el honor que les has otorgado y al resto por el afán que tienen por verte, pues cuando acuden a la carrera por su propia iniciativa están evidenciando que con todo merecimiento deberían figurar entre los convocados. Así es 2
que preocúpate por todos ellos, por los que tienen fortuna para que tengan gloria y por los pobres para que también ellos tengan dinero. Sin embargo, debes prodigarte algo más con aquellos que no parece que hayan sido dignos de este honor, pues para los pudientes, aunque guarden silencio, su riqueza no es cosa baladí, pero a los menesterosos una sola cosa les sirve de acicate: tomar la palabra y recibir la paga.

155

A Basiano (359/60)

Sabía perfectamente que harías lo que ahora estás haciendo y que me escribirías no sin arte. Pues tu bondad es notoria desde antiguo y también conoces el arte epistolar. Llegando, pues, la ocasión para hablar y actuar, ¿cómo ibas a emplear con nosotros el silencio o la desidia? Por tanto, 2
permanece fiel a estas cualidades y no se te olviden los esfuerzos que el noble Cleobulo hizo por ti[251] y considera que yo te presté un buen servicio al recibirte de su mano cuando ya movías las alas, pero que él ha sido un Fénix para ti. Y 3
este mismo magisterio ha hecho que conozcas los preceptos de Fénix gracias a Cleobulo, a quien, si tienes poder suficiente, debes devolver el bien que te ha hecho. Pero si esta

[251] Cleobulo 1 fue el primer maestro de Basiano 2 (cf. *Carta* 231). Posteriormente estudió en la escuela de Libanio.

súplica llega antes de que lo tengas, ruega que te sea dado alcanzarlo para hacerle el favor.

156

A Andrónico (359/60)

Este Aujencio que estás viendo no es alumno mío, aunque está mucho mejor dispuesto hacia mi persona que muchos que lo son, pues nos ha acompañado en el dolor en los peores momentos y en la alegría cuando las cosas han ido
2 mejor. Sabes que, habiéndote mostrado las cualidades de este jovencito cuando te disponías a salir de la ciudad, te prometí que él acudiría a Fenicia al instante y pretendía yo entonces que se le considerase uno de tus amigos, a lo que
3 accediste. Ahora está ahí, así es que cumple tus promesas mirándolo con alegría cuando esté en tu presencia y despachándolo con cartas tuyas. Porque si fuera fenicio, te reclamaríamos este asunto a ti, pero como en realidad este hombre procede de una provincia vecina, encárgate de pedirle por carta al servicial Hipatio que se lo cumpla.

157

A Hipatio (358)

Si te complaces con quienes me colman de elogios y piensas que debes amar a cuantos me aman, ¿por qué no te apresuras a considerar a Aujencio uno de tus íntimos? Pues arrostraría peligros por librarme a mí de uno y es un placer para él decirles a los demás algo bueno de mí. Además, su dulzura y la mansedumbre de su espíritu merecen ser honra-

das. Así pues, siendo tal mi veredicto, me sorprendería que 2
tú te llevaras una impresión opuesta. Mas si tienes la misma opinión que yo, no se me escapa que le concederás esta merced, si es que no pide algo excesivo.

158

A Hipatio (358)

¿De verdad crees que Andrónico desconoce tu virtud o que no debe de pensar que sale ganando si salvaguarda tus intereses? No es así, sino que tu renombre ha llegado incluso hasta aquí y él sabe cómo testimoniar su admiración a los
buenos gobernadores. Mas con todo, ya que me exhortas a 2
ello, aunque no lo necesita en absoluto, accedo a escribirle[252] para que no pienses que no te hago caso, no para exhortarle a nada. En cuanto al noble Naumaquio —pues es 3
preciso que el que es tu amigo sea noble— se ha ocupado de todo, y a nosotros no nos dejó hacer nada, pues no consintió. Y yo, que no había sido invitado a esforzarme, hice lo que quedaba: me alegré por la tarea acabada.

159

A Andrónico (358/61)

Sobre vosotros dos, Hipatio y tú, ha llegado a mis oídos una fama excepcional. Y es que ambos sois lo que se os
llama: gobernadores de una pieza. Así es que nos congratu- 2
lamos con aquellos que os deben su salvación, en tanto que

[252] La carta siguiente, como veremos.

vosotros, como es normal, os felicitáis mutuamente; él porque un hombre de tal clase cuida de su patria, y tú porque
3 gobiernas una ciudad que ha producido a alguien así[253]. Me ha causado asombro que él me pidiera que te exhortase a velar por sus intereses[254], pues si, habiendo recibido buen trato de tu parte, lo hizo para averiguar si también estarías dispuesto a favorecerme, actuó correctamente. Pero si lo hizo por no haber conocido aún por propia experiencia tu afecto, no acierto a entender la razón por la que aún no ha recibido un favor tuyo. Es preciso que tengas en cuenta que debes recompensar a quien es tu semejante por el cargo. Porque si venera las mismas cosas que tú, es evidente que te presta un servicio y que debes gratitud a quien te está complaciendo.
4 Por tanto, imagínate que tú mismo poseyeses bienes en Palestina y cultivases su tierra, y a él le trajera al fresco lo tuyo. ¿No lo cubriríamos entonces de reproches y con justicia? Ése precisamente, ése y no otro, es el reproche que recaerá sobre nosotros si nos mostramos desidiosos. Concedamos, pues, sin titubear lo que le pediríamos de estar en su situación.

160

A Prisciano (359/60)

¿Pero es que tú no recaudas dos veces los impuestos pero, en cambio, te crees con derecho a cobrar otra vez con motivo de asuntos por los que ya tienes correspondencia? ¡Pero si ya Mícalo te llevó la carta[255] que se refería a la po-
2 breza que reina tanto aquí como allí! A ti no te basta, sino

---

[253] Hipatio 1 es de Fenicia, de la que Andrónico 3 es gobernador.
[254] Cf. la carta anterior.
[255] La *Carta* 149.

que el hermano de tu mujer, queridísimo amigo mío, se presentó ayer a la carrera allí donde suelo reunirme con mis camaradas y me insistía en que estaba siendo objeto de acusaciones y que temía que pensases que no se te estaba haciendo un buen servicio con las cartas que envías. Añadía que estabas siendo injuriado por mí al no responder a tu misiva acerca del asunto de la crisis. Sin embargo, yo estoy entre los que ya te han escrito, como tú sabes y puede testimoniar Mícalo. Luego no volveré a pagar el tributo. Pero al 3
menos es preciso que te enteres de ello. Escuchando yo que te agobian enormes trabajos no exentos por completo de riesgos y preguntando al instante si salíamos airosos, me alegro por la importancia de estos trabajos cuando oigo decir que tenemos éxito. Pues sin duda habrá quien haga un re- 4
lato de estos esfuerzos, quien se admire por ello y de ahí se derivará una retribución que tú no estás buscando pero que pienso que te llegará.

161

A Urbano (358/61)

Las que ya han dado a luz, cuando asisten a las parturientas, comparten no sólo su dolor sino también sus fatigas, y les prodigan todo tipo de consuelos, unas veces hablándoles y otras actuando. Es, por tanto, natural que también en la retórica se conserve esta costumbre y que los que han ejercido la abogacía socorran a quienes se ejercitan en las lides oratorias. Y no hay duda de que tú eres de los antiguos antagonistas[256] y esos que están ahí acaban de empezar ahora.

[256] Trato de reflejar en la traducción la figura etimológica del original *(pálai palaióntōn)*.

Es preciso, por tanto, que te acuerdes de los dolores de parto que mencionábamos y les tiendas una mano a quienes los están padeciendo ahora. Pues no estaría bien que les estés agradecido a otros por esta costumbre, pero tú no les des motivo a ellos para que lo estén contigo.

162

A Urbano (359/60)

Tengo la esperanza de que sea hermosa la mercancía que ganen estos jovencitos, porque al acudir junto a quien ha brillado en los procesos tenían la ocasión de anticiparse a la adquisición de experiencia en los pleitos. También a un atleta que se encamina a Pisa, si en algún lugar de los montes le es dado encontrarse con Heracles[257], como la historia esa de Pan que conocemos por la tradición, sería obvio que
2 la corona no recaería en otros. Por tal motivo, tengo la plena convicción de que los mirarás con muy buenos ojos. Añádase también a tu buena disposición la instrucción en la carrera de la abogacía. Que no sólo aprendan lo necesario de la instrucción escolar, sino también todo lo que sea posible, y que lleven consigo cartas tuyas de recomendación dirigidas a quienes tienen influencia entre los que toman la palabra en público. Pues a ellos no les agrada acudir a otros abogados famosos, pero tal vez también en este aspecto te obedecerían.

[257] Cf. Heródoto, VI 105; Pausanias, I 28, 4, y VIII 54, 6.

163

A Modesto (359/60)

Hermosas son las recompensas que aguardan a los gobernadores, si es que por un lado han de padecer innumerables fatigas y causar menoscabo a sus propios intereses por cuidar del bien público, y como pago van a recibir ultrajes,
multas, deshonra y peligros. Porque esas desdichas son exac- 2
tamente las que hoy tienen rodeado a Trifoniano[258], a quien para nada has juzgado indigno y que ha pasado su vida entre nosotros. Estaba resuelto a partir hacia Calcis a fin de obligar a los campesinos del lugar a cumplir con sus obligaciones, pero, cuando ya estaba en el umbral, lo envolvió una
nube promovida por las manos de Úrsulo. En efecto, unos 3
hombres que venían de parte suya se le echaron encima y, atreviéndose a entrar en la habitación donde él duerme, se dedicaron a buscar dinero y le pedían a gritos que les pagase una cantidad de oro que no te puedes ni imaginar. Al no aparecer, saltaron sellos[259] por doquier y el alboroto fue tremendo. Su esposa, del susto, por poco no abortó contra na-
tura el hijo que llevaba en el vientre. En lo que a nosotros 4

[258] Trifoniano 2, gobernador de Siria del año 360, tuvo que responder ante graves acusaciones relacionadas con su gestión. El citado Úrsulo es el célebre *comes sacrarum largitionum* de Constancio, injustamente condenado a muerte en el tribunal de Calcedonia, del año 361, al menos según el testimonio de Amiano Marcelino (XXII 3, 7-9), que atribuye su condena a su mala fama entre los militares.

[259] Es decir, comenzaron a abrir cofres y armarios rompiendo los cerrojos.

respecta, nos limitamos a prestar el auxilio que estaba den-
tro de nuestras posibilidades y compartíamos la indignación
de nuestro amigo, pero tú, que gozas de un poder mayor,
comparte nuestro dolor, asístelo mostrándote protector y va-
5 liéndote de tu poder. Que la primera muestra de tu favor
sea el que no te enojes por haberse quedado aquí, o mejor
aún, el que dirijas tu cólera contra quienes no le han permi-
tido salir. La segunda, que dejes sin efecto la sanción que
6 pesa sobre él. Lo que te pedimos no es para gente indecisa
—pues lo que haces a diario en absoluto es cosa de indeci-
sos—, ni para cualquier inteligencia, sino sólo para la tuya.
Por tanto, no te asombres si, habiéndonos enseñado hace
tiempo que sabes imponerte hasta en las situaciones más
irremediables, eres reclamado para otras gestas similares por
7 quienes han sido testigos de las anteriores. Mas, consideran-
do de dónde proviene la condena y reprobando tanto el he-
cho en sí como lo desproporcionado del castigo, por respeto
a nosotros y para socorrer a un gobernador que está siendo
maltraído de aquí para allá, haz lo que a ti te reportará glo-
ria, a nosotros contento y a los suyos la salvación.

164

A Cirilo (359/60)

Ese Eunomo que tienes ante ti ha nacido en el seno de una buena familia, conoce el arte de expresarse y está plenamente ejercitado en la moderación. Así pues, presento ante Modesto a este hombre como premio a su virtud y también ahora te lo presento considerando que, mediante mi carta, el favor presente no envidiará al anterior. Es más, se podría decir que incluso será mayor, si es que lo es el que

Eunomo reciba mayores y continuos beneficios de tu benevolencia. Pero haz lo posible para que puedas honrar a otro 2
Eunomo. Me refiero al primo de éste, bien más precioso para mí que un hermano. Pero es posible que, adelantándose a mi epístola, ya se lo haya agenciado por su cuenta —no ibas a ignorar a un noble varón y hábil orador—, pero elaborará sus cartas como simple añadidura al honor que ya hace tiempo ha sido concedido. Mas también para él su primo 3
Eudemón es importante, en nada inferior para mí que Eunomo, como diría Eudemón, en la misma medida en que su celo hacia mí es también mayor. Sin embargo, yo al menos siempre me he referido a ellos como si los estimase por igual, y a muchos de sus gobernadores se los he mostrado como aliados y ninguno de ellos se ha arrepentido. Por tan- 4
to, debes imitar a tus predecesores a la hora de privilegiarlos y hasta vencerlos con tu mayor celo.

165

A Cirilo (359/60)

Éste es Valente, a quien llevé y presenté cuando fui a visitarte adonde te alojabas. Creo que su aspecto físico te traerá a la memoria no sólo mis palabras, sino también lo que tú mismo declaraste. Ahora se ha presentado el momento de 2
los hechos y de consolidar nuestras esperanzas, tanto para él como para mí. Y es que te llenarás de admiración por este hombre cuando veas lo que te pide. Pues no buscará nada que sea ajeno a las leyes, sino que se contentará con no sufrir daño a manos de los poderosos.

166

A Andrónico (358/61)

De Cirilo fácilmente podrías recibir un favor, en parte como amigo suyo que eres y en parte como gobernador de
2 Tiro. Envíale, pues, una carta a favor de quien te ha entregado la presente. Si este hombre logra en Elusa algún beneficio por intercesión mía, Boeto[260], que es su pariente y administra mis intereses allí, estará mejor dispuesto hacia mí.

167

A Eudemón (359/60)

Valente afirma que es víctima de injusticia por tu parte y a esta afirmación añadió un juramento. Así es que me apené por él en la idea de que había sufrido daño y también por ti por habérselo causado. Platón hubiera afirmado que habría
2 que compadecerse más de ti que de él[261]. Así pues, a ese hombre lo hemos absuelto de toda acusación, pero sólo de ti depende que en el futuro sigas siendo objeto de sus elogios.

168

A Modesto (359/60)

Ninguna de las dos cosas es una novedad, ni tus continuos viajes ni el envío de regalos. Pues desde antiguo eres

[260] El mismo de las *Cartas* 118 y 119.

[261] *E.g.* en *Gorgias* 472e, donde se afirma que más vale sufrir injusticia que cometerla.

un celoso vigilante y un hombre liberal. Mas, ¿cómo podría yo corresponderte si no deseases aceptar mis discursos, que son lo único que tengo?

169

A Andrónico (358/61)

Los oficiales de la plantilla de Modesto me han hecho
numerosos favores, y a cambio sólo me piden uno solo, el
cual les podría conceder por intercesión tuya. Por tanto, ana-
liza si te parece bien que se piense que deseo recibir un be-
neficio pero que no puedo corresponder. El favor consiste 2
en que no te muestres duro con Leoncio[262] con respecto a la
ayuda que, entre otras muchas cosas, le aporta una carta del
Emperador.

170

A Cirilo (359/60)

Zenobio te pide, por intercesión nuestra, en favor de su
padre. Éste se encuentra en Elusa mientras que el jovencito,
bien dispuesto con sus amigos y duro con sus enemigos, es-
tá con nosotros. Sírvate como señal de su educación su pre-
ocupación por sus progenitores. Así es que, si se presentara 2
ahí y le escuchases hablar, honrarías al padre por respeto al

[262] Leoncio VII, *apparitor* del *comes Orientis* Modesto. Es evidente que porta una carta imperial que le da la razón en alguna cuestión que no se especifica. La misión de Libanio es que Andrónico no se tome a mal que haya pasado por encima de su autoridad como gobernador.

hijo. Pero mientras está fuera de su ciudad ocupándose de la retórica, concédeme este favor.

171

A Zenón[263] (359/60)

Haces bien al considerarme un amigo y escribirme, aun cuando todavía no nos hemos encontrado, pues también yo te aprecio desde hace tiempo, curado como he sido por discípulos tuyos, y he quedado vivamente afectado por tus desgracias (¡que alguien como tú haya sufrido tales infortunios!). Con frecuencia he suplicado a Fortuna que pusiese
2 fin a tu desdicha y que devolviese las aguas a su cauce. Ésta, según parece, me hace caso y empieza a cambiar. Pues el rumor que llega sobre toda esta intriga es que empieza a alcanzar su desenlace. Así es que debes consolarte con la es-
3 peranza y aceptar la tarea. El que nos entregó las cartas reconoció que llegan con lentitud y echaba la culpa a los vientos. Por tanto, quéjate también tú mismo de los vientos y no de la tripulación.

172

A Estratoniano (359/60)

Claro que te ubicamos en los coros de los servidores de las Musas, pues también forma parte de la cultura de uno el saber admirar a la gente culta. Dales gracias a los dioses por

[263] Zenón I era el médico de Alejandría a quien el emperador Juliano envió su *Carta* 58. El obispo Jorge de Alejandría lo expulsó de la ciudad.

las cualidades naturales de tu hijo, pues es sagaz, memorioso y tiene afán de aprender. Además, su voz se hará más hermosa con el tiempo, pues ya va despuntando. En cuanto 2
a su pedagogo, no te quepa duda de que no le va a la zaga a su padre en afecto. Por mucho que quieras compensarle, siempre le habrás dado poco. Respecto de cuál es nuestra actitud hacia nuestros alumnos, cerca tienes a alguien, pariente tuyo y gobernador[264], que te dirá si soy o no una persona completamente afecta a vosotros.

173

A Prisciano (360)

El que tú, envuelto como estás en tantos asuntos y golpeado por las preocupaciones en torno a la guerra, te preocupes de que un alumno más se sume a mi contingente y consideres que no existe ocupación tan importante como para apartarte de atender a nuestras necesidades, ¿a quién nos permitirá admirar de cuantos son celebrados entre los poetas por su sentido de la amistad? En cuanto a ese hombre, desde 2
el mismo instante en que llegué[265], no cesó de arrojarme dardos. Y si esos dardos no habían conseguido clavarse, sino que el cuerpo de Áyax era más fuerte que el hierro[266], gracias les sean dadas a Heracles y a la piel del león. Aver- 3
gonzado ese arquero por haber utilizado tu influencia contra quien no había cometido mal alguno, buscando la apariencia de víctima, se inventa contra mí una acusación y me culpa

[264] Prisciano 1.

[265] Desde que se instaló en Antioquía en el año 354, comenzaron las disputas de Libanio con sus rivales, Eubulo 2 y Acacio 6. Cf. *Disc.* I 90 ss.

[266] Cf. PLATÓN, *Banquete* 219d-e y SALZMANN, 16.

de haberle gritado no sé qué cuando se disponía a entrar en
4 la residencia de Hermógenes para recibir audiencia. Pero tú conoces mi manera de ser al respecto y si una acusación de esta índole tiene o no poder para zaherirme. Pero todo ello no era sino un pretexto, noble amigo, y lo cierto es que se situó en otro bando y, al no poder justificar el hecho de no haberse puesto de mi parte[267], curó un mal con otro al de-
5 volverme la acusación. Por lo que a mí respecta, soy tan pacífico —y no te llamabas a engaño—, que le di mis condolencias por la muerte de uno de sus dos hijos, y al que vive —y ojalá siga siendo así, Zeus salvador— lo miro siempre con filantropía. Precisamente, es el único de ese bando a quien invito a mis recitaciones públicas, aunque he sido insultado por ambos, si quieres saberlo, por influencia del
6 padre. Pues a éste, cuando Estrategio[268] ostentaba la prefectura, lo hizo compañero suyo el sabio Teódoto. Y soporté esto. ¿Cómo crees que pude? Por los reproches de mi tío. Y cuando Estrategio cesó en su cargo, nuevamente lo convirtió
7 en su único colaborador. Y aunque se ha mostrado así con nosotros, se encoleriza si no lo coronamos. No obstante, si así lo ordenas, también haremos esto, conscientes de quién es él pero no atreviéndonos a desobedecerte.

174

A Prisciano (359/60)

Conoces al buen maestro Gaudencio. Cierto labrador busca refugio en él, él en mí, y yo en ti. Sin lugar a dudas im-

[267] Cf. *Disc.* I 115-116.

[268] Estrategio Musoniano fue prefecto hasta el año 358. Mantuvo una excelente relación con nuestro sofista. Cf. *Disc.* I 81-82.

pedirás un acto de violencia, que es lo que haces cada día y
también harás ahora. El nombre de quien solicita esta ayuda 2
es Antonio y trabaja en los alrededores de Cirro. El que lo
agravia, si es verdad que lo agravia, es Peregrino, y se trata
de uno de tus servidores. Por tanto, haz que éste deje de
hacerle violencia o que aquél no siga mintiendo.

175

A Andrónico (360)

Tomando prestada una frase de Demóstenes trataré de
hablar contigo sobre este Baso que tienes en tu presencia.
En efecto, Andrónico, este hombre es pobre, pero en absolu-
to un malvado. Muy al contrario, siendo fenicio y presentán- 2
dose tras haber superado toda clase de trabajos, ha decidido
poner fin ahora a su vagar llevando consigo un discurso y
una bolsita vacía, a fin de poder pronunciar el primero y lle-
nar la segunda. Ambas cosas te convienen a ti, aceptar el 3
discurso y llenar la bolsa, que es pequeña. Hasta lo pequeño
es grande para él, de manera que, a un tiempo no atribularás
a los contribuyentes y reanimarás al perceptor. Procedente 4
de Damasco, llegó a mí en la miseria y ansioso por aprender
retórica. Al escuchar cómo asegura Esquilo que la fatiga
hace brotar las virtudes en los mortales[269], rehuyendo el
sueño y los perniciosos placeres de los espectáculos, consi-
deró los esfuerzos que requiere la retórica más dulces que la
embriaguez y no se vio forzado por su falta de recursos a
llevar a cabo ninguna acción abyecta ni vergonzosa. Así es
como ha llegado hasta un nivel tan alto en nuestra arte, que
ya está en condiciones de decir algo sobre tus nobles virtu-

[269] Fr. 340.

des. Tal vez aún no puede hacerlo de forma proporcionada a tus méritos, pero sí al menos algo que merezca que se le elogie. En cuanto a ti, dándonos las gracias a Damasco y a mí, y mucho antes al dios que otorga la elocuencia, máxime si tienes en cuenta que debes a la retórica tu puesto de gobernador, devuélvenos a Baso mejor vestido y con un rostro más alegre. Al mismo tiempo, préstale a él tu ayuda y a los demás anímalos a aplicarse a su formación.

176

A Filagrio (360)

Queda aclarado el equívoco y ya no te llega una información doble, de las cuales una propalaba la noticia de que el nobilísimo Elpidio[270] se dirigía hacia vuestra ciudad y otra que venía hacia aquí. Sin embargo, él se encuentra ahora en nuestra ciudad y nos da sobre ti la esperanza de que también tú mismo estés entre nosotros, concediéndonos este nada despreciable regalo, si es que vas a tener ocasión de
2 ver a tus hijos[271] y yo a ti. Iba a escribir una carta más larga, pero no me lo ha permitido la esperanza de estar a tu lado.

177

A Temistio (360)

Los hijos de Loliano se han embarcado y lo han hecho
2 rumbo a Sínope por razones comerciales. Así es que présta-

[270] Elpidio 4 es el nuevo prefecto de Oriente, que visitó Antioquía por esas fechas. Filagrio III era de Armenia.

[271] Filagrio tiene dos hijos estudiando con Libanio.

les ayuda cuando desembarquen entre vosotros y escríbeles a tus amigos de Sínope para recomendarlos. Si les vendieran vino de mala calidad[272], inspecciónalo todo y no permitas ni que éstos sean embaucados por otros ni que nosotros lo seamos por ellos.

178

A Eusebio y Fausto (360)

Si no hubiéramos tenido plena confianza en vosotros, no os habríamos enviado un criado[273] y un barco a Sínope. Pues no ignoramos que vosotros sois la ciudad y que si prestáis vuestra ayuda todo marcha viento en popa, mientras que si, por con contrario, os oponéis... (no debo escribir una sola palabra de mal agüero en una carta que viaja en barco). Más 2
bien ¡oh nobles retoños!,

ahora es el momento de pagar ambos mis cuidados[274].

Pues aunque insignificante es nuestra aportación a vosotros, era todo lo que teníamos en nuestras manos.

---

[272] Pasaje posiblemente corrupto. Acepto sin demasiada convicción la conjetura de Reiske, que sustituye el incomprensible *oikídion* («casita») por *oinárion* («vino de mala calidad»).

[273] Con razón sostienen Fatouros y Krischer *(Briefe...*, pág. 490) que el portador de esta carta y de la anterior sea este criado de Libanio, lo que explica la confidencialidad con la que se dirige a Temistio en la carta anterior a propósito de los hijos de Loliano.

[274] Cf. *Il* VIII 186. Con estas palabras interpela Héctor a sus caballos, Janto y Podargo. Eusebio XVIII y Fausto I fueron discípulos de nuestro orador.

179

A Prisciano (360)

Precisamente ahora estás lejos de nosotros, cuando ya has conseguido a quien imite tu ejemplo. Pues son muchos los que ensalzan tu elocuencia, pero sólo el noble Paladio ha pasado de admirarte a seguir tus pasos. De manera que me parece como si no hubieras abandonado tu puesto de abogado, ya que los discursos de éste me representan los tuyos.
2 Hasta tal punto ocupa él tu lugar entre los necesitados. Sin embargo, también te imita en eso de complacernos y colaborar con nosotros igual que tú. Y también esta ganancia ha venido acompañada de pesar, pues, como le tengo afecto, comprendo de qué me he visto privado cuando ya no lo ten-
3 go. Pero envíamelo de vuelta, no de buena gana, como dice Homero[275] (pues no verás el momento de mandármelo, ya que no querrá), sino que debes ponerle en marcha aun contra su voluntad. Piensa que no es carga liviana para mí estar lejos de ti por culpa de tu cargo.

180

A Estrategio[276] (360)

Si no te preocupabas para nada del hermano de tu mujer, aun cuando estaba lejos y ni siquiera le mandaste una carta,

[275] En *Od.* XV 72-74 sentencia Homero que no está bien despachar al huésped que no desea irse.

[276] No confundir con Estrategio Musoniano, el prefecto. Esta carta y la siguiente van destinadas a dos hermanos anciranos, Estrategio II y Albanio, antiguos discípulos de nuestro sofista. Al leer estas dos cartas, da la

en este caso al menos haz lo que se debe hacer con quienes tienen parentesco contigo. Pues hasta es posible que a los que son menos nobles haya que atenderlos por la obligación del parentesco. Pero éste que tienes ante ti, por no decir algo más importante (y en verdad que podría), no te avergonzaría. Cuando me entero de que tienes influencia en la curia 2
más por tu elocuencia que por tus gastos, me alegro porque tienes poder, pero me causa pesar que no nos informes de ello tú personalmente. Pues también las victorias de los vencedores olímpicos son más gratas de escuchar si las cuentan los propios atletas coronados.

181

A Albanio (360)

No soy adivino, pero podría prever algunos sucesos futuros gracias a la razón. También en este caso veo y predigo que vosotros, tú y éste[277], os daréis recíprocamente bienes sin cuento. Pues compartiréis proyectos, fatigas y trabajos, y a quienes no esperaban esto de vosotros los sorprenderéis (añadiré que hasta los molestaréis). ¿En qué me baso para 2
decir esto? En el hecho de que ni siquiera cuando rivalizáis os veis arrastrados a nada irremediable, sino que la querella adopta el aspecto de un simulacro de pelea más que el de una verdadera disputa. ¿Cómo seréis, pues, cuando estéis en

---

impresión de que Libanio las ha escrito para reconciliarlos. Posiblemente, el encargado de llevar las cartas a Ancira tenía instrucciones de nuestro sofista para que entregase a cada uno la misiva dirigida al otro. De hecho, en ambas cartas se utiliza el demostrativo de cercanía *(hóde)* para referirse a cada hermano, lo cual hace sospechar que Espectato debía entregar la carta dirigida a Albanio y viceversa.

[277] Su hermano Estrategio II.

sintonía, vosotros que no habéis complacido en todo a los
3 que se esfuerzan por enemistaros? Pero con respecto a este asunto me escribiréis elogiando mi vaticinio, pero tú me causas grave pesar porque ni me escribes ni encauzas ya tu propia vida[278] en una dirección definida. Lo que me demuestra que te ves arrastrado de acá para allá es el hecho de que tus hijos[279] aún permanezcan en nuestra ciudad.

182

A Ambrosio (360)

No estábamos en nuestros cabales cuando estabas aquí con nosotros, sino que aquella circunstancia nos tenía angustiados, llenos como estábamos de turbación por lo más importante, lo más hermoso y lo más honorable. La desgracia ya nos había despojado de una parte, y sobre la otra nos
2 hacía concebir idéntico temor[280]. Pero ni siquiera ahora estamos como de costumbre, aunque demos la impresión de estarlo. Pues lamentarnos y gemir no es nuestro estado usual, y en eso estamos. La única diferencia estriba en que ahora lloramos cuando estamos reunidos con los amigos y
3 que antes ni siquiera podíamos encontrarnos con ellos. Por tanto, si en algo que te dije te viste menospreciado o si me marché sin dirigirte la palabra, achácalo al viento de entonces que me retenía totalmente. También ha sucedido antes

---

[278] Sustituyo *heautón* (lectura ofrecida por Foerster) por *seautón,* corrección que realiza un copista del *Vossianus gr.* 77.

[279] Albanio dejó en Antioquía a sus hijos mientras resolvía su futuro profesional. *Vid.* O. Seeck, *Die Briefe..*, pág. 52.

[280] Se refiere, según Seeck (pág. 368) a la muerte de su madre y su tío Fasganio. Libanio escribe esta carta poco después de que Ambrosio 2 abandonara Antioquía.

que unos navegantes dejaron de lado un excelso templo
donde solían sacrificar porque la tempestad les impedía des-
embarcar[281]. Por tanto, necesitaría muchas palabras si trata- 4
se de hacerle ver a otro el poder de esta circunstancia, pero
tú conoces innumerables ejemplos en la literatura, y en tu
búsqueda filosófica de la propia verdad no son pocos los ca-
sos similares de los que te ocupas. Más que aprender, tú es-
tarías más en disposición de enseñar sobre el poder de la
oportunidad. Así es que ésta es la excusa que te presento por
mi supuesta negligencia, y si alguien me lo reprocha, ab-
suélveme. En cuanto al portador, este jovencito que es con- 5
ciudadano tuyo, ¿cómo te voy a exhortar a nada? Pues sabes
perfectamente de quiénes proviene y cómo es, y, sabiéndo-
lo, no permitirás que este camarada sea más beneficiado por
otro que por ti.

183

A Andrónico (360)

Sabía perfectamente que con todo el placer del mundo
desearías ver al noble Paladio aunque yo no escribiera ni
una línea. Pues, si buscas en él, hallarás el conocimiento de
las leyes con las que gobiernas y la elocuencia que forma
parte de tu vida. Es verdad que también se dan en otros di- 2
chas cualidades, pero el encanto de su carácter, su forma
campechana de ser, su capacidad para ganarse de inmediato
a cuantos tienen trato con él, así como su facultad para crear
él solo una fiesta donde no la hay y de hacerla más alegre
cuando sí la hay, eso tal vez no lo encuentres en otro y, por

[281] La lectura de Foerster *(kōluoúsēs aigídos)* carece de sentido. Es mucho más verosímil la lectura del *Sinaiticus (kōluoúsēs tês kataigídos).*

3 supuesto, no en muchos. Por esa razón, de la misma forma que lo perseguirías si se te escapase, no lo rechazarías si se acercara a ti. De modo que ninguna falta hacían esas cartas destinadas a entablar una amistad, sino que cuando se te haya mostrado y tengas trato con él y, habiéndolo tratado, colmes de elogios a este hombre, entonces me sumaré a la tarea para que me des las gracias cada vez que lo ensalces.

184

A Andrónico (360)

¿Qué es lo que has hecho, tú que te has equivocado en lo único en lo que no había que errar, aun cuando en lo demás hubieses actuado injustamente? Berino es desdeñado y despreciado. Berino, el más amado de todos para mí y diríase que también es el más querido para ti, si es que lo es para
2 mí. No obstante me prometías que harías cualquier cosa por él, me exhortabas a que cobrase ánimo y a mi insistencia la calificabas de insulto, pues el proemio de tu etapa fenicia
3 sería esta merced hacia él. Sin embargo, tú, que eres servicial con los demás (y no te lo reprocho, pues hay que aprovechar el poder para hacer el bien), con mi condiscípulo, en cambio, que aun siendo muy rico y justo no prefirió quedarse al cuidado de sus bienes —pues así es él o, si lo prefieres, digamos que cuando se tiene un espíritu de tal calidad la preocupación por la riqueza divaga cual pájaro que se muda de un árbol a otro—, en efecto, con este hombre no desearía decir que Andrónico no resultó estar bien dispuesto, pero tampoco podría decir que lo estuviera. Lo único que se pue-
4 de decir ahora es lo siguiente: que le prodigará su favor. No te quepa duda de que el tiempo no pasa llevándose consigo

este feo gesto, pero si lo deseas aún es posible concederle, aunque con retraso, esta gracia. Pues creo yo que es mejor hacerle el servicio tarde que no hacérselo en absoluto.

185

A Eufemio (360)

Rufino[282] es pariente del famoso Olimpio, amigo mío porque emula a su pariente y ocupa precisamente cierto puesto principal en la guardia del Prefecto. A este hombre quiere Quirino, uno de tus soldados, entregarle a su hija en matrimonio, pues es un hombre sensato, pero la necesidad le obliga a aplazar el hecho, pues está acantonado en Berea.
Además de Zeus protector del matrimonio, de ti depende 2
que el casamiento se celebre, en el caso de que quisieras dejarnos libre a Quirino no por muchos días. Te conviene ser solícito con Matrimonio, para que a ti te resulte mejor la segunda oportunidad del dios[283]. Pero no se te ocurra escri- 3
birme eso de que no tienes tiempo, que no tienes poder, ni esas excusas que sueles alegar. Pues no te estamos pidiendo oír por qué motivo no pudiste darle licencia a este hombre, sino verle con su permiso en la mano.

---

[282] Rufino 3 era oficial de la plantilla del prefecto de Oriente, posiblemente *princeps* o *cornicularius,* como se sugiere en la *PLRE*. Su pariente es el influyente Olimpio 3.

[283] Cf. *supra,* la nota 189. Resulta claro que Eufemio 2 tuvo una mala experiencia matrimonial. Cf. O. Seeck, *Die Briefe* ..., págs. 136-137.

186

A Demetrio (359/60)

El noble Baquio se ha separado de vosotros y conmigo no ha estado el tiempo que debía. La causa es que a él le retenía en su patria la nostalgia y a nosotros las obligaciones de nuestra arte (ya sabes lo fuertes que son), que me impedían ser libre. Añadíanse también las preocupaciones por quienes no respetaban la voluntad de mi tío[284]. Están inten-
2 tando por todos los medios anular su testamento. No obstante, el propio día en que vi a nuestro camarada valía para mí por muchos y lo tenía señalado como jornada de inmensa felicidad cuando me enteré de las competiciones en la bebida y cómo se puso a buscar el vino entre aquel oscuro caldo. Pero ojalá no cese él de beber ni tú de escribir, pues ésa es la mayor de tus hazañas: haber erigido el trofeo sin molestarte.

187

A Estratoniano (359/60)

Éste es para nosotros el fruto de nuestro regreso a casa[285]: encontrarme con viejos condiscípulos, contar y escucharles alguna anécdota de los tiempos pasados y revivir por

---

[284] Se refiere, claro está, a los problemas de la herencia de Fasganio.

[285] *I. e.,* su instalación definitiva en Antioquía. El hijo de Estratoniano era alumno de Libanio.

medio del recuerdo aquellos hechos como si los estuviese viviendo. Precisamente también me sucedió eso mismo con 2
el excelente Teódoto y aquellos días los tengo señalados como si fuesen festivos. Además, ha crecido mi afecto por él al saber que también siente aprecio por tu casa. En efecto, 3
lo primero que hizo al dirigirse a mí fue preguntar por tu hijo, y no se marchó hasta que no puso a prueba al muchacho animándole a que compitiera con él recitando algunos versos de Homero. Y él acudió al desafío sin titubear. El resto te lo contará él mismo; con plena seguridad no te mentirá ni voluntaria ni involuntariamente, pues venera la verdad y rebosa de destreza oratoria.

188

A Demetrio (360)

Claro que nada que provenga de ti es insignificante, precisamente porque viene de ti, y estos dones que me llegan también son importantes si su grandeza se mide por el placer que causan. Es evidente que antaño vuestra patria hospedaba al Persa con estos bienes, pues formaba parte de su imperio. Pero si esta tierra hubiera sido de los griegos y del Persa aquellos otros territorios, y a continuación hubiese probado estos manjares, me parece a mí que hubiera iniciado su expedición para conquistar vuestra región más que Atenas por sus higos. Mas, si así lo deseas, de acuerdo: son 2
insignificantes en sí, pero su grandeza procede de quien hace el envío y no son más pequeños por lo primero que grandes por lo segundo. Y como así pienso, yo mismo te he 3
enviado dos de mis discursos, en absoluto bellos pero que a ti no te parecerán malos. Así es la amistad.

189

A Andrónico (360)

El admirable Mares ha sido condiscípulo mío y maestro —pues ascendió de aquella condición y vino a parar a ésta—. En virtud de estos dos derechos él puede ordenar y no-
2 sotros debemos obedecer. Él tiene interés por Zenón, que pertenece a la guardia del Prefecto y ahora recurre a ti con la intención de obtener un buen resultado, si así fuera tu voluntad. Pero si no es así, no te diré lo otro, pues sé que accederás a obrar del mejor modo por hacerme caso y por respeto a aquel a quien también respeto yo.

190

A Acacio (360)

Tenía que ser que también ahora tus cartas me pusieran en movimiento a Ticiano, y ahora me parece muy cierto lo que se cuenta de que te hallabas enfermo. Pues se ha dicho esto, pero también que gracias a los dioses te repusiste. Debes salvarte por muchos motivos, pero especialmente porque la divinidad nos ha depositado en muchos puertos, pero
2 en pocos tenemos plena confianza. Y de esos pocos el principal es ese que también es el más importante de entre los rétores. Y si te conoces a ti mismo, sabes perfectamente a
3 quién me refiero. Así pues, tu hijo se marcha para darte alivio. Unas veces le acuciaba yo para que fuese corriendo a tu lado y otras lo retenía, lo primero porque pensaba en ti y sabía que, cuando lo vieras, te haría más llevadero tu mal, y lo

segundo para que adquiriese mayores conocimientos. Pues él es de los que han aguzado su lengua en los llamados ejercicios declamatorios y en poco tiempo han adquirido vastos conocimientos. Mas, con todo, tu interés ha prevalecido y te 4
he mandado a tu hijo como un consuelo para las circunstancias presentes. Él te prodigará sus cuidados por un doble motivo, porque eres su padre y también su instructor.

191

A Modesto (358/59)

Al principio no nos era dado saber dónde te encontrabas, sino que tan sólo nos era posible saber que estabas en un lugar que a ambos lados tenía un río, por uno el Tigris y por otro el Éufrates. Pero en qué punto de éste o de aquél, lo ignoraban hasta a las ciudades de la zona, debido a que el águila del estandarte no permanecía quieta en ningún lugar.
Por eso suplicaba a los dioses que, tras poner fin a tu curso 2
errante, te quedaras quieto un momento para que las epístolas pudiesen iniciar su viaje, lo que por fin ya ha sucedido. Me dijiste en tu carta que te has tomado un respiro y que despiertas de tu letargo epistolar. No dirás que, como dice el proverbio[286], todo tiempo pasado fue mejor para escribir que
el presente. En cuanto al joven que me enviaste para que 3
aprendiese medicina con Talo, aún no he podido verlo. O bien no ha llegado, o piensa que no necesita nada de nosotros.

[286] Cf. SALZMANN, 73.

192

A Andrónico (360)

Sebón es cretense y por su linaje tiene cierto parentesco con la gente a la que gobiernas. Pues desciende de aquellos hombres que Europa parió de Zeus cuando éste trasportó a la doncella desde Fenicia por el mar hasta la isla de Creta. Lleno de conocimientos que tú mismo descubrirás si tienes trato con él y pruebas a conocerlo, ha llegado a ser, en virtud de su formación, no más diestro con su lengua que noble
2 por su carácter. Lo que caracteriza en especial su educación es lo que sigue: abrió las puertas de su casa a los forasteros e hizo que muchos se olvidasen de su hogar y considerasen
3 su trato más familiar que el de sus parientes. Por ejemplo, acogió a un fenicio que había desembarcado, hermano de Eusebio el rétor[287], al cual aseguró que lo devolvería sano y salvo. Y, en efecto, lo agasajó mientras estuvo en su casa, y cuando murió vertió lágrimas, pues era noble en todos los aspectos y, además, había tomado sobre su hacienda una de-
4 terminación muy laudable. Pues, mandando a paseo a unos hermanos que eran malvados con los demás y con él mismo, lo legó todo a un hombre que era noble con los otros y con él. Pero aquéllos se comportaron con una desvergüenza sin límite respecto de su decisión testamentaria. Y, al mismo tiempo, otros muchos buitres se presentaban de todas partes,
5 a los que Sebón logró ahuyentar. Sin embargo, estos dos hermanos son los más pertinaces de todos, ya que vencen como los escitas, que se imponen cuando huyen. La diferen-

[287] Eusebio 14 ya había muerto anteriormente. Cf. SEECK, pág. 142 (s. v. *Eusebius* XIII).

cia es que a los escitas les da esta ventaja el hacer su vida montados en carros, pero a aquéllos la lentitud de unos gobernadores o un defecto diferente[288] en el caso de otros. Y quienes tendrían que indignarse como si ellos fuesen los agraviados —su Aristides (Elpidio) y su Foción[289] (Andrónico)—, dormían a pierna suelta. Pero ha poco el ratón pro- 6
baba la pez[290]. No cabe duda de que tú los sacarás a rastras desde las sombras hasta la luz no sólo para salir en defensa de la justicia, sino también porque consideras intolerable que éstos se regocijen tranquilamente en casa, aunque su condición en nada es mejor que la de los esclavos, mientras Sebón, la cima de los helenos, tiene que andar desterrado por tierras extranjeras durante cuatro años a pesar de que tiene esposa e hijos. Aunque ya lo sabes, desearía hablarte 7
de lo que los echa de menos, motivo por el cual muchas veces tuvo el impulso de tirar este litigio por la borda y regresar. Mas no se lo permitimos nosotros por compasión hacia el muerto, para que no se dé cuenta de que sus enemigos se aprovechan de sus bienes, y le recitábamos ese verso homérico que dice que ningún acto vergonzoso superará la prueba del tiempo. Muéstrale, pues, que hemos tenido razón al con- 8
vencerle para que se quede y complace a las leyes convocando aquí a los que se esconden, y a nosotros haciéndolo con presteza. Piensa que no tendré excusa alguna si de nuevo este hombre se ve envuelto en aplazamientos cuando de ti depende que el asunto vaya rápido. Pues si te muestras negligente, mi promesa de que para complacerme le presta-

[288] Alusión eufemística a la venalidad de algunos gobernadores.

[289] Aristides, el justo, y Foción, el bueno, son paradigma de estas virtudes que, según Libanio, deberían poseer los supuestos valedores de Sebón, Andrónico 3 y Elpidio 4.

[290] Cf. Salzmann 83 y Demóstenes, *Contra Policles* 26. El refrán se aplica a los ingenuos.

rías tu ayuda con todo tu vigor me arrebatará cualquier atisbo de razón. Mira, pues, no vayas a hacer que quede como un fanfarrón.

193

A Nicencio (360)

Aún sigues escribiéndonos, pero lo que realmente esperábamos era poder verte en persona, pues hace tiempo que nos hemos enterado de que se te ha convocado y estás en camino. Sin embargo, me da la impresión de que, en efecto, has sido llamado pero que has preferido quedarte quieto por haberte convencido el Nilo de que es mejor darse a la buena vida en Egipto que fatigarse en otro lugar para que otros
2 puedan vivir lujosamente. Por tanto, sé que no podrás esquivar perpetuamente esta tarea, sino que de nuevo te veré envuelto en las preocupaciones que son el sino de los gobernadores y que, como te acuerdas de nosotros, haces lo mismo que hacemos aquí, pues también te llevamos dentro
3 del alma. Aunque era noble el que heredó el cargo de gobernador que tú ocupabas[291], no es inferior el que lo ha recibido de éste[292]. Con todo, cuando ante ellos mismos elogiamos tu gestión, no se molestan por ello.

194

A Modesto (360)

¡Qué terribles males ha sufrido Procopio mientras nos lamentábamos y rogábamos con él que se disipasen estas ti-

[291] Sabino 5.

[292] Trifoniano 2.

nieblas de los cilicios que, tras haber recibido de él servicios sin cuento,

le pagan sus favores como a Agamenón![293].

En efecto, a guisa de lobos que se abalanzan sobre corderos abandonados, han convertido la casa de su hija en botín de los misios[294]. Y aunque Procopio vive aún y ha sido despo- 2
jado de parte de sus bienes, por lo demás sigue siendo tan grande como antes. Además, también tú conservas la vida, tienes poder, consideras a Procopio como uno de tus amigos y no menos que gobernar sabes amar incondicionalmente. Muestra, pues, a estos malvados cilicios que no es fácil maltratar a este hombre. No te sorprendas si te he enviado una 3
carta breve para ocuparme de males tan grandes, pues el que te la lleva es orador e hijo suyo, víctima también de este atropello y provisto de una elocuencia más que suficiente para describirte la tragedia.

195

A Andrónico (360)

Estoy seguro de que a menudo tú y tus conocidos dialogáis sobre Fenicia, unos poniendo por las nubes la naturaleza de la tierra, otros la mezcla de las estaciones, otros la feracidad del mar y, entre otras técnicas, la del tinte, que dicen que fue descubierta azarosamente por un perro que nada sabía de lo que hacía. Sin embargo, yo al menos defino a este 2

---

[293] Cf. Zenobio, *PII* 11.

[294] Cf. Zenobio, *PV* 15 y Salzmann, 41. Este refrán, muy usado por Libanio, se aplica a quienes sufren impunemente agresiones, como los misios eran agredidos por sus vecinos en ausencia de su rey Télefo.

hombre como lo más hermoso que hay en Fenicia detrás de los templos[295] de los dioses. Él mismo se arrodilla ante ellos y es éste el principal de los ornamentos de su persona: que sabe reconocer lo divino. En segundo y tercer lugar no sé qué escogería, pues todas sus virtudes rivalizan entre sí con
3 gran paridad. Pero lo más excepcional es que, cuando estaba ocupando el mismo cargo que tú, conjugó la filosofía con sus funciones de gobierno, burlándose de los que presumían de ser alguien y proferían amenazas, hasta un extremo al que ignoro si llegó alguien con sus semejantes o con los esclavos. Pues dinero no le podían arrebatar (¿cómo se lo iban a quitar si no lo tenía?). De haber sido encarcelado hubiera creído encontrarse en un prado. En cuanto a lo de ser relevado de su cargo, no habría significado quedarse sin algo,
4 sino la restitución de su tiempo libre. Creo que ni siquiera se habría dolido si le hubiesen condenado a muerte, pues no tiembla de miedo ante la muerte, como la mayoría, sino que sabe que bajo tierra existen deleites nada insignificantes pa-
5 ra los justos. Por eso se presenta ante ti, para ser espectador y juez de tus actos. Hasta me atrevería a añadir que va para ensalzarte, porque si te ganas su aprobación —y seguro que lo harás—, lograrás una fama superior a la que ahora tienes,
6 a pesar de que no es nada insignificante. Porque nadie se atreverá a llevarle la contraria a Hierio, que descuella entre el resto por su amor a la filosofía y, a su vez, entre los filósofos por mandar a paseo la barba, la capa y el bastón[296].

---

[295] Como señala Norman, Libanio juega con la similar fonética de «templo» (en gr. *hierá)* y el nombre de su recomendado, Hierio 4. Por una trágica ironía del destino, sería este Hierio el responsable de la posterior muerte de Andrónico, ejecutado en el 366 a resultas de la revuelta de Procopio. Cf. *Disc.* I 171 y LXII 58-60.

[296] Distintivos de los filósofos cínicos. Al parecer, Hierio compartía la aversión de Juliano por los cínicos.

196

A Modesto (358/9)

Ojalá puedas llevar a término, conforme a tu proyecto[297], este pórtico ancho, largo, elevado y caro a Dioniso, y que permanezca sólidamente en pie mientras exista la raza de los hombres, perpetuando con ello el nombre de su constructor. Mas ¡oh bienaventurado! no nos limitemos a prestar 2
atención a que nuestras obras sean magníficas, sino también a que no molestemos a nadie con nuestros actos. Considera que hay quienes ahora se están lamentando; yo los he visto personalmente y no te lo voy a ocultar, para que, si te pareciera que digo algo importante, pongas fin a lo que sucede. A unos les ordenaste que trajesen columnas de Seleucia, 3
mientras que a otros se lo has pedido como un favor. Sin embargo, el que se expresa en estos términos deja en manos de la persona a la que se la ha hecho la petición que obre en uno u otro sentido. La curia obedece en silencio. En cuanto a los que han desempeñado antaño cargos públicos, unos siguen el ejemplo de los anteriores y las traen, pero hay quienes piensan que este asunto es espantoso: se trata de los que opinan que vale la pena pero no tienen capacidad. Éstos dan 4
al pórtico el nombre de «muro del *comes*» y sienten un temor no pequeño a que lo que ahora se llama «favor» desemboque finalmente en una obligación cuando los que vengan después decreten que debe seguirse el ejemplo y alguien

[297] Esta epístola y la siguiente son dirigidas al *comes Orientis* para aconsejarle sobre los problemas que están generando entre los decuriones menos ricos sus proyectos en Antioquía; en ésta la construcción de un pórtico y en la siguiente la supervisión de las fraguas.

5 más tarde censure al inventor del inicio. Mas, si te parece
bien, hagamos como sigue: anuncia que participe quien lo
desee voluntariamente, pues encontrarás a quienes estén dis-
puestos gracias a sus recursos y no importunarás a los que
no pueden. Así nadie lanzará maldiciones por lo que se ha-
ce. Ojalá puedas llevar a cabo modestas construcciones con
el beneplácito de todos, antes que las murallas de los babi-
lonios a costa de agobiar a la gente.

197

A Modesto (360)

Escucha ahora otro asunto que requiere que lo enmien-
des. No hay nadie similar a Asterio entre nosotros, ni en
ningún otro sitio, según creo. Este varón prestaba una aten-
ción tan grande a la virtud no porque la vejez hubiese apa-
gado placeres extravagantes, sino porque desde la infancia
su naturaleza lo ha conducido a la prudencia. De ahí el res-
peto que ha inspirado a sus conciudadanos, no más a cuan-
tos él superaba en edad que a quienes entonces eran más
viejos que él. Cada vez que me encuentro con este hombre
venerable y nos ponemos a hablar, me asalta la creencia de
2 que mi tío está vivo. Por eso, cuando lo arrojaste al vapor y
al entrechocar de los yunques, menesteres a los que es más
opuesto que los cisnes a las fraguas, cogí un gran berrinche
y estaba decidido a escribirte. Luego le pedí que aguantase
durante un breve tiempo y se prestara a sí mismo un servicio
complaciéndote con el desempeño de las tareas a las que no
estaba acostumbrado, al tiempo que le aseguraba que la libe-
3 ración llegaría de inmediato. Pero como ésta se alarga, este
trabajo es muy ajetreado y él adora la tranquilidad, motivo

por el cual rechazó nombramientos como gobernador que tenía en sus manos, es preciso que las personas nobles sean dichosas durante tu mandato. Asterio rehuye lo que otros persiguen hasta el punto de que con gusto saldría exiliado de su propia tierra si en ella no fuese a vivir con arreglo a su propia manera de ser. Te pido que apruebes su deseo de ocuparse de sus propios asuntos y que, por consideración a los servicios que ha prestado, traslades a otro el cumplimiento de tu encargo, que son muchos los hombres a los que
gobiernas. Asterio no permanecerá sentado sin hacer nada 4
aun cuando lo releves de estas labores, pues testimoniar su admiración por ti será ahora su tarea.

198

A Andrónico (360)

Si el noble Eustoquio no fuese amigo tuyo como también lo es nuestro, tendría que extenderme mucho para que le concedieras un favor. Pero la realidad es que, puesto que conoces a este hombre y, conociéndolo, le aprecias, te estamos
pidiendo algo que concederías con gusto. Ese funcionario 2
tuyo afirma que ha sido maltratado por los que administran la hacienda de este hombre, pero ellos lo niegan y, tras esconderse en algún sitio, están temblando de miedo, no porque hayan cometido delito alguno, sino que es su falta de
experiencia la causante del miedo. Pero la cosecha está pen- 3
diente de recolección y si no aparecen los agricultores Eustoquio lo perderá todo. Así pues, no seas responsable de un perjuicio para un hombre noble y honesto, pero que tampo-
co escape nadie al castigo si ha cometido alguna ofensa. ¿Y 4
cómo es esto?, dirás. ¡Por Zeus!, no habrá que pensar mu-

cho: él salvará su cosecha y no te impedirá que los captures. Es preciso que sepas que, si son cogidos, no tendrás que encolerizarte, sino que su señor se anticipará al juez.

199

A Sofronio (358/61)

He aquí lo que hace largo tiempo suplicaba a los dioses: por fin tengo a tu hijo. Tarde, bien es cierto, pero al fin y al cabo tengo, por así decirlo, la viva imagen de su padre: su rostro, su moderación, su forma de andar y, lo más importante, carece de cualquier atisbo de pereza y pone empeño en el estudio de la retórica. Ésta es, en efecto, tu contribu-
2 ción al chico. Sólo le falta una cosa: Fortuna. Mas roguemos a los dioses, *tanto tú* como yo, y el *tío* del jovencito, que es amigo mío. Creo que también el excelente Juliano[298] invocará a Hermes. Pues a mí me dio una orden, pero al dios le suplicará.

200

A Modesto (359/60)

Ahora se te presenta lo que hace mucho anhelabas oír: un excepcional pretexto para anular esta condena que sin motivo justificado se ha abalanzado sobre el honesto Anisio y cuya firme ratificación no ha tenido que sufrir gracias a tu
2 dulzura. Pues ellos te reclamaban insistentemente un justo aplazamiento y a ti no te desagradaba la idea. De esta forma,

[298] Juliano 11, procónsul de Asia. Cf. *Cartas* 222-223.

con el transcurso del tiempo, se halló un hueco en la magnanimidad del Emperador que de ti depende que nos aporte alguna utilidad. Pues el rescripto no obliga a hacer efectiva la fianza, como podrás ver, lo mires por donde lo mires. Y esta baza será nuestro más firme argumento, si es que así lo deseas, pero si no, será tan sólo sombra de humo. Sin em- 3
bargo, parece que estoy siendo injusto contigo al perder la confianza cuando debería confiar. Pues, creo yo, ya te encargarás tú mismo de razonar en tu interior sobre cómo debes seguir tu propio ejemplo. Si, en efecto, debemos apreciar las súplicas de los amigos, la carta de Eustoquio y Nicencio merecen tu respeto, y la mía tal vez no sea deshonrada.

201

A Estratoniano (359/60)

Deberás hacer memoria por si tienes contraída alguna otra deuda con Leoncio[299]. Yo conozco una por la que debes pagarle, y te la diré. No ha cesado de vigilar continuamente el género de vida de tu hijo y en ningún aspecto le iba a la zaga a tu pedagogo, ni son menores los cuidados que le hubiera prodigado su padre de haber estado a su lado. Él no 2
cree que deba pedirte nada porque considere que se está preocupando por tu hijo, pero vale la pena que le compenses aunque guarde silencio. La paga apropiada es que te tomes interés para que lo antes posible dé cumplimiento a los asuntos por los que se ha presentado ahí.

[299] Leoncio XI es el portador de esta carta y de la siguiente. El hijo de Estratoniano era alumno de Libanio.

202

A Prisciano (359/60)

Aun cuando resulte risible que ahora te suplique por aquel en cuya defensa me hablaste a menudo en nuestras conversaciones, con todo te suplico y te pido que sigas tu mismo ejemplo. Porque ésa es la petición que me hizo Leoncio: que todo se le solucione con rapidez. Ves que este hombre se encuentra en mal estado físico y que quienes es-
2 tán en tal situación no pueden aguantar dilación alguna. Sé que incluso al insigne Modesto he conmovido con mis palabras en su defensa. Por tanto, ¿qué es lo normal que hagas con este camarada, con este amigo y protector nuestro? Así es que, cortando de *raíz* cualquier aplazamiento, venga de donde venga, concede un respiro a esta víctima del despre-
3 cio. En cuanto a Estásimo, me parecería oportuno pedir que lo dejaseis marchar para aprender retórica, si no supiera que tú en persona vas a encargarte de enviarlo a nuestra escuela.

LIBRO III

203

A Germano (360)

Puesto que mandas sobre un extenso territorio, populosas ciudades y sobre la raza de los helenos, estás haciendo realidad nuestros rezos. Mas no hemos logrado el objeto de nuestra súplica en su totalidad, ya que no nos gobiernas a nosotros. Sin embargo, creo que no deberemos esperar mucho tiempo para lograr esta parte de nuestro voto. Será entonces cuando puedas beneficiarnos a nosotros, pero por el momento sí puedes ayudar a nuestros amigos —si es que no debemos entender que ayudar a nuestros seres queridos es
beneficiarnos personalmente. Así pues, Hermolao, a quien 2
tienes delante, es mi amigo íntimo en razón de su amor por la retórica, por cuyo motivo nunca vaciló en asistir a los reos en los juicios mientras acudía como uno más a mis cla-
ses. Así fue como hizo crecer el vigor que ya poseía. Sólo 3
tienes que hacer la prueba tú mismo. De su noble condición se ha creado una fama tan sólida, que ni siquiera un enemi-
go suyo osaría afirmar de él que no es honesto. Entonces, 4
cuando se presentó aquí con la intención de medrar en su si-

tuación personal por intercesión de quien ostenta un poder mayor[300] oyó de nuestros labios que en absoluto debía precipitarse corriendo hacia el Éufrates ni tenía que importunar a esta persona, pues tú le darías mucho más que lo que reci-
5 biría del más poderoso. Por eso embarcó a su joven hijo en el desempeño de sus obligaciones municipales considerando que eso es lo primero que le cuadra a un hombre honesto: hacer el bien a la patria. Es preciso que con quien ha tomado las disposiciones necesarias para cumplir este deber, el gobernador[301] se muestre propicio para que su travesía sea
6 agradable. Y para que le hagas seguro su viaje, imita tu propio ejemplo ayudándole personalmente y procurándole la ayuda del procónsul. Piensa que le prometí que lo harías y le convencí de ello, y que en tus manos está no cubrirme de
7 oprobio. Así pues, muéstrate con Hermolao como yo sé que eres y renueva tu intercambio epistolar conmigo. Porque si son muy numerosas las cartas que ahora salen de tu puño y letra, es precisamente insólito el que entre tantas no se hallen también las dirigidas a nosotros.

204

A Andrónico (358/61)

A Leoncio[302], en cuya defensa te hemos mandado numerosas cartas, estoy seguro de que no le vas a prestar aten-

---

[300] *Sc.* el prefecto, que por entonces era Elpidio 4.

[301] El procónsul de Asia, Juliano 11, debía dar su aprobación a la estancia de Hermolao en Antioquía, debido a sus obligaciones como curial. Sería su hijo, de nombre desconocido para nosotros, el encargado de cumplir con esta obligación.

[302] No debe confundirse con el portador de las cartas 201-202. Por una casualidad, coincide el nombre de los portadores de estas cartas tan cerca-

ción, pues es ésa es precisamente la causa de los problemas que tú quieres causarle. Te pedimos rapidez, pero no se la concedes, tal vez porque eso es lo que te hemos pedido. Pues mira; ahora te pedimos lo contrario, que contempori- 2
ces, a ver si de ese modo te das prisa. Pues me parece a mí que te aterra la idea de que alguien se entere de que me has prestado un servicio. Por eso, te ruego que encarceles a Leoncio, en la esperanza de que dicha petición resulte ser su liberación.

205

A Modesto (360)

Me divertí mucho con Jorge[303], que se compadecía de los alejandrinos que habían caído en desgracia, y me lo pasé también estupendamente al enterarme de que recibiste la apología que de ellos hizo quien anteriormente les había hecho la guerra. ¿Qué nos queda ahora? Complacerte a ti 2
mismo, a aquél, a nosotros y a los dioses de los egipcios. Pues el dinero llegará de inmediato, pero en ti, en tu deci-

nas. Como señala Seeck *(Die Briefe...,* pág. 3) a propósito de esta coincidencia, el nombre era tan frecuente que en el círculo de amigos de Libanio hubo varios Leoncio.

303 El célebre obispo arriano de Alejandría, que fue preceptor de Juliano. El emperador Constancio era un arriano declarado y la elección de Jorge como obispo de Alejandría en una ciudad donde su rival Atanasio tenía el grueso de sus seguidores era poco menos que una provocación. Las revueltas religiosas en Alejandría eran frecuentes por estos años, lo cual provocó la intervención del jefe militar de Egipto, Sebastiano 2 (cf. la *Carta* 350). Lo curioso del caso, como señala Libanio, es que fuera precisamente Jorge quien asumiera ante Modesto la defensa de los seguidores alejandrinos de Atanasio, multados con fuertes sumas de dinero. Como es sabido, Jorge fue linchado en la calle a la muerte de Constancio.

sión y en tu mano está el que de nuevo vuelva a ser de quienes lo han entregado sin que el castigo se mantenga. Porque si tú no quisieras tratar con diligencia este asunto ni enviarlo al lugar de donde nunca saldría[304], queda una esperanza más
3 positiva. ¡Ea, pues! Haz que tu jugada sea brillante hasta el final y que todos vean que el término armoniza con el proemio.

206

A Modesto (360)

A Zenás lo apreciamos tanto por ser un diestro orador como por ser buena persona. También le debemos cierto agradecimiento por los trabajos que por nosotros soportó el hermano de éste cuando Limenio pensaba que tenía que acabar conmigo para darle satisfacción a otro[305]. Pero él permaneció impasible a mi lado frente a la cólera del gober-
2 nador. Así es que aquel noble Peonio[306] tendría que estar vivo ahora y recibir el pago correspondiente, pero ya que dejó esta vida, este hombre se convierte en heredero de mi deuda con él, a quien un dios, en castigo de no sé qué falta, lo ha metido a la fuerza en un embrollo escabroso de donde le han resultado castigos que hacen que la hidra parezca una insignificancia. Pues a un delator le sucede otro continuamente. Y él ha pagado ya una suma de dinero que pondría a

---

[304] Es decir, el tesoro imperial.

[305] Alusión a los apuros que pasó nuestro sofista en sus tiempos de profesor en Constantinopla cuando su rival, el sofista Bemarquio, logró que Limenio 2, entonces gobernador de la metrópoli, acusara a Libanio de practicar magia y de alta traición. Véase la narración de los hechos en *Disc.* I 39 ss.

[306] Hermano de Zenás 2.

prueba hasta la riqueza de Midas. Por tanto, consuela a un 3
hombre acosado cual una ciudad que ha sufrido por efecto
de un largo asedio. Pues no sería piadoso para mí no prestar-
le mi ayuda a este hombre, pero para ti sí lo es llevar a cabo
con solicitud alguno de los servicios que tienes pensado
hacernos.

207

A Policronio (360)

Conoces la elocuencia de Hilario y no ignoras su pobre-
za. Sabes perfectamente la amistad que le une a nosotros y
que, aunque ha padecido numerosos males sin haber causa-
do daño alguno, ha sido desterrado de su patria. En cuanto a
los autores de su desgracia, no es tampoco seguro decir
quiénes son, pues tienen poder. Sería justo que él se ganara 2
la vida ejerciendo la profesión de abogado, pero esas perso-
nas no desean que vea a sus rivales, pues si los viera él les
haría imponerse en el juicio[307]. Así es que el único recurso 3
que le queda para vivir es la paga que le da el Emperador,
pero que ahora, por las circunstancias presentes, ha quedado
suspendida. Sin embargo, podría llegar a ser suya si tú qui-
sieras. Y lo querrás, lo sé bien. Pues adoras recibir alaban- 4
zas por lo que haces bien, y sin duda todo el mundo te col-
mará de elogios, porque todos comparten la indignación de
este hombre y, si consigue algún beneficio, cada cual creerá
que lo ha recibido también. Que son muchos, y por muchos 5
motivos, los que te importunan, unos porque piden algo para

[307] Entiéndase que las personas influyentes que atacan a Hilario no desean que pueda perjudicarles con su intervención en un juicio por su destreza forense.

sí mismos y otros para sus conocidos, no necesito enterarme por boca de otros, sino que me parece estar viendo cómo te
6 toman de la diestra y la multitud de cartas que recibes. Pero considera que ninguno de ellos tiene tanta razón —en su caso ni siquiera tendría que necesitar tu ayuda— y considera que no hay que atender con igual presteza a quienes se muestran impacientes por cuestiones económicas que a uno que teme pasar hambre. Pues los primeros no incrementarían su patrimonio, pero él podría morir. Por ese motivo, aplácese el cumplimiento de mi asunto, pero llévese a cabo su petición.

208

A Ampelio (360)

Acuérdate de aquellas palabras que tú mismo empleaste para sentenciar que había que conceder siempre la primera petición, y de las mías, cuando te elogiaba por haber puesto
2 fin a esta práctica. Aunque sigo manteniendo lo dicho, no obstante deseo modificarlo ligeramente. Pues así como antaño uno que trataba de promover una ley ante la asamblea[308] excluyó de la obligación de cumplir la liturgia a los descendientes de Harmodio, en estos mismos términos me expreso ahora. Que nadie reciba la exención salvo Hilario el orador, quien tendría que estar pasando una existencia plácida en su casa y ocupándose de sus tierras, pero que, expulsado de ella por gente que le ha atacado con violencia, ni siquiera puede ver el fruto de su elocuencia, sino que le ocurre lo que dice el proverbio,

---

[308] Cf. Demóstenes, *Contra Leptines* 18 y *supra,* nota 13.

un varón delfio posee una corona, pero se ha muerto de [*sed*[309].

En el caso presente, quien posee el arte de la elocuencia no puede percibir salario[310] con su oficio (que otro averigüe la causa[311]). Ciertamente, lo que a mí me corresponde decir es 3
que si no le concedes a este hombre tu refugio, Hermes no lo soportará con benevolencia, tú darás la impresión de haberte olvidado de tu queridísima Capadocia y nosotros seremos presa del desánimo, por más que no se nos reproche nada. ¡Ea, noble amigo! Convence al muy poderoso Elpidio 4
para que le salve a él y a su hijo. Dile que igual virtud es desposeer a quienes es razonable hacerlo, como permitir que conserven sus bienes quienes lo merecen. Sepa que también yo me sumo al grupo que suplica por este orador. Porque es posible que también contribuya en algo, convencido como estoy de que en su casa no soy tan poco estimado, ya que, si no otra cosa, sí que sé cómo apreciar a un buen gobernante.

209

A Domnio (360)

Entre nosotros ha prevalecido la opinión de que también aquí ha germinado lo que es vuestro motivo de orgullo: el conocimiento de las leyes. En efecto, si busco al mejor, encuentro que eres tú[312], pero, considerando que es una impie-

[309] Cf. SALZMANN, 237.

[310] Como vimos en la epístola precedente.

[311] Por la carta anterior sabemos que este silencio prudente se debe al poder de los causantes del retiro forzoso de Hilario.

[312] Domnio 1 es profesor de leyes. Como apunta SEECK (pág. 124), parece ser que no aceptó la proposición de Libanio de instalarse en Antio-

dad ponerte en movimiento contra tu voluntad, te doy plena libertad para decidir, pues deseo tenerte aquí, mas no me pa-
2 rece adecuado traerte a rastras. Dime, pues, lo que te parece y ojalá me des la respuesta que deseo. Pero si prevalece el sentir contrario, danos a conocer a quién tienen que llamar para no equivocarse.

210

A Eufemio (358)

¿Qué debemos creer que es esto? ¿Irracionalidad, mala suerte o el desenlace de un enigma? Antonino, ése que renunció a su patrimonio ante la presión de quienes sostienen que es rico (o mejor dicho, ese Antonino que no les cedió nada, pues nada había a lo que renunciar) de nuevo es obligado a transportar el trigo[313]. ¿Es que has tolerado que se redacte esta orden sin darte cuenta de que estás combatiendo
2 tus propios designios? En consecuencia, él marcha al destierro privado de la posibilidad de ver a su madre —pues ésta es la única cosa que le retiene en su casa, dado que en los demás aspectos en nada es mejor su patria que el extranjero. Mientras tanto, vamos de un lado para otro buscando algún
3 Edipo que nos saque de este callejón sin salida. Sin embargo, las circunstancias presentes no requieren en absoluto la presencia de un Edipo o un Tiresias, sino que fuimos nosotros quienes nos equivocamos; nos equivocamos por no

---

quía, ya que en las epístolas que le escribió nuestro autor en los años 361 y 364 lo vemos ejerciendo su magisterio en Fenicia.

[313] Así pues, está encargado de una *sitēgía*.

haber suplicado antes a quien mueve los hilos en estos asuntos, quien a unos libera y a otros encadena[314],

pues inmenso es su poder. Mas, puesto que obrábamos alo-
[cadamente[315],

mira, heme aquí suplicando a este hombre por medio de ti. Ciertamente, esta súplica está más fundada que la de Áyax 4
cuando formó parte de la embajada para la reconciliación[316]. Que tenga a bien ceder y que no porfíe. En todo caso, aunque no preste este servicio a sus amigos, podrá complacerlo de muchas y muy diversas formas. Pues tiene poder para ello.

211

A Anatolio (360)

Soy consciente de que le he prestado el servicio más importante de todos a tu casa, si es que, en efecto, es una excepcional ganancia para tu casa el que tus hijos hayan adquirido un dominio nada insignificante del arte retórica, y además en poco tiempo. Tanto me he abstenido de perjudicarte, que he enseñado a los jóvenes el modo de aplicar un castigo suficiente a quien ha osado molestarte. Sin embargo, 2
me has insultado al convencerte a ti mismo de que te he injuriado a ti, pues ello equivale a creer que soy malvado con mis hermanos y con mis hijos[317]. Prepara la defensa por es- 3

[314] Úrsulo 1, el *comes sacrarum largitionum.*

[315] Esta cita combina *Il.* II 118 y IX 119.

[316] La célebre embajada a Aquiles en el canto IX de la *Ilíada.*

[317] Apolinario 2 y Gemelo 2, hijos de Anatolio 4. Libanio solía denominar «hijos» a sus estudiantes, como se vio en la *Carta* 9.

tos cargos. Es preciso que tengas previstos todos los detalles si no quieres verte totalmente ahogado en el cataclismo. Pero, más bien, ya sé lo que harás: te quedarás de brazos cruzados y ordenarás a tus hijos que escriban el discurso por ti. Éste es el único modo como podrás derrotarme.

212

A Prisciano (360?)

No ignoramos cuán inmensa es la masa de asuntos que te tienen ocupado, ni que siempre has podido con ella y que también ahora puedes. Pero es que ha llegado uno que nos anuncia el castigo que recibieron los que venían a condenarte[318]. De modo que te felicitamos no sólo por ejercer virtuosamente el gobierno, sino también por el respeto que te han
2 tenido los poderosos. En cuanto a Agiano, que sabía cuál era nuestra relación mutua, pensó que, si no llevaba una carta nuestra, nos insultaría a ambos: a mí por no tener ocasión de
3 escribirte y a ti por no recibir la misiva. Por eso se ha presentado en mi casa pidiéndonos cartas y me alegró el corazón no porque accediera con gusto a administrar los gastos públicos, como se le ordenó, sino porque va a estar a tu lado. Me parece a mí que no habría aceptado este puesto administrativo, si no se hubiera visto arrastrado por este joven
4 retoño. Es mi esperanza que este viejo amigo que ahora ha sido elegido para navegar en tu nave cumplirá con gozo su travesía.

---

[318] Según SEECK (pág. 372), su acusador era Luciano, el mismo que aparece arrepentido en la *Carta* 256.

213

A Elpidio (360?)

El dinero propiamente dicho aún no, pero si que me ha enviado Naumaquio la carta en la que me dice que lo ha percibido, buscando con ello que yo piense que él es un hombre
en el que vale la pena confiar. En cuanto a mí, lleno de ver- 2
güenza al saber que te estaba sacando dinero —pues te lo sacaba por necesidad, ya que las tierras parecen ahora empecinarse más en recibir que en dar—, ¿cómo iba a añadir una carta en la que también era necesario hacerte mención del dinero? Encima, también me ponía rojo de vergüenza, entérate bien, cuando le mencionaba a Naumaquio lo de que tenía que encargarse del cobro, no menos que si hubiese si-
do cogido robando en el mercado. Así es que no me mues- 3
tres agradecimiento por la extensión del tiempo transcurrido, sino perdón por no haber esperado otro tanto (mejor aún, por no haber guardado silencio hasta el final). Pues haberlo hecho me hubiera permitido enorgullecerme por haber respetado el proverbio. ¿Sabes a cuál me refiero? Al que trata
de los amigos y de los bienes materiales[319]. En cuanto a lo 4
que nos contó Marciano, nos hizo reír y llorar al mismo tiempo, pues sentíamos compasión por lo que les había pasado, pero la risa venía de la torpeza del que lo hizo. Que te iba a hacer la guerra lo sabía muy bien, pues tú eres uno de
los buenos[320]. También este Alejandro es hora de que tenga 5
mucho cuidado no sea que tenga un tropiezo y perezca, pues

[319] SALZMANN, 68.

[320] Es decir, es pagano. Esta carta se inserta en el contexto de las represalias de Constancio tras el levantamiento de Juliano.

también es de los buenos. Así es que enséñale cómo podría evitar la estaca de ese al que la perdiz puso su bello nombre[321].

214

A Prisciano (360)

Si es justo socorrer a un conciudadano, en el caso actual la justicia viene por partida doble. Pues si Caliopio debiera ser llamado antioqueno, es absolutamente preciso que le ofrezca mi alianza, pero si es originario de la que es mayor[322], me encuentro registrado entre sus habitantes, de manera que también por este motivo debo ayudarle. Y, lo que es más importante aún, es un noble varón que, además,
2 ha ganado buena fama por ser fiel a sus amigos. Precisamente por acudir a ti en la miseria y dar ejemplo de su naturaleza hubiera debido tener toda la fortuna del mundo. Y eso es justamente lo que se solía alabar en él: que, pudiendo es-
3 coger lo más, se conformó con lo menos. En efecto, llegó a ser asesor adjunto de su amigo, el noble Probacio, pero Envidia le apartó de un codiciado cargo. De ello se deriva esta situación actual que no hay más que ver. Corrijo: no es completamente desdichado, pues el Emperador se puso del
4 lado de la verdad y lo liberó de esta inquietud. Pero tú sabes muy bien a qué criterio están sometidos los rescriptos imperiales y cómo de este criterio depende que se consolide o no

[321] Posible alusión a algún Pérdix o Pérdicas del que no tenemos más noticia.

[322] Constantinopla. El antioqueno Caliopio 4 fue profesor ayudante de Libanio en Antioquía y en Constantinopla, ciudad de la que, según interpretan los autores de la *PLRE,* llegó a ser senador.

su salvación. Por eso, ocúpate de que nos aseguremos también éste. Tu inteligencia e influencia pueden conseguir cualquier cosa: la primera descubriendo un medio y la segunda haciendo que éste se lleve a efecto.

215

A Amiano (360?)

Al pedirte un favor no hago nada nuevo, e imitarás tu propio ejemplo si me consigues esta gracia. Pues son muchos los favores que te he pedido y me has concedido. Este Caliopio que tienes ante ti es conciudadano mío y ha compartido conmigo tanto la vida cultural de aquí como las fatigas que pasé en Tracia, pues sabe lo que significa estar en vela preocupado por sus amigos, así es que no sería para mí decoroso ser inferior a él en estas cuestiones. Por eso, si me pareciese a mí que estoy obrando injustamente, me avergonzaría de defender mis intereses, pero la realidad es que, puesto que Caliopio se ve arrastrado víctima de vejación, me moriría de vergüenza si no le prestase mi apoyo. Y le 2
puedo ayudar no por medio de mi poder, sino por el tuyo, y me valgo de él en virtud de nuestra amistad. Examina la situación (sé que eres mucho más meticuloso que los demás).
Cuando éste que ves se disponía a ponerse en camino desde 3
aquí, nos mencionó el dinero como si con ello pudiera atraerte a su causa. Pensaba que quien se encuentra en la posición en la que por ventura estás tú ahora nada haría por filantropía, mas por dinero cualquier cosa. Así es que me eché a reír y, tras explicarle lo que sé de ti, le dije: «Marcha desnudo y no lamentarás tu pobreza». ¡Ea, pues, noble amigo! 4
Acoge de buen grado a este hombre y haz que, dentro de tus

posibilidades, cesen sus males. Demuéstranos que en nuestras manos estaba nada menos que escribir al mismísimo soberano del conocimiento.

216

A Andrónico (360?)

Aunque no era poco lo que sabía de tu mandato, Herodiano me contó otras cosas más que ignoraba. Lo principal era ese amor tuyo y ese esfuerzo por Bérito[323], en virtud de los cuales la ciudad ganó sus acueductos y sus obras de arte,
2 y tú renombre por ambas cosas. Así es que, cuando me vio radiante de alegría como si yo mismo fuese el autor y el elogiado, me pidió, en pago al placer que me dispensó tu mérito, que te escribiéramos esta epístola de recomendación para él, así es que no quise obviar el pago de un salario tan
3 justo como agradable para ti. Por tanto, inscribe a este hombre entre tus amigos, pues también lo conceptuamos así nosotros, y trata de hacerle algún beneficio, dado que tampoco vacilaríamos si pudiésemos hacer algo por él.

217

A Andrónico (360)

Mi primo está saliendo de su liturgia[324], y la costumbre es que el espectáculo final de una liturgia de esta clase sea

[323] Beirut.

[324] La siriarquía u organización de los Juegos Olímpicos de Antioquía del año 360, cuyo principal atractivo era la cacería de fieras salvajes, acto que clausuraba las fiestas. Libanio pide a Andrónico 3, gobernador de Fe-

también el más grandioso. Y él, que está mostrando una gran preocupación por aventajar a sus predecesores a fin de que en cada espectáculo dicha superioridad sea manifiesta, se preocupará no sólo de ofrecer premios mayores que los anteriores y entregar más fieras a la muerte, sino también de congregar en este evento a combatientes de los más diversos lugares. Pues ello significa simple y llanamente poner el colofón a los Juegos. Así pues, el que pueda superarse con los 2
cazadores depende en su mayor parte de ti, porque Fenicia nutre a los mejores en esta técnica. Haremos uso de ellos, si así lo deseas. Si no es así, cojearemos en este apartado y no será a nosotros a quienes se nos cubrirá de reproches por no haber tenido fortuna, sino a quien se olvida de los amigos. Pues nadie ignora que estamos llamándolos de ahí y a quién pedimos el favor. Si no conseguimos ninguno, sabrán a quién se debe que no vengan. Y esto no es un motivo de gloria para ti. Amas Fenicia. Lo sé yo, y conmigo lo saben 3
la tierra entera y el mar. Pues si amas Fenicia, más te vale permitir que le hagamos un buen servicio a una ciudad tan importante. Y, al mismo tiempo, si llevan a cabo alguna gesta admirable dominando con su técnica la naturaleza de las fieras, el espectador elogiará a Fenicia mientras disfruta del espectáculo. Por consiguiente, no nos deshonres a noso- 4
tros ni la injuries a ella. Tampoco te aferres a la excusa de la carta de Modesto para no concedernos este favor, pues te la he enviado siguiendo una antigua costumbre. Nuestra con-

---

nicia, que le facilite cazadores para el espectáculo que organiza su primo, cuyo nombre nos es desconocido. Sabemos por la cartas siguientes que Eusebio 15, *magister scrinii,* dio orden de que no se celebraran estas *venationes,* pues era deseo del emperador Constancio II reservar las fieras para su propio uso. El Emperador era un gran aficionado a la caza y muy diestro. Para más detalles, véanse las notas a esta carta de Norman (págs. 66-67), Cabouret (pág. 100) y Fatouros-Krischer (págs. 362-363).

fianza no la depositamos en aquélla, sino en la esperanza de
que tú desees que nuestra familia mantenga su ilustre nom-
bre. Además, si estos hombres fuesen enviados por ti ahora,
nadie sino quien los ha mandado ganará fama por haber
5 concedido esta gracia. Hubiera sido conveniente que nuestro
tío[325] estuviera aún con vida y que te escribiese junto con
nosotros en vez de hacerlo solos, pues esto habría sido sufi-
ciente y no hay nada que no hubieses llevado a cabo. Pero
ya que se nos fue, medita en tu interior que quien ha muerto
no puede escribir, pero sí puede alegrarse aun después de
haber perecido. Ya conoces la opinión de los poetas sobre
6 estas cuestiones. Envía, por tanto, a los hombres y que haya
en ti algo de atención hacia las hijas de Dioniso y Coróni-
de[326]. Dar lo que no es conveniente dar es un acto perjudi-
cial, pero desterrar por completo a las Gracias no es propio
de un heleno.

218

A Eusebio[327] (360)

«Queden vivas las fieras y que nadie las sacrifique. Que
se ofrezcan espectáculos con esta limitación y que el dueño
2 no disponga de las que son de su propiedad.» Enviar esta
orden es fácil, e incluso otras aún más insólitas que ésta, pe-
ro examina si dejarse caer en una extravagancia tan grande

325 Fasganio, que organizó los Juegos Olímpicos del año 336 (cf. *Disc.* I 13).

326 Las tres Gracias son hijas de Dioniso y Corónide en la versión que ofrece NONO DE PANÓPOLIS *(Dionisíacas* XLVIII 555).

327 Eusebio 15, antiguo alumno de Libanio, es el encargado de enviar a la curia de Antioquía la orden que nuestro orador cita al comienzo de esta carta.

se compadece con tu propósito y las esperanzas que hiciste
concebir. Pues hay que estar orgulloso no por hacer cual-
quier cosa, sino por hacer lo que conviene. Ahora echa una
ojeada a cómo está la situación. Mi primo se esforzó, en un 3
acto de locura, por hacerse con esta pesada liturgia y De-
móstenes[328] coincidirá en que he llamado correctamente lo-
cura al hecho de buscar honores por encima de las posibili-
dades de uno. Pues, aparte de dejar su propia casa limpia de 4
dinero, añadió también no poco de lo que poseían sus mu-
chos amigos en su empeño de reunir fieras de todo tipo y
lugar, así como a los que contra ellas combaten. La pruden- 5
cia aconsejaba no extender durante tanto tiempo el gasto,
que es lo que con frecuencia le aconsejábamos. Pero ya que
no accedió a nuestras recomendaciones, hace caso a la nece-
sidad y convoca a las ciudades con la intención de poner
broche a la fiesta, pero tú no se lo permites. Pues dime, ¿qué 6
tendrá que hacer? ¿Deberá cancelar el encuentro después de
haber anunciado que todos deben quedarse en su país y es-
perar al invierno[329]? ¿Y qué podría hacer más vergonzoso o
más costoso? ¿Qué daño ha hecho para recibir este castigo?
¿Es que acaso deberá convocarlos y hacer otra cosa distinta, 7
como suplicar a los dioses por la salud de las osas y advertir
que ni se les golpee con un bastón? ¿Y qué deleite hay en
eso? ¿Cómo no se van a reír? ¿Cómo va a ser ese espectácu-
lo merecedor de una corona? ¿Quién tendrá arrestos para
soportar a los que chillen o a los que silben? ¿Y qué dirá si
le piden que hieran a las bestias? ¿Acaso debería responder
que no le da la gana? ¿O es que entonces habrá de mencio-

[328] Cf. *Contra Midias* 69.

[329] ¿Acaso para esperar hasta la llegada del Emperador, como sugiere Seeck *(Die Briefe...*, pág. 372)? Fatouros y Krischer *(Briefe...*, pág. 366), por el contrario, opinan que Libanio no se refiere a ningún acontecimiento concreto.

nar a quien se lo ha prohibido? Lo primero no es glorioso
8 para él, lo segundo para ti. Así es que ¡vamos, amigo mío! cura esta herida y no hagas mal a unos camaradas ni a una ciudad en la que te has formado. Pues las fieras que son furiosas e implacables son un regalo reservado al Emperador y están esperando los dardos de nuestro noble Señor. El resto es indigno de sus ojos, pero podría causar placer al pueblo.
9 Por tanto, redacta mejor tu orden y que la estaca no traicione a la vid[330]. Pues sin lugar a dudas esperabas resolver un mal causado por otros.

219

A Florencio (360)

Conoces tanto nuestra ciudad como sus costumbres, además de las liturgias que se desempeñan en ella y la extensión de cada una —cuál es llevadera y cuál precisa las riquezas de Creso— y cómo, en el caso de quienes se hacen cargo de las más onerosas, cada ciudadano debería en buena lógica prestarles no sólo sus mejores deseos, sino también su auxilio. Lo de acompañarle en sus súplicas nos atañe a nosotros, que no tenemos poder, pero es a ti a quien corres-
2 ponde ayudarle con hechos. Según eso, mi primo, aunque lleva gastando dinero durante mucho tiempo, por encima de cualquier precedente, y pese a que ha reducido su hacienda hasta el punto de no tener ya nada en su casa —ni lo

[330] Cf. Aristófanes, *Avispas* v. 1291, Salzmann, 86 y Zenobio, *PVI* 40. Explica Zenobio que el refrán se aplica cuando el salvador hace sufrir a quien es salvado.

desea—, tiene la intención de continuar manteniendo el esplendor de los Juegos. Aunque la necesidad lo saca del camino, 3 sigue adelante en su empeño y convoca a las ciudades a la clausura. Estando así las cosas, toma en sus manos tu carta. Yo no creí que viniera de vuestro puño y letra, pues vuestras misivas son siempre hermosas, mesuradas y perfumadas de cierta dulzura. Pero la de ahora no se parecía en nada a las de antes. Pues tus palabras eran tajantes: «No ma- 4 tes las fieras.» Y a continuación: «Quítate el manto, ponte otra ropa, deshaz la corona, echa a los espectadores y no hagas uso de lo tuyo.» O cuando dices: «Ni se te ocurra hacer eso, pero sigue atendiendo a su alimentación[331] y, aun cuando tengas que vender tus tierras, hazlo con una sonrisa en tus labios.» ¿Te parece que debo creer que esta carta se ajusta a justicia porque se dirige a otros? Entregó al Empe- 5 rador fugaces leopardos. A éstos se abstendrá de tocarlos, pues se los ha regalado. Lo mismo ocurre con las osas, más temibles que cuantas poblaron antaño Muniquia: tampoco les tocará un pelo, pues se las ha cedido. Pero de las restantes fieras, si no se permite que disponga de ellas, examina qué es lo que está sucediendo. A mí me parecería bien que 6 tú, aun cuando hayas adoptado ahora este tipo de hábitos, dejases de amonestar a un hombre que ha llegado lo más lejos que se puede, que le hagas las proposiciones con dignidad, como has hecho siempre, y que mandes a paseo este tipo de formalismos. Así es que reconcíliate con nosotros con 7 una segunda carta y considera la presente como una muestra de franqueza de un amigo; la adulación es cosa de otros.

[331] *Scil.* de las fieras.

220

A Modesto (358/9)

Los oradores buscan siempre la benevolencia de los jueces, no sólo aquellos que se dan perfecta cuenta de que no tienen de su parte ni un solo argumento sólido, sino también quienes saben que pueden estar confiados gracias a sus jus-
2 tas razones. Tengo la plena convicción de que este Caliopio que ves ante ti no ha cometido ninguna falta, ni pequeña ni mayor, pero te pido el deseo de todos: que le muestres un semblante afable durante el juicio[332]. Pues sólo si nadie le perturbase podría hacer uso de los bienes que justamente le
3 pertenecen. Y si no es posible hablarte de favor, al menos sí puedo rogarles a los dioses para que hagan que te muestres así. Y especialmente hago esta súplica: «¡Oh Zeus Melifluo, más manso que un padre para los hombres! Haz que el noble Modesto se nos muestre favorable a Caliopio y sea se-
4 mejante a tu persona.» Que cuando presida el juicio se acuerde de Zeus Melifluo para que nos congratulemos con nuestro amigo y Moncio[333] se regocije bajo tierra. Pues algo así se dice de quienes han dejado esta vida.

[332] Cf. *supra, Cartas* 214 y 215.

[333] Fue cuestor del césar Galo en Antioquía. Murió en el año 354 asesinado por los soldados, víctima de las intrigas del César. Véase AMIANO, XIV 7, 12-15, y 11, 18, donde el historiador nos cuenta cómo el espectro de Moncio perturba los sueños de Galo.

221

A Andrónico (360)

Creíamos que todo el tiempo que durase tu cargo sería
época de bonanza para el hijo de Teón. En parte lo esperá-
bamos por las peticiones que te hicimos y en parte por las
promesas que nos hiciste. Pero a lo mejor él está elogiando a
tu predecesor en el cargo[334]. Y no actúa así por la virtud de
aquél, pero si lo elogiara al menos lo haría con justicia, pues
todas sus cartas resultaron ser para él un mar en calma, pero
las tuyas son el estrecho de Sicilia. Ni siquiera te has digna- 2
do imitar, siendo amigo nuestro, la mesura que han mos-
trado quienes no lo son (¡hay que ver cuánto nos quieres!).
Al contrario, para que Úrsulo[335] se sienta halagado mediante
una exacción injusta, tus obligaciones con nosotros han sido
pisoteadas —esto es lo del alimento del carnero[336]— y son
desdeñadas las disposiciones de tantos prefectos. Pero no
pasa nada, siempre que rechaces la espada a costa de los
amigos. Me da la sensación, queridísimo amigo, de que le 3
excesiva alabanza te ha echado a perder y que te crees que
superas a Éaco[337] cuando maltratas a tus amigos. Tampoco
elogiamos a quienes por error traban combate con sus cama-

[334] El predecesor de Andrónico 3 como gobernador de Fenicia fue Juliano 11, también citado en la carta siguiente.

[335] En el original dice Urso, pero está claro que se refiere a Úrsulo 1, el temido *comes sacrarum largitionum* de Constancio.

[336] Que, de acuerdo con el refrán, paga la comida corneando al amo. *Vid. Disc.* I 31 y la nota de A. Melero en el vol. 290 de esta colección. Recogido en Salzmann, 79.

[337] Uno de los jueces del tribunal del Hades y, por consiguiente, un modelo de justicia. Cf. Salzmann, 11.

radas en una batalla nocturna, sino que los compadecemos —y hasta ellos se compadecen a sí mismos— porque actuaron equivocadamente. Pero quien actúa así en pleno día y a la luz del sol, y encima se jacta de su impío proceder, no sé
4 si existe algún remedio purificador para él. Mas ¡ea, buen amigo!, no borres a las Gracias de la lista de los dioses ni creas que tan seguro es afligirme a mí como a quien sabe defenderse como los leones; me refiero al invencible Olimpio.

222

A Germano (360)

Si otro fuese el gobernador[338] y no escribiera a los amigos, se lo excusaría, pues la enorme cantidad de asuntos los ahogan. Tú, sin embargo, que tienes una naturaleza tan fuerte como para soportar esta carga y más, no podrías de nin-
2 gún modo esquivar mi acusación. No me cabe duda de que reflexionarás sobre la correspondencia y tal vez me escribas para impedir que el motivo de la acusación se agrave, pero seguro que no deliberarás sobre si conviene que el portador de la carta[339] reciba de ti algún beneficio. Porque es esto lo que conviene resolver cuanto antes: la conveniencia de que
3 las cosas le salgan bien. Pues no le cede un ápice a ninguno de los oradores del entorno del Prefecto[340] y es el primero de todos por la moderación de su carácter. Además, me

338 Germano 1 era vicario de Asia, no simple gobernador. Es desesperante la imprecisión terminológica de Libanio a la hora de referirse a los cargos de la administración romana.

339 Andragacio 1 es el portador de ésta y de las dos cartas siguientes. Los tres destinatarios se encuentran en Ancira en ese momento.

340 Elpidio 4.

aprecia y disfruta honrándonos tanto como otro gozaría re-
cibiendo honores. Por consiguiente, para que pueda perma- 4
necer fondeado con dos anclas, no te entregues sólo a ti mis-
mo, y haz también que el excelente Juliano se asemeje a ti.
Tan sólo una palabra tuya sobre este jovencito bastará para
que se gane su buena disposición.

223

A Juliano (360)

¿Pero es que te has olvidado de nosotros? Pues bien, a
nosotros no nos deja que nos pase lo mismo Fenicia, que
con himnos inmortales celebra tu gobierno. También de
vuestra provincia de Asia fluye, confirmando nuestras ex-
pectativas, el relato de tus hazañas. Pero ninguna de las no-
ticias, aunque todas ellas son magníficas, es tan grande que
supere nuestra esperanza. Aquí nos regocijamos a causa del 2
parentesco que tenemos con los jonios[341] y porque es natural
que, si sigues prosperando en tu carrera, los gobernarás no
sólo a ellos, sino también a los de aquí con una dignidad
mayor. De ello se ocupará sin duda la divinidad. Este An- 3
dragacio que ves ante ti, al pedirme que le entregase una
carta, no me pidió un favor, sino que me lo hizo él a mí,
pues no tendrá más placer gozando de tu influencia que yo
por tener la oportunidad de dirigirme a ti. Tres son los facto- 4
res que te recomiendan a este joven: su capacidad para ha-
blar, que ya ha desplegado ante los prefectos, la moderación
de su carácter, que nadie que lo haya tratado antes dejará de
reconocer, y, por último, su camaradería conmigo, en la que
ha superado a quienes nos conocían desde la infancia.

[341] Es decir, los habitantes de la provincia de Asia.

224

A Hiperequio[342] (360)

Nunca antes sentí al mismo tiempo tanto placer ni tanta indignación como siento ahora. El motivo de ambos sentimientos me lo trajo el bueno de Gaudencio[343], quien, al contármelo, experimentaba la misma sensación que yo. Ello
2 hizo que precisamente aumentara mi afecto por él. Lo primero que me contó era que, nada más volver a tu ciudad[344], te ganaste su favor, lo mismo de jóvenes que de ancianos, muchos de ellos también diestros oradores, tanto por la velocidad de tu verbo como por la cordialidad de tu trato. Me explicaba que evitabas la polémica, la pendencia y el orgu-

---

[342] Primera carta que envía Libanio a su querido discípulo tras abandonar éste la escuela.

[343] Los autores de la *PLRE* identifican a este Gaudencio con el rétor de origen árabe Gaudencio 2, pero SEECK (pág. 171) y FESTUGIÈRE *(Antioche païenne...*, pág. 144) entienden que este Gaudencio y Heorcio son la misma persona. La base de esta suposición es que al final de la carta dice Libanio que está maniobrando para que su alumno se case con la hija de Heorcio, cuando antes se ha hablado en idénticos términos de la de Gaudencio. Así es que, como sería una muestra de mal gusto desacostumbrada en Libanio hacer semejantes insinuaciones sobre la paternidad de Gaudencio, ambos estudiosos concluyen que Gaudencio y Heorcio son dos nombres diferentes de una sola persona. Sin embargo, creo que es más lógico seguir la lectura de Wolf y de varios manuscritos que corrigen *tèn Heortíou* («la hija de Heorcio») por *tòn heortíon* («pequeña fiesta o alegría»), ya que no es muy frecuente en el epistolario libaniano que alguien sea citado con dos nombres diferentes (una excepción es el propio hijo de Libanio, llamado indistintamente Cimón o Arabio).

[344] Ancira.

llo, y que por ello superabas al Artemón del proverbio[345], tratándote todo el mundo de modo paternal, motivo por el que a tu padre poco le falta para volar y tu madre recibe el epíteto de «la del bello hijo.» Al escuchar estas y otras ra- 3
zones semejantes, y no tan resumidamente como he hecho sino con el detalle que es lógico en quien disfruta con el relato, pues es cierto que Gaudencio disfrutaba con las noticias que traía, no sé si él hubiera disfrutado más dándome detalles si hubieses sido su propio hijo. En cuanto a mí, les 4
daba gracias a los dioses como no lo hubiera hecho por ninguna otra cosa, pero él, poniéndose sombrío de repente, me llenó de turbación. «¿Qué significa esto?», le pregunté. Pero seguía callado. Y cuanto más lo apremiaba, mayor era su vacilación en hablar. Finalmente se vio forzado a añadir 5
aquellas espantosas y estremecedoras noticias: los dos peligros y las cuerdas que tenían preparadas tus padres[346]. Al ver que con estas noticias me estaba quedando muerto, se apresuró a acercarme el fármaco asegurándome que te habías repuesto y que ya no existe el temor que vuestra ciudad en su conjunto sintió. Temiéndose Gaudencio que me diera 6
la impresión de exagerar sin fundamentos en sus elogios hacia ti, dirigió la mirada en busca de un apoyo y, llamando a Romano, le pidió que fuese su testigo. Y él, avanzándose, afirmó que no podía decir más que lo que sabía. Así es que se ganó mi amistad con sus palabras. Como el noble Gau- 7
dencio no escatimó elogios para ti, le pregunté qué edad tenía su hija. Cuando supe la edad, le manifesté mi asombro

[345] Cf. SALZMANN, 31 y ZENOBIO, *A* I 64. Según una versión, Artemón era un joven muy bello pretendido por todas las jóvenes. Según otra, se trataba de un diestro ingeniero de Pericles al que tenían que transportar en litera debido a su cojera.

[346] Hiperequio estuvo gravemente enfermo y sus padres pensaban en el suicidio.

por el hecho de que alguien pase por alto a quien cubre de elogios y busque otro yerno. Y él, querido por mí como nadie, enrojeció y no me respondió, pero con su rostro eviden-
8 ció a las claras que no os consideraría indigno. Así es como yo, que tan lejos estoy, miro por vuestro interés y, desplegando las redes, trato de legarte esta pequeña alegría, aunque tu padre se haya pasado la vida de cacería.

225

A Andrónico (360)

Hermias[347] fue bien tratado por ti y no ocultó tus beneficios, sino que nos contó los favores de que disfrutó, lo cual me llenó de orgullo a mí y de alegría a Basiana[348], la más excelente de las mujeres. Por tanto, procura que este celo hacia nosotros no desaparezca, sino que, más bien, esta segunda petición resulte mejor aún[349] e imites a los buenos co-
2 rredores. Pues nos ayudarás otra vez, siempre que se te vuelva a llamar. Y éste es el asunto que nos urge ahora. Un hombre tirio llamado Heráclito se esfuerza desde hace mucho por nuestra causa, pero no por ello Tiro se ve perjudica-
3 da, pues Heráclito no tiene dinero. Anímale a que conserve la dignidad que ocupa ahora o bien nuestra posición quedará gravemente perjudicada.

---

[347] Parece ser que Andrónico 3 ha atendido la petición que a favor de Hermias le hizo nuestro sofista en la *Carta* 151.

[348] Madre de Espectato 1 y tía de Libanio, como vimos en la *Carta* 116.

[349] Para este refrán, véase la *Carta* 111.

226

A los asesores de Elpidio (360)

Asistidme, amigos[350].

Muchas llamadas de socorro como ésta podéis encontrar en la poesía, y también veréis cómo quienes las oyen hacen caso llenos de bondad y aportan la ayuda que pueden. Por tanto, asistidme también vosotros y extended cada uno por un lado una mano protectora a una persona ajena a la maldad, pero que está sumida en la desgracia. Tened en cuenta que no podríais estar satisfechos con vosotros mismos si no le ayudaseis. Cuando un marinero es golpeado por alguna ca- 2
lamidad, si ve a otros marineros les pide ayuda aduciendo que también él ha navegado mucho. En unos casos, comprendiendo al momento la naturaleza del mar y sus riesgos, los compañeros sacan del peligro al agraviado y les basta simplemente esta llamada de socorro. Pero en otros, cuando se trata de un insolente, se lanzan a una sobre él y le destrozan la nave. Algo semejante he visto hacer a los labradores 3
en situaciones análogas, y lo mismo cabe decir de los zapateros y broncistas. En cuanto a los soldados ¡por Heracles! es más fácil que apliquen fuego en cuanto que se ganan la vida así. Lo que les incita a la cólera es siempre una sola cosa: llevar el mismo género de vida. En el caso que nos ocu- 4
pa, precisamente vosotros dedicáis vuestra vida a la retórica, lo mismo que Aconcio, y vuestro patrón es el mismísimo dios Hermes, el hijo de Zeus. Y un hombrecillo mísero y rastrero se ha echado encima de este orador. ¿Quién, pues,

[350] *Il.* XVI 544.

le tapará la boca? ¿Quién le extirpará el aguijón? ¿En qué
aliados se irá a apoyar si no es en vosotros, que con toda ló-
gica escogeríais socorrerle y que poseéis el don de las Mu-
sas, gracias al cual os encontráis en la posición que ocupáis?
5 Además, no os escribiría estas líneas si no supiera fehacien-
temente que este hombre, aunque prepara su defensa, es
bueno y que el noble Elpidio no siente odio por todos los
que están procesados, sino sólo por quienes lo están por
6 haber cometido un delito. Si actuáis conforme a la justicia,
este hombre no se os mostrará tal como pretende el acusa-
dor, sino como nosotros sabemos que es.

227

A Policronio (360)

De nuevo te envío el acostumbrado regalo: un noble va-
rón que es víctima de los calumniadores y que necesita ayu-
da. Tú lo recibirás amablemente, harás que abandone sus
2 temores y que supere a sus enemigos en el pleito. Has hecho
que yo acabe siendo adivino por dos motivos: porque siem-
pre estás dispuesto y porque puedes hacer que tus designios
también se hagan realidad. Así es que creerás que me estás
haciendo un favor personal a mí, pero estará en deuda con-
tigo todo aquel que deba su fama a la retórica.

228

A Prisciano (360?)

Este que se presenta ante ti es Heraclides, egipcio de la
mismísima Menfis, que nos trae cartas de nuestros amigos

de Egipto y que ha creído conveniente recibir nuestra carta de recomendación para verte. Cuando, tras mencionarte a 2
ti en primer lugar, añadió otros nombres, le atajé diciendo: «No necesitas la ayuda de la higuera si vas con Heracles[351].» Así pues, muéstrale a Heraclides el poder de Heracles.

229

A Amiano (360?)

Asistir a los que acuden a ti de nuestra parte es propio de un hombre noble y amigo, pero mandarlos de vuelta alegres y sin cartas no es característico de un amigo solícito, sino de uno completamente vago. Es preciso que nos escribas en ambos supuestos, bien nos ayudes o no, para que, de concedernos lo más importante, no nos niegues lo que es secundario, o bien para que tu carta nos sirva de consuelo si no lo logramos. Pero haz que este Heraclides que tienes ante ti 2
consiga su propósito y se traiga una carta tuya. Es justo que apoyes a un amigo de Cabiro. Y sabes con quiénes está emparentado Cabiro. Pero si se le debe dar una recompensa por algo, te podrá aportar muchos y detallados informes sobre el Nilo. ¿Qué cosa más grande podría añorar Amiano[352]?

230

A Andrónico (360?)

Antíoco presta su auxilio a la ciudad entera gracias a su ciencia médica, y en el caso de mi familia su dedicación ha

---

[351] Para el proverbio, *vid. supra, Carta* 52.

[352] De este pasaje se deduce que Amiano 3 era de origen egipcio.

sido total. Basiana, cuyo nombre merece también tus respetos, depende de sus manos como si de un ancla sagrada se
2 tratase. Me he referido a ello para que te des cuenta de a cuántos y a qué clase de personas alegrarás con los servicios que prestes a Antíoco. Pues su pariente Eulalio quedó exento de servicio gracias a la justicia de Trajano[353] y, aunque estaba haciendo prestaciones en otra sección del ejército, se le inscribe en la que por aquel entonces estaba bajo el mando de aquel hombre y se ve obligado a entregar caballos. Sin embargo, el Emperador no lo permitió, dejando sin efecto el
3 castigo anterior. En efecto, Elpidio le garantizó el cumplimiento de esta resolución y ahora Eulalio está visitándolo, pero un poco después irá a verte llevándote dicha decisión. Más bien, adjunta la resolución en firme del Emperador al escrito de respuesta y saca estos caballos de la circulación, a fin de que posteriormente no se produzca revuelo en este asunto y por mediación nuestra se dé cumplimiento a uno de los empeños de este médico.

231

A Basiano (360)

Ojalá recibas bienes sin fin ¡oh el más excelente de los jóvenes!, pues el celo que es costumbre mostrar con los padres para así recibir el cuidado de los nietos, ese celo lo has

---

[353] Posiblemente se trate de Trajano 1, *praefectus militum* en Egipto en el 357. Parece evidente que a Eulalio se le inscribió incorrectamente como prestador de un servicio público consistente en la entrega de caballos para la posta pública (cf. P. Petit, *Libanius et la vie..*, págs. 48-49). La reclamación ante Trajano y el Emperador ha prosperado, pero los caballos ya habían sido entregados. Los animales debían de encontrarse en Fenicia, motivo por el que se dirige con esta carta al gobernador de esa provincia.

mostrado con tu maestro. En efecto, no me pasó desapercibida la carta que enviaste a tu abuela[354] sobre el admirable Cleobulo, en la que le pedías que permitiera que toda tu hacienda estuviese a disposición de él. Cuando me enteré, 2
no pude guardar silencio sobre un acto tan noble, sino que la ciudad entera ha quedado cubierta por la noticia de tu magnificencia, y tenemos aquí a Cleobulo, quien tendría que haber emprendido el vuelo sin remedio si tú no hubieras sido como eres. Así es que ¡vamos, 3

querida cabeza, sigue disparando así[355]!,

para que recibas alabanzas y vivas con la mejor esperanza. Has escogido las recompensas de las Musas, que ni siquiera en este tiempo son desdeñables. Pues afirman que todo el mundo, venga de donde venga, es sensible al amor por la retórica. Y éste es el don de los verdaderos hijos de Mnemósine.

232

A Modesto (358/9)

Te aplaudo por hacerles la guerra a los ladrones, pues de un solo golpe castigas a los malvados y haces que los justos sean mejores al ver que se pueden obtener alabanzas defendiendo la justicia. También felicito a este Frontino por esta 2
prueba, pues, aunque este examen se llevó a cabo sin estar presente, recibió el veredicto más positivo, posesión ésta más venerable que todo el dinero del mundo, ya que ganó el

[354] Basiana. Cleobulo 1 fue maestro de Basiano 2, como se vio en la *Carta* 155.

[355] *Il.* VIII 281.

no ser considerado perverso por ti. También me congratulo
conmigo mismo porque se ha puesto de manifiesto la hones-
3 tidad de un hombre que es camarada y amigo mío. Ahora
viene a ti para demostrar con más claridad todavía que se
abstuvo por completo de robar y que en los menesteres que
se le confiaron lo único que hizo fue trabajar y que no sumó
4 ni un óbolo a su hacienda. Sigue, pues, tu propio ejemplo y
muestra a todos que es posible incluso que se separe de tu
lado colmado de felicidad.

233

A Apolinario y Gemelo (360?)

No me da la impresión de que estéis muy lejos de noso-
tros, pues componer epístolas tan artísticamente no es pro-
pio de quienes están totalmente alejados, sino, permítaseme
decirlo, de quienes comparten nuestra compañía. De manera
que, aunque me alegré mucho de que me escribierais, más
2 aún gocé con que podáis escribir así. Creyendo que el eunu-
co que me entregó la carta venía de vuestra parte, lo llamé
malvado porque iba diciendo que se quedaba aquí[356]. Poco
después lo exculpé de mi acusación y dirigí mis reproches a
vosotros el enterarme de que se quedaba después de que le
3 manifestarais personalmente vuestro desinterés. Y eso que
este hombre es responsable de que os hayáis ganado un
hermoso renombre, como corresponde a vuestra naturaleza,
defendiéndoos como un perro frente a los villanos. Sin em-
bargo, tras haberle sacado todo el provecho, lo habéis re-
chazado, aunque se le podría aprovechar para la respuesta.
4 Así es que tratadme con solicitud a este pedagogo, hijos, ya

[356] Libanio trataba de usar a este hombre para enviar la respuesta.

sea convocándolo a Cilicia, ya enviándole algo de allí. Que el portador de esta carta, además de las enseñanzas que tanto os repetía, os persuada para que menospreciéis la riqueza; pues su aspecto externo es el de un *agente*[357], pero por sus obras se inscribe en el grupo de los filósofos, ya que siempre que hay ocasión de sacar provecho emula a Sócrates. Se trata del noble Amiano.

234

A Andrónico (358)

Este Antíoco que se presenta ante ti es uno de los que se han salvado por los pelos. Pues cuando Demetrio era gobernador de Fenicia le regaló un caballo indómito que había traído de una doma. No hizo más que subirse a lomos de éste y, rechazado por la montura, quedó tendido sobre la propia ágora, mientras que el caballo se alejaba a la carrera llevando su saco con sus mantas. Éste probablemente quedó para ganancia de los encargados de alimentar a la hermosa bestia. Así pues, éstos debían perecer por esta artera argucia, 2
porque también él habría perdido la vida en la caída si un dios no hubiera extendido su mano protectora sobre su persona. Sin embargo, debido a la moderación de Antíoco entablaron negociaciones con relación al dinero. Los que le 3
habían agraviado opinaban que con veinticinco estateras quedaba zanjada la indemnización, pero como él argumentaba que había perdido cien, el asunto está en discusión. Tarea tuya es determinar qué es lo justo, así como socorrer a uno y enseñar moderación a los otros.

---

[357] Para los autores de la *PLRE,* Amiano 2, el portador de esta carta, es *agens in rebus,* es decir, encargado de la posta pública.

235

A Melecio (360?)

A tu padre lo conocí y lo aprecio. A ti aún no te conozco, pero te aprecio como a él, pues oigo decir que también tienes la misma disposición hacia nosotros, como si nos hubieses tratado. Sírvate como signo de que así lo creo el he-
2 cho de que ya te pida un favor. Éste consiste en que Marcelino y Carcio[358], que son nobles, queridos para nosotros y amigos de Espectato, gocen de tu afecto. No creo que ellos
3 te soliciten nada inoportuno ni ilegal. Por tanto, persuade a Panfilia de que tú crees que debes honrarme, y a nosotros de que debemos escribirte muchas veces.

236

A Andrónico (360?)

Jamás supliqué a los dioses disponer de vuestro poder, sino que vosotros tuvieseis los cargos y el argumento más fuerte inherente a ellos, y que yo siguiera viviendo, como ahora, en calidad de simple particular. Sin embargo, ahora me parece que no le haría ascos a aceptar el gobierno de los fenicios para enaltecer a Partenio con todos los honores que hacen grande a una persona. Pero pensándolo mejor, no tengo necesidad de aspirar a un cargo cuando tu posees un po-
2 der que no es menos mío que si lo hubiera aceptado. Por

[358] Posiblemente haya que leer «Carterio», por lo que podría tratarse de Carterio 2.

consiguiente, siente el mayor placer al verlo, llámalo cuando esté ausente y retenlo cuando aparezca; haz, en suma, que su gloria entre los fenicios sea mayor que antes. Pues enrojecería de vergüenza si se pensase que Partenio me ha beneficiado más a mí que yo a él. ¿Y qué es lo que ha hecho por 3
mí? Tal vez anheles saberlo. Ha mantenido sin interrupción un absoluto respeto por nosotros no menos cuando estaba aquí que estando fuera. Y cuando tuvo la oportunidad de complacer a los poderosos haciéndome el mal, mandó a paseo la esperanza de sacar beneficio de aquella gente observando para conmigo un justo proceder, a pesar de que veía cómo uno de sus allegados seguía aquel camino y crecía su consideración. Él, sin embargo, le cubría de reproches y con cuantos medios tenía a su disposición debilitaba la emboscada. Y así, al venir aquí puso un corolario acorde con sus actos anteriores dejando mi posición libre de toda sospecha.
Por eso mi primera impresión fue de desánimo al no saber 4
cómo pagarle, pero luego, considerando que tiene en Fenicia mujer, hijos y bienes, y que la administración de esta provincia está confiada a la providencia de Andrónico, sentí un enorme gozo al ver que existe un modo de recompensar a este hombre.

237

A Prisciano (360?)

Lo sé. ¿A qué referírmelo a mí, que todo lo sé[359]*?*

Pues no creas que tú mismo sabes mejor lo que haces, que nosotros, que tenemos prestos los oídos. Porque somos no-

[359] *Il.* I 365.

sotros los que te traemos la noticia y a la vez te interrogamos.
2 En cuanto al resto, ya te inquirió alguno si la carga no te abrumaba, pero yo, al preguntarte si estás bien físicamente, cuando sé perfectamente que lo estás, me doy también por enterado de que sobrellevas perfectamente la carga. Pues eres un hombre, sábelo bien, un hombre de una pieza,
3 y un gobernante que sabe muy bien ejercer su cargo. Si debes ocuparte de numerosos asuntos y es necesario salir precipitadamente en medio de la noche, entonces manifiestas al mundo lo que hace tiempo yo anhelaba: que dormir y quedarse inmóvil es cosa del vulgo, y que tú no debes ser vulgar.
4 Por lo demás, estoy tranquilo, pero sólo temo una cosa: la cantidad de presentes que, como si de deudas se tratase, reclaman los que sólo valen para devorarlos. Porque este comportamiento no le cuadra a una mente que sabe gobernar, sino a un hombre opulento que puede dar. Y tú has gastado como gobernador lo que ganaste como abogado. Te he enviado el libro, y, si tienes tiempo libre, échales una ojeada a los filósofos.

238

A Italiciano (360?)

Mientras elogiaba tus cualidades naturales —pues, en efecto, estábamos disertando sobre la virtud de los gobernantes y tú te llevabas indiscutiblemente la palma—; mientras, como decía, dialogábamos y emitíamos nuestro veredicto sobre tales cuestiones, me puso tu carta en la mano quien es más excelente que el mejor padre, como diría Platón: Olimpio, el hijo de Pompeyano. Y al tiempo que la leía, daba saltos de alegría junto con los otros. Así de admirable

se nos revelaba tu inteligencia y las palabras no desmerecían de tu espíritu. En cuanto a ti, aunque estás de hecho en nues- 2
tro bando, te entregas a los itálicos. Sin embargo, tu carta, que se atiene a las reglas de los modelos áticos, impide que sea así. Por tanto, en lo sucesivo procura reconocer que eres compañero nuestro, como en realidad eres. Así lo deberás hacer o, en caso contrario, te acusaremos de deserción ante las Musas. Cuando ya nos saciamos de la carta, nos mira- 3
mos los unos a los otros y exclamamos: «¿Pero es que este hombre tendría que administrar su propia hacienda en lugar de la común?». No lo decíamos en el sentido de que tuvieras necesidad del cargo, sino en el de que los asuntos públicos se veían perjudicados si tú no ejercías el mando. A conti- 4
nuación, uno mencionaba cómo custodiabas las leyes, otro tu capacidad de esforzarte sin descanso, otro tu rapidez a la hora de tomar decisiones, otro tu desapego de los bienes materiales, a otro le parecía gloriosa tu capacidad para saber otorgar favores (tanto a la hora de conceder el favor que conviene como de negar el que no es adecuado). A mí nin- 5
guna de estas virtudes tuyas me parecía insignificante, pero lo que me resultaba absolutamente extraordinario era tu costumbre de no ponerte al servicio de los poderosos para ruina de las ciudades. Pues es evidente el temor que producen los arrebatos de ira, los peligros y los dardos, pero para ti nada hay más temible que hacer algo vergonzoso. Con placer les 6
preguntaría a estos influyentes señores en qué información se basaban para acusarte y castigarnos. Además, a ti te han dado aquello por lo que hasta habrías pagado dinero[360] y, al

---

[360] Es decir, abandonar el cargo. Italiciano tuvo que aceptar ejercer durante tres meses la prefectura de Egipto para hacer frente al acoso de gente poderosa, aunque, como se nos dice en esta carta, no tenía intención de ejercer cargos públicos. También fue gobernador de Siria en el año en que se escribe la presente, pero presumiblemente ocupó el cargo de forma in-

mismo tiempo, han recibido castigo de nuestra parte. Ellos no podrían tener una excusa decorosa, pero nosotros pode-
7 mos argumentar sobre ti razones como las antedichas. Aquí encontramos consuelo por no tenerte ya ponderando lo que tuvimos entonces, así es que solázate, en la medida de lo posible, escribiendo y exhortándonos a hacer lo mismo. Que tu actividad epistolar sea ubérrima, ya que cuando nos estimulas estás incitando a gente que no desea permanecer en silencio.

239

A Máximo (360)

A la vez llamas hijo mío a Hiperequio y dices que me das las gracias por lo que he hecho por él. De estas dos afirmaciones, o la primera no es cierta o la segunda no tiene sentido. Mejor dicho; dado que lo primero es cierto, lo segundo resulta ser vano, a no ser que también haya que darte las gracias a ti por lo que has hecho por este mismo mucha-
2 cho. Pero ni tú has hecho nada extraordinario por haber cumplido tu obligación con un hijo de tal clase, ni sería lógico que yo, que lo consideraba hijo mío, pretendiese percibir una recompensa cuando hacía algo por él. No obstante, te revelaré a quiénes les debemos gratitud tú y yo por el
3 afecto que le tienen: los habitantes de la sagrada Ancira. Esta ciudad merecería escuchar en su loa aquel verso con el que Homero ensalza a Atenas[361]. En efecto, los habitantes de esta ciudad son benefactores míos y tuyos, y merecen co-

terina, pues también ese año ostentó el mismo puesto Trifoniano 2 (cf. *Carta* 163).

[361] En *Od.* XI 323.

ronas y nuestros ruegos. Por tal motivo, ruego a todos los dioses y diosas todas que su tierra les dé frutos en abundancia, que su clima sea siempre moderado, que sus mujeres den a luz hijos semejantes a sus padres, que la ciudad siga enamorada de la elocuencia como ahora y que no les falte ninguno de los bienes que aportan felicidad, puesto que, aunque me trataron con dulzura cuando pasé por su ciudad, ahora me han tributado honores mayores al actuar de modo que el jovencito alcance gran fama. Y no pienses que hablo 4
así porque entiendo que lo han hecho famoso a pesar de que no vale nada, sino porque no han desterrado la verdad por culpa de los celos, de manera que unos ciudadanos, al tratar con cariño a un paisano, supieron resistir la envidia. Por eso hay que mostrarse agradecidos con ellos. Mis muestras de 5
gratitud son mis súplicas y mis alabanzas, pero tú tienes la posibilidad de corresponderles también con hechos. Y por más servicios que les prestes, jamás te parecerá que les has pagado totalmente tu deuda. Sábete además que nuestra ciu- 6
dad le está agradecida a la tuya. Pues considera que la opinión que le merece a Ancira tu hijo demuestra que ella es la mejor. Por todo ello, no me ha asombrado tu generosidad 7
hacia tu hijo, pues con mucha inteligencia le has entregado como un regalo paterno los bienes que más tarde le corresponderían legalmente[362]. Lo que me causa admiración es que, habiendo entre vosotros muchas

doncellas de caudillos[363]

que dirigen la ciudad, no te hayas preocupado de ver lo más rápido posible hijos de tu hijo. Pues si ya se te llama «abuelo» en virtud de tu buen proceder, también es hermoso que

[362] Hiperequio ha recibido en vida de su padre la herencia.
[363] Cita de *Il.* IX 396.

seas llamado abuelo por esto —hay quien añadiría que es más hermoso aún—.

240

A Clearco (360?)

Si hubiera podido compartir el camino y los restantes esfuerzos de Eustoquio, sin duda me tendrías a mí ante ti en lugar de mi carta. Pero, dado que no puedo moverme por el motivo que ya sabes, te pido que te portes con él como lo
2 hubieras hecho de estar yo ahí. Considera que no sólo me vas a hacer un favor, sino que también te ganarás un amigo con el que yo, desde que logré su amistad, he compartido grandes alegrías no sólo a causa de la retórica y las leyes, disciplinas ambas en las que este varón no cede terreno a nadie, sino porque, cuando la situación es difícil, nada es tan inabordable que no le parezca sencillo si un amigo se lo ordena. Más aún: si un amigo lo necesita y duda en hacerle un
3 encargo, él se ofrece voluntariamente para la acción. Y si ahora ha llegado a vuestra presencia procedente de otra ciudad, debería relatarte antes las penalidades que ha sufrido. Pero baste ahora como muestra de su carácter el mismo mo-
4 tivo por el que va hacia allí y por el que debes ayudarle. No te cause extrañeza que te haya escrito sólo a ti a pesar de que tengo tantos amigos en la ciudad, pues este asunto no requiere que una multitud se sume a sus súplicas, sino que
5 necesita a uno solo que sepa actuar. Y tú eres ese que sabe actuar y a tu deseo le acompaña poder para hacerlo realidad, siempre que sea justo. Y aunque hace tiempo que tienes ese privilegio, ahora se ha incrementado. Pues claro que los hay,
6 hay quienes me informan de ello. Por tanto, envíanos a

nuestro camarada para que nos anuncie que ha conseguido más aún que las promesas que escuchó de nuestra parte.

241

A Temistio (360?)

Ojalá este vientre[364] te dé a luz herederos, no sólo de tu hacienda, sino de la filosofía, la cual dominas desde antiguo desplegándola con más variopintos matices que un prado. Ignoro si es así entre quienes llevan el mismo título que tú, pero los oradores estamos derrotados. Hasta este momento, 2
pues, felicitaba a Frigia, la cual te acogió a ti y tu matrimonio, pero ahora considero afortunada a la Gran Urbe[365] por haber ganado tu presencia y haber recibido además a la novia. Felicito también a quien vaya a visitar la ciudad estando tú ahí, porque la verá cuando es grande de verdad. Hemos 3
echado la carga del trabajo sobre los hombros de Clearco. Tú ocúpate de honrar a Eustoquio considerándole precisa-

[364] La segunda mujer de Temistio estaba encinta por ese tiempo. En un escolio del manuscrito *Berolinensis gr.* se reproduce el único fragmento conservado de la correspondencia de Temistio. Dice así: «Preguntándole Libanio a Temistio por sus nuevas producciones llevadas a cabo por éste en Constantinopla durante el reinado de Juliano, le reveló, refiriéndose a su matrimonio y su esposa: 'No es éste el momento apropiado para que produzca discursos, sino hijos con mi esposa, con la que acabo de casarme y espero llegar a ser también padre de mis hijos. Pues eso es lo que anuncia el vientre de mi mujer, que parece tener prisa por dar a luz. Acompáñanos en nuestros deseos.' Habiéndole escrito Temistio estas palabras, ruega Libanio...». Aquí inserta el copista el comienzo de esta carta, la cual sitúa erróneamente durante el reinado de Juliano. Véase la pág. 16 de la introducción general a la obra de Temistio a cargo de J. RITORÉ en el vol. 273 de la BCG.

[365] Constantinopla.

mente lo que es, un hombre noble y honesto, y en los asuntos en los que se necesita un amigo seguro, todos buscamos
4 refugio en él. Hónralo con el más alto honor, y llamo el más alto a escuchar tus discursos. Si le das a conocer nuevas producciones, participará de un nuevo banquete. Pero si actualmente no te ocupas de escribir, invítale a degustar los antiguos. Sin embargo, estoy seguro de que le obsequiarás con nuevas producciones, pues cualquier cosa que digas no será inferior a las que has dejado escritas.

242

A Modesto (358/9)

Me parece que los poetas han investigado correctamente la naturaleza de Eros cuando lo definen como «invencible», al menos así es en el caso de Estrategio, que, poniéndose en marcha muy cumplidamente desde aquí, acude corriendo a tu lado para contemplar tu cabeza dejando atrás mujer, hijos y todo cuanto le agrada. Y aunque trata de ocultarme lo que le ocurre y corre como quien huye del pago de impuestos, a mí no me pasa desapercibido que le has hecho un encargo y
2 que a propósito te has cuidado también de que no hable. Es obvio que lo verás con mirada dulce, pues tienes en él, aparte de otras cosas, un meticuloso informador del pórtico[366], por el cual este hombre ha quemado numerosas ofrendas y elevado lleno de gozo una gran cantidad de humo al cielo, ya que te ofrecía la ocasión de ganar fama a costa de sus propios esfuerzos. Pues lo que en sus comienzos no hacía concebir brillantes esperanzas, al llegar la obra a su término

[366] Estrategio IV era arquitecto al servicio de Modesto en el pórtico que el *comes* estaba construyendo en Antioquía. Cf. *Carta* 196.

no permitirá que ninguna generación la guarde en el silencio, sino que atrae hacia sí las miradas y todo el que lo ha visto se ha quedado atónito. Por consiguiente, conviene que 3
la ciudad entera os dé las gracias a ti y a él, porque tú concebiste en tu mente esta construcción y él está a tu servicio. Pero existe un agradecimiento suficiente: que le cubras de elogios y lo estimes igual que nosotros. Y nuestro concepto 4
de Estrategio es que se trata de un hombre noble, a quien nadie superó cuando se trataba de hacer el bien. Por eso siempre está buscando obtener mayores compensaciones y al buscarlas no es posible que alguna vez no las encuentre.

243

A Demetrio (360?)

Muy bien hicieron esos sueños que te incitaron a escribir. No obstante, sé muy bien que también sin necesidad de sueños habrías llevado a cabo lo que mucho tiempo atrás comenzaste desde mi tierra. Porque es preciso que a aquélla[367] la llame mía y tuya a ésta. Pues creo que te parecerá que vas a injuriarme si disfrutas de algo que no pueda gozar también yo. Y ya que no puedo rechazar tu regalo, acepta de nosotros un sueño a cambio del tuyo. Ordené al esclavo co- 2
ger una lámpara con la idea de escribirte una carta y, cuando estaba a punto de hacerlo, me quedé completamente dormido, de modo que creí encontrarme en vuestra ciudad y que te buscaba. A continuación, vi que alguien me guiaba por un elevado teatro y que una anciana que sabía el motivo de mi deambular me mostró otro camino más agradable que éste.

[367] Demetrio 2 era de Tarso, en Cilicia, desde donde comenzó su correspondencia con Libanio.

Lo seguimos y te hallamos sentado junto a un santuario y un jardín. Vi también que la ascensión que conducía al templo, con no pocos peldaños, estaba completamente abarrotada de muchachos que saltaban y se admiraban de cómo refutabas una de las filípicas de Demóstenes y que, al vernos, te levantaste, pero no dejaste de declamar, de modo que también
3 pudimos escuchar parte. Sólo en una cosa me agravió esa noche: que no me preocupé de conservar lo que se dijo. Si tienes algo como ese discurso, envíamelo y colma de gozo mi corazón.

244

A Prisciano (360?)

Acogiste a Maras bondadosamente[368]. Ése es el único favor que he recibido. Ahora se presenta ahí después de larga ausencia. Así es que, si no le aplicas el castigo al que se ha hecho acreedor por ello, éste será el segundo favor. Haz-
2 me también un tercero, pues tres eran las diosas[369]. ¿Qué es lo que te pedimos? Rendido como está este hombre en el puesto que ocupaba, cámbiale a una tarea acorde con su edad.

245

A Euterio (360?)

No es esto lo que nos prometiste cuando te separaste de nosotros para tomar posesión de tu cargo: mutismo y causar

[368] Como le pidió nuestro sofista en la *Carta* 136.

[369] Las Gracias, claro está.

menoscabo a nuestros intereses. Lo que se nos decía entonces era muy diferente: palabras hermosas y según se esperaba de un amigo —como dijo Demóstenes—, pero su puesta en práctica no se ve por ninguna parte —como nuevamente afirma en algún pasaje este mismo orador—. Porque ahora 2
temo que mis cartas no hayan servido para nada y que te haya pasado lo mismo que al excelente Andrónico. Pues su cargo de gobernador le convenció de que debía ignorar a sus amigos, y aunque es un gobernador que merece alabanza —hay que decir la verdad—, tal vez se le pueda reprochar su actitud hacia nosotros. Mas ahora de lo que se trata es de 3
que nos concedas este favor, a fin de que puedas reparar parcialmente tus anteriores faltas y nuestra acusación no sea completa. O mejor dicho, para que no te echemos en cara nada. Pues un favor que viene tarde pero a tiempo deja sin efecto una acusación[370], y eso lo sabes si conoces a Tucídides (a no ser que también te hayas olvidado de este amigo). ¿Qué te pedimos en concreto? Fíjate cómo no va contra la 4
ley. Los decuriones de Arcas[371] inscriben a Carterio en sus filas, pero no es justo que éste tenga que ejercer una liturgia desde ningún punto de vista, y además se dedica a la retórica entre nosotros. Su padre era sacerdote y si preguntas por su abuelo hallarás que fue magistrado. Y lo más importante: su familia quedó eximida de cargas por la propia curia, como demuestra ese documento que puedes ver (haz que te lo lea). No menosprecies la justicia hasta ese punto ni les sea permi- 5
tido a los habitantes de Arcas desprenderse y recuperar lo mismo que antes habían perdonado. Que sepan que tan injusto es no percibir lo que les corresponde como lo que no

[370] Como vimos al comienzo de la *Carta* 64.

[371] Ciudad de Armenia.

6 es suyo, suyo hacerlo[372]. Deja que no se detengan ante nada,
pero que por lo menos nos asista la fuerza que se deriva de
las leyes gracias a ti. Es característico de los desvergonza-
dos desear ganancias a toda costa, y de un hombre justo no
7 permitir que nadie tenga más poder que la ley. Y si Carterio
estuviese embotado por el sueño o no fuera a mostrarse ante
un coro de sofistas, breve[373] sería mi relato de las asechan-
zas que actualmente se traman contra él. No es natural ni
piadoso echar a perder un brote tan noble ni rechazar sin
prestarle atención aquello que ya ha dado su fruto —lo cual
8 suele pasar en el ajetreo de la vida cotidiana—. También tú
debes el puesto de gobernador a tu destreza oratoria. Es, por
tanto, natural que socorras a los cultivadores de Hermes y
que veneres abiertamente los comienzos a partir de los cua-
9 les has llegado hasta ahí. Si lo deseas, considera además mi
interés y no menosprecies mi carta por el hecho de que se
trata sólo de una carta y que, hagas lo que hagas, lo sufrirá
en silencio, sino que, cuando la mires, piensa que también
me estás mirando a mí, quien lo es todo para ti, el del festi-
val de Dioniso[374], y permitiendo al joven que siga dedicán-
dose a la retórica, no dejes que los criados sigan siendo sus
administradores.

[372] Mantengo en la traducción la *geminatio* del original: *tà te ouch hautôn hautôn poieîn.*

[373] No es coherente el sentido de la apódosis. Tiene más sentido entenderlo al contrario: «si no fuera porque Carterio tiene suficiente destreza oratoria para narrarte los planes que se traman contra su persona, yo te haría un extenso relato de ello». Por tanto, es probable que falte una negación y haya que entender lo contrario: «no sería breve el relato...».

[374] Como se dice en la glosa del manuscrito *Berolinensis,* fue posiblemente en las Dionisias de Atenas donde Libanio y Euterio se conocieron.

246

A Florencio (360)

Por lo que a mí respecta, me parece que haré como los que se apresuran a ver quién viene tras larga ausencia y que, antes de ver a quién se dirigen, te saludan desde abajo mientras suben la escalera. Pues aquéllos, por su vehemente deseo, se adelantan a la vista y gritan, mientras que yo te manifiesto en mi carta el placer que siento aunque sólo distas un poco de nuestras fronteras. Quiero a mi primo[375], pero 2
estoy al borde de los celos, porque él ya ha gozado de este placer y yo sólo estoy a punto. No obstante, si ganase con ello un mayor sentido de la previsión, ya no sentiría celos, pues deseo que él pueda tenerte, como Diomedes a Atenea, para que no sólo se nos mantenga a salvo, sino que incluso alcance la victoria.

247

A Demetrio (360/1)

No dejas que se te solicite nada, ya que lo envías todo antes de que se te pida. En cuanto la tierra te produce un fruto, ya me lo has enviado. No le ha dado a uno tiempo de decir: «¡Qué excelente es la tierra de los comarcanos; produce esto y aquello», y ya tengo a mi lado a tu criado con aque-

[375] Lo más probable es que se trate de Espectato, que jugó un papel de primer orden en las campañas contra los persas. Florencio 3 acompaña a Constancio II a la ciudad de Antioquía, donde se establecerán los cuarteles de invierno, lo que sitúa esta carta a finales del año 360.

llos bienes por los que la tierra ha recibido nuestra alabanza.
2 Así es que, ¿cómo voy a pedir para recibir lo que uno ya tiene? El labrador, cuando Zeus no envía lluvia, ruega al dios que llueva, y cuando llueve se queda inactivo con el corazón alegre, pero no le pide nada.

248

A Ifícrates (358/9)

Pues claro que los hijos de Cesario no cometieron un error cuando se pusieron en manos de otro rétor. Ojalá ¡oh Musas! encuentren ahora en mí un trato tal que les traiga a la memoria cierto proverbio[376]. Tal vez sepas perfectamente
2 a cuál me refiero, pero no está bien que yo lo diga. Mientras me reía de cómo te excusabas sin que nadie te acusara, volví a reírme porque descubrí que temías que los chicos no disfrutasen de toda mi atención por el hecho de venir a nosotros tras pasar por las manos de terceros. Es que, si los considerase enemigos míos, les habría cerrado la puerta; al haberlos aceptado como amigos, me causaría un daño a mí mismo si no les hiciese todo el bien que esté en mis manos.
3 También habría sido ridículo Diomedes si, habiéndose apoderado de los caballos de Eneas, los hubiese echado a perder en lugar de cuidarlos, negándose, entre otras cosas, a suministrarles forraje bajo la acusación de que anteriormente pertenecían a Eneas. Sin duda habría exclamado Zeus, que se preocupaba por estos caballos, dado que pertenecían a su

[376] El ya manido tópico de «las segundas oportunidades son mejores». Cf. *Carta* 111. Los hijos de Cesario II, Eudoxio I y Cesario III, estudiaron antes posiblemente con Acacio 6, el rival de Libanio. Cf. *Carta* 43.

propia estirpe[377]: «¡Oh hijo de Tideo!, estás arruinando lo que te pertenece si te despreocupas de ellos, porque son tuyos, te transportan y es a ti, no al hijo de Anquises, a quien traen la corona cuando obtienen la victoria.»

249

A Cesario (358/9)

Tu carta ha imitado el comportamiento de los lacedemonios. Ellos llegaron a Maratón resueltos a prestar su ayuda cuando ya todo había terminado y ya no se necesitaba su ayuda. Así es como esta carta me exhorta a cuidarme de tus hijos cuando ya tienen aquí suficiente capacidad como para prestarles su cuidado a otros. No te asombres de que tan rá- 2
pido hayan adquirido tal vigor, siendo tan virtuosos y tan amigos de las Musas, porque quienquiera que con estas cualidades acude a mí al punto le doy prioridad y me encuentra totalmente entregado. Tampoco contribuye en escasa medida el que sean tus hijos, pues todo el que se refiere a ti lo hace elogiosamente. ¿Deseas que añada un cuarto motivo? 3
El tío de éstos, Eusebio, fue condiscípulo mío. Yo mismo me di cuenta por mis medios de este parentesco por el aspecto físico del más joven.

250

A Euterio (358/9)

Más agradable aún que el hecho de que hubieras obtenido esa provincia lo es el que esto haya acontecido así siendo

[377] Como se ve en *Il.* V 265.

tú su gobernador. A Cesario lo felicito por su forma de ser, lo felicito por su renombre —que gracias a tu resolución se ha hecho mayor—, pero sobre todo lo felicito por sus excelentes hijos. Porque es tan grande su celo por la moderación y la retórica, que hasta su padre debería sentir pudor en su
2 presencia. Yo te complacería en todo, y si me ordenas sentir aprecio por un vago, obedeceré. Pero en el caso de estos jóvenes (pues debe decirse la verdad) sus dotes naturales me los han recomendado antes que tu carta. Es momento, pues, de que me pidas otro favor, pues éste ya se lo han procurado los jovencitos por su cuenta.

251

A Honorato (358/9)

No vacilaré en conversar contigo sobre la justicia, pues este tema es tu pasión, y no te disgustarías con quienes defienden su causa, a no ser que alguien, pudiendo decir algo
2 importante en su defensa, guarde silencio. Estoy convencido de que también Radamantis se llenaba de gozo cada vez que se le llamaba para socorrer a la justicia, motivo por el que
3 tenía fama de fortalecer la causa justa. Si tan bien como estás enterado de cómo es el carácter de Olimpio[378] estuvieras informado de sus problemas, tú mismo no le pasarías una a los que tratan de vejarlo y a nosotros no nos haría falta es-

[378] Olimpio 3 fue gobernador de Macedonia. Ejerció como senador romano y fue transferido al Senado de Constantinopla, de modo que trató de conservar los beneficios que ya tenía en Roma, entre otros el permiso para no residir en la capital. Tuvo graves problemas a causa de una confusión burocrática con el senador Olimpio 7, mucho más rico que él, pues por error le querían obligar a realizar las prestaciones que correspondían a éste.

cribir una carta como la presente. Lo cierto es que son mu-
chos los que te podrán testimoniar que él es honrado. Prime- 4
ro los macedonios, que suplican a los dioses que les toque
un gobernador semejante a él, pero que no han podido. A
ellos no les interesa informarte sobre la fuente por la que te
podrías enterar del resto, pues tal vez les resulte provechoso
mantener en secreto el asunto, mas yo te lo revelaré. Este 5
Olimpio, a quien has beneficiado por dos veces —pues por
dos veces nos gobernaste[379], y tal vez nos sobrevendrá un
tercer mandato—, antes prestó servicio en el Senado de
Roma y ayer, como aquel que dice, entró a formar parte del
vuestro[380]. A continuación, se ve molestado por un antiguo 6
impuesto, no porque lo deba (¿cómo iba a deberlo si aún no
había llegado a vuestra ciudad?), sino porque se llama igual
que un tal Olimpio. No sería justo que se le castigara por es-
to, pues no fue él quien convenció a sus padres para que le
pusiesen ese nombre. Por tanto, divino amigo, ten a bien en 7
primer lugar aclarar esta confusión. Luego, con respecto a
estos impuestos, que no sea mayor la carga que la nave[381] y
que no ocurra que el que estaba ahí soporte una carga menor
pese a su riqueza y que cargue con una mayor el que estaba
fuera, aunque no vive en la opulencia. Porque en esta clase
de asuntos hay que prestar atención a la extensión de los
bienes, no a aquellas acusaciones. Todo lo que tiene Olim- 8
pio es hermoso y grande, a excepción de sus riquezas. Pues
también su padre[382] era un hombre justo en estas cuestiones,

---

379 Antes del 353 como *consularis Syriae,* y en el período 353/4 en calidad de *comes Orientis.*

380 Es decir, el de Constantinopla.

381 Cf. SALZMANN, 56.

382 Pompeyano I. El uso del imperfecto nos hace suponer que en esta fecha ya no estaba vivo. Además, al final de la carta se alude a la madre, no al padre de Olimpio.

y a pesar de ser poderoso y padre de muchos hijos, su carácter no se corrompió ni siquiera a causa de su numerosa prole.
9 le. A éste me parece a mí que imitó Olimpio cuando permitió que menguara su hacienda siendo gobernador de los macedonios mientras a ellos los hacía más prósperos. De modo que si alguien acertase a añadir que él es discípulo tuyo, no se equivocaría. Pues en ti antaño existía esta costum-
10 bre y aún hoy puede apreciarse. En su nombre, pues, te pedimos que su tributo sea proporcionado y si alguien deseara obligarle a que se haga cargo de esta liturgia, impídelo trayendo a colación la ley que concedió una inmunidad temporal a los recién incorporados a vuestro Senado por considerarse inadecuado que los nuevos senadores gasten su dinero
11 antes que los antiguos. En muchos aspectos la ciudad ha cambiado para mejorar, ¿por qué no iba a hacerlo estando tú al frente de ella?: la forma de gobierno, la belleza de sus construcciones, el que los edificios públicos no sean inferiores a los privados, el suministro del agua, gracias al cual po-
12 déis rivalizar con nosotros. Suceda también esta novedad: que los senadores no sean atormentados por unos pocos y que unos no se hagan viejos sin haber desempeñado liturgia alguna, aunque vengan disfrutando desde hace muchos años de las ventajas que ofrece vuestra ciudad, mientras que otros que no han disfrutado de ellas se tengan que lamentar ya desde la misma línea de salida. Porque si ahora no ocupan
13 su lugar, ¿cuándo lo ocuparán? Alguien sostendrá que es espantoso que no se dirijan a su puesto los miembros activos. Y claro que es así, pero siempre y cuando no exista algún obstáculo. Sin embargo, en el caso de Olimpio, si hiciera aquello[383] traicionaría a su madre. Y ella ya es muy anciana

[383] *I.e.*, marcharse a Constantinopla para ocupar su puesto en el Senado.

y anhela entregar su alma dedicada a su hijo. Y si no tuviera esta consideración con ella sería más impío que Hipomenes[384]. Con razón deberías admirar su forma de pensar y absolverlo de este gasto injusto.

252

A Temistio (358/9)

Si deseas considerar a Olimpio el más excelente de los hombres, tendrás plena razón. Pero si quisieras encuadrarlo entre los más ricos, tu opinión no sería cierta. Conscientes de ello, los romanos lo inscribieron en su Senado, pero le permitieron que estuviera libre de cargas. Y te digo esto no 2
para que le concedáis la inmunidad, pues vuestra ciudad aún no está acostumbrada a esta suerte de exenciones, por más que buena falta haría en la ciudad donde tú vives y en cuya vida pública participas, sino porque es justo que quien en Roma no pagaba nada, en vuestra ciudad no tenga que pagar más de lo que puede. Es que él no sólo soporta una carga 3
mayor, sino que hasta se ve forzado a soportar la que ha dejado pendiente otro, sólo porque Olimpio lleva el mismo nombre que el deudor, motivo por el cual se ve maltratado este hombre. Tal vez no fue infundado el temor de Mantí- 4
teo[385], ni utilizó en vano un discurso por una pequeñez, si es

[384] Citado en el fr. 51 de Nicolao de Damasco y Salzmann, 29. El escoliasta del *Berolinensis* nos dice que era un arconte ateniense cuya hija había deshonrado a la familia. Como castigo, la ató a un caballo y los encerró en un sótano sin alimento. Como era de esperar, cuando le apremió el hambre, el animal mató a la chica y poco después pereció.

[385] Cf. el discurso *Contra Beoto* de Demóstenes, que trata sobre un tal Beoto, hijo ilegítimo del político ateniense, Mantias, reconocido tardíamente por el padre. Al morir Mantias, Beoto se inscribió en el censo con el

que este hombre, sin ser del mismo padre, soporta estas difi-
5 cultades porque tiene el mismo nombre. Dicen que el otro
hombre era requerido como corego del espectáculo que su-
ponía el gasto más importante, pero nuestro hombre no po-
dría hacerse cargo ni de este gasto ni del que consideráis
como el segundo. Me atrevería a afirmar que no podría em-
prender ni el de tercera categoría sin dificultad, y ello siem-
6 pre y cuando se le designara con arreglo a la ley. Lo cual
sucederá más tarde, con el paso del tiempo. Pues los miem-
bros que habéis incorporado procedentes de la ciudad madre
—pues con razón llamáis así a Roma—, a éstos el Empera-
dor les ha concedido graciosamente una exención temporal.
No toleres que alguien prive a Olimpio de ella. Pues no po-
drías negar que aprecias a este hombre y, si lo aprecias, es
natural que le ayudes.

253

A Clearco (358/9)

Faltando a la verdad afirman que eres vástago de Zeus,

le dijo un Heraclida a uno de los descendientes de Zeus en torno a Ilión[386]. También se cuenta que gozas de gran poder en la ciudad, pero se comprueba claramente que no es así. Ello explica que no ayudases a Olimpio, que está siendo ul-

---

nombre de Mantíteo, que era precisamente el que tenía el hijo legítimo de aquél. El Mantíteo legítimo defendió en los tribunales su derecho a llevar en exclusiva ese nombre, en previsión de los muchos perjuicios que en el futuro podría causarle la confusión. Foerster corrige acertadamente el error de Seeck (pág. 201), quien piensa que este Mantíteo es el destinatario de la *Carta* 400.

[386] Cf. *Il.* V 635.

trajado a diestro y siniestro. Si es verdad que tienes poder, 2
entonces es forzoso que reconozcas otra acusación más fea: la de que no te importan los amigos. Porque ignoro qué daño más grave podríamos sufrir, si por ventura no estuvieses ahí, que el que experimentamos ahora que estás en tu puesto. Si buscases refugio en la excusa de que desconocías lo 3
que se estaba gestando, darás la impresión de que dices palabras sin sentido y no por ello evitarás mejor la acusación. Pues se te reprochará precisamente que no hayas hecho averiguaciones al respecto. Escoge, pues, de estas tres opciones 4
la que prefieras: o poner freno a quienes agravian a Olimpio, reconocer que eres un malvado o bien que no tienes poder. Sé que irónicamente alegarás lo tercero; tu problema es que no nos pasará inadvertido tu recurso a la ironía.

254

A Cesario (358/9)

Según parece, no sólo eres un tipo afortunado por tus hijos, que son nobles y adoran los estudios, sino que también tu yerno, adornado con ambas cualidades, también contribuye a que se te llame de esa forma. Y me da la impresión 2
de que, a la hora de decidir sobre la boda, no valoraste la extensión de sus tierras ni el peso del oro más que el hecho de haber descubierto que tenía verdaderamente un alma áurea. En lo que a mí respecta, comencé a estimarle al recibir tu 3
carta, pero conforme mi trato con él era mayor ya no lo aprecio sólo por consideración a ti, sino que mi afecto por ti ha aumentado gracias a él. ¿Qué hay en él que no sea her- 4
moso? ¿No es afable? ¿No tiene una aguda inteligencia? ¿No es diestro orador? ¿No es recto en sus juicios? ¿No su-

5 pera a los Coribantes en su delirio por la retórica? ¿Quieres que te diga un secreto? Muchas veces entra en la sala mientras estoy entregado a la molicie, y su aparición me espolea como un aguijón. Y cuando salta de placer nada más empiezo a hablar, contribuye a que mi lengua alcance su cenit, hasta el punto de que me enorgullezco de mi propia habili-
6 dad. Pero, en efecto, prueba suficiente de su probidad es su viaje para entrar en nuestra escuela, porque lo que otros no hacen por sus propios hermanos, él lo ha hecho por los hermanos de su esposa[387].

255

A Eudemón[388] (357/8)

A mí por lo menos desde antiguo me pasa esto: que me apasionan los términos griegos y considero que quienes por ventura viven al margen de este sentimiento están injuriando a la retórica. Al principio me desanimaba cuando no tenía a nadie que compartiese este amor ni a quien estuviese dis-
2 puesto a participar en la persecución de este fin. Ya en el pasado hubo quien se burló de mí y me dijo que me preocupaba de minucias no más importantes que esos que, según la comedia, hacían indagaciones sobre las patas de una pulga[389]. De modo que, si se me ha pasado algo por alto, no me sorprendo de que yo solo no haya sido capaz de recorrer to-

---

[387] Los cuñados estaban estudiando con Libanio.

[388] Como bien señalan Fatouros y Krischer (pág. 273), la presente carta es un documento valioso en lo que se refiere al aticismo de Libanio. Eudemón 3 era autor de un tratado sobre el correcto uso de los nombres *(Onomatikḗ orthographía)*.

[389] Referencia al famoso pasaje de *Las nubes* de Aristófanes (v. 144-145).

das las posibilidades. Pero cuando viniste a nuestra ciudad 3
procedente de Egipto (que sea mil veces afortunado el que te puso en la necesidad de venir y te llamó para el juicio, pues sin quererlo regaló a la ciudad la elocuencia que atesoras), fue entonces cuando me di cuenta mejor que con el proverbio de que

los que caminan juntos son de gran ayuda entre sí[390].

Tal vez en este caso no nos ayudáramos el uno al otro, sino 4
sólo tú a mí. Porque lo de preguntar era siempre cosa mía, y tuya responder, de modo que me parece que te cansaba con mis interminables cuestiones. Unas veces te las hacía llegar en notas escritas mientras estabas en clase con tus alumnos
y otras a tu casa, a menudo mientras estabas comiendo. Los 5
copos de nieve[391] se amontonaban cada vez que nos encontrábamos, pues nuestra conversación no versaba sobre los ingresos que nos reportaba nuestra profesión, ni sobre comida, ni acerca de lo que habíamos cenado o íbamos a cenar, tampoco sobre quién dejaba de ser gobernador y quién iba a ser su sustituto. Pues nos parecía que estos temas nada
tenían que ver con las Musas. Pero si te veía, al punto te 6
arrastraba hasta los tendidos de los talleres[392], te retenía, faltándome sólo clavarte para que te quedases, y te hacía entrar para someterte a la tortura de los nombres. Y tú separabas la paja del trigo prestando tu autoridad a los términos que han

---

[390] *Il.* X 224; PLATÓN, *Banquete* 174d; *Protágoras* 348d; y SALZMANN, 70.

[391] Nueva reminiscencia homérica. En *Il.* III 222 compara Anténor la elocuencia de Odiseo con los copos invernales que no dejan resquicio sin cubrir en su argumentación. Según Libanio, así es también la elocuencia de su amigo Eudemón.

[392] Para disfrutar de cierta intimidad, pues Libanio era demasiado conocido como para pasar desapercibido en el ágora.

quedado injustamente en desuso y desterrando los que contra todo derecho gozan de predicamento. Confidentes nuestros son, claro que son nuestros confidentes, los villorrios de las afueras en los que teníamos en qué ocuparnos, mientras esperábamos inmóviles a los magistrados que volvían de su
7 viaje. En efecto, para enumerar todas nuestras conversaciones sería necesario Apolo, que puede contar incluso la arena[393], pero recuerdo aquella vez que nos autorizaste a decir «*¡Oh Hērákleis!*» cuando invocamos al dios, a pesar de que uno que no tenía mala fama sostenía que había que suprimir la iota, excepto cuando uno se lamenta, pues entonces no se le impide el uso de esta letra, pero que para invocarlo no se permite su empleo. Sin embargo, tú, al dejarnos una triple vía[394] para la invocación, de las que a nosotros sólo se nos permiten dos —para los poetas, por su condición de seres alados, no existe senda impracticable—, sabe que nos prestaste un enorme servicio tanto a nosotros como al dios. Acepta un útil regalo del dios. Sabes qué dones tan impor-
8 tantes concedió Heracles antes de encaminarse al cielo. Porque otro, después de colmar de elogios tu ciencia filológica, se habría dado por satisfecho sin prestar atención a nada más, pero me parece a mí que no es mayor la utilidad que nos reportas con tu enseñanza que con tu forma de delei-
9 tarnos expresándola bellamente[395]. Pues tus bellezas proceden tanto de Italia como de Etolia[396]; aquí nos deleitas con

[393] Cf. Heródoto, I 47.

[394] Es decir, *Hērákleis, Hḗrakles* y *Hērákleēs*. La última, forma arcaica no contracta, es la que pueden emplear los poetas, designados aquí como «alados» a la platónica usanza.

[395] Eudemón no sólo era un experto en filología, sino también un meritorio compositor de declamaciones.

[396] Nótese la paronomasia del original: *Italías-Aitōlías*. Con ella alude nuestro autor a los conocimientos de Eudemón tanto de la cultura latina

la estatua y con tu descripción de las cosas que se hicieron
bajo los efectos del vino, allí con tu relato de los que salva-
ron su memoria gracias a los versos de Eurípides[397]. Pues,
en efecto, me parece que estoy viendo cómo, al oír los can-
tos, se tornaban radiantes y llenos de ánimo los que antes es-
taban espantados y temblando de miedo. Y vaya si me ale-
gro, por Atenea, de que mi Eurípides —no ignoras que me
inflama la pasión por este poeta— con sus tragedias velara
por las almas de los ciudadanos malogrados. Sospecho que 10
me has invocado sólo este testigo no porque no pudieses in-
vocar la autoridad de otros sobre estos mismos asuntos, sino
para complacerme introduciendo exclusivamente a mi predi-
lecto. Lo que has hecho es como ese a quien un sediento le
pide una bebida, sin importar cuál sea ésta, y le entrega vino
de Tasos, por el hecho de que sabía que quien le imploraba
era aficionado a ese vino, porque así remediaba al mismo
tiempo su sed y le otorgaba sumo placer. Luego, ¿no eres de 11
cierto más afortunado cuando se te busca con afán para estas
cuestiones y de tal guisa nos obsequias, que Antemión e
Isómaco por el volumen de sus riquezas y Nicias por el nú-
mero de esclavos? Pues ojalá pueda yo rastrear tus pasos
aunque sólo tenga un Dao[398].

---

como de la griega. No necesariamente hemos de inferir de ello que conociera también el latín.

[397] Ignoramos a qué hechos concretos se refiere, pero queda claro que se trata de pasajes de las declamaciones de Eudemón. La mención de Eurípides se refiere al encargo de componer el epitafio de los atenienses caídos en la campaña de Sicilia, según nos cuenta PLUTARCO (*Nicias* 29, 2).

[398] Dao es un prototipo de criado desvergonzado de la comedia de Menandro. Los tres personajes citados son célebres ricos atenienses, especialmente Nicias, dueño de una plantilla interminable de esclavos.

256

A Prisciano (360/1)

Luciano, que no es del todo afortunado, no se atrevió a dirigirse personalmente a mí (hasta tal extremo se había dado cuenta de lo que se había visto obligado a hacer), sino que recurrió a quien es queridísimo para ti y para mí, ante quien deberíamos avergonzarnos si no lo complaciésemos. Me refiero a Pancracio, que tiene experiencia en puestos de gobierno y en la elocuencia y que ha heredado de su padre el ser venerado más por su carácter que por su fama. En efecto, este Pancracio me exhortó a que pidiese perdón en su nombre con una carta en la que yo le reprochara su conducta
2 y manifestase su esperanza de obtener tu perdón. En cuanto a Luciano, permanecía inmóvil sin decir palabra, con la cabeza inclinada hacia el suelo y yo sentía compasión por este hombre que, con su silencio, reconocía que nada tenía que
3 alegar. Por tanto, te pido..., o mejor aún, te daré una breve explicación y luego te haré mi petición. Cuando descubres que Admeto salva a su enemigo y se abstiene tanto de causar un mal a Temístocles como de colaborar con él[399] para que llegue lo antes posible al lugar al que deseaba dirigirse, a pesar de que no ignoraba que al colaborar con él podía molestar a quienes reclamaban su entrega, que eran las ciudades griegas más importantes, y sin embargo sintió mayor

[399] Véase Tucídides, I 137. Admeto, rey de los molosos, a pesar de ser enemigo de Temístocles, no lo entregó cuando lo reclamaron los espartanos y los atenienses, sino que lo envió a Pidna.

respeto por la súplica del desdichado que temor ante el peli-
gro, ¿consideras, pues, que la conducta del rey de los molo-
sos es propia de insensatos por su humanidad, o bien lo tie-
nes por admirable a causa de su magnanimidad y te parece
que hay más razón para felicitarle por este gesto que por su
autoridad? Precisamente ahora te pido que imites la actitud 4
que admiras y que, o bien pongas fin a la cólera que sientes
contra él por respeto a tus amigos, o de lo contrario la con-
serves y nos causes un gran disgusto. Luciano se ha portado 5
injustamente; él mismo lo reconoce, así que no es necesario
que se le acuse. Porque, ¿quién va a refutarle nada, si ya re-
conoce su culpa? Por tanto, ahora es el momento oportuno
para el perdón, puesto que él no niega los cargos y se recon-
come por dentro por lo que ha hecho. Los que desean que tu
buen nombre siga siendo celebrado nos respaldan en nuestra
petición, y tú, como es natural, ni deseas deshonrarnos ni
pretendes que este hombre tenga un castigo mayor que el
hecho de tener la certeza de que tal vez merezca la pena más
severa. Me sería muy fácil extenderme más en mi carta, pe- 6
ro temo darte la impresión de que su extensión no se corres-
ponde con una carta de un amigo a otro, pues un solo gesto
basta para quienes tienen una relación como la nuestra.
Luego no tengo que añadir más, sino más bien excusarme
por haber hablado tanto.

257

A Aujencio (361)

No te he demostrado mi afecto más por haber aceptado tus regalos que por haberme afligido antes por aquellos motivos por los que lo hice. Pues era muestra de mi afecto, creo

yo, y de mis celos el no haber podido soportar que, estando
2 yo vivo, otro tuviera que hacer algo por ti. Esto me hirió el corazón, pero tú tal vez te vanagloriabas creyendo que eras un segundo Faón[400].

258

A Demetrio (361)

Pues claro que es una fiesta para mí tu carta y todo lo que venga de ti. Hiciste bien al hallar el momento adecuado para tu regalo, pues ahora nos lo has enviado de verdad, pero si lo hubieras hecho entonces habría caído en manos de
2 quienes buscaban la ocasión de arrebatármelo. Cuando Eufemio vaya, te dará las respuestas, ya que ahora ha tenido que venir a toda prisa llamado a presencia del Emperador,
3 que tanto disfruta con la caza. Con respecto al trigo, creo que el noble Olimpio[401] pondrá en movimiento toda su influencia, pero pienso que no va a conseguir nada, o muy poco, algo no mucho mejor que nada. La causa es que el que tiene en sus manos la decisión de concederlo ha jurado hacerle la guerra a las Musas.

---

[400] El barquero Faón de Quíos, amado por Safo, era un paradigma de belleza masculina. Cf. por ejemplo, LUCIANO, *Diálogos de los muertos* 19, 2.

[401] Olimpio 3. En la *PLRE* se atribuye erróneamente esta cita a Olimpio 3 y a Olimpio 4. Es más probable que se deba identificar con Olimpio 3, ya que éste era senador de Constantinopla.

259

A Euterio[402] (358/9)

El amor ha hecho de ti un calumniador, y a nadie, excepto a mí, le das ninguna importancia. Tan insólito es alabar a los que nada valen como no admirar a los buenos. Al no considerar a Acacio[403] como uno de los seguidores de Hermes me causas pesar a mí y, antes que a mí, al dios. Por 2
consiguiente, no deberemos menospreciar los conocimientos que Filopatris tiene por haberlos aprendido de él, sino que trataremos de edificar sobre esta base, de modo que los discursos que acogerá el chico serán hermanos de los anteriores.

260

A Ifícrates (358/9)

Lo que nos escribes ni es cierto ni nos ha causado agrado, pues es mucho el tiempo que has venido luchando con-

[402] Se inicia una serie de cinco cartas dirigidas a Armenia. Como la última de ellas se refiere a las recientes muertes de familiares y amigos (posiblemente Aristéneto, Hierocles, Fasganio y la madre de Libanio), hemos de datarlas en torno al año 358/9, período en el que ocurrieron el terremoto de Nicomedia y la muerte los citados familiares de nuestro sofista.

[403] Acacio 6 es el rival de Libanio. Euterio le ha mandado a su hijo Filopatris no sin antes cubrir de reproches a Acacio, posiblemente para que Libanio lo acogiera con mayor benevolencia. En un gesto que le honra, nuestro sofista reconoce con cortesía la competencia de su rival.

tra nosotros. Si en nosotros existe algo de provecho no lo sé, pero de lo que haya puede aprovecharse todo el que lo desee mejor que si fuese un manantial. De entre los jóvenes me es
2 más querido el que más me obliga a esforzarme. En cuanto a Filopatris, si se convence de que la retórica es la posesión más preciada, regresará a casa llevando consigo una enseñanza con la que te hará más dichoso. Tú, no obstante, ya me has hecho más feliz al decirme que el Gobernador[404] hace honor al epíteto que le dan. También le doy gracias a Euterio porque es extraordinario y a ti porque me transmites estas noticias sobre él.

261

A Eusebio (358)

Me has escrito la carta que se espera de un padre, pero no me he vuelto en absoluto mejor gracias a tu epístola, pues lo que otro en mi lugar habría llevado a cabo por recibirla, ya lo hacía yo antes de que ésta llegase. Si uno está empleándose a fondo y a continuación se le pide ese mismo esfuerzo, es obvio que no podrá complacer a quienes le ex-
2 hortan. Cuando me correspondas, acuérdate de buscarme el pago adecuado, y éste consiste en que hables mejor sobre mí si es que de nosotros has recibido algún bien. Porque si mi deseo fuese tomar mucho dinero, no sería poco el que ahora te podría sacar.

[404] Euterio 2 fue gobernador de Armenia.

262

A Hiperequio (361?)

Si un hijo de Euterio no estuviera en nuestra escuela y él no te hubiera pedido que me escribieses, guardarías silencio como has hecho antes, y eso que te hemos enseñado a utilizar la palabra. Pero tú, que ante los demás, cuando hay que tomar la palabra, te vales de esta destreza gracias a la cual conservas lo que tienes y aumentas tu hacienda, en lo que respecta a nosotros te has quedado sin voz. Piensa que, no obstante, comportándote así nos podríamos sentir orgullosos, pues los negocios te dan ocasión para poner de manifiesto tus excelentes cualidades. Sin embargo, no te pediré 2
cuentas aunque tengo motivos para acusarte. Por eso mismo he prestado especial atención a Hierón, privilegio que también obtendrá Filopatris; mejor dicho, ya lo ha obtenido, pues considero que te colmo de satisfacción cuando hago algo por cualquier armenio.

263

A Crispino[405] (361)

Mis clases de retórica siguen siendo las de siempre, pero ya no encuentro en ellas el mismo placer que antes. Pues, habiéndoseme ido tantos y tan queridos parientes[406] y ami-

[405] Se trata de Crispino de Heraclea de Ponto, su querido compañero de clase de Atenas, en cuya compañía realizó un viaje a dicha ciudad *(vid. Disc.* I 27-30 y 54).

[406] Su tío y su madre, como ya hemos visto antes.

gos, el duelo impone su dominio y no hay deleite por ninguna parte, hasta el punto de que, si no me diese vergüenza, suplicaría a las Musas que no se indignasen conmigo y, abandonando mi puesto, me dedicaría a las labores del cam-
2 po. Pero dejemos de lado estos pensamientos y que sea como plazca a la divinidad. De nuestras composiciones, unas las tienes ya, pero otras no las tienes y las estás buscando. Por lo tanto, debes decirme cuántas tienes, pues así me harás saber las que has de recibir. No es menester que martirice para nada a los copistas. Así es que indícamelo y hallarás a Teófilo en plena tarea y a nosotros dispuestos a complacerte.

264

A Honorato (361)

Me da la impresión de que le has causado un gran pesar a nuestro camarada Asclepio, pues éste no me habría forzado a escribirte recurriendo con las más apremiantes formas de coacción, a no ser que le hubieras impuesto un castigo
2 por cualquier motivo de mayor o menor trascendencia. En muchas ocasiones le pedí que no te diera razones para enojarte con él, pero por el hecho de que no hayamos recibido carta alguna de tu parte conjeturo que mis epístolas te ofenden. Porque por su cambio de actitud se percibe que no es
3 en su totalidad un Melicides[407]. En efecto, por eso me exhortaba a mí mismo a permanecer en silencio entonces y me arrepentía por las cartas que te había enviado antes, pues

[407] El loco del proverbio, como vimos en la *Carta* 51.

me es posible seguir sintiendo afecto por ti aunque no escriba. Pero, puesto que Asclepio me impulsó a escribir poniéndome en un compromiso y prometiendo que no me perdonaría si sucediese algo, haz lo que corresponde al hombre justo. Y si surge alguna animosidad por esta epístola, perdona a los heraldos y échale la culpa a Agamenón[408].

265

A Honorato (361)

¡Mira!, también una carta del Emperador que te pide que nuestro Olimpio[409] no sufra injusticia alguna; no porque tu voluntad no baste y no aspire permanentemente a que nada se lleve a término en contra de la justicia, sino que cuantos aprecian a este hombre, que son muchos y poderosos, consideraron que es más honesto no omitir medio alguno que le aporte auxilio, que dejar de lado algún recurso. Tomaron medidas para que se escribiera esta carta y pidieron que la enviase, así que no era posible desobedecer. Con todo, si 2
nos llegara de allí el cumplimiento de alguno de nuestros propósitos, no dejaremos de reconocer de quién depende todo y que el triunfo o el fracaso de esta clase de documentos depende de vuestra decisión.

[408] Igual que Aquiles debe perdonar a los mensajeros de Agamenón por arrebatarle a Briseida, Honorato debe culpar al instigador de la carta, Asclepio 2, en lugar de a su autor. Cf. *Il.* I 335.

[409] Como se vio anteriormente *(Cartas* 70 y 251-252) Olimpio 3 pedía gozar en el Senado de Constantinopla de las mismas prerrogativas de que disfrutaba en el Senado de Roma.

266

A Prisciano (361)

Un hijo del portador de esta carta estudia con nosotros. Por tanto, me preocupo por el primero como es natural hacerlo con un discípulo y por el segundo en tanto que es padre de un alumno, haciendo partícipe a aquél de la elo-
2 cuencia que poseo y propiciando a éste tu benevolencia. Sin embargo, también tiene un hermano, a quien todavía no conozco, pero en tanto que es hermano suyo desearía que recibiese algún provecho.

267

A Ecdicio (360)

No ignoramos cuál es la forma de pensar que tienes sobre el ejercicio del mando y, como la conocemos, actuamos como es natural que en estos casos hagan los amigos. Mientras me congratulo con Máximo por el honor recibido de tu mano, concibo la esperanza de que su hijo también reciba
2 alguna muestra de tu favor. Mi deseo era que perteneciese al cuerpo de tus abogados y con frecuencia aconsejé a Hiperequio que se esforzara por prepararse para este oficio ensalzando el renombre que se obtiene con su ejercicio, pero como tenía las miras puestas en otro lugar y creía que de aquella otra forma[410] obtendría un éxito más rápido, ni aun así tuve poder para que abandonara esa idea, sino que me vi

[410] Ocupando un cargo público, claro está.

forzado a colaborar con él en el propósito del que traté de apartarle, pese a no estar convencido de ello. Así, le ayudé personalmente con lo que se podía hacer aquí en la ciudad y ahora colaboro con mis cartas en las gestiones externas, ora valiéndome de amigos de aquí para establecer los cimientos, ora escribiendo a un amigo para darle fin a la empresa. Es 3
natural que me resulte más fácil conseguir la ayuda de ahí, no sólo porque eres un viejo amigo mío (¡nos conocimos ayer como quien dice!), sino porque, al mismo tiempo que me haces un favor, beneficiarás también a un paisano[411]. En otros casos no se daba esta circunstancia. Pero por favor, no 4
grites cuando te enteres del favor que te pido, pues a quien le da gran importancia a no sufrir daño injustamente te es posible hacerle un favor manteniéndote dentro de los márgenes de la justicia. Lo cual sucederá también en el presente caso. Aunque serán los propios acontecimientos los que resolverán el problema si no te opones, te estaremos agradecidos no menos que a las circunstancias. Y así la ciudad no se verá perjudicada en nada, mientras que tú serás inscrito en la nómina de nuestros benefactores.

268

A Germano (360)

No te he visto aún, pero ardo en deseos de hacerlo y te estimo antes de verte. Tales son las numerosas noticias que sobre ti me ofrecen hombres buenos y honestos. Así es que pensé que es una cosa singular querer a una persona y no atreverse a pedirle un favor. Por eso te pido que a este 2
jovencito que tienes delante, de nombre Hiperequio, lo aco-

[411] Hiperequio y Ecdicio eran de Ancira.

jas con toda la dulzura posible y le ayudes a llegar rápidamente a su destino[412]. Pues como tiene prisa, según creo, ha mandado a paseo su yunta de mulos y cabalga en un caballo, montura que aún es insuficiente para el esfuerzo que tiene
3 por delante. Sin embargo, en tus manos está poner fin a la mayor parte de su fatiga. Cuando lo hayas llevado a cabo, ordéname cualquier cosa en la que pueda colaborar. Creo que sería hermoso que, una vez iniciado por mi parte nuestro contacto epistolar, empieces a ponerte manos a la obra, pues de ese modo nos podríamos situar en un punto de igualdad, o mejor, así comenzará tu victoria, si es que debemos reconocer que los hechos superan a las palabras.

269

A Euterio (358)

Sin ningún género de dudas Nemesio es caro a Hermes. Pues ni habría hablado así ni habría juzgado a otro de esa manera si no gozara de la simpatía del dios. También Homero, al hacer mención de las grandes gestas realizadas por Héctor, lo llamó *caro a Zeus*[413], mostrando con este epíteto que el héroe había llevado a cabo todo aquello gracias a
2 la influencia decisiva del dios. A mi admiración por su condición de gran orador añadíase mi afecto por haber manifestado públicamente su alegría por tus bondades. Pues nos informó de tu virtud en el ejercicio de tu cargo relatándolo con gran placer, y a quienes extasiados le escuchábamos nos estaba agradecido no como quien cuenta detalladamente los

---

[412] Hiperequio viaja de Antioquía a Ancira y pasa por la provincia de Asia, de la que es vicario Germano 1.

[413] Así, en *Il.* VI 318 y VIII 493.

logros de otro, sino como quien narra los propios. Por eso 3 me llenaba de gozo por ti debido al fervor de tu admirador y por él a causa de la hermosura del objeto amado que perseguía. Llegó radiante desde tu ciudad y al punto se dirigió presuroso a la residencia de nuestro bondadoso gobernador. Lo recibirás cubriendo de elogios al que tenemos ahora, pero incapaz de no echar en falta aquellas virtudes tuyas. Me 4
parece estar viendo las copiosas lágrimas que le provocarás cuando te dispongas a dejar el puesto. No obstante, que se consuele pensando que tal vez Armenia vuelva a estar bajo tu mando, pero esta vez con una dignidad superior. El ejemplo lo tenemos cerca. Pues a quienes de vosotros han desempeñado correctamente puestos menores, al punto se les encomienda un cargo mayor. El honor es proporcional al esfuerzo. Así pues, ojalá el dios lleve a término este deseo. En cuanto a Olimpio[414], dile que cobre ánimos en la idea de que, por sentido de justicia y porque tú lo pides, prestaré gran atención a la educación de sus hijos.

270

A Olimpio (358)

Tus hijos obtendrán de nosotros todo lo que en justicia les corresponda; en primer lugar porque una porción de la propia justicia exige que así actúe todo preceptor que no sea un malvado. Luego porque intercede por ellos Euterio[415] y porque Nemesio fue quien me los trajo, excelente gobernador uno y sublime orador el otro, el cual, si me hubiese con-

[414] Olimpio IX, como vemos también en la carta siguiente, tenía a sus hijos en la escuela de Libanio.

[415] *Vid.* la carta anterior.

fiado a los hijos de un enemigo, los miraría como si fuesen los de un amigo y, desterrando mi animosidad, les tomaría
2 cariño. ¿Quién no sentiría reverencia ante su rostro, su voz, su silencio? Nunca vi a un varón con tal capacidad para actuar siempre en el momento adecuado. Y no es nada asombroso que sea así siendo armenio, pues vuestra tierra sabe
3 cómo engendrar virtudes en los hombres. Por tanto, busca la manera de pagar al barquero, pero nunca hallarás el modo de corresponderle con algo que te permita no estar en deuda con él. En cuanto a mí, reconozco tener contraída con él una deuda por los muchachos y le pagaré por medio de las personas por cuyo motivo vino aquí, entró en mi casa y se convirtió en uno de mis amigos.

271

A Andrónico (361)

Me alegré mucho porque, tras obtener justicia los seguidores de Hermes[416], no sólo ellos mismos se encargaron de colmarte de alabanzas, sino que también dieron a los oradores que entonces escribieron cartas en su favor ocasión para ponerte en un pedestal. Afirman que también me están agradecidos los oradores en la suposición de que mis escritos tuvieron algún peso. Yo, en cambio, atribuyo todo el éxito a lo que ellos escribieron y me alegro de ver que los estimas, del
2 mismo modo que te acusaría si no los reverenciases. Por tanto, puesto que han tenido una buena experiencia anteriormente, se ponen en movimiento con la intención de obtener un nuevo beneficio con la esperanza que les da la experiencia previa de conseguir un segundo favor, especial-

[416] Los abogados a los que recomendó Libanio en la *Carta* 151.

mente cuando van, en cierto modo, por el mismo motivo. Pues buscar la manera de que otros no alteren cuanto les ha sido concedido por ti no significa pedir nuevas cosas, sino conservar con seguridad lo que ahora tienen. En mi opinión, que permanezca imperecedera esta exención es un bien común tanto para ti como para ellos. Esta carta del Emperador 3
que te muestran ha venido a confirmar su deseo de que tu decisión siga vigente. Es evidente que no vas a descuidar lo que te aporta honor a ti no menos que ayuda a ellos.

272

A Andrónico (361?)

Herodiano es uno de nuestros taxiarcos en la actualidad y, aunque antes me era hostil, ahora es un hombre que me reporta utilidad lo mismo que antes me causaba aflicción. En cuanto a mí, aunque antes lo elogiaba, no sentía afecto 2
por él, pero ahora lo admiro y aprecio. Desearía que el hermano de este hombre quedara liberado de sus temores, que, injustos como son, deja sin efecto el Emperador. Anúlalos también tú.

273

A Eusebio[417] (358)

Me bastó con saber que estarías dispuesto a dármelo, pues también te pedía para probarte el gobierno provincial

[417] Libanio le reclama a Eusebio X el pago de sus honorarios como maestro de su hijo, y éste le envía como pago un caballo.

para saber si hasta me darías algo así. Mi mención de los salarios que se me deben no debes interpretarla como una muestra de la prisa que tengo, sino del placer que siento al recordar nuestra relación. Pues aunque resultase que me debieras mucho dinero,

ya me pagaste el triple y el cuádruple[418]

con hechos más grandes y hermosos que las riquezas de Gi-
2 ges. Por tanto, conserva ese caballo y no busques otro. Pues todo el que, habiéndose enterado de lo que prometiste, sepa lo que has hecho, te celebrará a ti por haberlo enviado y a mí por no haberlo aceptado.

274

A Acacio[419] (361)

Con buen sentido me has permitido que te escribiera primero, pues éste es el privilegio que se ha concedido al acusador, y yo te acuso. A ti te corresponde, pues, tratar de librarte de los cargos. Por eso has preferido esperar pensando que no te convenía seguir el ejemplo de los plateenses
2 antes que la norma general[420]. ¿Cuáles son las acusaciones que formulamos contra ti la ciudad y yo? Pues ¡oh divino amigo! el que, habiéndote hecho grande entre nosotros, les

[418] *Il.* I 128.

[419] Tras la marcha de su rival Acacio 6, que abandonó Antioquía para regresar a su Palestina natal, nuestro sofista le escribió cartas amables y nada rencorosas.

[420] Como vemos en Tucídides (III 52, 5 ss.), los plateenses iniciaron ante los espartanos su defensa antes de que éstos formularan su acusación. Como es sabido, en el sistema judicial griego era costumbre que empezara a hablar la acusación.

hayas entregado a otros la preeminencia y que, poniendo por
medio el verano para consumar tu treta, te ausentaras con la
excusa de que regresarías a la carrera, pero te quedaras allí
como si hubieses degustado flor de loto[421]. Mejor dicho, 3
aunque muchas veces has resistido la atracción del loto,
ahora, después de recorrer tanto mundo, te has quedado
prendado de él, y eso que aquí tenías la oportunidad de
aprovechar todos los incentivos que tienen la facultad natu-
ral de convencer a un sofista para que soporte los esfuerzos
de la enseñanza. Pues si es importante para ti el aplauso y 4
recibir alabanzas, muchas recibirías aquí. Si dulce es tener
un grupo numeroso de alumnos, piensa que en no pocas
ocasiones salías de clase bien avanzada la tarde. Sin duda la 5
ganancia era mayor que la que pudieras sacar de otro sitio
(al menos trato de convencerme a mí mismo de que es así).
En cuanto a tus hijos, a unos los tendrías entre nosotros y
otros vendrían y les concertaríamos sus bodas escogiéndoles
pretendientes de los muchos que hoy valen la pena. Y lo 6
más importante: ya habíamos puesto fin a nuestra disputa,
que, si bien nunca llegó a ser violenta, ya había desapareci-
do por completo, pues nos había incitado a ello la edad, creo
yo, y el que nuestra mutua relación se estuviera encauzando.
Éstas son las acusaciones que formulo en tu ausencia, aun- 7
que tengo poder para tenerte aquí presente en lugar de acu-
sarte. Pues para lo demás soy débil, pero para lograr que te
muestres de nuevo tengo más poder que Midas, que tan
grandes prodigios obró. Pero cuando has escrito pidiendo 8
permiso para quedarte ahí, éstos[422] vinieron a suplicarme y
llamando impiedad a mi celo consiguieron que hasta me

---

[421] La flor de loto producía en quien la degustaba el olvido de la patria, como sabemos por el célebre pasaje de *Odisea* IX 91 ss.

[422] Los alumnos de Acacio, que se quedaban sin su maestro. El gobernador podía hacer que Acacio regresara por la fuerza a su puesto.

acercase a las puertas de los gobernadores. ¿Podrás alegar algo a esto? Eres hábil, pero me sorprendería que ahora no estuvieras confuso.

275

A Máximo (361?)

Pariente de Proheresio[423], quien con su elocuencia es benefactor del mundo civilizado, es Filastrio, que ejerce en la curia de Cucuso. Desearía que en su condición de hombre honesto obtenga tu benevolencia y que, al mismo tiempo, tú te destaques al honrar la estatua broncínea erigida en Roma
2 y en Atenas. Este mismo acto también me aportará cierto honor a mí por ser el autor de la petición. Se pensará que le concedes una gracia sin haberte escrito y que a mí, que lo he hecho, me has prestado atención.

276

A Modesto[424] (361?)

Por ventura sabes desde antiguo que me preocupo por Dulcicio[425]. Pues desde hace mucho te llegan peticiones

---

[423] Proheresio es el célebre maestro, entre otros, de Juliano y de Eunapio. Atenas y Roma erigieron en su honor una estatua de bronce. Cf. Eunapio, *Vidas de los sofistas* 492. Máximo 19 era por entonces gobernador de Armenia.

[424] La carta va dirigida al entonces *comes Orientis,* Modesto 2, sobre un caso de *coemptio,* procedimiento por el que los campesinos se veían obligados a vender a un precio especial su producto a los funcionarios. *Vid.* P. Petit, *Libanius et la vie...*, pág. 299 y S. Mazzarino, *Aspetti Sociali del quarto secolo,* Roma, 1951, págs. 159-162.

[425] Este Dulcicio es desconocido, no debemos confundirlo con Dulcicio 5 de la *Carta* 278.

mías en su nombre y en respuesta nos vienen tus favores. Es que, como te hacíamos peticiones justas, no podías rehusar, como tampoco ahora nos lo negarás, pues también son justas estas peticiones que te estamos haciendo. Me dice que 2
cultiva una pequeña finca en el término de Berea pero que se le obliga a vender una cantidad enorme de trigo y es agraviado por los que desean engañarle, unas veces ocultando la verdad, otras inventando cosas, ora haciendo caso omiso sus demandas o llevándose sin más sus productos, ora tasando por lo bajo. Se presenta ante ti para informarte de 3
los detalles, así es que préstale tu auxilio. Importante es la benevolencia del juez incluso para quien tiene poderosos argumentos.

277

A Modesto (361?)

Quien hace que el teatro tenga encanto para mí es Megecio el orador. Pues eleva la voz como cincuenta hombres y con ella interrumpió en numerosas ocasiones a quien tenía la palabra. En mi opinión, es vital para el que declama un oyente apasionado que interrumpe el desarrollo del discurso. Así, en mis recitaciones públicas respondo al grito de entu- 2
siasmo con una sonrisa y acercándome a su autor. En este caso he hallado una forma más brillante de corresponder por mediación tuya. Has castigado con una multa al hermano de éste, o mejor dicho, le has castigado con el temor, pero has cooperado para que su castigo quede sin efecto. Una carta 3
tuya y tu voluntad estipulan que se le devuelva el dinero, pero éste, con no sé qué excusa, no desea volver a sus manos. Así es que convéncele o bien oblígale a no esquivar a sus

dueños, para que ellos tengan la posibilidad de poseer lo que les pertenece y que ninguna de tus órdenes sea papel mojado.

278

A Dulcicio (361)

Gobiernas una gran provincia. Esto fue lo que nos anunció Fama y no mintió. Pero gobiernas sobre otros y no sobre nosotros. Por ello podría hacerle reproches a la diosa, pero incluso en este contratiempo subyace cierto consuelo. Pues en lugar de a nosotros prodigas tus cuidados a nuestros padres[426], lo cual viene a significar que no nos quedamos sin
2 nuestra porción de ganancia. Muy al contrario, sé muy bien que también vendrás aquí con un cargo más importante. En cuanto a este Daricio el tracio, —aunque mejor sería decir el heleno, pues nació en Tracia, pero recibió su educación en la ciudad de Teseo—, te lo confío como un regalo. Éstos son los únicos dones que sabes aceptar, ya que el oro, aun-
3 que sea colofonio, no vale para ti más que el plomo. Acepta, pues, a este jovencito, confía en él, dale ánimos y cuando sientas admiración por sus dotes de orador, no pienses de él que, más que una persona noble, es un diestro orador. Su carácter se ha manifestado ya en ocasiones importantes. Ojalá sólo tengas que comprobar la lealtad de tus amigos en tiempos de bonanza, pero sábete bien que en la tempestad nadie
4 resultaría ser mejor que él. Por consiguiente, con este pro-

---

[426] En tanto que Grecia es la madre patria de los helenos. Dulcicio 5, como se deduce de lo que nos dice el propio LIBANIO en *Disc.* XLII 24, fue posiblemente vicario de Tracia y *vicarius Asiae* en el 361, bajo cuya jurisdicción quedaban las antiguas ciudades griegas de Jonia.

pósito se encamina a la que es ahora tu provincia de Asia y adopta esta región en lugar de su tierra natal. De la divinidad y de ti depende probar que ha tomado la decisión acertada.

279

A Leoncio (358)

Me pasó lo que me anunciabas en tu epístola: de entrada miré con simpatía a Cleopatro gracias a tu carta, pero cuando traté al muchacho no puedo decir que no siguiera sintiendo respeto por la misiva, pero eran sobre todo sus cualidades las que me seducían. Pues no sólo era muy bueno para interpretarme un pasaje, sino que incluso el conocimiento de la retórica que desplegaba a la hora de escribir también lo manifestaba en la conversación improvisada. Además, me 2
llenaba de alegría tanto su amor por ti como el placer que sentía cuando me contaba lo que decías sobre mí o cuando me oía hablar de ti. También es elegante su rostro, su forma de hablar y su porte; en suma, nada hay en él que no sea de esta guisa. Además de su valía natural, así es como nos has modelado a este pariente tuyo: sumando tu contribución a sus virtudes naturales. Ojalá forjes también hijos semejantes a este familiar.

280

A Máximo (358)

Creo que Leoncio el sofista ya es amigo tuyo, pues posee elocuencia, que es lo que tú amas. Pariente y discípulo

suyo es este Cleopatro a quien me ha recomendado y yo te
2 recomiendo ahora. Así pues, lo que Leoncio puede hacer por Cleopatro es poco, pues escaso es sin duda mi poder, pero es mucho lo que yo puedo hacer, pues grande es la autoridad que tú tienes. Por tanto, cuando le hagas un favor, habrás de decirle que su benefactor ha sido un noble orador.

281

A Dianio (358?)

Incluso antes de que llegase el portador de la carta ya nos habían llegado noticias de la estima que disfrutas ante un varón merecedor de toda la honra y buena fama del mundo[427]. Sin embargo, de quien te entrega la presente también se podría escuchar un elogio semejante y aún más her-
2 moso de lo que otros nos anuncian. Pensé entonces que a los hombres moderados y excelentes, cual sin duda eres tú, les asisten los dioses y les ayudan poniéndoles a salvo con facilidad de los peligros que parecen insalvables, y que tu caso no difiere gran cosa de los peligros del citaredo de Lesbos[428], quien, a pesar de haber caído al mar, fue transportado más placenteramente que los que viajaban en el barco.
3 De igual forma, mientras nos compadecíamos de ti y nos testimoniábamos unos a otros nuestro llanto por la clase de tempestad en que habías caído (aquel terremoto[429] y sus te-

---

[427] Se trata de Alejandro 4, gobernador de Bitinia, antiguo alumno de Libanio.

[428] Referencia a la historia del cantor Arión de Metimna, al que unos marinos de Corinto despojaron y arrojaron al mar. Milagrosamente, un delfín le salvó la vida. Cf. Heródoto, I 24.

[429] Posible alusión al citado proceso de Escitópolis por alta traición, en el que Dianio parece haber estado involucrado. Por el contexto parece cla-

rribles consecuencias), algún dios te ofreció un refugio en
un amado varón en quien se mezclan grandeza de ánimo y
poder para llevar a cabo lo que se proponga. Te recomiendo, 4
por tanto, que te agarres con firmeza a la actual fortuna y
que sujetes con fuerza tu bote a la nave de Alejandro, a
quien ya me parece contemplar ocupando un cargo más im-
portante y de nuevo un tercero y un cuarto. Creo que ni la
vejez le jubilará de los trabajos que aportan utilidad a las
ciudades. Pues el Emperador conoce bien a este varón y no
cesará de requerir sus servicios. Por tanto, considera que se- 5
guir sus pasos y colaborar con su trabajo vale más que cual-
quier cargo. Rectifico: ojalá puedas progresar fácil y honro-
samente en la vía política si él te elogia y te convierte de
hecho en su imitador.

282

A Alejandro (358)

No cabe duda de que el destino no tiene decretado que la
peor fortuna de Bitinia sea inmortal. Por eso ha llegado para
sanarla quien sabe cómo hacerlo. Porque si bien no podrías
levantar de nuevo a los muertos, como se afirma en los mi-
tos, sí podrías devolver su aspecto de ciudades a las que ya
han desaparecido. Que es exactamente lo que estás haciendo
ahora, pues se cuenta que han retornado a la vida. ¡Ojalá re-
cuperen, oh dioses, todo su antiguo esplendor! Me alegro 2
por un doble motivo: por que seas tú el benefactor y por que

ro que no se refiere al terremoto de Nicomedia del 358. De ser así, la epístola debería ser datada después del 359, año en que se celebró el proceso.

sean los bitinios los beneficiados. Pues tú eres hijo mío[430] y este pueblo es como una patria para mí. Te describiría la acogida que tuve y mi pasión por aquella etapa de mi vida si
3 tú mismo, sabiéndolo, no pudieras contárselo a otros. Así pues, el mismo placer que sentiría si prestases tu auxilio a la ciudad que me trajo al mundo es el que experimento ahora, toda vez que haces todo lo posible para que la ciudad que en nada es inferior a la mía vuelva a tener el aspecto de antes.
4 Creo que también te ennoblecerá el que a este joven, que es pariente de Aristéneto, discípulo mío, que sabe ser pudoroso y se ha ejercitado en el afecto, no lo menosprecies porque se encuentra en una situación peor que quienes son inferiores a él en rango, sino que lo aceptes entre tus colaboradores, le concedas una plaza decorosa y hagas que brille por los honores que le des ahora y los esperados en el futuro. Y si piensas que lo hecho ha sido no más por Dianio que por mí, tu opinión será la correcta. Pues este joven, aunque me ha dado más alegrías que el resto de camaradas, no me ha causado ni un solo pesar.

283

A Demetrio[431] (359/60)

He pronunciado ambos discursos y ambos en su totalidad; el de ahora, de contenido polémico, y el antiguo, que

[430] Como ya se dijo, Alejandro 4 fue discípulo de Libanio, que pasó cinco años enseñando en Nicomedia, la capital bitinia. Allí pasó, según nos cuenta él mismo *(Disc.* I 51), una de las etapas más dulces de su vida.

[431] Demetrio 2, gobernador de Fenicia, era un habitual receptor de los discursos de Libanio (Cf. *Cartas* 36, 188, 528, 619, 785 y 795). En ésta se

era un panegírico. Tú creías que por temor al chillido de cierto grajo[432] iba a preferir callarme y portarme mal con mi tío. Pero no es así, sino que la parte que no era peligroso ex- 2
poner ante una multitud se ha pronunciado en público. Sin embargo, la tercera parte del discurso requería amigos seguros a los que, habiendo sentado en unos cuantos asientos a puertas cerradas, se la leí rogándoles que, si algo les parecía bello, lo admirasen en silencio y que no despertasen la atención de muchos con el griterío. Y hasta el momento presente (me arrodillo ante Adrastea[433]) no me ha surgido motivo alguno de temor. ¿Qué es lo que me espanta?, tal vez lo de- 3
sees oír. Fasganio arrebató a la ciudad de las garras del que entonces ostentaba el poder[434], y ya sabes con cuánta saña. Por tanto, no se podía poner de manifiesto el gran auxilio de mi tío sin poner de relieve la gran inhumanidad de aquél. Así es que se ha mostrado y el discurso ha alcanzado el éxito esperado. Sin embargo, tengo miedo de que esta parte del 4
discurso esté bien y esta misma bondad le produzca alguna

---

refiere Libanio al polémico panegírico que escribió en honor de su tío Fasganio tras su muerte en el año 359. Fasganio se había opuesto en la curia de Antioquía al tiránico César Galo, hermanastro de Juliano, razón por la que la parte final del panegírico contenía duras acusaciones contra el fenecido César. El problema era que Juliano era entonces César en las Galias, razón por la que nuestro orador temía incurrir en su ira. Por eso la difusión de dicha sección del discurso se reservó para su lectura entre amigos seguros. Esta carta demuestra que la amistad de Libanio y Juliano se inició en el año 362, durante la estancia del Emperador en Antioquía, y que los contactos precedentes fueron meramente formales.

[432] Ignoramos a qué charlatán compara aquí Libanio con el grajo, pero, salvo Juliano, es difícil imaginar a quién podría ofender una crítica del desastroso gobierno de Galo. Tal vez al gobernador podría parecerle poco adecuado que la púrpura imperial sufriera abiertos ataques en la ciudad.

[433] Divinidad asociada a Némesis, encargada de castigar los pensamientos soberbios de los hombres.

[434] El césar Galo.

desgracia a su autor. Pues, aun muerto, aquél tiene poder a través del que vive[435]. Por tanto, si uno no desea acabar en el *báratro*[436], deberá escoger la opción de ocultar el discurso
5 antes que darlo a conocer y temblar de terror. En consecuencia, aplácese la entrega de éste y recibe sólo el otro por medio de un excelente conciudadano nuestro al que nadie aventajó en su deseo de tomar a su cargo la carta. Además, ahí van para ti los argumentos con los que rivalizamos con uno de los discursos de Demóstenes y dos introducciones, una que me pediste y otra que tal vez no te disgustará.

284

A Máximo (358/9)

Este anciano Heraclio[437], que ha padecido males sin medida —no por causa de tu mandato, pues la guerra focidia[438] fue anterior a la carrera política de Demóstenes, sino por culpa de esos que con facilidad oprimen a quien les venga en gana—, se presenta ante ti habiendo abreviado el trabajo a cuantos aquí nos hemos preocupado por su caso y depositando su confianza en que todo esto acabe con un de-
2 creto tuyo. Por tanto, haz que tenga un final feliz y concédele un favor sin franquear un ápice los límites de la justicia.

---

[435] Juliano.

[436] Véase n. 116.

[437] Personaje desconocido. Wolf y Seeck corrigen los manuscritos y leen «Heráclito».

[438] La Guerra Sagrada del año 355 a. C., un año antes de que Demóstenes iniciara su carrera política. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona*, 18: «Pues cuando estalló la guerra focidia, no por culpa mía (pues por entonces yo, al menos, no intervenía todavía en la administración pública)...» (trad. del Prof. LÓPEZ EIRE en el vol. 35 de la BCG).

Piensa que sería insólito que la fama que adquirí entre los armenios de ser capaz de prestar ayuda durante el gobierno de Euterio quedara arruinada durante el mandato del noble Máximo[439].

285

A Máximo (359/60)

Al joven Leteo de Armenia me lo trajo su madre para confiármelo, aunque era su único hijo. A continuación gocé con su capacidad para aprender retórica, pues es agudo el potrillo. En su madre admiré el que no quisiera oír hablar de un segundo matrimonio a pesar de ser madre de un único hijo y que recorriera a pie un camino tan largo por creer que todo iría mejor para el chico si ella personalmente se hacía cargo de la dirección de sus asuntos. Por tanto, de que in- 2
grese en las filas de los helenos nos ocuparemos la divinidad y nosotros, pero la salvación de su casa corresponderá a su madre y también le preocupará a Eusebio, que vive virtuosamente; éste, gracias a su celo por lo divino, redujo a la nada mis preocupaciones por ellos al considerar que a un hombre justo más le cuadra ayudar a un huérfano y no permitir actuar a los que deseaban robarle. Sin embargo, su in- 3
tención es noble, pero también podría tener alguna eficacia si gozase de tu influencia para inclinar la balanza a su favor. Y estoy seguro de que la tendrá, pues has escogido la opción de incrementar nuestro prestigio.

---

[439] Máximo 19 fue sucesor de Euterio 2 como gobernador de Armenia.

286

A Paladio[440] (361?)

Guarda esas extensas y prolijas apologías para los que quieren acusarte. Pues soy testigo de tu completa virtud, tanto en lo que se refiere a tu carácter como a la que hay, y
2 mucha, en tu elocuencia. Así pues, a ese que intentaba confundirnos ya le expusimos más razones, aunque no más bellas, que las que tú me escribes en tu carta, y a aquel noble varón[441], amigo tuyo y mío (ya que es mi amigo a la vez que alumno), me apresuré a jurarle que nada de eso era obra tuya, sino que todo se debía a la estupidez de quien se lo dijo —pues más vale atribuírselo todo a ese defecto que a su maldad—. De modo que Hilario, aunque mucho sufría por las calumnias de aquél, sentía más placer por el hecho de que mi inteligencia no fuese derrotada por las calumnias, que
3 desánimo por que éstas hubieran surgido. Como vi que se disponía a elogiar esta actitud mía, le atajé diciéndole: «Excelente amigo; no me parecería bien recibir elogios por considerar a Sócrates un hombre divino y muy alejado de las acusaciones que contra él formuló Meleto, ni tampoco sería natural que se me considerase más sabio que los siete si no me dejase persuadir por quien tratara de convencerme de
4 que el sol es el responsable de la oscuridad». De igual modo, tampoco tiene nada de extraordinario que tenga el con-

[440] Aunque no es seguro, posiblemente es el *magister officiorum* de Galo a quien el tribunal de Calcedonia desterró a Britania (cf. Amiano Marcelino, XXII 3, 3). Paladio 4 era originario de Antioquía (cf. *Carta* 440), de ahí que fuera bien conocido por Libanio.

[441] Hilario 8.

vencimiento de que no es propio de tu espíritu aquello que bajo ningún concepto podría serlo. Por tanto, deja de escribir tales cartas o diré que me ofendes por creer que formo parte de toda esta blasfemia.

287

A Máximo (361)

Sentí alegría por lo que escribiste, pues me dabas a conocer lo que deseaba. En cuanto a la belleza de la carta, era tan maravillosa que, gritando yo en el ágora (pues allí la recibí y, nada más tomarla en mis manos, la leí) me preguntó Estrategio (me refiero al curial): «¿Por qué gritas?». Al reconocerlo se la leí e imitó mi grito. ¡Ea, pues!, hazle tú tam- 2
bién un beneficio al portador y ámalo como hijo mío que es. Sin duda no sentirás envidia por que llame así a mi discípulo, ya que siguió mis clases con muchos otros, pero sólo unos pocos como él nunca dieron motivo alguno de queja a pesar de que acudía regularmente a las clases y nos acompañaba en la mesa, en los trabajos vespertinos y en todas las actividades en las que se espera que participe un jovencito que por su carácter merece toda la confianza. Su linaje pro- 3
cede del lugar que gobiernas y de los gálatas, pero mejor es la estima que siente por la tierra de la que eres gobernador y de alguna manera es antigua su inclinación por viajar a Armenia. Y si no lo hizo antes, ahora sin duda debía hacerlo, cuando tú haces que las ciudades semejen, como dicen, «flores de los samios y callejón de Samos»[442].

[442] Cf. ZENOBIO, *A* III 92, y SALZMANN, 38.

288

A Máximo (361)

Creo que hasta con lágrimas has honrado a Cesario, quien con su muerte ha causado un grave menoscabo a Armenia. Supongo, en efecto, que la ciudad habrá guardado luto oficial en señal de duelo por el «enderezador de ciuda-
2 des», como diría Píndaro[443]. Una porción no desdeñable de esta desgracia es que su hijo, arrebatado de los estudios de retórica, tenga que volver a su casa a toda prisa para intercambiar las preocupaciones adecuadas al joven por las que
3 eran propias de su padre. Mejor expresado: no son del todo desdichados sus hijos por haber preparado la divinidad tu gobierno como medicina de la desgracia que se les avecina. Pues no se me oculta que, por respeto al muerto y por complacernos, te esforzarás por minimizar su percepción de esta adversidad, porque estás convencido de que este gesto —poner fin a la turbación de una familia floreciente— apor-
4 tará a tu fama no menos que tus otras actividades. El mayor servicio consiste en que Eudoxio[444] pueda regresar con nosotros, lo que me parece que hará, pues veo que tu providencia es más que suficiente para contrarrestar las circunstancias que le han forzado a trasladarse.

[443] *Olímp.* II 7.
[444] Eudoxio I, hijo de Cesario II.

289

A Acacio[445] (361?)

En lo demás tal vez sea inferior a ti, pero esta victoria la he conseguido a tu costa, pues me comporté amistosamente contigo cuando dijiste todo lo que podías decir para que no se te arrebatase aquello de lo que yo mismo me quedé privado y no dije nada. Sin embargo, me parece que tampoco 2
ignoras lo que siguió; la forma en que me referí a ti y cómo todos me aplaudían por cómo hablaba de ti y de tus disputas. Tú fuiste el primero en enviarme una carta, pero yo te escribí; y si la primera llegó rápidamente, la otra estaba a punto de hacerlo, porque no por la rapidez se debe juzgar la intención. Entérate de cómo vi al noble Eutropio[446] de su 3
propios labios y de lo que resolví hacer para ser derrotado por Eubulo, pues es necesario que Eubulo siempre se lleve la victoria.

290

A Prisciano (361?)

Todavía lleva Leoncio cartas sobre las mismas cuestiones y yo esperaba que celebrase los sacrificios conmemora-

[445] Acacio 6, el antiguo rival de Libanio con quien luego hizo las paces, como vimos en la *Carta* 274. Por la presente nos enteramos de que el primero que dio el paso hacia la reconciliación fue Acacio, quien tuvo la iniciativa de escribir a su rival.

[446] Según SEECK (pág. 151), se trataría del historiador que compuso el célebre *Breviario*. Sería, según él, sobrino de Acacio.

tivos de su victoria. No obstante, afirman que no es poco lo que ha conseguido, pero posiblemente estaría bien que lo obtuviese todo. En cuanto a ti, tras elogiar sus muestras de gratitud, haz que te esté agradecido por haber quedado liberado por completo.

291

A Geroncio (361)

Cuando aceptaste el gobierno de los egipcios, yo recibí también la obligación de escribirte en defensa de mis amigos. Pues ellos iban a reclamar mis cartas y no tendría excu-
2 sa para no dárselas. En efecto, el primero en pedírmela y en llevarla consigo resulta ser Heraclides[447], hombre dulce, diestro orador, íntimo mío, gloria de Menfis. Por consiguiente, muéstrame a través de lo que hagas con él si debo en lo sucesivo hacer esta clase de promesas o no.

292

A Euterio (357/8)

No debería pedirte que tratases bien a Heraclides; te lo ordeno, pues me da la impresión de que recibes con mayor placer las órdenes que las súplicas. La razón es que no me-
2 nos que gobernar sabes amar. Sin duda lograría él de ti algún beneficio incluso sin mis cartas si, tras colocarse a tu

[447] Heraclides 4, poeta y médico de Menfis, viajó a Eufratense y, a su paso por Antioquía, se hizo cargo de las *Cartas* 228-229. A su regreso le entrega Libanio la presente y la siguiente para que las lleve a Geroncio 2, prefecto de Egipto, y a Euterio 2, gobernador de Augustamnica.

lado, hiciese lo que suele hacer. Y lo que suele hacer es cubrirme de elogios; ya comprobarás que es así. Por tanto, por 3
estas dos razones, los elogios y la carta; mejor dicho, por esto y por la elocuencia que atesora, y aún más, por respeto a Menfis, permite que este hombre necesite muy poco de los demás.

293

A Modesto (359/60)

A mis camaradas, a tus abogados, que yo te confié y a los que tú respetas, a éstos que son portadores de mi carta tratan de arrancarlos de tus puertas por medio de unas resoluciones[448] unos hombres a los que yo libré con frecuencia de tu justa cólera. Más exactamente, a Eusebio le amenazan, pero al otro ya de hecho lo llevan a rastras para que se haga cargo de una liturgia que requiere un cuerpo vigoroso. Y 2
Agrecio goza de tan buena salud que ha gastado más dinero que nadie en médicos, pues continuamente necesita la asistencia de los galenos. Por si fuera poco, en casa permanecen cinco hermanas a las que toca casarse por su edad pero no pueden a causa de su pobreza. Pues hoy en día el linaje no tiene valor. Por eso, considerando que sería una vergüenza 3
para mí no poder ayudar a mis amigos y nada decoroso para ti que una vieja ley que presta auxilio a los rétores quede sin

[448] La curia de una ciudad armenia exige a Agrecio I y a Eusebio XI el desempeño de sus obligaciones litúrgicas. En el caso de Agrecio, se le exige que se haga cargo de un servicio público *(diakonía)* que requiere cierto esfuerzo físico. Sin embargo, los rétores, como el propio Libanio, estaban exentos por ley de este tipo de obligaciones. En la *Carta* 638, dirigida conjuntamente a Eusebio y Agrecio, aún no consta que el problema se haya solucionado satisfactoriamente.

vigor durante tu mandato, convence a los curiales más osados de que no se les permitirá todo.

294

A Eusebio (359/60)

Acudimos a la propia Atenea en busca de refugio por asuntos similares. Pues muy recientemente nos libraste a un joven del fuego y arrostraste las fatigas que uno soportaría por un hijo. Ahora son precisos los mismos esfuerzos e
2 idéntico ardor; mejor dicho, un ardor mucho mayor. Este Agrecio que ves ante ti en nada difiere de un hijo para mí, y hasta el día de hoy he sostenido sin descanso su casa, pues
3 son muchos hermanos y todos pobres. Sin embargo, esos que tan fácilmente aprueban decretos se empeñan en demostrar que a mis amigos, excepto acompañarles en sus súplicas, no puedo serles útil en ningún otro menester. Y eso que ante tu cólera no con súplicas, sino con actos, les protegí y apacigüé el oleaje. Pero éstos tienen tanta memoria para la gratitud que

pagan sus servicios como a Agamenón[449].

4 Entérense, pues, de que tu poder es tuyo y mío y de que no será fácil hacerme daño mientras tengas fuerza. Por tanto, a Agrecio le corresponde informarte detalladamente sobre los pormenores de este asunto, y a tu valor el que este hombre no sea arrollado.

[449] Cf. *supra, Carta* 194.

295

A Anatolio (361?)

Mientras aún estabas entre nosotros recibí algunas cartas. Calcula, por tanto, con este preámbulo a cuántas es lógico que ascenderá el total[450]. El primero que me lo pidió fue este Marcelo que tienes ante ti, pues es huésped de Laurencio, nuestro pariente, puesto que aún no ha recogido los hermosos frutos de su moderación. Pese a que tenía capacidad para expulsar a otros si hubiera sido audaz, se le destierra por haber preferido comportarse bondadosamente. Sin 2
embargo, ahora se le abre una esperanza para el regreso, tomarse la revancha y no sufrir los mismos males si, por causa de la justicia y de nosotros, te compadeces un poco de quien ha sufrido terribles experiencias.

296

A Cirilo (360/1)

Sabemos cuánto bien le has hecho a Alejandro, pues el beneficiado no lo ocultó. Así es que puse muy contento tanto por el provecho recibido como por su nobleza a la hora de reconocer el favor. Quien tiene esta condición lo lógico es que hasta el fin consiga el mismo resultado, porque cuando ha recibido sabe reconocerlo.

---

[450] Es decir, si ya le llegaban peticiones a Libanio de recomendación ante Anatolio 4 cuando éste estaba en Antioquía como simple particular, muchas más habrá recibido nuestro sofista desde su nombramiento como gobernador de Fenicia.

297

A Leoncio (360/1)

Terasio me exhortó a mandarte esta carta, poniendo de manifiesto con este gesto el aprecio que nos tiene a ambos. Pues sabía que lo más dulce para mí es enviarte cartas y pa-
2 ra ti recibirlas. Veamos cómo podríamos devolverle el favor; es fácil, pues no habrá que pagárselo con dinero, sino con la lengua, diciendo lo que sabemos que posee. Y lo que posee es el arte de su verbo y la virtud de su carácter.

298

A Acacio (361)

¡Ánimo! Cambia de lugar y hazles a los gálatas lo que a los frigios[451]. A ellos los condujiste a una felicidad completa gracias a tu dominio del arte de pastorear pueblos. Y como estoy completamente convencido de que esto es así en lo que a ti respecta, no dudo en proclamarlo a los cuatro vien-
2 tos. Sin embargo, aunque tú tienes el mejor concepto de nosotros, lo ocultabas con tu silencio. Yo pensaba que eras así de honesto y, aunque daba la impresión de que te habías alineado con mis rivales, te contaba entre mis amigos, pues no me disparabas tus dardos. Por tanto, consecuencia de tu actitud de entonces es el que ahora te pida un favor. Te pediré muchos después de éste, pero el de ahora será más impor-

[451] Acacio 8 fue gobernador de Frigia y, cuando recibe esta carta, está a punto de hacerse cargo del gobierno de Galacia.

tante que los demás. En Ancira se encuentra el noble Máxi- 3
mo, más noble que Codro[452], según dicen; apacible, rico
gracias a la justicia, que no suplica a los dioses poder sumar
las tierras del vecino a las suyas, sino que se preocupa de
cómo sacar el máximo partido a las propias, un hombre que
es caro a Deméter por la atención que presta a la agricultura
y amigo de Ártemis por la caza. Pues, dejando de lado las
armas que otrora fueron su ornato, cría caballos y perros con
destino a la caza. Las pocas veces que se dejó ver en el ágo-
ra nunca molestó a nadie, pero sí les alegró a muchos el día
con su aparición. Y al irse lo único de lo que se le podía
culpar era de que se marchase deprisa y corriendo al campo.
Este Máximo es mi huésped desde hace mucho tiempo y me 4
ha confiado a sus hijos. El mayor de éstos[453], que ha puesto
de manifiesto su virtud pese a su juventud, hace que la amis-
tad que nos une a sus padres y a mí sea íntima, motivo por
el cual ellos anteponen mis intereses a los suyos y el mismo
sentimiento predomina en mí. Pues sabe bien que más con-
sidero mi benefactor a quien muestra interés por sus asuntos
que quien arrostra peligros por mí. Ahora creo, como nunca 5
antes lo creí, que este hombre recibirá honores, pues tengo
la profunda convicción de que no lo tendrás en baja estima.
Porque los malos gobernadores dan escasa importancia a
quienes saben hablar, pues desean que su gestión pase des-
apercibida, pero a vosotros los nobles os hacen falta discur-
sos, y en gran número, gracias a los cuales toda época co-
nozca vuestras bellas obras.

---

[452] Mítico rey ateniense, descendiente de Néstor, el homérico rey de Pilos.

[453] Hiperequio.

299

A Alejandro (361?)

Ruega por que sean muchos los que pasen por Bitinia, pues así tendrás a muchos que te elogien. Porque ninguno de los que se presentan aquí tras pasar por tu provincia deja
2 de traer noticias maravillosas de tu gobierno. En cuanto a Elpidio, el que abandonó su fila[454] —o el coro, si lo prefieres, pues antes cantaba con nosotros y ahora se dirige a otro coro, pues ha preferido los pleitos a los estudiantes— cada vez que se acuerda de ti salta de alegría, grita y se queda simple y llanamente presa del delirio de los coribantes. Me parece que con sumo placer cogería al famoso Pegaso y, dejándose de acemileros y jornadas de viaje, se dejaría transportar a tu lado con la velocidad de sus alas. Sin embargo, tengo la impresión de que dejaría allí a Pegaso y buscaría infinidad de excusas para su lentitud[455]. Tal es su deseo de verte y el afecto que te tiene. Y aunque busca verte, lo que realmente desearía es tenerte y no marcharse de tu lado.
3 Aunque debes creer al noble Elpidio en todo lo demás, cuídate no vaya a confundirte con sus elogios hacia mí, pues afirmará que soy grandioso, cuando soy simplemente aquel a quien conoces, insignificante, que poco sabe y en nada es mejor que cualquier tipo.

[454] Elpidio 3 dejó los estudios de retórica por los de derecho.

[455] *I.e.*, iría con presteza a Bitinia a ver a Alejandro 4, pero no tendría prisa alguna por regresar a Antioquía.

300

A Honorato (361?)

Ahora es cuando me has pagado el mayor de los salarios: poniendo de manifiesto tus excelencias en el palacio imperial. No es que el otro salario, el oro y la plata, en cuyo montante aventajabas a los demás, fuera insignificante, pero con lo que ahora estás haciendo ¡oh Heracles, cómo has demostrado que soy *padre de nobles hijos*[456]! Pues has he- 2
cho que todos se vuelquen en elogios a tus virtudes y yo mismo soy testigo de sus palabras: uno afirma que te adora por tu dulzura, otro por tu sagacidad; uno te llamaba orador, a otro le parecía maravilla que escribieras con la misma rapidez que hablabas[457]. Hubo uno que, ansioso de describir 3
con justicia la virtud de tu carácter, me dijo: «¿A qué Honorato te refieres, al anciano?», y no porque te haya pasado lo de Ergino[458], que te hayan salido canas en plena juventud, sino porque vivías con arreglo a las costumbres de los ancianos antes de salir de la adolescencia. Y lo más asombroso: estando tu madre ausente y no estando tu padre, hiciste que tu pasión por lo bello fuese tu pedagogo. Por consi- 4
guiente, no puedo animarte a que hagas algo bueno que hayas descuidado hacer, sino que me limito a rogarte lo que se dice corrientemente: que sigas siendo como eres. Co-

---

[456] Adjetivo *(eúpais)* muy usado por Eurípides *(e.g., Hécuba* 810).

[457] Gracias a la taquigrafía. El éxito profesional de los taquígrafos, en detrimento de los rétores, exasperaba a nuestro autor.

[458] Ergino, uno los argonautas, ganó la carrera de carros en los juegos organizados por las mujeres de Lemnos, aunque por su canicie nadie esperaba que superase a los veloces hijos de Bóreas, Zetes y Calais. Cf. Píndaro, *Olimp.* IV 25, y Salzmann, 23.

rrijo. Sólo quisiera añadir algo; que me escribas como si escribieses a tus padres, para que también este menester lo lleves a cabo como se debe, pues te hará falta cuando (si la divinidad nos lo concede), gracias al servicio que estás prestando dentro de la corte, se te crea apto para gobernar provincias.

301

A Temistio (361?)

En lo referente a la retórica, el noble Elpidio se parece a nosotros, pero es con diferencia mejor en lo que respecta a percibir el rumbo de la vida. Pues aquí tenía su cátedra, su capote y todos los restantes pertrechos que aún seguimos utilizando nosotros, pero como ve que quienes nos dedicamos a la educación somos más débiles que estatuas *(a Sócrates lo considero una excepción*[459], pues tú tienes poder, pero los demás no son sino sombras); como decía, al ver que esto es así, mandó a paseo el oficio de las cigarras y se con-
2 virtió en un hoplita. Y ya son muchos a los que hirió por haber cometido injusticia y a los que salvó de sufrirla. Como presta más atención a la honradez que a la riqueza, cuenta con la confianza de los poderosos. Que las virtudes que ya posee te convenzan de que debe tener, como de hecho
3 espera, una brillante carrera. Lo más noble que tiene es que evita a los jóvenes que sienten náuseas[460] y que conserva celosamente la posesión de la retórica. Si quieres puedes hacer la prueba escuchándole y hablando con él, pues tiene destreza para conmover al auditorio y para sentir lo mismo ante

[459] Cita de PLATÓN, *Banquete* 176c. Sócrates es, naturalmente, el propio Temistio.

[460] *Scil.* por las borracheras.

un bello discurso. Aunque es bueno en todos los aspectos, 4
sólo tiene una falta que tal vez merezca tu comprensión: siente un desmedido afecto por mí y éste le lleva a exagerar cuando me elogia.

302

A Eufemio (361?)

Me alegré por los camaradas que se pusieron en camino para ir a verte. Pues aun cuando no ha llegado la ocasión para hablar, al menos sí podrían escuchar. Y cuando digo «ocasión» no me refiero a esa fama de que tienes poder para ayudar, pues también ahora algunos lo creen así, sino a que hagas un alto en la gran multitud de ocupaciones que ni siquiera te permiten prestar auxilio a los oradores pobres. Por 2
tanto, les dirán cuál será el momento de verte, pero nada impide que, aunque no hablen, disfruten de tu benevolencia, ya que para quienes están en su situación no es insignificante el hecho de que el gobernante los mire con suavidad. Y tanto por su elocuencia como por su carácter, Leoncio y Marciano, ahí presentes, se merecen que los miren así.

303

A Anatolio (361?)

No te pediré que beneficies a Magno, pues esta decisión ya ha sido tomada hace tiempo por ti y todos los tuyos[461],

[461] Es decir, sus hijos Apolinario 2 y Gemelo 2, como vemos en la carta siguiente.

sino que no se encuentre en un apuro porque tarda en llegar ante vosotros. Pues en los demás asuntos ha experimentado lo que es tener en contra a Fortuna y ahora ha aplazado su
2 oportunidad de progresar por una enfermedad. Sin embargo, tú le reconciliarás con la diosa y se verá cómo afluye dinero a las manos de Magno, lo cual es más dulce, si uno está en sus cabales, que ser rico en sueños.

304

A Apolinario y Gemelo (361?)

Creo que ahora no hacéis otra cosa que formaros y ser instruidos en lo que es más importante en el ser humano: el arte de saber gobernar. Pues a sus hijos los educa un padre —que es lo más dulce— no hablando teóricamente sobre este asunto, sino enseñándoles con sus actos a ejercer el man-
2 do. Por tanto, aprended aquellas lecciones, acordaos de nosotros y cumplid las esperanzas de Magno.

305

A Papo (361?)

Aunque te pedía una sola cosa me has enviado dos. ¿Qué significa esto? ¿Acaso te has dejado engañar por tu hijo en el sentido de que necesitaba dos o, en tu deseo de enseñar a tu hijo a dar más de lo que se ha pedido, me has enviado dos cosas en lugar de una? Si es él quien te ha engañado, le ha pasado por su amor hacia las letras, pero si la propina es cosa tuya, entonces la amonestación es para el
2 padre. He censurado este exceso de dinero que has puesto

en circulación, pues en el ágora no podría utilizarlo como si pudiera jactarme de ello, ni me parecería justo despojar de lustre a tus regalos. Así es que se queda en casa. Cuando nos 3
exhortas a que nos cuidemos de Eusebio te parecerá adecuado recibir también de nosotros los mismos deseos sobre él. Si te parece que esto no tendría sentido, piensa que tampoco lo tiene aquello.

306

A Geroncio (361?)

Sebón es el más noble de los cretenses, el más distinguido de los helenos, el varón más querido por nosotros. Unos esclavos domésticos se le han escapado descaradamente y creen que refugio suficiente para ellos es un comerciante sirio llamado Onésimo, un ser malvado. Pues Evodo, conoce- 2
dor del delito, se alegró de toparse con los criados, dio la voz de alarma y, capturándolos, los llevó a rastras a Hecebolio, el hijo de Ascolio, en la creencia de que así nos serían enviados los fugitivos sin problemas. Sin embargo, parece 3
que Evodo no razonó correctamente, pues el tiempo transcurrido desde entonces es muy largo y el botín no aparece por ninguna parte. Así es que tenemos muchas sospechas sobre lo ocurrido. Pero si se ha cometido una segunda maldad, tú 4
harás que no sirva de nada al no permitir que quienes lo deseen puedan apropiarse de los esclavos en lugar de su dueño. Pues no nos descuidarás y desearás devolverles su vigor a las leyes.

307

A Siderio (361?)

Ni yo podría mirar a otra parte mientras Herodiano se consume por la aflicción, ni él mientras Heliodoro se está quedando en la ruina. Pues es forzoso que yo preste auxilio a quien compartió mis fatigas[462] y él a quien le crió. Porque quien no se cuida de sus ayos sería un malvado hasta con
2 sus padres. Por consiguiente, dos son las cosas que te pedimos: que anules la multa que le has impuesto por haber desobedecido, ya que en absoluto actuó por soberbia, sino tal vez por pobreza, y en segundo lugar que no hagas que su tributo sea mayor que el antiguo, que ya por sí mismo le está causando agobios. Aportando el dinero que gasta ahora, sólo necesitaría un pequeño incremento para ahogarse.

308

A Modesto (361?)

Que ninguna de tus obras quede incompleta. Por tanto, que Hiperequio no sea ni se le llame «militar a medias». Pues ése es el nombre que le dan en tono de mofa quienes
2 saben hasta qué punto han llegado las cosas. Por eso, a fin de que les hagamos cesar en sus chanzas y él pueda llegar a buen puerto, escríbele al gobernador de los gálatas, el noble Acacio, lo que es de esperar que le escribas sobre Hiperequio. Que la carta anterior no nos atrevimos a mostrársela a

[462] Herodiano 2 fue profesor ayudante de Libanio.

Ecdicio[463] por temor a que no se nos rompiera el casco de la nave por debajo de la línea de flotación. Pues él sentía gran 3
gusto en conducirse como tú sabes y estaba claramente empeñado en hacerle daño a Hiperequio. Sin embargo, quien rige ahora los destinos de la provincia no es así, sino que le da una gran importancia a la justicia y a complacerte. Sin apartarse de la verdad dará ocasión a que pueda llegar a buen fin[464].

309

A Temistio[465] (361?)

Tú deplorabas los esfuerzos dedicados al estudio porque creías que estabas malgastando tu trabajo en algo que no servía para nada, pero que tal vez ibas a necesitar algún día aquellos dardos. Pues ahora gobiernas, y al gobernante le hace falta la elocuencia como a los navegantes el timón. Sin 2
embargo, debes considerar que lo realmente importante no es dominar las ciudades, sino hacerlo de la mejor manera posible. Pues lo primero lo han hecho muchos, pero la segunda regla sólo la observaron unos pocos. Que te has mostrado digno de formar parte de este selecto grupo lo sabemos, entre otras cosas, por haberte educado en nuestra escuela, pues tienes una naturaleza despierta y capaz de discernir qué cosa es peor y cuál es mejor. Ten la convicción 3
de que es fundamental en esta clase de virtudes que las per-

[463] Ecdicio fue el predecesor de Acacio 8 como gobernador de Galacia.

[464] Como se ve en la *Carta* 617, Modesto 2 escribió a Acacio y mostró gran interés.

[465] Se trata de Temistio 2, gobernador de Licia y antiguo alumno de nuestro orador.

sonas nobles saquen más beneficio que quienes no son tales. En mi opinión, ninguna ciudad podría mostrar a un ciudadano comparable a Severo el licio, quien nos acompañó en la cacería del arte retórica[466] y a Máximo en la de la filosofía. Éste sentenció que Severo era la persona más fiel que había
4 conocido. Si haces la prueba, también te adherirás al dios Pitio y felicitarás a Licia por su retoño cuando veas que en absoluto se rebaja contigo, que muestra su admiración sólo por lo que vale la pena, sólo admite los argumentos honrados y rechaza de plano los capciosos. Pues éstas son especialmente las virtudes que llevaron al noble Seleuco a apre-
5 ciarlo y admirarlo. Pues bien, el propio Severo se ha abatido sobre unos hombres pérfidos que tienen experiencia robando, y espera el fallo de un tribunal. Él se merece que representes personalmente sus intereses en su lugar y que hagas que su ausencia no se note ocupándote de todo el proceso. Porque sería espantoso que el poder de mis camaradas no
6 aportase socorro a mis amigos. Por tanto, que sean salvados sus intereses y los de su hermana Estratónide, quien, como él, ha venido aquí forzada por la misma necesidad. También ella merece mi estima, pues su hermano, siendo como es, la cubre de elogios.

310

A Honorato (361?)

El motivo por el que te estimulaba para que, a fuerza de escribir cartas, llegases a dominar el arte epistolar, veo que ha dado frutos. Pues ya eres bueno y serás excelente si todo

---

466 Severo 9 fue compañero de estudios de Libanio en Atenas, donde siguió las clases del filósofo Máximo 10.

sale como se espera. Permítaseme predecir como los campe-
sinos hasta dónde llegará la planta. A pesar de que las pala-
bras merecían admiración, la virtud de tu carácter sobrepa-
saba su encanto de igual modo que la ley de un objeto de
oro es mejor que la de otro. Me alegro de que me honres, 2
pero desearía que no ignorases qué es lo más grande que
tienes y que, sabiéndolo, no lo tuvieses por menos que otra
cosa. Y lo más importante que tienes es tu padre[467]. Con no-
sotros y antes que nosotros, él ha sido quien ha modelado tu
espíritu. Si bien es cierto que un buen maestro es un orgullo 3
para un alumno, debes acordarte antes de tu padre, de quien
yo mismo reconozco sin vergüenza que soy discípulo. Por
más que sonrías —pues así es tu costumbre—, no por ello
cambiará la situación. Convenzamos a mi cátedra para que
no se irrite. Por tanto, piénsese que esto es así. Y deja de es- 4
cribirme esas cartas que parecen estar escritas en un tono
laudatorio pero encubren vituperios con su encanto, que es
la clase de correspondencia que reclama la gente. Sin em- 5
bargo, nosotros no debemos considerarnos parte de la gente,
sino que hemos de mantener con el público el trato usual,
pues es de todo punto necesario, pero entre nosotros tene-
mos que mantener nuestras propias normas.

[467] El sofista Quirino.

LIBRO IV

311

A Anatolio[468] (355)

Con más placer que nadie, Hiperequio contemplará Seleucia, pues en ella puede ver al más extraordinario varón. En cuanto a nosotros, tal vez nos hemos vuelto esclavos de nuestra arte, pues en caso contrario habríamos hecho el mismo recorrido, no porque nos atraiga el puerto o las edificaciones con las que dicen que ha crecido la ciudad, sino que sólo tú y tu carácter nos animan a acudir a la carrera. Puesto que siempre estás huyendo, sólo nos queda la opción de perseguirte. ¿Cómo no va a ser espantoso que vinieras de Italia 2
ansioso por estar con nosotros y que buscases la compañía de otros en lugar de la nuestra, dándole mayor privilegio al campo o a cualquier otro sitio antes que a la ciudad a la que has adornado? Pero al menos Apolo siempre retornará a 3
Delfos. Después de haber complacido a Máximo ayudándole con tu carta, complace también a su hijo entregándosela con presteza. Porque este chico tiene más ansia por trabajar

[468] Con esta epístola se inicia el libro IV del corpus principal, de ahí el salto cronológico al año 355.

que otros la tienen por evitar el trabajo. Por tanto, si admiras su sentido de la obediencia hacia su padre, permite que sea breve su separación.

312

A Clemacio (357)

Acuérdate de las promesas que nos hiciste sobre los problemas de Elpidio. Mejor dicho, no dejas de acordarte ni un momento, te quejas de la lentitud con que se presenta ante ti y, nada más recibirle, con tus buenas acciones te ocuparás de que deje de sufrir daño, consciente como eres de que mostrarás tu buena voluntad a una sola persona, pero que por ello habrás de ser inscrito como benefactor de toda la raza helena. Pues sabes que, sea cual fuere el bien que reciba, sacan provecho también todos aquellos que, en mayor o me-
2 nor medida, participan de la retórica. Sin duda desearías ser elogiado y éste tiene facultades para hacerlo. En resumidas cuentas, él recibirá hechos de tu parte y tú de la suya discursos, mientras que ambos me daréis a mí placer cuando recibáis uno de otro lo que os corresponde.

313

A Eumolpio (357)

No hay nada insólito en pedirle a un amigo un favor para complacer a un amigo. Yo soy tu amigo y Sofronio es el
2 mío. Te pido, pues, que no permitas que sea un castigo para Sofronio la adquisición de sus caballos[469]. Estas palabras

[469] Posiblemente le fueron requisados a Sofronio II sus caballos para uso de la posta pública *(cursus publicus)*.

que te envío son suficientes para Eumolpio. Si se tratase de otro, tendría que extenderme largamente.

314

A Anatolio (357)

Puesto que necesitabas más cartas, más te llegan. Si las necesitas breves, breves te llegarán, pues la extensión la adecuo a la necesidad, no a tu deseo. Pues no podréis decidir también esto vosotros, a quienes tanto os complace oír que todo os está permitido. Afirmas que te ha aprovechado 2
la longitud de mi carta y a mí también la prolijidad de tu defensa. Casualmente le predije a mi tío que, si dejaba de lanzarte acusaciones, al momento te tendría deshaciéndote en excusas. Así es que me lo pasé muy bien al ver cómo defen- 3
días la venta[470] y la huida de los rétores, no porque polemizaras con nobleza, sino porque lo hiciste con gran torpeza. En efecto, sostienes que a uno no le ha supuesto daño alguno tu venta y que no deseaban sacar ganancia de sus sufrimientos esos que hasta se meterían en el fuego con tal de sacar algún provecho. Considero que tu posición es inferior 4
a la que tengo ahora. Por lo menos yo no la cambiaría. Pues la tuya consiste en vivir agitadamente, mientras que yo vivo entre discursos. Y si llevases a cabo alguna acción gloriosa, mi voz se haría necesaria, si es que alguien en la posteridad debe enterarse del hecho. En cuanto a tus hazañas entre los 5

[470] Cf. la *Carta* 578. A Libanio no le cayó bien que Anatolio 3 se burlara de la caída en desgracia de un fenicio protegido suyo que tuvo que vender sus propiedades para hacer frente a las asechanzas de unos conspiradores.

ilirios, tú mismo, cual nuevo Astidamante[471], has resultado ser su autor y su panegirista. Pero ¡oh excelentísimo Aquiles!, tras matar a Héctor deja que Homero pueda narrar algo sobre su muerte.

315

A Clemacio (357)

Mientras aún me estaba divirtiendo con la carta que me daba a conocer la captura de un ladrón extremadamente escurridizo, cómo acudía la multitud al juicio, la fluidez de tu verbo y el alboroto de los asistentes; estaba solazándome con este relato cuando, para mi desgracia, vino a interrumpirme Asclepíades el médico. Me dijo que te comportabas como si no estuvieras en tu juicio y con sus palabras con-
2 venció a quienes convenció, y grande era la tempestad. Al darme cuenta de la situación, contuve al Prefecto[472] llamando calumniador al médico y, pidiendo que se permitiera verificar los hechos, convencí a Asclepíades para que no actuara maliciosamente ni originase motivos de alarma. Tenía para participar de mis deseos y defender mi postura a Evagrio y a quien comparte como nadie su modo de pensar: me
3 refiero al noble Ampelio. Por tanto, tu situación con respecto al Gobernador es la siguiente: ni es tu enemigo ni es tan amigo tuyo como antes, pues lo primero lo evitamos nosotros, pero en esto último el que mintió obtuvo la victoria[473].
4 En cuanto a ti, debes imponer por completo el vigor de tu elocuencia y que un freno pese sobre tu boca. Pues más vale

---

471 *Vid. supra, Carta* 47.

472 Estrategio Musoniano.

473 Acepto la conjetura de Reiske; *eníkēsen* en lugar de *ekínēsen*.

vivir sin temor manteniendo una actitud prudente que tem-
blar de miedo por actuar osadamente. Más bien dales a los
amigos las gracias en su justa medida y no se te ocurra creer
que es hermoso parecerse al Cíclope, proferir sus gritos ca-
racterísticos, dar coces y menospreciar a los dioses. Te es- 5
cribo estas líneas anulando mi propia decisión, la de sus-
pender mi correspondencia contigo, pues a mis amigos,
incluso los más queridos, Eunomo y Eudemón, los de Elusa,
ni los conoces. Y eso que te he hablado mucho de estos dos
varones pidiéndote que recibieran algún beneficio. Ambos
son oradores y se ganan la vida ejerciendo como abogados.
Sin embargo, tras haberlos citado, no te atreviste a decirles
que habías recibido de mi parte una recomendación para
ellos. Por tanto, que ahora suceda lo que tanto menospre- 6
cias, de manera que me venga de ellos una carta distinta a la
que recibo ahora, pues está escrita en tono de reproche. Si
no me concedes esta gracia, nos enseñarás también a noso-
tros que hay cosas que está en nuestras manos dejar de con-
cederte a ti.

316

A Acacio (357)

Incluso antes de recibir tu carta sabía hasta qué punto
habían llegado tus males y que los habías superado. Pues un
hombre a quien no conocía muy bien y que vino de allí me
anunció que estabas muy enfermo y habías hablado de hacer
testamento. Como me vio desfallecer y medio muerto, me
dijo: «no te preocupes, que no necesitará testamento, pues el
mal ha desaparecido.» Así fue como volví de nuevo en mí y 2
les conté a los amigos la enfermedad que habías padecido

y cómo te habías librado, mezclando las noticias mejores con las que les llenaban de turbación. Cuando tuve en mis manos tu carta y me di cuenta de cuál era la naturaleza exacta de tu enfermedad —Hipócrates, con la ayuda de Platón, te daba la destreza para hacer la descripción, pues eres discípulo de ambos— te compadecí por las penurias pasadas y compartía tu indignación por la ciudad que produce tantos
3 Acesias[474]. Te excusaba por dejarte dominar por el vino durante tu convalecencia, pues también yo soy de los que se dejan esclavizar por el vino mientras estoy enfermo. Cuando oí hablar de los chorros de sudor que te caían volví a respirar. Le doy las gracias a Asclepio por haber detenido tu proceso de debilitamiento y a ti por habérmelo comunicado. Porque sin duda es motivo de fiesta para todos los helenos que la cúspide del helenismo recobre sus fuerzas. Pues por ventura tú eres quien merece en realidad el título que me das
4 a mí. Dedicándote a mis discursos me haces feliz, si es que en efecto tanta importancia tengo yo. Y no voy a decirte lo que se suele decir en estos casos; que te dedicas a los discursos porque aprecias a su padre, sino que lo haces sin elogiar a los vástagos. Porque ni a un buen amigo que no es diestro orador lo llamarías así, ni considerarías mal orador a
5 quien no es tu amigo, pero es competente en la retórica. De hecho, sueles mantener al margen lo que no concierna a los propios discursos y consideras que hay que mirar no tanto de quiénes son obra, sino su calidad. Por eso estoy henchido ya de orgullo al estar convencido, gracias a tu aprobación,
6 de que tal vez yo mismo sea alguien importante. En cuanto a Ticiano, deja que lleve a cabo durante el verano las actividades propias de la estación y que esté aquí para el invierno.

[474] Médico proverbial por su mala práctica de la medicina. Cf. ZENOBIO, *P* I 52, y SALZMANN, 29. También citado en la *Carta* 476.

Que entretanto se aplique a mis obras, puesto que así lo decide su padre, pero que siga preferentemente las huellas paternas y que Pisístrato no admire a nadie más que a Néstor.

317

A Clemacio (357)

Retorio, ahí presente, fue discípulo nuestro, y yo asistí a las clases de su padre[475], bajo cuyo magisterio pude aprender los poetas, mientras que por mediación mía su hijo aprendió los oradores. Sabe quién soy con respecto a ti y quién eres tú para mí, pues tomó parte como alumno oficial en las clases que impartí en Bitinia y afirma categóricamente que no ignora ningún asunto relacionado conmigo. Este hombre se dirige a Egipto para hacerse cargo de una peque- 2
ña parcela que ha heredado de su padre, pues de allí era él. Mejor dicho; de algún modo lo que le animó a ponerse en camino es el que Palestina sea administrada por ti. Si con sólo enterarte de que es discípulo nuestro lo mirarías con 3
buenos ojos, ¿en qué estima lo tendrás ahora que es conducido a tu presencia por nuestra carta?

318

A Sebastiano (357)

Compartí tu dolor por la pérdida de tu esposa y te felicité por soportar con nobleza esta desgracia. Pues lo primero

[475] El gramático egipcio Dídimo, a cuyas clases asistió nuestro sofista en su juventud. Posiblemente se trata del maestro que menciona nuestro autor en *Disc.* I 8.

pone de manifiesto el ultraje de Fortuna y lo segundo tu virtud. También tendrás como consuelo nada vulgar a este Retorio, que ha pasado por muchos oradores y no menos poe-
2 tas, y es bueno tanto en una como en otra disciplina. Así pues, lo que te convierte en su amigo es tanto mi carta como el que haya sido condiscípulo de tus allegados. En cuanto a mí, dos poderosas razones le hacen acreedor a mi benevolencia: siendo alumno mío es hijo de mi profesor —seguro que no ignoras quién era Dídimo, a no ser que también desconozcas la Gran Ciudad[476] en la que, cual manantial que
3 fluye noche y día, impartió su magisterio—. Haz que este Retorio tome posesión de sus bienes, que es el motivo por el que ha venido. Pues, aunque son escasos, son un consuelo para un menesteroso. Y es que Retorio no es precisamente un potentado, mas tú tienes poder en Egipto, poder que otros aprovecharían para hacer fortuna, pero que usas sólo para ganar buena fama por tu alianza con la causa justa.

319

A Cirilo (357)

Mientras Dionisio me convencía para que te escribiera, antes me trataba de convencer de que tú hablas con veneración de mí. Y me convenció con facilidad. Pues rogaba yo que Procopio llegase a ser bueno en las artes de las Musas y es lógico que contases entre tus amigos a quien tan buenas
2 intenciones tiene para con él[477]. Como consecuencia, al es-

[476] Constantinopla, donde también vivió y enseñó Dídimo.

[477] Aunque Seeck no se atreve a afirmarlo, parece que entre Cirilo II, influyente decurión de Cirro, y Procopio 2 debió de existir algún tipo de parentesco, ya que no sólo tiene el primero poder para disponer de los bie-

cribirte me era dado confiar en que no vacilarías en darme a conocer la concesión del favor, por más que ya hace tiempo nos lo otorgaste, antes mismo de que se os pidiese nada. Para que mis palabras no caigan en el terreno del enigma, hablaré con más claridad. Con muy buenas intenciones, 3
Procopio se compadeció de Dionisio al verle en la inopia tras el asesinato de su padre. Así es que, para que no se quedase sin elocuencia por su escasez de recursos, dio la orden de que le entregasen los administradores de las fincas de Cilicia esto y lo otro, y otro tanto los de las tierras ribereñas del Éufrates. Así pues, lo de Cilicia, según dijo, se quedó 4
sólo en promesas, pero el resto llegó a hacerse realidad. De este modo Dionisio podía mantenerse y Procopio ganaba con ello renombre. Sin embargo, ahora también se ha quedado privado de estos ingresos, pues quien habitualmente le hacía la entrega ya no le da nada alegando que se lo impide cierto escrito, no de Procopio, pues no se atrevió a mentir en este punto, sino de uno de los administradores. Así es que 5
convénceles para que no sientan por su señor tanto aprecio que, por una pequeña aportación de trigo, le echen a perder una fama inmensa. Pues si Dionisio se ha vuelto malvado con vosotros o se ha hecho rico, tiene sentido poner fin al pago, bien porque la necesidad ha dejado de existir o porque su ánimo no merece recibir un beneficio. Pero si persiste su necesidad y su forma de ser sigue siendo la misma, y al mismo tiempo vuestra economía marcha viento en popa —y que ojalá siga yendo así— no suspendáis vuestro subsidio. Porque él os agradecerá la ayuda que le habéis prestado an- 6

nes del segundo, sino que también parece tener algún lazo afectivo. No obstante, esta apreciación no es decisiva, pues también se podían otorgar poderes entre amigos, si bien este procedimiento solía encontrar graves obstáculos en la curia, siempre atenta a cualquier subterfugio de sus miembros para sustraerse a sus obligaciones.

tes y culpará a la Fortuna por la situación presente, pero habrá quien os reproche tal vez que no hayáis sabido mantener las buenas determinaciones que habíais tomado y por buscar una insignificancia os apartaréis de la mayor gloria.
7 Si en verdad esta decisión es vuestra, ¿dónde está la nobleza? Porque el cambio no es propio de vuestra familia. Pero si Procopio sigue siendo el de antes y es un esclavo el que deja sin efecto sus decisiones, que aprenda a no transgredir los decretos de un amo.

320

A Máximo (357)

Comienzo a enviarte cartas, que es lo que más deseabas. Así es como sumo a los actos por los que comprendiste que yo era tu amigo, el hecho de escribirte, lo que tal vez es para
2 ti no menos digno de aprecio que dichos actos. Lo primero que desearía pedirte es que perseveres en la decisión que tomaste; y lo que decidiste era que harías prosperar a Arabia, que se encontraba en un lamentable estado por culpa de los gobernadores que la habían despojado de sus bienes para llevárselos a casa. Tú, por el contrario, perderás dinero durante tu mandato, pues le das más importancia a las alabanzas
3 zas que al dinero. Esto es precisamente lo que hace concebir a Baso las mejores esperanzas, ya que debe recibir por intercesión tuya lo que le pertenece. En efecto, este Baso tiene ahí unos tíos que son personas perversas, y aquí un tío que es orador y un hombre excelente —su nombre es Magno—, por cuya causa también yo me intereso por Baso. Pues aunque nunca lo he visto, vale mucho para mí y no puedo des-
4 entenderme de sus problemas. Examina, por tanto, cómo

son los hermanos de su padre y cómo es este hermano de su madre. Los primeros se han dedicado a saquear como buitres los bienes de Baso, mientras que el otro hace todo lo que está en su mano para que recobre su herencia. Aunque lleva mucho tiempo embarcado en este empeño, piensa que es ahora cuando ha llegado la ocasión oportuna, y con razón lo cree. Pues el noble Máximo, a favor de nosotros y de la justicia, haciendo temblar a aquéllos y compadeciendo a éste, hará que las propiedades pasen de manos de quienes sacan provecho de lo ajeno a las de su dueño legal.

321

A Clemacio (357)

Mi amistad con Dinamio[478] tuvo su origen en Atenas, y ahora ha tenido ocasión de aumentarla, puesto que al venir aquí te cubría de elogios. Me pidió que te escribiera una carta y se la habría entregado aun sin pedírmelo, para darte una alegría y para que, al mismo tiempo, lo recibas con mayor gusto. También Eusebio desea que este hombre se gane tu 2
benevolencia, de modo que, haciendo caso de lo que dice Eusebio, hazte la idea de que me lo haces a mí. Por consiguiente, haznos este favor a ambos y corresponde a los elogios de Dinamio mostrándote más dulce con quien honra a Petra con su presencia.

---

[478] Según SEECK (pág. 342), Dinamio, que va de viaje a Petra, es también el portador de la carta anterior.

322

A Clemacio[479] (357)

El Boeto que está con nosotros dijo que su padre Boeto recibió ayuda[480] de tu parte. Sabía de antemano que así sería, pues era a mi tío[481] a quien estabas dispuesto a concederle el favor. Pero si hubieras sabido que yo tenía algún interés en el asunto, todo se le habría echado a perder al ahora afortunado Boeto; tan grande es el celo que has puesto en no
2 hacer lo que quiero que acontezca. Pero entérate de que me has dado una alegría al concederle a mi tío este favor, de modo que te ha llegado el momento de despojar a Boeto de su dignidad, que es lo que posiblemente has hecho, toda vez que el que hayas complacido a mi tío me satisface también a mí.

323

A Estrategio (358)

Al escuchar la noticia de que vendrás rápidamente creo que ya te tengo a mi lado, y felicito al Emperador por tu ve-

[479] A partir de esta carta se inicia una serie que mantiene entre sí una cierta coherencia temporal *(Cartas* 322-342) pero que está adelantada en la línea cronológica del libro IV; por ejemplo, la *Carta* 343 a Clemacio 2 es claramente anterior a esta epístola. Véase O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 342-343.

[480] El autor juega con la similitud fonética del nombre de su recomendado, *Boēthós,* con el genitivo griego *boētheías* («ayuda»). Este juego de palabras no puede reflejarse en la traducción.

[481] Fasganio.

locidad y a ti por las alas que has adquirido, tanto para hablar como para viajar. Aunque comparto con los demás el 2
placer por verte pronto, recibo antes que los demás el honor de que me escribas. Y es posible que no haya nada nuevo en ello, pues siempre hallas alguna forma de distinguirme. Así, a ti la virtud te hace ilustre y a mí me lo haces tú.

324

A Alipio (358)

Te felicito por la importancia de tu cargo y te elogio por la virtud con que gobiernas. Afirmo que tu gobierno supone una ventaja para nuestra arte, a la que debes tu sabiduría en el ejercicio del mando, si es cierto que dicha sabiduría nace de los discursos y éstos, a su vez, surgen de la retórica. Para ella, que te instruyó, es motivo de orgullo su alumno y mucho más provechosos le resultarían sus cuidados si atrajeses el interés por ella haciéndola partícipe del mando. Esto es lo 2
que le pediremos a Fortuna y nos lo concederá, si es que actúa con justicia. En cuanto a tu Hierocles, te lo cuidamos no mejor que su padre, pero sí igual. A decir verdad, los deseos del joven aún están divididos entre la lengua y el trabajo manual. Sin embargo, es diestro en ambas cosas, como yo les digo a otros y a otros oigo decir.

325

A Clemacio (358)

La mayor dicha es disfrutar de una buena esposa y no menos importante es que sea hermosa, pues también este

aspecto lo tienen en cuenta los más sabios. Gozaba yo al enterarme por ti del carácter de la tuya, pero cuando he visto personalmente su lozanía consideré afortunados a sus padres y a ti; a ellos por la clase de hija que engendraron y a ti por tenerla. Homero hubiera admitido emplear esa expresión de

algo así vi cierto día en Delos

y

semejante a la áurea Afrodita[482]

2 y todos los epítetos con que adornó a las mujeres. Así pues, acordándome del dolor que expresabas por llevar dos años separado de ella, razón por la que entonces no te elogiaba, ahora no puedo hacerlo como te mereces. ¡Qué cosa tan
3 grande añorabas! Así es que preocúpate de ser padre rápidamente, para que, puesto que me has honrado con el privilegio de saludar a tu mujer, pueda corresponderte esforzán-
4 dome por la educación de tus hijos. Que también tu suegra te sea tan querida como tu propia madre, pues sus sentimientos son buenos y te ve más como un hijo que como un yerno. Aparte de las demás dificultades, la longitud del camino que emprende esta señora es digna de respeto. Y lo más importante: ha dejado atrás a un esposo, que la necesita, y su casa, y se pone en camino para llevarte a su hija. Además, goza con los elogios que escucha de ti y más desea oír tales cosas que poseer muchas riquezas.

[482] *Od.* VI 162 e *Il.* XIX 282.

326

A Aristéneto (357)

Te doy las gracias por haberme avisado de que estás sano antes de darme la noticia de que estabas enfermo, y gracias también a quienes no me lo comunicaron mientras aún estabas convaleciente. Porque no hubiera deseado conocer la propia contrariedad cuando aún no se había resuelto el mal. No tengo motivos para desconfiar de que ésta era la ra- 2
zón de tu silencio, pero tampoco los tengo para creérmelo del todo. La primera impresión me la causa una voz que me dice: «¿Cómo se puede desconfiar de Aristéneto?» Sin embargo, nuevamente me impide creer a Aristéneto una carta que le llegó a Estrategio y que nos fue entregada por él, que se reía con un añadido que escribías en tono de mofa, donde se decía que tal vez yo, el tercero, envidiaba al primero[483].
Me parece que tú y ése[484] por cuya causa no llegaste a ser el 3
primero, sino que sigues estando en segundo lugar —pues no se me olvida que aún no has pasado del segundo puesto—, os estáis burlando más de la cuenta. Pues es obvio que te ha contado que yo renuncié a ese puesto en su favor. An- 4
tes oía decir que te ibas a marchar hacia allí[485] a toda prisa y se extendía por doquier el rumor de que lo ibas a aceptar, pero ahora me entero de que te contentas con quedarte don-

[483] En la *Carta* 316 vimos cómo nuestro autor le otorgaba a Acacio 7 el título de «cúspide de los helenos». Posiblemente Acacio pasó dicho título a Aristéneto, quedando así Libanio en tercer lugar. *Vid.* la nota de NORMAN a este pasaje (vol. I, pág. 434).

[484] Acacio.

[485] El prefecto Anatolio 3 ofreció a Aristéneto el puesto de asesor, cargo que finalmente rechazó.

5 de estás. Por aquel entonces, para serte sincero, me parecía
que te habías salido de tu ruta, pero ahora creo que has re-
gresado a tu sitio. Porque no hay nada terrible en que sólo tú
sigas siendo simple particular cuando los cargos caen como
copos de nieve, sino que lo que no es tolerable es que reci-
6 bas un cargo cuando se nombran tantos. Así pues, el que
vayas a casa de un amigo[486] aunque ello no sea tolerable pa-
ra otro amigo a quien no has ido a ver, aún tiene cierta dig-
nidad, pero que abandones Nicea a las claras por un cargo,
eso no es igual. Mira que vas contra corriente. Mi tarea es
aconsejarte y la tuya aprender lo que has de hacer si quieres
ser mejor.

327

A Jámblico (357)

Que no se convierta en motivo de reproche para noso-
tros el que, habiendo recibido numerosas cartas tuyas, no te
haya escrito otras tantas. Porque sabías que nos enviabas tus
misivas a un lugar concreto, pero nuestra situación no era la
misma al dirigirnos a un hombre que viajaba constantemen-
te, de modo que quien te escribiera lo habría hecho para na-
2 da. En cuanto a lo de haber ido a Atenas y con ello aliviar tu
aflicción, te elogio, tanto si ha partido de ti el deseo de verla
como si lo has hecho a instancias de otro. Pues para tu vida
futura significa mucho no desconocer esta ciudad. Aunque
temo que, tras probar las águilas, menosprecies los grajos[487].
3 Con todo, no me importan mis intereses con tal de que los
tuyos salgan ganando, pues comunes son los bienes de

---

[486] Anatolio. El otro amigo, claro está, es el propio Libanio.

[487] Cf. SALZMANN, 81.

los amigos[488]. Porque son muchos los que reciben el nombre de amigos, pero tú eres de los seguros, pues has hecho caso de la costumbre que sobre la amistad tienen los atenienses, cuya ciudad has conocido ahora, pero hace mucho que conoces, y bien, su carácter. Tucídides afirma[489] que los atenienses ganaban a sus amigos prestando servicios, no recibiéndolos, y de idéntica forma adquiriste esta posesión. 4
Por tanto, si te preocupa no desanimar a los amigos íntimos —dicho de otro modo, puesto que tienes interés en no afligir a los amigos—, termina los asuntos por los que te marchaste y ven aquí lo antes posible. Pues hace tiempo que nos hemos cansado de preguntar: «¿Dónde está ahora Jámblico?».

328

A Aristéneto (357)

Antíoco[490], ahí presente, nos ha salvado muchas veces gracias a su ciencia. A la hora de hablar tal vez sea inferior a otro, pero cuando se trata de recuperar la salud, rivaliza con los mejores. De sus manos saca provecho la ciudad entera 2
por igual y su amistad con nuestra familia le viene heredada de su padre. Y para no pocos de nosotros él ha sido como un ayo, que es lo que muchos de nuestros antepasados han sido para él. Pero también lo podrías comprender a partir de la causa por la que este hombre viene ante nosotros. Pues Teo- 3

[488] Cf. SALZMANN, 68.
[489] En II 40.
[490] Antíoco 4 era médico.

dora[491], cediendo a los ruegos que se le hacían, acogió a una hijita del fenecido Talasio con la intención de aliviar con ello su pena, y la amó como si ella misma la hubiera parido. Como lo propio es que la jovencita regrese con nosotros, Antíoco se pone en marcha junto a su esposa para hacerse cargo del traslado, pues por lo demás es un buen guardián y buena ayuda para la salud física, y ha dado menos importancia al dinero que gana ejerciendo su arte que a su deseo
4 de complacer a los amigos. Por tanto, que experimente tu carácter natural, para que también él pregone lo que muchos celebran sobre ti: que nadie existe que compararse pueda.

329

A Máximo (357)

En el instante en que escribo ya deberían estar escribiéndonos los parientes de Gaudencio para explicarnos cuántos beneficios han recibido de tu parte. Pero ya que dichos beneficios son un futurible aún (pues así tenemos que expresarnos nuevamente), otra vez hemos de rogarte que mires con complacencia a Alejandro y Pasión, de quienes hasta el presente sólo hemos visto promesas en respuesta a
2 nuestros escritos. Aun sin habernos oído decir palabra, lo lógico hubiera sido que, enterándote allí de la persona con la que están emparentados, protegieras a estos dos hombres por respeto al orador. Ahora, aunque no lo desees, no te es posible dejar de ayudarles, pues ya has asentido con la ca-
3 beza. Por tanto, puedo echarles la culpa a los asuntos que te

[491] Teodora 2 era hija de Panolbio y, por tanto, prima de Libanio. Estaba casada con Talasio 1, que fue prefecto de Oriente hasta el 353, fecha probable de su muerte.

han mantenido ocupado hasta ahora, pero procura que lo que hagas en el futuro mejore tu actuación anterior. Si hubieras accedido al gobierno gracias a otra cosa, tal vez tendría algún sentido que te despreocupases de la oratoria, pero como en realidad es ésta la que te ha encumbrado en la posición que ocupas, esfuérzate manifiestamente por aquellos que dominan el arte gracias a la cual has llegado a ser importante.

330

A Aristéneto (357)

Este Talasio que tienes ante ti lleva el nombre de su padre[492], pero su carácter es aún más excelente. ¿Quién es tan discreto? ¿Quién tan noble? ¿Quién más propenso a entablar una amistad? ¿Quién mejor para conservarla una vez entablada? ¿Quién más dado a abstenerse de las bromas? ¿Quién las soporta mejor? Empezó a estudiar retórica, aunque no 2
tanto como deseaba a causa de su orfandad. Dolido por esta circunstancia, felicita y aprecia a cuantos ve que son elocuentes. Aunque vive con gran fortuna es más moderado que quienes viven en la pobreza, y precisamente se sirve de sus bienes para proteger a los menesterosos. Sólo por eso le parece loable la riqueza, porque sirve para ayudar a que una naturaleza noble pueda manifestarse. Tampoco a Estrategio 3
le ha pasado inadvertida esta nobleza y, admirándolo como nosotros, le manda a buscar cuando está ausente y se llena de contento cuando está en su presencia. En especial, muchas veces preguntaba: «¿Por qué es el único que no solicita

[492] El citado Talasio 1 tuvo, aparte de la hija citada en la *Carta* 328, a este Talasio 2 y a Basiano 2.

nada?» Porque este jovencito siempre está dispuesto a dar, pero es muy remiso a la hora de pedir. Si se deja ver en algún sitio, de todas partes recibe el elogio de aquellos a cuantos ha beneficiado o de los que conocen a quienes lo han si-
4 do. Nadie ha reprochado a Fortuna su predilección por él; tanto se ha esforzado en ser moderado en la abundancia. Y de cuantas personas conoce, a unas les ha prestado servicio y al resto tampoco le ha causado mal alguno. A mí me quiere más de lo que se quiere a un padre y me respeta más que un discípulo; incluso me permite disponer de lo suyo tanto
5 como se lo consiente la ley. No sería justo que silenciase estos hechos y que no los conocierais. Pues yo cometería una injusticia y vosotros sufriríais un perjuicio si por intercesión mía no os conocierais ni estrechaseis vuestra relación como muy justo es que así sea.

331

A Aristéneto (358)

Al regresar con nosotros Espectato de su embajada[493], a muchos les pareció que era afortunado. Según unos porque vio extensas tierras, montes y ríos; según otros porque tuvo ocasión de conocer la forma de vida de los persas, sus costumbres y las leyes con que se rigen sus vidas; otros daban gran importancia al hecho de haber visto al propio Emperador y las gemas con que se adornaba; a otros les resultaba

[493] Espectato, primo de Libanio, tuvo una importante participación en las negociaciones del año 358 con los persas. Cf. Amiano Marcelino, XVII 5, 1-15.

magnífico el que se marchase de allí tras haber dado y recibido regalos a cambio. A mí, en cambio, me daba la impre- 2
sión de que todo eso tenía cierto encanto, pero que lo más extraordinario era que regresase después de haber puesto de manifiesto en Susa el poder de un orador. Y ello a pesar de que él pensaba que había perdido este poder hacía ya tiempo, debido a que ha apartado su interés de los libros para concentrarlo en otros asuntos. Sin embargo, de alguna forma su destreza ha permanecido impresa en su carácter. Por lo 3
visto, el Persa deseaba negociar y la cuestión versaba sobre las diferencias existentes. Éste reclamaba insistentemente los límites territoriales de sus abuelos y preguntaba repetidamente si no era justo que los bienes de los antepasados pasaran a manos de sus descendientes. Espectato se encargará de informaros de las controversias que surgieron sobre este punto, si es que puede dominar la risa. Los argumentos que empleó son nobilísimos y trastornaron las especiosas razones del Persa. Pues dijo: «¡Rey!, si Constancio se apro- 4
pia de parte de tu territorio, sigue recurriendo a las armas mientras él siga ganando terreno. Pero si los hombres a los que censuras están muertos hace mucho tiempo mientras que éste desea poner fin a la guerra conservando los territorios que tenía cuando entró en conflicto, mira no sea que tú mismo, que estás acusándonos de expansionismo, te veas acusado de hacer lo mismo.» Tras pronunciar tan magnífi- 5
cas palabras, dicen que se puso la piel de león, de modo que el Persa, reparando en su edad y examinando sus razones, sacudía en no pocas ocasiones su cabeza. Y gracias a tu amado, tuvo que cerrar la boca el que pretendía acusar en falso a nuestro Emperador. Por tanto, si defendió a otro bri- 6
llantemente, ¿cómo crees que hablará en su propio nombre cuando se aleja a la carrera de nosotros para verte con más ganas de las mostró cuando vino a vernos desde Persia?

332

A Clemacio (358)

Consigues lo que deseas: elogios, aplausos y admiración tanto de la gente corriente como de cuantos están por encima del vulgo. Y no sólo se piensa que eres mejor que los vivos, sino que también superas a aquellos cuya muerte contribuye a que se les admire. Y si uno menciona a Clemacio, al punto sigue eso de «el divino gobernador», su pobreza, la riqueza desdeñada, las ciudades que prosperan y, en suma,
2 todos tus éxitos. Sin embargo, ten cuidado, no sea que ayunes como el mújol[494] y el aplauso te haga de escolta hasta que pases hambre, de modo que, por ser como un padre a quien piden constantemente sus hijos, no tengas ningún pa-
3 trimonio salvo una noble explicación. Y no te lo digo para convencerte de que te vuelvas cruel, sino que, dado que has tomado la determinación de dejar tu cargo con las manos vacías, es momento de que le prestes atención a tu hacienda tras tu cese.

333

A Anatolio (358)

Lleno de gloria nos ha retornado de su embajada[495] Espectato, quien tanto te aprecia —si tiene motivos para hacer-

[494] Cf. Zenobio, *P* IV 52, y Salzmann, 84. Según Aristóteles *(Investigación sobre los animales* 390a) el mújol es el único pez, junto con el cabezón, que no devoran a otros peces. Así pues, Libanio advierte a su amigo que no se exceda en su bondad o, de lo contrario, acabará en la ruina.

[495] *Vid. supra, Carta* 331.

lo, no lo sé, pero que te aprecia muchísimo lo sé muy bien, y gracias a su elocuencia los helenos no fuimos superados en las negociaciones por los bárbaros—. ¿Debo contarte la 2
destreza retórica con que abatió por completo al Persa en su propio palacio? Tengo miedo de causarte un pesar. Pues no toleras que, estando tú vivo, otro se lleve las alabanzas. También ahora te sofocas de ira porque, además de administrar los territorios que están a tu cargo, no fuiste allí como embajador ni petrificaste con tu grito a aquel hombre. Mas 3
precisamente por eso hay que decirlo: para que des vueltas en la cama toda la noche sin poder dormir. Cuando el Persa hizo entrar a nuestros emisarios simulando que sentía gran respeto por la justicia y por los que se comportan conforme a derecho, dijo: «Yo soy el agraviado, sin duda, y vosotros sois los que os portáis injustamente.» Acto seguido se refirió a cierta extensión de tierra que nosotros estábamos ocupando aunque era de ellos con anterioridad, y sentenció que debíamos renunciar a ella si es que deseábamos la paz. Sin du- 4
da también fueron excelentes las intervenciones de los otros, y también tú mismo declararás que fueron excelentes si te has enterado de cómo fueron éstas. Pero la intervención de este soldado, como dirías tú, y de este orador, como digo yo, nos lo mostró no atajando las acusaciones que se nos hacían, sino hasta buscando castigar a los acusadores. Pues —argumentaba él— unos fueron los que se apoderaron del territorio y otro muy distinto el que estaba siendo atacado. Añadía que era aberrante que se aplicase el calificativo de «paternas» a las propiedades que uno no había recibido de su padre mientras trataba de persuadir al otro para que renunciase a los bienes que forman parte de su herencia. 5
¡Por los dioses! ¿Es que no preferirías que estas palabras hubieran sido pronunciadas por ti antes que gobernar un territorio dos veces mayor que el que administras? Así es que

contéstame a esta carta y escribe algo semejante, ¡oh tú que sólo has permitido que unos pocos sigan siendo simples particulares! Piensa que a muchos les hace entrar en los establos reales una tormenta de cartas de recomendación.

334

A Clemacio (357/8)

Si te hubiese escrito sobre Jerónimo para informarte de quién es él antes de que lo hubieras conocido, te habría pedido que te hicieses su amigo. Pero como te has adelantado y ya has trabado amistad con él, lo que me queda es mani-
2 festar que has actuado como era natural. En primer lugar, lo cual es de gran importancia para ti, Jerónimo fue un antiguo condiscípulo mío que me apreciaba y era estimado a su vez por nuestra afinidad retórica. En segundo lugar, es tan noble que, aun teniendo motivos para reprocharme el que me olvidara de hablarte en su nombre, dejó de lado las in-
3 culpaciones y se conformó con que te escribiera. Al asegurarle yo que mi carta no servía para nada, pues él se encontraba bajo la jurisdicción de otro debido a la división del gobierno provincial[496], él se empeñaba en denominarte como su gobernador aunque cortasen Palestina en más porciones. Con sus elogios hacia ti superaba a los más señalados en sus alabanzas hacia tu persona. Y vaya si era persuasivo, porque estaba muy lejos de parecer un adulador, ya que la

---

[496] Durante el mandato de Clemacio 2 se produjo la división de Palestina. Como vinos en la *Carta* 315, Elusa aún se encontraba bajo su jurisdicción. La otra sección se hallaba bajo el mando de Eupaterio, destinatario de la siguiente epístola, también llevada por Hierónimo.

ciudad de Elusa había pasado a ser de otro. Pues bien, esto 4
es precisamente lo que pone de manifiesto que no te has esforzado por alguien de carácter abyecto. Porque a un buen rétor vale la pena admirarle, pero tú además has manifestado tu admiración por un noble orador que era diestro tanto para decir lo que convenía decir, como para callar lo que era mejor pasar por alto, y que además es poseedor de una lengua
en nada inferior a su inteligencia. Por todo ello, siempre re- 5
cordarás el arte de Jerónimo y éste la perfección de Clemacio a la hora de tomar resoluciones. Por eso él buscará tu sentido de la justicia y tú su arte retórica.

335

A Eupaterio (357/8)

Para vosotros, los que procedéis de la Hélade, la retórica es un bien precioso, y Jerónimo la posee en su más alto grado. En virtud de ello, es de toda necesidad que también él te resulte precioso, pues a nuestro Estrategio también se lo ha
ganado con su forma de hablar. Su discurso era una defensa 2
forense de los cargos que se le imputaban y, aunque no necesitaba pleitear, a pesar de todo se le pidió que hablase, lo pronunció con éxito y se marchó entre vítores. Me llené de gozo porque ambos tuvimos el mismo maestro, y cualquier mérito que se dé en él, al punto hay que atribuírmelo a mí.
Por tanto, bien sé que te maravillarás cuando hable y, cuan- 3
do lo admires, sé que lo apreciarás en virtud de esa misma admiración. Además, tengo la certeza de que no es más orador que honesto. Y si algún efecto tiene el que yo me preocupe por este orador, te lo agradeceré y tal vez tendré ocasión de corresponderte.

336

A Gayano (357/8)

Nos llega sobre ti el rumor de que has alcanzado un altísimo grado de formación retórica y, sobre todo, que tu carácter no le cede en nada a tu elocuencia. Enterándome yo de esta noticia, dado que sentiría un placer supremo en contemplar personalmente a quien es dueño de estas virtudes y aún no me es posible conseguir lo más importante, he recurrido a la segunda navegación[497]. Así es que te escribo.
2 Considero que escribirte antes de conocerte personalmente no debe tenerse por insólito, sino consecuencia de mi afecto. Tengo la seguridad tan grande de que no menospreciarás mi amistad, que ya ni siquiera vacilo en pedirte una gracia.
3 Domno es conciudadano tuyo y conocido mío. A pesar de que es pobre por su inexperiencia en los negocios y por falta de abogados, ha ingresado en la curia. Al presentarse aquí en un episodio más de su lucha, aunque era justo que hubiese obtenido una exención definitiva, sólo se ha encontrado con un aplazamiento. Cuando estaba a punto de regresar, me pidió que te escribiera en busca de tu ayuda poniendo sus esperanzas sobre todo en ti, convencido como está de que
4 esta carta servirá de alguna ayuda. Así pues, con sumo gusto le he hecho caso por entender que su petición redundará en beneficio mío; incluso diría un doble beneficio, si es que al mismo tiempo voy a complacer a un amigo y a ganarme uno
5 nuevo. Acto seguido, tuvo que marcharse de noche, pues las circunstancias hacían necesario que se pusiese en camino. En cuanto a mí, no por eso dejé de cumplir lo prometido, si-

[497] Sobre este refrán, véase la *Carta* 83.

no que te ruego que no sólo en el caso que nos ocupa, sino también en lo sucesivo, disponga Domno de un puerto seguro y que persuadas a los buenos ciudadanos de Tiro de que emprenderla con quienes no tienen recursos significa expulsar a ciudadanos de la ciudad, no dotarla de coregos.

337

A Máximo (357/8)

No está nada bien que lo pasen mal los hijos de Tiberino, hombre bueno donde los haya, que ha introducido el conocimiento de los poetas en las almas de los jóvenes[498]. En efecto, si una persona cumple su oficio entre nosotros es justo que se le aprecie no sólo aquí, sino también en su patria, ya que si con sus clases presta un servicio a los ciudadanos de aquí, con su gloria honra a su ciudad natal. Y pues- 2
to que esos que mancillan la práctica de la retórica se empeñan en llevarse a rastras a Arquelao sin sentir vergüenza alguna ante Tiberino, debes hacer patente tu consideración por el padre y ayudar al hijo, en primer lugar porque así les estás concediendo el favor a las Musas, en segundo lugar por las ciudades, tanto la nuestra como aquella de la que eres oriundo. Y si mi interés no lo desprecias del todo, quede éste como tercer motivo.

---

[498] Al parecer, Tiberino enseñó como gramático *(grammaticus)* en la escuela de Libanio. Su hijo era Arquelao III, que estaba siendo forzado a ocuparse de sus obligaciones curiales o bien se le estaba procesando.

338

A Acacio[499] (357/8)

Más agradable que el *styrax*[500] que me has enviado ha sido tu carta, y no sólo más que éste, sino también más que el *styrax* que, según me dices, ya no os suministran los isaurios. En cuanto al discurso, comparto tu satisfacción por la parte que ya he pronunciado, pero con respecto a lo que queda por recitar quieres que me abstenga de decir impieda-
2 des[501]. Sin embargo, aunque no te lo diga, tengo herido el corazón de pensar que en esta segunda sesión no contaré con tu ayuda, aunque la esperaba con impaciencia. Y cuando acudí a las puertas de la ciudad me quedé estupefacto y le pregunté a Estrategio: «¿Cuándo vendrá?» Al escuchar en respuesta que estarías aquí enseguida, tomé en mis manos tu carta y muchos eran los motivos que tenía para ser pesimista: la enfermedad de tu esposa, por la que sientes gran devoción y que te ha engendrado a Ticiano, y porque estás apesadumbrado por dos motivos, su enfermedad y el verte alejado de las justas oratorias de quien te es más querido[502].
3 Así es que me consolaba pensando que a los hombres no nos es dado ser afortunados en todo y me repetía a mí mis-

[499] Esta carta, relacionada con la 345, está escrita entre la primera y segunda recitación pública del discurso que compuso Libanio en honor de su amigo el prefecto Estrategio Musoniano. *Vid.* las *Cartas* 36 y 345.

[500] Goma de resina para fabricar incienso.

[501] En el sentido de que Acacio 7 ha anunciado que no va a poder acudir a la recitación.

[502] *I. e.*, el propio Libanio.

mo ese verso: *mas no todo a la vez*[503]. El propio Estrategio 4
también maldecía claramente a gritos a la Fortuna y, como
sigue siendo el mismo de antes y comparte el miedo del
orador, no había comentario que no hiciera sobre tu ausen-
cia. Por tanto, no tengo más remedio que subir al estrado 5
confiando en que Hermes me asistirá en tu lugar. Ojalá que,
habiéndote librado de los males presentes, vengas con noso-
tros si eso es lo mejor o te quedes en tu país si más vale que
así sea.

339

A Anatolio (357/8)

Glorioso es, sin duda alguna, lo que has llevado a cabo.
Que se multipliquen, pues, hechos así de excepcionales.
Confío en que te persuadiré si te pido que sigas tu propio
hábito. Los motivos por los que se te elogia son abundantes; 2
entre ellos el que, a pesar de que llevas tiempo entre los pa-
nonios, no te hayas olvidado de la gente de aquí. Muy al
contrario, como si nos vieras todos los días y vivieras aquí,
buscas la manera de que todos y cada uno de tus conocidos
progresen y no te limitas a buscar el modo, sino que siempre
actúas. Cuando nos enteramos del resultado de tu interés por 3
Sabino[504], en la ciudad no se oía otra cosa que la cantinela
de que a éste le ha acontecido tal cosa de parte de aquél por
intercesión de fulano. Por tanto, conviene que también Teo- 4

[503] Cf. el verso de *Il.* IV 320: «Mas los dioses no otorgan a los humanos todo a la vez».

[504] Gracias a la intercesión de Anatolio 3, Sabino 5 fue nombrado gobernador de Siria. Ahora pide nuestro sofista idéntico celo con Teodoro 11.

doro alcance idénticos privilegios, que su caso sea motivo
de análogas alabanzas a tu persona y que Sabino le felicite
5 igual que Teodoro le felicitó a él. «Teodoro no te es desco-
nocido», objetó alguien. A pesar de todo, también yo te
hablaré de él, pues a ti no te hace ningún daño escuchar lo
que ya sabes, pero yo siento placer elogiando a este hombre.
6 Teodoro nació en Arabia en el seno de una familia pudiente
y se destacó por encima de sus padres cuando partió hacia
vuestra ciudad[505] para aprender leyes, pues sentía mayor
7 placer con el trabajo que otros con el baile. Terminados sus
estudios de derecho, se marchó de allí y, sin dejar que sus
conocimientos de leyes expulsasen de su interior la fuerza
de nuestra arte retórica que había adquirido con anteriori-
dad, acogió en dos puertos a cuantos acudían a él en busca
de refugio: el conocimiento de las leyes y el vigor de su elo-
8 cuencia. Y no es que no le importase el salario, pero no le
obsesionaba únicamente cómo recibir beneficios económi-
cos. Sin embargo, compite tan brillantemente y con todo el
arsenal de que dispone, que rara vez es derrotado y hasta sus
9 rivales vencidos le muestran su reconocimiento. Cuando tu
gobierno es elogiado, en un primer momento no manifiesta
incredulidad —ello se debe a que conoce tu naturaleza—,
luego se regocija como nosotros (que tenemos más razones
que nadie para alegrarnos cuando las cosas te van bien),
considera afortunados a tus súbditos y desearía convertirse
10 en uno de ellos. Su actitud para con nosotros es tal y como
desearías que fuera. Pues él es el que cambió de escuela a su
hijo para llevarlo a la nuestra, mostrando así el camino a los
demás y predicando con el ejemplo a dónde debían dirigir
otros sus pasos. Y, sobre todo, cuando nuestros asuntos lle-

[505] Bérito (moderna Beirut), famosa por los estudios de derecho, como se dijo en la n. 7. Anatolio era de allí *(vid. Carta* 438).

garon a los tribunales, vertió sudor a chorros y recurrió a todo tipo de argumentos. Incluso llegó a descuidar algún asunto particular para hacerse cargo de mi problema. Por tanto, 11
¿cómo va a ser honorable que una persona tan admirable, que muestra esa disposición hacia ti, tan amigo mío y que es de los primeros en su arte, no sea de los primeros en lo demás? ¿O es que prefieres que nos busquemos a otro para que haga realidad su anhelo? Claro que no es imposible, pero Teodoro no se lo merece. Pues más que el hecho en sí, le da más importancia a que suceda por tu mano; para él es más apropiado no obtener nada que adquirirlo por mediación de otro. Así pues, entrégate y que figure Teodoro en la 12
lista de los que han sido honrados por ti. Porque es mucho mejor que regrese corriendo hacia mí y que mientras me besa me cuente los honores que ha recibido, que verte obligado a buscar argumentos para justificarte.

340

A Aresio[506] (358)

¡Qué nobles son tus vástagos! Y me los has enviado como un regalo, pero no como quien manda oro, que, según me dices, ha relucido en abundancia en la fiesta, por más que es un bien escaso y muchos son los pobres. Sin embargo, me parece que sacar dinero a quienes no son ricos es igual que despojar a un cadáver. Concedamos que el oro sea 2
tan abundante como el que aquel famoso río[507] producía pa-

---

[506] El rétor Aresio envía desde Tarso a los hijos de Hierio III, que hasta entonces habían sido sus discípulos. Por la *Carta* 1403 sabemos que Hierio tenía tres hijos, uno de los cuales se llamaba Peregrino.

[507] El Pactolo, del cual obtenía su riqueza el famoso rey Creso.

ra el rey de los lidios y más hermoso, si quieres, que el oro colofonio. Mas, ¿qué cosa tan grande existe como los hijos de Hierio, tus discípulos? Porque el padre los engendró con su capacidad para asimilar la retórica, pero tú les has infun-
3 dido su conocimiento. Por si fuera poco, aún nos llega de vosotros un segundo regalo. No se trata de un joven bien dotado, sino un excelente varón que continuamente te menciona y lo hace para mayor gloria tuya; que se complace más si alguien te cubre de elogios a ti que si lo elogiasen a él mis-
4 mo. ¿Reconoces a este hombre por lo que he dicho o hay que añadir más pistas? Pues bien, me refiero a un varón honesto, de trato muy agradable, conocedor del arte oratoria, que siente amor por los sabios y sabe ganarse numero-
5 sos amigos en un abrir y cerrar de ojos. Después de estas pistas hasta el más torpe gritaría: «¡Leoncio!» Cuando está conmigo hablo más de lo acostumbrado, pues su ansia por escuchar hace que yo resulte mejor hablando. Como deseaba evitar las aglomeraciones, el ágora y los negocios, venía a verme y se sentaba a mi lado disfrutando con mis elogios. Si se deleitaba con lo que escuchaba, él mismo te lo dirá.
6 Éste es el hombre al que he calificado de regalo. Y rogaría que estuviese más con nosotros que donde está ahora, si no fuera porque estimo a vuestra ciudad tanto como a esta que es la mía.

341

A Demetrio (358/9)

Pues claro que era hermoso que llorases a tu hermano[508], pues también nosotros lo hicimos a pesar de no ser hermano

[508] Hierocles 3, que había sido *consularis Syriae* durante el año 348. En las *Cartas* 30 y 33 se vincula su muerte, ocurrida en el terremoto de

nuestro, ya que era un buen amigo. Has hecho muy bien abandonando la pena que de nada servía al desaparecido pero asolaba al vivo. Así es que estoy convencido de que tu 2
médico ha resultado ser el dios patrón de la elocuencia, que velaba para que no te preocuparas más de la aflicción que de los discursos. Y si en verdad éste es el beneficio que has recibido de nosotros, me doy por pagado con haberte librado de un mal. En cuanto a mis discursos, no me gustan nada, 3
pues les falta belleza, pero me alegro de que opines así de ellos.

342

A Seleucio[509] (358/9)

Si hubiera sido decoroso enviaros una nota más breve, os la habría enviado ya. Pero ya que es preciso que os llegue algo digno de vuestro entusiasmo, os la enviaremos cuando alcance una extensión proporcionada. Con diferencia, mejor que recibir rápidamente una carta vulgar es esperar para recibirla de mayor calidad.

343

A Clemacio (357/8)

En modo alguno carece de importancia el que los demás nos traigan sobre ti noticias, algunas de las cuales esperá-

Nicomedia del año 358, con la de Aristéneto. En la citada *Carta* 33 vemos cómo Libanio le envía para su consuelo una copia de la monodia que compuso a su querida Nicomedia.

[509] Posiblemente se trata de Seleuco 1.

bamos y otras incluso excedían nuestras expectativas. Pero lo que es grande y mayor de lo que puedes desear, el colofón, como se dice, es que el noble Encracio entre en la ciu-
2 dad hablando maravillas de ti. Pues está más dotado que cualquier otro para reconocer la virtud en un gobernador, abomina de la adulación, es amigo de la verdad y, lo más importante, posee cualidades oratorias para elogiar acciones hermosas. Al llegar aquí, antes de cruzar una palabra conmigo, se puso a hacer una relación pormenorizada de tus virtudes añadiendo la súplica de que tu gobierno sea largo. Y lo decía no porque desease que pasaras fatigas, sino por-
3 que quería que no las pasaran las ciudades. También me notificó las ganas que tienes de recibir correspondencia mía, afirmando que lo había pasado muy mal, puesto que no podía entregarte nada aunque se lo pedías. Así es que me or-
4 denó que te escribiera y no supe contradecirle. Por tanto, él se queda aquí retenido por nosotros —precisamente tenemos un contencioso con su patria a causa de este hombre—, pero manifestó su deseo de que su hermano se encuentre contigo acompañado de mi epístola. Y vaya si te encontrará así. Por tanto, ama al que llega a ti por tres motivos: me refiero a su hermano, su forma de ser y mi carta.

344

A Estrategio (357/8)

Aquel espeso barro, el frío extremo que hacía entonces y las que parecían duras inclemencias me resultaban llevaderas viendo tu figura, y eso a pesar de que, a mi regreso, les di trabajo a los médicos —a tal extremo de males llegué por los aguijonazos a los que fue sometido mi cuerpo. Sin em-

bargo, aunque me hubieran predicho estos padecimientos, me habría resultado ello más dulce que, habiéndome quedado en la cama, gozar ahora de buena salud al precio de haber renunciado a hacer el recorrido que más estimo[510].
Entonces había un joven a mi lado —seguro que te acuer- 2
das— que tenía intención de hablarte de un asunto suyo, pero la tempestad le impidió a él conseguir lo que solicitaba y a ti prestarle tu protección. No menos hermoso que tú y tu encanto era el que se te notase tu disgusto por el obstáculo.
Por tanto, ya que has descubierto un remedio, escuchar a 3
través de la correspondencia lo que no pudo ser de viva voz, asiste a la justicia ayudando a un joven amante de la elocuencia que se ha quedado sin sus padres.

345

A Acacio (358)[511]

Se ha pronunciado todo el discurso y hubo cierto clamor y aplausos. La persona a la que glorificaba el discurso[512] tomó la decisión de difundirlo ampliamente por el mundo. Tanto le complació mi regalo. Aunque este gesto no era insignificante para mí, con todo no aconteció lo más importante. Me refiero a que en el auditorio no aparecieses tú haciendo lo que sueles: saltar de entusiasmo hacia delante. Hasta tal punto es así, que a Eusebio, cada vez que se levantaba el griterío, le repetía a menudo: «¿qué pasaría ahora si

---

[510] El de acompañar al Prefecto fuera de la ciudad, como era costumbre que hicieran los miembros de la curia y demás personajes célebres.

[511] Cf. *supra, Carta* 338.

[512] El prefecto Estrategio Musoniano. En *Disc.* I 112-113 leemos que fueron necesarias tres sesiones y que el Prefecto puso un gran empeño en su publicación.

2 estuviese aquél?», refiriéndome, como es lógico, a ti. Pero no te preocupes, que te ajustaré las cuentas por ello cuando a ti te toque hablar y a mí valorar. En cuanto a Ticiano, debes saber que lleva la vida que desearías para él y que sin espolearle corre más que el caballo de Hierón[513]. Calcula cómo puede evolucionar la naturaleza más excelente a la
3 que se suma el ansia por trabajar. También llegará para darte esta noticia Tusciano, artesano de discursos y buen juez, el cual fue a ver a tu hijo por la tarde para pedirle su opinión y ya lo admiraba cuando se separó de su lado.

346

A Hierocles (358)

Caminando yo en dirección a la escuela, me encontré con Juliano[514], que estaba animando a Calicio para que se esforzara en los estudios de retórica, lo cual hacía, según él, a instancias de una carta tuya. Así es que me sumé a sus recomendaciones y juntos nos aplicamos a darle el consejo
2 que jamás he dejado de dar. Pero a fe mía que no estamos cociendo una roca[515]. Pero, a fuerza de oír continuamente que el chico es pobre por culpa del espíritu de justicia de su padre y que la única vía que le queda para hacerse rico es la elocuencia, es obvio que aplaude nuestra actitud, nos hace
3 caso y no necesita oír que debe aprender retórica. Por tanto, tampoco tú debes reprocharle todo, sino que ya puedes hasta

[513] Ferenico, el caballo del tirano Hierón de Siracusa, fue el vencedor de la carrera de carros en las Olimpiadas del año 476 a. C. Cf. Píndaro, *Olímp.* I 22.

[514] Juliano 14 era hermano de Hierocles 3 y Calicio su hijo.

[515] Hallamos este refrán, de sentido claro, en Aristófanes, *Avispas* 280 y Platón, *Erixias* 405b. Cf. Zenobio, *P* V 27, y Salzmann, 91.

felicitarle por aplicarse tanto. Precisamente, una actitud positiva resulta ser un fármaco para el espíritu de trabajo.

347

A Ecdicio (358)

Junto con mi carta llega ante ti Dionisio. Antes no tenía ánimos para escribirte, en mi deseo de retener a Dionisio. Y aunque la escasez de copistas era la causa de mi demora, no
podía evitar avergonzarme por el tiempo transcurrido. Por 2
tanto, ahora que por fin tengo la ocasión de devolverte a este sofista, me pareció que no era propio de helenos que se hiciera la restitución sin decir palabra, sino que, así como el retraso tiene algo de desvergüenza, lo segundo es lo más
ajeno a las Musas. Por consiguiente, responde a la presente, 3
pues dominas el arte de escribir bellas epístolas, pero no nos envíes un pergamino de piel, pues les tienes mucho aprecio y haces bien. Es duro para un enamorado compartir el objeto de su amor.

348

A Anatolio (358)

Puesto que afirmas que te encanta que te regañen y yo siento pasión por elogiar a los buenos, te complaceré a ti y a
mí mismo unas veces elogiándote y otras censurándote. Tu 2
comportamiento con Tusciano me servirá como punto de partida para hacer ambas cosas. Porque cuando, tras tomar posesión de tu cargo, llamaste a este hombre y lo nombraste asesor tuyo, se extendió por las ciudades la noticia de tu ac-

to y no había lugar que no conociera eso de que la pobreza,
si va acompañada de la justicia, recibe su compensación; fu-
lano ha llamado a mengano para que venga de Frigia hasta
Panonia porque, a pesar de haber tenido antaño ocasión para
hacerse rico, prefirió marcharse entre alabanzas y no con di-
3 nero. Como la gente se admiraba y yo era el único que no lo
hacía, pretendían enterarse del motivo, a lo que respondí:
«Cuando encuentro que las personas nobles actúan noble-
mente, cual el hijo de Tetis o la ciudad de los atenienses, no
me levanto para gritar de entusiasmo porque veo lo que es-
peraba.» Porque si antes de que lo convocases alguien me
hubiera preguntado a quién ibas a llamar, habría menciona-
4 do a quien has citado. Pues es obvio que ibas a buscar a un
hombre sagaz, retórico, que conoce lo que es trabajar, que
sabe sentir afecto, que sabe cuándo hablar y cuándo hay que
callar; en suma, a alguien que se ha educado conviviendo
con la pobreza. Y a nuestro juicio estos requisitos los reúne
este Tusciano que vino a nuestra ciudad por encargo tuyo,
pues ya ha entrado en el grupo de tus favoritos. Ahora vie-
5 nen los reproches. Pues bien, cuando llegó y nos informó
detalladamente de las costumbres de tu gobierno, me llené
de alegría al ver a un hombre querido y, como deseaba ente-
rarme del motivo de su venida, me enteré. ¿Pero es que en
honor a la verdad podrías consentirlo? Lo que se dice es una
6 impiedad. Hay que decir que Tusciano ensalza la esencia del
hecho en sí, pero me parece que este asunto no es digno de
la valía natural de este hombre. Y aunque se resistía, yo le
hacía ver su error. Mediado el invierno llegó un despacho
que le concedía un aumento de sueldo y, si lo deseas, una
categoría superior. Y está bien, pero es mucho menos de lo
7 que tú puedes hacer y yo deseo. Por supuesto que Tusciano
no deja de darle gran valor a cualquier cosa tuya, pero preci-
samente es necesario que este hombre ascienda a un puesto

importante por ese mismo motivo, porque todo lo que venga
de ti es grande para él. Ahora mismo podría recibir bromas a
costa de que cobra un salario del Emperador sin hacer nada,
y no desconoces totalmente lo que llamamos a quienes se
encuentran en tal situación. Pero si alcanza los honores que
merece, su salario estará justificado. Así pues, actúese de es- 8
te modo, buen amigo, y vela por que no sea peor el trabajo
que la inactividad. En cuanto a ti, si no te has decidido a
hacerle avanzar a donde es preciso, cometes injusticia a pe-
sar de que eres un hombre que vive tan apegado a la justicia.
Y si crees que debes hacer lo que te decimos, no te demores
y haz caso a Esquilo, o, retrotrayéndonos más, a Hesíodo[516].
No te quepa duda de que no pasaré por alto lo siguiente. Al 9
ver a este hombre combatir el frío con una sola clámide[517],
debatiéndose en la tormenta y enfrentándose al fango, le
preguntaba si como en el caso de los niños había que juzgar
el buen nombre del padre por sus mantos. Como enrojecía 10
de vergüenza y sonriendo se acordaba de cierto Lisandro y
Dionisio[518], uno que lo dio y el otro que no lo recibió, le di-
je que no era consciente de que se estaba preparando para sí
una dura vejez. Para él tengo excusa, pero a ti te recomiendo 11
que le hagas la vida más cómoda a Tusciano. Pues a él le
cuadra eso de amar la pobreza, pero para vosotros los pre-
fectos es fácil imitar a la nube de Zeus, desde la que aquel
dios hacía llover oro sobre los rodios. Sobre todo, si os da la 12

---

[516] *Vid.* ESQUILO, *Suplicantes* 208, y HESÍODO, *Trabajos y días* 280 ss.

[517] Está claro que el cargo de Tusciano 2 es militar; la alusión a los viajes y a las penurias pasadas nos hacen pensar que tal vez se le promocionó al puesto de *agens in rebus*.

[518] Cf. PLUTARCO, *Lisandro* 2, 5. Lisandro era famoso a causa de su desprecio por la riqueza. Cuando el tirano Dionisio de Siracusa le envió a sus hijas unos preciosos vestidos de Sicilia, Lisandro los rechazó alegando que las harían parecer menos bellas.

gana podría brotar abundancia limpia de reproche. Hágase esto ya sin demora antes de que Tusciano acepte algún cargo, pues ten por seguro que estará dispuesto a pasar hambre durante su ejercicio.

349

A Clemacio (358?)

Cuán dulcísimo es tener trato con vosotros, pues tus actos, que llevas a cabo con justicia, son conocidos de todos y Juliano[519] puede narrarte personalmente los suyos, que también en su caso estaban acompañados de justicia. La impresión que me dais es la de que tú te asemejas a un luchador que con su esfuerzo se acerca inexorablemente a la corona,
2 y que él fue coronado mucho tiempo atrás. Mi temor, en efecto, es que él, tras haber dejado Egipto, a la que se le envía para sufrir padecimientos sin ganar nada, sentado a tu lado se entregue a la conversación evitando la mención de su encargo, pues se complace más con los amigos que otros
3 con sus negocios. Así es que hazle preguntas y pídele que te hable. Pues confío en que este desvelo que tiene por los barcos hará que nos salga a relucir el timonel de pueblos que este hombre lleva dentro.

[519] Juliano 8, antiguo gobernador de Bitinia, pasa por Palestina desde Antioquía con destino a Egipto, pues está encargado de traer de allí un cargamento de trigo *(sitēgía)*. La siguiente carta, dirigida al *dux Aegypti*, Sebastiano 2, forma parte del mismo viaje.

350

A Sebastiano (358?)

Si no hubieras conocido antes cuál es la forma de ser de Juliano, en el momento presente podrías ver quién es este hombre. Pues cuando se trataba de sacar oro del puerto de los egipcios, nadie lo veía. Pero cuando el afán de lucro busca otros lugares y el transporte de trigo precisa de un hombre que manifieste desinteresadamente su virtud, es entonces cuando se le elogia y se le envía. «¿Y quién más idóneo que este hombre?», se oye decir, y muchas otras expresiones similares. Sin embargo, a Juliano le persuadían para 2
no moverse su amor a la vida tranquila y su incapacidad para soportar estoicamente la separación de su esposa y sus hijos. Pero por no dar la impresión a quienes no lo conocen de que evitaba el trabajo por no haber en ello ganancia alguna, aceptó, aunque con lágrimas en los ojos, la tarea de llenar las naves de carga. Al verlo apesadumbrado, me acor- 3
dé de ti y le dije: «Deja de lado la aflicción, que en Egipto está Sebastiano.» Al instante esbozó una sonrisa y ya se encontraba más accesible. Por causa de su pesar ni siquiera era capaz de darse cuenta de que, además del Nilo, te vería a ti. Así es que haz el favor de serlo todo para un hombre que es pobre, justo y amigo nuestro.

351

A Florencio (358/9)

Numerosas son nuestras ocupaciones y a duras penas nos dejan recuperar el resuello: fuera de casa tengo la gran

multitud de estudiantes, dentro de ella el trabajo de escribir, las dificultades de mis amigos, que requieren mi ayuda; los asuntos, en fin, que ora requieren mi cuidado, ora mi inter-
2 vención personal. Es esta misma abundancia de ocupaciones la que con frecuencia nos aparta de la comida y no es extraño que me olvide de alimentarme por culpa de mis quehaceres. Sin embargo, nada borró ni extinguió jamás nuestro recuerdo del noble Florencio, sino que entre nosotros florece y goza de salud la costumbre de decir algo de ti cuando elogiamos en tono festivo tu dulzura, la firme fidelidad de tu carácter, tu agudeza intelectual, tu respeto por la verdad, tu hábito de tener a los buenos en la consideración que se me-
3 recen. Virtudes como éstas celebramos compitiendo entre nosotros por quién enumerará más. Y he aquí lo más importante: mayor es el placer que sentimos en decir un elogio más hermoso de tu persona que en recibir alabanzas de otros. Hasta tal extremo cada cual te da más importancia
4 que a sí mismo. Así, si bien sería más agradable poder verte personalmente, no es desdeñable en tu caso la segunda navegación[520]: enviarte una carta y recibir otra en respuesta. Pero tú eres el único que no importunas cuando no escribes, ya que ello no es señal de que has cambiado, sino que, aun cuando callas, das ocasión a que tus amigos piensen que tus sentimientos siguen siendo los mismos.

352

A Espectato (358/9)

¿Por qué no te digo también cuáles son las cosas que me causan placer? Pues bien, me deleito cuando me parece que

---

[520] *Vid.* n. 149.

veo tus éxitos y tomo la palabra para ensalzar cada uno de ellos: «Ahora nuestro Espectato no está lejos del Emperador; ahora está muy próximo; ahora describe el viaje que hizo a Persia a su lado[521], los ríos que atravesó, la tierra en la que entró, los pueblos, su género de vida y las negociaciones que llevó a cabo en su embajada. El Emperador, con 2
un rostro afable que evidencia su satisfacción, cubre de elogios al orador y, buscando un honor para él, no encuentra otro mayor que enviarle de nuevo. Y él , aunque con dificultad, se acuerda de cierto sofista pariente suyo[522] a quien hizo promesas deslumbrantes de las que no cumple prácticamente nada, convencido como está de que le basta una sonrisa y besar su cabeza, y al punto todo motivo de reproche desaparece.» Éste es el motivo por el que a un tiempo me alegro 3
infinito y no me pesa lanzarte acusaciones, porque también en lo referente a la pimienta, aunque esperaba una gran cantidad, recibí muy poco. Y me río al ver que eres discípulo del general Cares en lo que a hacer más promesas de la cuenta se refiere[523]. Pero aquel caballo con que obsequiaste 4
a Basiano[524] evidencia que soy un calumniador, me dirás. ¡Y mucho! Como que también desciende de aquellos cuyo antepasado es Bóreas[525]. Téngase en cuenta que necesita el Bóreas para moverse, y como no lo empuje un fuerte viento

[521] Ya vimos la participación de Espectato en la embajada persa del año 358 en las *Cartas* 331 y 333.

[522] El propio Libanio, que era su primo.

[523] Cf. Zenobio, *P* II 13, y Salzmann, 30.

[524] Basiano 2 era sobrino de Espectato.

[525] Nuestro autor compara ingeniosamente al poco lustroso jamelgo que Espectato regaló a Basiano con los caballos divinos Janto y Balio, hijos de Céfiro y la arpía Podarga. Janto incluso emitía voz humana. Cf. *Il.* XVI 149-154, XIX 400 ss. Libanio confunde a estos caballos con los doce potros que parieron las yeguas de Erictonio, con las que se había unido Bóreas; cf. *Il.* XX 221-225.

5 se queda quieto como una estatua. Confío en que con el tiempo hará lo de Janto: por la cantidad de latigazos acabará emitiendo voz humana. Ésos son los purasangres que has encontrado para nosotros.

353

A Aristéneto (358)

Tusciano y yo disfrutamos el uno del otro, yo cuando le prestaba atención y él cuando hablaba yo. Mejor dicho, yo sacaba más provecho porque escuchaba discursos más be-
2 llos que los que yo sacaba a la luz. Pero ¿sabes lo que hizo cuando comparaba a Estrategio con los que ostentaron antes el mismo cargo? Se ponía amarillo, se asfixiaba y parecía como si le hubiesen disparado y herido, tomándose muy a mal que se opinara que alguien había derrotado a sus predilectos, Talasio, Leoncio y ese de ahora que no es más diestro hablando brillantemente que llevando a cabo grandes
3 obras[526]. De forma que incluso les pareció a algunos que estaba censurándome esta parte del discurso, pero no se daban cuenta de que estaba muy disgustado porque en el fondo admiraba profundamente este pasaje. Pues si no hubiese percibido la solidez de la argumentación, simplemente se

[526] Todos ellos son prefectos del pretorio de Oriente anteriores a Estrategio; Leoncio 20 desde el 340 al 344, Talasio 1 desde el 351 hasta el 353 y el actual, Hermógenes 3, que ocupó el cargo hasta el 360. El mandato de Estrategio Musoniano se extendió entre los años 354 y 358. Cuando Libanio pronunció el citado panegírico en honor de Estrategio y comparó su gestión a la de sus predecesores, Tusciano no pudo evitar la indignación.

habría burlado. Pero lo cierto es que su disgusto era prueba
de la fuerza del discurso. Así es que si contigo experimenta- 4
se una reacción semejante cuando se refiera al discurso, no
te pase inadvertido que con ello está declarando que el triun-
fo se lo lleva el que dice no haberle agradado nada.

354

A Clemacio (358)

¿Pero es que se alegró de igual modo aquel que encontró
oro cuando excavaba en el suelo con otro fin, como ahora se
alegra Jovino al verte como gobernador y tú al recibirle? A 2
lo tuyo lo llamo buena fortuna, a lo suyo virtud. Porque él
recorrió un camino tan largo para ver a un amigo, pero a ti
te ha llegado un nombramiento tan importante sin moverte
de tu sitio. Corrijo: su viaje pone de manifiesto tu virtud, si
es que debemos conceder que es natural que quien es bueno
acuda corriendo a visitar a un camarada sólo si éste también
lo es. Pensad que, aunque estoy lejos, estoy viendo y oyen- 3
do todo lo que vais a decir y a hacer cuando estéis juntos:
vuestros movimientos y brincos, la risa que mana a borbo-
tones de ambos, el recuerdo de los viejos tiempos, lo que
decís de los tiempos actuales, el encanto de vuestras bro-
mas, y cómo os contáis cosas de mí y de mis discursos, que
con tanta fuerza os retienen y de los que con dificultad lo-
gráis separaros. Por tanto, deja que Jovino pueda seguir 4
bromeando como antes en privado. Y si alguna de estas
chanzas se conociera en el ágora, aplícale el mismo castigo
que a mí por no caminar con la cabeza inclinada al suelo y
temblando de miedo junto a un hombre que rige los destinos
de Palestina.

355

A Parnasio (358)

Tengo a tu hijo, a quien tanto deseaba, un chico tan excepcional y apto para aprehender el conocimiento que viene buscando. Cuando tanteé al jovencito y sometí a prueba su naturaleza, descubrí que es veloz para coger al vuelo los ve-
2 ricuetos de la retórica. También Aquilio —este hombre que es de Ancira, ha cumplido con su ciudad sus deberes cívicos y en ésta supervisa la educación del único hijo que tiene—, a este hombre, en efecto, le dije: «Nuestro Parnasio será pa-
3 dre de un buen orador.» En cuanto a lo que nos mencionabas cuando describías aquellas reuniones literarias y la elocuencia de Ancira, le hablé de ello a tu hijo cuando aún no había leído tu carta. Y él me dijo que el contenido de la mi-
4 siva era exactamente lo que había escuchado. Tan grande es el recuerdo que guardo de quienes han bebido de la misma crátera[527] que yo, especialmente de los gálatas, que siempre ocupan un lugar de excepción en mi corazón, de modo que

de tu casa envías a casa[528]

a los tuyos, y no tienes más necesidad de pedirme que me preocupe por tu hijo que yo de exhortarte a que tú mismo veles por los tuyos.

---

[527] *Scil.* los estudios retóricos.
[528] *Vid.* n. 243.

356

A Estrategio (358)

Por supuesto que nos honra muchísimo que te hayas acordado de nuestras peticiones, que nos pidieses cartas, que te hubieses propuesto concedernos lo requerido y nos demuestres que no ha podido ser. Pues de esa especie es el fármaco que tienes para tus súbditos: o das tu aprobación cuando se te solicita algo o bien, si las circunstancias no lo permiten, contrariado por no haber podido dar satisfacción dejas a los que han fracasado encantados como si hubiesen
logrado su propósito. También ahora los que reclaman el 2
trigo poseen en su lugar tu carta y les parece como si hubiesen recogido la cosecha de todo Egipto. ¿Qué necesidad tenemos cuantos bien te conocemos de jurar que se lo habrías concedido con sumo gusto? Pues somos nosotros los que tendríamos que jurar a los demás que esto es así, no tú a nosotros. Hasta tal punto sabemos que con gusto les habrías
complacido. Por tanto, ten confianza con respecto al futuro, 3
pues no cejaremos en nuestro empeño de solicitarte favores hasta que tengas la oportunidad de, concediéndonos la petición, desprenderte de la pena que te causa tu negativa de ahora.

357

Máximo (358)

Si no ayudas a quienes consideramos dignos, no te comportas como un heleno, y si, ayudándolos, no sumas al he-

cho el encanto de tus cartas, no me causas más alegría por el servicio que aflicción por tu silencio. También con tu mutismo me demuestras que te estoy molestando por no callar.
2 A pesar de todo, atrevámonos a enviarte la presente ya que a ello me exhorta un amigo, y para mí lo más importante es ocuparse de los amigos. Uranio[529] comparte conmigo su preocupación por mi rebaño, comparte también mi vida cotidiana, mis aflicciones y deleites; en suma, toda mi vida. Él no estima a sus hijos más que a mí y es un bien que aprecio más que a mis hermanos, de modo que ni siquiera aceptaría
3 alcanzar un beneficio del que no le tocase a él una parte. Sus familiares viven con vosotros, todos ellos honrados, pobres y necesitados de que la ciudad sepa que no te son indiferentes. Pues para los débiles ese pequeño gesto tiene mucha
4 importancia frente a los ricos. Por tanto, salvaras o no a aquellos por los que en el pasado intercedí, en ambas circunstancias es preciso que le concedas ahora este favor. Pues en el primer caso no harías sino observar tu propia ley, y en el segundo tendrías ocasión de borrar la acusación por tu última actuación.

358

A Espectato (358)

¿Te acuerdas de aquellas palabras con las que te rogábamos que protegieras los derechos de Honorato? ¿Qué me dices? ¿Respondes de lo que tú mismo prometiste? Vaya si

[529] Según P. Petit *(Les étudiants..*, pág. 145) Uranio sería un pedagogo encargado por Libanio de atender a las necesidades materiales de los alumnos extranjeros alojados en su propia casa en régimen de pensión. Véase también G. R. Sievers, *Das Leben..*, pág. 42, n. 228.

asentías resueltamente por respeto a la sagrada cabeza de
Quirino y por no deshonrarnos a nosotros, pero no veo que
se haya materializado ninguna de las promesas que escuché.
Te escribo teniendo en cuenta los dos supuestos: uno, si di- 2
ces que te has olvidado; dos, si te acuerdas pero te despre-
ocupas de lo que no tienes olvidado, pues lo primero de-
muestra que no me quieres y lo segundo que incluso me
injurias. Pero si no antes, al menos muéstrate ahora con res- 3
pecto a nosotros como con el resto de la gente, aunque tal
vez no sea justo que se me cuente entre el común. Pues es-
tamos resueltos a pagarte si deseas cobrarnos, y si evitas la
idea de recibir nada, verás que no olvidamos el favor. Por 4
tanto, llévense a la práctica aquellas importantes peticiones,
según nuestro criterio, e insignificantes según el tuyo. Por-
que bien sabes que es así cuando nos dijiste que lo que te
pedíamos era una bagatela y no te costaba trabajo alguno.
Procura al mismo tiempo que este llamamiento de ahora no
se nos vuelva un perjuicio, pues dicen que de todas partes
han sido convocados ahí todos los que se encuentran en la
misma situación que Honorato[530]. Y es evidente que le espe- 5
ra un castigo a quien no acuda. Mas todo aquel que, pudien-
do obedecer, se queda quieto y desprecia la orden, está bien
que pague las consecuencias, pero en nuestro caso ojalá es-
tuviera en nuestras manos acudir a la carrera, sino que nos
vemos obligados a quedarnos donde estamos. En efecto, no
desconoces cuánto dura su enfermedad, contra la que sigue
luchando el chico y en el momento actual apenas si puede
concebir esperanzas de recuperarse. Su alimentación todavía

[530] Honorato 3 era *notarius* y no pudo presentarse en la corte a tiempo por razones de salud. Como de costumbre, nuestro sofista reprocha a su primo Espectato su poco interés en ayudar a sus recomendados, pero lo más probable es que sea en tono de chanza, pues la influencia de Espectato en la corte debía de ser muy limitada.

6 está regulada por los médicos. Que Baso[531] conozca esta circunstancia y excúsale. Sálvale el tipo a quien está ausente por necesidad.

359

A Baso (358)

Después de haberme arrebatado lo más precioso me haces un regalo. No me atrevería a decir que es de escaso valor, pero sin duda no es equivalente a lo que me has quitado. Pues has mandado llamar a tu hijo y me has enviado una carta. Cuando él estaba aquí era tan importante para mí como tú cuando estabas conmigo, pero tu carta, aun siendo
2 dulce regalo, vale menos que él. Ojalá disfrute Caliopio de buenos maestros y conserve incólumes los cimientos que ha echado aquí. Ahora te pido un favor que hubiera deseado no
3 verme obligado a pedirte. Quirino tiene un hijo llamado Honorato. El citado Quirino salió de sus cargos, tres en total, más pobre que entró y alcanzó un nivel tan alto en la retórica como si por ventura hubiese recibido clases de Her-
4 mes. Aunque este hombre fue padre de numerosos hijos, sólo le queda uno, Honorato, quien ojalá siga siendo exce-
5 lente y honre a tan noble padre. Pero habiéndose abatido sobre este extraordinario joven una enfermedad que se ha prolongado extraordinariamente —éste es el décimo mes—, ha vencido la ciencia de los médicos más experimentados. Por eso la ciudad ha vivido en el desvelo y el temor, pues Hono-
6 rato es nuestro común tesoro. Ahora el noble Marcelo parece que consigue hacer retroceder el mal y Honorato comien-

[531] Baso 5, *primicerius notariorum,* jefe de Espectato y de Honorato. A él va dirigida la siguiente epístola.

za a utilizar sus piernas. Esto es más de lo que esperábamos. ¿Por qué te he contado estos detalles? No porque desee im- 7
portunarte, sino porque nos hemos enterado de que todos tus súbditos han sido convocados y Honorato es uno de ellos, por lo que deseo informarte de que aún no nos van bien las cosas. Pero supongamos que el joven está más sano que 8
Crotón[532], ¿es que no tendría yo entonces razón si tratase de retenerle diciéndote: «¡Oh Baso, el más excelente de los hombres!, deja que Honorato, que está ocupado con sus estudios de retórica y es el único consuelo para sus padres en una edad en la que es necesaria la supervisión paterna, siga con nosotros y no le obligues ahora a ponerse en marcha, que ya se presentará cuando sea más oportuno»? ¿Es que no asentirías si te hablase en estos términos? Por tanto, si en 9
ese supuesto me concederías el favor, ¿no vas a tener en cuenta esta necesidad? Creo que sí. Incluso me atrevo a predecir confiado que hasta sin estar ahí obtendré las ventajas de las que disfrutan quienes están contigo, pues el admirable Baso le da gran importancia a beneficiar a Quirino y a mí, cuyos elogios a sus obras constituyen para él un regalo nada despreciable.

360

A Jámblico (358)

Recibí de ti una carta muy breve, aunque me habrías tenido que enviar una más larga si de veras querías informarme sobre el punto en que quedaron las cosas. Además, la

---

532 Personaje proverbial a causa de su obsesión por la salud. Cf. SALZMANN, 40; el *Corpus Paroemiographorum Graecorum* 1, 169, e *infra, Cartas* 383 y 430.

que me llegó de Macedonia antes que ésta contenía una acusación en el sentido de que no te escribía. Me resultaba evidente que era cierto sentimiento de ira el que causaba que esta nota fuese tan breve. Pues en la primera me acusabas y me ajustabas las cuentas en la segunda. Pero escucha cómo
2 sucedió todo este equívoco. Yo, que creía al principio que te apresurabas hacia Italia, te envié allí una carta. Proclo fue su portador. Un poco más tarde me enteré de que estabas en Atenas y me propuse mandarte una carta allí, pero entonces me escribiste desde Macedonia. De nuevo escribes desde Atenas. ¿Qué se puede hacer con alguien que emprende tan-
3 tos vuelos? Así es que, si estás tan descorazonado y tanto has sufrido, deja de escribir y muéstrate aquí en persona, imaginando que esta voz mía es la de tus campos, que todavía están lozanos, pero si sigues estando ausente largo tiempo tal vez se oirá decir de ellos un epíteto diferente.

361

A Parnasio (358)

Sabía que recibirías mi carta con alegría, pues también cuando estabas aquí acogías de ese modo mis discursos. Por tanto, convencido de que así es, no hago nada fuera de lugar si de momento te pido un favor[533]. Pues una de dos: o es preciso que dude por considerar que no soy querido o bien lo es mostrarse resuelto por tener la firme convicción de que me aprecias. Con respecto al favor, es fácil de conceder y
2 glorioso para quien lo otorga. Entérate, pues. Cleobulo se vino a vivir aquí desde Egipto. Buen poeta y maestro como ningún otro, se dedicó a no muchos alumnos, pues no tenía

---

[533] Está claro que ésta es la primera carta que escribe a Parnasio.

suficiente salud, y me antepuso a mí sobre todas las cosas. Por eso Cleobulo merece que lo estime, y si no voy a hacerle caso cuando me hace un encargo, me comportaría como un hijo que injuria a un padre. ¿Y para qué voy a extender- 3
me hablando sobre él cuando tienes ahí a quien conoce bien a este hombre, Aristófanes[534], a quien, además de sus otras virtudes, le adorna su deseo de acompañarte siempre? Pues 4
bien, este Cleobulo tiene ahí con vosotros a un hijo de su hermana que se dispone a entrar a tu servicio. Así pues, inscribe a este hombre con placer y que saque alguna ventaja a través de su tío y, concediéndole este favor, llévale la contraria al proverbio demostrando que también en la tierra están las Gracias[535].

362

A Anatolio (358)

Conoces, supongo, a Marcelo por su ciencia, y antes aún por su forma de ser. Pues no destaca más como buen médico que como hombre de bien. Tú tienes conocimiento de su 2
ciencia por experiencia ajena, como podrías conocer la de cualquier otro médico. Sin embargo, yo lo he visto actuar en mis propias desgracias, de las que él me sacó cuando ya me hundía. Porque, si no hubiese adormecido la enfermedad de mi cabeza, hubiera muerto o bien, viviendo, hubiese llorado por no estar bajo tierra. Cada uno de los que viven en nues- 3

[534] Se trata del mismo Aristófanes de Corinto, en cuya defensa escribe Libanio su *Disc.* XIV, traducido en el vol. 293 de esta colección. Véase la introducción de dicho volumen (pag. 22), donde se detallan los problemas que tuvo Aristófanes durante su estancia en Egipto a las órdenes del prefecto Parnasio 1.

[535] Cf. SALZMANN, 8.

tra ciudad podría acordarse de Marcelo por razones similares. Pues va de un cuerpo a otro haciendo frente a los ataques de las enfermedades hasta el punto de que, si goza de salud, también tienen esperanzas los enfermos, pero si le fallaran las fuerzas, compartirían el miedo tanto los que están enfermos como los que no. Quien le testimonia su consideración no hace nada meritorio, pues da poco a cambio de mucho, pero el que no le honra es como si le golpease a un
4 padre en la mandíbula. En mi caso es de toda necesidad que corresponda al anciano, y le podría corresponder si hiciera uso de tu poder, ya que el mío es diminuto. Por tanto, muestra tu buena disposición y haz que se vea que no soy malo
5 pagando favores. ¿Qué es lo que te pedimos? Marcelo ha sido padre a edad avanzada, pues tenía muchas ganas de ser llamado así y, tras mucho suplicar en los templos, tiene sus
6 hijos, regalos de Asclepio. Por ese motivo, aunque ya es muy anciano, cría hijos muy jóvenes. A éstos, aunque hace poco que han dejado la lactancia, el Emperador los ha inscrito en el cuerpo de los *agentes*[536], cuyo actual jefe es el noble Musonio, que les garantiza seguridad para siempre. Sin embargo, circula ahora una orden que dispone que deben presentarse ante vosotros aquellos que se ganan el suel-
7 do así. No obstante, no es fácil que los hijos de Marcelo puedan hacer este viaje; ni siquiera lo sería que traspasasen las puertas de la ciudad. Nuestro temor es que esta circunstancia suponga su expulsión de esta dignidad, por lo que te pedimos que permitas que sigan conservándola aunque no se presenten. Se dice que para Musonio el gesto de tu cabeza es ley. Además, la vieja ley estipula que el prefecto deli-

[536] Ya conocemos las penurias que tienen que pasar en el desempeño de su cargo los *agentes in rebus*. Cf. *Carta* 348. Musonio 1, el *magister officiorum,* era el encargado, entre otros deberes, de la organización de la posta pública.

mite la actuación de los funcionarios que ocupan el cargo que ostenta Musonio. Confirma, pues, a instancias nuestras 8 una decisión tan noble y no te asombres si Marcelo ha asociado mi carta a una de Estrategio, pues es fama que tengo mucha influencia en ti.

363

A Anatolio (358)

Domno, ahí presente, tenía un padre excelente y el mejor suegro, pues está casado con la hija de Celso, por cuya causa a los sirios no les falta el contacto con la lengua de los ítalos. Sin embargo, también el propio Domno tiene tales virtudes que, aun no teniendo a ninguno de los dos que te he mencionado, merecería con razón ser venerado por su carácter. Aunque se gana la vida desempeñando el cargo de *agen-* 2 *te*, hace gala de una mentalidad mucho más noble de lo que corresponde a su forma de vida; ha desterrado de sí toda osadía, no sabe comportase como un malvado, considera un menoscabo ganar dinero injustamente, está presto a conceder un favor y a devolverlo cuando lo ha recibido, y más dispuesto a sonreír que a mostrar un rostro sombrío. En una palabra, nunca dio a nadie razones para censurarle por nada, pero sí se las dio a muchos para elogiarle. Por tanto, ya ha 3 cumplido aquí con su servicio y por ley le corresponde pasar a un puesto mayor en el escalafón. Y la única esperanza para que su propósito tenga allí el mayor éxito posible la tiene en tu influencia decisiva y confía en que podrá contar con ella. Pues entre nosotros se celebran de ti dos cosas: que deseas ayudar a los que llegan desde nuestra ciudad y que tu poder es idéntico a tu voluntad. Por eso Domno, aunque

ahora conoce de oídas estas dos cualidades, podrá decirles con hechos a los demás que son ciertas.

364

Aristéneto[537] (358)

A Nicencio fueron tus cartas las que lo convirtieron en nuestro amigo, y a Modesto, que ya lo era con anterioridad,
2 tu carta nos lo hizo más querido que nunca. En efecto, él le dio una alegría a la ciudad por su buena disposición hacia mí, y a mí por hablar bien de ti. Porque el propio Nicencio también entonaba los cantos de alabanza que te dedican quienes bien te conocen:

aún no he visto a uno como tú[538].

3 Y contaba muchas cosas de ti añadiendo que no sería capaz de contarlo todo. Luego la tarde le invitaba a irse a las termas, pero él seguía retenido por el placer de la conversa-
4 ción. Mientras ponderaba tus virtudes, Fortunaciano lo ensalzaba por elogiar a quien era menester. ¿Y qué es lo que hacía yo? Enrojecía de vergüenza en silencio como si yo mismo fuese el objeto de las alabanzas. Así pues, introduzco a este hombre en la curia, donde tienen lugar nuestros concursos retóricos. Y tal vez no les disgustó mi intervención.

[537] Es ésta la primera de un paquete de cartas (364-370) que nuestro sofista puso en manos de Harpocración. Si bien éste viajaba solamente hasta Constantinopla y sólo pudo entregar personalmente las que iban dirigidas a Eufratense *(Carta* 367), Nicea *(Carta* 364) y Constantinopla *(Carta* 368), las restantes prosiguieron su camino en dirección a Sirmio y a las Galias, donde estaba el césar Juliano, tal vez aprovechando los viajes de los funcionarios por la posta pública *(vid.* SEECK, pág. 345).

[538] *Od.* IV 269.

Como gracias a ti me gané la amistad de dos gobernadores, 5
te devolví el regalo con un solo hombre, pero muy sabio. Se
trata de Harpocración, buen poeta y mejor maestro, diestro
para inculcar en los jóvenes las obras de los antiguos y para
ponerse a la altura de los modelos clásicos. Aunque se ha
pasado la vida entera entre libros, no es nada afectado, pues
es a un tiempo sencillo y noble, y nunca se le podría descu-
brir pensando una cosa y diciendo otra distinta. Este hom- 6
bre, que ha compartido con Eudemón su crianza y su forma-
ción, antes en la escuela y ahora en la docencia, aunque es
uña y carne con su amigo, tu poder ha logrado arrancarlo de
su lado. Y ahora que ya se han separado, camina entre lá-
grimas mientras su amigo permanece aquí. Así pues, yo 7
consolaré a Eudemón. Sé tú para Harpocración lo que noso-
tros para Eudemón.

365

A Espectato (358)

La presente tendría que haber sido una alabanza por tu
actuación en favor de Honorato, pero en cambio sale de mis
manos con una nueva exhortación. Y ello aún es tolerable,
pero tu actitud me hace temer que la que venga después de
ésta sea de la misma especie. Sin embargo, ¿de qué te has 2
enterado para no cumplir con lo que prometiste? ¿Acaso de
que mentir es bello? Pues no te cuadra eso de elogiar la
mentira. ¿O acaso de que tu poder no alcanza para hacernos
el favor que pedimos? Pues vaya si te reías cuando Quirino
no cejaba un punto en su empeño e insinuabas que hasta
durmiendo podrías complacerle en cuestiones tan importan-
tes como la suya. Aún más. Sabemos que estás siempre dis- 3

puesto a complacer a quien te lo pide y a mandar a paseo a quien te obliga. Por tanto, sólo nos queda pensar que no nos prestas atención porque crees que no te queremos. Cuando puedas decir algo así de tu madre, sólo entonces tendrás
4 permiso para hacernos esa acusación a nosotros. ¡Oh tú, que haces lo que te viene en gana y que practicas el oficio de buscar excusas para lo que has dejado de lado caprichosamente!, considera la virtud del carácter de este joven y avergüénzate de los ruegos que a diario te hacía Quirino, un hombre ante cuya aparición hasta un dios sentiría respeto. Considerando también que yo soy en cierto modo padre de este alumno y que así lo desea tu madre y lo desea también nuestro tío —me atrevería a añadir que la ciudad entera—, reflexionando todo esto, no te preocupes por lo que tendrás que decirnos a todos, sino lo que habrás de hacer para complacernos.

366

A Baso (358)

Cuando tu hijo estaba conmigo, yo le apreciaba y le era de provecho, pero ahora que ya no está aquí sólo hago lo primero y no he dejado de amarlo. Me parece a mí que también tú, al descubrir la elocuencia que ha adquirido, le estás
2 agradecido a quien se la ha facilitado. Prueba de ello son las compensaciones que me suelen llegar de tu parte y que, al menos para un hombre de espíritu elevado, son muy importantes. Y llamo compensaciones a tus cartas. Sin duda ahora puedes añadir a éstas algo más y hacerme un regalo, pues no hay nada más fácil para ti ni tan importante para mí que lo
3 que te pido. Según creo, conoces a Quirino, cuya elocuencia

le hizo sentarse en su cátedra de sofista y a quien Fortuna llevó a las tareas de gobierno. Me refiero al que fue asesor de Filipo y veló por los intereses de Licia, el que protegió Panfilia y rigió los destinos de Chipre. Este Quirino tiene un 4
hijo, Honorato, a quien no ofenderías en absoluto si lo tomaras por hijo mío. Este joven ha sido inscrito en tu coro, pero ahora canta en el nuestro, y será sin duda más diestro en el tuyo gracias a sus cantos de aquí. Te llegará, creo yo, cuando sea velocísimo escribiendo y excelente hablando. Que su juventud no sea un motivo de temor para sus padres. Por su- 5
puesto, no es el único que te falta, pero sí el único que lo hace por una noble causa, respetando la cual hónralo concediéndole en la lista de jóvenes un puesto que le haga destacar por encima de la mayoría. A cambio de este servicio recibirás de nosotros lo único que poseemos: el reconocimiento de este favor con largos discursos.

367

A Modesto (358/9)

¿También tienes la misma sensación que nos embarga a nosotros? Cuando se acerca la tarde, el momento en que solíamos caminar a tu lado, buscamos el camino porque nos lo piden los pies, pero nos duele en el alma no poder verte. Es 2
posible que también te suceda lo mismo a la puesta del sol. Lo conjeturo, entre otras cosas, por tu carácter y por las acusaciones que me hacías cuando te acompañaba. Te quejabas 3
entonces de que te había ofendido porque había dejado de acompañarte dos días, y tus reproches eran para mí más dulces que la miel. Cuando le echaba la culpa a mi enfermedad, la que tanto perturba mi cabeza, y explicaba que me había

quedado en casa forzado por ella, entonces encontraste una
4 segunda acusación: no haberte informado de ello. Esta forma de tratarse entre particulares era la que usaba el gobernante con su súbdito. El que sepas corresponder de este modo al afecto no demuestra menos tu virtud que el hecho de
5 llevar los juicios como acostumbras. Haces bien en imitar a Heracles en el trabajo y en la velocidad a Perseo, pero suplicamos a tus alas que no sólo te lleven velozmente al otro lado del Éufrates, sino que te hagan volver con presteza también al Orontes, nuestro río.

368

A Temistio (358)

¡Mira! Lo que se urdía tiempo atrás llega a su desenlace. Nos has privado de la lengua de Harpocración para entregársela a quienes nada necesitan y has desatado un nudo más difícil de resolver que el de Gordias[539]. Corrijo, lo has cortado siguiendo el ejemplo de aquel rey que no pudo desatarlo. Porque si lo tuvieras contigo tras habernos persuadido, afirmaría que lo has desatado, pero la realidad es que, puesto que has empleado la fuerza, debo decir que lo has cortado. Sin duda sonríes jactándote de tu gran poder y por-
2 que consigues arrebatar a la fuerza todo lo que deseas. El poderoso Zeus, tu patrón, de quien desciendes y a quien retornas, a pesar de que tenía poder para arrastrar a las alturas tierra y mar y, tras tenerlos en suspenso colgados del cielo, dejarlos caer hacia abajo, se limitó a amenazar pero no lo

[539] Cf. Plutarco, *Alejandro* 18, para la conocida historia del nudo gordiano y Alejandro Magno.

llevó a cabo[540]. Sin embargo, tú, sin necesitar cadena, con un gesto de tu cabeza tienes en las manos todo lo que te venga en gana. Dirás, no obstante, que no haces nada malo sintiendo amor por tu patria, pero mira lo que vas a hacer exponiendo un cuerpo egipcio a los vientos tracios. Cuando 3
recibí tu discurso[541], que evidencia cuán grandes servicios prestaste a la ciudad con la embajada, y me enteré de que mandabas llamar a sofistas, dije: «El noble Temistio busca discípulos.» Porque ¿quién puede seguir teniéndose por rétor mientras tú elabores discursos tan soberbios? No se parecía tanto Telémaco físicamente a su padre como tú a Demóstenes por tu elocuencia, la cual has dado a conocer tardíamente aunque la poseías desde mucho tiempo atrás. Así es que, entre otras cosas, es menester ensalzar la emba- 4
jada porque dio a tu elocuencia la oportunidad para que saliera a relucir. Por tanto, sigue componiendo muchas bellezas como ésta y no envíes tus discursos sólo a los gobernantes, sino también a quienes no tenemos cargo, pero tal vez sí oídos.

369

A Juliano (358)

Doble es la victoria que has alcanzado, una con las armas[542] y otra con la retórica, y doble el trofeo que has erigi-

---

[540] En *Il.* VIII 18 ss.

[541] El *Disc.* III, pronunciado tras la participación de Temistio en una embajada constantinopolitana en Roma. Para más detalles, véase la traducción del profesor RITORÉ PONCE en el vol. 273 de esta colección.

[542] El año anterior había obtenido Juliano su sonada victoria en la batalla de Estrasburgo. La obra a la que alude Libanio son los comentarios, hoy perdidos, que compuso en propio Juliano sobre su campaña en Galias

do, uno a costa de los bárbaros y otro a mis expensas, aun-
2 que soy tu amigo. Pero este trofeo es dulce para el derrota-
do. Pues una de las cosas que suplican todos los padres es
ser vencidos por sus hijos. Y tú, que has recibido de mí las
directrices básicas de la composición, has superado a tu
3 maestro con la instrucción recibida. Con respecto a la exten-
sión de la carta, sin duda es preciso que yo, el orador, pida
disculpas al estratego —mejor dicho, al hombre que no me-
4 nos sabe combatir que utilizar la palabra—. En el instante
en que el Emperador[543] te llamó para compartir contigo el
mando creí que debía despojarme de mi franqueza y no ac-
tuar como hasta entonces con un hombre que había llegado
tan alto. Pues es insólito que, cuando nos enredamos con
ejercicios preparatorios ficticios, sepamos cómo hay que di-
rigirse a Pericles, a Cimón y a Milcíades, y en el mundo real
5 nos saltemos a la torera dicha norma. Pues eso mismo que
me dices de que las cartas de los estrategos son breves a
causa de su actividad me convenció de que debía comprimir
la mía consciente de que, quien por sus ocupaciones no
puede extenderse en sus cartas, también podría molestarse si
6 se le escribiese demasiado. Pero en el caso actual, puesto
que me animas a que me extienda, te obedeceré. En primer
lugar, debo felicitarte porque, a pesar de que tienes las ar-
mas en las manos, no ha remitido tu interés por las letras,
sino que combates como si no tuvieras otra ocupación y vi-
ves entre libros como si no tuvieras que combatir. En se-
gundo lugar, porque a quien ha compartido contigo el trono
no le has dado motivo de arrepentirse de su decisión, sino

(cf. *Carta* 35 y *Disc.* XIII 25; Eunapio, frag. 9; todos estos testimonios han sido traducidos por García Blanco en el vol. 47 de la BCG).

[543] El entonces Augusto, Constancio II.

que, considerándole a la vez primo, colega en el mando, se-
ñor y maestro, con tus gestas contribuyes a su fama y les di-
ces a los enemigos caídos: «¿Qué os habría ocurrido de
haberse mostrado el Emperador?». Estos son mis elogios y 7
también aplaudo el que, con la vestimenta, no hayas cam-
biado tu forma de pensar ni que por culpa del poder hayas
renunciado a acordarte de los amigos. Ojalá te sucedan mu-
chas cosas buenas, porque has evidenciado que no era un
mentiroso cuando elogiaba tu naturaleza. Mejor dicho; por-
que has hecho que lo parezca por no haber dicho nada que
estuviera a la altura de las cualidades que has demostrado
tener. Bien conocida es aquella cualidad que te pertenece 8
exclusivamente y no parte de modelo alguno. Los demás,
cuando reciben la dignidad real, al mismo tiempo les invade
la codicia: quienes no tenían antes ese deseo comienzan en-
tonces a amar las riquezas y los que ya vivían antes con este
sentimiento lo exacerban aún más. Tú eres el único que, tras
establecerte en el poder, renunciaste a tu herencia en favor
de tus amigos, concediéndole una casa a uno, un esclavo a
otro, tierras a un tercero y dinero a un cuarto. Tú has osten-
tado más riqueza como simple particular que como sobera-
no. Y no creas que me excluyo del número de tus amigos 9
porque no soy personalmente uno de tus beneficiarios, pues
puedo explicar el motivo por el que soy el único que no ha
recibido nada. Deseas fervientemente que las ciudades po-
sean todos los recursos que las hacen prósperas, de modo
especial el vigor de la retórica, pues eres consciente de que,
si se extinguiese, nos equipararíamos a los bárbaros. Por 10
tanto, sentiste el temor de que, si me hacía demasiado rico,
evitase el ejercicio de mi arte y creías tu deber mantenerme
en la pobreza para que yo mismo me preocupase por cum-
plir con mi deber. Más me vale conjeturar que ha sido por
eso, pues no deberías decir aquello de que «su ración la han

ganado Capaneo y Anfiarao, pero fulano no debe ser tenido
11 en cuenta ni en consideración[544].» Así, el que no me hayas dado nada se debe a que te preocupas por el conjunto. Por consiguiente, a falta de bienes materiales, somos ricos en palabras —esta es precisamente tu riqueza— y este cargo que ocupamos tal vez no lo deshonramos, como tampoco tú el altísimo que ocupas.

370

A Paulo (358)

Era natural, querido Paulo, que no anulases la costumbre que él mismo[545] estableció. Y esta costumbre era la de escribirme además de acordarse de mí. Quienes de los dioses algún bien obtengan no deben darles las gracias exclusiva-
2 mente a ellos, sino también a los sacerdotes. Y para nosotros tú eres como un sacerdote y participas de la gloria que lógicamente les corresponde a ellos. Pues no ignoro que

le instabas aunque ya él mismo se aprestaba a ello[546],

[544] Dos capitanes fulminados por Zeus en el episodio de los Siete contra Tebas. Cf. SALZMANN, 22, quien descubre en el emparejamiento del héroe piadoso, Anfiarao, y el impío, Capaneo, una fina alusión al comportamiento caprichoso de Juliano, que tasa por igual a los buenos y a los malos.

[545] Posiblemente se refiere a Juliano, como supone Norman (vol. I, pág. 453). Paulo 4 (Pablo «Cadena») es el conocido *notarius* de Constancio, quien se encontraba en Galias para controlar la correspondencia y las actividades de Juliano, de ahí que Libanio le escriba esta epístola, la única que le dirigió nuestro autor. Pese al tono adulador de la carta, no era precisamente una persona querida por nuestro autor.

[546] *Il.* VIII 293.

y cómo él se ponía a escribirme y tú aprobabas su empeño. Confío, en efecto, en que ambos seguiréis haciendo lo que habéis hecho ahora: tú animarás y él escribirá.

371

A Acacio (358)

Me da la impresión de que me tomas por un codicioso, pues exhortaste a Olimpio a que me trajese la estatera para la boda, sin carta alguna. Como él sabe cuál es mi actitud hacia el dinero y cuál hacia las cartas, al no recibir ambas cosas, también mandó a paseo lo inferior[547]. No obstante, me trajo la descripción de los detalles de la boda, más apreciada por mí que todo el oro del mundo. La descripción era más o menos como sigue. Decía que estabas temblando en 2
el momento en que ibas a mostrar a tu hija. Dulce temblor éste para el padre que tanto suplicó sufrirlo algún día. Que cuando apareció la novia los asistentes se quedaron impresionados por su belleza, especialmente la de sus ojos, hasta el punto de que había quienes decían:

es émula de Ártemis[548].

Me llené de satisfacción al oír esto y que su belleza física rivaliza con la espiritual, pues un amigo nuestro es padre de una hija así y nuestro discípulo es su esposo[549]. Cuando me 3
enteré de que habías estado inquieto por el banquete y porque habías hecho saber que se comería pescado, pero que, a pesar de la tempestad que se os había venido encima, pudis-

[547] *I.e.,* el dinero.
[548] *Od.* XVII 37.
[549] Calicio, citado a continuación.

te sacar del oleaje más pescados que otros de un mar en calma, ¿cómo crees que me alegré y con cuán alborozo exclamé que el novio había recibido de su madre sencillamente el territorio que media entre Corinto y Sición[550] y que éste no pasó a ser de la novia por tu magnanimidad? Que Calicio, el Calias, deje de repetir que es pobre, pues tiene tierras excelentes por ambas partes.

4 *Los dos han escogido al mismo tiempo a la hermosa Ayun-*
[tadora[551] *y a Ártemis alumbradora.*

Pues no me pasó desapercibido que los gritos de parto de una madre se mezclaron con la boda de una hija, la más dulce de las que he oído hablar. En efecto, el nacido también es alumno nuestro, un nuevo Heracles, émulo de Ticiano, quien ha hecho muy bien presentándose ahí para tomar parte en la fiesta y que igualmente debería venir aquí para seguir recibiendo la instrucción de antes. Pues si en plazo muy corto se ha hecho grande, mucho mayor resultará ser si se que-
5 da más tiempo. No te asombres si hago algo insólito reclamando a un alumno, pues la naturaleza del chico también es fuera de lo común. Por tanto, que se ponga Ticiano en movimiento y que no se demore Calicio, un jovencito que va seguir los pasos de su padre[552]. Pues si se entrega al trabajo,
6 cuyos frutos son dulces, tendrá fuerza en los tribunales. Es

---

[550] Campos de proverbial calidad. Cf. *Carta* 834; ZENOBIO, *P* III 57 y SALZMANN, 34.

[551] Epíteto de Hera como protectora del matrimonio *(Zygía)*. El parto es figurado: Calicio, al casarse con la hija de Acacio se convierte en su hijo. La presente cita literaria es de *Himnos órficos* 36, 5.

[552] Hierocles 3, que era abogado y fue gobernador de Siria diez años antes.

razonable que se esfuerce por adquirir esta arte; pues si se apresura y alcanza antes de tiempo el premio de la elocuencia, que por lo menos se aplique a la caza de la retórica con este aliciente. Si la retórica es algo vergonzoso, no debe aprenderse en ningún caso, pero si es algo hermoso, entonces cualquier motivo es bueno para adquirir su conocimiento.

372

A Apelión (358)

La inactividad es un grave perjuicio para Tiberio, ahí presente, pero la mayor ayuda es el que gobiernes a los cilicios, pues no te consagras más a quienes se ocupan de muchos asuntos que a los que dicen lo justo. Para mí Tiberio 2
merece mi esfuerzo por muchos motivos, pues no sería lícito dejar de traer a colación a Filagrio, que compartía su vida con una hermana suya. Además, él mismo asistió a nuestras clases y se habría convertido en rétor si se le hubiera dado la oportunidad. Pero, según mi opinión, le obligaron a dejar los estudios antes de tiempo. Más todavía; Marco, mi primo, y 3
Tiberio están casados con dos hermanas, hijas de Hesiquio. Éste tiene dos hijos, Eutropio y Celso, a los cuales aprecio muchísimo y con cuyo afecto cuento. Observa, pues, cómo 4
estoy totalmente obligado por derechos de tanto peso a preocuparme por Tiberio y cómo no tendrás excusa ante nosotros si no haces uso de tu propio carácter, cuya esencia es no mostrarte negligente en ningún asunto. Precisamente por las 5
peticiones que te va a hacer el muchacho descubrirás su carácter extraordinario; tan incapaz es de pedir algo injusto o molesto.

373

A Acacio (358)

Larga es la defensa que has hecho para justificar tus preocupaciones por tu hija[553] cuando nadie, creo yo, te estaba acusando. Pues Olimpio no era tu acusador, sino que se
2 complacía en ser mensajero de tu inquietud. Ojalá puedas sentir muchas veces esta clase de temores y puedas tener también por tus hijos y tu yerno esa preocupación que dices haber sentido a menudo por nosotros cuando nos disponía-
3 mos a competir en público. Aplaudo tu cambio de opinión con respecto al verano, pues no sería apropiado que Calicio saltase del lecho nupcial tan rápidamente y Ticiano tiene
4 cerca al maestro: su propio padre. Así es que has disimulado la causa verdadera de este cambio, lo proclamo desechando aquella excusa tuya según la cual el joven estaría en peligro debido a los espectáculos y la muchedumbre de aquí. Pues otro tal vez pudiera dejarse corromper por estas razones, pero la naturaleza de Ticiano lo hace invulnerable a los perjui-
5 cios que causan aquellos lujos. Quédese, pues, y buena suerte. Que, aprovechando la dirección de su padre, se empape de la retórica antigua.

---

[553] Como vimos en la *Carta* 371, ésta se acababa de casar con Calicio. Se inicia con ésta una serie de 6 cartas (373-378) de las que se hizo cargo Dianio aprovechando su viaje a Constantinopla.

374

A Aristéneto (358)

Un día ibas a saborear también las fatigas del gobierno
porque no habías utilizado todos los medios para rehuir los
cargos. Y ahora ya ves: cinturón, mando militar, multitudes
ante tus puertas, noches sin dormir y preocupaciones. Aque-
lla gran holganza y el no hacer nada se han esfumado. En 2
absoluto temo que te nos marees al ocuparte por primera vez
de las cuestiones más importantes de todas, pues tu fortaleza
natural, aun sin tener práctica, sabe salir airosa, de modo
que confío en que de inmediato te mostrarás admirable en
las circunstancias actuales y que rápidamente llegarás a una
posición más brillante gracias a tu virtud como gobernante.
El motivo por el que me puse muy contento y tú también 3
podrías exteriorizar tu alegría[554] es el siguiente. Todos los
que recibieron la noticia de tu nombramiento la acogieron
con placer. Y de los que presumían de quererte con anterio-
ridad a este hecho, quedó patente que ninguno lo dijo de pa-
labra sin apreciarte en realidad. Al contrario, aquella frase 4
que se decía hace tiempo, «Aristéneto se lo merece», reco-
rría la ciudad entera como una sola voz. De modo especial
se admiraba al Emperador por haber confeccionado el panal
de la administración con más destreza que una abeja. En 5
efecto, si a mí mismo me hubiera sido posible correr a tu la-
do, habría emprendido el vuelo, pero en realidad se presenta
el que tenía la posibilidad de ir, Dianio, pariente tuyo y ca-

[554] Si bien es cierto que la presencia de *ektós* es un poco rara, no es necesaria la conjetura de Foerster, que antepone *phthónou* apoyándose en un pasaje de Platón.

marada mío, quien a menudo ha sido llamado antes por tí y ahora se ha presentado la ocasión propicia. Pues el que tú mandes sobre Bitinia permite que este hombre, que ha evitado ir a su patria por temor a la curia y a la pobreza, pueda regresar. Porque si lo hubiesen cogido dentro de la ciudad, incapacitado como estaba para cumplir con las cargas curia-
6 les, le hubiera esperado el encarcelamiento. Por eso le pareció más tolerable una tierra extraña pero en libertad que su patria en completa deshonra. Claro que le dolía estar lejos de su madre, pero no se atrevía a verla mientras las perspec-
7 tivas fuesen ésas. Sin embargo, mientras ha vivido entre nosotros os ha honrado a su madre, a ti y a vosotros con su sensatez, su dulzura y mostrándose en todo momento como persona venerable. Y he aquí lo más importante: sin dejar de cumplir ninguno de sus compromisos con nosotros no se ha atraído el odio de la parte contraria. Por eso le decía con confianza que compartía tu linaje y no me parecía que su
8 sangre fuese inferior a la tuya. Acepta, pues, a tu pariente, que ha adquirido aquí numerosos amigos por su forma de ser y delibera sobre el camino que este hombre deberá seguir: ¿deberá quedarse en su casa, regresar con nosotros o bien vivir en la Gran Urbe[555] ganándose la vida con los pleitos?

375

A Alcimo (358)

Os devolvemos a vuestro Dianio, que es como decir nuestro, tras haber ceñido la corona de la gloria en torno a la frente de aquellos a quienes siguió aquí, que es como decir

---

[555] Nueva alusión indirecta a Constantinopla.

de vuestra frente, pues de vosotros los bitinios nació. Sé muy bien que, nada más verle, rememorarás aquellos tiempos que fueron los más dulces que nunca vi, ni antes ni después, y no desconocerás ni un detalle de mis actividades de aquí. Porque no sucede que Dianio presenciara unos aconte- 2
cimientos y otros se los perdiera. Además, no conoce sólo lo que se esperaría de quien vive en la misma ciudad, sino lo que es natural que sepa quien comparte casa. En suma; que mi propia madre no sabe más de mis asuntos que este hombre. Cuando escuches su información sobre mis discursos es 3
posible que no te atribules, pero mi cuerpo, tras lograr una brevísima tregua, la mayor parte del tiempo sigue batallando. Y muchas veces me volví uno de esos que suplican a los dioses que les permitan abandonar este mundo. Por consi- 4
guiente, ese es el límite de la felicidad al que he llegado —pues es preciso hablar eufemísticamente—. Por lo que respecta a Dianio, ayúdale con todo tu arte[556] en su deseo de obtener la libertad. Pues tienes poder, por suerte, para hacer que tu provincia obtenga exactamente lo que tu ciudad, y tu poder proviene no del hecho de que tengas muchas posesiones, sino porque no has querido tenerlas a pesar de haber tenido oportunidad para enriquecerte. ¿Pero cómo anhela la 5
libertad siendo libre? Él piensa que formar parte de la curia es para el rico una honra, pero para el pobre es esclavitud. Y sólo tiene el dinero suficiente para no verse forzado a cometer acciones viles, pero no como para permitirle hacerse cargo de un gasto público. Por eso tiene miedo de que, al regresar a casa, eche de menos la tierra foránea. Aristéneto se 6
preocupará por que esto no suceda así[557]; preocúpate también tú. Por eso, si alcanza la tranquilidad, os cubriremos de

[556] Alcimo es colega de Libanio.
[557] Es la petición expresada en la carta precedente.

elogios, pero si no fuera así, empezad a pensar en qué términos nos vais a escribir.

376

A Temistio (358)

Dianio tiene una madre y una patria que conoces. A su madre, que le llamaba a su lado, no podía desobedecerla, pero su patria, que le es dulce en tanto que patria, le inspira temor por tener que hacerse cargo en su pobreza de las obli-
2 gaciones de las liturgias. Por tanto, ya que es preciso que complazca a su madre y que él mismo no sufra una calamidad, me pareció a mí que en primer lugar debía presentarse este hombre ante ti y que luego, habiéndose llevado de ahí el favor de Atenea[558], ya podía dirigirse a donde le viniera en gana, pues con la asistencia de esta diosa hasta podría
3 evitar la Éstige[559]. Justo sería que le tendieses una mano, en primer lugar porque la mayoría de las veces has socorrido a la gente en apuros, a pesar de que no tenían ningún derecho ante ti salvo su misma necesidad. Luego porque nuestros discípulos no pueden decir que no lo son también de ti. En tercer lugar —o primero, si lo prefieres—, este hombre es pariente de Aristéneto —y no deshonra su linaje—, hombre que siente mucho respeto por ti y tú le correpondes. Así es que, compadeciéndole a él por afecto, compláceme a mí
4 también mostrándote benévolo con Dianio. Entre otras cosas, beneficiarás a un hombre en quien descubrirás que posee muchos de tus propios discursos, pero no en su bolsa de viaje ni en libros, sino en su memoria y en su alma, espe-

[558] Cf. *Il.* XVII 561.

[559] Cf. *Il* VIII 369.

cialmente aquel con el que pusiste de manifiesto que fuiste
elegido embajador[560]. Este discurso nos lo trajo Domicio 5
como si no lo conociésemos y se encontró con que no lo co-
nocíamos peor que su padre. Podría llamar también a este
discurso hijo mío, al ser en muchos aspectos hermano de
los míos. Pues a Temistio le diré palabras ciertas y nada
odiosas.

377

A Talasio (358)

A los tuyos no tenemos nada que reprocharles, sino que
les estamos muy agradecidos, pues no sólo obtenemos de
ellos todo lo que les solicitamos, sino que incluso, si deja-
mos un lapso de tiempo sin encargarles algo, dicen que los
ofendemos porque no nos sirven de nada. Sin embargo, a ti 2
te acusamos los tuyos y yo mismo porque antepusiste la es-
peranza de algún puesto a pasar el tiempo con tus parientes
y amigos. Y eso que dicen que no te comportas perezosa-
mente con la gente de ahí[561], pues no pierdes el tiempo en
risas, vida regalada, bromas y en dormir, sino que trabajas,
estás sobrio y en activo, te complaces con los prudentes y
tomas como modelo la conducta de Espectato. Cuando te 3
marchaste, esperaba que actuases así y que considerases me-
jor quedarte en tu casa que irte. Pues uno que tiene una es-
posa buena y joven, y aún no tiene hijos, que posee una gran
fortuna y lo suficiente para alcanzar la felicidad, ¿por qué

[560] El ya citado *Disc.* III de embajada escrito por Temistio. Cf. *supra*, *Carta* 368.

[561] La corte, a donde ha acudido Talasio 2, se encuentra en Sirmio, Panonia.

uno así debería, renunciando a conservar todo esto y a procurarse herederos de su simiente, sentir predilección por al-
4 guna otra cosa? Desde siempre me ha parecido que este tipo de vida es el más conveniente, y también ahora me lo sigue pareciendo. Por eso debes hallar una vía de escape para estar de regreso en el verano y, cuando hayas hecho la prueba, habrás despreciado los contratos de los panonios.

378

A Estrategio (358)

Ojalá siempre me escribas diciéndome lo mismo sobre tu salud física, pues sería apropiado que, siendo noble de espíritu, también en aquel aspecto gozaras de buena salud. Yo, por mi parte, de nuevo me veo arrastrado a la enfermedad de mi cabeza, hasta el punto de que Marcelo está asustado no sea que el mal resulte ser más poderoso que sus conocimientos. Sin embargo, ni el mal ha derrotado al médico ni ha sido dominado por completo, sino que en este mismo instante se libra una dura batalla entre ciencia y enfermedad.
2 Acerca de ello y sobre la disposición que tienen los sirios hacia ti te hablará Dianio, a quien se puede dar el apelativo de bueno, mas no tanto el de afortunado. Pues, habiendo adquirido con su esfuerzo el dominio de la retórica y esperando que su talento diera sus frutos en tu administración, tan pronto como se puso manos a la obra vio frustrado brusca-
3 mente su propósito[562]. Pues bien, ya que este viento favorable se le ha frustrado, que por lo menos aproveche la segun-

[562] Porque Estrategio Musoniano acababa de salir de su cargo de prefecto.

da navegación[563]. Me refiero a que se le haga un hueco en la tribuna en vuestra ciudad y, si alguno de sus conciudadanos pretende llevarle a la fuerza a la curia, que sepa que no llevará a cabo acciones que te agradan. Este hombre es digno 4
de mi protección porque es pariente de Aristéneto y discípulo mío, y de la tuya por idénticas razones, ya que hace tiempo me enseñaste que consideras propios nuestros intereses.

379

A Calicio (358)

Ya que no participamos en el banquete nupcial[564], al menos debería habernos llegado una carta tuya sobre la boda en la que se nos hiciera ver que todo te va bien y que ahora te preocupas por tu cuenta de la retórica y que poco después estarás de nuevo con nosotros. Pero me parece a mí 2
que te has olvidado de nosotros y temo que, con nosotros, también de la retórica. Pero esto no es justo, ¡oh excelente y linajudo muchacho! Piensa quién es tu padre y quién es tu suegro. ¿No es verdad que uno es Hierocles y el otro Acacio, ilustres ambos? ¿Y qué es lo que los ha hecho grandes? 3
¿Acaso su vigor corporal, la velocidad de sus pies o su abundante riqueza? ¡No, por Zeus!, sino una sola y noble virtud que más le hubiera valido a Midas poseer que todo el oro que dice la leyenda. Porque han alcanzado la posición que actualmente ocupan por ser dueños de una vigorosa elocuencia. Así es que, ¿cómo no va a ser terrible que Cimón 4

---

[563] Nueva mención de este refrán. Cf. *supra,* n. 149.

[564] Libanio se dirige directamente a su discípulo Calicio tras su boda con la hija de Acacio 7, como se vio en la *Carta* 371, para pedirle que retome los estudios.

se esforzase por emular los hechos de armas de su padre, pero tú te muestres inferior a la pujanza forense del tuyo, y que pusieras todo tu empeño en casarte con la hija de un orador mientras dejas escapar los conocimientos de retórica que has adquirido teniendo la oportunidad de completar
5 lo que te falta? Por tanto, te aconsejo que en el verano refresques los conocimientos que se te han olvidado y que durante el invierno compongas discursos bajo nuestra dirección. Tu esposa te acompañará de todas formas animándote y compartiendo tu voto por que sea tuya la belleza que da la
6 elocuencia, más que si fuera la de Nireo[565]. De ningún modo pienses que es vergonzoso entrar en clase ya casado. Pues lo que es bello por naturaleza no deja de serlo en ninguna circunstancia, y recibirás mayor elogio por participar resueltamente en esta cacería cuando la costumbre te exime de esta obligación. Con ello regocijarás a tus amigos y causarás espanto a tus enemigos. A los primeros podrás serles de pro-
7 vecho y a los otros podrás aplastarlos. Piensa que también Sócrates, que era sabio, como sostiene el dios, no rehuía las enseñanzas en su vejez, pues creía que cualquier momento era bueno para aprender. No hay nada espantoso en rodearse de libros con tu mujer presente. Precisamente es mucho más agradable hacerlo junto a aquella que deseas que tenga bue-
8 na opinión de ti y viendo ella que haces algo hermoso. Y si tu padre no te anima a ello por creer que no podrá ponerte en marcha, muéstrate superior a lo que él espera. Pero si te anima y no le prestaras atención, es forzoso que le des un disgusto y que tú lo sufras. Pues esta actitud no es sino vivir
9 odiosamente por pretender una vida fácil. Pero ¡oh queridísimo!, calcula cómo vamos a celebrar tu decisión tus padres,

565 Cf. *Il.* II 673.

tus suegros, tu tío[566], excelentísimo en todos los aspectos, tu noble esposa y yo, que muchas fatigas he pasado por ti. Llena ahora tu memoria de las obras antiguas y cuando los campesinos acaben su trabajo en los lagares, ven aquí en buena hora.

380

A Hierocles (358)

Yo creía que tu silencio tenía su origen en otro impedimento distinto, y ojalá hubiera sido así. Pero, al mencionarme tu enfermedad y contándome tu hijo[567] que se había complicado, llegué a un estado de desánimo total. Pero habéis hecho bien ambos, pues tú me escribías y él me explicaba que el peligro había pasado. Después de darle esposa a Cali- 2
cio, razonas correctamente al querer darle también una formación retórica, ya que así podría conservar lo que tiene y aumentar su hacienda. Le hemos animado para que se aplique a estos estudios y le hemos invitado a que venga aquí. A las Musas les pido que hagan que el jovencito encuentre dulce la retórica.

381

A Aristéneto (358)

Obodiano se comportó conmigo como un hijo y su padre como un padre, de modo que mi tío me solía decir que, después de los dioses, debía venerar a esa familia. Y quienes lo han sido todo para mí no es posible que no sean dignos,

[566] Demetrio 2.
[567] Calicio, como se vio en la carta anterior.

2 además, de tu cuidado. Acuérdate también de la maravilla que te causó este jovencito con las palabras que pronunció cuando era embajador. Pues sé que, al salir del tribunal y encontrarte conmigo, llamabas a nuestra ciudad madre de oradores poniendo como ejemplo la facundia del emisario.
3 Por si fuera poco, el hijo de éste, imitando a su progenitor, aunque todavía no se ha aplicado a la retórica, se ha hecho cargo ya de algunas liturgias. Y a pesar de tan temprana edad, ha hecho frente a tales gastos sobrepasando en libera-
4 lidad lo que exige la ley. En efecto, nuestro Argirio (pues el nieto lleva el mismo nombre que el abuelo) mima los cuerpos en los baños públicos y, como ahora va a deleitar a la ciudad con carreras de caballos, ha sido distinguido con un regalo imperial. Dicho regalo consiste en dos cuadrigas y
5 los caballos son adiestrados en Bitinia. Por tanto, que nos lleguen los mejores ejemplares depende en su mayor parte de ti, o mejor dicho, tu intervención a nuestro favor lo es todo. Así es que mira con dulzura al portador de esta carta y ponte manos a la obra con buen ánimo.

382

A Eugnomonio (358)

Sabía que eras amigo mío y que no estás menos dispuesto a ayudar a los amigos que Teseo. Pero, como te envié una carta y no he obtenido respuesta, examino cuál será tu reacción cuando se reclame que actúes si ni siquiera te has atrevido a enviarme una carta a pesar de que tu cargo recibe su
2 denominación de la correspondencia[568]. Si, en efecto, tu for-

[568] Eugnomonio era *magister epistularum* y, por tanto, estaba encargado de la correspondencia imperial y de la redacción de decretos.

tuna te ha hecho menospreciar a tus amigos, que tu riqueza
se vaya al diablo. Pero si sigues siendo el mismo con los
demás y sólo has cambiado con respecto a mí, piensa que tal
vez nos encontremos algún día y, cuando busques una justi-
ficación, tendrás que callar o bien sonrojarte. Así es que ¡oh 3
afortunado! libérate de este reproche con una carta como las
que me escribías antes, no sólo para que podamos felicitarte,
sino también elogiarte. Y, sobre todo, al noble Olimpio, que
está ante ti, benefíciale tú personalmente y exhorta a los
demás para que hagan lo mismo. Este hombre es conciuda- 4
dano mío y fue mi compañero de clase cuando era niño, pe-
ro a causa de su deseo de llegar a ser *agente* se apartó de la
retórica casi por completo. Sin embargo, deberás juzgarle
digno de estima como si hubiese conservado el conocimien-
to de esta arte y harás que tenga éxito. Si no tuvieses poder, 5
rogaría para que lo obtuvieses, pero no creo ofenderte en el
caso que nos ocupa por querer aprovechar la influencia que
tienes. La recompensa que recibirás de mí y de este hombre
será el recuerdo de este favor.

383

A Modesto (358/9)

Con razón hacía las dos cosas a la vez: te escribía y me
abstenía de hacerlo. Pues lo primero se debía a mi afán por
recibir cartas tuyas y lo segundo porque, al no recibirlas, no
me atrevía a intentarlo de nuevo. Ahora, puesto que por fin
se ha cumplido lo de recibir, podrás ver claramente en ac-
ción a un arquero disparando una nube de cartas. Como 2
quieres saber en qué circunstancias me encuentro, me da la
impresión de que deseas sufrir. Pues desde aquellos tiempos

hasta el día de hoy mi cabeza no ha podido encontrar la paz.
3 A este mal se sumaba otro mayor, a saber, el no poder ir a visitarte, pues si pudiera hacerlo sería más beneficioso que cualquier medicina. Porque sabe bien que, aun estando más sano que Crotón[569], al estar alejado de ti me considero un
4 enfermo. A Dafne, la amada de Apolo —no me estoy refiriendo aquí a la ninfa, sino al lugar en el que se metamorfoseó la doncella[570]—, aunque antes la consideraba hermosa, mucho más bella la considero si a ti te lo parece también. Ciertamente no puedo visitar el lugar esclavizado como estoy por mi arte. Pues a ti te ata el oficio de gobernar y a mí el de enseñar.

384

A Modesto (358/9)

Dignos de alabanza son tus esfuerzos, gracias a los cuales garantizas la seguridad de las ciudades y con los que has expulsado esta enfermedad. Porque tengo la confianza de que ésta ha quedado desterrada gracias a tu firmeza, la sabiduría de Marcelo[571] y la ayuda de los dioses. Es evidente que éstos, que te condujeron a nuestro lado con la misión de velar por las provincias, también tenían el poder de darte
2 fuerzas para esta misión. En cuanto a Marcelo, se le elogiaba cuando devolvía la salud a sus otros pacientes, pero ahora con razón debería coronársele por haber curado a un

[569] Véase n. 532.

[570] La zona ajardinada que había a las afueras de Antioquía. Véase *Disc.* XI 234 ss.

[571] Marcelo 2 es uno de los médicos de Antioquía. Al parecer, ha tratado con éxito una enfermedad del *comes* Modesto 2.

hombre que cuida de la salud de incontables ciudades. Pero 3
una vez que hayas prestado suficiente atención a los asuntos de allí, muéstrate también aquí. Te mostrarás a personas que te aman, pues gracias a la moderación de tu carácter has hecho que les resulte dulce estar bajo tu mando.

385

A Jámblico (358)

La Hélade es el espectáculo más dulce de todos. Y tú has tenido ese privilegio. Egipto no le va a la zaga. También has gozado de ello. Así es que sólo te queda que te devuelvas a tu patria[572] y que ella te sea restituida, porque si antes no la honrabas, después de tu trato con los helenos deberías
tener motivos para admirarla. Así pues, si has tomado la de- 2
cisión de dedicarte a la filosofía y crees que este conocimiento te lo podrían ofrecer los egipcios, que no te importen nada el dinero, la mejor tierra, los esclavos y la patria, y considérese tu patria la que satisfaga esta noble pasión. Pero si el piélago ese es más importante que nosotros, conservemos al menos la herencia que tu padre te entregó y consi-
guió con tanto esfuerzo. Te recuerdo los lugares en los que 3
pasábamos el tiempo, las conversaciones que manteníamos, el ardor que poníamos, los amigos y los parientes que ahora me piden cuentas por tu ausencia hostigándome, desgarrándome y preguntándome sin cesar: «¿Dónde está el que te hace caso en todo?» Y yo, sin poder decir que no me echas cuenta ni tampoco que no te he llamado, con la cabeza agachada me veo obligado a callar.

---

[572] Apamea, como sabemos por la *Carta* 1389.

386

A Honorato (358)

Nos encontramos por la tarde el noble Marciales y yo cuando íbamos a caballo. Él, reconociéndome antes tal vez por tener una vista más aguda o quizás por haber adquirido este don con la práctica, dando una voz se apeó y yo hice lo mismo. Tras explicarme de dónde venía y a dónde se diri-
2 gía, me dijo: «Escribe a quien te ama», refiriéndose a ti. Yo le pedía que corrigiese su expresión y que no tratara como actual una cosa que había acabado hacía tanto tiempo. Que has sobrepasado casi al propio Aristéneto en tu afecto por mí lo sé y a muchos se lo he hecho saber. Cuándo le pusiste fin a este afecto puedo decirlo, pero la razón no la puedo
3 explicar. Pues cuando recayó sobre ti el cargo de entonces, me refiero al más importante[573], y sobre mí el regreso, que no fue del todo afortunado (en los demás aspectos no me quejo, pero me arruinó mi estado físico), entonces, habiéndose levantado aquella tempestad, no pudiste llevar a cabo con nosotros cuantos proyectos tenías, así es que me quedé privado de innumerables bienes y además sufrí incontables calamidades. Pero queden estas desgracias como conse-
4 cuencia del momento[574]. A continuación, cuando te llamaron desde Cilicia para hacerte cargo de un poder más glorio-

[573] El de *comes Orientis*. Antes había sido gobernador de Siria. Su mandato (años 353-354) coincidió con el regreso definitivo de Libanio a su patria.

[574] Referencia a los turbulentos momentos por los que pasó la ciudad en los últimos momentos del reinado de Galo. Cf. *Disc.* I 95-96 y Amiano Marcelino, XIV 7, 2.

so[575], escribiste a Teófilo para informarle de que te ponías
en marcha y como posdata le decías que me saludara. ¡Mi
nombre no valía más que un apéndice en la carta dirigida a
otro! Este hecho en un primer instante me llenó de turbación 5
y me daba pie a sospechar que quizás la antigua amistad
había desaparecido. Y me parecía evidente que habías cam-
biado de sentimientos por el hecho de no haberme escrito y
que con la breve mención en la carta dirigida a otro desea-
bas disolver paulatinamente nuestra amistad, para que la
gente no se quedase anonadada ante semejante cambio. Cre-
ía entonces que hasta esta ofensa debía soportarla y que no
se había producido una ruptura definitiva. Cuando gober- 6
nabas sobre los galos occidentales y Quirino fue convocado
para compartir tu trabajo, le llegó carta a él, pero a mí no.
Según eso, ¿qué debería pensar el que antaño estaba por de-
lante de todos los demás y luego no cuenta para nada? A 7
Quirino le exhortaba yo a que te obedeciera, pese a haber
sido deshonrado así. Sin embargo, creo yo, el miedo que te-
nía por su hijo tuvo más peso que mi consejo. Y al enterar-
me de tus numerosas e importantes gestas —pues si eras
grande en puestos de poca relevancia, ¿cómo serías condu-
ciendo un carro de tal envergadura?—, me regocijaba apre-
ciando a quien había dejado de amarme. Saliste luego del 8
cargo para ser de nuevo simple particular a causa de tu em-
peño, por el que siempre eludiste las cargas del gobierno,
pero cuando arribaste a Bitinia ni siquiera el territorio te
movió a acordarte de nosotros. En dicho lugar recibiste de
nosotros unos breves cantos de alabanza que posiblemente
no eran malos. Pero hete aquí que un tiempo más tarde llega 9
un gálata, una persona discreta, pariente de Arsacio. Tenía un
juicio pendiente y le hacía falta la buena disposición del

[575] El de prefecto de las Galias.

juez. Y éste me trae una carta tuya y no tuya, pues era de tu puño y letra —creo yo—, pero no se acomodaba a tu forma de pensar. O mejor dicho, sí lo era, pero de esta nueva actitud tuya. Hasta tal punto no había impresa en ella nada de aquella confianza, sino que era amarga, ruda y ponía de manifiesto que escribiste a la fuerza y te sentías molesto por es-
10 ta obligación. No le eché en cara a este hombre la carta ni él tuvo que reprocharme mi falta de disposición. A partir de ese momento tomé la determinación de guardar silencio, pues ¿por qué tenía que escribir a quien no lo deseaba? Pero
11 Marciales me insistía y no me permitía negarme. Si quisieras decirme la causa real que te hizo cambiar, no necesitarías largas explicaciones. Pero, si sigues ocultándola, siempre tendrás que hablar y siempre necesitarás explicaciones.
12 Mas así no conseguirás librarte de mi acusación. ¿Quieres enterarte de lo que se les ocurre a los amigos en sus conjeturas? Creen que esta situación es obra de un Eurimo[576]. El famoso Eurimo calumnió a Cástor ante su hermano, pero Cástor no se calló, sino que habló y Pólux dio una lección de pugilato a costa de Eurimo.

387

A Talasio (358)

Eres honesto cuando pides cartas y dices que estás enfermo por no recibirlas, y aseguras que sin duda te pondrías sano si las recibieras. Pero por más que quisiera complacerte no puedo calificar de honrado eso de que, después de haber recibido tres cartas mías, me acuses como si hubiese guardado completo silencio. Porque es evidente que el ansia de

[576] Cf. ZENOBIO, *A* III 105.

querer recibir te empuja a mentir una vez más. No obstante, acusándome de que era escaso lo entregado podías al mismo tiempo haber dicho la verdad y exigir más cantidad. En 2
cuanto a nosotros, reconocemos que recibimos de ti cartas continuamente y más numerosas de lo que deseamos. A cambio te doy las gracias por ellas y te aconsejo que te acuerdes de tu buena esposa y que te repitas en tu interior que aún no has sido padre.

388

A Estrategio (358/9)

Cuando aún no me había librado del todo del mal de mi cabeza, otro mayor se ha apoderado de mí, que me ha cubierto el alma de sombras y por cuya culpa muchos de mis amigos han tenido que permanecer largo tiempo a mi lado tratando de mantenerme cuerdo con toda clase de consuelos.
¿En qué estado crees que he quedado cuando me he entera- 2
do de que la ciudad más querida[577] ha caído junto con las personas más amadas? Dejé de comer, abandoné la composición, me resistía a dormir, yacía en silencio la mayor parte del tiempo, vertimos lágrimas por ellos al mismo tiempo que mis amigos por mí, hasta que alguien me exhortó a componer un treno por la ciudad y por aquel[578] que, ¡oh Zeus!, no merecía un final así. Le hice caso y, después de haber vertido en la escritura una parte de mi dolor, ya consi-
go racionalizar mi sufrimiento. Si no pensara que también 3
estás aturdido en tu interior por la pérdida de un amigo que

[577] Nueva referencia al terremoto que asoló Nicomedia en el año 358.

[578] Su querido amigo Aristéneto. Sobre los mencionados trenos, véase n. 43.

demostró con hechos este apelativo, te habría pedido que me llegase de tu parte algún consuelo. Pero como el golpe es común, sólo me resta gemir de dolor, que es lo que estoy haciendo.

389

A Modesto (358/9)

Muchos son los que me anuncian que vas a venir, pero todavía no vemos que se haya hecho realidad. Por tanto, conviértenos esta sombra de placer en alegría verdadera. Porque si los asuntos del Éufrates necesitaban tu atención, ya han quedado suficientemente atendidos. Si era preciso que la gente conociera cómo eres cuando el sol abrasa, se ha demostrado que no tienes que envidiar la firmeza de un
2 Heracles. Según eso, ¿por qué te demoras en visitar una ciudad grande y bella que te adora, con la que estás en deuda
3 por su afecto y a la que no tienes motivos para censurar? Así es que, noble amigo, prepara una justificación y ven a visitar a hombres que han sido víctimas de una afrenta. Pues aunque te nos muestres de inmediato, el tiempo transcurrido requiere el arte de un orador. Sin duda, no te hará falta alguna contratar a quien te defienda, pues tú mismo ya has salvado a muchos con tu voz.

LIBRO V

390

A Hierocles (355)

Si ser negligente significa hacer menos de lo que uno puede, estoy totalmente libre de acusación, pues he escrito una carta más breve de lo que requería la ocasión, pero no podía hacerla más larga a causa de mi enfermedad. No obs- 2
tante, entérate de que la turbación que te embargó al ver a este hombre que está ante ti se ha convertido en una gran calamidad para nosotros. Porque ver que tienen diferencias quienes en buena lógica deberían estar en plena armonía, y sufrir por lo sucedido, pero no poder hacer nada para poner fin a la situación ¿cómo no sería considerado una desgracia por mí, por tus hermanos[579] y por cuantos sienten simpatía por ti? Y lo que es más terrible aún: se nos ha ido Croma- 3
cio[580], ¡oh Zeus y dioses! Y nuevamente diré «Cromacio», que era la perla de Palestina por haber nacido allí, y llenaba de orgullo a Atenas, donde aprendió bien la ciencia del lu-

[579] Demetrio 2 y Juliano 14.

[580] Cromacio I era sobrino de Hierocles 3 y estaba casado con una hija de éste.

4 gar. Era ilustre por su linaje y un puerto para sus amigos. Era el único, que sepamos, que despertó gran admiración y ninguna envidia. Sorprendía por su facundia y hechizaba con su carácter, pues era al mismo tiempo diestro orador y
5 hombre cabal. ¿Qué es lo primero que debe venirme a las mientes? ¿Qué deploraré en primer lugar? ¿Cómo en Atenas compartíamos techo? ¿Que nuestra mesa era la misma? ¿Que nos regocijábamos con lo mismo? ¿Que nos interesaba lo mismo? ¿Cómo afilábamos mutuamente nuestro ingenio actuando cada uno como juez de las acciones del otro?
6 Cuando regresé a mi ciudad durante la primera estadía, ¿a quiénes no superó con su aplauso y con las restantes manifestaciones que es creencia común que son útiles a la dignidad de los sofistas? Y vaya si me animó para que regresara nuevamente y, cuando llegué, su apoyo valía por el de mu-
7 chos. Se comportaba así aun sabiendo que, al ser el mejor conmigo, molestaría a alguien. Pero, sin importarle nada, no le apartó de actuar valientemente en nuestra defensa la perspectiva de que de ello surgiese la censura de uno cualquiera, sino que lo que creía que era justo lo hacía con espíritu libre y rechazaba de su lado como personas poco saludables de espíritu a quienes esperaban de él un comportamiento injus-
8 to por complacerles. Cuando estaba prestándonos esta inestimable ayuda, se puso enfermo y, aunque le atormentaba tan terrible mal, lo soportaba en silencio. Luego se levantó de la cama, partió para Cilicia y se precipitó al Hades. ¡Si supieras lo dura que me resulta ahora la región a la que se
9 trasladó, aunque antes me parecía la más agradable! Tan pronto como me enteré de la noticia me quedé sin voz durante un larguísimo período de tiempo. Como no podía romper a hablar, la primera palabra que pronuncié fue que posiblemente se nos había marchado el más noble bien que había sobre la tierra, un hombre más prudente que Peleo, no

menos piadoso que Sófocles, diestro en hablar, mejor juez, un amigo de confianza, en nada inferior a aquellos siracusanos que tuvieron ocasión de demostrar su amistad durante la tiranía de Dionisio[581]. Y todo esto te lo cuento, Hierocles, 10
con los ojos bañados en lágrimas. Pero luego las propias lágrimas me han hecho reflexionar de algún modo sobre la idea de que tal vez no sea preciso llorar. Pues que haya vivido tan gloriosamente nos trae consuelo para su muerte, ya que lo que le ha pasado es algo común a todos, pero lo que no todos comparten son los motivos por los que Cromacio merece que sepáis soportar esta desgracia. E incluso, más 11
que quedar abatido por lo sucedido, debes alegrarte por haber tenido semejante sobrino y yerno. Considera cómo todo sucede conforme a la voluntad de los dioses, y que ellos no le harían nada malo a quien era tan virtuoso. Pues son justos y no castigarían a quien habría que honrar. Murió, 12
sin duda, no para padecer algo terrible, sino para pasar a una mejor vida. Creo que se lo llevaron de aquí al cielo por haber pensado que este hombre era demasiado bueno para estar aquí y porque más le cuadraba formar parte del coro divino. Así es como debes razonar y convencer también a tu hija. Debéis creer que su formación cultural merecía que sepáis soportar esta desgracia. Sobre la muerte de este compa- 13
ñero me es posible añadir más razones, pero no es preciso, porque hablaría a quien ya lo conoce todo. Nos ocupamos de apaciguar la agitación que reina aquí, pero tú juegas un papel nada desdeñable. Los sucesos de esta naturaleza precisan serenidad, y tú tienes fama de ser prudente como nadie. Así es que, igual que si fueses capitán de barco espera- 14
ría de ti que en la tempestad demostrases tu técnica, de igual

---

[581] Damón y Fincias, filósofos pitagóricos bajo la tiranía de Dionisio. Véase Valerio Máximo, IV, ext. 7, 1.

modo, dado que me superas en inteligencia, devuelve el buen sentido a un hombre que es presa de la ira.

391

A Anatolio (355)

Desearía que se pensara de quienes son mis amigos que, digan lo que digan, son veraces. A ti te inscribo entre los primeros de mis íntimos y hago lo que puedo para que distes
2 mucho de mentir. Preocupado por esto, buen amigo, guardaba silencio hasta el momento presente, toda vez que era preciso que sucediera una de estas dos cosas: que quedases como un embustero si te escribía o que, si no lo hacía, quedases limpio de toda acusación. De manera que te he honrado con el silencio. Sin embargo, lejos de elogiarme por ello, me haces reproches como si fueras el perjudicado. Te parece que hablo enigmáticamente. Escucha, por tanto, más clara-
3 mente lo que quiero decir. Cuando escribiste aquella primera epístola nos heriste con tus burlas, que no eran pocas, y como colofón añadiste que nos habías barrido con tus cartas,
4 a lo que se añadía un juramento. Así es que busqué la manera de que se pensara que habías hecho esa afirmación correctamente y de que quedaras como claro vencedor. Y una victoria clara significa que ni siquiera la propia persona derrotada tenga la desfachatez de decir que quizás no haya sido vencida, pues el que no escribe reconoce haber sido derrotado por el propio hecho de no tener nada que escribir.
5 Por tanto, tienes en tu poder esta corona además de aquella que se te ha concedido por tu sentido de la justicia. Dos victorias ha obtenido sobre nosotros el noble Anatolio, una en tanto que es el más excelente de los jueces, la otra en cali-

dad del más hábil sofista; lo primero lo celebran todos y lo segundo lo afirmo yo, lo cual, como tú dirías, no es cosa baladí. Me parece como si estuviera viéndote reír y oyendo 6
cómo levantas la voz y dejas escapar una frase de las que sueles decir, pues no serías capaz de intervenir sin soltar esa clase de coletillas. Bueno, dejemos en este punto las chan- 7
zas, pues de todas formas, aun escribiéndote, no puedo evitar bromear como si estuviese contigo. Ahora te explicaré la verdadera causa por la que te escribo tarde. Sabía que desea- 8
rías oír sobre nosotros alguna noticia importante acorde con la ciudad y las esperanzas que me impulsaron a venir. Por tanto, mientras no se producía esa circunstancia, creí que debía esperar. Pero ahora, dado que ya ha sucedido algo digno de mención, procedo a escribirte. De entrada, compare- 9
cimos ante hombres que no esperaban conservar la vida[582]. Y no vayas a decirme: «¿y por qué regresaste entonces?», pues no estaba exenta de riesgo la vuelta. A continuación, 10
cuando el causante del pánico se marchó, tras haber escapado yo de la muerte que has escuchado y después de pronunciar numerosos discursos durante el verano, abrí una escuela y la envidia sopló como un viento huracanado. Consciente de que sólo podía enterrarla con mis discursos y no de otro modo, dejaba de prestar atención a mi cuerpo, privándole de los placeres con que éste se solaza, y me preocupé sólo de no perder ocasión alguna para declamar. A nuestros ciuda- 11
danos más excelentes mis frecuentes apariciones no les parecían muchas. Al contrario, tenía la sensación de que me estaba haciendo el pesado, pero ellos parecían estar siempre en ayunas. En cuanto a los estudiantes, unos, que aún no habían dado clase antes con sofistas, y otros, tras dejar a los

[582] El césar Galo se propuso acabar con la vida de los decuriones de Antioquía. Cf. *Carta* 386.

que tenían, se pusieron bajo nuestro cuidado; unos proce-
12 dían de aquí y no pocos acudieron de fuera. Sin embargo, mi felicidad aún no es completa, pues me faltas tú. Si estuvieras aquí, las cosas irían mejor aún. Tu propia presencia la prefiero a todo el éxito profesional que estoy cosechando.
13 Me servía de consuelo que hubieses sido llamado para un puesto que se considera la culminación de una carrera política. Los sirios nos ufanamos de haber suministrado a los romanos a un hombre diestro en organizar hábilmente
14 los asuntos de las ciudades. Sucedió que oí el rumor de que evitas esa tarea, pero no me lo creo en absoluto, no porque piense que eres un «trepa» (¿cómo va a perseguir los cargos aquel para quien éstos son ruinosos?), sino porque dicen que en Roma hay discusiones y que el vulgo está indignado con el Senado, y que temes esta situación, ya que te das cuenta
15 de que tendrás que importunar al pueblo o a sus notables. No me creo que este temor pueda invadir a un espíritu como el tuyo. Pues también veo cómo los aurigas más excelentes suben resueltamente a un carro tirado por los caballos más díscolos convencidos de que poseen una técnica superior a la falta de nobleza de los animales. Ya en alguna ocasión también un capitán de barco emprendió la navegación con el mar revuelto confiando en que, gracias a su dominio de la
16 técnica, sobreviviría al oleaje. Por tanto, ojalá te envíe con buen auspicio el Emperador y propicia te acoja Atenea, y que a continuación te hagamos una deslumbrante recepción por tus brillantes gestas. En cuanto a mí, me reclama nuevamente la ciudad[583] que no supo aprovecharme cuando estaba presente y ahora me buscan cuando ya no me tienen.
17 Pero ayúdame en lo que te sea posible. Haz que cese su irritación y diles que estoy enfermo. No mentirás si alegas

[583] Constantinopla.

esta excusa, pues hemos tomado medicamentos que sólo se beben en casos muy graves y me han hecho una sangría sin estar acostumbrado a ello, lo cual ha evitado una muerte que ya se acercaba.

392

A Filipo (355)

Me alegré de que nos escribieras y de que pusieras las cosas en orden por intercesión nuestra, pues tu actitud nos revelaba a un hombre que confiaba en que era apreciado y que había tomado la determinación de amar. Yo, por mi par- 2
te, le leí la carta a él[584], y vi que disfrutaba y que se había animado a escribirte. Lo que impidió que se cumpliera su propósito fue un altercado que se produjo y le obligó a prestarle la debida atención. Pero no te quepa duda de que te llegará cuando todo pase.

393

A Higiino (355)

Ahora resulta que la historia que inventé sobre mi cabeza[585] va a hacerse realidad como enseñanza, creo yo, de la divinidad para que no se bromee con estas cosas. Pues así como llegué, al décimo día me dio un ataque de vértigo y

---

[584] Estrategio Musoniano. El altercado del que tuvo que ocuparse Estrategio como prefecto de Oriente era posiblemente el originado en Antioquía durante el mandato del césar Galo.

[585] Como es sabido, Libanio adujo motivos de salud para lograr el traslado definitivo de Constantinopla a su ciudad natal.

2 Damalio me recomendó tomar una medicina. Como no pude soportar el agravamiento del mal durante el verano, al llegar el otoño decido tomar la medicina que me suministró Marcelo, la que vosotros, si no me equivoco, llamáis «sacra». Así es que la bebí, aunque me espantaba cuando otros la probaban. Con tan importante ayuda en mi interior pasé el invierno con un miedo asombroso, aunque Olimpio me aplaudía por haberlo tomado y me exhortaba a tomarlo otra
3 vez en primavera. Nada más se puso a brillar la estación, me atacó a los riñones un fuerte dolor que me obligaba a buscar una cuerda[586]. Luego, tras un mes de tregua, se abatió sobre mí con más intensidad y se hizo necesario recurrir a un procedimiento que me empeñaba en aplazar lo más posible. Pues mientras los demás eran partidarios de adormecer los dolores con aceite, Panolbio decide hacerme una sangría. De inmediato me puse mejor, pero no puedo tener confianza en
4 que siempre será así. Por tanto, dile a quien se encuentra en este punto de males cómo podría salir de ellos, y haz venir profesores de retórica de otro sitio. Así como deseo que estés al lado del Emperador, permíteme también que, ya que es forzoso que sufra, pase mi enfermedad junto a mis íntimos.

394

A Arabio (355)

Ante el virtuoso Apelión vas a defender un caso referente a unas afrentas de las que dices ser víctima, pues ése es el

[586] Para ahorcarse, claro está.

juez que te designó el noble Estrategio. Este hombre es mi conciudadano y nos da motivos para enorgullecernos de él. Hasta tal punto desea ser noble y honesto. Tras enterarse por 2 obra nuestra de cuál era la relación que tenías con nosotros, me exhortó a que te escribiera y obedecí encantado pensando que el carácter de Apelión constituiría un refugio para ti y los tuyos. Con respecto al juicio, es preciso que te menta- 3 lices de lo siguiente: si eres culpable, no existe nadie a quien venere tanto el juez cuya intercesión evite que te lleves tu merecido; pero si la razón está de tu parte, nadie que te sea hostil tendrá poder suficiente para evitar que recibas satisfacción.

395

A Antio (355)

Cuando escribo a Hierocles —y lo hago con frecuencia— no hay ocasión en que no apostille eso de «ocúpate de privilegiar a nuestro compañero Antio.» Y es posible que ya te haya ayudado en algo. Pero si todavía no se ha presentado la ocasión, al menos te he proporcionado un aliado que, por complacerme, atravesaría hasta el fuego. Por tanto, si nece- 2 sitas obtener algún beneficio, él se aplicará a ello celosamente. Si lo que necesitas es que se resuelva alguna situación penosa, no se echará atrás. Si debe convencer a otro gobernador para que haga respetar tus derechos, tampoco rehuirá esta tarea. Lo que más le complace en el mundo es 3 que te lleguen cartas mías por mediación suya. Por tanto, cobra ánimos, ve a visitarle, cuídate de tus propios intereses y piensa que has aprovechado una ocasión de oro.

396

A Aristéneto (355)

Nuestra ciudad está más prendada de tu alma que tú de la mía. En realidad, tal vez no tengas razones para estarlo de la mía, pero sí la tienen cuantos lo están de la tuya. De modo que, si no tuvieran la esperanza de que pronto llegarás
2 a su lado, hace tiempo que los tendrías ahí contigo. El cargo del noble Apelión te ofrece la oportunidad de contemplar sus cualidades en vez de nuestra ciudad, y a él disfrutar de
3 su predilecto antes que sus restantes enamorados. Admirarás su dulzura, su sinceridad, su saber amar, su no saber sacar ganancias deshonestas. Lo que ya Egipto puede testimoniar también lo diréis vosotros cuando lo tratéis.

397

A Alcimo (355)

Hemos criado un gobernador para vosotros y estamos muy orgullosos, no porque os administre un conciudadano nuestro, sino porque ya sabe lo que es el oficio de gobernar. Entérate de que quien ocupa esa dignidad debe cesar en su cargo no más rico que antes, sino más ilustre, y actuar de manera que los súbditos supliquen a los dioses que su man-
2 dato les dure. En efecto, los egipcios han hecho este ruego muchas veces, pero la fortuna os ha trasladado a vosotros esta ventaja. Y él, que me tiene un gran cariño, me preguntaba a quién de entre vosotros apreciaba más para convertirse en su amigo. Y yo, al escuchar eso de «más que a nadie»,

al punto me vi arrastrado a ti, y así fue como pronuncié «Alcimo». Entonces añadió: «Escríbele, que yo le llevaré la 3 carta, pues no le harás un favor mayor al destinatario que al portador». Así es que te la envié con el deseo de que gracias a mi carta traben amistad Alcimo, un sabio educador, y Apelión, un justo gobernante.

398

A Acacio (355)

Eres benévolo con mis cartas, pues te expresas en tus epístolas como si yo poseyera las cualidades que deseas que tenga. Si alguien me elogia por mi capacidad para trabajar, puede que no esté mintiendo, pero sepa que miente quienquiera que me crea hábil compositor de discursos. De tu car- 2
ta y de su extensión nos quedamos prendados, además de que su belleza no era inferior a su longitud. Y tu arte se manifiesta incluso en las almas de tus estudiantes[587], pues no nos han llegado muchos tan bien preparados como los tuyos.

399

A Andrónico (355)

¿Con qué clase de beocios[588] te has relacionado para haber perdido tu dominio del arte oratoria? Pues no es propio de Andrónico eso de elogiar indiscriminadamente las

---

[587] Acacio 5 era gramático y su función era preparar a los jóvenes para los estudios superiores.

[588] Beocia era célebre por su carácter tosco, por oposición a su ilustrada rival, Atenas. Cf. SALZMANN, 36, y TEMISTIO, *Disc.* XXVII 334b.

cartas extensas y rechazar las que no lo son, sino que sabías bien que cada uno de estos dos tipos tiene su lugar y que, si son apropiadas a las circunstancias, una y otra clase son
2 convenientes. Sin embargo, habiéndola tomado con la brevedad de las epístolas, al momento has convertido esa misma brevedad en motivo para una acusación distinta. En ambos casos eres un calumniador, pues al acusar a mi carta por su medida, lleno de cólera te has inventado una nueva acusación: no sé qué diantre de pergamino, me parece entender,
3 que no se te ha restituido. Te nos has vuelto un mentiroso tan admirable porque vives en una ciudad[589] en la que abundan las fabulaciones. Nuestra ciudad es más pequeña que la vuestra, pero tal vez no acoja mezquindad en su interior. Ni tampoco, divino amigo, actuamos en los restantes asuntos tan rastreramente como para tener tiempo de pensar si fula-
4 no ha cogido esto o aquello, y lo que tiene en su poder. No te mofes de los sofistas que tenéis ahí y que tienen lo que deben poseer unos sofistas: grandes mansiones, una muchedumbre de jóvenes, un vientre de gran capacidad y disposición a actuar como un esclavo. Pues entre vosotros es importante con vistas a prosperar el quedarse arrugado de espanto, y quien es más servil que otro también es más retó-
5 rico. Creyendo que estás actuando amistosamente conmigo, sabe que estás obrando como si fueras mi enemigo. Pues haces lo posible para que regrese con vosotros. Y si te esforzases por este empeño ignorando entre quiénes me encuentro, tal vez tu ignorancia no sería propia de quien me aprecia. Pero si, sabiendo la paz a la que he logrado llegar tras salir de tamaña tempestad, me quieres arrastrar de nuevo al oleaje sacándome de la tranquilidad, en absoluto te
6 comportas conmigo cual Teseo con Pirítoo. De modo que te

[589] Nueva alusión despectiva a Constantinopla.

damos la impresión de hacerte reproches a ti, el amigo, y que elogiamos al gobernador[590], que no es nuestro amigo. Si su disposición hacia nosotros es la de quien nos odia, su forma de actuar al menos nos es de gran utilidad. Pues al impedirme que me trasladara a esa ciudad me hizo ante todo el favor de no tener que ver a Cleómenes. Si todavía te rela- 7
cionas con él, no me engañes. Pero si ya no estás con él, ¿por qué razonable motivo tendrías que sufrir, tú que sentías aprecio por uno a quien tenías que haber evitado? Y todo a pesar de que debías afligir a otro que es noble y bueno, pru-
dente y más poderoso. Queridísimo Andrónico, pon fin a tu 8
trato con el perro[591], si es que no lo has hecho ya. Pon término también a tu intento de moverme de aquí. Toma una buena decisión sobre tu relación con tu tío liberándome de un deber de tal índole. Pues veo que las aguas van volviendo a su cauce.

400

A Mantiteo (355)

Por la carta que nos habías enviado hace tiempo suponíamos que vendrías en persona, pero el que nos escribieras
desde Europa nos pareció raro. Al recibir tu carta decidí no 2
esperar ni un minuto más, así es que me fui corriendo a ver

---

[590] Nebridio 1, tío de Andrónico 3, que por entonces era *comes Orientis*. Aunque no era precisamente amigo de Libanio, compartía con él su aversión por la perjudicial amistad que sostenía Andrónico con el cínico Cleómenes. Según Bouchery *(Themistius in Libanius' Brieven,* Amberes, 1936, págs. 63 ss.), el tío de Andrónico sería Estrategio Musoniano, no Nebridio.

[591] Como se dijo, Cleómenes era cínico *(kynikós),* adjetivo formado sobre la raíz de «perro» *(kýōn-kynós).*

al hombre[592] que tú querías que visitara y, utilizando todos los encomios sobre ti que tenía a mi disposición, le exhorta-
3 ba a que te llamase a su lado. Y él me dijo: «Si desconoces su trayectoria[593], es que estás dormido; pero si, conociéndola, pretendes forjar elogios de esa clase para quien tiene tal forma de ser, entonces sólo buscas la manera de honrarle a él, pero yo no te importo demasiado.» Mientras trataba de defenderme de esta acusación, me repetía que un hombre fidedigno que venía de Jonia le había informado de todo y
4 que yo no debía disgustarle. Por tanto, sé que no hemos obrado injustamente, sino que nos consideramos desdichados si es que te ha sucedido algo desagradable. Pues conozco tu carácter y yo soy el primero que he quedado aterrado por la facilidad con la que se ha dejado engañar la gente.
5 Así es que lo que tenía que habérsenos cumplido, no se ha llevado a cabo por esa razón. Por tu parte, si ves alguna otra vía por la que pueda hacer algo, escríbeme y no dirás que
6 me quedo inactivo. El asunto del esclavo perverso y de los buenos hermanos estaba como sigue. Siendo Honorato el *comes,* un *agente* se dirigió hacia ellos y se los llevó arrestados. Cuando todavía iban de camino, Honorato cesó en su cargo y aquél dejó libres a los que llevaba (es evidente que
7 tras haber recibido algo a cambio de la liberación). Al enterarse de ello Nebridio, aplica un doble castigo al *agente,* pues, tras haberle flagelado, le expulsa del cuerpo y confía a otros la búsqueda de los prófugos. Así es como, de todos nuestros problemas, unos nos asaltan y otros no quieren re-

[592] Posiblemente Estrategio Musoniano, el prefecto.

[593] Es probable que Mantiteo tuviera problemas jurídicos a raíz de su gestión como gobernador de una provincia. La referencia a Jonia hace suponer que la provincia fuera la de Asia, como suponen SEECK (pág. 200) y los autores de la *PLRE* (pág. 542).

solverse. No obstante, debemos confiar en que un día nos llegará la ocasión de disfrutar de la buena tinaja[594].

401

A Gimnasio (355)

Tienes licencia para venir con nosotros. Y en lo que a mí respecta no voy a jactarme de que puedo decírtelo, sino que cuando Estrategio, que hace que cualquier ensalzador suyo resulte veraz, se enteró de que Gimnasio deseaba vivamente estar en Siria, de inmediato pronunció un extenso encomio tuyo obra de sofista —tan prolijo y hermoso fue— y a nosotros no nos dio oportunidad de aplicarnos a la tarea, ya que él se ocupó de todo de inmediato. Sin embargo, nos da la 2
impresión de que estás deseando ver a nuestros compatriotas, pero que los de allí te retienen.

402

A Temistio (355)

Entre nuestros conciudadanos siempre decimos algún elogio sobre ti, describiendo unas veces cuán noble es tu temperamento y cuán admirables tus discursos, otras, cómo eres a la hora de compensar a los amigos y para responder a los enemigos, o cómo son tus amigos quienes también lo son de los dioses y tus enemigos los que les son hostiles a ellos. En ningún momento se dejaba de creer que esto es 2

[594] Cf. *Il.* XXIV 527, Platón, *República* II 379d, y Temistio, *Disc.* VI 79c.

cierto, pero Filométor vino y añadió una serie de razones de tal calibre que hacía parecer insignificante lo que yo decía. Así es que me alborozaba por mi derrota, ya que el vencedor
3 se imponía en mi propio provecho. Al principio opinábamos que debíamos hacer todo lo posible para que vinieras. Más tarde renunciamos voluntariamente a nuestro ardor y al final defendimos con vehemencia la idea contraria pensando que las circunstancias hacen deseable que te quedes en tu tierra.
4 No convendría poner por escrito la razón de este cambio, pero si alguno de los amigos se pasara por ahí la oirás de su boca.

403

A Caliopio (355)

Teodoro, que morirá de mala muerte, fue el causante de tus problemas y de la ira nuestra, pues éramos la parte perjudicada. Sin embargo, no te echamos en cara que se diera más preponderancia a los presentes que a los ausentes, y que a unos se les respetara y de los segundos se pensara que estaban muertos. Pues no me pasa desapercibido que te has
2 hecho famoso a causa de tus desvelos por tus amigos. Pero el hecho de sufrir un agravio, divino amigo, provoca amargura y la lengua de quienes se sienten ofendidos no es segura. De modo que, si se me ha escapado alguna palabra demasiado desagradable, debe atribuirse a las circunstancias,
3 no a nuestra voluntad. Con respecto a Teodoro[595], que nos dé ya una respuesta, ya quiera actuar justamente en compañía de los suyos, ya desee de buen grado disfrutar de los ba-

[595] Este Teodoro nos es desconocido, así como el asunto al que se refiere la carta.

ños de nuestra ciudad. Nosotros por lo menos no le vamos a negar que se ponga en camino.

404

A Retorio (355)

Las cosas van bien, como tú desearías y como no quisieran algunos de los que están aquí. Pero mayor sería tu placer si lo vieras personalmente y no te enterases desde lejos. Así 2
pues, ¿por qué una vez informado no te animas a disfrutar de esta mayor alegría? Si has venido aquí muchas veces cuando no estábamos, ¿por qué no vienes ahora cuando sí estamos? Sin duda crees que quedándote sentado me vas a recuperar, predices tanto el momento como el lugar y te sonríes como si ya me tuvieras en tu poder. Pero entérate de 3
que también nosotros tenemos la facultad de proponer y reclamar un decreto imperial, y que el Emperador está dispuesto a hacernos un favor y no es dado a emplear medidas de fuerza[596].

405

A Aristéneto (355)

Cuando nos enteramos de que tu esposa estaba enferma, compartíamos tu dolor al pensar cómo te sentirías por su

[596] Como hemos visto, nuestro sofista obtuvo finalmente, para desgracia de Retorio, el permiso imperial para quedarse en Antioquía (cf. *Disc* I 94-95). Fue decisiva la intervención de Daciano 1, quien hizo valer las alegaciones médicas de Libanio ante el emperador Constancio. Cf. *infra, Cartas* 409, 439, 441 y 490.

convalecencia. Pero cuando nos enteramos de su muerte, gemí de dolor no pudiendo soportar la idea de que sufría Aristéneto, a quien por su naturaleza más le cuadran las
2 fiestas. Me puse a buscar palabras de consuelo, pero me contuvo el temor a que, pareciendo que te conozco perfectamente, con ello se descubriera que no sé nada de ti. Pues los versos con los que pensaba consolarte —se trata de los de Píndaro y Simónides, así como los que solemos entresacar de la tragedia para aplicarlos como remedio a la tristeza— me parece que los conoces desde hace mucho tiempo y
3 que tú mismo se los has dicho a otros. Por tanto, calculaba que si dichos versos tienen poder para hacer olvidar el desánimo, sabrás curarte tú solo, pero si no pueden, tampoco serviría de nada que otro te los recordara. Por eso me abstengo de decírtelos y paso a darte cuenta de los aconteci-
4 mientos que han tenido lugar este invierno. Comenzamos la clase con un prólogo y la refutación de un pasaje de Demóstenes. El prólogo tenía como tema mi petición a Fortuna de que mi residencia en la ciudad fuera estable, y la refutación adoptó las más diversas variaciones. Cuando me puse en pie para hablar, se me acercaron diecisiete estudiantes. «Según
5 creo, estaba enfermo Platón», me refiero al noble Zenobio[597]. A continuación, me concentré en las clases y

afluían las tribus[598],

tanto ciudadanos como extranjeros, ansiosos por comprobar cómo era yo en la enseñanza. Pues se aceptaba universal-

[597] Zenobio, sofista oficial de Antioquía y maestro de Libanio. Éste invitó a nuestro sofista a sucederle en el puesto, pero cuando se produjo el traslado, cambió de opinión y Libanio tuvo que ganarse la vida como profesor privado. Sin embargo, con posterioridad se reconciliaron (cf. *Disc.* I 100). La cita corresponde al *Fedón* platónico (59b).

[598] Cf. *Il.* XI 724.

mente que no era yo torpe compositor de discursos, pero lo que se sometía a prueba era la otra faceta. Y a unos les di la 6
impresión de no ser inferior en ésta, y a otros hasta mejor, de manera que en no muchos días el grupo estaba compuesto por cincuenta alumnos. No tenía tiempo para almorzar, sino que tenía que trabajar hasta la tarde, de manera que, entre otras cosas, causaba admiración por mi dominio sobre mi estómago. Se presentó Estrategio y recibimos al hombre con 7
un discurso breve —pues ésa es, creo yo, la costumbre de quien pronuncia un discurso de bienvenida—, pero que fue recitado al gusto suyo y del resto. Por lo que toca a mi rival[599] (pues le doy la denominación que él mismo se aplica), amenazó con tomar la palabra. Y su recitación consistió en eso: su promesa. Como viera yo que los pedagogos obtenían 8
su influencia vendiendo a los jóvenes y que el orden en las clases estaba arruinado, recomiendo a mis paisanos que no desdeñaran este problema, sino que se indignaran y le pusieran coto. Y surgió una indignación no desdeñable contra los culpables. Mi rival amenazaba con defenderlos, pero su discurso consistió en eso: su promesa. Muere Zenobio y, nada 9
más volver del funeral, me puse a escribir una monodia en su honor. Un poco más tarde compongo un encomio de mi maestro con mayor extensión y todos opinaron que había recibido un tributo nada vulgar. Mi rival prometió tomar la palabra si se le moría su padre. Pero éste sigue vivo. Mientras esto sucedía, los que habían tomado la firme resolución de obrar sin pudor (eran tres los que actuaban así al precio de una mesa espléndidamente servida) remitieron en su ardor. Ya estaba necesitando yo un descanso, pero nada era 10

[599] Acacio 6. La descripción detallada de los difíciles comienzos de Libanio como sofista de Antioquía puede leerse en *Disc.* I 98-116.

bastante para mi tío[600]. También Quirino era de los que no se rendían, pues tiene a su hijo con nosotros e imita tus sen-
11 timientos hacia mí y los míos hacia ti. Por tanto, participo en un certamen sobre una de esas tesis ficticias de escuela y los asistentes bailaban de excitación porque se habían formado con estos ejercicios, y cuando iba por la mitad del discurso me pidieron que escribiera también, con un arte similar, la réplica. Así es que, tras escribirla, me presenté lo más rápido posible para pronunciarla. Este discurso era hermano del anterior e hizo temblar la posición de mis enemigos.
12 Asustado, no fuera a quedarse en paños menores, entró en el auditorio con la intención de frenar las defecciones, pero provocó hasta las que no se habrían producido de haber tenido la boca cerrada. Pues en el proemio ya pedía que se le diera licencia para pronunciar el final, pero como Quirino no le permitía saltarse nada, él mismo se dio permiso para hacerlo. Y desde aquel día está solo en la escuela, y los juramentos, los compromisos y vínculos de todo tipo, así como cuantos medios confiaba en que mantendrían a su lado a los jóvenes, todo ha quedado pisoteado y cambiado su cur-
13 so. Después de estos acontecimientos, me llega una carta del Emperador en la que me ordena que regrese, a la que se respondió alegando mi dolor de cabeza y la enfermedad de mis riñones, en el sentido de que no podría acudir. Habiendo arreglado así este problema, doy lectura a mi discurso *Sobre la buena condición natural,* una especie de diatriba que a ti te encanta. Incluso fue necesaria una segunda jornada, en la
14 que nos acompañó Clemacio. A mí no me corresponde describir el tumulto que siguió al discurso, pero lo que sí te puedo decir y se proclamaba a voces es que Aristéneto es mi maestro en este género, especialmente en todas las composiciones que merecen recibir aplauso.

---

[600] Fasganio.

406

A Temístocles (355)

Otra vez está con vosotros el sabio Olimpio[601]. Nuevamente tenéis aquellas reuniones, diálogos y banquetes dignos de pasar a la historia: un sofista haciendo la defensa de la retórica, un gramático hablando de los poetas, tú y Temistio de filosofía, pero Olimpio sobre cualquier materia se explaya prolijo y sin tacha, seduciendo con su bella expresión a los comensales del banquete y haciendo que la conversación sea más deleitosa que la comida. En cuanto a mí, su- 2
pongo que me habréis mencionado, y tal vez hasta en los mejores términos. Pues elogiaréis a uno que está ausente y no molestaréis a los asistentes.

407

A Temistio (355)

Nos anunció Clemacio que, como de costumbre, unos fulanos se insolentaron contigo y que no escatimaron ofensa alguna. A mí no me consolaba más lo usual del caso que el
que no quieras poner término a una situación tan injusta. Así 2
es que me sentía agredido y no me alegraba por estar fuera del alcance de los dardos, sino que me dolía por no estar al lado de mis amigos. Sin embargo, creo que en las actuales circunstancias no me encuentro muy apartado de vosotros, pues va hacia allí el noble Olimpio, que está dotado para juzgar y dictar sentencia con entera libertad, así como pa-

---

601 Olimpio 4 viaja a la corte de Milán y se hace cargo de las *Cartas* 406-419.

ra derrotar al injusto y ponerse al lado de los agraviados. Él engrandeció nuestros intereses y os dará a conocer lo que ha hecho.

408

A Filipo (355)

Quien ha recibido un gran don de los dioses y a continuación cree que ha recibido poca cosa es injusto con sus benefactores. Y tú, que procedes de las Musas más que el poeta al que ellas entregaron el laurel[602], te consideras de los
2 que no han recibido un gran don. ¡Pero si te está contradiciendo cualquier hombre y todo pueblo! Y si alguien pronuncia la palabra «poeta» es tu nombre el que se escucha y nadie lo discute. Nosotros, en cambio, tenemos más antagonistas que

moscas por el pastoril establo en la estación primaveral[603].

3 Y tú finges no conocer a ese que afirmo que es un sofista, aunque hace tiempo tienes decretado que es el primero de los oradores.

409

A Daciano (355)

Puesto que comenzaste a ayudarme hace tiempo, gracias a lo cual recuperé mi ciudad natal, no habré de extenderme mucho. Debería hacerlo si tratase de convencerte, pero co-

---

602 Hesíodo. Véase *Teogonía* 25 ss.

603 Resumen de *Il.* II 469-471.

mo estoy exhortando a quien ya ha se ha decidido a mi fa-
vor, no necesito largos discursos. Échame una mano, exce- 2
lente amigo, respeta tu propia decisión, hazme el favor
completo y no mires con desdén cómo soy arrancado de mi
infortunado tío, de mis hermanos que tanto están pasando,
de mi madre, abatida por la vejez, ni que me vea arrastrado
a una tierra extranjera y que la patria les resulte amarga a
mis parientes. Además, mis desgracias hacen que tus pala- 3
bras en nuestra defensa resulten coherentes. Pues mi cabeza
se ha visto sorprendida por una enfermedad por cuya causa
bebo más medicina que vino. Los riñones han dado con no-
sotros en la cama y tenemos prohibidos los placeres que
hacen más dulce el vivir. Testigo de nuestros sufrimientos 4
es el que ha tenido que combatirlos, Olimpio, compañero
tuyo como lo es de Hipócrates y Platón. Le hemos pedido
que se abrace a tus rodillas, que las moje con sus lágrimas y
que no omita ninguna clase de súplica. Con estos argumen- 5
tos te ruego. A ningún otro le escribiría, pues me doy cuenta
de que, si estás dispuesto, bastarás aunque me ayudes tú so-
lo, pero que, si no quieres, también todo lo demás será en
vano.

410

A Caliopio (355)

La ciudad de uno es, en los demás aspectos, mejor que
una extranjera, pero tú no permites que la mía sea en todo
mejor que la ajena. Pues las cartas que en gran número nos
enviabas antes, te niegas a enviármelas cuando nos muda-
mos hacia aquí, aunque sería justo que las mandases ahora
aun cuando antes hubieras guardado silencio. Y lo que es 2
aún más abominable: otras personas las recibieron y nos las

mostraron. Así es que me veía en la obligación de explicar la causa por la que yo no las había recibido también. Pero, por más que le daba mil vueltas, no acertaba a descubrirla. Pues sabía que te sobran recursos retóricos y que no te he hecho nada malo, a no ser que te ofendiera porque, al ir a pronunciar un discurso, trajera a colación tu nombre para elogiarte. Y ciertamente, dicho gesto demostraba mi afecto
3 sin ambages. No doy crédito a esos que me anuncian que tal vez tengas motivos de queja contra nosotros; no porque seamos ajenos a la maldad, sino porque tú eres noble y, más que publicar la perversidad de los ciudadanos, harías lo po-
4 sible para ocultarla. Toma como indicio de nuestra disposición hacia ti la aflicción que tenemos por no recibir tus cartas. Pues es forzoso que el amor preceda a la tribulación. ¿Y quién no sentiría amor por una lengua capaz de acomodarse a las más gloriosas hazañas? Porque, entérate bien, nuestro Emperador salva a las ciudades con sus victorias, pero tú preservas su recuerdo con la palabra[604]. Y no estamos privados por completo de tus cartas, sino que tu epístola dirigida a la comunidad trae cierto consuelo al desprecio que sufro en lo particular.

411

A Joviano (355)

¿No te das cuenta de que estás combatiendo contigo mismo, que a la misma persona le estás haciendo al mismo tiempo un bien y un mal, y que le testimonias un odio nada insignificante a quien afirmas amar profundamente? Porque el que conozcas muchos de nuestros discursos, los retengas

[604] Caliopio 2 era *memorialis* en la corte imperial y como tal estaba encargado de redactar informes oficiales.

en la memoria, los pronuncies en voz alta, los traigas a colación en cualquier reunión y los recites cuando quieren oírlos y te molestes cuando no lo desean, ello tal vez demuestre que me quieres. Y he dicho «tal vez» porque los poemas que no son de buena calidad sólo aprovechan a los poetas si se les oculta en la sombra. Mas, con todo, considérese esta actitud tuya como una prueba de afecto. Pero cuando pretendes expulsarme de mi patria, que con mucho esfuerzo he logrado recuperar, recorres todas las posibilidades para que me perjudique, llenas de reproches a quienes me han permitido marcharme diciéndoles que les he engañado por completo, tratas de dejar sin efecto esta gracia, te cuidas sólo de lo que te agrada a ti y arruinas lo que me conviene a mí, este comportamiento no admite que se defina como propio de
quien me ama. Mucho me temo que todo esto desacredite tu 2
carácter, y eso que Clemacio me refería este celo tuyo en tono de elogio, pero no se daba cuenta de que te estaba acu-
sando. Como yo le señalara que él estaba aplaudiendo esta 3
ofensa tuya, él me contestó: «Llámalo como te plazca, pues a mí me agrada y así habrá de hacerse.» Entonces repuse: «Según eso, que también a mí me sea lícito considerar que no somos amigos y que no compartimos nada.» Al oír esta
amenaza, dijo que cejaría en su empeño. Por tanto, abando- 4
na también tú esta porfía y piensa como un heleno. Eso sería lo adecuado, ya que se te presenta Olimpio, que os lleva en el alma todas las bellezas de los helenos.

412

A Leonas (355)

Tanto el haber guardado silencio por mucho tiempo como el escribir ahora se pueden explicar. Lo primero se debía

al desánimo que me causaba no recibir correspondencia tuya, y el silencio lo rompió mi ferviente deseo de que, si no por otra vía, al menos me mantuviera en contacto contigo por esta relación epistolar. Además, me parecía insólito que, dirigiéndose a vosotros un hombre que sabe hablar bien, yo mismo no aprovechara la ocasión para decirte algo por me-
2 diación suya. Por consiguiente, lo primero que digo es que haces bien siendo buena persona; luego, que tienes un ensalzador de las buenas costumbres que cultivas en Olimpio, todo un hombre, diestro orador y sublime filósofo, no menos dispuesto a socorrer a las almas que a los cuerpos con
3 sus medicinas. Que un varón de esta especie ensalce a uno debe apreciarlo un hombre sensato más que las riquezas de Giges. Puesto que tampoco en mi caso tengo riquezas pero sí la aprobación de este hombre, pienso que soy más afortu-
4 nado que esos que nadan en oro. Por tanto, si tienes alguna consideración por nosotros, reconócele como apasionado tuyo y asístele. Cualquier beneficio que le hagas manifiéstalo también por escrito, pues en esta segunda parte no es inferior el favor.

413

A Italiciano (355)

Sé que te alegra el ánimo una carta mía. Pues tú eres aquel que emprende el vuelo para escucharnos y vuelves a precipitarte atraído por lo que se dice en la reunión literaria, y vas corriendo a escucharme y en la audición haces todo ti-
2 po de gestos. Por eso era obvio que no despreciarías una carta de aquel cuyos discursos aprecias. Te correspondo mostrándome orgulloso de que te considere noble el sabio Olimpio, quien suele visitar y sanar a quienes están enfer-

mos y acepta y colma las esperanzas de cuantos acuden a él para que les enseñe. Ciertamente, es un amigo tan fiel que acompañaría a un camarada hasta en una expedición contra las Gorgonas. Verás cómo lleva a cabo gestas admirables 3
luchando por nosotros —lucha que sin duda compartirás—, aun cuando nadie le incite a ello.

414

A Aristéneto (355)

Llega a mis oídos la noticia de que el dolor te ha ganado la partida y que te pasas el tiempo en el recuerdo[605]. Así como te acusaría si no te afligieras, del mismo modo no apruebo que lo hagas en exceso, pues lo primero no sería propio de tu naturaleza, ni lo segundo se corresponde con tu formación. Si necesitas que también otro te consuele, este 2
anhelo lo satisfará Olimpio, que es bueno en ambas cosas: liberar de enfermedades tanto a los cuerpos como a las almas.

415

A Silano (355)

Como deseaba entregarte lo que la gente considera valioso y no pude, acepta lo que, más que parecer, es lo más importante en realidad —pues esto es precisamente lo que puedo darte—: un querido amigo repleto de todas las virtudes, el admirable Olimpio.

---

[605] Por la muerte de su esposa; cf. *Carta* 405.

416

A Andrónico (355)

Es evidente que esta vez no me vas a pedir una extensa carta, pues tienes cerca a quien podrá instruirte sobre mis asuntos y aconsejarte sobre lo que tienes que hacer para ser mejor.

417

A Eusebio (355)

También te he escrito antes y ahora te dirijo la palabra. Y no dejaré de escribirte hasta que mueva esa sagrada cabeza a contestarme. Sin duda, mi esfuerzo no persigue una recompensa pequeña.

418

A Paladio (355)

Echamos de menos tu correspondencia, y ojalá nos escribas para decirnos que gozas de buena salud y que todo lo demás marcha según tus deseos.

419

A Eupátor (355)

Tus hijos apuran en Dafne los trabajos cuyo límite fija el verano[606] con permiso nuestro, para que los árboles, las co-

[606] Libanio ha dado permiso a los hijos de Eupátor para que preparen sus trabajos en las zonas ajardinadas de Dafne. Sobre este lugar, *vid. Carta* 383.

rrientes y las brisas suavicen su esfuerzo. Así es que, si alguno les reprocha el lugar, que el resultado les haga aparecer como calumniadores. En cuanto a mi opinión sobre uno 2
y otro, te hablará de ello el portador de la epístola, por cuya causa os considero afortunados a ti y a tus hijos. Pues Olimpio, el hombre más excepcional de la tierra, tiene interés por tu familia.

420

A Sinclecio (355)

Zenobio fue nuestro maestro y significaba todo para nosotros. Pariente suyo es Boeto. A su vez, Boeto tenía un hijo de su mismo nombre, el cual, lleno de afecto como un hijo hacia nuestro maestro[607], cuidó de él como un sirviente. Y nosotros incluimos en el grupo de nuestros más grandes benefactores a todo aquel que le prestó un servicio, por muy pequeño que fuera. Por eso al Boeto más joven, que vive 2
aquí, le favorecemos en lo que podemos, pero al mayor, que está con vosotros y merece ser recompensado por la bondad de su hijo, hazle algún bien. Pues no inferior a tu rigor como juez es tu capacidad para, sin salirte de los márgenes de lo justo, causar regocijo a quienes te aman.

421

A Elpidio (355)

Creía que nada más enterarte de que el gobernador estaba con nosotros, también tú estarías aquí. Pues grandes son

[607] Zenobio fue profesor de Libanio.

los pesares que nos causaste, por los que era tu deber darnos satisfacción y no había otro modo de hacerlo. Pero ni te has
2 presentado ni has explicado la causa de tu ausencia. Por eso, si entiendes que quedándote vas a poder gozar de alguna ventaja que sólo es posible obtener permaneciendo ahí, quédate enhorabuena y disfruta hasta la saciedad, pues de todas formas nos causas más alegría sabiendo que te lo pasas bien que pesar por no aparecer por aquí. Pero si te has quedado quieto por pereza de hacer el viaje, guárdate no sea que este goce te vaya a engendrar un disgusto.

422

A Apringio (355)

Tú todavía en el campo y entre libros, mientras Fortuna te llama a la tribuna y a los pleitos. Por tanto, ven para llevar a cabo aquello por lo que tanto te esforzabas y emprende el camino de tu padre con cuatro motivos para tener confianza: tu elocuencia, el favor del gobernador, el magisterio de tu padre y nuestros votos.

423

A Anatolio (355)

Tras haber sufrido muchos dolores físicos, habiendo salido con dificultad de una parte y aún llevando encima la otra, el único consuelo que me queda son las esperanzas que tengo puestas en ti. Pues no creas que la gente comenta otra cosa que no sea el rumor de cómo muy pronto serás investido de la dignidad que te corresponde hace tiempo y que di-

cho nombramiento supondrá la salvación de la situación actual. Y conjeturan que será así por dos razones: tu virtud y 2
el cuidado del Emperador por hallar los medios necesarios para mantener la seguridad de las ciudades. Pero ten cuida- 3
do de no rehuir de nuevo[608] un cargo que se te presenta. Pues no es en absoluto gloriosa esa huida que practicas. Porque si por fuerza tenías que volverte un fugitivo, ya lo fuiste cuando escapaste de Roma.

424

A Baquio (355)

Eres muy dueño de tardar en contestar mis cartas y de tenerlas guardadas si te diese la gana. Pero te digo lo que te decía cuando estabas ante mí: tengo la confianza de que crees que mis escritos poseen cierta belleza. Temo, no obstante, que este comportamiento tuyo te traiga la peor fama. Pues yo no hago nada divino, pero los monos actúan con-
forme a su naturaleza cuando hacen monerías[609]. Por tanto, 2
no les reprochemos nada.

425

A Asclepio (355)

Cuando te marchaste de aquí me preocupaba la idea de cómo podrías salirnos airoso de estos trabajos, no porque

---

[608] Como se vio en la *Carta* 391, Anatolio 3 recibió la propuesta de ser elegido prefecto de Roma para el año 355. Por esta carta nos enteramos de que lo rechazó. Sin embargo, sí aceptó el cargo de prefecto de Ilírico dos años más tarde.

[609] Es decir, ser zalameros.

hubiésemos advertido en ti alguna debilidad, sino porque percibíamos su extrema dificultad. Por decirlo llanamente, habías entregado el barco a la furia de la tempestad. Espero ciertamente que haga de ti un buen gobernador esa misma circunstancia: que la dificultad te haga tener mayor conside-
2 ración. Y vaya si me parece que ya posees lo más grande. Porque el que es el mejor de vuestros ciudadanos es también tu amigo, pues de admirarte ha pasado a amarte. Eutolmio, nada más venir a la ciudad, se presentó en mi casa en busca
3 de un antiguo compañero. Yo no le pregunté nada antes de indagar cómo te portabas en el mando. Con sus respuestas ponía de manifiesto que ninguna pregunta le hubiera causado mayor placer que ésa. Elogiaba tu dulzura y manifestaba el mismo temor que nosotros: tu apurada situación. Rogaba con nosotros a los dioses que te hicieran fácil la tarea y por su forma de pensar se asemejaba a un padre que alimenta
4 preocupaciones por un hijo. Te animo, pues, a que recibas a este hombre lo más gratamente que puedas cuando se dirija a ti, y si no lo hace, que lo llames a tu lado, lo hagas tu consejero y le des tu plena confianza. Es obvio que nos elogiarás a ambos: a él por esforzarse a favor tuyo y a mí por haber sido el intermediario, y en tercer lugar también a ti
5 mismo por haberte dejado convencer. Ahora dices que eres discípulo nuestro y que me estás agradecido por mis palabras, pero cuando hayas tratado a Eutolmio, dirás que, además de por las palabras, estás en deuda conmigo por hechos. Ojalá compruebes personalmente su buen juicio, y en cuerpo ajeno su oficio[610].

[610] Eutolmio 2 es médico.

426

A Castricio?[611] (355)

¿Sabes que también mereces gran aplauso por el hecho de que los hombres de letras tengamos confianza para escribirte sobre las cuestiones militares? Esta circunstancia demuestra que eres amargo para tus enemigos, pero manso con los tuyos. Tal es precisamente la virtud que siempre se pondera que debe poseer quien desempeña tu oficio: ser excelente en lo uno y en lo otro. En efecto, a los demás generales 2
los observamos a distancia, y si nos dirigen la mirada los evitamos. A ti, en cambio, nos acercamos con mayor placer que a nuestros progenitores y si estás ausente sufrimos dolor. La causa es que, además de en la táctica, estás instruido en las artes de las Musas, y lo primero te permite vencer a los enemigos, mientras que lo segundo no sólo vencer en el campo de batalla, sino también ser afable con aquellos por quienes luchas. Ojalá también alcance tu carácter a tenderle 3
una mano a este Dionisio, que se ha quedado huérfano después de que unos ladrones le asesinaran a su padre[612] y que, al huir de su casa a causa de la desgracia, ha perdido la mayor parte de su hacienda por el saqueo completo de sus propiedades y se ha dedicado a la retórica a pesar de su falta de recursos. Ahora es el momento de que recupere algo de su 4

[611] El nombre del destinatario es una conjetura de Seeck, ya que los manuscritos sólo muestran tres letras: *tri*. ¿Es Castricio 1, el *comes rei militaris* que cita Amiano Marcelino (XIV 2, 14)? De ser así, esta carta se insertaría en el conflicto de los bandidos isaurios del año 354.

[612] Como vimos en la *Carta* 319.

herencia, pues tú eres quien tiene en sus manos llevarlo a cabo. Por tanto, compadeciéndote de la desdicha del joven y respetando su anhelo, ayúdale a poner fin a su pobreza.

427

A Aristéneto (355)

¡Qué cosa más importante va a tener su comienzo ahora, pese a que lo justo sería que hubiese sucedido hace mucho tiempo! ¡Espectato va a ser ahora huésped de Aristéneto! Hasta el momento presente no lo habéis notado, pero rápidamente el beneficio os hará ver el perjuicio sufrido y llenos de recíproca admiración le echaréis la culpa al tiempo des-
2 perdiciado. Tan grandes son los elogios que él ha oído de ti, que se pone en marcha ansioso por verte. Y tan grandes son las cualidades que hallarás en él, que no soportarás que se
3 marche. Esperamos que el comienzo de tu amistad con este hombre ponga término al dolor que alimentas en tu pecho por tu mujer. Pues no podrá llevar a cabo la gesta de Heracles —de hecho, tampoco creo que Heracles lo hiciera, sino que la Alcestis resucitada es una fábula[613]—, pero en la medida de las posibilidades humanas no descuidará recurso alguno para consolarte.

---

[613] Bellísima utilización del argumento del drama *Alcestis* de EURÍPIDES. Como es sabido, Heracles correspondió a la hospitalidad del rey Admeto devolviendo la vida a su esposa Alcestis, que había accedido voluntariamente a morir en lugar de su marido. Espectato no podrá devolverle la esposa a su huésped, como hizo el hijo de Alcmena, pero su presencia le reconfortará.

428

A Heorcio (355)

Tal vez me estoy inmiscuyendo en asuntos ajenos cuando exhorto a preocuparse por su hijo a un padre que ha tomado la firme decisión de no prestarle atención, pero cuando vi llorar a Temistio, preferí dar la impresión de ser un entrometido a cerrar los ojos ante este hecho. Sus palabras, 2
entiéndase, no eran en absoluto ásperas, sino que decía que por algún motivo te habías olvidado de él. Yo esperaría que, si no tuvieras recursos, hicieras una colecta entre tus amigos para ayudar a tu hijo. Pero como por suerte eres de los más ricos, te recomiendo que inviertas algo de los bienes en lo más precioso que posees. Pues es posible que el hambre no 3
aproveche mucho a un joven, pero ahora no se trata de la alimentación, sino de cómo proveer de libros al jovencito. Sin éstos será igual que quien intenta aprender a disparar el arco sin el arco.

429

A Filipo (355)

Propio de un amigo es dolerse al escuchar noticias de esta clase y escribir, y de un buen amigo también escribir, como es tu caso, con el arte de las Musas. Pero el que te ha dado la noticia o bien se aventura fácilmente a hablar como si supiera de cosas que ignora, o bien no es tal, sino que nos odia a ti y a mí. Y ha inventado estas patrañas para hacerme 2
reproches a mí y causarte dolor a ti. Mejor aún, su intención

era la de un enemigo, pero a fin de cuentas ha actuado como un amigo. Pues darte ocasión a componer una carta como ésta y a mí que me llegara una epístola tan hermosa le
3 cuadra a uno se preocupa enormemente por ambos. En cuanto a nuestra actividad profesional, las cosas están de la siguiente manera. Los que florecían antes de nuestra llegada se han marchitado, pero no ha surgido obstáculo alguno, pues conocen bien lo de «no cocear contra el aguijón[614]». El cíclope aquel y Escila se han quedado en el estrecho de Sicilia[615]. Por tanto, alégrate y comparte nuestro optimismo mandando a paseo el proverbio.

430

A Aristéneto (355)

El estilo de tus cartas nos convencía de que estás familiarizado con Platón, pero el que siga floreciendo tu desánimo, que dejes crecer tu cabello en señal de duelo y que tu casa esté tal y como si la muerte se hubiese producido ayer, estos signos ya no le cuadran a quien se consagra a Platón. Ciertamente, más te valdría que le fueses de más utilidad a
2 tu espíritu que a tu elocuencia. Piensas que es prudente actuar con respecto a ella igual que hacías cuando vivía y que la estás alegrando también ahora igual que entonces. Sin embargo, soy de la opinión de que, no habiéndole dado en vida ni un solo disgusto, se lo estás dando ahora que se ha ido. Porque si llegase a darse cuenta de cómo te estás des-

[614] Cf. Zenobio, *P* V 70 y Salzmann, 75.

[615] Evidente referencia a sus problemas iniciales con su rival Acacio 6, presentados aquí como los graves escollos que tuvo que superar Ulises para lograr el regreso feliz a la patria.

truyendo a ti mismo, daría grandes suspiros por ser la causa
de tamaña desgracia. Pero si no reflexionas internamente 3
sobre esto, lo que te diga otro no tendrá valor. En cuanto a
mí, estoy sufriendo aquí precisamente las enfermedades que
fingí padecer para escapar de la ciudad de la cual venía
huyendo. Y tan dulce es mi patria para mí, que prefiero su-
frir penalidades en ella que estar más sano que Crotón[616] pe-
ro con esa gente. El mal hace muchos años me hostiga la 4
cabeza, pero ahora ha descendido a los riñones; mejor di-
cho, me los oprime violentamente, pero no ha acabado de
dejarme tranquila la cabeza, sino que sigue plantado ahí y
además se ha apoderado de éstos. Así pues, en primavera se 5
extendió desde arriba y embistió con todas sus fuerzas. To-
das las medicinas resultaban ineficaces y los médicos se
asombraban de su gravedad pero no podían frenarlo. Termi-
namos por acostumbrarnos a vivir con sus tratamientos y no
hubo nada que no tuviéramos que soportar. Luego se puso 6
de nuestro lado algún dios benévolo que, toda vez que era
forzoso que convaleciera, me consoló con la presencia de
Clemacio[617]. Nada más llegar, participó en una audición
mía, lo cual era de enorme importancia para él y de valor
incomparable para mí. A continuación, cruzó el Éufrates pa- 7
ra observar los movimientos de los persas y, cuando ataca-
ron, se volvió resueltamente y preparó el camino a Estrate-
gio para llevar a cabo aquellas operaciones gracias a las
cuales los enemigos se marcharon con presteza. Entretanto,
me asaltaron dolores que, sacándome de la cama, me forza-

---

616 Véase n. 532.

617 Clemacio 2 era entonces *agens in rebus,* razón por la que el prefecto Estrategio Musoniano lo envía para espiar el territorio persa. Clemacio se hace cargo de toda la correspondencia que sigue, hasta la *Carta* 452.

8 ban a correr de un lado para otro lleno de desesperación. Ésta era mi situación cada vez que Clemacio se quedaba en su casa, pero si se colocaba a mi lado conseguía incluso dominarlos. Hasta ese punto era él más eficaz que los fármacos cuando me aconsejaba que aguantara, compartía mi aflicción, bromeaba, me atendía y me recordaba los tiempos an-
9 tiguos diciendo palabras de buen augurio. El tema de la mayor parte de nuestras conversaciones era Ariesténeto y, en segundo lugar, Alcimo. En cualquier asunto que surgiera de improviso, siempre se traía a colación tu nombre. Pues si alguien nos parecía un vago, se hubiera dicho: «pero Aristéneto no es así». Si elogiaba a un verdadero amigo, se habría apostillado: «pero no se puede comparar con Aristéneto.»
10 Cuando me fue posible dejarme ver al otro lado de las puertas, marchamos a casa de Estrategio y de allí a las termas, él para bañarse mientras yo esperaba recitando un pasaje de Homero. Debido a nuestra estrecha relación, causaba maravilla que uno de nosotros fuera visto en público sin el otro, y soportábamos que se mofasen de nosotros diciéndonos que
11 estábamos ligados el uno al otro. Con respecto a mi tío, harías justicia amándole como a mí mismo y creyendo que su disposición hacia ti es como la mía. Pues está tan convencido de que superas a todos en virtud que, si bien antes se complacía por escuchar esta afirmación, ahora se cuenta
12 entre los que lo sostienen. Clemacio hace mucho tiempo que le testimonió su admiración por su gran sensatez, pero ahora también le aprecia por la misma razón que él a ti. Y en especial a menudo me contó aquello de que cuando vino de Roma le hacías preguntas porque iba diciendo que se había encontrado allí con hombres de calidad. Me contaba que, nada más llegar, elogiaba por su sensatez al Senado de Roma y que tú querías saber si había alguno comparable a Fas-
13 ganio. Esta frase nos ha traído más honra que si Píndaro

hubiese dedicado numerosos versos a nuestra familia. A Clemacio, que nos dio a conocer esta pregunta tuya y cómo no supo qué responder, le aplaudo, pero le reprocho el que, a pesar de su deseo de que yo goce de salud, había ocasiones en que se alegraba de verme enfermo, pues sabía que, de no estarlo, los libros le cerrarían el acceso a mí, pero que mientras estoy postrado puede hablar conmigo cada vez que lo desee. Cuando me encontraba más accesible iba diciendo que en cierto modo la enfermedad le había prestado un servicio. Así es que retenlo en Nicea hasta que le escu- 14
ches todo —pues bien larga es la narración que te lleva— o acompáñale en su camino a Nicomedia para oír lo que tiene que decir.

431

A Acacio (355)

A Dafno se le ha coaccionado y se le han hecho todo tipo de pruebas, pues Clemacio ha utilizado todos los medios a su alcance, Apodemio no ha hecho poco y tal vez incluso nuestra intervención haya servido de algo. Y no te quepa duda de que Estrategio, nada más enterarse de que tenías un pleito, tuvo el convencimiento de que Dafno es el culpable y estaba dispuesto a no dejar resquicio alguno. Sin embargo, 2
Dafno se mofa de nosotros, las leyes y los funcionarios imperiales; tal abogado tiene en la pobreza, en virtud de la cual se quedaría tirado en la cama si no fuera porque así pasaría hambre. Se piensa que es rico, pero ni aun así se ha podido demostrar. Tras haberte tomado como fiador se dedica a esperar, pues eso es lo que, analizando la situación, nos pareció que es lo único que se puede hacer ya.

432

A Andrónico (355)

Creía que habías cesado en tu acusación en virtud de la cual me reprochabas que te escribiera cartas muy breves, pero sigues manteniendo esta denuncia y, como esos que se exceden en sus calumnias, no sólo me echas en cara esto, la brevedad, sino que has hecho que de ésta nazca otra inculpación, en el sentido de que esta concisión es signo de que
2 mi amistad por ti ha cambiado. ¡Pero vamos, por Zeus! ¿Si a alguno de tus mayores enemigos se le ocurriese enviarte una extensa epístola, ese hecho lo tomarías como el final de vuestra enemistad, aunque en lo demás te siguiera causando males, o bien juzgarás su forma de ser a partir de sus actos y tomarías la carta como una burla? Pues así como la extensión de una carta, buen amigo, no hace una amistad, tampo-
3 co la concisión es indicio de enemistad. También nos acusas decididamente de que ese hombre[618] aún no se ha reconciliado contigo, calumniándome también en este punto. Pues yo no he cesado de hablar ni él de encolerizarse. Pero el responsable eres tú, que no le causaste los agravios que se te achacaron antes, pero que no te has tomado la molestia de borrar toda sospecha. Sin embargo, el que mostraba entonces una actitud de desdén da la impresión de que se acusaba a sí mismo, y el que ahora se excusa parece que está adu-
4 lando al poder. Agamenón, según parece, era bueno por otros muchos motivos, pero especialmente porque a Odiseo, cuando regresó de la embajada a Aquiles sin haberle con-

[618] Nebridio 1, tío de Andrónico 3, quien se opuso enérgicamente a la amistad de su sobrino con el filósofo cínico Cleómenes. Cf. *Carta* 399.

vencido y reconociéndolo abiertamente, en ningún momento
le reprocha que no hubiese deseado traerle como aliado al
airado héroe. Sin embargo, vosotros reprocháis al emisario 5
aquello en lo que él no transige. Cleómenes, cuya compañía
cultivabas, es la causa que impide que yo sea persuasivo.
Mas tú te crees que con el anillo de Giges[619] puedes hacer lo
que sea sin ser visto. Sin embargo, tus actos se producían en
medio del mundo civilizado y en una ciudad, grande por
añadidura, donde todo predispone a que se urdan rumores.
Pero si ya no te comportas así, no obstante así actuabas an- 6
tes. Y opino que tú mismo sigues deseando esta relación,
pero que te lo ha impedido la soberbia de Cleomenes, y creo
que él debe rendir cuentas ante ti, no que tú debas quedar
bien ante él. Sin embargo, soportábamos la adversidad, ya 7
sea como víctimas de nuestro fracaso o de la mala suerte. Te
agradecemos muchísimo tu carta de ahora, pero atenderemos a nuestro interés, no al tuyo. Y vaya si lo haremos así.
Que gobierne entre vosotros quien le venga en gana, que a 8
nosotros, estando aquí, nos será grato incluso ser gobernados aun cuando todos renuncien al puesto en nuestro favor.
El Emperador me honra con su escrito, pero no conseguirá
que me ponga en marcha[620]. Pues es peligroso para nosotros
hasta salir al ágora. Hasta tal extremo la única salvación para mi cuerpo es el reposo. Clemacio, quien precisamente es- 9
taba a mi lado durante mi convalecencia, podría anunciarte
este mismo hecho y ofrecerte otros muchos y variados detalles.

---

[619] Cf. PLATÓN, *República* 359b-360b, donde se nos cuenta cómo Giges se hizo con el trono de Lidia gracias a un anillo que tenía la facultad de hacer invisible a su dueño.

[620] Como es sabido, Constancio II apremió a Libanio para que incorporase de nuevo a su cátedra de Constantinopla. Cf. *infra, Carta* 438.

433

A Silano (355)

De haberte escrito antes para decirte que no tenía yo mucha influencia ante Dionisio, tal vez no se me hubiera creído y por eso no escribí. Pero tal vez ahora se haya presentado la ocasión para reconocer mi debilidad, pues Cle-
2 macio te convencerá de que no miento. Entérate de que ni siquiera he podido mejorar mi propia posición y que cuantos amigos míos desearon conseguir algo por intercesión mía han comprendido que se han equivocado de puerta y que no han acudido a la que debían. Entérate de que lo único
3 que puedo hacer es hablarle. Por consiguiente, si gozase de influencia y no hubieses disfrutado de ella, te habría causado un agravio. Pero hay que perdonar a quien nada puede hacer. La autoridad que tengo en esta cuestión también la tienes tú. Así es que abandona la idea de viajar con una dignidad más ilustre, pues no es digno de tu alma andar a la caza de semejantes tonterías, sino que, viniendo aquí como te
4 sea posible, somete a prueba mis sentimientos. Y si te hablan de alas[621], aquí tenemos más y los futuros admiradores de tu arte son multitud. También necesitan los jóvenes un profesor de derecho. Ésta es la herencia que te está esperando, pues nos hemos encargado de impedir que otro se ocupe de esta labor.

---

[621] Me parece más apropiada la lectura ofrecida por Wolf *(eíte)* que la de Foerster *(eíge)*.

434

A Temistio (355)

Felicité tanto a la filosofía como al Emperador: a él porque sabe venerar el más noble bien que los dioses concedieron al ser humano y a la filosofía porque es admirada incluso por los poderosos. Y a ti te deberían estarte agradecidos ambos, pues eres la causa de que se hayan encontrado mutuamente. Antes de que me escribieras ya lo sabía todo gra- 2
cias a las cartas que le llegan al insigne Estrategio. Pues me entregó la misiva que le escribiste y la que nuestro excelentísimo Emperador dirigió al Senado sobre tu nombramiento[622]. Cuando nos enteramos de qué se trataba por medio de un traductor[623] nos alegramos infinitamente, pues antes de estas cartas se había difundido el rumor y no dejó de dársele crédito. Pero es que al momento ya teníamos las cartas en las manos. Lo más honorable que hiciste fue no despre- 3
ciar los motivos por los que te era dado formar parte del Senado y rechazar con toda coherencia los aspectos lucrativos del nombramiento. Pues ello significaba al mismo tiempo honrar al Emperador y demostrar que con justicia habías sido distinguido por él. En cuanto a mi situación, es la si- 4
guiente. En lo referente a mi salud física, mi debilidad me aconseja quedarme. Sabe bien que, aunque estuviera total-

[622] El emperador Constancio envió un escrito *(dēmēgoría)* al Senado para hacer oficial la *adlectio* de Temistio. La carta imperial fue leída el 1 de septiembre del año 355. El filósofo supo agradecer tan señalado gesto componiendo en honor del monarca su *Disc.* II, fechado en noviembre de ese año.

[623] Ni Libanio ni Temistio (cf. el comienzo de su *Disc.* VI) sabían latín.

mente sano, me habría recomendado a mí mismo permanecer quieto, pues aquí los rebaños de estudiantes están en sazón, mientras que enseñar retórica entre vosotros es como gobernar Esciros[624].

435

A Joviano (355)

¿Aún te acuerdas de nosotros tras tu marcha a Roma, mientras contemplas un espectáculo como nunca antes has visto y te convences de que esa ciudad no es de la tierra, sino una porción de cielo? Porque nada de sorprendente tiene que nos acordemos de ti, pues somos viejos amigos y no despreciaríamos a nuestras amistades por ninguna circuns-
2 tancia nueva. Mas tal vez no te formulé correctamente mi anterior pregunta, pues, aunque te relacionases con los dioses del Olimpo, no hay modo de que te olvides de tu amado. No te sorprendas si dije de mí mismo que soy tu amado; el
3 más viejo del más joven[625]. Porque me amas; este hecho está registrado y además es antiguo, pues ya sucedió con Só-
4 crates, dado que los jovencitos amaban al anciano. También tienes para compartir este sentimiento a Clemacio, ahí presente, que ha sufrido una terrible derrota a manos del dios[626]
5 y no soporta oír ni decir nada que no le conduzca a mí. Nada más venir, lo introdujimos en la curia para asistir a una audición mía, y esta invitación era para él más importante que dirigir ejércitos. Un poco después, tras caer enfermo, este

[624] Alusión al suelo pedregoso y estéril de la isla. Cf. SALZMANN, 38.

[625] Según el léxico platónico, el amante era el viejo *(erastés)* y el joven *(erōmenos* o *paidiká)* el amado.

[626] De Eros, claro está.

hombre fue mi único solaz y gracias a él la amargura no
inundó mi alma, pues con su presencia me aliviaba y, cuan-
do no estaba, la esperanza de que apareciera era suficiente
ayuda. Una vez me repuse, cada uno disponía de un caballo, 6
y si había que ir a alguna parte cabalgábamos el uno al lado
del otro a ver a los magistrados, a los baños públicos que
hay en la ciudad o al que hay a la entrada de ésta —seguro
que has oído hablar de aquel enorme y magnífico con el que
Daciano adornó nuestra ciudad. Hasta les corroía la envidia 7
a algunos de cuantos nos veían: «¡Oh Heracles! Éstos se han
empeñado en superar con su amistad a Heracles y Teseo.
Algún juramento les impide conversar separadamente con
otro.» Ocurrió una vez que él entró en la residencia de Es- 8
trategio y yo no. Éste se quedó impresionado por el hecho y
preguntó: «¿Dónde está tu otra mitad?» En otra ocasión fui
yo quien me adelanté a él: la misma sorpresa e idéntica pre-
gunta. La más hermosa de las cualidades de Clemacio es 9
que ha beneficiado a todo el mundo aquí, pero no ha pedido
un favor a nadie. Pues sabes que, cuando era colaborador
del noble Paladio, aprovechó el buen juicio de éste para im-
pedir que nuestros conciudadanos sufrieran calamidad algu-
na, hechos que hubo quienes consideraron justo recordar pe-
ro que a su criterio era más decoroso echar en el olvido. Y
por eso precisamente evitaba los lugares en los que suponía
que había reuniones, para no ruborizarse al escuchar los
elogios. Más glorioso que este mérito es el hecho de que no 10
se llevara a casa ganancia alguna de las que le ofrecían los
gobernadores —a pesar de que debía aceptarlas para no mo-
lestarlos—, sino que incluso no los habría deshonrado si
ellos le hubiesen pedido dinero[627]. Opinaba que más valía

[627] Este pasaje provoca la perplejidad de los editores, quienes propo-
nen diversas soluciones. Creo que lo menos complicado es suponer que
nos encontramos en un período irreal y que algún copista omitió la partí-

pasar hambre que coger de donde no es totalmente decoroso. Y de cuantos conocemos es quien más convencido está
11 de que es una ganancia no lucrarse. Aunque tal es su categoría humana, a ti te considera mejor que él mismo y ruega por que sus hijos sean semejantes a tu persona. Tan grande es su afecto, que si algún dios le preguntase: «¡Oh Clemacio! Hemos tomado la resolución de hacerte partícipe de la inmortalidad, pero desconfiamos no sea que, tras obtener este don, nos pidas a continuación que se lo concedamos también a otro. Por tanto, si te conformas con recibirlo en exclusiva, respóndenos.» Me parece a mí que, escuchando esta proposición, no desearía aceptarla si no le fuera concedido
12 compartir este don contigo. Así de vinculado a nosotros está el noble Clemacio y se jacta de reconocer que se ha entregado a ti. Y cuando os hayáis reunido, no se os ocurra animar al Emperador a las razones de siempre: «Que retorne el sofista, que no se demore más; que no permanezca allí, sino
13 en Tracia.» Os reís, vosotros que me forzáis, cuando se dice esto, pero yo me lamento, si es que, cuando estoy escapando del frío, por culpa de la porfía de unos amigos voy a tener que dar con mis huesos en el Bósforo. Pero Clemacio te instruirá sobre la suerte que me tiene reservado el Bósforo.

436

A Barbación (355)

Hace mucho que te tengo por hombre honesto en razón de la amistad que Temístocles siente hacia ti, pues ese hom-

---

cula *an,* de manera que la oración comenzaría con *allà kàn* y no con *allà kaì.* A mi juicio, Libanio supone que, si los gobernadores le hubieran pedido dinero a Clemacio en lugar de dárselo, él no les habría decepcionado.

bre no apreciaría a quien no fuese extraordinario. Cuando se produjo mi primera estancia en esta ciudad, tuve un breve encuentro contigo, pero no fui más allá, como era menester, debido a la enfermedad de mi cuerpo y a tus numerosas ocupaciones, pues tenías a tu cargo los asuntos de Estado.
Como mi querido Gesio[628] te visita y he recibido prueba de 2
la confianza de tus parientes, creo que no cometo injusticia si me tomo la libertad de contarme entre tus amigos, especialmente cuando Clemacio me exhorta y me asegura que no voy a arrepentirme de escribirte. Como te conoce muy bien y no le soy extraño, afirmaba que entre nosotros existiría una noble armonía. Cuantos trofeos has erigido a costa 3
de los bárbaros conduciendo personalmente las fuerzas o bien siguiendo los pasos de la fortuna del Emperador, se conocen en todas partes, por doquier causan maravilla y hay esperanzas de que al instante los multiplicarás y que, cuando te pongas en marcha, no harán falta trofeos, porque tampoco será preciso luchar. Pero está bien que nosotros, a quienes 4
corresponde celebrar cuantas gestas lleváis a cabo, nos enteremos de los acontecimientos por boca de sus propios protagonistas[629].

[628] SEECK supone erróneamente (págs. 94 y 164) que Gesio *(Gessius* I) es hijo de Barbación, y lo distingue de otro Gesio *(Gessius* II), que fue un alumno egipcio de nuestro orador. Seguimos en la identificación a los autores de la *PLRE,* para quienes se trataría de la misma persona, el sobrino de Apelión, a quien dirige Libanio las *Cartas* 892 y 1042.

[629] Como se aprecia más adelante en la *Carta* 491, esta epístola no le llegó a Barbación o bien, lo cual es más probable, éste no se dignó a responder a Libanio.

437

A Eusebio (355)

Me entero de que me cubres de flores y que no paras de hacerlo. Me parece que estás haciendo algo justo y que te conviene, pues quien dice que ha estudiado con alguien excepcional, paga el debido tributo a su maestro y al mismo tiempo se magnifica a sí mismo al poner de manifiesto de
2 qué maravillosas fuentes ha bebido. No obstante, a los elogios debe añadirse la correspondencia a fin de que no quede inactiva parte alguna de tus obligaciones hacia mí. Pero, según tengo creído, por temor a que te pidamos favores y a que, tras recibir los primeros, te prescribamos otros nuevos, guardas silencio cerrándonos así el camino para disfrutar de
3 tu influencia, como es de rigor. Si dices que estoy mintiendo, refútame. Sólo me rebatirás si me escribes. Pero si no lo haces sería yo engañado por Clemacio, quien me trajo aquellas noticias[630] y me convenció para que te escribiera la presente.

438

A Anatolio (355)

Siempre me ha maravillado tu simpatía hacia mí y no pude convencerme de que te conduces así sin que te anime a ello algún dios. Tanto has superado, según me parece a mí, a cuantos afirman quererme. Y ahora, *saltando más allá de la*

[630] *I.e.*, los elogios de Eusebio 15.

raya[631], como dice el refrán, has mostrado abiertamente tu protección cuando me escribiste para decirme que Magno tenía que darte una información y a él le explicaste lo que
tenía que decirnos. A otro le habría parecido que es un men- 2
sajero poco fiable, pues se ha limitado a anunciarme que no hay que ponerse en movimiento para nada. Me vino entonces a la mente cierta máxima de Dodona[632] y no había nada
oscuro para mí. En efecto, pensaba que debía estarte agra- 3
decido por muchas razones, si es que los amados deben gratitud a los amantes: por llevarme en el alma, por compartir mi deseo de que no me quede privado de mis familiares y por buscar los medios, si es posible, así como por decidirte a
comunicarme que lo es. En este momento, tras haber cerra- 4
do esta etapa de nuestra vida, te reconocemos nuestro agradecimiento y, tras concedérsenos la potestad de expresarnos,
cubriremos la tierra y el mar. ¿Y cómo podré corresponder a 5
esta preocupación que has tenido por mí? Si me importara más tu propio interés que el común, suplicaría a los dioses que estuvieses tranquilo en casa y que te deleitaras con tus posesiones y la hermosísima Bérito. Pero en realidad, puesto que preferiría que las ciudades prosperasen a que tú pudieras descansar libre de preocupaciones, no es esto lo que pido, sino que obtengas en todo momento la victoria, ya que
el cargo ha retornado a tus manos. Por consiguiente, pido lo 6
que de todos modos harás y que de hecho ya se ha llevado a efecto. En cuanto a la orden imperial transmitida por correo que prescribe que salga de aquí, sería conveniente que su-

[631] Cf. ZENOBIO, *P* VI 23, y SALZMANN, 65. Este refrán tiene su origen en un excelente lanzador de disco, Failo, que siempre superaba todas las marcas.

[632] Posiblemente se refiere al refrán (cf. ZENOBIO, *P* V 18) «no muevas Camarina», a propósito de quienes lo único que deben hacer para no sufrir daño es precisamente no hacer nada.

friera algún aplazamiento, por lo menos hasta que hayas llegado a la ciudad. Pues de los que tienen poder para gestionar esta clase de asuntos no hay uno solo que no considere una dicha mostrarse abiertamente como servidor solícito de tus deseos. Piensa que ahora casi me han expulsado de aquí las cartas de apremio que me llegan sin descanso, si no fuera
7 porque mi cuerpo, por fortuna, estaba enfermo. Así es que considera cuán grave desgracia juzgo hacer ese viaje por cuya causa ya ni siquiera me disgusta estar enfermo. Por tanto, alegando dichas razones —que mi cuerpo está hecho una ruina ya que, por los continuos cólicos nefríticos, no sé qué desgracia no han padecido mis riñones—, convénceles para que no me envíen a un ambiente frío en exceso, lo más malo que le puede pasar a quien padece de los riñones, pues cuantas calamidades pasamos aquí afirman los médicos que han tenido su origen en los fríos de Tracia. Por tanto, sepa quien me envía para ocuparme de jóvenes que me envía en realidad a la muerte.

439

A Olimpio (355)

Nos hemos quedado con la boca abierta esperando no a Esquilo[633], sino cartas tuyas y de nuestro noble Emperador; las suyas concediéndome licencia y la tuya mostrándonos que el permiso me fue concedido gracias a tus esfuerzos.
2 Debes saber que también nos ha llegado una segunda misiva de allí que insistía en las mismas órdenes, pero que no dejaba entender si es más reciente que el decreto o si se escribió
3 antes. Sin embargo, a ti te corresponde liberarme de estos

---

633 Cf. Aristófanes, *Acarnienses* 10.

apremios así como de las enfermedades[634]. Pues yo mantengo nuestros pactos[635] aunque todos, excepto dos, les hacen la guerra, pues no es lícito separar lo que tú uniste, pero haz lo posible para no mantener nuestro tributo. Que mi lucha sea mantener intacta la promesa y la tuya suprimir lo otro.
Al presidente de los Juegos lo conoces[636] y sabes que no 4
puede desempeñar importantes liturgias debido a sus modestos recursos, pero en esta clase de dispendios un emperador liberal ayuda mucho. Haz que se nos muestre así, por Zeus, conmoviendo el alma de Daciano para que le preste socorro.

Buena es la exhortación de un compañero[637].

440

A Paladio (355)

A cada uno de los que regresan de tu ciudad les preguntamos cómo estás de salud. Porque es obvio que no les preguntaríamos si tu alma es virtuosa, pues esto hasta se lo podríamos anunciar a los demás. Nos alegramos de enterarnos 2
de que gozas de buena salud y además nos asombramos de que, sabiendo qué cosa tan mala es estar enfermo y que es un estado que requiere especial reposo, a mí, que me veo rodeado de enfermedades por doquier, me niegas el derecho

---

634 Olimpio 4 es médico.

635 Las palabras enigmáticas que vienen a continuación se refieren, tal vez, al tratamiento que Libanio seguía por prescripción de Olimpio, quien debió de dejar instrucciones antes de salir. Cf. *Carta* 555.

636 Antíoco II, siriarca u organizador de los Juegos Olímpicos de Antioquía para el año 356. Cf. la carta siguiente.

637 *Il.* XI 793.

a dicha tranquilidad. El que tiene potestad para impedir que se escriba esta clase de cartas sobre mí y permite que así su-
3 ceda, ése es el que personalmente me está acosando. Así es que, afabilísimo amigo, no me menosprecies sacándome a rastras de mi cama y complace a nuestro egregio Emperador impidiendo que nada indigno de su discernimiento se lleve a cabo contra un hombre que muchas alabanzas ha escrito en
4 su honor[638]. A nuestro conciudadano Antíoco, que porta la corona de los Juegos que llevan el mismo nombre que Zeus, asístelo en todo pensando que en su persona estás beneficiando a la ciudad y que deleitas el corazón de Zeus más que regocijaban a Apolo los helenos que danzaban en torno a Troya[639].

441

A Daciano (355)

Tal vez consentirás en ayudarme también en la situación actual manteniéndome a salvo hasta el final y ratificando tus favores anteriores. Pero si también debo fracasar en ello y ha de cambiar tu modo de pensar, al menos nunca olvidaremos la ayuda que nos has prestado hasta ahora, sino que las atribuiremos a tu verdadera naturaleza y el cambio a una
2 deidad hostil. Como quiera que sea, en nombre de las fatigas que has pasado en defensa de los helenos y de los amigos, permite que mi cuerpo vuelva a estar sano y que pueda evi-

---

[638] Referencia al *Disc.* LIX, *Elogio de los emperadores Constancio y Constante,* recientemente editado y traducido por el profesor P.-L. Malosse en la colección *Budé.*

[639] Cf. *Il.* I 472-474.

tar aquella ciudad[640], pues para mí es mejor ésta (y entiende
lo de mejor en lo referente al trato con los jóvenes). Luego 3
pregúntale al Emperador —puedes hacerlo, ya que has ad-
quirido este poder por tus continuas muestras de prudencia y
simpatía—: «¡Señor!, aquel hombre a quien ordenas ir a
Tracia, si marcha hacia allí será como un labrador que na-
vega y hace toda su vida en el barco. Pues ni el labrador 4
puede cultivar el mar ni él sembrar en jóvenes, ya que los
ciudadanos han vuelto su atención a los otros estudios y
los extranjeros miran con desconfianza el lugar y lo consi-
deran una escuela de molicie. En cambio, Siria es un taller 5
de las Musas que lleva mucho tiempo fabricando oradores,
uno de los cuales es ese Caliopio que tanta alegría te da.
Una multitud de jóvenes procedentes de todas partes obliga
a su maestro a esforzarse y obtiene aquello que viene a bus-
car. ¿Acaso deseas que el boyero no tenga bueyes, o prefie-
res que emplee su técnica con un copioso rebaño?». Oyendo 6
estas razones te responderá, mientras le sonríes y con tu mi-
rada le induces a tomar la segunda alternativa: «Que el bo-
yero tenga bueyes.» Pero si crees que éstas son historias mí- 7
as y no me vas a prestar atención por creer que todo esto no
son más que cuentos, debes saber que cuando me saquen a
rastras de aquí proclamaré a gritos: «A mí me convencieron
para aferrarme a Antioquía Daciano y la belleza con la que
él dio lustre a la ciudad: los baños públicos ya terminados y
los que están en construcción, el pórtico que tan largamente
se extiende y que florece en su esplendor mientras ocupa
una extensión tan grande en la ciudad como los hombros de
Pélope en el cuerpo de Pélope.» Así pues, mira si puedes
arrastrarme de aquí tan tranquilamente. Sé que encajarás de 8

---

640 Constantinopla. Es posible que el pésimo concepto que tenía nuestro sofista del ambiente cultural de la capital estuviera condicionado por su negativa experiencia personal. Véase *Disc.* I 37-47 y 76-80.

buen grado esta broma. Tienes que saber que has logrado que todos aquí celebremos las esperanzas que has hecho concebir a Pompeyano. Pues, por su calidad humana, la buena fortuna de este hombre causa regocijo a sus conciudadanos.
9 nos. Ya desde su juventud era moderado y se esforzaba por no causar molestias a nadie. Perfilaba su carácter atendiendo a tu modelo y tratando de mostrarse digno de tu atención. Por eso se pone en marcha entre los ruegos de todos, pues todo el mundo reza por que su viaje le resulte provechoso.
10 Si él recupera su herencia y yo logro quedarme aquí, cantaremos peanes en honor de los autores de esta dicha.

442

A Caliopio (355)

Nos han llegado las noticias de costumbre: el Emperador se ha alzado con la victoria y el pueblo bárbaro ha visto cercenados sus propósitos. Así pues, habiendo disfrutado de este placer, esperamos gozar del otro. Me refiero a que llegue tu carta[641] con los detalles de la batalla y el encomio del
2 vencedor. Así es que danos la noticia como si el auditorio estuviese tenso de expectación, ¡oh el más extraordinario y dichoso de los heraldos!, pues pasas la vida al lado de un noble atleta. Que el luchador te compense por tu pregón permitiendo que yo siga sin miedo en mi yacija, pues ya nada puedo hacer excepto admirar lo que hacen otros. Tan
3 completamente abatido me hallo. También tú mismo, además de hacer algo por nosotros, haznos el favor de escribirnos. ¿Cómo crees que nos ha sentado el que escribieras a

[641] Caliopio 2 es *memorialis* en la Corte.

nuestro tío para preguntarle por nosotros y que tú mismo no nos mandases ni una carta?

443

A Eusebio (355)

Si estuviera ansioso por recibir tus cartas por una cuestión insignificante y después de intentarlo no las hubiese conseguido, habría cejado en mi empeño de inmediato. Pero en el caso presente, a causa de tu renombre, se divulga lo de que las segundas oportunidades son siempre mejores que las
primeras[642] y ello despierta el deseo en nosotros. Por tanto, 2
que también sea una de tus virtudes no rechazar la correspondencia. Pues es insólito que me asistas de hecho y no te atrevas a complacernos con la palabra.

444

A Agesilao (355)

Estos embajadores[643] son la flor y nata de nuestra ciudad, tanto por su linaje como por su carácter. También saben que tu hijo no es como la mayoría en retórica. De modo que tienes la oportunidad de informarte sobre su marcha y oír noticias nuestras.

---

[642] *Vid. Carta* 111 y n. 189.

[643] Antíoco II y Pompeyano II, según Seeck (pág. 323).

445

A Aristéneto (355)

No es necesario que te dé información sobre los emisarios, pues a ambos los conoces: a uno aquella vez que iba de paso por vuestra ciudad y al otro cuando viajó hasta ella.
2 Con todo, me atrevería a añadir lo siguiente: no es pequeña la obligación que tienes contraída con ellos, pues cada uno tiene un hijo estudiando con nosotros y ambos nos llenan de alegría por las esperanzas que nos hacen concebir.

446

A Andrónico (355)

Si se dice que viene una carta de Andrónico, es evidente que nos llega en tono de reproche y sucede que, cuando escribes, no sentimos menos dolor que alegría. Me parece a mí que, no pudiendo cambiarte a ti mismo, siempre repites la misma canción y me echas en cara que no recibes cartas
2 mías o que la que recibes es breve. Por tanto, si son muy ciertos los reproches que me haces, todo ha quedado compensado con estos emisarios, pues valen más sus lenguas
3 que muchas cartas. En cuanto a Cleómenes[644], no me sorprende que haga mal lo que no controla, pues también hace
4 mal lo que está en su mano. En lo que se refiere a ti, me ha causado sorpresa que dijeras que he quedado desposeído de

[644] El filósofo cínico que estaba descarriando a Andrónico 3, como ya se vio *supra, Cartas* 399 y 432.

los honores que me esperaban con vosotros y que debería obligárseme a ir hacia allí[645], a no ser que lo dijeras en el sentido de que a quienes acuden a tu ciudad les conviene el deshonor. En ese caso hablarías correctamente.

447

A Temistio (355)

Aquí tienes la oportunidad de contemplar nuestra ciudad sin moverte de ahí. Pues aquellos por quienes te valdría la pena venir a visitarnos se presentan espontáneamente ante ti; uno es amigo tuyo hace tiempo y el otro va a serlo ahora.
Entre nosotros no hay nadie mejor que estos dos hombres y 2
no muchos los igualan. Me atrevería a afirmar que ni siquiera en otro lugar. Sobre nosotros no les harás pregunta tan complicada que afirmen ellos no saber responderte.

448

A Elpidio (355)

Has llegado a la dignidad[646] a la que debía conducirte tu ánimo, pues tu espíritu es noble y no pasa desapercibido a la inteligencia del Emperador. Ya antes mostrabas hacia mí una actitud amistosa, pero ahora bien podrías también sumar a este sentimiento el del afecto a causa de mi preocupa-
ción[647]. Con respecto a los embajadores, con todo el placer 2

[645] A Constantinopla.

[646] Ignoramos qué puesto obtuvo exactamente Elpidio 6 en la Corte.

[647] Tanto Seeck (pág. 170) como los autores de la *PLRE* (pág. 415) interpretan *kêdos* en el sentido de «parentesco» y suponen que Elpidio 6 de-

del mundo te escribiría, pero aún no me atrevo a tomarme estas libertades sin antes haber recibido cartas tuyas.

449

A Espectato (355)

Nos dejaste tras de ti un acicate que nos impulsa a acordarnos de tu carácter. A Clemacio y a mí nos corrían lágrimas por las mejillas hasta llegar a las puertas de la ciudad. Pero luego a él le hizo olvidarse de su dolor la cuenta de que pronto te vería y a mí el que te pusieras en camino con exce-
2 lentes perspectivas. Sé perfectamente que dejarás sin efecto nuestros temores[648], pero que también la rapidez se añada a este favor. La presencia de los embajadores te ofrecerá el camino para atender nuestras súplicas, pues por medio de ellos podrás asistirnos a nosotros, y a ellos por medio de la ciudad.

450

A Paladio (355)

Cuando vi a Clemacio rebosé de contento, pero el placer no estaba exento de aflicción. Pues es dulce ver a un amigo,

bió de casarse por estas fechas con alguna mujer emparentada con nuestro sofista. Sin embargo, es mucho más probable que el término tenga aquí el sentido genérico de «preocupación», pues el tono de la carta hace pensar que ésta es la primera que le dirige Libanio tras su nombramiento y que éste espera que su interés debe tomarlo Elpidio como una muestra de su afecto. En favor de nuestra interpretación tenemos que este supuesto parentesco no sea mencionado en ninguna de las cartas que le escribe.

[648] Nueva referencia a su continua preocupación por recibir el permiso imperial para residir permanentemente en Antioquía.

pero triste que no esté contigo, ya que los taxiarcos deben gozar de la fortuna de sus generales[649]. Por tanto, si ha co- 2 metido alguna falta, dilo para que le apliquemos un correctivo. Pero si alguien[650] desdeñó a su siervo, que repare su negligencia con una buena acción.

451

A Daciano (355)

Mucho más perfecto nos pareció ser Clemacio, pero no porque adquiriese de Roma el arte retórica, como se cree, sino porque consideró todos los demás aspectos como algo accesorio y le pareció sustancial referirse en los mejores términos posibles a tu inteligencia. Pues hablar bien de aquellos que merecen elogios redunda en beneficio de los autores de las alabanzas, así como censurarlos perjudica a quienes actúan así. Creo que también con vistas al futuro es- 2 ta acción le reportará estabilidad, y crecerá cuando tu mano le asista en todo lugar poniendo fin a sus momentos difíciles y ofreciéndole lo mejor.

452

A Elpidio (355)

Clemacio afirma que de aquellos en quienes tenía puestas grandes esperanzas es poco lo que ha recibido y que des-

---

[649] Paladio 4 era *magister officiorum* bajo el reinado de Galo y durante el año 355 estaba en la corte. Clemacio 2, que ejercía como *agens in rebus,* era su subordinado.

[650] El propio Paladio.

cubrió que eran aliados suyos quienes esperaba que no le
2 tomasen en cuenta. Tú eres para nosotros de los segundos. Por ese motivo posees lo que anhelas: las alabanzas de los amigos de Clemacio. Numerosos son éstos y, si lo deseas, añade que son buenos.

453

A Heracliano (355)

En tus palabras percibí tus dardos, y no iba a decirte: *sigue disparando así*[651], sino más bien: *deja de zaherirme.*
2 Pues sabes eso de *según hables de otros...*[652]. En lo que a mí respecta, si alguien hablase mal de mí, que no te ponga en pie de guerra lo que ni siquiera a nosotros nos molesta.

454

A Fasganio[653] (355)

Me preguntas cómo me van las cosas, pero no me dices nada de tu estado físico, como si mi preocupación por éste no fuese mayor que el que tienes tú por mis asuntos. Por
2 tanto, escucha. No me ha llegado ninguna carta que me llene de espanto y Espectato incluso me da buenas noticias. Aquel loco voraz que incluso está arruinando a la Gran Urbe ha conseguido, valiéndose de una orden del Emperador, des-

[651] Pasaje homérico ya citado en la *Carta* 231.

[652] Cf. *Il.* XX 250.

[653] Que Libanio escribiera a su tío, que vivía también por esos años en Antioquía, sólo se explica por un viaje de éste, probablemente por razones de negocios, como afirma NORMAN (vol. I, pág. 395).

viar a otros el salario que recibí de ésta y ha escrito cartas al
Prefecto exigiéndome el pago en oro[654]. Cuando se enteró 3
de ello Estrategio, montó tanto en cólera que nunca había
clamado al cielo de esa forma. Y lo que de modo especial
nos hace ganar el favor de este hombre es su convicción de
que el que es odiado por Focio[655] merece ser beneficiado
por él. En cuanto a los estudiantes, todo sigue como antes, 4
pero Julio el gramatista se muere de pena y Eudemón[656],
dándose cuenta de que todavía no las tiene todas consigo,
trata de convencer a Sebastiano para que me pida que le tes-
timonie algo de respeto. Con respecto a Eubulo, le hice ver 5
claramente que me gustaría ver aquí a Acacio y se dirigió
por escrito al gobernador en su favor añadiendo que contaría
con mi aprobación[657]. Pero éste no hizo el más mínimo caso
por creer que no debía traer a la fuerza a este hombre. Lle-
gando de Palestina unos conocidos suyos, declaran la inten-
ción de Acacio de seguir allí y nos cuentan que no tuvo

---

654 Posiblemente se refiere al salario percibido por Libanio en especie durante su ausencia de Constantinopla para instalarse en Antioquía. El gobernador de la capital, Focio, a quien nuestro sofista se refiere como «loco voraz» le pide el reintegro en metálico. Como Libanio está en Antioquía, fuera de su jurisdicción, escribe al entonces prefecto de Oriente, Estrategio Musoniano, íntimo amigo suyo. No olvidemos que durante al menos su primer año en Antioquía el Emperador le estuvo exigiendo que se incorporase a su puesto en Constantinopla y que hasta su nombramiento oficial en la capital siria la cuestión del salario era discutible. Libanio tuvo que poner en marcha toda su influencia y en las *Cartas* 463-464, dirigidas al propio Focio y a Temistio, lo vemos reclamando el pago de atrasos.

655 En este caso el propio Libanio.

656 Julio 1 y Eudemón 2 son rivales de nuestro sofista durante sus inicios en Antioquía.

657 Acacio 6 es el ya conocido sofista rival de Libanio y Eubulo 2 el influyente curial que le protegía. Acacio perdió la lucha por la competencia y regresó a su Palestina natal. El gobernador de Siria de aquel año fue Dionisio 3.

6 suerte con una declamación suya. En lo que se refiere a Herodiano, se acercó a mí y se puso a mi disposición esperando gozar de las mismas prerrogativas que Uranio. Y por último, muchas son las cosas que requieren tu presencia, tanto por parte mía como por el resto de la gente.

455

A Baquio (355)

Estoy persuadido de ambas cosas: de que has hecho copias y de que consideras que nuestras bagatelas son un tesoro para ti. Por eso dices que estás en deuda conmigo por recibir estas composiciones, pero yo no te estoy demasiado
2 agradecido por divulgarlos, pues sé que los divulgas. Fortuna me ha concedido un bien, tu amistad, pero me ha denegado el otro: vivir junto a esa querida cabeza. Sin embargo, no debemos aborrecer a la diosa por lo segundo.

456

A Cecilio (355/56)

Vaya excelente tutor que has hallado para tu hijo en el noble Taciano, magnífico para mantener alerta a los maestros y aplaudir el esfuerzo de los jóvenes, así como para percibir la indolencia y ponerle fin. Por eso precisamente te animo a que estés confiado, pues Alejandro no malgastará ni un breve instante de su tiempo mientras Taciano tenga pues-
2 ta en él su vista y su atención. Me llena de asombro que le hayas proporcionado al chico un noble supervisor mientras que al propio muchacho sigues teniéndolo encadenado a las prensas.

457

A Ambrosio (355/6)

Después de pasarnos largo tiempo sin escribirte busqué una excusa y hallé la siguiente, que no sólo bastará para librarme de mi culpa, sino que, creo yo, aun cuando te hubiese causado por ventura una molestia mayor, este noble pretexto prevalecería sobre el mal que te hubiera causado. En 2
efecto, te enviamos una carta a través del más excepcional orador y a la vez el más dulce de los hombres y el más esmerado de los gobernadores[658]. Porque eso, y aún más, es lo que tuvieron ocasión de ver en Eusebio cuantos viven en el Helesponto. Vosotros lo comprobaréis. Permíteme predecir 3
que esta ganancia nos vendrá hacia aquí de vuestra mano[659]. Ciertamente, de ti depende darte a conocer, pues hablarás a oídos no contaminados y relucirá un alma digna de todo esfuerzo, pues sabe discernir también a quiénes no ha de acercarse.

---

658 Eusebio 40, portador de esta carta y las dos siguientes, acaba de dejar su cargo como gobernador de Helesponto y viaja a Antioquía, donde recibe la noticia de su nombramiento como gobernador de Bitinia. Libanio aprovecha la ocasión para entregarle las tres cartas dirigidas a Ambrosio 2, Alcimo y Aristéneto 1, pues los tres vivían en aquella provincia.

659 Predicción fallida, pues, que sepamos, Eusebio nunca fue gobernador de Siria. Al contrario, en Antioquía tuvo que hacer frente a cargos por alta traición en época de Valente, durante la conjura de Teodoro del año 371.

458

A Alcimo (355/6)

A alguno le he oído decir que Eusebio es afortunado por ser íntimo del Emperador. Pero yo, que no es que considere que este hecho sea una tontería, llamo afortunado a este hombre por la virtud de la que hace gala en su vida. ¿Y cómo no va a ser una virtud que prefiera ser bueno cuando tie-
2 ne libertad para ser perverso? Ya habéis oído cómo encontró el Helesponto y cómo lo dejó. Pero es que lo que vosotros vais a ganar lo ensalzará otro de inmediato. A mí me ha honrado en todo momento, pero éste es el mayor ornato con el que me ha adornado: prestarse a llevar personalmente mis
3 cartas a mis amigos. Cuando recibas la presente, ama a este hombre como a mí y admíralo como a ningún otro.

459

A Aristéneto (355/6)

Preguntábale yo al noble Eusebio si te contaba entre sus amigos. Él contestó protestando a grandes voces: «Claro que sí, y mucho.» El tono elevado de su voz evidenciaba
2 que tenía por ganancia esta amistad. Así es que, dejando de una vez el duelo por tu esposa, dedícate a este amigo. No tienes que darle consejo alguno para el mando, pues ya está experimentado en las tareas de gobierno mejor que nadie que conozcamos, y emplea su destreza oratoria en la preservación de las ciudades. Tú limítate a elogiarle cuando seas testigo de los métodos que emplea para enderezar el rumbo

de las ciudades y encárgate de convertir toda Bitinia en un coro que celebre con una sola voz los progresos que experimenten.

460

A Libanio[660] (355/6)

Hiciste muy bien en callar cuando era lo mejor y en hablar cuando era preferible hacerlo, resucitando así los bellos pensamientos de Pitágoras. Antes sentía admiración por 2
ti, pero ahora te aprecio. Y si alguna vez tengo ocasión de verte, lo tendré por la mayor dicha del mundo.

461

A Helespontio (355/6)

Fue un castigo para el orador no haber dispuesto de un oyente tal. Porque a ti no te faltará un orador más diestro, pero nosotros no encontraremos juez más propicio. En cuan- 2
to a tu hijo, aunque lo esperamos desde mucho tiempo atrás, aún no lo vemos a pesar de que ya es un jovencito y tenemos amistad con su padre. Le recibiría el lugar que también acogió a su progenitor.

---

[660] Ésta es la única carta enviada a este filósofo pitagórico homónimo de nuestro sofista.

462

A Eusebio (355/6)

Yo mismo he estado enfermo durante el verano y Albanio a finales del otoño. La culpa de que ambos hayamos convalecido la tienen las tareas relacionadas con la retórica.
2 Tú por tu parte, si alguien no sabe qué hacer por creer que nos trasladaremos de la ciudad[661], convénceles de que nos quedaremos aquí, ya que los que tienen el mando así lo han prescrito y hemos descubierto un medio gracias al cual nos será posible quedarnos aun contra su voluntad.

463

A Temistio (355/6)

Creo que el noble Macedonio te ha anunciado nuestras fatigas y las respuestas de aquél[662]. Pues no dejaba de interesarse por ti y no ignoraba ninguna de nuestras preten-
2 siones. Si también es preciso que oigas de nosotros sus palabras textuales, las transcribiremos. Cuando eran pronunciadas estaba presente Eustacio y no faltaba Herennio. «Yo —decía— no le reprocho nada, pero si él tiene el pleno convencimiento de que he cometido alguna falta, cuando
3 nos encontremos lo confesará.» Esto es exactamente lo que dijo. Tú encárgate de acoger con cariño a este Agrecio,

[661] Todavía no tiene asegurado Libanio el permiso imperial para quedarse en Antioquía.

[662] Estrategio Musoniano.

que se presenta para pedirte el dinero[663]. No lo desprecies haciéndole regresar con las manos vacías.

464

A Focio (355/6)

Es muy grato para nosotros verte de gobernador, pero no lo es menos oír hablar de la virtud con que ejerces el mando. Y no tiene nada de extraordinario que siendo discípulo del noble Estrategio ejerzas el poder con nobleza. Por tanto, si 2
estuviese ahí con vosotros, me construiría una casa, pero en las circunstancias actuales hazme el favor de exigir en mi nombre ese dinero del que hace tanto tiempo estoy privado y envíamelo. No nos parecerá que hemos recibido una deuda, sino que se nos ha hecho un regalo.

465

A Hieracio[664] (355/6)

A éste la divinidad le concedió una cosa, pero le negó la [*otra*[665],

dijo alguien sobre otro que rogó dos cosas. Y también en este caso a ti se te ha concedido una cosa y la otra no. Pues

---

[663] Los atrasos que tenía que cobrar Libanio de su salario como profesor de Constantinopla. Cf. *Carta* 454 y la epístola siguiente.

[664] Tiene dos nietos, hijos de Diomedes y su hija. Uno de ellos, Diofanto III, es bueno, pero el otro es un desastre.

[665] *Il.* XVI 250.

Diofanto pone mucho interés en ser prudente y en aplicarse a los estudios de retórica, y en ambos aspectos tiene un comportamiento que debería llenar de contento a su padre.
2 Pero el otro más hubiera valido que no hubiese nacido. Por tanto, que la maldad de éste no perjudique la virtud de su hermano, ni atribuyas a ambos lo que nos es de ambos. Sabe que uno es bueno, pero que el otro no quiere serlo.

466

A Hierocles (355/6)

Has recibido una herencia paterna muy escasa, y lo que has ganado ejerciendo como abogado lo has gastado ejerciendo como juez, de modo que, en lugar de dinero, te ha
2 quedado la fama. ¿De dónde, pues, has sacado este dinero que me has enviado? Si te has encontrado un tesoro, dímelo y lo aceptaré. Pero si no lo has hallado, lo aceptaremos cuando suceda algo así.

467

A Baso (355/6)

No desconocemos tus esfuerzos en favor nuestro y te llega de nosotros una recompensa mayor que la cual no podrías desear. Pues estamos tratando de hacer que tu hijo sea tan excelente, que todos pensarán que se parece a su abuelo
2 y a su tío, y hará enorgullecerse a su padre. Por tanto, mantengamos ambos la misma actitud y honrémonos siempre mutuamente lo más posible.

468

A Marciano (355/6)

La amistad que ha surgido entre tu hijo y yo es para mí lo más agradable de todo, puesto que, además de ser un orador capaz y un buen hombre, no es inferior mi amistad con él al hecho de que me lleguen cartas tuyas sobre estas cuestiones. Pues sobre un noble asunto me han llegado epístolas hermosas de una boca que siempre está en acción y que ha elaborado más discursos que nadie y más hermosos que numerosos. No te sorprendas si hace tiempo me escribiste y 2
yo lo hago ahora, pues tú tenías razones para estar optimista y yo para vacilar. El propio portador de esta carta vale más con diferencia que la carta propiamente dicha. Se trata de Sabino, ese apasionado de la retórica, ese granero de elocuencia. También te llega completo el coro de oradores, to- 3
dos excelsos, entre los cuales sé bien que, cuando te repongas de tu enfermedad, bailarás la danza de Pan al ver lo que anhelabas hace tanto: Estrategio en Fenicia investido de la dignidad que ostenta. Tu Prisciano estará al lado de su padre 4
para ayudarle a compartir su alborozo. Observarás cómo obtiene tu hijo la victoria cada vez que tome la palabra. Digna de Bérito es la ceremonia festiva que se prepara.

469

A Gorgonio (355/6)

Aquí tienes la oportunidad de hacerle un beneficio a todo el helenismo. Pues para Himerio[666] la enseñanza es su

[666] Se trata de Himerio 2, el famoso sofista bitinio.

vida, el lugar de sus clases es Atenas y sus bienes los tiene
2 en Armenia. Este hombre merece la más alta consideración, pero no consigue ni el más mínimo respeto, sino que ciertos Licurgos, abalanzándose sobre él, acosan a Dioniso[667], de modo que las posesiones que tiene allí se han convertido en botín de misios[668]. Y aunque el daño lo ha sufrido sólo en su hacienda, éstos no se dan cuenta de que cometen impiedad
3 contra el dios que nos concedió la retórica[669]. Por tanto, conviene que tú resultes ser uno de los que impiden, no de los que cometen, este tipo de actos. Es fácil para ti, que eres
4 asesor y compartes las tareas del gobernador. Muéstrales, pues, a los enemigos de las Musas que también hay algunos amigos de las diosas que son más poderosos que sus enemigos. Con una misma acción complace a los dioses helenos y hazles un favor a quien te escribe y a la persona a la que se refiere la carta. Enséñale a tu hijo Áquila que la oratoria no es algo despreciado.

470

A Elías (355/6)

La que tú denominas fama me parece a mí que se debe a Trajano, pues es él quien se convenció de que yo tenía alguna importancia y el que arrastra a muchos otros a compartir dicha opinión. Te agradezco que no pusieras como excusa para no escribirme el no haber recibido mi carta, sino que supieras separar mi responsabilidad de la maldad de los ser-

[667] Alusión a la célebre historia del rey Licurgo, que tuvo la osadía de atacar al dios Dioniso (cf. *Il.* VI 130-140).

[668] *Vid.* n. 294.

[669] Hermes.

vidores. Si no me compadeciera de los jóvenes a los que 2
educas en tu ciencia[670], nos apoderaríamos de ti y estarías con nosotros. Pero lo cierto es que hemos tomado la decisión de no negarles por envidia tu presencia durante el invierno y conservarte en el verano. En cuanto a nuestro ri- 3
ñón, si haces que cese el dolor nos habrás convencido de que vale la pena vivir, porque lo que es ahora, es una desgracia para nosotros no estar muerto.

471

A Hierocles (355/6)

Mientras aún te puedas dedicar a la vida contemplativa, preocúpate de la tierra y de edificar para que, cuando nuevamente tengas que ponerte a prueba, poseas recursos suficientes gracias a tus campos. En lo que se refiere al androceo, hay que adornarlo con la piedra laconia y hay que tratar de buscar el adorno también en otra parte[671].

472

A Meterio (355/6)

Creo que, en cierto modo, estás encolerizado con tu hijo. Pero si estás enojado porque no lo ves hace mucho tiempo, nos das motivos para alegrarnos. Pero si no es esto lo que te aflige, a nosotros sí nos entristecería que esta carga te resultase liviana. Por tanto, si con tu enojo a causa de su ausencia

---

[670] Elías es médico y profesor de medicina.

[671] Es decir, en la filosofía, como se dice al principio de la carta. Sobre la excelencia de la piedra laconia, véase PAUSANIAS, II 3, 5 y III 21, 4.

pones de manifiesto tu condición de padre, nos dejas encantados, pero si es otra cosa distinta lo que le reprochas, estás
2 totalmente equivocado. Y que la presente sea para ti señal de su disciplina. Pues ni me sería posible descuidarme de tu hijo ni, preocupándome, que no me enterase de lo que ocurre. No es propio de mí tampoco hacer alabanzas de aquel
3 que descubrí que no es honesto. Por consiguiente, si debe ser castigado por su padre el joven que se ha hecho amigo de los que entre nosotros tienen buena reputación, que entonces reciba Meterio su castigo, pues ése es su caso. Pero si tú mismo rogarías a los dioses que esta ciudad no fuese para él peor que la que le vio nacer, cambia de actitud y felicítale por estas acusaciones.

473

A Aristéneto (355/6)

No me creería que no has recibido la carta[672] que te llevó Clemacio. Aunque busco la causa de que no nos hayas escrito respuesta alguna, no consigo verla, a no ser que la obsesión por el recuerdo de tu mujer te aparte de todo lo
2 demás. Precisamente por este motivo tenías que escribirme, para que me explicaras cuán virtuosa era tu mujer, pues creo que parte de los honores debidos a su memoria consisten en hablar de ella. Mucho más la honrarías así que actuando
3 como lo estás haciendo. Sobre este particular harás sin duda lo que te parezca mejor. En cuanto a nosotros, las enfermedades que fingimos padecer para salir de allí las estamos sufriendo realmente aquí[673]. De modo que antes aborrecíamos

[672] Se trata de la 430.

[673] Constantinopla y Antioquía respectivamente.

un lugar y ahora la propia vida. Porque además de mi cefa- 4
lea, una nefritis nos asedia lanzándose unas veces con mayor ímpetu, otras moderadamente, pero siempre causándonos alguna molestia. Buscamos todos los medios para hallar alguna curación, pero siempre triunfa el mal y, como se dice[674], mi riñón es un mortero sobre mi cabeza. Mas, a pesar de todo, intentemos que esto no nos impida escribir. El he- 5
raldo que te informará de lo uno y lo otro será Meterio, que, pudiendo sustituir su patria por nuestra ciudad y a sus conciudadanos por los amigos que tiene aquí, se ve arrastrado de vuelta a Bitinia por ti, dejando tras de sí entre los sirios un increíble deseo de volver a verle. No dejes que su anciano padre ignore esto ni que, sabiéndolo, persista en su ira[675].

474

A Alcimo (355/6)

A duras penas logró Meterio salir furtivamente de nuestra ciudad sin ser visto, pues como tenía muchos admiradores, se le vigilaba más de cerca que a Aristodemo[676]. También yo era de los que deseaban que se quedase en la ciudad, pues en parte estaba aquí por nosotros. Son muchas las ra- 2
zones por las que deberías ser benévolo con él: los derechos de su patria, tu intimidad con su familia y el hecho de que la

---

674 Cf. SALZMANN, 61.

675 Véase la carta anterior.

676 Para esta expresión, véase *Disc.* I 16 y las notas de A. MELERO (pág. 75 del vol 290 de esta colección) y de MARTIN-PETIT (*Libanios. Autobiographie...*, pág. 212). Ignoramos qué personaje puede ser este Aristodemo, pero no encaja con el contexto que sea el afeminado de la comedia o cualquier otro Aristodemo conocido: como señalan los autores citados, debe de tratarse de algún joven de proverbial belleza.

retórica que posee sea un don tuyo. Añade también, si lo de-
3 seas, el celo que el jovencito nos muestra. Considerando to-
dos estos factores, convence a su padre para que no se tome
como una afrenta de su hijo el que se haya ganado un buen
nombre entre nosotros. Me causaría un gran disgusto que,
siendo Meterio intachable en todos los aspectos, se pensara
que es un malvado porque sintió veneración por los sirios y
4 se ganó de ellos idéntico sentimiento. Por eso, si este chico
encontrase en ti un aliado, sería él quien hiciera reproches y
no el acusado. Te diremos que las cosas no nos van mal, pe-
ro en lo que a mi cuerpo se refiere, ni siquiera podemos de-
cirte que nos va mal.

475

A Lampecio (355/6)

Me hubiera gustado que a tu casa no le hubiese ocurrido
calamidad alguna, pero ya que así les pareció a quienes ma-
nejan los asuntos humanos, haces bien en soportar la des-
2 gracia con moderación. Este Meterio que tienes ante ti ha
tenido ocasión de disfrutar un poco entre nosotros y de apli-
carse al trabajo la mayor parte del tiempo, pues se regalaba
con los encantos que tenemos aquí y disfrutaba de ellos al
lado de los que se ocupan de los asuntos públicos, que son
precisamente quienes le han cerrado en numerosas ocasio-
3 nes la oportunidad de regresar. Por tanto, debería elogiársele
por lo primero, pero no se le debe aborrecer por su demora.
Pues, a buen seguro, también entre vosotros los mayores no
desdeñan las carreras de caballos (pues más decoroso es pa-
4 ra mí decirlo así que como me es posible hacerlo). Por tanto,
si la actitud de su padre es la de que no hay nada que repro-

charle, pondera su buen juicio. Pero si cree que debe censurarle, entonces hazle cambiar de opinión.

476

A Temistio (356)

Reconozco que no te escribo a menudo, pero la causa está en vosotros. De modo que incluso ahora me asombro de escribirte. ¿Que cuál es la falta que habéis cometido y por la que nos forzáis a guardar silencio? La de que, carta que recibís, al instante se conoce su contenido aquí[677]. Y encima, mientras traicionáis a Zeus Filio, creéis que corréis peligro en el cuerpo de un cario[678]. Por tanto, es obvio que enseñáis 2
mis cartas en el ágora y un viento se la lleva por los aires desde ese lugar. Luego, abatiéndose sobre esta ciudad, levanta un oleaje por encima de nosotros y causa los estragos que Macedonio, que lo sabe, podrá explicar si se le pregunta. Como aquel estropicio nadie podrá subsanarlo, os ruego 3
que no suméis una segunda calamidad a la anterior. Cuando me exhortáis a no olvidarme de los amigos cuando las cosas me van bien, tú mismo tienes el aspecto de haberte olvidado de los tuyos. Porque desde antiguo sabías que a mí nunca 4
me ha atraído ninguno de los bienes que la gente común considera estimables, y ahora no das tu brazo a torcer aunque muchas veces me reprochabas que no me pareciera dig-

[677] Según parece, Temistio 1 y Andrónico 3 (*vid.* carta siguiente) han dado a conocer el contenido de sendas cartas que Libanio les envió, lo que puso a nuestro sofista en un compromiso con Estrategio Musoniano, a quien posiblemente se aludía en las misivas.

[678] Cf. ZENOBIO, *P* III 59, y PLATÓN, *Laques* 187b. Buena parte de los mercenarios y de los trabajadores manuales de la Grecia Clásica venían de Caria, de ahí el menosprecio con que son tratados en la literatura.

no cultivar el poder de los magistrados, costumbre que ahora es tanto más preservada cuanto mayor es el motivo que
5 mi patria me da para mostrarme animoso. Y por mucho que mi disposición anímica me llevase a considerar esta intercesión mía como una ventaja, ahora la influencia la tienen otros, los mismos que me la quitaron a mí. Por tanto, búscate a otro que lleve a cabo vuestra reconciliación[679], pues mucho me temo que si pongo mano al asunto resulte ser un Acesias[680].

477

A Andrónico (356)

¿Qué es lo que has hecho, Andrónico? Te he escrito; has mostrado la carta a otros, éstos la han pregonado por aquí y has propiciado el comienzo de una guerra. A continuación, pese a haber cometido una falta tan grande, en lugar de pedir disculpas, me haces reproches. Y tal vez me llamas malvado porque te escribo «cuando relampaguea por Harma»[681], aunque deberías asombrarte de que haya tenido el
2 valor de escribirte. Por tanto, si me prometes que ahora sí serán «áticas las eleusinas»[682], volveremos a escribirte, pero si vas a publicarlo todo delante de los héroes epónimos para

---

[679] Entre Temistio y Estrategio, como vimos en la *Carta* 463.

[680] El pésimo médico que vimos en la *Carta* 316.

[681] Cf. Estrabón, IX 2, 11, Plutarco, *Charlas de sobremesa* V 679c y Salzmann, 33. Harma era un demo del Ática cercano a File en cuya dirección se miraba en busca de un resplandor que sirviera de señal para enviar una ofrenda a Delfos. El hecho era excepcional y poco frecuente.

[682] Es decir, secretas, pues sólo los atenienses acudían a las fiestas de Eleusis. Cf. Zenobio, *PII* 26. Los héroes epónimos son, evidentemente, las estatuas que había en el ágora de Atenas.

todo el que quiera enterarse, coincidirás con nosotros en que prefiramos guardar silencio.

478

A Silano (356)

Si has tenido ya un encuentro con Clemacio es lógico que estés plenamente informado por haber sido invitado a la boda. Pero si este encuentro no se ha producido aún, cuando suceda oirás el relato completo y al instante afirmarás no que me he esforzado menos, sino más allá de toda medida.
Cuantos creen que tenemos influencia pero que no tengo 2
voluntad experimentan un sentimiento comprensible, pues piensan que gozamos de las prerrogativas que en buena lógica deberíamos tener. Que éstos se metan en la cabeza las reflexiones filosóficas que hace Eurípides[683] sobre las expectativas humanas y se darán cuenta de que en nosotros no
todo es digno de reproche. Es lo que he repetido en numero- 3
sas ocasiones: en absoluto soy yo dueño de ese hombre[684], pero tú sí lo eres, y mucho, de mi voluntad. Por tanto, hazle con nosotros una petición honesta convencido de que compartirás los privilegios en los que nos encuentres poderoso.

479

A Higino (356)

Si por fuerza debía padecer de los riñones, tenía que haberme sucedido ahí con vosotros, no porque el hecho de

[683] En *Fenicias,* 397.

[684] Dionisio 3, como se deduce de la *Carta* 433.

perseverar en mi enfermedad me cause cierto placer, sino porque, si tu ciencia me asistiera de cerca, la enfermedad se habría curado. Si ahora tuviera a mi disposición al mejor médico no necesitaría uno, pero como no tengo la posibilidad de que me atiendan los que merecen tal designación, si-
2 go enfermo. Pero, aunque estás ausente, puedes darme tu protección por correo. Así pues, es muy importante que me muestres un solo remedio que libre a tu camarada de este mal.

480

A Araxio (356)

Retorna a la bella ciudad[685] la razón por la que se le da tal apelativo y ahora vuelve a ser realmente afortunada cuando el Senado valora positivamente lo sucedido, el pueblo no es oprimido y las leyes, los buenos sentimientos, la serenidad y la dulzura —cualidades que se reúnen en ti—
2 someten todo a examen. Si no supiese perfectamente que de allí vendrás hacia aquí después de haber obtenido todos los éxitos, pensaría que al cambiar de ciudad[686] me he infligido un castigo a mí mismo. Pero lo cierto es que, como veo el rumbo que llevan las cosas y hasta qué punto progresarás, no tengo ningún reproche que hacerme, pues compartirás el
3 más ilustre destino. Cuando íbamos a pedirte que no permitieras que me quedase privado de los míos, en cuyas manos llevo un año enfermo, recibimos cartas de nuestros amigos y conocidos en las que nos indicaban que el Emperador ha

[685] Araxio acaba de recibir el nombramiento de gobernador de Constantinopla.

[686] Como sabemos, Libanio dejó Constantinopla por Antioquía.

tomado la decisión de dar permiso al enfermo y que otro se
ocupe de la tarea. Por eso hemos encomiado su afabilidad y 4
a ti te escribiremos para pedirte por otros, toda vez que este
problema lo tenemos felizmente resuelto.

481

A Demetrio (356)

A otro Tántalo le escribes tales cosas, pues también es-
toy yo mismo sediento de tus manantiales; los veneros están
cerca, pero no nos dejas beber de sus aguas y, para colmo, te
crees con derecho a tomar de las nuestras. Y buena razón
tendrías para darnos a probar las tuyas, pues tú, que deseas
recibir, se las enviarías a quien te aprecia. Aquel hombre[687] 2
que dices que se ha leído un libro que le has entregado no
tiene nada de extraño que lo hiciera de buena gana, pues
guardaba en la memoria lo que había leído mucho tiempo
atrás. Porque antaño nos ensalzaba en lugar de someternos a
prueba, y eso que era hábil a la hora de hablar y mejor
cuando examinaba a otros. Pero, a pesar de ello, cada vez
que se aplica a algún pasaje de mis obras, de inmediato ese
noble crítico se vuelve cordel blanco[688]. Te explicaré por 3
qué le sucede eso. Ariténeto, un hombre de Bitinia, era su
compañero de clase en Atenas y adquirieron ambos una
amistad igual a la que se celebra que os une a vosotros.
Desde entonces, lo que agrada a uno tiene el beneplácito de
ambos, pues aquél sigue a éste y éste a aquél. Por eso, cuan- 4

---

[687] Acacio 7.

[688] Cf. ZENOBIO, *P* IV 89, y PLATÓN, *Cármides* 154b. Se usaba este refrán a propósito de quienes nada comprenden, porque el cordel blanco sobre el mármol blanco no es visible y no da información alguna.

do a Aristéneto se le ocurrió considerar que yo no era malo, Acacio ya no tenía la posibilidad de dejar de tenerme por diestro. De modo que cuantas veces ayudaba a la pronunciación del discurso, al tono de la voz, a la gesticulación y a los demás procedimientos que muchas veces hizo que se tomaran por adecuados aunque no lo eran, todo ello formaba parte de este pacto que tenía con Aristéneto. Si la necesidad no le hubiese constreñido a ello, sin lugar a dudas lo habrías
5 visto burlarse. Sin embargo, este hombre, ya sea justo o no, nunca podría parar de elogiarme. Así es que haces bien al bajarle los humos a este desvergonzado haciéndole saber que no hay que resistir los frenos[689]. Sin embargo, no haces bien al tratar a los megarenses[690] igual que a quienes están con vosotros, pues los primeros no reclamaban que se les aplicara el remedio, pero la necesidad de los tuyos la conoces.

482

A Araxio (356)

La carta que precede a la presente te la llevaron unos hijos de Baso, cuyo padre es ilustre. Este Malco que se presenta ante ti no posee nada semejante, aunque sus verdaderas cualidades con incontables: prudencia y moderación, así como su afán y el cultivo de la elocuencia. Este hombre no

---

[689] Cf. Platón, *Fedro* 256a. Los frenos que la razón, representada en la metáfora platónica por el auriga, impone a la pasión amorosa.

[690] Aunque no sabemos exactamente a qué se refiere el final de la carta, el sentido está claro: Demetrio 2 descuida a sus conciudadanos para atender las necesidades de gente de fuera. Según el proverbio, son «megarenses» quienes lloran una desgracia ajena como propia, aunque no les afecte (cf. Zenobio, *PV* 8).

esperaría recibir un beneficio si con ello causara enojo, pero una vez lo ha recibido, antes se olvidaría de su propio nombre que del favor. Es una persona tan excelente que, cuando 2
al pedirme que le entregase cartas de recomendación a mis conocidos de ahí le dije que también le daría una dirigida a ti, inclinó la cabeza al suelo y se puso colorado sin decir palabra, evidenciando con ello que deseaba llevarla consigo, pero que no se consideraba digno de hacerlo. Precisamente por ese mismo detalle me parecía que merecía recibirla, porque no ignoraba la ventaja de llevarla. Así pues, de tal 3
naturaleza es el carácter de nuestro Malco. Que también es afortunado lo demuestra la presente ocasión, pues sin duda verá tu bella ciudad aún más hermosa bajo el gobierno de esa divina cabeza, que admite todo lo que sea honesto y rechaza lo que es peor.

483

A Temistio (356)

El motivo por el que estaba tan remiso a escribir lo has conocido por la carta[691] —si es que la has recibido— que te envié por medio de los hijos de Baso. Que este Malco que ha llegado a vuestra ciudad no se convirtiera en amigo tuyo, me parecería insólito. Porque, aparte de mi carta de reco- 2
mendación, este chico tenía la intención de buscarte nada más desembarcar y es obvio que lo recibirías al acercarse a ti con la mayor amabilidad posible y que con diferencia era más agradable el encuentro por ser yo el concertador del mismo. Así es que Malco se pone en marcha muy informa- 3
do sobre ti, pues parte de la información la ha recibido de

[691] La 476.

mí y parte de otros que se lo explican a los demás después
de haberles informado yo. Sobre esta persona me limito a
escribir lo siguiente: es honesto como ningún otro y retórico
4 no menos que honesto. Haz que la ciudad sea para él tan
buena que pueda bendecir su viaje. O mejor, no tienes que
hacer ningún otro esfuerzo, sino que ya habrá sacado el ma-
yor partido posible de su viaje si tan sólo le haces a este
hombre el favor de considerarle tal y como es y de inscribir-
lo en el círculo de tus íntimos.

484

A Andrónico (356)

Malco nos testimonió su admiración y nosotros le entregamos nuestro afecto. Puesto que lo primero lo tiene en común contigo, acompáñanos en lo segundo: considéralo una persona noble, ten confianza en su carácter, échale una mano cuando tenga dificultades y ayúdale en lo que puedas personalmente y por mediación de la ciudad entera. Pues me he enterado de que por fortuna tienes influencia en la ciudad.

485

A Higino (356)

En mi deseo de hacer de guía para Malco explicándole cuáles son las cosas más nobles que hay en vuestra ciudad, ¿cómo iba a pasarte por alto a ti que, aunque eres de utilidad para tus amigos como cualquier otro, además aportas algo que el resto no puede: poner sanos los cuerpos gracias a tu

ciencia? Por tanto, consérvanos sano a este camarada y 2
comparte sus esfuerzos para que consiga lo que ansía. Es del todo necesario que el hombre bueno desee cosas hermosas y no problemas, pero tú tienes suficiente influencia como para protegerle si éstos llegan.

486

A Silano (356)

Malco te pondrá al tanto de cómo van mi salud y mis negocios. Cuando seas informado, deberás meditar sobre tus propios asuntos. Y sin embargo, ¿para qué hay que seguir dándole vueltas a lo que está decidido desde hace tiempo?
Con todo, te doy la oportunidad de reconsiderar tu deci- 2
sión[692], pues estoy convencido de que al mismo tiempo te parecerá decoroso y conveniente que en Siria podamos aprovecharnos de la ciencia de Silano.

487

A Teodoro[693] (356)

Ahora puedes llamar arroyuelo al Nilo, toda vez que has afirmado que se te tiene en poca estima. Te damos crédito en todo lo que dices menos en esto. Pues tal vez para ti sea decoroso no hacer tu propio encomio, pero en nuestro caso,

---

[692] Véase la *Carta* 433, donde Libanio le pide a Silano 1 que visite Antioquía.

[693] Según los autores de la *PLRE* (pág. 897), este Teodoro 7, sofista educado en Atenas, puede ser el mismo Teodoro a quien Juliano nombró sumo sacerdote de Asia en el año 362.

¿cómo va a estar bien que se piense que no conocemos to-
2 das las cualidades que hay en tu persona? Pues, ¿no eres
aquel Teodoro que a costa de grandes esfuerzos adquirió
una excelente formación retórica en Atenas? ¿No eres tú
quien refulgía ante los de fuera por los conocimientos que te
llevaste de esa ciudad y nos serviste de estímulo con el dis-
3 curso forense que pronunciaste? Me maravilla que no te
hayas dado cuenta de que, al decir que no tienes grandes co-
nocimientos y cuando mandas cartas tan sublimes, eres sor-
prendido en flagrante mentira, pues lo que has escrito con-
4 tradice por completo el contenido. Hasta tal punto es esto
cierto que, aun cuando lo desearas profundamente, ni aun
así podrías decir algo que no fuera hermoso. En cuanto a los
jóvenes que nos recomiendas, les tenemos afecto porque
también por su cuenta nos invitan a ello por los deseos que
muestran.

488

A Adamancio (356)

Si este hombre no hubiese venido de Chipre para con-
vertirse en un problema para ti, de todas formas habría ve-
nido otro de Eubea o de Esciros. No estoy diciendo que
hayas mentido en este caso presente, sino que, aunque no
hubiera sido así, no te faltaría pretexto para hacernos alguna
2 acusación. Y por supuesto que me amas más que el padre de
Telémaco a Ítaca. De acuerdo; no estoy querellándome con-
tigo por lo que al afecto se refiere, pero la indolencia que he
visto en ti en grandes cantidades no te permite, no ya nave-
gar sobre una balsa, sino ni siquiera dejar atrás las puertas
de la ciudad. Aquellos grandes esfuerzos que hiciste, los

discursos y la velocidad de tu lengua, todo ello va a serte de
gran utilidad[694], pues más vale decirlo así. Y luego crees 3
que para vivir te basta con quererme, pero no ves que es to-
talmente absurdo que quieras a otro y a ti mismo no. Pero 4
¡oh tú que sabes hablar pero no quieres!, decídete a tomar la
palabra. Ciertamente, hay muchos tribunales por doquier,
unos más importantes y otros menos. Y si te sientes atraído
por los más importantes, ven aquí, hazte ilustre y regocíja-
nos el alma. Igualmente, también animarás de cerca a tus
parientes no sólo de palabra, sino también con actos.

489

A Olimpio (356)

Me reprochas que guarde silencio a pesar de que la pri-
mavera invita a que los pájaros entonen sus cantos. Pues mi-
ra, también yo tomo la palabra, ya que has hecho que mi
correspondencia se haya tornado primavera. Pues me permi- 2
tirás llamar invierno al miedo por mi traslado y don de la
primavera al cese de este temor. Por boca de muchos me en-
tero de que he salido airoso en el empeño[695] y ojalá reciban
bienes sin medida los que han colaborado de alguna forma
para lograrlo. Pero si quienes disfrutan de las ventajas de los 3
ríos con razón les estarían agradecidos a las fuentes, tam-
bién hay que atribuirte a ti la intervención de todos éstos.
Pues, en mi opinión, todo ha brotado de tu voluntad. En 4
efecto, todo lo has cumplido a satisfacción mía, pero a aque-

---

[694] Entiéndase en sentido irónico, pues, como vemos, Adamancio 1 no aprovecha sus destrezas.

[695] Nueva referencia al traslado de su cátedra de Constantinopla a su ciudad natal.

llos males que sabes que aquejaban a mi cabeza ha venido a sumarse otra desgracia cruel y persistente que tu mano debería atajar, pues las de los demás médicos han sido derrotadas. Ahora me encuentro postrado por culpa de los riñones y miro tu llegada como mi única esperanza. Mejor dicho, aunque sea por carta, divino amigo, ayúdame y préstame tu socorro por escrito para que pueda salvarme y los médicos aprendan de qué modo hay que desterrar este dolor.

490

A Daciano (356)

Si me hubieses enviado una carta sin habernos prestado antes ninguna ayuda, te habría considerado uno de mis máximos benefactores. Pero en realidad no sólo nos amparabas con tu ayuda, sino que, tras salvarnos, nos has escrito, por lo que nos has sido útil con lo primero y nos has colmado de honor con lo segundo, acumulando así un bien tras otro. Como dice el refrán: «flautas después de la lira[696]».
2 Así pues, los demás se llenaban de admiración a mi alrede-
dor[697], aplaudían y no paraban de referirse a tu divina cabe-
za. Y yo dije jactándome: «Ni aun queriendo le es posible
3 despreocuparse de mi seguridad.» Como estuvieran perple-
jos sin saber lo que significaban mis palabras, enumeré tus
favores: el primero, un segundo, un tercero y los restantes
que bien conoce el beneficiado y ha olvidado su autor. Lue-
go les preguntaba si a Posidón no le importaría ver cómo el
carguero que llevó a salvo a través de extensos piélagos se
destroza en el puerto. «Tampoco él lo permitirá —prose-

[696] Cf. SALZMANN, 60.

[697] Posiblemente mientras leía la carta de Daciano.

guí— y ya veréis cómo este hombre seguirá sacándome del
peligro hasta el final emulando su propio ejemplo.» En efec- 4
to, en ambos aspectos me has permitido y me permites dor-
mir tranquilo. Y seguirás haciéndolo. En cuanto a Antíoco,
le felicito por los elogios que le hacías en tu carta, y le feli-
cito también porque es evidente que te conoce. Y te conoce
bien cualquiera que te tenga por el mejor de los que existen,
que es exactamente lo que Antíoco cree. Esta convicción la 5
considero una dicha para quien la tiene, porque quien opina
sobre los dioses lo que es menester, su creencia redunda en
su propio provecho. Así pues, nuestro Emperador es grande
por otros muchos motivos, pero sobre todo por la virtud de
quien comparte sus responsabilidades.

491

A Barbación (356)

Hacia comienzos de invierno te escribí[698] y el que se en-
cargó de llevarte la carta fue Clemacio, un hombre que ha
pasado aquí todo el verano y estuvo todo el tiempo hablando
maravillas de ti. Sin embargo, estaba instruyendo a quienes
no lo ignoraban, si no es cierto que «el cretense conoce el
mar»[699]. Tenía gracia verle cómo hacía memoria de tus glo-
rias gritando, lleno de entusiasmo y pegando saltos. Mien- 2
tras lo contemplaba en esa actitud me pareció sumamente
adecuado que mi primera carta te llegase de manos de un
hombre que me quiere a mí y que a ti no sólo te quiere, sino
que también te admira. Pero, según parece, no has recibido

[698] Véase la *Carta* 436.

[699] ZENOBIO, *P* V 30. El sentido del refrán es evidente y equivale al de llevar lechuzas a Atenas.

la carta, pues, habiendo escrito a mi tío sobre nosotros no habrías dejado sin carta al mismo a quien has otorgado el
3 permiso para quedarse aquí. Pero Clemacio dará algún día una explicación o bien cargará con un reproche. En cuanto a ti, ojalá levantes trofeos sobre los bárbaros en pago a tus esfuerzos por nosotros y que siempre goces del favor del Emperador. Nuestro pago es el elogio, pues nuestra fuerza radica en las palabras y, además, en que tus hijos[700] destaquen en el templo de las Musas.

492

A Anatolio (356)

Cuando escribía a los demás ensalzaba su buena disposición hacia mí, pero en tu caso estaba convencido, antes de que nadie me lo anunciara —y bien claro que lo hizo Antíoco—, de que tú también habías exhortado a aquéllos asis-
2 tiendo a Olimpio en la tarea. Sin embargo, no compartirás las alabanzas, pues otro no debe estarte agradecido por lo que hacías para complacerte a ti mismo. Pues como eres fenicio y has pasado parte de tu vida allí y parte entre nosotros, actuabas para que estuviera donde pudieras ver con frecuencia al hombre a quien te duele no ver y cuya con-
3 templación te colma de alegría[701]. Del mismo modo que si

[700] Según se desprende de este pasaje, los hijos de Barbación eran alumnos de Libanio.

[701] Anatolio 3 había sido procónsul de Constantinopla dos años antes, pero en el 356 se encontraba en Italia, pues había sido propuesto para hacerse cargo de la prefectura de Roma. No obstante, rechazó la oferta y se esperaba que regresara a su Fenicia natal. Así pues, estando en Antioquía, Anatolio podía visitar con más facilidad a nuestro sofista, lo que explicaría, según nuestro autor, su intervención a favor de su traslado desde Constantinopla.

removieses cualquier piedra en busca de oro no serías elo-
giado en la idea de que le hicieras un bien al oro, pues lo
harías para sacar provecho de éste, así es como todos los re-
cursos que has empleado para conseguir que me quede aquí
se explican por tu vivo deseo de tenerme y de atender a tu
propio interés. Esta es la broma que se me ha ocurrido para 4
darte ocasión de dar grandes carcajadas, como sueles hacer,
pero sabe que mi cuerpo, a causa de mi enfermedad renal,
ha llegado a un punto de debilidad tal que, aunque no se nos
hubiese cumplido nada desde allí, de todas formas esta des-
gracia me habría proporcionado la exención de mis obliga-
ciones. Pues ya hace un año y tres meses que este laberinto 5
me tiene sujeto a este mal, y me temo, mucho me temo, que
con el cuerpo se marchiten también los discursos y que por
ambos motivos mi aspecto te resulte deforme. Te habría 6
llamado para que vinieras aquí y te habría censurado por tu
ausencia, si no supiera que en Italia estás recogiendo un fru-
to que no es posible en otro lugar: el poderosísimo Daciano,
su voz, su inteligencia, bajo cuya influencia es del todo for-
zoso entregarse a la prudencia, toda vez que hasta acordar-
nos de él nos hace mejores y nos conduce a la sensatez.

493

A Juliano[702] (356)

Por otras razones vi con alegría a Ablabio, pero sobre todo porque me traía una carta tuya. Antes que hacerte al-

[702] Con esta carta dirigida al entonces césar Juliano termina del libro V de la correspondencia libaniana. Posiblemente acompañaba a la carta anterior, cuyo destino era, como hemos visto, Italia. Según parece, Juliano todavía no había entablado combate con los alamanes o bien aún no había llegado la información a Antioquía.

gún reproche nos odiaremos a nosotros mismos. Hasta tal punto has convertido en costumbre lo de hacernos prosperar que ya incluso soportas una guerra tan larga por no tolerar
2 que se hable de nosotros para denigrarnos[703]. Sin embargo, debes aprender a reírte y perdonar a los que para adular a uno dicen pestes de otro, pues viven de difamar y ésa es su
3 forma de vida, como remar es la de los marineros. Aquel sabio de cuyo carácter nos informó Ablabio —pues su nombre no podía decirlo— no nos ofendía por lo que decía, pero sí lo hizo en una sola cosa: que cuando se refería a mí lo hiciera atentando contra las reglas gramaticales y que, sin haber cometido delito alguno, me hallara yo en medio de un
4 país bárbaro. Por tanto, convéncele para que aprenda y no cometa semejantes burradas y que luego siga hablando mal de mí. O entonces tal vez no hablará mal, pero lo que es ahora este hombre sigue en sus trece. Pero si insiste en molestarte con sus injurias y te gustaría darle un escarmiento, lo tienes fácil: cuando comas, ciérrale tu puerta y mándale a comer a su casa. No busques un castigo mayor. Piensa que te está injuriando con su insolencia y que bebe tu vino en
5 perjuicio tuyo. Por tanto, aparta de ti esa lengua desenfrenada y revélame cómo se llama para que, cuando compongamos encomios en su honor, no sea celebrado anónimamente.

[703] Ignoramos la identidad de la persona que ataca a Libanio, pero si es el mismo de la *Carta* 506, se trataría de Nebridio 1, tío de Andrónico 3. Los términos empleados en dicha carta no encajan en absoluto con Estrategio Musoniano, lo que hace difícil que éste sea el tío de Andrónico, como postula Bouchery. Cf. *Carta* 399 y n. *ad loc.*

ÍNDICES

ÍNDICE PROSOPOGRÁFICO*

* Separado del índice de nombres, ofrecemos al lector este índice prosopográfico al que deberá acudir para identificar a los destinatarios de las cartas y a cuantos, siendo contemporáneos de nuestro autor, aparecen citados en dicha correspondencia. Las dos principales obras prosopográficas *(The Prosopography of the Later Roman Empire* y O. SEECK, *Die Briefe des Libanius)* identifican a los destinatarios y personajes mencionados en la correspondencia de Libanio añadiendo respectivamente un número arábigo y un número romano. Hemos abandonado la idea de adoptar aquí una numeración distinta para no generar mayor confusión al respecto. Tomada esta decisión, nos enfrentamos a un dilema: ¿debíamos elegir la numeración de Seeck o la de la *PLRE?* Al final hemos optado por una solución salomónica: si el personaje aparece en la *PLRE* le asignaremos la numeración arábiga que ofrece dicha obra. En caso de que sólo figure en la obra de Seeck, entonces llevará la numeración romana. Para facilitar al lector la tarea de localizar los personajes, entre paréntesis y separados por un guión ofrecemos el nombre y la numeración exactamente como aparece

tas 274 y 289. Citado en las *Cartas* 50, 259, 405, 429 y 454.

ACACIO 7 *(Acacius* 7 / *Acacius* III): Rétor pagano de Tarso, si bien se formó en Atenas. Padre de Ticiano, destacado alumno de Libanio, y suegro de Calicio. Pariente de Filóxeno 2. Recibe las *Cartas* 26, 44, 59, 60, 121, 127, 148, 190, 316, 338, 345, 371 y 373. Citado en las *Cartas* 326, 379 y 481.

ACACIO 8 *(Acacius* 8 / *Acacius* I): Gobernador pagano de Frigia antes del 361 y gobernador de Galacia en 361/2, sucediendo a Ecdicio. Recibió la *Carta* 298. Citado en la *Carta* 308.

ACONCIO *(Acontius* / —): Rétor armenio. Fue víctima de falsas acusaciones. Gobernador provincial antes del año 365. Citado en las *Cartas* 226 y 227.

ADAMANCIO 1 *(Adamantius* 1 / *Adamantius* II): Abogado capaz que se niega a ejercer su profesión. Tiene parientes en Antioquía. Recibe la *Carta* 488.

ADAMANCIO I (— / *Adamantius* I): Armenio y padre de Anatolio V. Visitó la escuela de Libanio en 358-9. Recibe las *Cartas* 32, 41 y 129.

AECIO 1 *(Aetius* 1 / *Aëtius* I): De origen antioqueno, abandonó la capital siria para incorporarse al Senado de Constantinopla. Recibe la *Carta* 76.

AGESILAO (— / *Agesilaus):* Curial de Ancira. Padre de Estrategio II y de Albanio, a quienes mandó estudiar con Libanio, y hermano o cuñado de Aquilio II. Recibe la *Carta* 444 y es citado en la *Carta* 140.

AGIANO: Desconocido. En el 360 le lleva la *Carta* 212 a Prisciano 1.

---

en ambas obras. Primero ofrecemos la identificación de la *PLRE* y, en segundo lugar, la de Seeck. La omisión de un nombre en primer o segundo lugar significa que el personaje no aparece en una u otra obra. Como es natural, en un libro como éste no hay espacio suficiente para recoger la información que nos ofrecen ambas obras prosopográficas, por lo que a ellas remitimos al lector que necesite más detalles. Tampoco creemos necesario dar información pormenorizada sobre emperadores (Juliano, Galo y Constancio II) o sobre otros escritores famosos, como Himerio o Temistio.

de Juliano, en el año 358. Era hijo de Juliano 14, hermano de Cesario 1 y padre de Hierocles 1. Su tío era Hierocles 3. Recibe la *Carta* 324.

AMBROSIO 2 *(Ambrosius* 2 / *Ambrosius):* De origen posiblemente bitinio, siguió las clases de Libanio o de Cleobulo 1. Ocupó un cargo indeterminado ya desde muy joven, en el año 359, fecha en la que visitó Antioquía. Recibió las *Cartas* 82, 182 y 457.

AMIANO 2 *(Ammianus* 2 / *Ammianus* II): *Agens in rebus* en el año 360. Citado en la *Carta* 233.

AMIANO 3 *(Ammianus* 3 / *Ammianus* I): De posible origen egipcio, tuvo gran influencia en la corte. Acabaría ejerciendo como gobernador de Eufratense en el 365. Recibió las *Cartas* 215 y 229.

AMPELIO 3 *(Publius Ampelius* 3 / *Ampelius):* Ilustre antioqueno cuyo *cursus honorum* nos ofrece Amiano Marcelino (XXVIII 4, 3). Visitó su ciudad natal en el año 357 y ostentó el cargo de gobernador de Acaya en el 359/60, época en la que coincidió en la corte con Elpidio 4. Pagano y poeta, alcanzó la prefectura de Roma en el 371/2. Recibió la *Carta* 208 y es citado en la 315.

ANATOLIO 3 *(Anatolius* 3 / *Anatolius* I): Ilustre fenicio natural de Bérito. Aunque era pagano tuvo una brillante carrera durante el reinado del cristiano Constancio II: consular de Siria en el 349, cargo durante el cual construyó numerosos edificios públicos en Antioquía; vicario de Asia en el 352; procónsul de Constantinopla en el 354; se le ofreció a continuación la prefectura romana, pero rechazó la oferta. Acabó su carrera ejerciendo la prefectura de Ilírico. Murió el año 360 y le sucedió en el cargo Florencio 10. Recibió las *Cartas* 19, 80-81, 311, 314, 333, 339, 348, 362-363, 391, 423, 438 y 492.

ANATOLIO 4 *(Anatolius* 4 / *Anatolius* II): Cilicio, padre de Apolinario 2 y Gemelo 2, y posiblemente también de Anatolio 9. Fue gobernador de Galacia antes del

Libanio y antioqueno, como él. Procede de una familia de oradores. Tenía una hermana y dos hermanos, uno de los cuales era Arsenio 2. Su único hijo, Arsenio 3, estudiaba con Libanio. A finales del 355 viaja a la corte formando parte de una embajada de la ciudad, con la esperanza de obtener del Emperador una ayuda económica para los Juegos Olímpicos de Antioquía que tenía que organizar el año siguiente. En el 359 se vio envuelto en el proceso de Escitópolis, pero salió absuelto. Citado en las *Cartas* 37, 439-440, 444-445, 490 y 492.

ANTÍOCO III (— / *Antiochus* III): Posiblemente originario de fenicia. Citado en la *Carta* 234.

ANTÍOCO 4 *(Antiochus* 4 / *Antiochus* IV): Médico que ejercía en Antioquía. Era pariente de Eulalio. Citado en las *Cartas* 230 y 328.

ANTONINO II (— / *Antoninus* II): Curial arruinado que tuvo que huir de su ciudad para evitar los gastos que se le exigían. Citado en la *Carta* 210.

ANTONIO: Campesino de Cirro citado en la *Carta* 174.

APELIÓN *(Apellio / Apellio):* De origen antioqueno, fue gobernador en Egipto antes del 355, luego lo fue de Bitinia ese año y de Cilicia en el 358. Recibió la *Carta* 372 y es citado en las *Cartas* 394-397.

APODEMIO: Desconocido. Citado en la *Carta* 431. Se encuentra en Antioquía en el 355.

APOLINARIO 2 *(Apolinarius* 2 / *Apollinaris* IV): Cilicio, hijo de Anatolio 4 y hermano de Gemelo 2. Discípulo de Libanio, acompañó a su padre cuando éste se hizo cargo del gobierno provincial de Fenicia en el 361. Recibió las *Cartas* 233 y 304. Citado en las *Cartas* 31 y 211.

APRINGIO *(Apringius / Apringius):* Curial de Antioquía y discípulo de Libanio. Ejerció la abogacía, como su padre. En el 360 se casó con la hija de Fraterno. Recibió la *Carta* 422 y es citado en la 150.

ÁQUILA 2 *(Aquila* 2 / *Aquila):* Hijo de Gorgonio 4. Citado en la *Carta* 469.

Citado en las *Cartas* 358, 482 y 483.

Bemarquio *(Bemarchius* / —): Sofista de Cesarea, rival de Libanio en Constantinopla. Sus intrigas casi le cuestan la vida a nuestro sofista. Citado en la *Carta* 206.

Berino: Compañero de estudios de Libanio, posiblemente de origen fenicio. Citado en la *Carta* 184.

Boeto: Dos Boeto, padre e hijo, parientes de Zenobio, antiguo maestro de Libanio, son recomendados por éste. Son parientes de Valente. Citados en las *Cartas* 118-119, 166, 322 y 420.

Cabiro: Amigo de Heraclides 4 y posiblemente egipcio. Citado en la *Carta* 229.

Calicio (— / *Calycius):* Hijo de Hierocles 3 y alumno de Libanio en 357/8. Se casó con la hija de Acacio 7. Recibe la *Carta* 379 y es citado en las *Cartas* 26, 346, 371, 373 y 380.

Caliopio 2 *(Calliopius* 2 / *Calliopius* I): Rétor antioqueno y profesor ayudante de Libanio en Antioquía y Constantinopla. En el 355 lo vemos como *memorialis* encargado de la correspondencia imperial en la corte y en el 359 fue asesor de Probacio 1. Del desempeño de este cargo tuvo que rendir cuentas ante Modesto 2. Antes del 360, llegó a ser senador de Constantinopla. También fue consular de Macedonia durante el reinado de Juliano, en el 362. Posiblemente era hijo de Magno 11. Recibe las *Cartas* 403, 410 y 442. Citado en las *Cartas* 114, 214-215, 220 y 441.

Caliopio 3 *(Calliopius* 3 / *Calliopius* V): Antioqueno, discípulo de Zenobio, abogado y profesor asistente de Libanio. Recibe la *Carta* 18.

Caliopio III (— / *Calliopius* III): Alumno de Libanio, hijo de Baso 5. Murió muy joven en el 364. Citado en las *Cartas* 359, 366, 467, 482-483.

Carisio: Notario de Cirro, hermano de Teodoto II. Citado en la *Carta* 152.

Carterio 2 *(Carterius* 2 / —): Armenio, de familia curial que gozaba de inmunidad en el desempeño de liturgias. Citado en la *Carta* 245 y posiblemente en la 235.

Atenas. Citado en la *Carta* 278.

DEMETRIO 2 *(Demetrius* 2 / *Demetrius* I): Importante sofista y curial de Tarso, en Cilicia. Intercambió con Libanio sus composiciones. Antes del año 358 ejerció como gobernador de Fenicia. Tuvo un hermano que murió en el 358; posiblemente se trata de Hierocles 3, en cuyo caso también sería hermano de Juliano 14. Además de su sobrino Calicio, otro estudiaba también con Libanio. Tuvo un hijo y una hija. Recibió las *Cartas* 23, 30, 33, 36, 47, 50, 57, 109, 128, 138, 186, 188, 243, 247, 258, 283, 341 y 481. Citado en las *Cartas* 24, 234, 379 y 390.

DIANIO (— / *Dianius):* Bitinio, pariente de Aristéneto 1. Alumno pagano de Libanio, que vivió en Antioquía alojado en la casa de su maestro. Tuvo que abandonar su patria y a su madre para evitar el ingreso en la curia de su ciudad, pero regresó en el verano del 358 aprovechando que Aristéneto era vicario. Ejerció como abogado. Recibió la *Carta* 281. Citado en las *Cartas* 282, 374-376 y 378.

DÍDIMO 1 *(Didymus* 1 / —): Profesor de origen egipcio de Libanio, al cual impartió clases en Antioquía. Su hijo, Retorio, estudió a su vez con Libanio. Citado en las *Cartas* 317 y 318.

DINAMIO: Se hizo amigo de Libanio en Atenas. Visitó Petra y fue portador de la *Carta* 321.

DIOFANTO III (— / *Diophantus* III): Hijo de Diomedes y una hija de Hieracio. Alumno de Libanio. Citado en la *Carta* 465.

DIONISIO 3 *(Dionysius* 3 / *Dionysius* I): Posible gobernador de Siria del 355, con el que Libanio tenía poca influencia. Citado en las *Cartas* 433, 454 y 478.

DIONISIO 5 *(Dionysius* 5 / *Dionysius* IV): Sofista, citado en la *Carta* 347.

DIONISIO 6 *(Dionysius* 6 / *Dionysius* II): Discípulo isaurio de Libanio. Unos bandidos asesinaron a su padre y lo dejaron en la miseria, pero consiguió rehacer su fortuna. Citado en las *Cartas* 319 y 426.

DIONISIO VII (— / *Dionysius* VII): Anciano y portador

nio. Fue también amigo de Juliano, quien le nombró prefecto o gobernador de Egipto a finales del 362. Estaba emparentado con Acacio 7, pues su sobrino, Filoxeno 2, era pariente de éste. Recibió las *Cartas* 45, 147 y 347.

EGERSIO: Desconocido. Es abogado, como Hermias. Citado en la *Carta* 151.

ELÉBICO *(Ellebichus / Hellebicus): Magister militum per Orientem* en el período 383/388. Libanio compuso un panegírico en su honor. Fue él quien formó, junto con Cesario 6, la comisión que investigó la Revuelta de las Estatuas del 387 en Antioquía. Destinatario de la *Carta* 2.

ELÍAS *(Elias / Elias* I): Doctor y profesor de medicina. Recibe la *Carta* 470.

ELPIDIO 3 *(Helpidius* 3 / *Helpidius* III): Estudió en Atenas e impartió clases de retórica en Palestina. Trató de obtener sin éxito una plaza de abogado en Constantinopla. Debía una suma de dinero a Libanio que se encargó de cobrar Naumaquio. Recibió las *Cartas* 213 y 421. Citado en las *Cartas* 299, 301 y 312.

ELPIDIO 4 *(Helpidius* 4 / *Helpidius* I): Paflagonio de origen humilde, llegó a ocupar las más altas magistraturas. Llegó a ser prefecto de Oriente en 360/1, puesto en el que se caracterizó por su humanidad y su buena gestión. Era muy impopular en el ejército y Juliano le salvó de ser linchado por las tropas. Citado en las *Cartas* 176, 192, 203, 208, 222-223, 226 y 230.

ELPIDIO 6 *(Helpidius* 6 / *Helpidius* II): De origen antioqueno, ocupó un cargo desconocido en la corte el año 355. Estuvo en la corte de Juliano en las Galias en 358/9 y luego regresó a Antioquía. Precisamente se convirtió al paganismo por influencia de Juliano y ocupó durante el reinado de éste el puesto de *comes rei privatae*. También le acompañó en su campaña contra los persas y conservó el puesto con Joviano. Recibió las *Cartas* 448 y 452. Citado en la *Carta* 35.

ENCRACIO: Desconocido, citado en la *Carta* 343.

de la construcción de un pórtico en Antioquía por orden del *comes* Modesto 2. Citado en la *Carta* 242.

ESTRATONIANO (— / *Stratonianus*): Pariente de Prisciano 1 y ciudadano de Eufratense. Su hijo estudiaba con Libanio. Recibe las *Cartas* 172, 187 y 201.

ESTRATÓNIDE: Hermana de Severo 9, citada en la *Carta* 309.

EUBULO 2 (*Eubulus* 2 / —): Sofista y curial de Antioquía, rival de Libanio desde que se éste regresó en el 354 hasta el 362, fecha en la que se marchó de la ciudad. Citado en las *Cartas* 119, 173, 289, 405 y 454.

EUCROSTIO (*Euchrostius* / *Euchrostius*): Libanio intercedió ante él por Boeto. Posiblemente fue gobernador de Fenicia. Recibió la *Carta* 118.

EUDEMÓN 2 (*Eudaemon* 2 / *Eudaemo* II): Rétor de Antioquía, enseñó en colaboración con su antiguo alumno Harpocración. Citado en las *Cartas* 66, 364 y 454.

EUDEMÓN 3 (*Eudaemon* 3 / *Eudaemo* I): Egipcio de Pelusio, de familia pudiente, pero no rica. Era primo de Eunomo 2. Poeta y sofista, lo vemos ejerciendo en el 357 la abogacía en Elusa. En el 360 Libanio pide para él un salario oficial. Recibió las *Cartas* 167 y 255. Citado en las *Cartas* 108, 132, 164 y 315.

EUDOXIO I (— / *Eudoxius* I): Armenio, hijo de Cesario II y hermano de Cesario III, de menor edad que Eudoxio. Alumno de Libanio desde el 360, tuvo que abandonar sus estudios por la muerte prematura de su padre. Citado en las *Cartas* 248-250 y 288.

EUFEMIO 2 (*Euphemius* 2 / *Euphemius* I): Entre 360 y 363 ejerció un cargo indeterminado, *comes largitionum per Orientem* o *rationalis rei privatae*. A comienzos del 361 estaba en Cilicia y luego fue llamado por Constancio a Antioquía. Recibió las *Cartas* 185, 210 y 302. Citado en la *Carta* 258.

EUGNOMONIO (*Eugnomonius* / *Eugnomonius*): Compañero de estudios de Libanio en Atenas. Ejerció en 357/8 como *magister epistularum*. Recibe la *Carta* 382.

ra, pariente de Albanio. Recibe la *Carta* 462.

EUSEBIO XVII (— / *Eusebius* XVII): Alumno de Libanio en 361/2. Era de Mesopotamia y su padre era Pappo I. Citado en la *Carta* 305.

EUSEBIO XVIII (— / *Eusebius* XVIII): Él y su hermano Fausto I eran de Sinope y habían estudiado con Libanio. Recibe la *Carta* 178.

EUSEBIO 24 *(Eusebius* 24 / *Eusebius* XXII): En la *Carta* 321 se habla de un Eusebio que bien podría ser este sofista antioqueno, antiguo alumno de Libanio.

EUSEBIO 40 *(Eusebius* 40 / *Eusebius* II): Rétor y hermano de Eusebia, la esposa de Constancio II. Fue gobernador de Helesponto en el 355 y de Bitinia al año siguiente. Fue cónsul del año 359 junto con su hermano Hipatio. Recibe la *Carta* 417. Citado en las *Cartas* 457-459.

EUSTACIO 1 *(Eustathius* 1 / *Eustathius* II): Filósofo capadocio, discípulo de Jámblico. Visitó Antioquía en 355/6. Fue enviado como embajador a Persia en el 358. Era pagano y acudió a la corte de Juliano por invitación de éste. Recibió la *Carta* 123. Citado en la *Carta* 463.

EUSTOLIO (— / *Eustolius):* Originario de Apamea, amigo de Sópatro 2. Recibe la *Carta* 133 y Foerster le supone también destinatario de la 134.

EUSTOQUIO 3 *(Eustochius* 3 / *Eustochius* I): Abogado de origen palestino. Tenía posesiones en Fenicia. Citado en las *Cartas* 198, 200, 240-241.

EUTALIO I (— / *Euthalius* I): De origen presumiblemente cilicio, estaba emparentado con Libanio. Citado en la *Carta* 50.

EUTERIO 2 *(Eutherius* 2 / *Eutherius* II): Natural de Constantinopla, hizo carrera política gracias a sus conocimientos retóricos. Fue gobernador de Armenia en el 360 y de Augustamnica en el 361. Su hijo, Filopatris, fue discípulo de Libanio. Recibió las *Cartas* 130, 245, 250, 259, 269 y 292. Citado en las *Cartas* 106-107, 260, 262, 270 y 284.

EUTIQUIO: Estaba emparentado con Libanio. En la *Carta* 89

de Libanio. Recibe la *Carta* 178.

FILAGRIO III (— / *Philagrius* III): Armenio y padre de dos hijos que en el 359 entraron en la escuela de Libanio tras haber estudiado con otro sofista, posiblemente Acacio 6. Recibe las *Cartas* 89, 107, 131 y 176. Citado en la *Carta* 43.

FILAGRIO 5 *(Philagrius* 5 / *Philagrius* I): De origen capadocio, este ilustre funcionario ocupó altísimas magistraturas, como la prefectura de Egipto en dos períodos, 335/7 y 338/40 o el cargo de vicario de Póntica en 348/50. Citado en la *Carta* 372.

FILASTRIO: Curial de Cucuso (Armenia). En la *Carta* 275 se dice que es pariente del sofista Proheresio.

FILIPO 3 *(Philippus* 3 / *Philippus* II): Rétor y poeta capadocio. Antiguo compañero de estudios de Libanio. Destinatario de las *Cartas* 408 y 429.

FILIPO 7 *(Flavius Philippus* 7 / *Philippus* I): Importante prefecto de Oriente de Constancio, cargo que ejerció entre 344 y 351. Cónsul en el 348 y enviado por Constancio a Magnencio en el año 351 para negociar la paz. Su hijo era Simplicio 4. Recibió la *Carta* 392. Citado en la *Carta* 366.

FILOCLES: Amigo de Libanio, citado en la *Carta* 33.

FILOMÉTOR: Desconocido, citado en la *Carta* 402.

FILOPATRIS: Discípulo de Libanio, hijo de Euterio 2. Citado en las *cartas* 259, 260 y 262.

FILÓXENO 2 *(Philoxenus* 2 / —): Alumno de Libanio en 359/60. Sobrino de Ecdicio II y pariente de Acacio 7. Citado en las *Cartas* 26, 45, 60, 147 y 148.

FLORENCIANO: Desconocido, citado en la *Carta* 2.

FLORENCIO 3 *(Florentius* 3 / *Florentius* I): De origen antioqueno, fue *magister officiorum* de Constancio en 359/61. Fue condenado y exiliado por la comisión de Calcedonia tras la subida de Juliano al poder. Recibió las *Cartas* 48, 61, 71-72, 85, 97, 113, 124, 219, 246 y 351. Citado en la *Carta* 64.

FLORENCIO III (— / *Florentius* III): Desconocido destinatario de la *Carta* 17. Seeck

el 360. Destinatario de las *Cartas* 203, 222 y 268.

GERONCIO 2 *(Gerontius* 2 / *Gerontius* II): Armenio. Sucedió a Faustino 2 como prefecto de Egipto, cargo que ocupó en el 361/2. Recibió las *Cartas* 291 y 306.

GESIO 1 *(Gessius* 1 / *Gessius* II): Antiguo alumno egipcio de Libanio. Visitó a Barbación en la corte en el 355. Sobrino de Apelión. Citado en la *Carta* 436.

GIMNASIO 2 *(Gymnasius* 2 / *Gymnasius):* Originario de Nicea, fue gobernador de Siria en 355/6, posiblemente promovido al puesto por Estrategio Musoniano. Recibió la *Carta* 401.

GORGONIO 3 *(Gorgonius* 3 / *Gorgonius* I): *Praepositus sacri cubiculi* del césar Galo, fue juzgado en Milán juntamente con él, pero fue absuelto gracias a la influencia de los eunucos de la corte. Era amigo de Talasio 1. Citado en la *Carta* 16.

GORGONIO 4 *(Gorgonius* 4 / *Gorgonius* IV): Asesor del gobernador de Armenia. Era pagano y padre de Aquila 2. Destinatario de la *Carta* 469.

HARPOCRACIÓN *(Harpocration* / —): Rétor y poeta egipcio. Fue alumno de Eudemón 2 y más tarde profesor asistente suyo, primero en Antioquía y luego en Constantinopla. Citado en las *Cartas* 364 y 368.

HECEBOLIO 2 *(Hecebolius* 2 / —): Hijo de Ascolio. Gobernador en Egipto en el 361 y de Osroene en 361/3. Citado en la *Carta* 306.

HELADIO I (— / *Helladius* I): Gobernador de una provincia indeterminada. Destinatario de la *Carta* 10.

HELESPONTIO *(Hellespontius* / *Hellespontius):* Sofista de Galacia, cuyo hijo desea tener como alumno Libanio. Recibe la *Carta* 461.

HELIODORO IV (— / *Heliodorus* IV): Mentor de Herodiano 2. Citado en la *Carta* 307.

HEORCIO (— / *Heortius):* Padre de Temistio 2, alumno de Libanio. Vivió en Tarso en el 362. Libanio le reprocha que no envíe dinero a su hijo para los estudios. Recibe las cartas 12 y 428. Citado en la *Carta* 224.

HERACLIANO 2 *(Heraclianus* 2 / *Heraclianus* I): Rétor que

viaja a Constantinopla en el 363 para medrar en la corte de Juliano. Destinatario de la *Carta* 453.

HERACLIDES 4 *(Heraclides* 4 / —): Poeta y doctor pagano de Menfis. Citado en las *Cartas* 228-229, 291-292.

HERACLIO (— / *Heraclitus* II): Personaje desconocido. Seeck modifica el nombre siguiendo una conjetura de Wolf. Citado en la *Carta* 284.

HERÁCLITO I (— / *Heraclitus* I): Originario de Tiro, ocupa un puesto indeterminado en Antioquía, como leemos en la *Carta* 225.

HERENNIO: Desconocido. Posiblemente era un curial de Antioquía. Citado en la *Carta* 463.

HERMIAS: Desconocido. Es abogado, compañero de Egersio. Citado en las *Cartas* 151 y 225.

HERMÓGENES 3 *(Hermogenes* 3 / *Hermogenes* IV): Natural de Ponto, sucedió en la prefectura de Oriente a Estrategio Musoniano en el año 358, y ocupó el puesto hasta el 360. Estaba interesado en los estudios de filosofía. Citado en las *Cartas* 21, 40, 44, 49, 55, 95, 109, 127, 138, 140, 173 y 353.

HERMOLAO *(Hermolaus* / —): Curial de Asiana; su hijo se ocupó de sus obligaciones en la curia mientras compaginaba en Antioquía el ejercicio de la abogacía con las clases de Libanio. Citado en la *Carta* 203.

HERODIANO 2 *(Herodianus* 2 / —): Profesor ayudante de Libanio. Tenía modestas posesiones en Fenicia. Citado en las *Cartas* 216, 272, 307 y 454.

HESIQUIO II (— / *Hesychius* II): Antioqueno, padre de Celso 3, Eutropio I y de dos hijas que se casaron con Tiberio y Marco. Posiblemente es el mismo a quien Juliano encargara la restitución de los bienes robados a los templos. Citado en la *Carta* 372.

HESIQUIO 2 *(Hesychius* 2 / *Hesychius* IV): Amigo de Basiana, tía de Libanio y madre de Espectato. Su hermano, de nombre desconocido, posiblemente era *notarius*. Citado en la *Carta* 116.

HESTIEO: Padre de unos alumnos de Libanio. Sus herma-

nos fueron condiscípulos de Libanio. Vivió posiblemente en Cirro. En 359/60 ya había muerto, dejando a su viuda en una penosa situación. Citado en la *Carta* 144.

HIERACIO (— / *Hieracius):* Abuelo materno de dos estudiantes de Libanio, uno de los cuales era Diofanto III. Destinatario de la *Carta* 465.

HIERIO III (— / *Hierius* III): Cilicio de Tarso. Sus tres hijos, uno de los cuales se llamaba Peregrino, fueron a la escuela de Aresio antes de entrar en la de Libanio. Citado en la *Carta* 340.

HIERIO 4 *(Hierius* 4 / *Hierius* I): Fenicio de Damasco y pagano. Fue gobernador provincial antes del 360 y prefecto de Egipto en el 364. Citado en la *Carta* 195.

HIEROCLES 1 *(Hierocles* 1 / *Hierocles* II): Hijo de Alipio 4, el sobrino de Hierocles 3. Estudió con Libanio en el 358. Citado en la *Carta* 324.

HIEROCLES 3 *(Hierocles* 3 / *Hierocles* I): De origen cilicio, era tío de Alipio 4 y de Cromacio I, el cual se casó con su hija. Hermano de Demetrio 2 y de Juliano 14. Su hijo era Calicio. De profesión abogado, ocupó el cargo de gobernador de Arabia en el 343/4 y fue gobernador de Siria en el 348. Después se retiró a sus fincas y murió en el 358/9. Recibió las *Cartas* 346, 380, 390, 466 y 471. Citado en las *Cartas* 26, 30, 33, 40, 341, 371, 379 y 395.

HIERÓN: Hijo de Hiperequio II, citado en la *Carta* 262.

HIGIINO / HIGINO *(Hygi(ei)nus / Higienus):* Aunque aparece con dos variantes, posiblemente se trata de la misma persona, un doctor que practicaba su oficio en Constantinopla. Parece tener cierta influencia con Temistio 1 en la ciudad, por lo que parece probable que fuese médico del filósofo. Recibe las *Cartas* 25, 69, 78, 393, 479 y 485.

HILARIO 4 *(Hilarius* 4 / *Hilarius* II): Abogado natural de Capadocia. Perdió su hacienda por las intrigas de personajes poderosos. Libanio trató de lograr con las cartas 207 y 208 un puesto oficial para él.

Orientis Modesto 2. Citado en las *Cartas* 169 y 204.

LEONCIO 9 *(Leontius* 9 / *Leontius* IV): Compañero de estudios de Libanio, a pesar de lo cual mandó a sus hijos a estudiar con otro sofista. Era armenio, y su habilidad como sofista le hizo alcanzar importantes puestos dentro de la administración imperial, pues fue gobernador de Palestina en 362/3 y de Galacia en 364/5. Estaba emparentado con Cleópatro. Recibió las *Cartas* 43, 88, 94, 103, 106, 279 y 297. Citado en las *Cartas* 6 y 280.

LEONCIO X (— / *Leontius* X): Padre del fenicio Marón, en el 360 ya parece haber fallecido. Citado en la *Carta* 153.

LEONCIO XI (— / *Leontius* XI): Vivía en la provincia de Eufratense. Citado en las *Cartas* 201, 202 y 290.

LEONCIO 20 *(Fl. Domitius Leontius* 20 / *Leontius* I): Prefecto de Oriente de los años 340-344. Citado en la *Carta* 353.

LETEO I (— / *Letoius* I): De origen antioqueno, era hermano de Cinegio y primo de Crises. Citado en la *Carta* 146.

LETEO III (— / *Letoius* III): Armenio, tío de Leteo IV, que estudia en la escuela de Libanio. Recibe la *Carta* 104.

LETEO IV (— / *Letoius* IV): Armenio, como su tío Leteo III. Su madre enviudó, lo cual no evitó que pudiera estudiar en la escuela de Libanio. Citado en las *Cartas* 104 y 285.

LIBANIO 3 *(Libanius* 3 / *Libanius* I): Filósofo pitagórico, posiblemente el alumno homónimo de nuestro sofista mencionado en el *Disc.* LXII 29. Recibe la *Carta* 460.

LIMENIO 2 *(Ulpius Limenius* 2 / —): Poderoso procónsul de Constantinopla enemigo de Libanio. En el 342 decretó la expulsión de Libanio de la capital. Alcanzó la prefectura de Italia y de Roma en el 347 y el consulado dos años después. Citado en la *Carta* 206.

LOLIANO: Desconocido. Sus hijos viajan a Egipto para comprar vino. Citado en la *Carta* 177.

LUCIANO: Desconocido. Libanio escribe a Prisciano 1 para interceder por él, ya que,

escuela de Libanio. Recibe las *Cartas* 135 y 141.

MARCELINO XI (— / *Marcellinus* XI): Hermano menor de Marciano XIV, amigo de Espectato 1 y posible pariente de Carterio 2. Citado en la *Carta* 235.

MARCELO: Hay dos Marcelo distintos, el citado en la *Carta* 44, que es el pedagogo de Ticiano, y el de la *Carta* 295, que nos es desconocido.

MARCELO 2 (*Marcellus* 2 / —): Doctor de Antioquía que trató a Libanio. Era pagano y tuvo un hijo cuando era muy mayor. Aludido en las *Cartas* 359, 362, 378, 384 y 393.

MARCIALES: Desconocido. En la *Carta* 386 anima a Libanio para que escriba a Honorato 2.

MARCIANO I (— / *Marcianus* I): Originario de Beirut y padre de Prisciano 1. Recibió la *Carta* 468.

MARCIANO 3 (*Marcianus* 3 / *Marcianus* IV): De origen antioqueno, ejercía como *agens in rebus*. Una herida le impide acudir junto al *comes* Modesto 2. Citado en la *Carta* 54.

MARCIANO 4 (*Marcianus* 4 / *Marcianus* XV): Rétor de humildes recursos, como Leoncio 7. Citado en la carta 302.

MARCIANO XV (— / *Marcianus* XV): En esta identificación incluye Seeck dos Marciano desconocidos: el anterior y el mencionado en la *Carta* 213.

MARCINIANO 6 (*Martinianus* 6 (¿= 7?) / *Martinianus* IV (= II?)): La identificación del destinatario de la *Carta* 9 no es segura. Posiblemente es el *comes Orientis* del 392 y tal vez es el mismo *comes sacrarum largitionum* del año 396.

MARCO: En la *Carta* 372 se nos habla de este primo de Libanio, desconocido por lo demás. Estaba casado con una hija de Hesiquio II.

MARES: Antiguo condiscípulo de Libanio citado en la *Carta* 189.

MARÓN: Discípulo de Libanio originario de Paneas, en Fenicia. A la muerte de su padre, Leoncio X, regresa a su patria pero las exigencias de la curia le obligan a huir y buscar refugio en Libanio.

MÁXIMO 10 (*Maximus* 10 / *Maximus* IX): Filósofo de

campaña en Eufratense y Mesopotamia. Pagano convencido, construyó el pórtico de Dioniso en Antioquía. La llegada de Juliano al poder aumentó sus perspectivas, pues desempeñó durante su reinado el cargo de prefecto de Constantinopla. Sin embargo, la muerte de Juliano no puso fin a su carrera, pues más tarde, durante el reinado de Valente fue prefecto de Oriente durante muchos años. Recibió las *Cartas* 37-38, 46, 49, 53-55, 58, 96, 100-101, 105, 108, 110, 154, 163, 168, 191, 194, 196-197, 200, 205-206, 220, 232, 242, 276-277, 293, 308, 367, 383-384 y 389. Citado en las *Cartas* 34, 39, 63, 87, 164, 169, 202, 217 y 364.

MONCIO: Cuestor del césar Galo en Antioquía, a instancias del cual fue asesinado. Citado en la *Carta* 220.

MUSONIO 1 *(Musonius* 1 / *Musonius* I): Se trata del *magister officiorum* del 356/7 citado en la *Carta* 362.

NAUMAQUIO: Amigo de Hipatio 1, citado en la *Carta* 158. Posiblemente es palestino, pues lleva a Antioquía recados de parte de Elpidio 3, como vemos en la *Carta* 213.

NEBRIDIO 1 *(Nebridius* 1 / *Nebridius* I): De origen etrusco, desempeñó el cargo de *comes Orientis* entre 354 y 358, siendo el predecesor de Modesto 2. En el 360 fue *quaestor sacri palatii* de Juliano en las Galias y a continuación prefecto de las Galias. Se opuso al levantamiento de Juliano y casi es linchado por las tropas. Dos años después de la muerte de Juliano, en el 365, fue nombrado prefecto del pretorio de Oriente. Casi seguro fue el tío de Andrónico 3. Citado en las *Cartas* 38, 399-400 y 432.

NEMESIO 1 *(Nemesius* 1 / —): Rétor armenio, antiguo discípulo de Libanio. Citado en las *Cartas* 269 y 270.

NICENCIO 1 *(Nicentius* 1 / *Nicentius* II): Gobernador de Siria durante la prefectura de Estrategio Musoniano, en el 358. Se lo presentó a Libanio su amigo Aristéneto 1. Hermógenes 3 lo expulsó del cargo por no haber llevado a cabo con

eficiencia la intendencia del ejército. Se fue a vivir a Egipto y en el 360 visitó Antioquía. Recibió las *Cartas* 122 y 193. Citado en las *Cartas* 21, 200 y 364.

OBODIANO (— / *Obodianus):* Hijo de Argirio y pariente de Zenobio. Natural de Antioquía, ciudad a la que representó siendo muy joven en una embajada ante el Emperador. En el 359 se vio envuelto en el proceso de Escitópolis, del que salió indemne gracias a la firmeza de un testigo, Doroteo, que soportó la tortura sin delatarle. Organizó los Juegos Olímpicos de Antioquía del 360 en lugar de su hijo Argirio. Ese año fue enviado por segunda vez en una embajada a Constancio en Constantinopla. Citado en las *cartas* 112-4, 138 y 381.

OLIMPIO 3 *(Olympius* 3 / *Olympius* II): Antioqueno de nacimiento, su padre era Pompeyano I y sus hermanos Mícalo y Evagrio 6. Estaba emparentado con Rufino 3. Fue gobernador de Macedonia en el 356, cargo que le creó quebraderos de cabeza, pues al año siguiente lo vemos en Antioquía haciendo frente a numerosas reclamaciones, motivo por el que se retiró de la política. Era senador de Roma, pero en el 358/9 fue trasladado al Senado de Constantinopla. Si bien sus recursos no eran muy altos, e incluso gozaba de inmunidad en el Senado romano, en el de Constantinopla fue inscrito entre los principales, obligándosele a hacerse cargo, por error, de una costosa liturgia que correspondía a su homónimo Olimpio 7. En el 361 obtuvo la inmunidad debida a los nuevos miembros del Senado constantinopolitano. Citado en las *Cartas* 34, 38, 70, 97-99, 149, 185, 221, 238, 251-253, 258, 265, 371 y 373.

OLIMPIO 4 *(Olympius* 4 / *Olympius* I): Doctor antioqueno, padre de Olimpio 11. Fue discípulo de Libanio, posiblemente durante su magisterio en Constantinopla. En el 355 viajó a la corte de Milán, pasando en el viaje por Constantinopla. En 356/7 estuvo en Roma. Era pagano y muy diestro

en retórica y filosofía. Recibió las *Cartas* 51, 65, 439 y 489. Citado en las *Cartas* 4, 393, 406, 407, 409, 411-416, 419 y 492.

OLIMPIO 6 *(Olympius* 6 / *Olympius* VI): Antioqueno y compañero de estudios de Libanio. Abandonó los estudios de retórica y se hizo *agens in rebus*. Viajó a la corte en el 357 para continuar su carrera. Citado en la *Carta* 382.

OLIMPIO 7 *(Olympius* 7 / *Olympius* IV): Senador de Constantinopla citado en las *Cartas* 251 y 252.

OLIMPIO IX (— / *Olympius* IX): Armenio, padre de dos alumnos de Libanio a los que recomienda el gobernador Euterio 2. Destinatario de la *Carta* 270 y citado en la 269.

OLIMPIO 11 *(Olympius* 11 / *Olympius* XIII): Hijo de Olimpio 4, llegó a ser *agens in rebus* en el 390. Citado en las *Cartas* 3-4.

ONÉSIMO: Comerciante sirio. Da refugio a unos esclavos fugados de Sebón. Citado en la *Carta* 306.

OPTATO III (— / *Optatus* III): Estudiante pobre de Libanio a quien Anatolio 3 regaló 100 monedas de oro en el año 359. Citado en las *Cartas* 80 y 81.

PABLO «CADENA» *(Paulus* 4 / *Paulus* II): Se trata del famoso *notarius* de Constancio II. Recibe la *Carta* 370 y es citado en la 112.

PALADIO 4 *(Palladius* 4 / *Palladius* IV): De origen antioqueno, fue notario y *magister officiorum* entre 351 y 354 bajo el reinado de Galo. Fue juzgado por el tribunal de Calcedonia y desterrado a Britania. Recibió las *Cartas* 286, 418, 440 y 450. Citado en la *Carta* 435.

PALADIO 5 *(Palladius* 5 / *Palladius* VIII): Abandonó en el 360 Antioquía para ponerse al servicio de Prisciano 1 como abogado. Citado en la *Carta* 179.

PALADIO 6 *(Palladius* 6 / *Palladius* IX): Otro abogado que viajó a Fenicia en el 360 para ponerse a las órdenes de Andrónico 3. Citado en la *Carta* 183.

PALADIO VII (— / *Palladius* VII): Portador de la *Carta* 55, que revela que formaba

de estudios de Libanio, visitó la corte en Milán como embajador de su ciudad en el 357. Citado en la *Carta* 95.

PEONIO: Hermano de Zenás 2, ayudó a Libanio cuando tuvo problemas en Constantinopla con el gobernador Limenio. Citado en la *Carta* 206.

PEONIO 2 *(Paeonius* 2 / *Paeoninus):* Alumno de Libanio. Abandonó Antioquía y se dedicó al estudio de derecho con Domnio 1. Citado en la *Carta* 117.

PEREGRINO: Uno de los oficiales de Prisciano 1, citado en la *Carta* 174. También se llama así uno de los hijos de Hierio III, citados en la *Carta* 340.

PIERIO 2 *(Pierius* 2 / —): *Officialis* amigo de Libanio. En el 359/60 fue acusado de apropiarse dinero. En favor suyo escribe Libanio la *Carta* 105.

POLIANO: Portador de las *Cartas* 124 y 125. Desconocido por lo demás.

POLICRONIO *(Polychronius / Polychronius): Domesticus* del prefecto del pretorio de Oriente en el 359/60, Elpidio 4. Debía de tener una cierta influencia con el Prefecto, pues Libanio recurre a él para lograr el ascenso de sus recomendados. Recibe las *Cartas* 28, 207 y 227.

POMPEYANO I (— / *Pompeianus* I): Padre de Evagrio 6, Olimpio 3 y Mícalo. Descendía de Pompeyano 1, el apodado «franco», que sirvió bajo Aureliano en calidad de *dux militaris* en la guerra contra Zenobia de Palmira. Murió antes del 359/60. Según Libanio, tuvo gran influencia pero nunca la aprovechó para su propio beneficio. Citado en las *Cartas* 238 y 251.

POMPEYANO II (— / *Pompeianus* II): Importante curial de Antioquía. Participó a comienzos de los 50 como embajador de su ciudad en Bitinia, donde conoció a Aristéneto 1 y a Juliano. En el 355 participó en una segunda embajada, aprovechando lo cual Libanio le entregó la *Carta* 441. Tenía un hijo estudiando con Libanio. Citado en las *Cartas* 35, 441, 444-445.

PRISCIANO 1 *(Priscianus* 1 / *Priscianus* I): Hijo de Mar-

una hija suya con Rufino 3. Citado en la *Carta* 185.

RETORIO (— / *Rhetorius):* Hijo de Dídimo 1 y alumno de Libanio. En el año 357 viajó a su natal Egipto para hacerse cargo de la herencia paterna. Recibió la *Carta* 404. Citado en las *Cartas* 317-318.

ROMANO: Alumno de Libanio, recomendado en la *Carta* 9. No hay razones para pensar que sea el mismo Romano citado en la *Carta* 224.

RÓMULO: Decurión de Antioquía a quien Libanio protege de los abusos de la curia en la *Carta* 38.

RUFINO 3 *(Rufinus* 3 / *Rufinus* IV): *Princeps* o *cornicularius* del prefecto de Oriente en el 360. Estaba emparentado con Olimpio 3. Citado en la *Carta* 185.

SABINO 5 *(Sabinus* 5 / *Sabinus* I): Rétor y abogado, posiblemente trabajó a las órdenes del prefecto Estrategio Musoniano. En 358/9 fue gobernador de Siria, cargo en el que tuvo problemas cuya naturaleza exacta desconocemos. Sucedió en el cargo a Nicencio 1 y fue sustituido por Trifoniano 2. Citado en las *Cartas* 33, 83, 193, 339 y 468.

SAPOR II *(Sapor* II / —): Rey persa entre 309 y 379. Citado en las *Cartas* 46, 49, 142, 331 y 333.

SEBASTIANO 2 *(Sebastianus* 2 / *Sebastianus* II): Se trata del conocido *comes rei militaris* de Juliano, a quien éste confió parte del ejército para realizar desde Armenia una maniobra envolvente en la campaña persa. En el 356/8 era *dux Aegypti,* etapa de la que destaca su apoyo a Jorge de Alejandría y la expulsión de los partidarios de Atanasio de las iglesias. Libanio le escribe las *Cartas* 318 y 350. Citado en la *Carta* 454.

SEBÓN: Cretense. Recurre a Libanio para que le ayude en un pleito que sostiene con unos fenicios cuyo pariente ha testado en favor suyo, como vemos en la *Carta* 192. Se trata del mismo Sebón a quien se le escapan unos esclavos en la *Carta* 306.

SELEUCO 1 *(Seleucus* 1 / *Seleucus):* Rétor pagano, aunque

su familia era cristiana. Se encontró con Juliano en Bitinia y participó en su política de restauración del culto pagano. Ocupó un cargo en Eufratense en el 361 y a finales de 362 lo vemos en la corte de Juliano. Recibió la *Carta* 342. Citado en las *Cartas* 13 y 309.

SEVERO VIII (— / *Severus* VIII): Apoya a Alejandro 9 en su pleito contra Cleobulo 1. Posiblemente era de Constantinopla. Citado en las *Cartas* 52, 67-69 y 91.

SEVERO 9 *(Severus* 9 / *Severus* V): Sofista licio, estudió filosofía con Máximo 10 en Atenas, donde fue compañero de estudios de Libanio. Dio clases de filosofía y retórica en Licia, a pesar de lo cual la curia de su ciudad le reclamó su participación en las obligaciones de su rango. Intentó obtener un puesto oficial en el 358/9, pero no tuvo éxito. Su hermana se llamaba Estratónide. Citado en las *Cartas* 19 y 309.

SIDERIO *(Siderius / Siderius):* Gobernador de Siria o de Fenicia del 361. Destinatario de la *Carta* 307.

SILANO 1 *(Silanus* 1 / *Silanus):* Profesor de derecho, posiblemente en Constantinopla. Recibe las *Cartas* 415, 433, 478 y 486.

SILVANO 3 *(Silvanus* 3 / —): Alumno del profesor de derecho Domnio 1, trabajó a las órdenes del *comes* Modesto 2. Es posiblemente el hijo de Gaudencio 2. Citado en la *Carta* 87.

SINCLECIO 2 *(Syncletius* 2 / *Syncletius* II): Gobernador de Palestina del año 355. Recibe la *Carta* 420.

SOFRONIO II (— / *Sophronius* II): Fenicio y padre de un alumno de Libanio. Recibe la *Carta* 199 y es citado en la *Carta* 313.

SÓPATRO 2 *(Sopater* 2 / *Sopater* I): Filósofo de Apamea, hijo de Sópatro 1, hermano de Himerio 3 y tío de Jámblico 2. Se entrevistó con Juliano en Hierápolis en el 363. Recibió posiblemente la *Carta* 134 y es citado en la *Carta* 34.

TACIANO 5 *(Fl. Eutolmius Tatianus* 5 / *Tatianus* I): La carrera de este importante funcionario licio nos es bien conocida por las ins-

cripciones: gobernador de Tebaida en un fecha indeterminada, *praefectus Augustalis* entre 367 y 370, gobernador de Siria y *comes Orientis* hasta el 374, *comes sacrarum largitionum* hasta el 380, fecha en la que se retiró a Licia hasta que fue nombrado prefecto de Oriente en el 388, cargo que ocupó cuatro años. Citado en las *Cartas* 17-18. Parece dudoso que sea el mismo citado en la *Carta* 456.

TALASIO 1 *(Thalassius* 1 / *Thalassius* I): *Comes* durante el reinado de Constancio, fue promovido al cargo de prefecto de Oriente en el 351, el año en que Galo fue nombrado césar. Según Amiano Marcelino (XIV 1, 10), envió informes desfavorables a Constancio sobre Galo. Ocupó la prefectura hasta el 353, fecha probable de su muerte. Estaba casado con Teodora 2, prima de Libanio, la cual acogió como propia una hija ilegítima de su marido. Dejó huérfanos a sus hijos Basiano 2 y Talasio 2. Destinatario de la *Carta* 16. Citado en las *Cartas* 328, 330 y 353.

TALASIO 2 *(Thalassius* 2 / *Thalassius* II): Hijo del anterior, tuvo que poner fin a sus estudios antes de la cuenta por la muerte de su padre. En el 358 lo vemos en la corte con la intención de hacerse con un cargo público. Ese año es nombrado *proximus libellorum,* pero es acusado de apropiarse propiedades ajenas. El reinado de Juliano no le fue precisamente favorable, por la implicación de su padre en la condena y ejecución de Galo. Recibe las *Cartas* 377 y 387. Citado en las *Cartas* 5 y 330.

TALO 1 *(Thallus* 1 / —): Doctor activo en Antioquía y profesor de medicina. Citado en la *Carta* 191.

TEMISTIO 1 *(Themistius* 1 / *Themistius* I): El famoso orador y filósofo, procónsul de Constantinopla en 358/9 y prefecto de la misma ciudad en el 384. Recibió las *Cartas* 6, 40, 62, 66, 68, 70, 77, 86, 91, 99, 112, 177, 241, 252, 301, 368, 376, 402, 407, 434, 447, 463, 476 y 483. Citado en las *Cartas* 18, 69, 76, 78 y 406.

TEÓN: Fenicio. Su hijo estaba siendo víctima de abusos por parte de la curia o de la administración imperial, como vemos en la *Carta* 221.

TERASIO: Desconocido. En la *Carta* 297 pide a Libanio una carta de recomendación para Leoncio 9.

TIBERINO *(Tiberinus* / —): Gramático árabe que ejercía en Antioquía. Su hijo era Arquelao III. Citado en la *Carta* 337.

TIBERIO: Cuñado de Filagrio 5 y antiguo alumno de Libanio, si bien tuvo que abandonar sus estudios prematuramente. Su esposa era hija de Hesiquio II. Debido a que Marco, primo de Libanio, estaba casado con la hermana de su mujer, nuestro sofista tenía obligaciones familiares para con él. Citado en la *Carta* 372.

TICIANO: Hijo de Acacio 7 y aventajado alumno de Libanio. Mencionado en las *Cartas* 26, 44, 59, 121, 127, 148, 190, 316, 338, 345, 371 y 373.

TICIANO 6 *(Fabius Titianus* 6 / —): Prefecto de Roma entre 339 y 341. Citado en la *Carta* 127.

TRAJANO 1 *(Traianus* 1/2 / —): Posiblemente se mencione en la *Carta* 230 al *praefectus militum* de Egipto del 357. El mencionado en la *Carta* 470 nos es desconocido.

TRIFONIANO 2 *(Tryphonianus* 2 / —): Gobernador de Siria del 360, fue acusado de malversación. Mencionado en las *Cartas* 163 y 193.

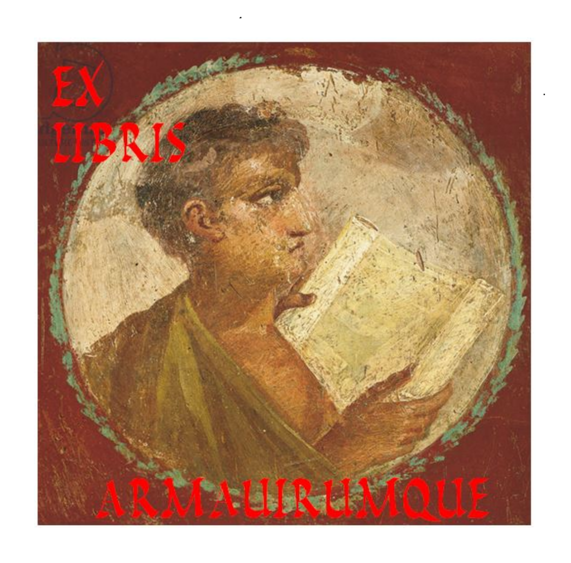
TUSCIANO 2 *(Tuscianus* 2 / —): El prefecto Anatolio 3 lo nombró su asesor en el 357 y lo envió a Antioquía para ocuparse de importantes asuntos. Más tarde fue promovido al cargo de *agens in rebus,* insuficiente premio a juicio de Libanio, que reclamó al Prefecto un cargo más importante para él. Citado en las *Cartas* 345, 348 y 353.

URANIO: Pedagogo cuya misión era proveer de lo necesario a los alumnos de Libanio. Citado en las *Cartas* 357 y 454.

URBANO 3 *(Urbanus* 3 / *Urbanus):* Asesor fenicio del *comes Orientis* Modesto 2. Recibe las *Cartas* 39, 56, 102, 161 y 162.

ÍNDICE DE NOMBRES*

* Para los destinatarios de las cartas y los personajes contemporáneos de Libanio mencionados en ellas, *véase* el Índice prosopográfico.


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE

ÍNDICE GENERAL